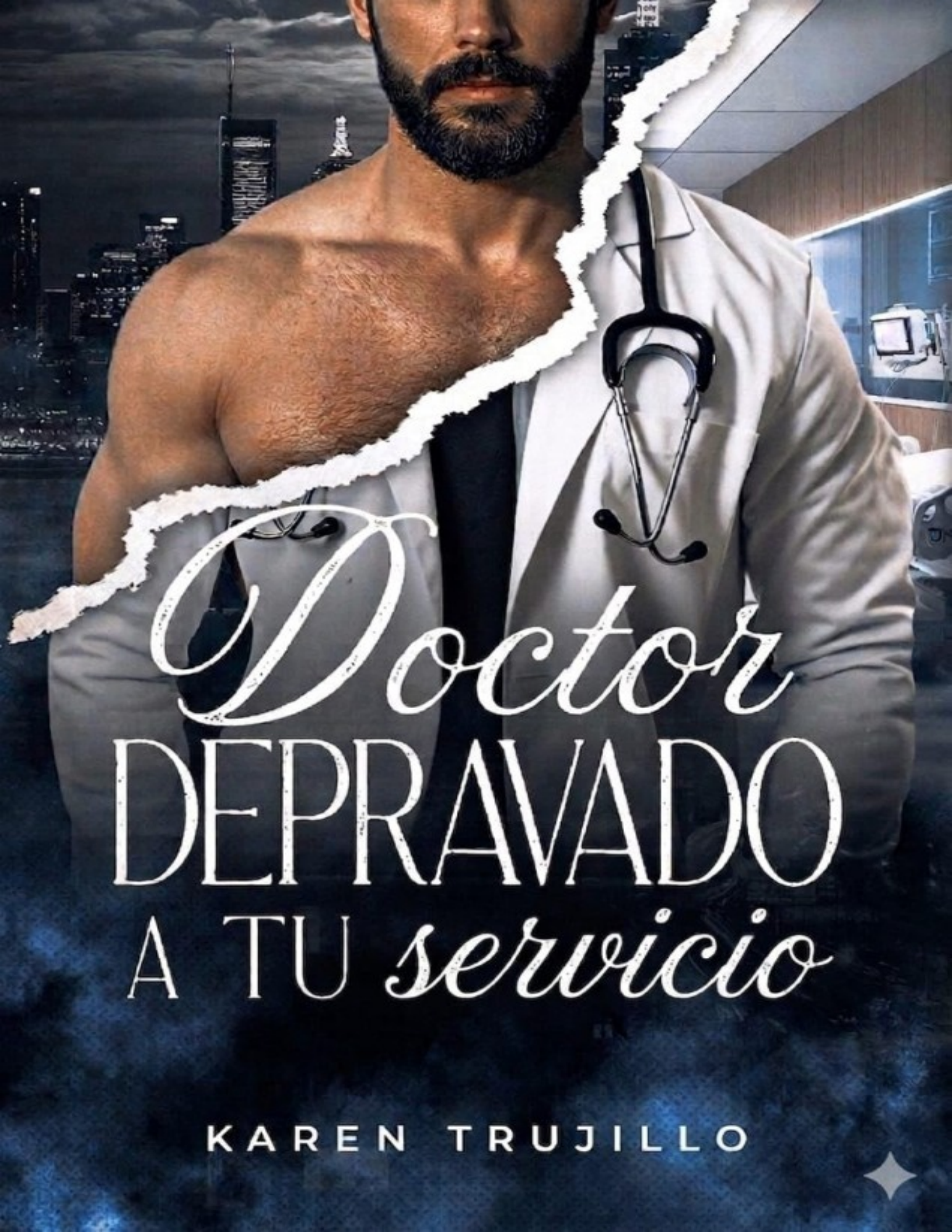

Doctor
DEPRAVADO
A TU servicio
KAREN TRUJILLO

Doctor DEPRAVADO a tu servicio

KAREN TRUJILLO

Copyright 2026 Karen Trujillo

Todos los derechos reservados.

Los personajes y los acontecimientos retratados en este libro son ficticios. Contenido recomendado para mayores de 18 años: contiene escenas de sexo y uso de lenguaje coloquial, así como palabras infantilizadas destacadas en cursiva en algunas situaciones de la historia, con el fin de acercarse a la vida real. Cualquier semejanza con personas, lugares, fechas o acontecimientos es mera coincidencia.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación ni transmitida de ninguna forma o por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o de otro tipo, sin permiso expreso por escrito del editor.

La vulneración de los derechos de propiedad intelectual puede dar lugar a responsabilidades civiles y, en su caso, penales, de conformidad con el Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el texto refundido de la Ley de Propiedad Intelectual, y con los artículos 270 y siguientes del Código Penal.

Portada: L.A. Creative **Maquetación**: Karen Trujillo
Ilustraciones, portada y avatares: Carlos Miguel / Midjourney
Lectura beta: Amarílis Bianchi, Carol Almeida, Claudia Paiva
Lectura crítica: Hylanna Lima

Sumário

NOTA DE LA AUTORA
PLAYLIST
DEDICATORIA
PRÓLOGO
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 1
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 2
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 3
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 4
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 5
LIAM WALKER
CAPÍTULO 6
LIAM WALKER
CAPÍTULO 7
LIAM WALKER
CAPÍTULO 8
LIAM WALKER
CAPÍTULO 9
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 10
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 11
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 12
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 13
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 14
CHLOE DAVIS

CAPÍTULO 15
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 16
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 17
LIAM WALKER
CAPÍTULO 18
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 19
LIAM WALKER
CAPÍTULO 20
LIAM WALKER
ILUSTRACIÓN
CAPÍTULO 21
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 22
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 23
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 24
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 25
LIAM WALKER
CAPÍTULO 26
LIAM WALKER
CAPÍTULO 27
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 28
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 29
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 30
LIAM WALKER
CAPÍTULO 31
CHLOE DAVIS

CAPÍTULO 32
LIAM WALKER
CAPÍTULO 33
LIAM WALKER
CAPÍTULO 34
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 35
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 36
LIAM WALKER
CAPÍTULO 37
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 38
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 39
LIAM WALKER
CAPÍTULO 40
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 41
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 42
LIAM WALKER
CAPÍTULO 43
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 44
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 45
LIAM WALKER
CAPÍTULO 46
LIAM WALKER
CAPÍTULO 47
CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 48
LIAM WALKER
CAPÍTULO 49

CHLOE DAVIS
CAPÍTULO 50
LIAM WALKER
CAPÍTULO 51
CHLOE DAVIS
EPÍLOGO
LIAM WALKER
BONUS
PIETRO LUCCHESE
ILUSTRACIÓN
OTRAS OBRAS
PRÓLOGO – EL SECRETO MÁS HERMOSO DEL CEO
¡HOLA, LECTORA!
AGRADECIMIENTOS

NOTA DE LA AUTORA

¿Qué puedo decir sobre Liam Walker y Chloe Davis?

Sinceramente, no tengo palabras para describir a esta pareja. Simplemente me encantó escribir cada línea de su historia. Me reí muchísimo durante el proceso y me enamoré de la personalidad de cada uno y de esa forma tan especial que tienen de ser.

La historia fluyó tan bien que, para mi propia sorpresa, terminó convirtiéndose en el libro más extenso del Karenverso. Y digo sorpresa porque realmente no me lo esperaba. Pero Liam y Chloe tenían mucho que contar, y yo simplemente los acompañé en ese viaje.

Mi intención inicial era escribir otra comedia romántica. Sin embargo, en cierto momento, todo se salió completamente de mi control... y descubriréis exactamente cuándo ocurrió. ¿Y sabéis una cosa? Me encantó. Me encantó el rumbo que tomó la historia y el drama que se instaló de forma inesperada.

Estoy muy feliz con el resultado de esta novela y espero que vosotros también os enamoréis de ella tanto como yo.

También me gustaría dejar una advertencia importante. Aunque esta es una obra escrita con el objetivo de entretener, algunos de los temas que se abordan pueden resultar sensibles para determinados lectores. Por eso, respetad siempre vuestros propios límites.

Esta historia contiene temas como:

- abuso psicológico y físico;
- intento de violación;
- obsesión amorosa;
- amenazas;
- tortura.

Aun así, podéis estar tranquilos: sigue siendo una novela al estilo de mis otros libros. Estoy segura de que llegaréis a la última página con el corazón calentito.

Para seguir mis próximos lanzamientos y novedades, os dejo aquí mi Instagram:

@katrujillo_escritora

Feliz lectura, mis amores.

Espero que disfrutéis de esta historia y que os enamoréis de Liam y Chloe tanto como lo hice yo.

Con cariño,

Karen Trujillo

PLAYLIST

¿Quieres escuchar las canciones de Doctor Depravado a tu Servicio mientras lees?

Haz clic aquí o escanea el código que aparece a continuación para acceder a la playlist.



«Soy como me ves. Puedo ser ligera como una brisa o fuerte como un vendaval; depende de cuándo y cómo me veas pasar.»

— Clarice Lispector

DEDICATORIA

A ti, mi querido lector.

PRÓLOGO
CHLOE DAVIS

Las personas que me miran suelen pensar: ojalá fuera como ella. Guapa, rica, con un cuerpo envidiable sin necesidad de pisar un gimnasio… y hombres, claro, no deben de faltarle.

Ah, si supieran que la envidia que siempre desperté en muchas amigas —por llamarlas de alguna manera— jamás tuvo sentido.

La realidad estaba muy lejos de eso.

¿Por qué alguien envidiaría a una mujer con un talento desastroso para elegir siquiera a un solo novio?

En el pasado salí durante años con John, uno de los chicos del equipo de fútbol americano. Parecía el hombre perfecto y realmente pensé que sería para toda la vida, aunque éramos jóvenes y todo indicaba que las cosas podían cambiar con el tiempo.

Obviamente, algo así no podía pasar en la vida de Chloe Davis.

Pero esa historia quedaba para otro momento. No me gustaba recordar lo que aquel imbécil me hizo ni cómo jugó con mis sentimientos.

Después de eso, pasé años soltera con un único objetivo: disfrutar de mi vida al máximo, pero sin volver a tener una relación seria. No tenía el menor interés en atravesar algo parecido otra vez.

Tal vez era injusto juzgar a los hombres que me rodeaban por culpa de lo que viví con John. El problema era que recuperar la confianza no era tan sencillo como chasquear los dedos.

Y, si tenía en cuenta todo lo que había ocurrido en los últimos dos años desde que decidí volver a intentar relacionarme después de cansarme de la vida de fiestas, lo único que conseguía confirmar era que quizá había nacido para convertirme en la solterona oficial de la familia.

Al menos eso era lo que empezaba a pensar al darme cuenta de la mierda de noche que me esperaba.

El Maison du Verre era uno de esos lugares que parecían sacados directamente de una revista de diseño europeo. Ubicado en una encantadora calle de Back Bay, al otro lado de la ciudad donde yo vivía, el restaurante desprendía sofisticación desde la fachada de cristal ahumado hasta la iluminación tenue que resaltaba las obras de arte moderno de las paredes. El salón principal era amplio, con mesas elegantemente preparadas, cubiertos relucientes y copas de cristal que tintineaban discretamente. El sutil aroma de las trufas y el vino tinto impregnaba el ambiente, mientras la música de fondo —un jazz francés casi susurrado— hacía imposible ignorar la sensación de que allí todo estaba perfectamente calculado para impresionar. En cuanto crucé la puerta, la escena frente a mí no hizo más que confirmar lo que ya sospechaba: algo estaba a punto de derrumbarse.

Era nuestra noche de chicas, por decirlo de alguna manera. Mel y yo siempre intentábamos reservar un momento solo para nosotras. Desde que se casó con Bryan y empezó a dividirse entre su familia y su carrera, cada vez nos quedaba menos tiempo, y esa fue la manera que encontramos de seguir teniendo nuestros momentos juntas al menos una vez por semana.

Claro que seguíamos viéndonos en la clínica donde Mel trabajaba y donde ahora también dirigía su departamento gracias a su dedicación y excelente desempeño. Pero allí todo era demasiado rápido y, la mayoría de las veces, otras terapeutas almorzaban con nosotras, lo que hacía imposible hablar de lo que realmente queríamos.

Mel había venido a este restaurante de mariscos con Bryan el mes pasado, durante la inauguración, e insistió muchísimo en que teníamos que venir cualquier día de estos. Como era un lugar exclusivo y siempre estaba lleno, conseguir una reserva no fue nada fácil. Así que, después de casi un mes quejándose con su marido porque no lograba conseguir mesa, bastó una simple llamada de Bryan para que, como por arte de magia, apareciera una reserva para nosotras.

Como mi novio, Noah, había viajado por unos días debido a varias reuniones de negocios y no íbamos a vernos, era la oportunidad perfecta. Pasé a recoger a Mel por su casa y vinimos directamente aquí.

La hostess nos acompañó hasta nuestra mesa y, en cuanto pedimos las bebidas, Mel se inclinó ligeramente hacia delante al notar que mis ojos no dejaban de desviarse hacia el otro extremo del restaurante.

—¿Qué pasa, pelirroja? —preguntó, preocupada.

—¿Has visto quién está sentado en aquella mesa? —murmuré, con una extraña sensación revolviéndome el estómago, como si algo dentro de mí supiera que no iba a gustarme nada lo que estaba a punto de descubrir.

Mi amiga se acomodó en el asiento y buscó discretamente la dirección que yo observaba. Sus ojos verdes se abrieron de golpe antes de entrecerrarse, confundidos.

—¿Noah? ¿Qué hace aquí? ¿No dijiste que había viajado por trabajo? —preguntó, tan desconcertada como yo.

—Eso mismo llevo preguntándome desde que lo vi.

—¿Y no vas a acercarte a hablar con él?

Apoyé ambos codos sobre la mesa y descansé el rostro entre las manos entrelazadas mientras observaba a mi dignísimo novio reírse con demasiada confianza junto a su acompañante. Una morena preciosa, con rasgos que recordaban a una mujer indígena, cabello negro, liso y largo hasta el inicio de la cintura. Llevaba un vestido negro con un escote generoso que, sin duda, no había pasado desapercibido para Noah.

—No lo sé. Estoy intentando decidir si debería acercarme o no. Al fin y al cabo, si realmente se trata de negocios, no quiero interrumpir —comenté.

Noté que Mel estaba tan incómoda como yo por la forma en que no dejaba de removerse en la silla, dejando en evidencia que sospechaba exactamente lo mismo.

—Tal vez haya alguien más con ellos y solo haya ido al baño —añadí, aunque ya no sabía si intentaba convencerla a ella o a mí misma.

—Sí, sí… c-claro —respondió antes de dar un largo sorbo a su vino.

Yo hice lo mismo sin apartar la mirada de aquella mesa.

Era una abogada reconocida en Boston y, si no tenía suerte en el amor, al menos la había encontrado en mi carrera. Para convertirme en buena en lo que hacía, me esforcé tanto en especializarme como en aprender a leer a las personas, porque eso era precisamente lo que me permitía destacar en mi trabajo. Por eso sabía que mi amiga estaba nerviosa, sospechando que aquella cena en la que se encontraba mi novio no tenía absolutamente nada que ver con un viaje de negocios.

Y, por desgracia, esa misma idea también empezaba a rondarme la cabeza, sobre todo al ver la cercanía con la que hablaban. De repente, noté a la hermosa mujer sentada frente a él posar la mano sobre su vientre abultado mientras decía algo entre risas. Noah se levantó y, inclinándose sobre la mesa, llevó la mano hasta aquella barriga, que debía de tener unos seis meses, y comenzó a acariciarla, provocándome una sensación todavía más amarga en el estómago.

Eso me dolió aún más porque era algo que nunca había deseado tener: un hijo. Y, aun así, era un tema que, de vez en cuando, volvía para atormentarme.

Desvié la mirada hacia Mel, que seguía observando la misma escena que yo con los ojos muy abiertos y el rostro completamente rojo. Abrió y cerró la boca varias veces mientras yo contaba mentalmente hasta tres antes de hacer lo que debía hacer.

Y, si por casualidad pensaste que iba a acercarme hasta allí para montar un escándalo monumental, arriesgándome a que nos expulsaran del restaurante y nos vetaran para siempre, te equivocas.

Porque de ninguna manera iba a correr el riesgo de no poder volver a un lugar que claramente prometía una comida espectacular

por culpa de un hombre.

Además, no me convertí en una gran abogada actuando por impulso, sino siendo fría y calculadora. Por eso, intentando mantener la racionalidad, miré a mi amiga y dije:

—Solo un minuto, ya vuelvo.

—Chloe, ¿qué vas a hacer? —preguntó en voz baja, con un miedo evidente en los ojos.

Vale, tenía motivos para desconfiar de mí. Mi pasado me condenaba y, aunque hoy en día era mucho más controlada, no podía decir lo mismo de mi historial. El coche de Bryan y Jackson podría confirmarlo, sobre todo si recordábamos que la brillante idea de aquella "visita" que les hicimos después de la emboscada que organizaron contra Mel durante su cumpleaños, en la adolescencia, había sido completamente mía.

Pero ya no era la misma persona, sobre todo después de la cantidad de veces que me había estrellado contra novios idiotas que parecían aparecer en mi vida sin el menor esfuerzo. Y lo peor era que cada uno conseguía ser peor que el anterior.

Respiré hondo, coloqué mi mano sobre la de Mel encima de la mesa y le dediqué una mirada acompañada de un guiño.

—Tranquila. Solo voy a investigar la situación como lo haría una buena abogada.

Se recostó contra el respaldo de la cómoda silla y la escuché murmurar mientras me alejaba:

—Que Dios nos ayude.

Caminé con decisión hasta la mesa donde mi no tan querido novio sostenía las manos de su amante sobre la mesa mientras las acariciaba con ternura. Una punzada de decepción me atravesó el pecho al darme cuenta de que era algo que también solía hacer conmigo. Negué con la cabeza, intentando no aferrarme a eso. Respiré profundamente y, tras un par de pasos más, llegué hasta la mesa donde estaban.

—Mi madre se puso muy feliz con el nombre que elegimos —comentó él, y eso acabó con cualquier duda que todavía rondaba mi cabeza.

Saber que en esos ocho meses juntos nunca se había preocupado por presentarme a su familia solo confirmaba que el motivo era otro y no la falta de tiempo ni las agendas imposibles de coordinar, como siempre decía.

En ese instante, pareció percibir mi presencia. Sus ojos oscuros, negros como la noche, se clavaron en mí. Con una sonrisa relajada, giró lentamente la cabeza en mi dirección y sentí que su acompañante hacía lo mismo. Me coloqué la mejor sonrisa irónica que utilizaba en los tribunales y observé cómo sus ojos se abrían de golpe al reconocerme de verdad.

Soltó inmediatamente la mano de la mujer que lo acompañaba y su rostro moreno empezó a teñirse de rojo, dejando en evidencia que no esperaba verme allí.

Lo miré con una sonrisa cínica digna de un Óscar, lancé una breve mirada a su acompañante —que nos observaba sin entender absolutamente nada— y volví a centrar mi atención en mi ya no tan querido novio.

—¿Cómo está, doctor Berry? —pregunté con ironía al llamarlo de una forma tan cordial, algo que jamás había hecho desde que empezamos a conocernos mejor fuera de los tribunales.

Vi cómo tragaba saliva. Su nuez subió y bajó con nerviosismo, pero no aparté la mirada, disfrutando ligeramente de su incomodidad, porque algo me decía que la mujer sentada frente a él era tan inocente como yo en toda aquella historia.

—E-estoy bien, Chloe. N-no esperaba verte aquí —comentó nervioso mientras se levantaba y aflojaba la corbata, como si le faltara el aire para respirar.

—Ya… yo tampoco —respondí con ironía y una sonrisa más falsa que un billete de tres dólares—. ¿No vas a presentarme a tu amiga? —añadí con sarcasmo mientras miraba a la supuesta amante, que seguía observándonos completamente confundida.

—Ah… ella es… —Aflojó todavía más la corbata, visiblemente alterado.

En ese momento, la mujer se puso de pie con una sonrisa amable y extendió la mano hacia mí. Se la estreché fingiendo una simpatía que estaba muy lejos de sentir.

—Déjame presentarme yo misma. Noah a veces se olvida de sus orígenes y deja de parecer un abogado penalista —bromeó con naturalidad—. Soy Luna, la prometida de Noah.

Sus palabras me golpearon como una flecha en pleno pecho y sentí que el aire desaparecía de mis pulmones por un instante.

¿Cómo que prometida? ¿Qué mierda era esa?

Me quedé sin palabras por un instante. Era evidente que Luna esperaba que me presentara, pero esta vez la que se había quedado sin reacción era yo.

—Danos un momento, Luna. Necesito hablar con Chloe sobre un cliente importante —dijo él.

Sentí cómo me sujetaba del brazo después de soltar la mano de Luna, que nos observaba confundida. Bajé la mirada hacia la enorme barriga que destacaba frente a mí y, aunque algo dentro de mí gritaba que hiciera exactamente lo contrario, intenté ser sensata y actuar con racionalidad.

Por eso, me solté del agarre de aquel desgraciado que creí mi novio, fingí otra sonrisa dirigida a Luna y asentí.

—Es un placer conocerte, Luna. Soy Chloe —noté por el rabillo del ojo cómo Noah parecía quedarse sin aire ante el miedo de ser desenmascarado—. Conozco a Noah por algunos juicios en los que coincidimos. Ahora, si me disculpan, no quiero interrumpir.

Me di la vuelta y empecé a alejarme con el corazón acelerado, sintiéndome una idiota una vez más. Pensé en todos los novios que había tenido a lo largo de los años y en cómo, al final, con aquel desgraciado había terminado siendo la amante sin siquiera imaginarlo, lo que conseguía hacerme sentir todavía peor.

Unos segundos después, sentí que Noah me sujetaba del brazo con cuidado, intentando no llamar la atención.

Miré hacia atrás y, después de encontrarme con la desesperación reflejada en sus ojos negros, busqué a Luna, que parecía completamente ajena a todo lo que ocurría a su alrededor mientras acariciaba su barriga. Eso solo dejaba claro que cualquier cosa que Noah le hubiera dicho antes de venir tras de mí había funcionado.

—Cariño, déjame explicártelo… —intentó decir.

Tuve que contenerme para no estamparle la mano en la cara antes de que terminara la frase.

—¿Cariño? ¿Cómo tienes el descaro de llamarme así después de descubrir que me convertiste en tu amante durante todo este tiempo?

Se pasó la mano por el rostro, nervioso. Era evidente que ni siquiera sabía qué decir.

—No es eso. Puedo explicarlo. Sé que me equivoqué, pero nunca fue mi intención enamorarme de ti. Simplemente pasó. El problema es que ella se quedó embarazada y no pude dejarla…

Negué lentamente con la cabeza, incrédula ante sus palabras.

—¡Eres un imbécil! Y quiero que sepas una cosa: si no te desenmascaré delante de esa pobre mujer fue únicamente porque está embarazada y no quiero ser yo quien le dé una noticia así, poniendo en riesgo la vida de un inocente en toda esta historia.

Sus hombros parecieron relajarse ligeramente. Fue el único gesto sincero que vi en él hasta ese momento, lo que me hizo entender que, al menos, el bebé sí era algo que realmente deseaba. Y fue imposible no preguntarme si quizá esa era la verdadera razón de todo aquello.

—¿Podemos almorzar mañana? Puedo explicártelo, quizá…

—Ni se te ocurra decir que podremos entendernos, porque el autocontrol que estoy intentando mantener puede desaparecer antes de que termines la frase. Solo quiero saber dos cosas.

Se quedó en silencio y, aunque claramente le molestaba hacerlo, terminó asintiendo.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

Vaciló. Se humedeció los labios, dudando entre decirme la verdad o no, hasta que, después de mirarme y darse cuenta de que no iba a irme sin una respuesta sincera, respondió:

—Tres años.

Arqueé una ceja, intentando inútilmente ocultar cuánto me había dolido escuchar aquello. Asentí despacio, dispuesta a digerir esa información sola en mi habitación, mientras me deshacía en lágrimas. O quizá no, porque la rabia que sentía era mucho más fuerte que cualquier impulso de llorar.

Nunca fui de llorar por un hombre. No iba a empezar ahora.

—¿El hecho de que no quiera tener hijos tiene algo que ver con esto?

Noté cómo tragaba saliva y abría y cerraba la boca, sin saber exactamente qué responder.

—Un poco. Quería dejarla porque me enamoré de ti, pero entonces descubrí que estaba embarazada y, como siempre soñé con ser padre y tú dejaste claro que no deseas eso… —Se encogió de hombros, como si el resto ya no necesitara explicación. Y, en realidad, no la necesitaba.

Me quedé en silencio por un instante, impactada al darme cuenta de cómo, una vez más, terminaba siendo juzgada por no seguir lo que la sociedad espera de una mujer y lo que la mayoría sueña con llegar a ser algún día.

—Perfecto. Solo voy a darte un consejo para no tener que volver a verte jamás. La próxima vez, di la verdad en lugar de convertir a dos mujeres en unas idiotas. Si sabías que querías ser padre, no hacía falta que me hicieras perder el tiempo todos estos meses. Y eso sin contar que me convertiste en tu amante sabiendo perfectamente cuánto detesto algo así.

—Cariño…

—Hasta nunca, imbécil.

Esta vez sí le di la espalda y regresé a mi mesa, donde Mel me observaba completamente incrédula por lo poco que había alcanzado a escuchar.

La mesa ya estaba servida, pero mi amiga no había probado absolutamente nada.

Me senté, agarré la copa recién rellenada de vino y me la bebí entera de un solo trago. Después levanté la vista y sentí cómo se me hacía la boca agua al percibir el aroma delicioso de los platos perfectamente elaborados frente a mí.

—Llegué en el momento justo. ¿Comemos?

Mel me miraba con preocupación, pero me conocía lo suficiente como para entender que insistir en hablar del tema en aquel momento no serviría de nada. Necesitaba tiempo para mí, para procesar todo lo que acababa de pasar antes de derrumbarme o explotar.

Por eso, respiró hondo y, aunque seguía triste, terminó asintiendo.

—Sí, vamos a cenar.

Y eso hicimos. Disfruté cada plato que nos sirvieron porque jamás permitiría que un imbécil como Noah arruinara mi cena además de mi corazón.

Con la comida no se juega y yo me tomaba eso muy en serio.

CAPÍTULO 1
CHLOE DAVIS

El día comenzaba a amanecer y noté cómo la luz del sol invadía mi habitación mientras me preguntaba si debería dejar de intentar encontrar novio, porque, por lo visto, esa posibilidad quizá nunca sería una realidad para mí.

Tal vez debería ser como esos hombres mujeriegos que solo se acuestan con alguien y siguen adelante, convirtiéndose en el tío divertido de la familia. ¿Y qué tenía eso de malo, al fin y al cabo?

Ya había pasado muchos años así. Bueno, no exactamente siendo la tía divertida, porque lo máximo que había conseguido como sobrino era Andrew, el hijastro de Mel, además de su preciosa bebé, Hannah.

Claro que todo indicaba que eso cambiaría pronto, ya que mi hermana Megan iba a casarse y los preparativos de la boda ya estaban en marcha.

Y, siendo sincera, no sabía muy bien qué pensar sobre esa boda. No por mi futuro cuñado —era una buena persona y nos llevábamos bien—, sino por el desastre andante que venía incluido con esa unión.

Respiré hondo e intenté desviar mis pensamientos con todas mis fuerzas. No quería empezar el día pensando en aquel imbécil. Bastante deseaba que mi mañana fuera mejor que la mierda de noche que había tenido.

Todavía no conseguía creer que Noah me hubiera utilizado de esa manera y me hubiera convertido en su amante durante todos esos meses. ¿Cómo demonios pudo hacerlo?

Era absurdo. Y no dejaba de preguntarme cuántas mujeres más habrían caído en sus palabras bonitas hasta terminar exactamente igual que yo. Al menos podía decir con orgullo que no llegué a enamorarme realmente de él. Ni siquiera sabía si todavía era capaz

de hacerlo, para ser sincera, aunque al menos esa había sido mi intención. Por eso, en ese momento me cuestionaba si debía seguir intentando encontrar un novio decente o volver definitivamente a mi época de fiestas, donde terminaba con un hombre diferente cada semana.

Me levanté de la cama, miré la hora en el móvil y descubrí que, para variar, iba tarde. Aunque, al menos, ese día no tendría que ir hasta la clínica, algo que había reducido a solo una vez por semana y únicamente media jornada, ya que había contratado a una asistente que se encargaba de ir hasta allí, recoger los casos que necesitaban revisión y atender las dudas de los clientes, que muchas veces necesitaban ayuda con las aseguradoras médicas. Ellos siempre intentaban encontrar alguna forma de perjudicarlos porque las múltiples terapias para niños y adolescentes neurodivergentes resultaban demasiado costosas y buscaban librarse de esos gastos como fuera.

Por eso contraté a Payton para que me ayudara. Se graduaría en pocos meses y era una de las mejores alumnas de su promoción. Claro que no tomaba ninguna decisión importante por sí sola, pero al menos consiguió familiarizarse con todo lo relacionado con la clínica, lo que me permitía concentrarme en casos más específicos.

Ella organizaba todo el proceso para mí, conseguía la información necesaria e incluso realizaba investigaciones o solicitaba autorizaciones judiciales, pero quienes acompañábamos a los clientes al tribunal éramos Megan y yo, mi hermana y socia.

Payton pasaba tres días a la semana en la clínica y los otros dos, además de media jornada los sábados, trabajaba conmigo y con Megan en el despacho.

Como ese día estaría en la oficina, mi pequeño retraso de media hora no sería un problema. Ella abriría el despacho y adelantaría el trabajo mientras yo corría para llegar lo antes posible.

Megan también debería haber estado allí, pero la señorita decidió hacer un viaje con su prometido, algo que me parecía completamente absurdo. Si iban a casarse, ¿no sería mejor reservar

las vacaciones para la luna de miel? Sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de trabajo que teníamos acumulado y todo lo que necesitábamos adelantar.

Luego la workaholic era yo.

Pero alguien tenía que serlo, ¿no? Y estoy segura de que cualquiera estaría de acuerdo conmigo si conociera el desastre absoluto que era mi vida social.

Imagínate si hubiera desperdiciado mi precioso tiempo de trabajo para estar con el idiota de Noah después de lo que descubrí la noche anterior. Habría sido un desperdicio monumental de mi carrera.

Ya había perdido demasiado tiempo las veces que dejé de trabajar para quedarme con él. Ni siquiera quería pensar en eso para no enfadarme todavía más.

Y aun así no me consideraba una adicta al trabajo. Para nada. No era así y podía demostrarlo perfectamente mientras me preparaba para ir a trabajar y recordaba cómo habían sido los últimos dos años de mi vida.

Después de que mi mejor amiga decidiera darle una segunda oportunidad al gran amor de su vida, terminé sintiéndome sola porque siempre hacíamos todo juntas. Mel era mi completo opuesto: no le gustaban las fiestas ni los ambientes llenos de gente, siempre fue antisocial y, aun así, jamás podría haber pedido una amiga mejor. Aunque fuéramos tan diferentes, siempre encontrábamos la manera de pasar tiempo juntas. Porque yo sí era exactamente lo contrario y nunca me perdía una fiesta.

Después de la universidad, las salidas disminuyeron un poco, pero aun así siempre conseguía arrastrarla a bares y restaurantes, así que seguíamos viéndonos constantemente. Y, cuando lograba convencerme de quedarnos en casa, organizábamos noches de películas y series mientras comíamos cantidades absurdas de palomitas. Aunque en aquella época no era precisamente mi plan favorito, terminé aprendiendo a disfrutarlo y, durante el último año, se convirtió en mi forma habitual de descansar.

El problema fue que, cuando empezó su relación con Bryan, comenzamos a distanciarnos un poco. Aunque seguíamos teniendo nuestros momentos juntas, ya no salíamos con la misma frecuencia. Claro que podía salir con otras amigas y, de hecho, a veces lo hacía, pero ver a Mel tan feliz y tan enamorada despertó en mí el deseo de intentarlo una vez más y dejar mi pasado exactamente donde debía estar.

El problema era que eso no parecía tan sencillo.

Mi historia con Noah había sido una de las peores catástrofes sentimentales de los últimos tiempos, aunque sinceramente no sabía si merecía el primer puesto en el podio de los desastrosos romances de Chloe Davis. Tal vez sería mejor enumerar mis últimas tragedias amorosas antes de decidir quién merecía el trofeo.

Además del desgraciado sin escrúpulos que tuvo el descaro de engañarme mientras estaba comprometido con otra mujer y, para rematar, embarazarla, también salí con Oliver, que hasta ese momento había sido mi novio más extraño.

A diferencia de mí, él vivía obsesionado con el gimnasio y las redes sociales. Se pasaba el día publicando fotos enseñando los bíceps o haciendo esa cosa rarísima de mover un lado del pecho cada vez mientras posaba como si fuera Hulk, con los brazos ligeramente doblados hacia dentro, como si estuviera preparándose para una pelea.

Que yo no era una fanática del gimnasio no era ningún secreto. En el instituto corría con el equipo de atletismo y era lo único que, de vez en cuando, todavía practicaba, normalmente cuando Mel conseguía arrastrarme con ella. Al final terminaba yendo porque no quería dejarla sola, aunque, después de que Bryan empezara a acompañarla cuando volvieron a entenderse, mis excusas para faltar aumentaron considerablemente y esos momentos se volvieron cada vez más raros.

Sinceramente, ni siquiera sé por qué intenté salir con un hombre así. Viéndolo ahora, era evidente que jamás funcionaría porque no teníamos absolutamente nada en común.

Vale, lo admito: era guapísimo. Alto, cuerpo atlético, ojos azules cristalinos, cabello oscuro… y solo Dios y yo sabemos lo débil que siempre fui por hombres con ese tipo de apariencia.

Nos conocimos en la fiesta de una amiga en común. Me invitó a conocernos mejor y no lo pensé demasiado. Bebimos juntos, hablamos y fue agradable, aunque fui demasiado ingenua para darme cuenta de que la mayoría de sus conversaciones giraban alrededor de sus entrenamientos o de sus seguidores de Instagram.

Pero bueno, aun así organizamos una cena para esa misma semana. Después fuimos a su casa y pasamos nuestra primera noche juntos.

Aunque empezaba a darme cuenta de que su inteligencia parecía bastante menor que sus bíceps, seguí a su lado. El problema fue descubrir que Oliver estaba mucho más interesado en exhibirme en sus redes sociales y presumir de estatus que en los casos que yo necesitaba estudiar para no hacer el ridículo y triunfar en mi carrera.

Llevábamos tres meses saliendo y todo terminó de derrumbarse cuando Oliver publicó una foto nuestra en sus redes y yo no hice lo mismo. Para él, aquello era absolutamente inadmisible. Incluso tuvo el descaro de decir que, evidentemente, no estábamos en la misma sintonía porque, según él, debía avergonzarme de nuestra relación. Solo eso explicaba que nunca publicara una foto juntos ni siquiera como imagen de perfil en Instagram o WhatsApp.

De verdad, yo me merecía aquello. Debí de haber sido una persona horrible en otra vida, porque solo eso explicaría las cosas que me tocaba escuchar.

Para mí, aquello fue el colmo del absurdo. Así que le dije que entonces saliera con Instagram, porque yo necesitaba a alguien que tuviera algo importante en la cabeza además de preocuparse únicamente por las redes sociales.

Claro que Oliver no se tomó bien la ruptura y, cuando empecé a alejarme, soltó:

—De todas formas, ya iba a dejarte. Ni siquiera estás tan buena.

Aunque sabía que aquello podría herir el ego de cualquier mujer, me limité a negar con la cabeza y reír mientras volvía a casa, muchísimo más aliviada de no tener ya al lado a aquel musculitos de pacotilla.

Antes de Oliver estuvo Brandon, y ese competía seriamente con mi exnovio John por el primer puesto en el podio de las peores relaciones de mi vida.

Conocí a Brandon en una fiesta y, en ese momento, empecé a pensar que quizá debería buscar novios en otro tipo de lugares. Tal vez ese era el verdadero problema que hacía que todas mis relaciones terminaran en desastre.

En fin, teníamos una amiga en común que trabajaba en la clínica por aquella época. Era tan fiestera como siempre lo había sido yo. Un día comentó que iba a organizar una fiesta enorme para celebrar su cumpleaños, invitó a todo el personal de la clínica y decidí ir. Mel, obviamente, no mostró el menor interés, sobre todo porque ya estaba embarazada de Hannah y jamás le gustaron ese tipo de lugares.

La noche de la fiesta me invitaron a jugar *beer pong* y, como ya estaba bastante más animada de lo normal gracias a la cantidad absurda de alcohol que había, acepté. Pusieron a Brandon como mi compañero y, a partir de ahí, nos divertimos muchísimo. Bailamos, nos besamos y enseguida quedó claro que la química entre nosotros era explosiva. Terminamos yendo a una de las habitaciones y acostándonos juntos.

Después de eso, no dejamos de vernos y lo que debía haber sido algo casual terminó convirtiéndose en una relación seria. O, al menos, eso era lo que yo pensaba.

Brandon era tan fiestero como yo, pero también parecía muy centrado en sus negocios. Era un excelente asesor financiero y todo entre nosotros parecía funcionar cada vez mejor porque ambos vivíamos ocupados con nuestras responsabilidades laborales. A veces nos veíamos por la noche, aunque la mayoría de las veces

Brandon encontraba alguna fiesta a la que ir y yo nunca tenía problema en acompañarlo.

Sin embargo, todo se vino abajo una noche en la que terminé atrapada en el trabajo hasta tarde debido a un caso especialmente complicado. Necesité concentrar toda mi energía en él. Brandon quedó en ir a una fiesta con su mejor amigo y, como pensé que no lograría llegar, le pedí igualmente la dirección del lugar por si conseguía aparecer más tarde, ya que esas fiestas normalmente terminaban cerca del amanecer.

Logré resolver buena parte de lo que necesitaba para presentar el caso ante el juez el lunes y, como era viernes por la noche y estaba agotada, no perdí tiempo. Pasé por casa, me di una ducha relajante, me puse un vestido sensual, me maquillé tal y como sabía que a mi novio le gustaba y pedí un taxi hacia la fiesta.

Cuando llegué, me encontré con algunas personas conocidas, pero Brandon no aparecía por ninguna parte. Empecé a preguntar por él a todo el mundo con quien me cruzaba. Algunos evitaban responderme, como si no quisieran decirme lo que sabían, y eso por sí solo ya activó la alarma de abogada que vivía dentro de mí: algo había pasado.

Cogí una bebida y seguí buscándolo hasta que, en un momento determinado, terminé en el jardín, en una zona poco iluminada. Ni siquiera sé qué hacía allí. Hoy pienso que quizá fue mi instinto el que me llevó hasta ese lugar.

Había poca gente alrededor y, en el instante en que escuché unos gemidos, abrí los ojos de golpe al comprender lo que estaba ocurriendo. Acto seguido, me di la vuelta con la intención de marcharme discretamente y no interrumpir el polvo de nadie.

Pero me quedé paralizada en el mismo sitio cuando reconocí el nombre que pronunciaba el hombre que parecía estar llegando al clímax.

—Ah, Brandon… qué boca tan jodidamente buena.

La que tenía que decir «joder» era yo. ¿Pero qué demonios era aquello?, me pregunté internamente, incapaz de creer lo que

empezaba a imaginar.

Me giré despacio, aterrada por lo que mis ojos pudieran encontrar, y en cuanto vi a Evan —el mejor amigo de Brandon— me quedé en shock. Era un hombre ridículamente atractivo, con ojos verde claro, cabello rubio y ondulado, hombros anchos y un cuerpo alto y fuerte.

Lo que me dejó completamente helada fue descubrir que el hombre que iba a todas partes con mi novio tenía los pantalones bajados hasta los tobillos y quien estaba chupando toda aquella monstruosidad imposible de ignorar era mi dignísimo novio.

Ninguno de los dos pareció notar mi presencia. Yo seguía completamente muda mientras veía a Brandon tragarse el placer de Evan y volver a pasar la lengua por la punta del pene de su amiguito especial. Con una sonrisa enorme en el rostro, lo miró satisfecho después de darle aquel sexo oral que, por cierto, jamás parecía tener ganas de hacer conmigo. Y quizá eso explicaba muchas cosas.

—Ahora te toca a ti —dijo con voz ronca.

Bajé la mirada y noté la enorme erección marcada en el pantalón de Brandon, lo que me hizo preguntarme cuántas veces había ocurrido aquello a mis espaldas.

Debí de haber sido una *asesina en serie*, una secuestradora de niños inocentes o alguien que maltrataba animales en otra vida. No era posible tener tanta mala suerte en absolutamente todas mis relaciones.

Aquello tenía que ser una especie de castigo del universo por algo horrible que hice y ni siquiera recordaba. Solo eso explicaría mi desastrosa suerte en el amor.

¿Será que las veces que decía que necesitaba trabajar hasta tarde en realidad estaba ocupado en otra cosa? ¿Tal vez conociendo mejor la anatomía de su amigo?

En cuanto Evan abrió la boca para responderle, di un paso al frente, me llevé una mano a la cintura y recuerdo haber preguntado con el tono más sarcástico posible:

—¿Por casualidad pensaron en invitarme también a la fiesta?

Brandon pasó del rojo al morado y después a todos los colores posibles. Era evidente que no sabía dónde meterse de la vergüenza que reflejaba su expresión. Aun así, no permití que dijera una sola palabra. Simplemente me quité el anillo que me había dado y me acerqué hasta quedar frente a ellos. Evan guardó rápidamente su pene semierecto dentro de los pantalones mientras yo miraba de uno a otro, completamente furiosa porque, incluso en medio de aquella humillación, mi exnovio había conseguido acostarse con un hombre más atractivo que cualquiera con el que yo hubiera estado jamás.

Vamos, el tipo parecía literalmente Chris Evans como Capitán América. ¿Por qué uno así nunca terminaba cayendo en mis redes?

Lancé el anillo en dirección a Brandon y me limité a decir que, la próxima vez que organizara una fiestecita privada, no fuera tan egoísta y me invitara a participar. Evidentemente estaba siendo irónica porque, aunque no tenía ningún problema con el sexo casual, las orgías no eran lo mío. Mucho menos cuando creía estar en una relación seria con la persona en cuestión.

Después de eso, me di la vuelta y me fui, algo que empecé a notar que se había vuelto bastante habitual con mis exnovios mientras recordaba todo aquello en ese momento. Brandon todavía intentó correr detrás de mí, rogándome que lo perdonara, diciendo que hacíamos una buena pareja y que podíamos solucionarlo. Y fue entonces cuando entendí que, en realidad, solo me utilizaba como fachada ante la sociedad porque no tenía el valor suficiente para asumir quién le gustaba de verdad.

Simplemente lo ignoré, tomé otro taxi, regresé a casa, bloqueé su número y nunca más volví a verlo.

Antes de Brandon estuve con William, el primero con quien intenté tener una relación seria después de mis años de encuentros casuales.

Con él fue diferente. Era bastante tranquilo, no demasiado fiestero, aunque me acompañaba a alguna que otra fiesta cuando se

lo pedía. Siempre salíamos a bares y restaurantes, así que todo parecía ir bien.

El único problema era que William tenía una pequeña obsesión: era completamente adicto al béisbol. Y aunque yo no era tan fanática como él, apoyaba a un equipo distinto.

Como siempre viví en Nueva York, era hincha de los Yankees. Él, en cambio, apoyaba a los Boston Red Sox. William sabía perfectamente eso, aunque supongo que nunca imaginó que me tomara tan en serio mis elecciones. De lo contrario, jamás habría hecho lo que hizo.

Un día vio que habría un partido entre nuestros equipos y no se lo pensó dos veces antes de comprar las entradas. El problema fue que debió de asumir que, como llevaba algunos años viviendo en Boston, eso habría cambiado. No podría asegurarlo porque, sinceramente, ni siquiera tuve tiempo de preguntárselo.

Llegó a mi casa para recogerme usando una camiseta y una gorra de los Red Sox, diciendo emocionado que había conseguido entradas. Yo aparecí con mi camiseta de los Yankees puesta y eso bastó para que se enfureciera porque le parecía absurdo que fuera con él vestida de esa manera.

No me importó en absoluto y seguí adelante. Si quería que lo acompañara, sería así. No iba a cambiar de equipo ni dejar de ser quien era por nadie, mucho menos por un novio al que conocía desde hacía menos de seis meses.

Llegamos al estadio y William llevaba una cara tan larga que jamás lo había visto tan irritado. Mientras tanto, yo fingía estar absolutamente tranquila. Caminamos hacia nuestros asientos, pero el muy descarado terminó acorralándome contra la pared… metafóricamente, claro, porque casi habría preferido que fuera literal viendo lo que soltó después.

—O te sientas conmigo usando la camiseta de los Red Sox o vas a la grada de los Yankees y te olvidas de que existo.

La respuesta fue bastante simple.

Me di la vuelta —otra vez— y fui directamente hacia la grada de mi equipo favorito. El idiota se quedó completamente en shock con mi reacción, pero no me importó. Disfruté del partido y todavía celebré como una loca cuando los Yankees vencieron a los Red Sox. Tanto, que ni siquiera me molestó cuando uno de los aficionados me agarró y me plantó un beso con lengua. Tuve que corresponderle, ¿no? Al fin y al cabo, además de haberme quedado soltera, también necesitaba celebrar la victoria de mi equipo y, entre nosotros, habría sido una falta de educación dejarlo allí ignorado.

Al salir del estadio, noté que William me estaba buscando, pero me limité a saludarlo desde lejos con una sonrisa burlona y decir en voz alta:

—Tú me diste a elegir y yo elegí. Hasta nunca.

Negué con la cabeza al recordar el desastre absoluto que habían sido mis últimos dos años mientras seguía conduciendo hacia la oficina, perdida en pensamientos sobre todas mis relaciones fallidas. No voy a mentir: llegué a preguntarme si el problema era yo… o simplemente mi pésimo gusto para escoger hombres.

Seguí conduciendo por el tráfico de Boston cuando mi teléfono empezó a sonar. Leí el nombre de mi hermana en la pantalla y me extrañó que llamara tan temprano, pero contesté al segundo tono.

—Hola, Meg, ¿todo bien?

—¡Me voy a casar! —gritó completamente eufórica, obligándome a bajar el volumen del coche para no quedarme sorda.

—Ya lo sé, loca —bromeé sin entender semejante entusiasmo.

—No, pelirroja, ¡voy a casarme de verdad! Ya fijamos la fecha y será… —Escuché un golpecito contra algo de madera, como si estuviera intentando crear suspense, lo que solo consiguió confundirme más—. Será dentro de tres semanas, en una fiesta que empezará el jueves por la noche y terminará el domingo.

¡Mierda!

Mientras ella seguía hablando emocionadísima sobre la enorme celebración que estaban organizando, yo empecé a pensar que no

podía haber elegido peor momento para terminar con Noah. Y eso sin saber siquiera si habría ido conmigo a esa fiesta teniendo en cuenta su doble vida. Pero, al menos, todavía habría tenido novio y no volvería a convertirme, una vez más, en motivo de burla para toda la familia, porque lo único que sabían hacer era criticar mi vida por seguir soltera y repetir que, a ese paso, acabaría siendo la tía solterona.

Y mejor ni hablar del hecho de que no quisiera ser madre. Para ellos, eso ya era prácticamente una ofensa personal.

El desánimo empezó a envolverme cada vez más al imaginar el horror que sería pasar aquellos cuatro días rodeada de toda la familia y, para empeorar aún más las cosas, también junto a John y su familia perfecta sacada de un anuncio de mantequilla. Porque sí, ¿recuerdas que antes comenté que el problema de mi cuñado era el equipaje que venía incluido?

Pues bien, el equipaje no era pesado. Era pesadísimo y tenía nombre: John, mi exnovio infiel, el hombre que me hizo renunciar a intentar tener una relación seria durante todos esos años.

¡Joder! ¿Cómo demonios iba a sobrevivir a esa boda teniendo al imbécil en el mismo lugar?

CAPÍTULO 2
CHLOE DAVIS

Después de hablar con Megan… o al menos intentarlo, me quedé completamente ida, atrapada en mis pensamientos y en mi pésima suerte mientras conducía hacia el trabajo.

Mi día ya había empezado de aquella manera y solo esperaba que mejorara conforme avanzaran las horas. Me sentía fatal. Apenas había dormido por culpa del desgraciado de Noah. No por él en sí, sino por todo lo que me hizo pasar y por haberme convertido en la amante sin mi consentimiento.

Independientemente de cómo hubiera ocurrido, me dolía haberme convertido en algo que siempre repudié.

Y después de enterarme de todo lo que tendría que soportar en la boda de mi hermana, mi desánimo no hizo más que aumentar. Necesitaba concentrar toda mi energía en el trabajo para no terminar todavía más afectada de lo que ya estaba.

Por eso, en cuanto llegué, me puse a revisar el caso de un niño neurodivergente que recibía tratamiento en la clínica con la que colaboraba. Su padre había abandonado a la madre para formar una nueva familia con su amante y, además de desaparecer prácticamente como padre, también dejó de ayudar económicamente con los gastos del niño, así que la madre decidió recurrir a la justicia.

Fui al tribunal, expuse toda la situación, los gastos que implicaba el tratamiento del pequeño y, sin demasiada dificultad, gané el caso. El padre tendría que pagar una pensión bastante generosa cada mes, además de cubrir todo el tiempo que llevaba incumpliendo sus responsabilidades.

Después de salir del tribunal, regresé al despacho al final de la tarde, donde atendí a otros dos clientes que tenían reuniones programadas conmigo. Cuando terminé, miré el reloj y noté que ya se acercaban las siete de la tarde.

Payton se acercó con una taza de café y solté un pequeño gemido agradecido por su generosidad.

—Pareces agotada, jefa —comentó mientras soplaba su café y se sentaba en el sillón que el cliente acababa de dejar libre.

—¿Parecerlo? Lo estoy —bromeé con una sonrisa cansada.

—¿Por qué no te vas a casa a descansar? ¿O vas a decirme que tienes algún plan con Noah?

Puse los ojos en blanco apenas escuché su nombre.

—Ni me hables de ese desgraciado infiel.

Sus ojos rasgados se abrieron de golpe. Con la mano libre apartó el flequillo oscuro de su rostro y se inclinó hacia delante, consumida por la curiosidad.

—¿Cómo que infiel? No me digas que… —Era evidente que moría por saber más, aunque intentaba contenerse.

—Pues sí. El imbécil incapaz de mantener los pantalones puestos tenía una amante. Y esa amante era yo —solté de una vez, porque después de tanto tiempo trabajando juntas habíamos desarrollado cierta amistad. Confiaba en Payton y sabía perfectamente que era discreta.

Sus labios formaron una enorme O de pura incredulidad.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Ojalá. —Me encogí de hombros fingiendo que aquello no me afectaba.

—Jefa, perdona que te diga esto, pero tienes un talento increíble para escoger hombres horribles. No sé cómo consigues encontrar uno peor que el anterior.

—Contra los hechos no hay argumentos —admití con total desánimo mientras le señalaba con el dedo índice y apretaba los labios, consciente de que tenía toda la razón.

—Ya tengo que irme, Liam. ¿No puedes cambiar la guardia con otro médico? —preguntó ella con una voz dulce que me hizo poner los ojos en blanco.

—No. Voy a acompañarte hasta el ascensor. Tengo que llegar al hospital en treinta minutos.

Por el rabillo del ojo vi cómo hacía un puchero ridículo y no pude evitar preguntarme si de verdad aquello le gustaba a Liam.

¿Será que eso era justo lo que me faltaba para conseguir que mis novios permanecieran fieles?

Bufé resignada solo de imaginarlo, porque aquello estaba lejísimos de formar parte de mi personalidad. Si depender de eso era necesario para retener a un hombre, probablemente moriría soltera.

Noté que Liam acompañaba a la mujer del día hasta el ascensor con una mano apoyada en su cintura y me resultó imposible impedir que mis ojos recorrieran sus hombros anchos y su espalda tonificada, donde reconocí el símbolo del Caduceo de Hermes tatuado en el hombro derecho junto a una fecha debajo que imaginé correspondía al día en que se graduó como médico.

En cuanto llamaron al ascensor, su acompañante le rodeó el cuello con los brazos, se puso de puntillas, Liam dijo algo que la hizo reír y recibió un beso de despedida con lengua incluida.

Respiré hondo, sintiendo cómo el rostro se me calentaba ante la escena que tenía delante, y me obligué a apartar la mirada, abrir la puerta —que ya estaba desbloqueada— y entrar en mi apartamento.

Era frustrante no solo ver, sino también escuchar todo lo que ocurría entre aquellas cuatro paredes con la agenda sexual tan activa de mi vecino, mientras mi vida social y sexual parecía un barco hundido.

No siempre tuve esta especie de guerra personal con Liam. Todo lo contrario. Éramos amigos, por así decirlo.

Al menos durante la época del instituto, cuando empezamos a llevarnos bien gracias a que compartíamos la misma amiga: Mel. En aquel entonces, ellos comenzaron a acercarse y Liam insistía constantemente en que algo ocurriera entre los dos. Más tarde descubrimos que, al principio, todo había empezado para provocar a

su hermano Bryan, que por aquella época no tenía el valor suficiente para admitir lo que realmente sentía.

Mel se resistió muchísimo a involucrarse con Liam porque lo quería como amigo. Sin embargo, cansada de ver al amor de su vida salir con quien entonces era su amiga, terminó involucrándose con él. Fue en esa misma época cuando Liam y yo también nos hicimos cercanos, aunque yo seguía saliendo con el imbécil de John.

Con el tiempo terminamos convirtiéndonos en grandes amigos. Liam estaba tan loco como yo; Mel era la única sensata entre nosotros. Tanto, que cuando Jackson arruinó el cumpleaños de mi amiga, no dudé ni un segundo en vengarme. Le conté mi plan a Liam y él aceptó sin pensárselo dos veces.

A diferencia de su hermano, siempre fue conocido como la oveja negra de la familia Walker, únicamente porque era el rebelde sin causa que jamás bajaba la cabeza ante las imposiciones de sus padres. Pero siempre fue una buena persona. Lo sé por la época en que nos hicimos amigos en el instituto.

Todavía recuerdo que, cuando Mel decidió marcharse tras llegar al límite de todas las atrocidades que sufrió por parte de sus compañeros, me entregó una carta y me pidió que se la diera a Liam, como si le avergonzara demasiado hacerlo cara a cara o incluso por teléfono. Y eso hice justo después de que mi amiga subiera al avión rumbo a Boston.

Le envié un mensaje y le pedí que me encontrara en una cafetería. Yo no quería ver a Bryan ni aunque estuviera bañado en oro porque, de lo contrario, había muchas posibilidades de que hubiera perdido mis antecedentes limpios en aquella época.

Liam apareció a la hora acordada y recuerdo perfectamente que su rostro reflejaba la mierda que llevaba dentro. Parecía devastado por todo lo que había pasado. No tanto por la humillación que él mismo había sufrido, sino por todo lo que le hicieron a Mel. Hablamos un rato y traté de explicarle que mi amiga estaba haciendo lo correcto, que seguir viviendo allí se había vuelto imposible. Él lo entendió, siendo el buen amigo de siempre, aunque

algo me decía que, incluso sin habérselo confesado jamás ni a Mel ni a mí, terminó convirtiéndose en este hombre sin sentimientos, que solo usa y disfruta del cuerpo de las mujeres que conoce, por culpa de la enorme decepción amorosa que sufrió en el pasado.

Recuerdo como si fuera ayer el momento en que tomé su mano con la intención de transmitirle apoyo, demostrarle que podía contar conmigo. Sin embargo, sus palabras fueron completamente distintas:

—Habría sido más fácil si me hubiera enamorado de ti, quizá.

Me sorprendió aquella confesión, algo que jamás habría imaginado, aunque recordaba perfectamente que, antes de que nos acercáramos y de que empezara a salir con Mel, ya había intentado ligar conmigo en una de las fiestas a las que fuimos una vez. Pero, en aquella época, yo ya estaba interesada en John y comenzamos a involucrarnos, así que no le di importancia.

—Sabes que tengo novio… —recordé, incómoda por la forma en que seguía sujetando mis manos.

—Y no deberías tenerlo. John es un idiota —soltó, visiblemente molesto.

Retiré mi mano de la suya, tragué saliva y, haciendo un esfuerzo por ignorar el comentario sobre mi novio, evité mandarlo directamente a la mierda.

—¿Así hablas de tu amigo? —lo provoqué arqueando una ceja. Él se encogió de hombros, como si estuviera aburrido.

—No sabes nada… —murmuró de mala gana, dejándome incómoda, pero también irritada por la forma en que actuaba debido a su mal humor.

—Bueno, es evidente que no estás en tu mejor momento. Lee la carta. Espero que entiendas el lado de Mel y la perdones. Ella nunca quiso hacerte daño.

—No quiere hablar conmigo, me bloqueó… —dijo con rabia contenida.

Respiré hondo.

—Mel necesita tiempo. No fuiste el único herido con todo esto. Tal vez algún día puedan reencontrarse y resolver las cosas.

Me levanté para marcharme, pero Liam sujetó mi muñeca cuando pasé junto a él.

—¿Nos veremos otro día? Antes de que cada uno siga su camino en la universidad.

Si hubiera sido en otro momento, cuando no había percibido cierto interés por su parte hacia mí y no sospechara que quizá solo quería usarme para aliviar el dolor que le había causado su novia, habría aceptado. Pero, al darme cuenta de aquello, no pude hacerlo. Así que simplemente le conté lo que había decidido después de pensar mucho tras la partida de mi mejor amiga.

—He decidido ir a Harvard. Necesito organizar mis cosas. —Aparté mi muñeca de su mano—. Que te vaya bien, Liam.

Después de eso, perdimos el contacto. Lo máximo que sabía de él era a través de las redes sociales. Sin embargo, desde hacía aproximadamente un año, empezó a plantearse la posibilidad de mudarse a Boston porque se había cansado de Nueva York.

Bryan siempre lo obligaba a participar en algunas reuniones del consejo del conglomerado Walker's y, como visitaba constantemente a su hermano, a su sobrino —y ahora también a su sobrina y a su cuñada—, decidió mudarse para estar más cerca de su familia.

Consiguió una gran oportunidad en un hospital de prestigio en Boston gracias a su excelente currículum y a las buenas recomendaciones que tenía. Y fue entonces cuando cometí el error de comentarle a Mel que el apartamento de al lado había quedado libre, creyendo que estaba siendo una buena amiga.

Ah, si el arrepentimiento matara, ya estaría tiesa, enterrada a varios metros bajo tierra.

Recordaba perfectamente que Liam siempre había sido una persona increíble, así que jamás imaginé que el doctor Depravado se apoderaría de su cuerpo y convertiría mis días en un eterno muro de lamentaciones gracias a las mujeres escandalosas que llevaba a su apartamento.

Al principio nos llevábamos bien e incluso hubo cierta tensión entre nosotros durante nuestros reencuentros. Pero, con la intención de no arruinar la amistad que estábamos reconstruyendo, sobre todo porque nuestro círculo social volvía a ser el mismo de antes, decidí cortar cualquier segunda intención por su parte. Por mucho que me hubiera sentido tentada en aquella época.

Claro que pensé en tener una noche caliente con él, algo casual, pero no era así como funcionaban mis aventuras en aquellos tiempos. Mis encuentros eran con personas a las que no volvería a ver ni tendría contacto después, y con el cuñado y exnovio de mi mejor amiga eso no iba a suceder. Tal vez Liam no habría tenido el mismo problema, pero preferí no arriesgarme a crear tensión entre todos.

Otra cosa que me impidió caer en la tentación —porque no podía negar que mi no tan querido vecino era una auténtica tentación para la vista— fue el hecho de haber decidido aventurarme en una relación seria, algo que ni siquiera hacía falta preguntarle para saber que no le interesaba en lo más mínimo. Y también estaba el detalle de que teníamos amigos en común. Todo podría derrumbarse si aquello no funcionaba. En fin, opté por mantener únicamente la amistad y no me arrepentía de la decisión que había tomado.

Mi único arrepentimiento era haberle mencionado a Mel el maldito apartamento de al lado porque, cada vez que escuchaba los gemidos y las palmadas resonando sobre los traseros de las pobres mujeres que él marcaba, toda la amistad que alguna vez sentí desaparecía y solo el fastidio crecía dentro de mí.

Por eso, con un alivio descomunal, fui hacia la sala de estar, dejé los bolsos sobre el sofá, me quité los zapatos de cualquier manera y caminé hasta la suite para darme una ducha caliente, satisfecha de que Liam estaría las próximas horas de guardia y tendría una noche —y quizá hasta el día siguiente— de paz.

Durante el día era más fácil. Simplemente subía el volumen de la televisión o de la música al máximo para no verme obligada a

participar indirectamente de los placeres que él recibía. El problema era la noche. Y mira que hasta compré aquellos auriculares con cancelación de ruido que suelen usar las personas neurodivergentes para intentar reducir mi tortura y evitar problemas.

Sin embargo, mi paciencia estaba a punto de agotarse. A veces solo quería volver a casa y trabajar allí, no verme obligada a hacerlo desde la oficina porque no tenía paz dentro de mi propio apartamento. Me sentía exhausta, mental y físicamente, y ya no sabía cuánto tiempo más lograría permanecer callada ante la falta de respeto del doctor Depravado.

CAPÍTULO 3
CHLOE DAVIS

Tuve una semana infernal, por así decirlo. Que Megan hubiera viajado justo en ese momento me jodió de verdad porque el trabajo se acumuló muchísimo y terminé arrepintiéndome amargamente de no haber contratado a otro abogado, tal y como le sugerí. Precisamente para que, en ocasiones así, pudiéramos descansar, viajar y no limitarnos a hundirnos entre montañas de trabajo.

Megan consideró que era un gasto innecesario porque decía que podíamos manejarlo junto con nuestras asistentes, pero esa no era la realidad. Gracias a nuestro excelente desempeño y a los casos difíciles que ganábamos con frecuencia, el nombre de Davis Abogados no dejaba de crecer y algunos clientes de ciudades vecinas de Boston empezaban a buscarnos gracias a las recomendaciones de quienes estaban satisfechos con los resultados que conseguíamos para ellos.

Al menos mi hermana volvería al trabajo la semana siguiente, para mi alivio. Lo único que quería era recuperar mi rutina habitual y dejar atrás aquella locura que no me había dejado ni tiempo para comer durante toda la semana.

Otra cosa que haría en cuanto regresara sería volver a hablar sobre contratar a otra persona. No tendría más opción que aceptar, sobre todo con la boda acercándose y porque algo me decía que, entre los preparativos y la luna de miel, estaría todavía más ausente. Y, sinceramente, no era justo que yo tuviera que desdoblarme sola durante todo ese tiempo.

Después de otro día sin siquiera almorzar, sobreviviendo únicamente gracias a un sándwich cualquiera que Payton me compró en la calle para que no me desmayara del agotamiento, terminé aceptando salir a beber con las asistentes del despacho después de ganar otro caso aquel día. Uno de los más complejos que había

llevado jamás. Y, sinceramente, nos lo merecíamos porque ellas se habían esforzado tanto como yo.

—Brindemos por el éxito del caso de los herederos de hoy —dije levantando la copa en el aire apenas el camarero nos dejó las bebidas sobre la mesa. Un camarero bastante mono, por cierto. Era evidente que estaba interesado en mí por la descarada guiñada que me regaló.

Chocamos las copas animadas mientras el alcohol empezaba a recorrer mis venas después de las dos bebidas que ya había tomado.

Sin embargo, si hubiera sabido lo que estaba a punto de pasar, jamás habría celebrado antes de tiempo.

—Mmm… ese camarero está bastante bueno. ¿Por qué no le das una oportunidad, doctora? —preguntó Charlotte mientras todas girábamos el rostro hacia él, observándolo preparar tragos para otros clientes, aunque nuestros ojos seguían encontrándose una y otra vez.

Lo pensé durante un instante. ¿Debería darle una oportunidad e irnos a un motel? Quizá necesitaba distraerme un poco, porque mi vida social seguía siendo un desastre mientras mi vecino continuaba restregándome en la cara lo increíblemente activa que era la suya.

No es que fuera a acostarme con el camarero por culpa del doctor Depravado, claro que no. Pero resultaba frustrante que prácticamente cada dos días hubiera una mujer distinta en su cama y que las muy afortunadas, por así decirlo, gritaran como locas por los orgasmos que él les provocaba.

Incluso llegué a preguntarme hace unos días si realmente todas disfrutaban tanto con él o si fingían solo para no herir su ego. No podía ser tan bueno así. Y lo digo por experiencia propia.

He tenido una cantidad considerable de hombres pasando por mi cama. Nada comparable al doctor Depravado, sin duda, porque para mí no todo giraba alrededor del sexo. Pero, al menos una vez por semana, siempre encontraba a alguien que me diera placer durante mi época de solterona. Época a la que, por cierto, acababa de regresar.

A diferencia de lo que mucha gente imaginaba, nunca fui el tipo de mujer que elegía a un hombre por dinero. Me daba igual si ganaba dos mil o doscientos mil dólares al mes. He estado con millonarios que resultaron una completa decepción entre las sábanas y, en cambio, un fotógrafo consiguió llevarme directamente al cielo.

Volví a mirar hacia el camarero, que me observó con una sonrisa ladeada, claramente encantado con la atención que recibía, hasta que un hombre apareció frente a él para hacer un pedido y cortó nuestro contacto visual. En ese mismo instante, mi corazón se saltó un latido al reconocer aquel perfil.

Como si hubiera sentido mi mirada, justo cuando intenté apartar la vista para evitar que me descubriera, giró el rostro en mi dirección y nuestros ojos se encontraron.

Contuve el aire en los pulmones cuando aquella sonrisa burlona apareció en su rostro. Volví inmediatamente mi atención hacia la mesa, irritada porque ese imbécil todavía fuera capaz de provocarme cualquier tipo de incomodidad.

¿Qué coño me pasaba?

—Ese de ahí es el… —Payton empezó a decir, pero, en el momento en que sentí como si la espalda me ardiera y ella se quedó callada, supe que el idiota se acercaba.

—Vaya, vaya… qué buena sorpresa encontrarte aquí, pelirroja —comentó John al acercarse.

Puse los ojos en blanco y respiré hondo, intentando encontrar una paciencia que definitivamente no sentía porque, además de todo el estrés y el agotamiento de la semana, estaba con un humor de mierda gracias al síndrome premenstrual.

—No puedo decir lo mismo —solté con una sonrisa irónica. El entrometido que un día fue mi novio se sentó en una silla vacía aunque nadie lo hubiera invitado. Noté que las chicas se tensaban, mirándose unas a otras sin saber qué hacer—. Y no soy "pelirroja" para ti —aclaré con ironía.

Él se encogió de hombros, llevó la cerveza a los labios y dio un largo trago sin apartar sus ojos de los míos, lo que me irritó todavía

más al comprobar que el imbécil seguía siendo absurdamente atractivo con el paso de los años, aunque por dentro fuera horrible.

—¿Y dónde está tu noviecito? —preguntó arqueando una ceja de una forma que no me gustó en absoluto.

—¿Y eso a ti qué te importa? —repliqué, provocando que su sonrisa se ampliara.

—Ah, pelirroja, echaba de menos estas peleas nuestras, ¿sabías? Estoy deseando que llegue la fiesta de la boda para tener muchas más… —se burló con provocación.

—¿En serio? —respondí con falso asombro y sarcasmo—. Pues yo no puedo decir lo mismo. Por cierto, ¿dónde está tu mujer? Porque me pregunto si le gustaría saber que su querido marido está sentado aquí con su exnovia.

Fue evidente cuánto le molestaron mis palabras, aunque consiguió disimularlo rápidamente.

Se encogió de hombros como si no le importara y lo peor era que le creía. La relación de ellos dos siempre me había parecido extraña por algunos comentarios que Megan había hecho alguna vez.

—Está bien. Ya sabes, el final del embarazo… las mujeres se cansan más. Ah, cierto, se me olvidaba que tú todavía no eres madre y nunca has pasado por eso… —provocó, haciendo que mi sangre hirviera.

Me incliné hacia delante y, sin apartar la mirada de la suya, respondí para que le quedara claro de una vez:

—No pasó porque nunca quise, ¿o tu memoria es tan pequeña como tu polla que no recuerdas que siempre dejé claro que no tengo el menor interés en ser madre?

El muy idiota soltó una carcajada tan fuerte que echó la cabeza hacia atrás, como si acabara de escuchar el mejor chiste del universo, mientras las chicas y yo lo observábamos.

—Ah, pelirroja, qué graciosa eres. Porque sabes perfectamente que mi polla está muy lejos de ser pequeña —comentó con una

sonrisa amplia que solo consiguió enfurecerme todavía más, aunque intenté mantener la fachada de mujer dura y no mostrar cuánto me afectaba por dentro.

Y sí, por desgracia sabía perfectamente que pequeña no era. John había sido mi primer hombre y siempre fue increíble en la cama. Tal vez el mejor que tuve hasta ahora, para que mi derrota fuera todavía más humillante después de todo lo que vino tras él. Pero no necesitaba saber eso.

—¿En serio? Hace tanto tiempo que ni me acuerdo. Ya sabes cómo es… olvidamos aquello que no importa ni se echa de menos —comenté con ironía antes de llevar la copa a los labios y dar un sorbo, satisfecha con mi respuesta.

—¿Y tu novio? Si es tan importante, ¿por qué no está aquí contigo ahora mismo?

Me encogí de hombros mientras notaba que Payton y Charlotte deseaban desaparecer debajo de la mesa.

Fingí un suspiro enamorado, sintiéndome como una de las mejores actrices de Hollywood.

—Ah, trabaja muchísimo. Tiene una profesión muy importante. Yo solo decidí tomarme una noche libre con mis amigas… —Odiaba mentir, pero pasar otra vez por la solterona frente a él para que se regodeara pensando que su vida era perfecta mientras la mía seguía siendo un desastre estaba completamente fuera de discusión.

—¿Lo llevarás a la boda? —Quizá me equivocaba, pero tuve la impresión de que su expresión se endureció por la forma en que hablé de mi falso novio.

¡Mierda! ¿Y ahora qué respondía?

—Claro. Bueno… a menos que tenga algún compromiso importantísimo —intenté salir del paso para tener una excusa convincente cuando llegara el momento. Ya estaba cansada de aquel interrogatorio y de tener que aparentar constantemente, así que decidí cortar el tema de una vez—. Pero bueno, ahora que ya terminaste con tu interrogatorio, ¿por qué no vuelves con tus amigos? ¿O fueron más inteligentes y escaparon de ti mientras

podían? —me burlé. Sus ojos parecieron lanzarme cuchillos—. Como ya te dije, esto —dibujé un círculo en el aire con el dedo índice— es una noche entre amigas…

Él llevó la cerveza a los labios, bebió un largo trago y, después de dejar la botella sobre la mesa con cierta brusquedad, se levantó mientras acomodaba el impecable traje que llevaba puesto.

—Todo bien, pelirroja, hasta otro día. Al fin y al cabo, vamos a vernos muy seguido durante las próximas semanas.

Odié saber que eso realmente iba a pasar. En cuanto el imbécil por fin le dio la espalda a nuestra mesa, dejando incluso la botella sobre ella, sentí cómo mis hombros se relajaban, como si por fin pudiera respirar aliviada sin tener que medir cada palabra o cada gesto.

Odiaba a John y odiaba todavía más saber cuánto disfrutaba presumiendo de que creía estar mejor que yo. Me terminé la copa de un solo trago, mucho más estresada de lo normal después del enfrentamiento con mi ex.

—Necesito otra bebida —comenté.

—Déjame pedirla esta vez —se ofreció Charlotte y le agradecí.

En cuanto se alejó para pedir otra ronda, me quedé absorta pensando en todo lo que había pasado durante los últimos minutos y en la enorme mentira que acababa de soltar.

—¿Por qué no dijiste la verdad? Estar soltera no tiene nada de malo. Nadie está obligado a estar en una relación —me reproché a mí misma, aunque Payton decidió responder por mí:

—Eso es cierto, pero también entiendo tu punto. Está toda esa tensión por la forma en que lo descubriste engañándote. No quieres quedar por debajo y no te juzgo. Probablemente, si fuera yo, haría lo mismo solo para que pensara que ahora estoy muchísimo mejor que cuando estaba con él.

Esbocé una pequeña sonrisa, de esas que no llegan a los ojos.

—Algo que no encaja demasiado con la realidad —murmuré para mí misma.

—No estoy de acuerdo, jefecita. Es mejor estar sola que con un desgraciado incapaz de serle fiel a su mujer.

Respiré hondo y asentí.

—Lo sé. Solo no quería que pensara que después de él no conseguí encontrar a nadie más porque sigo enamorada, cuando eso no es cierto.

Nos quedamos en silencio un momento, hasta que Payton prácticamente dio un salto en la silla con una emoción que yo estaba muy lejos de compartir.

—¿Qué pasa, loca? —pregunté sin entender nada cuando golpeó las dos manos sobre la mesa, como si hubiera tenido la idea del siglo, lo cual me dio miedo.

—Ya tengo la solución a todos tus problemas, jefecita —anunció con determinación.

Arqueé una ceja, alarmada, porque las ideas de Payton rara vez eran brillantes.

—Ay, ay... hasta me da miedo escucharte.

Ella agitó la mano en el aire, restándole importancia.

—De esta estoy segura de que te va a gustar —afirmó convencida.

Empezó a golpear las manos sobre la mesa como si estuviera redoblando tambores y soltó la peor idea que jamás habría imaginado posible:

—Contrata a un acompañante para que vaya contigo a la boda.

Abrí los ojos como platos, horrorizada por la creatividad que tenía esa mujer.

—¿Hablas en serio, japonesa?

—Por supuesto. —Al notar que la idea no me había gustado, se acomodó en la silla y activó inmediatamente su modo abogada para intentar convencerme de que no se había vuelto loca—. Piénsalo conmigo, jefecita. Faltan solo tres semanas para la boda. Incluso puedes empezar a salir con alguien en ese tiempo… o puede que no.

Y para no correr el riesgo de sentirte mal por culpa de tu familia, podrías alquilar a un acompañante. Estaría obligado a hacer todo lo que necesitaras, lo que sería perfecto para la situación. En cuanto volvieran de la boda, cada uno seguiría con su vida y todo volvería a la normalidad. ¿No es perfecto?

—¡No! —me reí, haciendo que sus hombros cayeran con desánimo—. Imagínate si mi hermana descubre que llevé a un completo desconocido a la boda. Me mata. Va a hacer conmigo lo mismo que en aquel caso de descuartizamiento que llevamos hace unos días en el despacho y, sinceramente, no me interesa convertirme en el cadáver de la historia, gracias.

—Deja de ser dramática. No va a descubrir nada. Es un contrato, solo lo sabrá si la señorita abre la boca.

Pensé en ello durante un instante y el simple hecho de imaginarme al lado de un completo desconocido, fingiendo una felicidad inexistente, una complicidad, un cariño y una relación que nunca existieron, me resultó todavía más deprimente.

Negué con la cabeza, incapaz de llegar tan lejos.

—No. No podría hacerlo. Eso sería tocar fondo para mí y creo que todavía no he llegado a ese nivel.

Payton soltó un bufido resignado y, justo en ese momento, Charlotte regresó con nuestras bebidas. Cogí la mía y di un largo trago sin dejar de pensar en qué demonios iba a hacer con mi vida. ¿Inventaba una enfermedad contagiosa que me impidiera ir a la boda? ¿Iba sola y que Dios me ayudara a no perder la cabeza y mandar a todo el mundo al infierno? ¿O intentaba conseguir un novio urgentemente para que me acompañara ese día?

Miré hacia el fondo del bar y vi al trasto que un día fue mi novio riéndose y bebiendo con sus amigos. Tal vez sintiendo mi mirada, el maldito infiel levantó la botella de cerveza en un brindis a distancia dirigido hacia mí.

Con una sonrisa falsa en el rostro, alcé la copa que tenía en la mano y, mientras la llevaba a mis labios, le mostré claramente el

dedo corazón, lo que solo consiguió ensanchar todavía más su sonrisa arrogante.

Pedazo de imbécil. Voy a borrarte esa sonrisa burlona de la cara de una forma u otra. Eso lo tengo clarísimo.

Llegué a casa todavía más estresada que cuando salí del trabajo.

Los cólicos empezaban a aparecer y mi humor, que ya llevaba días siendo horrible, empeoró drásticamente desde el momento en que me metí en un problema todavía mayor con aquella enorme mentira de que llevaría a mi novio a la boda.

¿Por qué simplemente no cambié de tema o me quedé callada?

Mi enorme boca, como siempre.

Debería aprender de mis errores y dejar de meterme en problemas todavía peores.

Si no odiara tanto las agujas, le pediría a Payton que me cosiera la boca para aprender a mantenerla cerrada.

Entré en el apartamento y comprobé en el reloj de pulsera que ya pasaban de las diez de la noche. Aparentemente, todo estaba tranquilo, sin nada que me hiciera sentir atrapada dentro de una película porno.

Respiré aliviada. El vecino depravado debía de estar de guardia. Me alegró darme cuenta porque eso significaba que podría sufrir mis dolores en paz, hecha un ovillo en posición fetal para aliviar un poco las molestias y quizá dormir bien para despertar con una idea brillante que me sacara del desastre que había creado.

Dejé las cosas tiradas de cualquier manera en la sala, tomé un medicamento para los cólicos —aunque sabía perfectamente que no debía mezclar alcohol con medicinas— y fui hacia la suite. Después de desnudarme, me di una larga y agradable ducha que logró hacerme sentir un poco menos irritada.

Me puse un conjunto negro de satén para dormir, con tirantes finos y un escote bastante generoso. El short era tan corto que apenas cubría mis nalgas, pero me parecía tan cómodo que no me

importó parecer una mujer vestida para seducir cuando, en realidad, solo yo y el enorme perro de peluche sobre mi cama íbamos a verlo.

Me acosté, respiré aliviada al sentir que el dolor disminuía un poco y cerré los ojos con una pequeña sonrisa satisfecha por las suaves sábanas de algodón egipcio que envolvían mi cuerpo. El edredón mullido me mantenía caliente y ayudaba a aliviar los cólicos.

Todo parecía perfecto.

Cerré los ojos satisfecha hasta que tuve la impresión de escuchar ruidos en el apartamento de al lado, como si una puerta acabara de cerrarse de golpe.

—Vaya, doctor, ¿tiene prisa por atender a su paciente? —dijo una voz femenina, claramente jugando al médico y la paciente, haciendo que abriera los ojos horrorizada por lo que empezaba a ocurrir.

—No. No. No. No —murmuré en pura desesperación.

—Ah, sí… estoy muy interesado en examinar tu anatomía. Así que quítate la ropa, ponte de rodillas y ven a chuparle la polla al doctor…

Agarré la almohada y me la estampé contra la cara, angustiada al saber que tendría que soportar al menos una hora hasta que el doctor Depravado alcanzara el clímax porque sí, el muy desgraciado tardaba como mínimo eso en correrse y, cuando no estaba demasiado cansado, todavía alargaba el espectáculo durante varias rondas a lo largo de la noche, lo que para mí era una auténtica tortura.

Grité contra la almohada, aterrorizada ante la idea de tener que soportar aquello durante horas.

—¡Guau! ¿De verdad voy a poder tragarme todo eso? —comentó la mujer de la noche, completamente impresionada, y yo puse los ojos en blanco ante el comentario innecesario.

Por eso Liam tenía un ego del tamaño del universo. Era culpa de las estupideces que esas mujeres solían decirle.

—Arrodíllate y chúpame la polla de una vez —ordenó y enseguida escuché el sonido de la palmada que le dio.

¿Y sabes qué es lo peor de todo esto? Aunque jamás hayamos hablado de sus intimidades, lo conozco mejor que muchas de las mujeres que lo tienen frente a ellas en carne y hueso. Por ejemplo, rara vez acepta una mamada completa de alguna de sus acompañantes porque la mayoría termina haciéndole daño o provocándole suficiente incomodidad como para no dejar que continúen.

Por el ruido que hacía la chica de turno, parecía a punto de atragantarse, lo que me hizo preguntarme si de verdad era tan grande como para llegar a ese extremo.

—¡Pero qué mierda! —gruñí irritada, sintiendo cómo me hervía la sangre con cada gemido mezclado con las arcadas de la chica.

—Eh, cuidado con los dientes, joder. —¿Lo ves? Siempre se quejaba de las mamadas y esta vez perdió la paciencia incluso más rápido de lo habitual*—. ¿Sabes qué? Ven aquí, levanta ese culo delicioso porque quiero follarte de otra manera.*

Por el sonido de la fuerte palmada que escuché, no tardó ni un segundo en dejar de intentar complacer al doctor Depravado con la boca. Aunque, en realidad, por la experiencia que tenía escuchándolos, él hizo eso para no romper el ambiente al darse cuenta de que aquella mamada no le estaba gustando.

Para mi absoluta desgracia, nuestras habitaciones compartían pared y parecía hecha de papel, porque solo eso explicaría la sensación de estar participando con ellos en todo aquello.

Más de una vez, cuando esto ocurría, me daban ganas de traerme a un hombre guapísimo y buenísimo aquí, justo cuando el desgraciado estuviera durmiendo o, al menos, en casa, y hacer algo que no encajaba en absoluto conmigo: gritar como la hiena que tenía al lado en ese momento, como si la tuviera metida en mis propios oídos gimiendo de forma escandalosa.

¿Y por qué no lo haces, Chloe? Fácil, porque no llevo desconocidos a mi casa. De hecho, no llevo a ningún hombre a mi

hogar. Este es mi rincón, el lugar donde todo sucede como yo quiero, con lo que me gusta. Hasta ahora no había sentido ganas de traer aquí a ninguno de los hombres con los que salí durante los últimos dos años. O quizá simplemente no confiaba lo suficiente en ninguno de ellos como para hacerlo y, mira tú por dónde, al final mi sexto sentido no se equivocó.

—*¡Mi útero!* —gritó la hiena.

Aparté la almohada de mi cara y la lancé lejos mientras la rabia seguía acumulándose en mis venas.

—*¡Así, más fuerte!* —Otra palmada resonó del otro lado de la pared. Inspiré y espiré intentando calmarme para no arrepentirme de lo que estaba a punto de hacer—*. Eso, así, más profundo, más fuerte. ¡Ay!*

Aparté el edredón de un manotazo y me levanté furiosa, como no recordaba haber estado jamás.

No sabría decir si mi paciencia se agotó por todo lo ocurrido durante los últimos días, por el reencuentro con John hacía apenas unas horas, por los siete meses de tortura que el doctor Depravado me había hecho vivir o por el síndrome premenstrual que me dejaba en un estado deplorable de irritabilidad. Lo único que sabía era que había llegado a mi límite y no podía soportarlo más.

Fui hasta el armario de la cocina, cogí lo que necesitaba y, sin reconocerme ni a mí misma, salí decidida a poner fin a todo aquello. Porque, de lo contrario, era capaz de perder mi impecable expediente y acabar matando a Liam y a la urraca que se estaba follando. Además de arruinarme los días, parecían disfrutar restregándome en la cara el sexo que tanto echaba de menos, porque aquel médico de mierda no dejaba de demostrar lo increíblemente bueno que era en la cama.

Al menos, eso era lo que todas decían.

Mientras tanto, yo apenas conseguía encontrar un hombre que fuera tan bueno como él, capaz de volverme loca durante horas, tal y como hacía con las mujeres que pasaban por su cama. Casi me dieron ganas de reírme de mi propio pensamiento porque, si ya era

difícil encontrar un novio decente, imaginar uno que además fuera el paquete completo era prácticamente una misión imposible.

Era demasiada humillación para una sola persona tener que pasar por eso y encima verse obligada a escucharlo todo.

Abrí la puerta de mi casa como si estuviera ciega y hubiera dejado de ver cualquier cosa frente a mí. Crucé el estrecho pasillo que separaba nuestros apartamentos y, como una auténtica loca descontrolada, empecé a golpear con la palma abierta la puerta del doctor salido.

Y, como si no fuera suficiente, me puse a apretar el timbre igual que esos mocosos insoportables que no tienen nada mejor que hacer que molestar a los vecinos antes de salir corriendo.

La única diferencia era que yo no iba a salir huyendo. Todo lo contrario. Lo pulsaba durante varios segundos, lo soltaba y volvía a apretarlo.

—¿Pero qué coño pasa? —gritó Liam, claramente irritado.

Mi sonrisa se ensanchó porque era imposible que estuviera más furioso que yo.

CAPÍTULO 4
CHLOE DAVIS

La puerta se abrió de golpe y mis traicioneros ojos recorrieron su cuerpo sudado. Solo llevaba unos bóxers que debió ponerse a toda prisa y, aun así, eso no impidió que notara el tamaño de su masculinidad marcándose bajo la tela fina.

¿Qué demonios me pasaba? Debía de ser culpa de la sequía sexual, no había otra explicación.

Levanté la mirada para no perder el hilo de por qué había ido hasta allí. Sus ojos se entrecerraron en cuanto me reconoció, claramente confundido por lo que estaba ocurriendo. Pero no le di tiempo ni a intentar entenderlo; yo misma me encargué de dejar las cosas claras.

—¿Podéis controlaros un poco los dos, joder?

Soltó una risa nerviosa, sin comprender nada.

—¿Cuál es tu problema, pimentita?

—Mi problema mide casi dos metros, tiene una falta de vergüenza impresionante, disfruta dejando el culo de sus acompañantes rojo de tanto azotarlo, odia las mamadas y se cree el hombre más bueno del hospital como para traer cada día a una mujer distinta a su matadero.

Liam abrió los ojos, completamente incrédulo con todo lo que acababa de escuchar.

—¿Qué? ¿Cómo dices? —preguntó atónito.

—Muy simple, ¿cuál es tu puto problema para respetar a tu vecina y hacer tus orgías sin hacerme sentir que participo en ellas?

—¡El problema debe de ser precisamente mi polla! —gruñó para sí mismo, aunque no lo bastante bajo como para que no lo oyera.

Abrí la boca, escandalizada por su descaro al responderme semejante barbaridad en lugar de reconocer su error y pedirme disculpas de rodillas.

—¡Es que eres un imbécil! —lo reprendí justo en el momento en que una rubia espectacular apareció detrás de él usando únicamente la camisa de vestir de Liam. Sus pezones endurecidos se marcaban claramente bajo la tela.

—¿Y esta quién es, Liam? No me van las orgías, ya te lo dije.

—No te metas, Mia —la reprendió Liam con la brusquedad de siempre.

—Ay, cariño, aunque haya tenido la sensación de estar participando con vosotros, solo he venido a hacer una cosa —abrí la cinta adhesiva gris y gruesa mientras ambos me observaban sin entender nada. Noté cómo la chica me recorría de arriba abajo con la mirada, pero me dio igual. Rápidamente cogí la cinta y, con ambas manos, se la pegué directamente sobre la boca.

Sus ojos se abrieron de par en par, asustados, mientras Liam se quedaba completamente paralizado.

—Ahora sí, volved a vuestra putería, pero, por favor, intenta no ser tan escandalosa, querida, porque, de lo contrario, la próxima vez seré capaz de convertirte en una auténtica momia.

Cuando se arrancó la cinta de la boca, soltó un grito mientras retrocedía hacia el apartamento y yo seguía escuchándola chillar mientras Liam intentaba sujetarla.

—Voy a denunciarte, loca de mierda. Eso no se le hace a nadie.

Me quedé junto a la puerta, levanté ambos dedos corazones hacia ellos y dije, furiosa:

—¡Denúnciame! Soy abogada, por si el doctorcito no te lo había contado.

En cuanto terminé de hablar, les cerré la puerta de un portazo mientras seguía escuchando a la histérica gritar. Liam parecía intentar calmarla y, por lo amortiguada que sonaba su voz, imaginé que le había tapado la boca.

Con la puerta ya cerrada, solté una carcajada al pensar en lo que acababa de hacer, incapaz de creer que realmente le hubiera pegado cinta adhesiva en la boca a aquella histérica.

Una sensación de alivio por haber soltado todo lo que llevaba meses guardándome se apoderó de mí.. Fui hasta una botella de vodka que tenía en la cocina, la cogí, le quité el tapón y le di un largo trago directamente del cuello.

Dispuesta a hacerle la vida imposible a Liam, igual que él me la había hecho a mí durante todos esos meses, encendí el altavoz al máximo volumen, aun sabiendo que el condominio seguramente me daría problemas, y empecé a escuchar Blank Space, de mi cantante favorita, Taylor Swift, sabiendo perfectamente que él era rockero y lo odiaría. Pero que le jodan, Liam Walker, aunque solo fuera por unos minutos.

Cantaba a pleno pulmón, bailaba y seguía bebiendo vodka directamente de la botella sin importarme absolutamente nada porque, de alguna manera, todo aquello me hacía sentir mejor, más ligera, como si el tormento acumulado de los últimos días finalmente estuviera abandonando mi cuerpo.

Una canción terminó y unos segundos de silencio llenaron el apartamento antes de que empezara la siguiente. Entonces grité:

—¡Chúpate esa, doctor Depravado!

Con media botella ya vacía, seguí bebiendo sin preocuparme por la terrible resaca que tendría al día siguiente.



Aunque normalmente odiaba hacer aquello los fines de semana, todo lo que había pasado durante los últimos días hizo que creciera dentro de mí una necesidad desesperada de salir de casa y correr para despejarme un poco.

Por eso, después de pasarme todo el sábado viendo Prison Break gracias a la inmensa resaca que tenía, en cuanto me levanté cogí la regadera y empecé a echar agua a las innumerables flores

repartidas por todo el apartamento, incluida la terraza que compartía pared con la del doctor Depravado.

Siempre me gustaron las flores dentro de casa. Tenía la sensación de que aportaban un poco de vida a la soledad que a veces me acompañaba. Con el tiempo me di cuenta de que quizá me había excedido un poco con la cantidad de plantas que había traído, pero era una de las pocas cosas que funcionaban como escape en mi vida social y conseguían relajarme.

Cuando terminé de regar todas las macetas del apartamento, me hice una coleta alta, me puse ropa deportiva —un short naranja neón diminuto y una camiseta negra de tirantes— y salí sin mirar siquiera hacia la puerta de al lado, temiendo cruzarme con Liam después del espectáculo que había montado frente a su apartamento.

Una parte de mí sentía vergüenza ajena por haber perdido el control de aquella manera. Sin embargo, había llegado a mi límite y él realmente necesitaba entender el infierno que me hacía vivir con sus actitudes.

Por supuesto, no pensaba que lo hiciera con mala intención, pero eso no justificaba que yo no pudiera tener una sola noche de paz en mi propio apartamento cada vez que él no trabajaba.

Llegué hasta la orilla del río Charles y empecé a correr mientras pensaba en todo lo ocurrido durante los últimos días, en lo que vendría en las próximas semanas con el caos del trabajo y en cuánto ya intuía que aquella boda iba a afectarme más de lo que quería admitir.

Empecé a pensar en alguien que pudiera ayudarme a contratar a otro abogado con la experiencia suficiente como para reducir el trabajo que implicaría entrenarlo cuando algo llamó mi atención.

Un perro. Un labrador negro, si no me equivocaba, estaba rebuscando dentro de una papelera, visiblemente hambriento. Su cuerpo parecía piel y huesos y aquello me oprimió el pecho al instante.

Reduje el paso sin saber muy bien qué hacer.

Miré alrededor buscando a alguien que pudiera conocerlo, aunque todo indicaba que no tenía dueño. Encontré un banco cerca, me senté y, sin pensar demasiado, hice un sonido con la boca para llamar su atención. Y funcionó.

Sus ojos color chocolate parecían desconfiados y tristes, algo que me encogió el corazón.

—Eh, grandullón, ven aquí —lo llamé.

Aunque estaba asustado, empezó a acercarse lentamente.

No sabría explicar si vio algo en mí que le hizo sentir que no era una amenaza, pero no tardó en llegar hasta donde estaba. Acerqué la mano con cuidado hacia su rostro porque, aunque me diera pena, tampoco quería acabar mordida. Sus ojos parecieron disfrutar las caricias y, poco a poco, su cola empezó a moverse de un lado a otro. Una sonrisa apareció en mi rostro, satisfecha de haberlo encontrado.

Entonces una idea empezó a tomar forma en mi cabeza y me pregunté si realmente estaba considerando la locura de adoptar un perro grande viviendo en un apartamento lleno de flores.

¿Podría funcionar?

Sabía que el edificio permitía perros siempre y cuando cada dueño se hiciera responsable y evitara problemas con los vecinos. Así que… ¿por qué no?

Vivía sola, a veces echaba de menos compañía y, hasta donde sabía, aquella raza siempre había sido dócil y juguetona.

Me mordí el labio inferior intentando impedir que la sonrisa de mi cara delatara lo que mi corazón ya había decidido.

Acaricié su cuello con ambas manos y pregunté:

—¿Quieres venir a vivir conmigo, grandullón?

Como si hubiera entendido perfectamente mi propuesta, pareció sonreír con los ojos y me dio un enorme lametón en la cara que me hizo echarme a reír y casi caer hacia atrás por el olor de alguien que probablemente acababa de comer pescado podrido.

—¡Dios mío! —solté entre risas mientras me limpiaba la cara—. Vale, dejaremos los besos para después de darte un buen baño,

cepillarte esos dientes y darte algo de comer, ¿de acuerdo?

Me quedé pensativa intentando averiguar cómo lo llevaría a casa, teniendo en cuenta que había ido caminando hasta el parque y no tenía ninguna correa para sujetarlo.

Vi un puesto de perritos calientes un poco más adelante y se me ocurrió una idea para conseguir que me siguiera.

Compré dos hot dogs, lo que resultaba bastante contradictorio para la situación, pero solo esperaba que no se sintiera ofendido.

Le di un trozo y lo tragó de un solo bocado.

—Madre mía, sí que tienes hambre, pobrecito. Perdona por darte esto para comer. Más tarde voy a comprarte todo lo necesario para que tengas una alimentación adecuada.

Empecé a caminar hacia el apartamento sintiéndome mucho más tranquila y animada con lo que estaba haciendo. Le fui dando algunos trozos del bocadillo a mi nuevo amigo durante el camino. Ya parecía bastante más alegre; a veces incluso se abalanzaba sobre mí, emocionado por conseguir más comida, y eso me hacía reír.

Después de darle el primer pan, empecé a correr mientras lo llamaba constantemente, lo que hizo que siguiera siguiéndome.

Llegué al edificio y subimos despacio por las escaleras. No iba a correr el riesgo de meter a un perro completamente sucio en el ascensor y recibir alguna queja de los vecinos. Tuve que parar unas tres veces para recuperar el aliento, lo que me hizo maldecirme por no haber recordado llevar una botella de agua.

—Ya casi llegamos, grandullón. Te prometo que las próximas veces iremos en ascensor.

Cuando llegamos al vigésimo piso, abrí la puerta del rellano y caminamos hasta el apartamento. Estaba abriendo la cerradura cuando la puerta de enfrente se abrió. Noté que mi nuevo amigo se sentaba y levantaba las orejas, como si evaluara quién salía de allí. La manera en que reaccionó me hizo pensar que sería protector, y eso me calentó el pecho.

El perfume cítrico de mi vecino invadió mis fosas nasales. Aun así, no lo miré, decidida a ignorarlo después de la noche anterior y de nuestro enfrentamiento.

—Eh, ¿quién eres tú? —preguntó con voz amistosa.

A diferencia de cómo había reaccionado conmigo, el perro no se movió de su sitio, como si estuviera esperando mi aprobación. Miré de reojo y noté que Liam llevaba unos vaqueros oscuros, pero enseguida volví a concentrarme en la puerta que estaba abriendo.

—Pimentita, ¿podemos hablar un momento? —preguntó, inquieto.

Respiré hondo, sin saber si realmente quería dirigirle la palabra. Sin embargo, nunca lograba ignorar a alguien durante demasiado tiempo.

Así que, aunque a regañadientes, levanté la vista hacia él y me encontré con sus ojos color almendra. Llevaba una camiseta blanca que marcaba perfectamente sus músculos y dejaba ver los tatuajes de su brazo. Me sorprendí y, al mismo tiempo, me intrigó descubrir un enorme conjunto de rosas rojas tatuadas sobre la piel.

No dije nada. Solo esperé a que hablara para poder entrar de una vez. No podía negar que toda la felicidad que me había provocado mi nuevo amigo desapareció en cuanto me encontré frente al vecino depravado.

—Quería disculparme por todo el incómodo espectáculo que te he hecho pasar estos últimos meses.

Respiré profundamente sin saber qué hacer o qué responder. No me sentía preparada para perdonarlo todavía. Habían sido meses infernales y el rencor que sentía hacia él parecía mucho más fuerte que mi sentido lógico en ese momento.

Entonces extendió el ramo que habría hecho suspirar a la mayoría de las mujeres, aunque conmigo provocó exactamente el efecto contrario.

Lo miré incrédula.

—¿En serio acabas de regalarme un ramo de rosas? —pregunté, completamente atónita.

—Sí, claro. A las mujeres les encanta recibir flores. Quiero compensarte.

Bufé resignada, puse los ojos en blanco y le arrebaté las rosas de las manos con brusquedad, sin importarme la mirada desconcertada de Liam. Caminé hasta la papelera junto al ascensor y las tiré dentro, furiosa.

—¿Te has vuelto loca? —preguntó, incapaz de creer lo que acababa de hacer.

Me acerqué a él y sostuve su mirada desafiante.

—Primero, odio que me regalen flores y, segundo, no soy como las demás mujeres. Eso ya deberías saberlo.

El doctor Depravado soltó una risa burlona que solo consiguió aumentar todavía más mi irritación.

—¿Cómo puedes odiar las flores si tu terraza parece la mismísima selva amazónica? —ironizó con sarcasmo.

—¿Selva amazónica? ¿De verdad hay mujeres que se ríen con tus chistes malos? —me burlé, cruzándome de brazos.

No me pasó desapercibido que sus ojos bajaron hacia el ligero escote de mi camiseta antes de volver a mi rostro.

—De hecho, eres la única que se ha quejado de algo relacionado conmigo hasta ahora.

Esbocé una sonrisa nerviosa al ver cómo aquel desgraciado volvía a salir victorioso de la conversación.

—Siento decirte que todas son unas mentirosas.

El doctor Depravado arqueó una ceja. Esta vez fue él quien cruzó los enormes y musculosos brazos. Mis ojos traidores descendieron hacia ellos, pero me obligué a apartar la mirada para que no notara el efecto que tenía sobre mí.

—Eres divertida, pimentita.

—Me alegra entretenerte. Qué pena que yo no pueda decir lo mismo… —giré el cuerpo para entrar en el apartamento—. Vamos, grandullón.

—Chloe, hablo en serio. Tienes un montón de plantas ahí dentro, lo sé por tu terraza. ¿Tiraste las rosas solo porque te las di yo?

Giré medio cuerpo hacia él y respiré hondo.

—La diferencia es que ellas están vivas. Las flores plantadas son diferentes de las flores cortadas.

Noté que Liam se pasaba una mano por el cabello, claramente incómodo. Me agaché frente a mi nuevo perro, que parecía observar atentamente todo lo que ocurría entre nosotros.

—¿Ves a ese vecino de ahí, grandullón? Puedes mear en sus zapatos cada vez que esté acompañado de alguna histérica, ¿vale?

Como si hubiera entendido perfectamente mis instrucciones, el perro ladró impulsando el cuerpo hacia delante aun estando sentado. Me reí y noté por el rabillo del ojo que incluso el doctor Depravado había encontrado divertida la situación.

—Lo que me faltaba… —murmuró Liam.

Me encogí de hombros como si no me importara y, sin añadir nada más, entré en el apartamento, aunque seguía sintiendo la atención del vecino puesta sobre nosotros dos.

—Vamos, grandullón. Ahora voy a cuidar de ti —murmuré mientras cerraba la puerta, pensativa por este nuevo enfrentamiento con Liam y por la manera en que me había pillado desprevenida con sus supuestas disculpas.

Cualquiera que nos hubiera visto podría pensar que había exagerado con mi reacción, pero la que llevaba meses soportando sus obscenidades era yo. Así que lo mínimo que podía hacer era esforzarse un poco para ganarse mi perdón… suponiendo que sus disculpas fueran sinceras.

CAPÍTULO 5
LIAM WALKER

Conforme aparcaba el coche en mi plaza del BTEH, Boston Trauma & Emergency Hospital, el lugar donde había empezado a trabajar hacía unos meses, el busca de emergencias empezó a sonar solicitando a cualquier neurocirujano disponible. Como no sabía si el doctor Newtow, el otro neurocirujano, estaba en el hospital o en quirófano, corrí hacia urgencias, donde recibíamos los casos de trauma.

Entré en la zona de emergencias y me sorprendió el caos que reinaba allí: camillas repartidas por todas partes, médicos, residentes y enfermeros corriendo de un lado a otro.

—Ah, doctor, qué bien que ha llegado —Nathan, uno de los residentes de cirugía que sería mi asistente ese día, se acercó con una tablet en la mano.

—¿Qué ha pasado, Nathan?

Caminé deprisa sin dejar de observar la cantidad de personas heridas a mi alrededor.

—Ha habido un accidente grave entre varios coches y un camión.

Entré en la sala donde me habían llamado y encontré a Luna, una cirujana de trauma, examinando al paciente. Parecía inconsciente, había perdido muchísima sangre y todo indicaba que había recibido un fuerte golpe en la cabeza.

Sin siquiera ponerme la bata, asumí mi posición como neurocirujano del caso. Cogí el oftalmoscopio, le abrí uno de los ojos y proyecté la luz para observar sus pupilas dilatadas.

—El paciente llegó consciente, pero perdió el conocimiento hace unos minutos. No parecía saber dónde estaba.

—Bien, necesitamos una tomografía urgente para comprobar si tiene alguna hemorragia interna —indiqué mientras hacía la solicitud

en la tablet. Nathan y otro médico ya estaban sacando la camilla de la sala para hacer exactamente lo que acababa de ordenar—. Probablemente tendremos que operarlo. ¿Podrás asistir conmigo? —le pregunté a la doctora Luna al notar el enorme corte en el abdomen del paciente.

—Claro, doctor.

Asentí sin prestar demasiada atención a la pequeña sonrisa que intentó ocultar al escuchar que quería que participara en la cirugía conmigo.

Nunca me gustó mezclar lo que hacía en la cama con el trabajo. El problema era que muchas veces las mujeres con las que me acostaba no sabían hacer esa separación y terminaban creando expectativas que jamás existirían por mi parte.

No tenía ningún problema en repetir con ellas siempre y cuando entendieran su lugar y asumieran que aquello no era más que sexo. Del mismo modo, si necesitaba intervenir en un caso y contradecirlas profesionalmente, lo haría sin pensarlo dos veces. Jamás permitiría que algo vivido entre sábanas afectara mi criterio o mi ética médica.

—Perfecto, voy a revisar a los demás pacientes mientras tanto… —comenté.

Como jefe de neurología, necesitaba asegurarme de que todo estuviera funcionando correctamente, sobre todo con la cantidad de complicaciones que teníamos aquel día.

Le di la espalda sin siquiera mirarla, pero cuando llegué a la puerta de la sala, Luna volvió a llamarme antes de que saliera.

—Doctor Walker…

Me detuve, aparté la vista de la tablet y la miré con evidente mal humor, algo que culpaba a la pequeña discusión que había tenido con Chloe unas horas antes, a pesar de que me había comportado como un auténtico caballero al disculparme con un ramo de flores que acabó directamente en la basura. *¡La muy desagradecida!*

—¿Qué ocurre?

—¿Qué le parece si buscamos una habitación libre, si no surge nada urgente, mientras esperamos los resultados de nuestro paciente?

Incluso ella debió darse cuenta de la estupidez que acababa de sugerir porque empezó la frase con entusiasmo y terminó perdiéndolo a mitad de camino.

Arqueé una ceja, incrédulo ante la osadía de proponer algo así con todo el caos que nos rodeaba.

—¿La doctora ha visto la cantidad de accidentados que tenemos hoy en trauma?

Abrió la boca y enseguida volvió a cerrarla, claramente avergonzada por la reprimenda.

—Creo que hay momentos para todo y este, desde luego, no es el más adecuado, ¿no le parece?

—S-sí, c-claro. Lo siento… me dejé llevar por…

—Hablemos menos y trabajemos más. Hay pacientes esperando, doctora.

Corté la conversación y me dirigí hacia otra urgencia en el área quirúrgica que acababan de avisarme.

—Joder… hoy va a ser uno de esos días.

Llegué a la planta quirúrgica, me coloqué el gorro y la mascarilla sobre los labios, abrí la puerta y pregunté directamente:

—¿Me necesitáis?

—Sí. Ve a esterilizarte y ayúdanos —ordenó el médico responsable de la cirugía sin dudarlo.

Después de higienizarme, me puse los guantes que un enfermero sostenía para mí y me acerqué al lugar donde el otro neurocirujano de cuarto año no conseguía detener la hemorragia cerebral del paciente.

—Déjame a mí a partir de aquí… —dije con brusquedad, incapaz de entender cómo un cirujano de cuarto año había permitido semejante desastre.

Le indiqué a la asistente lo que debía hacer y, tras interminables horas de cirugía, conseguí salvar la vida de un paciente que sinceramente creí que no tenía ninguna posibilidad.



El día había empezado de aquella manera. Todo indicaba que sería un completo desastre.

Primero, por la incómoda sensación de culpa relacionada con Chloe y todo lo que le había hecho pasar durante esos meses. ¿Cómo iba a imaginar que la pared que separaba nuestros apartamentos parecía de papel y que ella podía escuchar absolutamente todo lo que ocurría entre mis acompañantes y yo?

Después de que Chloe explotara y sacara todo aquello a la luz, perdí completamente el interés en Mia. Ya no había ambiente para nada, aunque técnicamente podríamos haber terminado lo que habíamos empezado si no fuera por la música a todo volumen de esa maldita cantante que, al parecer, Chloe adoraba… o quizá simplemente quería fastidiarme. Probablemente ambas cosas.

En fin, después de despertarme fui al gimnasio cerca del edificio donde vivíamos. Entrené casi dos horas y, cuando terminé completamente agotado, me marché. De camino vi una enorme floristería y pensé que un bonito ramo de rosas sería una buena manera de disculparme. Al menos, hasta donde yo sabía, a la mayoría de las mujeres les encantaban las flores.

Una sonrisa torcida apareció en mi rostro al recordar sus palabras: «No soy como la mayoría de las mujeres».

Y tenía razón. Desde que la conocía, desde la época del instituto, Chloe jamás había sido como las demás chicas, especialmente teniendo en cuenta que había nacido rodeada de privilegios.

Había sido una pésima idea regalarle aquel ramo. Después de verla tirar las flores a la basura, recordé que una vez había comentado durante uno de los almuerzos que compartíamos con Mel que odiaba recibir flores.

Merecí completamente su reacción. Y, para colmo, seguramente acababa de ganar uno o dos puntos más en la interminable lista de razones por las que debía odiarme.

¿Y por qué demonios te importa eso, Liam?

Buena pregunta.

Claro que no significaba nada importante. Solo teníamos una historia juntos, amigos en común y siempre nos habíamos llevado bien. Sin embargo, todo empezó a cobrar sentido después de su ataque de rabia la noche anterior. Desde que volvimos a coincidir tras la reconciliación de mi mejor amigo con Mel, Chloe y yo nos llevábamos bien, así que no entendía por qué había cambiado tanto conmigo durante los últimos meses.

Hasta ayer.

Después del desastre de la mañana que tuve, fui a almorzar con mi hermano Bryan, que una vez más me obligó a participar en una reunión del comité del conglomerado Walker's. Y podía decir que fue la mejor parte de mi día.

Bryan parecía otra persona desde que su vida finalmente se estabilizó junto a Mel. La pequeña Hannah crecía como una muñeca preciosa, además de ser tremendamente traviesa. Andrew estaba cada vez mejor gracias a las terapias y tratamientos. En realidad, parecía un niño completamente diferente al de dos años atrás. Además de haberse convertido en un auténtico terremoto, demostraba ser un verdadero genio.

Mi hermano comentó que el alemán se había convertido en el hiperfoco de Andrew. Bryan se rio contando que tanto él como Mel tenían dificultades para entender lo que decía porque, a veces, el niño simplemente decidía comunicarse únicamente en alguno de los idiomas que aprendía.

Fue imposible no echarme a reír con la situación. Aunque entendía perfectamente su desesperación, mi sobrino era increíblemente brillante y aprendía todo aquello que le interesaba con una facilidad que ninguno de nosotros conseguía seguir.

Echaba muchísimo de menos a mis sobrinos y pensaba encontrar la forma de visitarlos en mi próximo día libre. Tal vez incluso llevarlos una tarde a mi apartamento para que disfrutaran del mejor tío que podían tener.

El problema era que ni siquiera las historias de Andrew y Hannah consiguieron sacar a Chloe de mi cabeza.

Por eso, cuando regresé al apartamento, me preparé para otro turno que duraría hasta la noche siguiente.

Tenía curiosidad por el perro que parecía haber recogido de la calle, pero decidí no insistir demasiado con el tema por el momento. Con el odio que Chloe parecía sentir hacia mí, era muy probable que terminara ordenándole que me mordiera. Así que prefería intentar acercarme poco a poco y, quién sabe, quizá suavizar la tensión que seguía flotando entre nosotros.

Todo por el bien de nuestra convivencia.

Porque, sinceramente, no sabía cómo reaccionaría yo si fuera quien tuviera que escuchar sus polvos con sus novios día y noche.

Probablemente, de vez en cuando incluso aprovecharía el porno gratis que recibía y participaría también, masturbándome. Después de todo, no podía negar que había tenido una que otra fantasía con mi vecina desde que nos reencontramos.

Sin embargo, después de dejar claro que solo éramos amigos y nada más, seguí adelante con otras mujeres, aunque la simple posibilidad de tener algo íntimo con ella siguiera resultándome tentadora, especialmente cuando se enfadaba conmigo, porque incluso furiosa conseguía verse todavía más atractiva.

Volví a pensar en lo que sería escuchar sus intimidades con otro hombre y, siendo sincero, la idea no me resultaba nada agradable. No cuando no sería yo quien estuviera a su lado. Llegar a casa

después de un día agotador en el hospital y todavía tener que escuchar algo así no me haría ninguna gracia.

Intenté ignorar la desagradable sensación que se instaló en mi estómago al imaginar a Chloe con otro hombre. No era asunto mío.

Fui hasta la cafetería del hospital, completamente exhausto después de más de diez horas de pie en quirófano. Cogí una ensalada con pollo a la plancha y una manzana porque no había tenido tiempo ni de almorzar y, hasta ese momento, solo había sobrevivido a base de agua y café negro sin azúcar.

Aún faltaban varias horas para que terminara mi turno y, aunque adoraba mi trabajo, en ese momento solo necesitaba un poco de distracción. Por eso, cuando una de las enfermeras de guardia, sentada en una mesa cercana, se llevó una banana a la boca de manera provocativa, su insinuación dio justo en el blanco.

Miré alrededor y comprobé que la cafetería estaba prácticamente vacía por estar fuera del horario habitual de comidas. Esbocé una sonrisa ladeada y la suya se ensanchó de inmediato. Fue nuestra señal.

En cuanto terminamos de comer, nos dirigimos a las habitaciones disponibles para los médicos de guardia, donde haríamos exactamente lo que nuestros cuerpos necesitaban en ese momento: relajarnos y disfrutar un poco de placer.



Después de terminar nuestra sesión de sexo, pensé que quizá aquel lugar terminaría siendo perfecto para evitar problemas con mi conflictiva vecina.

—Guau… hoy has conseguido superarte incluso más que la última vez —comentó Lexie con una sonrisa satisfecha después de los dos orgasmos que había tenido.

—No suelo jugar cuando estoy de servicio, preciosa —comenté guiñándole un ojo.

Le di un beso casto en sus labios suaves, me levanté y empecé a vestirme.

—¿Ya te vas? ¿No podemos repetir una vez más? —preguntó con voz mimosa.

Mis ojos descendieron hacia su delicioso cuerpo y me humedecí el labio inferior, pensativo. Pero no era el momento y, cuando el busca sonó indicando que me necesitaban, terminó de confirmar lo que ambos ya sabíamos.

—No va a poder ser. Quizá en otro momento.

Arrodillada sobre la cama y usando únicamente unas braguitas blancas de encaje, hizo un puchero que probablemente creyó sexy, aunque a mí no me lo pareció.

Me puse la camisa rápidamente sin dejar de apreciar sus pechos pequeños, que no por eso dejaban de ser deliciosos. Cogí el busca y vi que me llamaban desde dirección. Alcancé la bata blanca, aunque no llegué a ponérmela, y salí después de guardar el móvil y la cartera en los bolsillos.

En cuanto abandoné la habitación, me crucé con Luna, que caminaba por el mismo pasillo. Sus ojos se desviaron de mí hacia la puerta del cuarto y quedó claro que no le gustó absolutamente nada lo que acababa de ver. Su expresión se endureció, aunque no dijo nada.

La ignoré, como solía hacer en esos casos, y seguí mi camino hacia el ascensor mientras terminaba de abrocharme la bata.

Pulsé el botón de la planta de dirección con cierta ansiedad recorriéndome el cuerpo, porque imaginaba perfectamente de qué querían hablar conmigo.

Al salir del ascensor, la secretaria del director general anunció mi llegada. Noté que el doctor Cole Smith, responsable del área de cardiología, salía del despacho y su presencia me intrigó al instante.

¿Por qué demonios estaba él aquí también?

La verdad era que había dejado Nueva York precisamente para asumir el cargo de cirujano responsable del área de neurología. Y, gracias al excelente trabajo que había realizado desde mi llegada, supe que el actual jefe de cirugía se jubilaría en pocos meses y estaban buscando un sucesor.

Por supuesto, me interesaba el puesto. Siempre había querido un cargo así en un hospital de ese nivel.

Por eso me aseguré de buscarlo personalmente y dejarle claro mi interés. Él me explicó que analizarían todas las opciones y que pronto se pondrían en contacto conmigo. Lo único que no esperaba era que el doctor Smith pudiera convertirse en mi competencia directa.

No es que eso me intimidara o me hiciera sentir inseguro. Ni de lejos. Conocía perfectamente mi capacidad y sabía que estaba preparado para conseguir ese puesto. Aun así, saber que competía contra alguien respetado por casi todo el hospital, con una carrera consolidada y años trabajando allí, me hizo replantearme muchas cosas.

Asintió levemente mientras esperaba a que me llamaran y yo hice lo mismo, sin demasiado entusiasmo. Cinco minutos después, me permitieron entrar.

No fue ninguna sorpresa encontrar allí a Savannah, la directora de Recursos Humanos; Thomas, el actual jefe de cirugía; y James Sloan, el director general del hospital.

—¿Cómo está, doctor? —preguntó James.

—Muy bien, gracias por preguntar.

Todos tomamos asiento alrededor de la mesa rectangular, quedando yo frente a ellos.

—El doctor Thomas nos habló de su interés en el puesto de jefe de cirugía y estamos muy satisfechos con la posibilidad de que quiera asumir un cargo tan importante en nuestro hospital —informó Sloan, despertando todavía más mi entusiasmo por aquella oportunidad.

—Le agradezco mucho la oportunidad de estar aquí.

—Seguimos evaluando candidatos. De hecho, solo quedan dos finalistas.

—¿El doctor Cole y yo? —quise confirmar.

Savannah asintió.

Correspondí con un leve movimiento de cabeza, algo más tenso de lo que me gustaría admitir.

—Exactamente. El doctor Smith también encaja muy bien para el puesto —explicó James—. Acabamos de comentarle qué aspectos vamos a valorar y queremos hacer lo mismo con usted.

Asentí, cada vez más interesado en la conversación y dispuesto a hacer lo que fuera necesario para demostrar que era la mejor opción.

—Ambos tienen un historial académico impecable, además de un índice de éxito quirúrgico del ochenta por ciento y expedientes excelentes como cirujanos. Son nuestros mejores médicos y no tenemos ninguna duda de que el número de cirugías cardíacas y neurológicas aumentó desde la llegada de ambos —explicó Thomas —. Por eso hemos decidido evaluar también otras cuestiones para tomar nuestra decisión: el comportamiento dentro del hospital, la relación con el equipo, las quejas y elogios tanto de pacientes como de compañeros, así como la manera en que cada uno maneja los problemas y la presión del día a día.

Asentí, convencido de que no tendría inconvenientes en ninguno de esos aspectos. Aun así, algo en el tono de Thomas durante la última parte hizo que sospechara que quizá las cosas no estaban tan encaminadas como imaginaba.

—Por eso decidí participar en esta reunión —comentó Savannah con seriedad—. Hemos recibido algunas quejas sobre usted durante las últimas semanas, doctor Walker.

Me removí incómodo en la silla tapizada. Aquello no me gustó nada.

—¿Quejas? ¿Sobre qué exactamente?

—Sobre… —se aclaró la garganta, visiblemente incómoda—. Sobre las relaciones íntimas que ha mantenido con enfermeras y médicas del hospital con cierta frecuencia.

—¿Relaciones íntimas? ¿Se refiere a que he tenido sexo con ellas? —pregunté directamente.

Sus mejillas se tiñeron de rojo y asintió.

—Sí, señor. Sabemos que es soltero y no pretendemos interferir en su vida privada. Sin embargo, según nos informaron, estas situaciones han ocurrido durante el horario laboral y con una frecuencia considerable, lo que ha generado un ambiente incómodo entre algunas médicas y enfermeras. Nos gustaría pedirle colaboración respecto a este tema porque este tipo de comportamiento no encajaría bien con la imagen de un futuro jefe de cirugía, ¿está de acuerdo?

Mientras Savannah me daba aquella reprimenda, la imagen de Luna esa misma mañana cruzó por mi cabeza. Había sido evidente que no le gustó nada verme salir de aquella habitación y algo me decía que tenía bastante que ver con esa queja.

—Sí, prometo comportarme. Aunque me gustaría aclarar que no soy precisamente el único al que buscan.

Era evidente que Thomas y James hacían esfuerzos por no reírse de la situación. Y, sinceramente, tenía que admitir que tampoco respetaría a alguien así como jefe de cirugía. Si quería aquel puesto, tendría que empezar a merecerlo.

Empecé a pensar que el doctor Cole era exactamente mi opuesto. A diferencia de mí, estaba casado, tenía hijos y una esposa ejemplar que incluso trabajaba en el hospital y era respetada por todos.

Estaba claro que, en ese aspecto, jugaba con desventaja.

—¿El hecho de no estar casado influye en esta situación o únicamente las quejas relacionadas con haberme involucrado con algunas empleadas del hospital?

—¿Algunas? —repitió Savannah arqueando una ceja.

Me encogí de hombros con una sonrisa ladeada porque, contra los hechos, no había mucho que discutir.

—Bien, señor Walker, eso es todo por ahora. Vamos a observar a ambos candidatos durante los próximos tres meses, que consideramos un tiempo razonable para tomar una decisión definitiva.

—Entendido. Muchas gracias por su tiempo y, una vez más, por la oportunidad.

Después de estrechar la mano de todos, acomodé la bata y salí del despacho. Caminé hacia el ascensor pensando en qué demonios podía hacer para cambiar la imagen que tenían de mí.

Lo ideal sería tranquilizarme con una sola mujer durante una temporada para demostrar que sabía comportarme… o, al menos, dejar de acostarme con mujeres del hospital. Lo que no sería nada fácil teniendo en cuenta que ellas tampoco colaboraban demasiado.

¿Y ahora qué coño hacía?

Porque en casa Chloe montaba escándalos por mis polvos y aquí tenía que comportarme como un auténtico puritano.

Joder. Qué puta mierda.

CAPÍTULO 6
LIAM WALKER

Diez días habían pasado desde que recibí la noticia de que estaba siendo evaluado para el ascenso que tanto deseaba y, en compensación, me sentía agotado y muy, pero muy estresado por haberme visto obligado a entrar en un celibato que no encajaba en absoluto con el tipo de hombre que solía ser.

Empecé a hacer más guardias que antes con la intención de demostrar mi trabajo y lo perfecto que era para el puesto. Al fin y al cabo, el Dr. Smith tenía una familia de la que ocuparse y jamás estaría tan disponible como yo, que no tenía esposa ni hijos de los que preocuparme.

Claro que eso no me convirtió en un hermano o un hijo despreocupado. Todo lo contrario. Siempre que tenía un día libre, iba a ver a Bry y a mis sobrinos, aunque fuera solo un rato. Incluso con el caos del trabajo, gracias a los imprevistos que ocurrían constantemente y que muchas veces me obligaban a ir al hospital incluso estando libre, me las arreglaba para llamar a Andrew y Hannah y demostrarles que, aunque no pudiera verlos en ese momento, seguían presentes en mis pensamientos.

¿Qué podía hacer? Era ese tipo de tío.

Con mis padres, en cambio, la situación era diferente. Nunca tuve demasiada afinidad con ninguno de los dos debido a mi carácter indisciplinado, como mi padre siempre decía.

La verdad era que mi padre y yo apenas nos tolerábamos, precisamente porque nunca acostumbré a bajar la cabeza ante todo lo que me ordenaba hacer. Que fuera mi padre no significaba que tuviera que obedecer todos sus deseos. ¿Y los míos qué?

No era un mal hijo. Los respetaba y hasta creía cumplir con mi parte según los mandamientos que aprendí desde pequeño. El problema entre nosotros siempre fue el conglomerado Walker's. Mi padre siempre quiso que Bryan y yo fuéramos los próximos en dirigir

sus tan amados negocios, pero además de no gustarme administrar empresas, tampoco estaba de acuerdo con las cosas que pretendía obligarnos a hacer solo para impulsar sus negocios, como ocurrió con el primer matrimonio de mi hermano, al que prácticamente obligó a aceptar únicamente por el retorno millonario que aquella unión le daría.

Le importó una mierda hacer infeliz a su hijo durante años. Nunca le importó realmente.

Mi madre, en cambio, era la típica mujer obsesionada únicamente con el estatus. Mientras siguiera dentro de los eventos de la élite, todo estaba bien para ella. Después de que Mel llegara y viera la diferencia en la vida de Andrew, cómo aquella simple terapeuta ocupacional a la que tanto despreció en el pasado ayudó a su nieto, se quedó sin palabras. Y, a partir de ahí, se volvió un poco más tolerable, todo por sus nietos, porque no quería verse obligada a alejarse de todos si llegaba a tratar mal a su nueva nuera.

Mel era realmente una *lady*, porque dudaba mucho que, si hubiera estado en su lugar, no la hubiera mandado a la mierda en al menos diez idiomas diferentes.

Fue imposible no pensar en su amiga malhumorada que, igual que yo, no era de quedarse callada. Y la prueba viviente de eso fue todo lo que hicimos en el pasado para proteger a Mel del bullying que sufría y, después de tantos años, lo que me pasó hace unas semanas con el ataque que tuvo por culpa de todo lo que yo le provocaba.

Definitivamente, Chloe no sería el tipo de mujer que mi madre aprobaría como nuera, y eso hizo que una sonrisa apareciera en mis labios.

No era algo que hiciera a propósito, como si intentara provocarlos. El simple hecho de ser quien era ya suponía una provocación por sí sola y, con el tiempo, empecé a disfrutar de la sensación que eso les causaba. Me gustaba saber que quien yo era desagradaba profundamente a mi padre.

Claro que convertirme en neurocirujano fue, al principio, una decisión que tomé precisamente para llevarle la contraria en todo lo que quería para mí, algo en lo que jamás podría utilizarme dentro de su imperio.

Elegí esta profesión porque siempre tuve ese instinto protector. A pesar de ser considerado el bad boy de la familia, ayudar a las personas formaba parte de mí. Y aunque mi padre dijo una vez: *Aunque no era lo que quería para ti, sigue siendo un orgullo que te hayas convertido en un gran neurocirujano*, jamás me arrepentí de mi elección, porque soy quien soy porque así lo decidí y no porque alguien me obligara a serlo.

Respiré hondo mientras cerraba la cabeza de un paciente al que operé de un aneurisma y que, por muy poco, no terminó de una forma distinta a la que suele ocurrir en la mayoría de los casos. Para su suerte, había ido al hospital para acompañar a su esposa a una consulta cuando sintió un dolor intensísimo en la cabeza, lo que hizo que se desplomara y fuera atendido de inmediato. Le hicimos una tomografía urgente y ahí estaba el aneurisma, silencioso como siempre, esperando el momento perfecto para mostrar de lo que era capaz.

Estaba a punto de irme después de otra guardia de treinta y seis horas. Podría haber dejado que el cirujano de emergencias se encargara del caso, pero él también estaba en cirugía, así que no tuve más opción que correr al quirófano y conseguir revertir la situación. Su esposa, que llevaba un bebé en el vientre, podría haberse convertido en madre soltera si las circunstancias hubieran sido diferentes.

Algo que, tristemente, en la mayoría de los casos sí ocurría.

Agradecí haber dormido un poco en la habitación de los médicos de guardia en vez de acostarme con alguna enfermeira porque, de lo contrario, quizá no habría soportado realizar aquella cirugía y jamás me lo habría perdonado.

Mira tú qué ventaja tiene mantener la polla dentro de los pantalones. Mi subconsciente me acusó y tuve que darle la razón en

ese momento. Por lo visto, mi celibato traía ciertas ventajas además del estrés acumulado por falta de sexo.

Terminé la cirugía y respiré aliviado al saber que por fin podría volver a mi apartamento y dormir durante las próximas horas.

—¿Doctor? —me llamó una de las enfermeras—. Su hermano lo está llamando. ¿Qué hago?

—Mándale un mensaje avisando de que ya le devolveré la llamada, por favor —me aparté de la mesa quirúrgica mientras aplaudía a todo el equipo, como siempre acostumbraba hacer—. Muchas gracias por otra cirugía excelente, chicos.

Salí de la sala, me quité el gorro quirúrgico, hice crujir el cuello intentando aliviar un poco la tensión acumulada después de una guardia agotadora, agarré mi móvil y el busca y me dirigí a mi despacho para recoger mis cosas e irme de una vez.

Después de dejar todo organizado para el siguiente médico de guardia, casi beso a mi asistente, Nathan, en cuanto apareció con un vaso de café en las manos.

—Doctor, imaginé que lo necesitaría después de tanto tiempo sin dormir —dijo, atento como siempre.

Respiré aliviado, inhalé el aroma del café y sonreí satisfecho al poder disfrutarlo, especialmente para alguien que llevaba horas sin saber lo que era comer.

—Solo no te doy un beso porque no eres mi tipo —bromeé, lo que hizo que sonriera.

—Menos mal —se burló con su sonrisa simpática de siempre—. No quedaría bien para mí, aunque fuera con usted.

—Voy a tomar eso como un cumplido —comenté antes de beber un sorbo del café hirviendo.

A pesar de ser bastante meticuloso y evitar beber café en vasos de plástico por lo perjudiciales que eran para la salud, hice una excepción en ese momento porque tenía que conducir hasta casa y necesitaba mantenerme despierto, aunque el trayecto fuera corto.

—Y lo es —aseguró.

Hablamos un poco sobre un caso que él ayudaría a supervisar junto al siguiente médico de guardia y, aunque no me gustaba dejar a mis pacientes en manos de otro, necesitaba dormir. No podía ser negligente y poner una vida en riesgo.

—Cualquier cosa urgente, llámame, ¿entendido? —pregunté con firmeza.

—Sí, señor. Que descanse.

—Gracias, buena guardia.

Entré al ascensor mientras terminaba el resto de mi café y noté que ya eran casi las nueve de la mañana.

En cuanto entré en el coche, llamé a mi hermano por el bluetooth mientras empezaba a conducir hacia el apartamento.

Escuché su voz al segundo timbrazo.

—¿Qué pasa, *bro*? ¿Estabas ocupado? —preguntó con ese tono preocupado que siempre usaba por culpa de las interminables guardias que hacía.

—Qué pasa, Bry. Sí, tuve una cirugía de emergencia y tuve que alargar la guardia. Por fin voy camino a casa.

Escuché un gruñido al otro lado de la línea, lo que me hizo sonreír. Mi hermano siempre había sido más reservado y le costaba demostrar lo que sentía. Había mejorado con los años, sí, pero aun así sabía perfectamente que se lanzaría delante de una bala por mí si fuera necesario.

—¿Y sigues conduciendo, joder? ¿Qué coño te pasa? Se supone que deberías dar ejemplo por ser médico.

Puse los ojos en blanco.

—Sabes que doy ejemplo en muchas cuestiones médicas, pero vivo cerca. No tenía sentido dejar el coche aquí y luego tener que volver andando cuando necesite salir —expliqué lo obvio.

—Podrías haber pedido que alguien te llevara después —replicó con impaciencia—. Bueno, llamaba porque Mel quiere que vengas a cenar esta noche. Tenemos que hablar contigo.

—No me digas que Mel está embarazada otra vez —la carcajada de Bry resonó en mi oído y terminé riéndome con él.

—Ojalá… —murmuró, y negué con la cabeza mientras una sonrisa aparecía en mis labios.

—Sabes que adoro a mis sobrinos, pero los niños dan muchísimo trabajo. Dentro de nada vais a tener un equipo de fútbol en casa.

—Como tu cuñada te escuche decir eso… Ella no quiere más hijos. Dice que con los dos ya están perfectos.

—Pues tiene razón. Tener muchos hijos puede ser bonito, pero ella también ama trabajar y eso requiere un tiempo que no tiene.

—Eso mismo fue lo que dijo. Pero quién sabe… nunca sabemos lo que puede pasar mañana —esta vez fui yo quien soltó una carcajada—. ¿Y tú de qué te ríes, idiota?

A pesar del insulto, era evidente en su voz que estaba divirtiéndose.

—Porque jamás imaginé que sería Mel quien frenaría el crecimiento de la familia y no tú, que ni siquiera querías hijos cuando estabas con…

—Sabes perfectamente por qué no quería. Ni hace falta entrar en detalles. Con Mel todo siempre fue distinto. Con ella sí tendría un equipo de fútbol y no me importaría en absoluto. Trabajo para eso, no solo para viajar por el mundo. —Sentí la indirecta en su comentario.

—Me gusta viajar, ¿qué problema hay con eso?

—Ninguno. Pero yo puedo tener ambas cosas.

—Pues pagaría por verte a ti y a Mel intentando seguir follando como dos conejos con doce niños alrededor.

Su silencio solo confirmó el desespero que le provocaba imaginar semejante posibilidad y eso volvió a hacerme reír.

—Vale. Doce son demasiados. Quizá dos más ya serían suficientes —me reí todavía más con su repentino cambio de planes —. ¿Sabes que eres un imbécil, verdad? —comentó divertido.

Me encogí de hombros.

—Eso dicen. Pero no me respondiste. Mel no está embarazada otra vez, ¿verdad? —quise confirmar para saber qué esperar de aquella cena.

—No, Li. Hablamos esta noche —respondió rápidamente, lo que hizo que todas mis alarmas se encendieran—. Te esperamos sobre las siete. No llegues tarde.

—Sí, señor —ironizé.

Una sensación de alivio me recorrió al entrar en el aparcamiento del edificio. No me pasó desapercibido que mi hermano había alargado la llamada a propósito para mantenerme despierto. Hubo una vez en la que me excedí tanto con una guardia que terminé quedándome dormido al volante durante unos miserables segundos. Por suerte, no me pasó nada grave, aunque no podía decir lo mismo del coche, que quedó siniestro total.

—Por cierto, ya llegué al edificio. Voy a darme una ducha y dormir un poco —le avisé para que dejara de preocuparse.

—Perfecto. Tengo una reunión ahora con un posible cliente de Turquía. Nos vemos luego, bro.

—Nos vemos, Bry.

Colgué la llamada y noté el coche de Chloe aparcado en la plaza junto a la mía. Como éramos vecinos, las plazas quedaban una al lado de la otra. Los recuerdos del día en que explotó conmigo invadieron mi mente, aunque no fue solo su cara enfadada lo que apareció, sino también aquel baby doll corto e indecente que llevaba puesto.

Algo que últimamente invadía mi cabeza con una frecuencia que antes no existía. Era una mujer jodidamente atractiva. Una gatita muy malhumorada a la que me encantaría domar algún día. Lástima que estuviera tan enfadada conmigo. Quizá, siendo el buen vecino en el que me había convertido, las cosas mejoraran entre nosotros.

Inspiré y solté el aire lentamente, más cansado de lo normal.

Salí del coche y llamé al ascensor. Me puse a deslizar el feed de Instagram mientras esperaba, intentando mantenerme despierto porque, tal y como estaba, era capaz de dormirme de pie en cualquier momento.

En cuanto las puertas se abrieron, seguí mirando el móvil mientras avanzaba sin levantar la vista y terminé chocando contra un cuerpo más pequeño.

Un grito escapó de sus labios mientras varias cosas caían al suelo por el impacto. Intenté sujetarla para que no se cayera y fue entonces cuando nuestras miradas se encontraron. Reconocí aquellos preciosos ojos verdes al instante. Como si fuera más fuerte que yo, una sonrisa ladeada apareció en mis labios.

—Eres tú, pimentita —la provoqué, todavía sujetando su cintura fina por la espalda, con el rostro mucho más cerca del suyo de lo que recordaba.

Su perfume, una mezcla de citronela y jabón, invadió mis fosas nasales y provocó una sensación extraña en mi pecho.

Después de unos segundos, pareció salir por fin del trance en el que nuestras miradas seguían atrapadas. Parpadeó dos o tres veces y fue entonces cuando sentí algo agarrarse a una de mis piernas y hacer movimientos bastante sospechosos.

Chloe se apartó rápidamente, con el rostro completamente rojo, y mi sonrisa se ensanchó todavía más al ver la reacción que provocaba en ella.

—Deberías prestar más atención cuando entras al ascensor —me reprendió.

Bajé la mirada y arqueé una ceja al reconocer a su perro, que parecía estar intentando follarse mi pierna.

—¿En serio, colega? Ya sé que estoy buenísimo, pero quizá deberías buscar a alguien más de tu especie para esto —comenté mientras lo apartaba de mi pierna, aunque el condenado parecía decidido a continuar.

La risa de Chloe resonó a mi lado y giré el rostro hacia ella sin dejar de impedir que el perro siguiera "acosando" mi pantorrilla.

—Un perro reconoce a otro —se burló entre risas y, aunque acababa de lanzarme una indirecta bastante clara, fui incapaz de enfadarme porque la entendía y, además, verla sonreír así era un auténtico espectáculo.

—Pues a muchas les encanta este perrazo de aquí —provoqué con un guiño.

Su risa desapareció y puso los ojos en blanco fingiendo aburrimiento, aunque quizá estuviera equivocado, no me parecía tan real.

—Ya te dije que todas son unas mentirosas.

Chloe se agachó para recoger algunos libros y carpetas que habían caído de sus manos. Hice lo mismo cuando el perro por fin decidió calmarse y sentarse como un auténtico *lord* en vez de un acosador profesional de piernas ajenas.

Recogí algunas carpetas, las acomodé y se las entregué. En cuanto nuestros dedos se rozaron, una corriente eléctrica recorrió mi cuerpo.

—No puedes hablar de algo que no conoces —respondí a su último comentario y, una vez más, noté cómo sus mejillas se teñían de rojo. Se veía todavía más bonita cuando se avergonzaba.

—Ah, conozco perfectamente a los de tu tipo. Y eso ya me parece más que suficiente —despreció con frialdad.

La observé durante un instante de manera analítica.

Algo tenía que haberle ocurrido para convertirla en una mujer que repudiaba tanto a los hombres. Pensé en intentar averiguarlo, aunque quizá aquel no fuera el mejor momento, sobre todo teniendo en cuenta que yo estaba muy lejos de ser su persona favorita.

—¿Necesitas ayuda con todo eso? —pregunté señalando con la cabeza el montón de cosas que llevaba en brazos, además del perro sujeto por la correa.

Negó de inmediato.

—No hace falta, gracias. Voy a dejar las cosas en el coche y sacarlo a pasear antes de ir a trabajar.

Pensé en sugerirle que podía sacar yo al perro mientras ella estuviera trabajando, pero me contuve. No tenía perro y tampoco pensaba tener hijos precisamente para evitar ciertas responsabilidades que ocupaban un tiempo que no solía tener.

—Está bien.

Volví a llamar al ascensor, que ya se había cerrado, y me froté los ojos cansados con una mano intentando mantenerme despierto, aunque una parte de mí no quisiera alejarse todavía.

Qué locura. Nunca había sentido la necesidad de alargar el tiempo cerca de nadie.

En ese mismo instante me obligué mentalmente a irme porque aquello era demasiado extraño incluso para mí.

No me pasó desapercibido que, aunque intentaba disimularlo, Chloe parecía preocupada mientras observaba el cansancio que, sin duda, debía reflejarse en mi rostro.

El ascensor se abrió, el perro intentó venir conmigo, pero su dueña tiró de él hacia atrás.

—No, Freddie. Ahora vamos a pasear —la miré intrigado por el nombre que le había puesto al perro. No haría eso… ¿o sí?

Pensé en preguntárselo, pero las puertas del ascensor empezaron a cerrarse. Sin embargo, para mi sorpresa, Chloe puso el pie para impedirlo y comentó:

—Si se pone a ladrar mucho, mándame un mensaje y le pediré a mi asistente que venga a buscarlo. Como… hum… imagino que vas a dormir y no quiero molestarte.

Su preocupación me sorprendió y consiguió que me sintiera todavía peor por haber sido un pésimo vecino durante todos esos meses.

—No te preocupes, pero estoy tan cansado que dudo mucho que sus ladridos lleguen a molestarme.

Como si supiera que estábamos hablando de él, Freddie ladró sentado al lado de su dueña.

—Ok… —asentí.

Ella apartó el pie de la puerta, marqué el piso al que iba a subir y las puertas terminaron cerrándose, cortando así el intercambio de miradas que todavía compartíamos.

Volví a pensar en el nombre del perro y en si sería demasiada coincidencia que justamente hubiera elegido el nombre de mi cantante favorito: Freddie Mercury. Yo siempre ponía Queen cuando estaba en casa y, como ya había quedado más que demostrado que Chloe sabía más sobre mí de lo que imaginaba, no sería raro que hubiera hecho aquello solo para provocarme.

Salí del ascensor todavía pensativo, pero entonces pensé:

Lo siento, Freddie, ídolo mío, pero mejor Freddie que Liam.

Me reí solo ante aquel pensamiento y miré hacia la ducha. Sin embargo, estaba tan agotado que simplemente me quité las zapatillas y dejé caer mi cuerpo exhausto sobre la cama king size de mi habitación. En cuestión de segundos, me quedé completamente dormido.

CAPÍTULO 7
LIAM WALKER

Después de dormir buena parte del día, me desperté a media tarde con los ladridos frenéticos de Freddie, que no paraba ni un solo minuto.

Estuve tentado de mandarle un mensaje a Chloe, porque quizá el perro tuviera hambre, quisiera salir al baño o cualquier otra cosa. Sin embargo, me contuve y no lo hice. Le arruiné las noches durante meses; tal vez me diría que nada sería más justo que me pasara lo mismo a mí.

Por suerte, en momentos como ese, cuando estaba agotado después de una guardia larga y extenuante, difícilmente algo lograba despertarme. Por eso, no tenía idea de desde cuándo llevaba ladrando.

Después de levantarme, noté que ya se acercaban las cuatro de la tarde, así que no tendría tiempo de hacer gran cosa. Tendría que dejar mi carrera para el día siguiente… o para la noche, dependiendo de las ganas que tuviera al volver de la cena.

Preparé una ensalada con el salmón a la plancha que María me había dejado listo. Era la empleada doméstica que me ayudaba en casa y también dejaba preparadas mis comidas. Solía llevar una dieta equilibrada, sin gluten, azúcar ni leche.

No era algo que siguiera en el pasado, pero después de graduarme me volví metódico con ciertas cosas, y mi salud era una de ellas. Descubrir todo lo que consumíamos y lo que eso provocaba en nuestro cuerpo hizo que empezara a valorar no solo mi vida, sino también mi cuerpo, que era lo único verdaderamente permanente mientras siguiera en este mundo.

A veces era consciente de que exageraba con algunas cuestiones. Aun así, me resultaba difícil controlar los pensamientos que invadían mi mente. Era más fuerte que yo. Siempre que veía a alguien fumando, intentaba alejarme porque sabía que aquello no

solo dañaba los pulmones de quien fumaba, sino también los míos si terminaba inhalando toda aquella chimenea ambulante.

La verdad era que nadie sabía que incluso necesité tratamiento por las paranoias que me consumían día tras día, y el hecho de ser cirujano en un hospital especializado en casos de trauma hacía que participara en muchísimas cirugías que mostraban exactamente lo que una mala alimentación podía provocar dentro del cuerpo humano.

Eso empezó a afectarme más de lo que me gustaba admitir y provocó que cualquier dolor que sintiera fuera suficiente para desencadenar miles de pensamientos capaces únicamente de torturarme con posibles enfermedades preexistentes. Del mismo modo, evitaba tomar medicamentos cuyos efectos secundarios conocía perfectamente, además de todos los problemas de salud que podían provocar a largo plazo.

En el momento en que me di cuenta de que las paranoias empezaban a salirse de control, busqué a una terapeuta para tratarme. Fue entonces cuando descubrí que me había vuelto hipocondríaco.

Al principio, no voy a negar que fue un shock. Sin embargo, empecé a cuidarme y, poco a poco, fui mejorando cada día. Aun así, había ciertas cosas a las que no pensaba renunciar: mantener una buena alimentación, hacer ejercicio siempre que pudiera y consumir únicamente medicamentos naturales. Claro que sabía que, en algunos casos, era imposible escapar de la industria farmacéutica, pero aun así lo dejaba siempre como última opción.

Escuchaba Bohemian Rhapsody, de mi banda favorita, mientras comía. Después, me di una ducha larga y relajante y noté que Freddie había dejado de ladrar, lo que me hizo recordar lo que Chloe comentó antes sobre que le gustaba mi banda favorita. Me fue imposible contener la sonrisa que se dibujó en mis labios ante aquel pensamiento.

Cuando terminé de arreglarme, me puse una camiseta azul marino que marcaba mi cuerpo y unos vaqueros negros, el estilo

que solía usar en mi día a día. Actualmente necesitaba vestir como un jefe de neurocirugía, sobre todo por el gran hospital en el que trabajaba. Por eso, la mayor parte del tiempo llevaba traje y camisas formales; algunos días incluso tenía que ponerme corbata. Pero lo que realmente me gustaba era algo simple: bermudas, vaqueros y camiseta, como antes. Por eso, siempre que tenía oportunidad, no renegaba de mis verdaderos orígenes.

Como todavía faltaba alrededor de una hora para salir de casa, puse un episodio de The Walking Dead, la serie que veía en mis ratos libres. Apenas llevaba diez minutos viendo el episodio cuando mi móvil indicó la llegada de un mensaje. Sin pausar la serie, cogí el teléfono y vi que era una de las enfermeras del hospital diciéndome que estaba en casa y preguntando si no quería pasar por allí.

Ya había estado con ella una vez en la habitación de los médicos de guardia y lo disfruté bastante, así que me sentí tentado de llegar tarde a la cena para aliviar la tensión que llevaba acumulando los últimos días, ya que ni eso apenas había podido hacer últimamente.

Claro que otra opción era llevar a alguien a mi apartamento mientras Chloe estuviera trabajando o irme con alguna mujer a un motel. En cuanto pensé en eso, respondí a su mensaje:

Tengo un compromiso ahora, pero si estás disponible dentro de dos horas,
puedo verte más tarde.

No tardó en responder que me estaría esperando.

Con una sonrisa satisfecha al saber cómo terminaría la noche, volví a prestar atención al episodio. Sin embargo, no entendía por qué, de alguna manera, mis pensamientos terminaban llevándome hasta aquellos intensos ojos verdes, las pecas que cubrían su nariz y parte de sus mejillas y que hacían que su rostro fuera todavía más bonito.

Negué con la cabeza, confundido, y me obligué a concentrarme en la serie.



Llegué a casa de mi hermano y, en cuanto se abrió la puerta, me encontré con mi cuñada y exnovia con expresión cansada. Sostenía a Hannah en brazos, aferrada a su cuello.

—Mira quién llegó, princesa —dijo Mel con un entusiasmo fingido.

Le di un beso en la mejilla y su sonrisa se amplió.

—¿Cómo estás, Li? ¿Conseguiste descansar?

Asentí, agradecido como cada vez que la veía. Porque, incluso después de todo lo que habíamos pasado años atrás, conseguimos recuperar nuestra amistad y parecía ir cada vez mejor. Sobre todo porque mi hermano entendió que no tenía motivos para sentir celos, ni por mi parte ni por la de su esposa.

—Sí, me pasé el día tirado en casa. Ya soy un hombre nuevo —comenté con un guiño, porque no podía resistirme.

Al oír mi voz, Hannah giró el cuerpo hacia mí y una sonrisa tímida apareció en su rostro. ¿Qué podía hacer? Ese era el efecto que Liam Walker causaba en las mujeres que tenía alrededor.

—Echabas de menos a tu tío desaparecido, ¿verdad? —comentó Mel.

No me pasó desapercibida la indirecta. Me encogí de hombros porque, la verdad, había trabajado tanto las últimas semanas que los había visitado menos de lo que me hubiera gustado.

—Tito… —dijo Hannah con voz mimosa, extendiendo los brazos hacia mí.

La cogí en brazos y le di un beso sonoro en la mejilla.

—Un pajarito me contó que echabas de menos volar con él.

Su sonrisa se amplió y no dudé en hacer algo que me encantaba: lancé su ligero cuerpecito hacia arriba, provocando que su risa resonara por toda la estancia mientras volvía a atraparla.

Después de repetirlo unas tres veces más, Mel me indicó con la cabeza que la siguiera.

Escuché a Bryan hablando con alguien, aunque no esperaba encontrarme con quien estaba allí. De una manera extraña, en cuanto mis ojos identificaron a la preciosa mujer que últimamente ocupaba más mis pensamientos de lo habitual, provocó una sensación extraña en mi pecho.

¿Pero qué demonios era eso?

Debía de ser la incomodidad que aparecía cada vez que la veía, por la culpa que todavía sentía.

Mis ojos traicioneros repararon en que llevaba un vestido blanco que marcaba muy bien sus curvas y terminaba por encima de las rodillas, con algunas flores estampadas. En los pies, rompiendo completamente con los trajes y vestidos formales que solía usar, llevaba unas zapatillas deportivas blancas. Iba sencilla, pero no por eso menos atractiva. Muy al contrario, parecía incluso más bonita de lo que recordaba.

No sabía que asistiría a la cena. Bryan no me había comentado nada y eso me resultó extraño.

¿Acaso sabía que Chloe no era precisamente mi mayor admiradora en ese momento?

Tal vez sí, y eso explicaría por qué no me contó que vendría, igual que seguramente tampoco me mencionó a mí delante de ella.

Como si sintiera que era el centro de mi atención, sus ojos color esmeralda dejaron de mirar a Bryan y se encontraron con los míos. Tuve la impresión de que tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco.

Por lo visto, realmente no sabía que yo también iba a asistir. De lo contrario, probablemente habría evitado aquella cena.

—¿Ya llegaste, *brother*? —comentó Bryan con una sonrisa.

Se apartó de Chloe con un vaso de whisky en la mano y nos dimos un medio abrazo con el brazo libre, porque con el otro todavía sostenía a Hannah.

—Acabo de llegar.

—Tito guapo —dijo Hannah antes de darme un beso en la mejilla y rodear mi cuello con sus pequeños brazos.

Fue imposible impedir que mis ojos fueran hacia Chloe. Una sonrisa ladeada apareció en mis labios al notar que esta vez no logró contenerse y puso los ojos en blanco, aunque parecía esforzarse por evitar que se le escapara una risa.

—¿Ah, sí, princesita de tu tío? Pues fíjate que ya me dijeron que quien me llama así no es más que una mentirosa —la provoqué con una sonrisa ladeada, porque escuché que mi verdadero objetivo soltaba un bufido bajo.

Por el rabillo del ojo, noté que Chloe abrió la boca y la cerró enseguida, visiblemente incómoda por la provocación que acababa de lanzarle. Sin embargo, el idiota de mi hermano empezó a reírse a carcajadas.

—Quién diría que alguien sería inmune a los encantos de Liam Walker, ¿eh? —bromeó todavía entre risas.

Puse los ojos en blanco y, detrás de la espalda de mi sobrina, le enseñé el dedo medio, lo que solo consiguió que se riera todavía más.

—Necesita gafas… —comentó Hannah de forma pensativa.

Fue imposible no reírme aún más al mirar a Chloe, que esta vez también soltó una risa y negó con la cabeza.

Sin saber de dónde había salido, apareció mi sobrino Andrew con expresión seria, como si estuviera reprendiendo a alguien.

—Den Mittelfinger zu zeigen ist hässlich, Onkel.

Miré a la miniatura de Bryan y entrecerré los ojos, confundido por lo que acababa de decir.

—¿Pero qué demonios acabas de decir?

Su expresión se endureció todavía más y cruzó los pequeños brazos frente al pecho.

—¡Liam! Vigila esa boca —me reprendió Mel.

—Andrew, habla en inglés. Ya hemos hablado de eso.

El futuro Einstein puso los ojos en blanco, pero obedeció a su padre.

—Dije que enseñar el dedo medio está feo.

Arqueé una ceja porque quién sabía de dónde había salido para darse cuenta de todo lo que pasaba a su alrededor. Sobre todo porque lo que hice fue bastante discreto… o eso creía.

—Lo siento, campeón. Prometo que no volverá a pasar —prometí.

Él se alejó y regresó a una mesa cercana que ni siquiera había notado. Se puso los auriculares y volvió a escuchar y escribir algo.

Mi hermano, como si supiera que la curiosidad me estaba matando, respondió antes de que pudiera preguntar:

—Está estudiando alemán, ¿recuerdas?

Asentí y volví a mirar al frente.

Chloe, que me observaba, apartó la vista en cuanto nuestras miradas se encontraron, como si le avergonzara que la hubiera pillado mirándome.

—¿Cómo estás, vecina? No sabía que vendrías.

Me miró antes de dar otro sorbo a su bebida.

—Pues sí, yo tampoco.

No me pasó desapercibido que sus ojos se dirigieron hacia Mel, que fingió no darse cuenta y cruzó una mirada rápida con mi hermano, confirmando así que ambos sabían perfectamente que Chloe no me soportaba.

—¿Cenamos? —preguntó Mel para cambiar de tema con un entusiasmo forzado. Parecía nerviosa y no entendía por qué.

Mientras nos dirigíamos hacia el comedor, todavía con Hannah en brazos, Mel llevaba a Andrew de la mano mientras Chloe la

acompañaba. Ambas hablaban con naturalidad, muy distinto a cómo solía tratarme a mí.

Bryan, que caminaba a mi lado, respondía a un correo electrónico cuando pregunté en voz baja:

—¿Qué querías hablar conmigo? ¿No se suponía que sería durante la cena?

Asintió sin decir nada, concentrado todavía en el móvil.

—Entonces, ¿por qué está aquí Chloe? —pregunté, incapaz de ignorar lo mucho que aquello me inquietaba.

No tenía sentido que algo tan importante tuviera que hablarlo delante de ella.

¿Qué demonios escondían esos dos?

Seguía convencido de que Mel estaba embarazada otra vez. Tenía que ser eso.

Sus ojos color almendra encontraron los míos y me dedicó una sonrisa culpable, lo que solo aumentó mi sospecha de que estaban tramando algo.

—Relájate, hombre. No es nada grave. Cenemos y hablamos durante la cena.

Suspiré frustrado y seguí caminando hacia el elegante comedor que nos esperaba.

Mis ojos traicioneros, incapaces de resistirse a unas buenas curvas, descendieron por el cuerpo voluptuoso frente a mí, deteniéndose en sus piernas blancas y perfectamente torneadas.

No podía negarlo. Tenía unas piernas preciosas.

—Eh, límpiate la baba —se burló Bryan, frotando el dedo índice en la comisura de su boca.

Volví a enseñarle el dedo medio para impedir que dijera alguna estupidez delante de los niños.

—Déjame en paz.

Tuve que contenerme antes de mandarlo a la mierda, algo que jamás hacía delante de mis sobrinos.



A pesar de la tensión que siempre parecía existir entre Chloe y yo cuando compartíamos el mismo espacio, no fue suficiente para arruinar la cena y, de hecho, resultó muy agradable.

Andrew, mucho más cómodo en su entorno y rodeado de personas a las que ya estaba acostumbrado, parecía cada vez más comunicativo, sobre todo cuando le pregunté qué era lo que tanto estudiaba cuando llegué.

Era increíble lo mucho que conseguía aprender por sí solo, impulsado únicamente por su inmensa curiosidad y su hiperfoco.

En determinado momento, la conversación cambió hacia la boda de la hermana de Chloe y no me pasó desapercibido que ella parecía algo tensa con el tema.

—Sí, Megan se casa dentro de tres semanas y pidió que os avisara de que estáis más que invitados.

—¡Ah! Me encantan las bodas, claro que iremos, ¿verdad, amor? —le preguntó Mel a mi hermano con los ojos brillando.

Mi hermano asintió con la misma expresión de idiota enamorado que siempre tenía cuando miraba a Mel.

—Claro, será un placer.

—Perfecto. En breve recibiréis las invitaciones.

—¿Y yo qué, pelirroja? ¿No voy a estar invitado? —pregunté solo por provocar, porque ni siquiera conocía a su hermana. No tenía sentido que participara en un momento tan importante para su familia y, además, Chloe y yo no estábamos precisamente en nuestro mejor momento.

Ella arqueó una ceja y, con una sonrisa irritantemente bonita e irónica, respondió:

—Claro, Megan estará encantada de tener un go-go boy para animar su despedida de soltera.

En cuanto terminó la frase, Mel escupió el agua que estaba bebiendo y, aunque se tapó la boca con la mano, no logró evitarlo.

Entrecerré los ojos en su dirección, incrédulo por lo que acababa de decir delante de todos.

—¿Mamá...? ¿Qué es un go-go boy? —preguntó Hannah con curiosidad, alternando la mirada entre Mel y Bryan, que se observaron mutuamente sin saber qué responder.

Chloe se cubrió el rostro con las manos, avergonzada al darse cuenta de lo que había provocado, y se encogió de hombros, claramente arrepentida por su comentario.

No voy a negar que disfruté viendo su arrepentimiento, aunque tenía unas ganas enormes de responder exactamente lo que se me había pasado por la cabeza.

Me incliné hacia mi sobrina mientras Andrew observaba todo a su alrededor e intenté suavizar la situación que Chloe acababa de crear.

—Un go-go boy es solo un hombre al que le gusta mucho bailar, nada más —expliqué como si no fuera gran cosa.

No me pasó desapercibido que Bry y Mel intercambiaron una mirada frustrada, como si mantuvieran una conversación silenciosa.

—¿Pero tú eres eso? —preguntó otra vez, pensativa.

Respiré hondo, conteniendo las ganas de estrangular a esa pequeña bocazas, y negué con la cabeza.

—Solo soy médico, ¿recuerdas?

—Sí, Hannah. El tío Li abre cabezas, ¿recuerdas que te lo conté? —comentó Andrew como si aquello fuera algo completamente normal para una niña de casi tres años.

Mel se llevó la mano a la frente, frustrada al comprobar que todo solo iba empeorando.

—¿Y por qué le dijiste algo así a tu hermana, Andrew? Ya te dije que no debes asustarla con esos temas y tú tampoco tienes edad para buscar ese tipo de cosas —lo reprendió mi hermano.

—No, papá. Yo pensé que era divertido abrir cabezas. Yo también abriré muchas cuando sea grande…

Sabía que estaba mal pensar así, pero no podía negar el orgullo de imaginar a mi sobrina convertida en una neurocirujana increíble en el futuro.

Andrew se encogió de hombros y murmuró:

—No dije ninguna mentira.

Bryan bufó y dio un sorbo a su bebida.

—Vale, cuando seas mayor, el tío de aquí te ayudará a convertirte en una gran neurocirujana, ¿de acuerdo? —pregunté, levantando el meñique hacia ella.

Con una sonrisa de oreja a oreja, envolvió su dedito alrededor del mío y asintió.

—De acuerdo. Me enseñarás a ser médica y go-go boy —afirmó decidida.

—¡Joder! —gruñó Bry, y Mel lo reprendió al instante.

—¡Bryan! Cuida el vocabulario delante de los niños.

—Luego dicen que yo hablo demasiado —se quejó Andrew mientras removía la ensalada.

—He dicho "jope", sois vosotros los que no escucháis bien.

Arqueé una ceja hacia mi hermano, que fingió limpiarse el rostro mientras me enseñaba el dedo medio. Volví mi atención hacia Hannah, que seguía mirándome esperando una respuesta.

—Entonces, te enseñaré a ser una médica increíble, pero lo de go-go boy es algo solo para hombres y adultos. Las señoritas como tú pueden hacer ballet.

—Pero yo ya hago ballet —rebatió—. Quiero ser como tú.

Le lancé una mirada de reojo a Chloe, que parecía no saber dónde meterse después de que su comentario hubiera acabado así, y volví a mirar a Hannah.

—Pero el tío no es go-go boy. La tía Chloe solo estaba bromeando porque sabe que el tío baila muy bie… —Mel carraspeó y

me tragué la palabrota que estaba a punto de decir—. Muy bien.

Ella soltó una risa encantadora.

—Las frutas no bailan, tito.

—Claro que no, es solo una fruta —respondió Andrew con poca paciencia.

—Es solo una forma de hablar, princesa. ¿Verdad, Chloe? —le devolví la conversación porque no era justo que fuera yo el único que estuviera sufriendo aquel interrogatorio en el que ella me había metido.

Chloe tragó saliva y asintió, dedicándole una sonrisa a Hannah.

—Sí, preciosa. Lo dije solo porque tu tío es un gran bailari… ups, bailarín —se burló.

Entrecerré los ojos al notar perfectamente lo que había intentado decir.

¿Bailarín? Ya le enseñaré el movimiento de caderas que tengo para que vea el bailarín que soy, maldita pimentita.

—Bueno, ¿queríais hablarme de algo? —le pregunté a Bry para cambiar de tema de una vez.

Otra vez observé a Mel y Bryan intercambiar una mirada sospechosa. Mel dejó caer los hombros en completa derrota. Miró de Chloe hacia mí, abrió la boca y volvió a cerrarla. La abrió otra vez, volvió a cerrarla y finalmente miró a su marido.

—Habla tú, amor —nos señaló con la cabeza.

Entrecerré los ojos, sin entender qué estaba pasando.

—No tenemos muchas alternativas de todos modos —murmuró la última parte, o eso me pareció escuchar.

Bryan se aclaró la garganta, se acomodó en la silla y habló de manera directa, como siempre:

—Te comenté, Liam, que estoy negociando con un cliente muy importante de Turquía, ¿verdad?

Asentí, sin entender adónde quería llegar con aquello.

—Entonces, voy a tener que hacer un viaje importante y pasar una semana allí. Me gustaría mucho que Mel viniera conmigo para acompañarme en las cenas de negocios que tendremos.

—Adoro Turquía. Deberíais aprovechar y visitar algunos lugares de Estambul, os encantará —comentó Chloe con la barbilla apoyada en las manos.

Mel simplemente asintió, todavía nerviosa.

—Entonces… Andrew no quiere venir con nosotros y, como a veces no le gusta viajar ni alejarse de los lugares a los que está acostumbrado, además de que todavía le cuesta adaptarse a sitios nuevos, llegamos a la conclusión de que lo mejor sería no llevarlo. Es algo que tenemos que trabajar poco a poco, empezando por lugares cercanos e ir aumentando la distancia gradualmente —explicó Mel con cautela.

—Por eso pensamos en preguntaros a vosotros, Liam y Chloe, si podríais ayudarnos esa semana que estaremos fuera cuidando de Andrew. No quería dejarlo solo al cuidado de las niñeras —preguntó Bryan finalmente, mirando de mí hacia Chloe con evidente preocupación.

Me encogí de hombros. Adoraba a mi sobrino.

—Claro, *bro*. Cuenta conmigo.

Sus hombros se relajaron al instante. Miré a Andrew, que me observaba con una pequeña sonrisa al prestar atención a la conversación. Parecía contento con la noticia y mi sonrisa se amplió.

—¿Qué dices, colega? Seremos solo nosotros dos durante una semana, ¿eh? —le guiñé un ojo y Mel bufó.—Ya me arrepentí de haberlo pedido —murmuró.

La ignoré, porque quienes tenían que educarlo eran sus padres, no yo. Mi papel como tío era simplemente jugar y divertirme con mis sobrinos.

—Y Freddie y yo también —comentó Chloe con una sonrisa cargada de ironía.

La miré y ella me sostuvo la mirada con una sonrisa falsa. Después se volvió hacia Mel y Bryan.

—Podéis quedaros tranquilos. Cuidaremos muy bien de Andrew esa semana, aunque tenga que soportar a vuestro hermano más de lo que me gustaría —refunfuñó la última parte y puse los ojos en blanco.

—Que Dios nos ayude —murmuró Mel en voz baja mientras mordisqueaba el labio inferior.

Bryan asintió como si estuviera completamente de acuerdo con ella.

Me contuve, porque obviamente exageraban. Yo era un tío increíble. Solo tendríamos que organizarnos por turnos, ya que ambos trabajábamos, y con ayuda de la niñera y del chófer para llevarlo al colegio y a terapia, todo saldría bien.

Y lo más importante: seguiría cerca de su familia, porque ahí era donde pertenecía.

Y Chloe… bueno, Chloe era alguien cercano. Como una tía.

Así que todo saldría bien.

CAPÍTULO 8
LIAM WALKER

Los sonidos de las teclas del teclado de Andrew llenaban el apartamento. Mientras observaba a mi sobrino desde la sala de estar, veía su hiperfoco en acción, completamente concentrado en una clase online de alemán. Me impresionaba cómo un niño de apenas ocho años ya dominaba varias palabras y frases de un idioma tan difícil como ese, y parecía que nada era suficiente para distraerlo. Aunque yo tuviera la televisión encendida fingiendo ver The Walking Dead, él simplemente se sumergía de lleno en el idioma con una intensidad que me dejaba sin palabras.

Mi hermano se había ido de viaje hacía cuatro días y pedí que me quitaran de las guardias del fin de semana en el hospital, porque quería dedicarle la máxima atención a Andrew y no me parecía justo que Chloe cuidara más de él que yo, que soy su tío de sangre. Claro que eso fue motivo suficiente para que discutiera conmigo, insistiendo en que para ella no suponía ningún problema. Así que terminé aceptándolo porque tampoco quería que su rechazo hacia mí aumentara todavía más.

Durante la semana fue incluso más tranquilo de lo que imaginaba. Conseguimos superar las desavenencias que hasta entonces nos perseguían y parecía que ella había decidido dejar a un lado su mala relación conmigo por el bien de una convivencia agradable para mi sobrino. Por eso, nos organizamos en cuanto salimos de aquella cena: ella se encargaría de llevar a Andrew al colegio y acompañarlo hasta cierta hora, y yo lo recogería a la salida y lo llevaría a terapia los días en que no estuviera trabajando.

Como mis horarios eran los únicos caóticos por culpa de las guardias nocturnas, las noches en las que trabajaba Chloe dormiría con Andrew en casa de Bryan y Mel para no sacarlo de la comodidad de su hogar. Los demás días me quedaría yo con él. Hasta el momento no habíamos tenido ningún problema, lo que ya suponía un gran avance considerando nuestro historial reciente.

Era sábado y me incomodaba ver a mi sobrino pasarse todo el tiempo estudiando. Quería intentar hacer algo distinto a lo habitual. Bry ya me había advertido que apartarlo de los estudios no era una tarea fácil y que, algunas veces, cuando intentaban distraerlo con algo más agitado o con juegos que no le interesaban, terminaba entrando en crisis. Por eso no pensaba obligarlo a nada. Aun así, aunque sabía que no era sencillo separarlo del alemán cuando empezaba a estudiar, se me ocurrió una idea y esperaba que funcionara. Solo tenía que esperar a que terminara la clase, tal y como habíamos acordado.

Volví a prestar atención al episodio que se desarrollaba frente a mí y, justo cuando empezaba a entretenerme, el sonido de un mensaje en el móvil llamó mi atención. Lo cogí y vi que era una médica del hospital preguntándome si estaba libre para ir a un bar más tarde. La propuesta era tentadora, sobre todo porque imaginaba perfectamente cómo acabaría la noche. Pero, aunque estuviera atravesando un celibato forzado, también me había convertido, durante ocho días, en un hombre de família durante ocho días y necesitaba comportarme como un adulto responsable y rechazar la invitación.

Solté un suspiro frustrado, porque ni siquiera quería recordar cuánto tiempo hacía desde la última vez que me acosté con alguien. Sin duda, aquello empezaba a convertirse en un nuevo récord personal. Pero necesitaba comportarme como un verdadero jefe de cirugía y no seguir acostándome con todas las enfermeras y médicas del hospital, por mucho que ellas no me facilitaran las cosas. Así que solo tenía que controlar mis impulsos y encontrar un momento en que mi preciosa vecina no estuviera en casa para poder llevar a alguien al apartamento.

Media hora después, la clase de Andrew terminó. Apagué la televisión, me levanté y lo miré con una sonrisa divertida.

—¿Qué está tramando, tío?

Arqueé una ceja, no demasiado sorprendido de que hubiera notado que escondía algo.

—¿Y por qué estaría tramando algo? —pregunté, cruzándome de brazos.

—Porque tiene esa expresión de quien está pensando en algún plan disparatado —respondió mientras cerraba el portátil y el cuaderno, organizándolo todo de manera metódica sobre la mesa antes de levantarse—. Bien, lass uns gehen!

¿Qué demonios acaba de decir?

Abrí la boca para preguntárselo, pero la miniatura de Einstein puso los ojos en blanco y caminó hacia la puerta.

—He dicho: vamos, tío. Prometí que haría lo que quería. Como me dejó estudiar, voy a cumplir mi parte.

Sonreí ante su comentario y lo seguí hasta la puerta.

—Así se habla, campeón. Pasarse todo el tiempo delante de una pantalla hace…

—Daño a la vista, sí, ya lo sé. —Esta vez fue él quien puso los ojos en blanco—. Mi padre me lo repite constantemente, aunque él hace exactamente lo mismo.

Tuve que contener la carcajada, porque tenía toda la razón.

—Entonces deberías seguir el ejemplo de tu tío y convertirte en un médico co… —me tragué la palabrota al notar el amago de sonrisa que apareció en la boca de Andrew—. Muy bueno.

—No soy como Hannah, tío. Sé perfectamente lo que iba a decir, y puede decir palabrotas, no me importa. Yo no comparto ese tipo de lenguaje. Creo que solo la gente de mente pequeña necesita expresarse así.

Lo miré horrorizado durante un segundo ante la tremenda reprimenda que acababa de recibir de parte de un niño de ocho años. Y aunque debería haberme ofendido porque me llamó "mente pequeña", ya en el pasillo del edificio me limité a observarlo intrigado mientras cerraba la puerta con llave.

—¿Cuántos años tienes exactamente? ¿Seguro que solo ocho?

Se encogió de hombros, como si mi comentario no tuviera importancia.

—Según mi profesora, parezco un adolescente gruñón con un coeficiente intelectual muy por encima de la media. No es culpa mía que me guste estudiar y a los demás no. Por eso parece que sé más que ellos…

—Tengo que darle la razón… —murmuré.

En ese momento escuché una puerta abrirse y, de repente, como si un dragón corriera hacia mí, apenas tuve tiempo de recordar que debía mantenerme firme para no caerme al suelo. Sentí aquellas patas ya conocidas aferrarse a mi pierna derecha y clavarme las uñas mientras empezaba a hacer exactamente aquello que tenía prohibido hacerme la vecina, aunque, por lo visto, su perro salido sí podía hacerlo conmigo tranquilamente.

Para mi completa sorpresa, Andrew rompió a reír. Una risa auténtica, poco habitual en él, que por fin lo hacía parecer un niño de ocho años y no un adolescente de quince.

—Tío, está intentando montarse en tu pierna…

Puse los ojos en blanco y, al girar la cabeza, vi que Chloe también se estaba riendo de mi desgracia. Encima se encogió de hombros, como si no tuviera la culpa de nada.

—Sí, Andrew, parece que es mi destino. Ni siquiera el perro puede resistirse a mí —bromeé.

Chloe puso los ojos en blanco y se acercó.

—Un perro reconoce el olor de otro —murmuró mientras tiraba de la correa—. Freddie, basta.

Pero el perro parecía ignorarla y seguía restregándose contra mi pierna.

—Vamos, Freddie, o no volveré a llevarte al parque.

Continuó allí, sin hacerle el menor caso, así que tuve que intervenir porque las uñas del labrador ya empezaban a arañarme.

Le aparté las patas y, aunque siguió moviendo las caderas hacia delante, al final empezó a calmarse. Entonces, como si estuviera sonriéndome, saltó hacia mí y empezó a lamerme el brazo mientras yo sonreía ante el perro salido y le acariciaba la cabeza.

—Mi tío no es un perro, es un hombre —lo defendió Andrew.

Mi sonrisa se amplió, aunque sabía perfectamente que aquello formaba parte de su autismo: tomarse todo al pie de la letra.

Chloe abrió y cerró la boca sin saber qué responder, claramente incómoda, y esta vez fui yo quien tuvo ganas de echarme a reír al verla tan avergonzada.

—Era solo una expresión, Drew.

Todavía seguía observándome confundido, así que decidí cambiar de tema y volví mi atención hacia la dueña del perro. Literalmente.

—Deberías cortarle las uñas, porque a este paso voy a tener que empezar a usar espinilleras.

Para mi sorpresa, la pelirroja se ruborizó con mi comentario y asintió.

—¿Vais al parque? —pregunté.

—Sí, voy a llevar a Freddie a correr un poco. Pasa demasiado tiempo en el apartamento y cada día destroza algo diferente. —Soltó un suspiro frustrado y, por un instante, me sentí vengado por tener mi vida sexual limitada por su culpa.

—Por eso mi padre dice que no podemos tener perro dentro de casa —comentó Andrew, pensativo.

—Que se lo pregunten a mis plantas —murmuró Chloe desanimada.

Le acaricié la cabeza a Freddie, que movía la cola de un lado a otro completamente feliz, sin importarle ser el motivo del sufrimiento de su dueña.

—Míralo por el lado positivo, le gustan las cosas naturales si se dedica a comerse plantas —bromeé.

Chloe puso los ojos en blanco.

—Si solo fuera eso lo que le hace a las plantas… —refunfuñó, y tuve que contener la risa al imaginar a Freddie usando las plantas de Chloe como si fueran un retrete. Respiró hondo y, como si intentara

recomponerse, se dirigió a Andrew con entusiasmo—. ¿Quieres venir con nosotros, Andrew?

Él se encogió de hombros, sin demasiado interés, y yo intervine.

—En realidad, eso era justo lo que íbamos a hacer. Andrew y yo quedamos en que hoy haríamos algo diferente en vez de pasarnos el día estudiando.

Asintió, aunque fuera a regañadientes, y me sentí victorioso por el pequeño avance conseguido.

—Genial, entonces vamos. ¿Quieres llevar a Freddie, Andrew?

Sus ojos parecieron iluminarse por un instante y pensé que, quizás, tener un perro sería una idea mejor de lo que imaginaba para ayudar a mi sobrino a salir un poco de su hiperfoco actual.

Mi sobrino cogió la correa entre las manos, llamé al ascensor y bajamos en aquel espacio reducido envueltos en un silencio inquietante. Chloe respondía algunos mensajes en el móvil con atención, mientras yo no pude evitar fijarme en lo condenadamente buena que estaba con esos shorts cortos y ajustados y una simple camiseta ancha que dejaba ver el top del mismo tono que llevaba debajo. Y aun así, eso no hacía que el cuerpo delicioso que tenía pareciera menos indecente.

Sacudí la cabeza y me obligué a mirar el panel que marcaba los pisos por los que descendíamos.

¡Ella no es una mujer para ti, joder!

Hasta donde sabía, Chloe tenía novio, algo que siempre me había parecido raro considerando que jamás lo había visto entrar o salir de su apartamento. Y además, eso suponía otro impedimento más para mirar demasiado a mi vecina. Ya habíamos dejado claro hacía años que no nos involucraríamos, ni siquiera para sexo casual, porque no queríamos arruinar nuestra amistad ni el círculo social que compartíamos.

Pero eso no hacía que fuera más fácil disfrutar de las vistas, aunque en ese momento tuviera una pequeña arruga entre las cejas

que dejaba claro que algo le preocupaba. Por eso decidí romper el silencio y, en cuanto las puertas se abrieron y salimos al vestíbulo del edificio, pregunté:

—¿Problemas en el paraíso? —la provoqué para ver si mencionaba algo sobre su novio invisible.

Sus ojos esmeralda se encontraron con los míos y pareció confundida.

—¿Problemas con tu novio? —en el mismo instante desvió la mirada y se tensó por una simple pregunta.

Llegué a pensar que no respondería nada. Permaneció en silencio hasta que salimos del edificio, sin perder de vista a Andrew, que caminaba atento por la acera mientras llevaba a Freddie.

—Ya no estoy saliendo con nadie.

La información me pilló completamente desprevenido. Una sensación de satisfacción me atravesó el pecho mezclada con confusión, y me sorprendió que Mel no hubiera mencionado nada, aunque tampoco era su obligación. Aun así, solíamos hablar bastante.

—Y mi único problema ahora mismo es la boda de mi hermana, que se acerca.

Entrecerré los ojos, sin entender del todo, y decidí dejar de lado lo de que estaba soltera para pensar más tarde por qué demonios esa noticia me había afectado tanto. Preferí aprovechar la guardia baja que por fin mi querida vecina me estaba dando para intentar acercarme otra vez a ella. Después de todo, habíamos sido muy buenos amigos antes de que empezara a odiarme, y con razón.

—¿Pero que tu hermana se case no debería ser algo bueno? —pregunté, confundido por su comentario.

En ese momento Chloe abrió mucho los ojos y me di cuenta de que había soltado algo que no pretendía contar. Negó con la cabeza y dejó escapar una risa nerviosa, como si estuviera organizando sus pensamientos antes de responder.

—No es eso. Claro que estoy feliz por Megan, ¿cómo no iba a estarlo? Solo que no me hace ninguna gracia pasar cuatro días cerca de su cuñado.

Esta vez el confundido fui yo.

—¿No te cae bien?

Tragó saliva. Parecía debatirse entre ser sincera conmigo o no y yo solo esperaba que siguiera siendo más la Chloe amiga que conocí en el instituto que la vecina endemoniada de las últimas semanas.

—Es solo un imbécil al que prefiero evitar —respondió de forma breve, y asentí al comprender que no quería entrar en detalles.

—Estás rodeada de imbéciles, ¿eh…? —la provoqué con un guiño—. El vecino, el cuñado… ¿hay alguno más del que no sepa nada?

Puso los ojos en blanco, pero una sombra de sonrisa apareció en su rostro por lo que acababa de decir.

—Si contamos lo mucho que me molesta tu banda favorita, podría incluir al difunto Freddie Mercury en la lista —bromeó, y arqueé una ceja.

—¿En serio? Porque yo podría decir exactamente lo mismo de tu cantante favorita. —Abrió la boca como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar—. Vamos, ¿cómo soportas escuchar a Taylor Swift todo el día cuando estás en casa?

—No hables de mi diva porque entonces pasarás a convertirte en el imbécil número uno de mi lista.

Vi que Andrew y Freddie seguían caminando tranquilos por la acera y volví a mirar a la pimentito estresada que tenía a mi lado.

—Mmm… pensaba que ya ocupaba el primer puesto. Pero, por lo visto, el cuñado de tu hermana ha conseguido superarme… —insinué.

Ella sonrió de lado y eso solo consiguió que pareciera todavía más guapa.

—Digamos que, gracias a tu buen comportamiento estas últimas semanas, ya no estás entre los cinco primeros.

Esta vez mi sonrisa se amplió todavía más, mucho más satisfecho de lo que debería por aquel casi cumplido.

—Así voy a acabar pensando que me estás elogiando —la provoqué.

Chloe puso los ojos en blanco, aunque seguía con aquella sonrisa encantadora en los labios, esos labios que ya había notado demasiadas veces que eran perfectos.

Me empujó suavemente con la mano, jugando.

—No vuelvas a ser un imbécil, por favor.

Levanté las manos como si me estuviera defendiendo.

—¡He parado! Seré todo un caballero, puedes confiar en mí —aseguré con otro guiño que consiguió hacerla sonrojar.

Entonces volvió su atención hacia nuestra dupla de delante. Pero no me pasó desapercibido que, aunque intentó contener la sonrisa, fracasó en el intento.



El resto de la mañana fue mucho mejor de lo que imaginaba y jamás pensé que el hecho de que Freddie nos acompañara ayudaría tanto con la interacción de Andrew.

Siempre se había llevado bien conmigo y se sentía cómodo a mi lado; aun así, la mayoría de las veces permanecía encerrado en su propio mundo, con la mente puesta en los idiomas que había decidido aprender a leer.

Conseguir que hiciera algo que no quería suponía muchísimo esfuerzo, aunque había avanzado bastante gracias a las terapias que solía hacer. La única que tenía facilidad para lidiar con Andrew y cambiar su foco de atención era Mel. Por eso, ver a mi sobrino jugar como un niño de ocho años y parecer realmente feliz fue una sorpresa increíblemente buena.

Chloe también se dio cuenta de lo mismo que yo y una agradable complicidad nos envolvió mientras observábamos la escena. Corrimos con ellos por el parque, jugamos a lanzar la pelota y Andrew se reía a carcajadas como nunca antes lo había visto. Chloe consiguió grabar algunos vídeos y los enviaría más tarde a Mel y Bryan. Estaba seguro de que mi hermano se sentiría inmensamente feliz al ver que su hijo estaba mucho mejor de lo que imaginaba bajo nuestros cuidados, porque era evidente que aquello le preocupaba después del desastre de cena que tuvimos.

El sol apretaba cada vez más y, como Andrew y yo seguíamos una alimentación bastante estricta, empezamos a volver al apartamento para almorzar. Yo pagaba a una cocinera para que preparara algunas comidas según lo que sugería mi nutricionista y, como sabía que Andrew pasaría esa semana conmigo, le pedí que también hiciera platos adaptados a la dieta que seguía en casa.

La mayoría de los días Andrew almorzaba en su casa, pero como ya había planeado traerlo a mi apartamento el fin de semana, también se lo pedí a Amelia. Además, siempre me gustaba dejar algunas comidas preparadas para cuando viniera a visitarme, aunque la mayoría de las veces era yo quien iba a verlo.

El ambiente entre Chloe y yo parecía mucho más tranquilo, más parecido a la amistad que teníamos en el pasado que a la tensión constante desde que nos reencontramos, y me satisfizo darme cuenta de lo cómoda que parecía sentirse otra vez a mi lado.

En cuanto llegamos al edificio, Andrew volvió a sujetar la correa de Freddie mientras el ascensor subía lentamente y, por muy loco que sonara, no quería que Chloe se alejara.

—¿Trabajas esta tarde? —pregunté, curioso por saber qué haría, ya que encontrarme con el novio sabía que no iba a hacerlo.

Pero todavía podía quedar con alguien más tarde. Después de todo, que nunca la hubiera visto llevar a nadie a su apartamento no significaba que no tuviera una vida sexual activa y el simple pensamiento me dejó un sabor amargo en la boca del estómago.

Miré el Apple Watch en mi muñeca y noté que mis pulsaciones empezaban a volver a la normalidad ahora que habíamos dejado de correr. Además, me di cuenta de que ya se acercaba la hora de comer.

Ella mordió la comisura del labio, pensativa.

—En realidad debería, pero… —vaciló un instante y una esperanza desconocida empezó a crecer dentro de mí, dejándome todavía más confundido que al principio—. Pero pensé que quizá podríamos hacer algo más tarde, ya que Andrew parece dispuesto a probar actividades nuevas.

Asentí, algo más animado al notar el cariño genuino que sentía por mi sobrino.

—¿Qué propones? —quise saber.

Miró a mi sobrino y, con una sonrisa encantadora, preguntó:

—¿Alguna vez has hecho un pastel, Drew?

Él negó inmediatamente.

—Mi madre me ha dejado mezclar la masa alguna vez, pero nada más —comentó—. Aunque casi siempre es la cocinera quien lo hace.

¡Mi madre! Me hacía tan feliz el cariño y el amor que Andrew sentía por Mel, hasta el punto de llamarla mamá y ni siquiera recordar a la víbora que lo había traído al mundo.

—Entonces, perfecto. Esta tarde haremos un pastel. Os espero en casa —determinó, justo cuando las puertas del ascensor se abrieron.

—¡Genial! —respondió Andrew mientras le entregaba la correa a Chloe.

Ella me dedicó una leve sonrisa. Yo le devolví la sonrisa y observé cómo se giraba para desbloquear la puerta de su apartamento con la huella digital. Freddie entró rápidamente delante de ella y, justo cuando iba a cerrar la puerta, hablé:

—¿No quieres almorzar con nosotros?

Ella impidió que la puerta se cerrara y continué:

—Tengo algunas comidas que preparó Amelia.

—Ah, pensaba que el gran doctor deva… —interrumpió abruptamente la frase y su rostro se tiñó de rojo, despertando mi curiosidad por saber qué estaba a punto de decir—. Por un momento pensé que cocinarías para mí —bromeó para disimular, y solté una carcajada.

—Ah, pimentito, podría cocinar para ti, pero algo me dice que no sería precisamente en las circunstancias que estás imaginando —la provoqué con un guiño que hizo que su rostro adquiriera exactamente el mismo tono que su cabello.

Tan preciosa cuando se avergonzaba.

Chloe puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

—Entonces eso nunca va a pasar, ¿verdad?

Me encogí de hombros y ella entrecerró los ojos antes de negar con la cabeza.

—Bueno, gracias por la invitación, pero voy a pedir algo para comer aquí mientras adelanto unas cosas del trabajo para que podamos hacer nuestro pastel más tarde. Además, no soy muy fan de alimentarme solo de carne y ensalada.

—Por lo visto sigues siendo fan de una hamburguesa enorme llena de queso —me estremecí solo de pensar en la cantidad de grasa que llevaban esos monstruos y en lo malos que eran para la salud, pero me obligué a apartar el foco de mi mente hipocondríaca.

—Mmm… —gimió como si me provocara, porque la diabla pelirroja debía saber perfectamente la dieta estricta que seguía gracias a mi querida cuñada—. Creo que después de eso voy a pedirla con doble de queso.

Puse los ojos en blanco y la provocadora me lanzó un guiño cargado de sarcasmo antes de despedirse de Andrew y cerrar la puerta, mientras él nos observaba confundido.

—¿Vamos, campeón?

Asintió mientras desbloqueaba la puerta de mi apartamento y comentó al entrar:

—Vosotros dos sois muy raros.

Asentí en silencio, porque realmente no tenía argumentos para discutirlo.

CAPÍTULO 9
CHLOE DAVIS

Aún seguía dividida sobre qué pensar de Liam.

Habíamos pasado una mañana agradable, algo que ya no recordaba que fuera posible después de toda la rabia que me había hecho sentir durante aquellos largos meses desde que se mudó. La ira que creció en mi pecho cada vez que me veía obligada a escuchar sus folladas hizo que olvidara por completo la amistad que habíamos tenido en el pasado.

Sin embargo, aquella mañana conseguí recuperar un poco de lo bueno que era ser su amiga y entender por qué, aunque Mel siempre hubiera estado enamorada de su hermano, no había podido resistirse a sus encantos y a su carisma.

Era una pena que existieran tres agravantes importantes que jamás podía olvidar ni dejar que me arrastraran hacia esa sonrisa ladeada capaz de empapar cualquier braga. Primero: aunque fuera guapo y carismático, seguía siendo un hombre, un detalle importantísimo teniendo en cuenta mi historial. Segundo: prácticamente éramos familia, considerando que veía a Mel como a una hermana. Y tercero: Liam era un completo depravado. Un atractivo y delicioso doctor depravado, lo que solo reforzaba el punto número uno de todo lo que me impedía pensar en él de cualquier otra forma que no fuera amistad.

Respiré hondo mientras me obligaba a trabajar en vez de recordar todo lo que habíamos hecho aquella mañana, aunque, de vez en cuando, los recuerdos regresaran a mi mente.

Otra cosa que me sorprendió de mí misma fue haber considerado, aunque solo fuera por un segundo, contarle el verdadero motivo por el que no quería que esa boda llegara. Al final opté por decir solo una parte de la historia. Aun así, me resultó extrañísimo haber estado a punto de confesar que John, mi exnovio y antiguo compañero suyo, era el cuñado de mi hermana.

Pero tampoco necesitaba que aquel imbécil arrogante se echara a reír de mi desgracia. Ya sabía perfectamente que era una completa desgraciada; no hacía falta que nadie más me recordara la mala suerte que me perseguía.

Miré el reloj y ya pasaban de las tres de la tarde. Imaginé que en pocos minutos Andrew y Liam llegarían, y aquello me provocó una mezcla extraña de ansiedad y nerviosismo.

No entendía por qué me sentía así. Al fin y al cabo, solo eran ellos dos y ya habíamos pasado horas juntos esa misma mañana. Pero aun así, así era exactamente como me sentía.

Observé las numerosas plantas repartidas por el apartamento, el portátil apoyado sobre mis piernas mientras intentaba leer un caso que había preparado y que tendría que presentar ante el tribunal el lunes. Después desvié la mirada hacia Freddie, que dormía panza arriba mientras se acariciaba con la pata, como tanto le gustaba que hiciera, y sonreí.

Este pequeño desastre había sido una de las mejores decisiones que tomé. Tal vez la única correcta en los últimos dos años. Aunque, a veces, dudaba de ello si tenía en cuenta que destruía todas mis plantas mordiéndolas solo para fastidiarme cuando me iba a trabajar y tenía que dejarlo solo. Ni siquiera quería recordar las veces que no conseguía —o simplemente no quería— hacer pis en el maldito happy pee que le puse en el balcón para que hiciera sus necesidades. Eso solo confirmaba que era un perro testarudo, porque los días que yo estaba en casa sí lo hacía correctamente. En cambio, cuando se enfadaba, le faltaba poco para mear el sofá y la cama, y si no lo hacía era únicamente porque cerraba mi habitación con llave desde que descubrí hasta dónde llegaba su rebeldía.

Al darme cuenta de que no conseguiría trabajar con la cabeza hecha un caos, cerré el portátil y fui a regar las plantas, ya que siempre me ayudaba a reducir la ansiedad y, además, todavía no las había cuidado aquel día. Quizá eso bastaría antes de que llegaran mis invitados.

Freddie abrió los ojos en cuanto me levanté y se puso de pie, curioso por saber qué haríamos después. Fui hasta la despensa, cogí el pulverizador de agua y la regadera mientras el pequeño destructor me seguía, seguramente buscando algo nuevo que romper.

—Ni se te ocurra, Freddie. Ya ha sido suficiente con que destrozaras uno de mis lirios esta semana y te comieras mis zapatillas nuevas.

Se sentó, movió la cola como si me sonriera y levantó una pata para que la cogiera. Y aunque quería regañarlo por lo que había hecho, ese pequeño gesto bastó para desarmarme y dejar el tema pasar.

—Vale, estás perdonado, siempre y cuando no vuelvas a hacerlo, ¿de acuerdo?

Ladró como si me estuviera respondiendo y acaricié sus orejas.

Me giré y fui hasta algunas suculentas que tenía repartidas por el panel de la sala para rociarlas con agua. Después seguí con el resto de las plantas y continué así durante los siguientes treinta minutos, hasta que mi corazón dio un vuelco en cuanto sonó el timbre y Freddie ladró con fuerza dentro del apartamento. Algo que hacía siempre que alguien apretaba el maldito botón.

Miré rápidamente lo que llevaba puesto y comprobé que, aunque iba sencilla —una camiseta blanca de hombros asimétricos, shorts vaqueros y chanclas—, tampoco estaba desarreglada. Intenté no arreglarme demasiado para no dar la impresión equivocada. Después de todo, solo iban a visitarme mi vecino y el hijo de mi mejor amiga. No necesitaba comportarme como si estuviera esperando desde hacía años a un cliente importante para una reunión.

Respiré hondo y me acerqué a la puerta. El timbre volvió a sonar y Freddie ladró otra vez.

—¡Shhh! No hace falta que ladres cada vez que suena el timbre —me quejé mientras me tocaba el oído, todavía zumbando por sus ladridos.

Aún inquieta, sin saber exactamente por qué, abrí la puerta de golpe y los encontré a los dos frente a mí.

Mis traicioneros ojos recorrieron al doctor depravado. Él también iba informal: una camiseta azul marino, bermudas beige y zapatillas blancas. Simple, pero no por eso menos guapo… ni menos atractivo.

Andrew llevaba unas bermudas parecidas a las de su tío, aunque negras, y una camiseta azul claro que resaltaba todavía más sus ojos azules, exactamente iguales a los de su madre.

Entonces se echó a reír y mi pecho se calentó al comprobar cuánto más cómodo se sentía ya conmigo.

—Tía, ¿Freddie ladra cuando tocamos el timbre? —preguntó divertido por mi sufrimiento auditivo.

Y antes de que pudiera responderle, estiró el brazo y volvió a pulsarlo. El bocazas de mi perro ladró otra vez, haciéndome estremecer entera por culpa del eco del pasillo, que amplificaba aún más el sonido.

Andrew volvió a reír a carcajadas y, a pesar de la molestia, no pude enfadarme al verlo disfrutar tanto.

Mis ojos se encontraron con los de Liam, que sonreía como si estuviera entretenidísimo observando la escena. En cuanto Freddie se dio cuenta de quién estaba en el pasillo, salió disparado y, sin pensárselo dos veces, saltó sobre la pierna de Liam para intentar restregarse contra ella otra vez.

Andrew soltó una carcajada aún más fuerte y esta vez yo tampoco pude resistirme.

—¿Qué te pasa, colega? ¿No habíamos hablado ya de que esto no está bien? —protestó Liam mientras apartaba las patas del perro —. Ya me estoy arrepintiendo de haber venido en bermudas.

—Podrías ponerte crema con olor a carne. Igual así le gustas todavía más —lo provoqué.

Liam entrecerró los ojos como si quisiera fulminarme.

—Es una idea excelente. No olvides que tu balcón está justo al lado del mío y podría, sin querer, regar tus preciosas plantas con un poquito de alcohol.

Mantuve mi mirada fija en la suya, completamente convencida de que sería capaz de hacerlo.

—No tendrías el valor de maltratar seres vivos…

—¿Lo dudas? —preguntó arqueando una ceja.

Respiré hondo y levanté las manos en señal de rendición.

—Vale, lo de las piernas era broma. Igual simplemente le gusta tu olor, ya sabes… —miré a Andrew, que parecía distraído acariciando a Freddie, y murmuré sin emitir sonido—: olor a perro.

Las pupilas de Liam se dilataron y me preparé para una respuesta a la altura. Pero él miró a su sobrino y luego negó con la cabeza antes de volver a clavar los ojos en mí.

—No me provoques, pimentito. Puede que no soportes las consecuencias.

—¿Eso es una amenaza? —pregunté arqueando una ceja.

Él dio un paso hacia mí. Aunque mi perro seguía pegado a su pierna, su rostro quedó peligrosamente cerca de mi oído. No me aparté, aunque su proximidad me pusiera nerviosa.

Su perfume cítrico me envolvió como un abrazo y me embriagó por completo cuando habló con voz ronca:

—No. Solo es una advertencia.

No había dicho nada obsceno ni especialmente provocador. Pero el tono de su voz, la cercanía de su cuerpo y la intensidad de sus ojos al apartarse parecían insinuar exactamente todo eso.

Un escalofrío me recorrió la espalda entera.

Me quedé inmóvil durante unos segundos y, obligándome a salir del trance que aquel hombre provocaba en mí, desvié rápidamente el tema al recordar el verdadero motivo por el que estaban allí.

—Bueno, ¿listos para convertiros en reposteros por una tarde? —bromeé, mirando a Andrew y evitando aquellas dos almendras

marrones que seguían observándome con una intensidad excesiva.

—¿Podemos hacerle un pastel a Freddie también, tía? —preguntó Andrew.

Y como fui incapaz de negarle nada, asentí enseguida.

—Claro. Un pastel de carne, ¿qué te parece?

Freddie ladró en señal de aprobación y lamió la mano de Andrew, que sonrió primero a su tío y luego a mí.

—Creo que eso significa que está de acuerdo.



Empezamos despacio. Le pedí a Andrew que me ayudara a separar los ingredientes, ya que haríamos dos pasteles: uno para nosotros y otro para Freddie, que estaba tumbado con la cabeza apoyada sobre las patas delanteras, cerca de la entrada de la cocina, como si estuviera prestando atención a todo lo que hacíamos.

Andrew, siempre meticuloso, separaba las porciones de harina sin gluten que había comprado, porque sabía que no comía la tradicional. Mientras tanto, Liam rompía los huevos y empezaba a colocarlos en un bol para cada receta. En un momento dado, miré hacia mi vecino y me sorprendió descubrir que él también me estaba mirando. Una sensación extraña me recorrió y desvié la vista rápidamente hacia lo que estaba haciendo.

Poco después, empezamos a mezclar los ingredientes en una fuente y a remover con una cuchara de madera. Procuré preparar una masa que no necesitara batidora ni licuadora, ya que sabía que algunos ruidos molestaban a Andrew y eso podía desencadenar una crisis que quería evitar.

—No conocía este talento tuyo, pimentito —comentó Liam justo detrás de mí mientras ayudaba a Andrew a remover la masa antes de que la derramara fuera del recipiente y perdiéramos la mitad de los ingredientes.

Me estremecí con su cercanía e intenté concentrarme en lo que decía.

—¿Talento? Ni de lejos. Si el pastel no parece cemento y se puede comer, ya será un milagro.

Liam guardó silencio un instante mientras terminábamos una de las masas.

—Entonces, ¿por qué propusiste hacer algo que ni siquiera sabes preparar?

Me encogí de hombros y miré por encima de ellos. Estaba apoyado contra una de las paredes, con los brazos cruzados y, aunque no estuviera haciendo nada especial, el muy desgraciado conseguía verse absurdamente sexy con una simple pose. Respiré hondo y me obligué a concentrarme en responderle.

—Porque Mel comentó que a Andrew le encanta el pastel y pensé que sería bonito que participara en el proceso. Y si sale fatal, Andrew no se quedará con las ganas, porque ya le pedí a la cocinera de Bryan que hiciera uno por si acaso.

Me encogí de hombros otra vez y volví la mirada al frente cuando aquella sonrisa ladeada apareció en su rostro.

No me extraña que nunca le falten mujeres. Está ridículamente bueno.

—Mmm… una mujer precavida… —murmuró, como si hablara consigo mismo.

Tragué saliva, alterada por el torbellino de pensamientos que provocó y por la forma en que aquel comentario parecía insinuar algo más.

Volví a concentrarme en Andrew, que parecía emocionado con cada etapa del proceso. Cuando terminamos la primera masa, fui a buscar los moldes para engrasarlos mientras su tío empezaba a preparar la otra mezcla junto a él.

En cuanto terminaron la segunda, llamé a Andrew para engrasar el molde, que en este caso solo llevaría aceite de coco. Él extendió la mezcla con cuidado y, después de que Liam ayudara con

el segundo molde, mi vecino raspó un poco de masa cruda del recipiente y la lamió. Luego nos miró alternativamente, primero a Andrew y después a mí con una sonrisa traviesa y, antes de que pudiera reaccionar, mojó el dedo y le plantó masa en la nariz a Andrew, que hizo una mueca antes de echarse a reír.

Sobre todo porque quiso entrar en el juego. Metió rápidamente la pequeña mano en el bol y, cuando la tuvo completamente llena de masa, fue hacia su tío y se la restregó por el brazo, ya que no llegaba a alcanzarle la cara.

Liam se moría de risa y los dos empezaron una especie de guerra para ver quién ensuciaba más al otro. Decidí quedarme callada para no recordarles mi existencia y salir ilesa de aquel desastre, aunque seguía divirtiéndome con la escena que se desarrollaba a mi lado.

Con una sonrisa en los labios, abrí el horno y metí las dos masas dentro antes de ajustar la temperatura según indicaba la receta. Pero cometí un gran error: no me di cuenta de que todo se había quedado demasiado silencioso de repente.

Fue entonces cuando mi sexto sentido empezó a alertarme y, en el momento en que giré la cabeza para descubrir qué ocurría, una enorme cantidad de harina impactó directamente contra mi cara.

Sorprendida, me quedé inmóvil durante unos segundos, incapaz de creer lo que acababa de pasar. Me limpié el exceso de harina que caía sobre mis ojos mientras las carcajadas a mi alrededor aumentaban todavía más.

Cuando conseguí abrir los ojos, vi las manos llenas de harina de Liam y supe inmediatamente quién había sido.

Negué lentamente con la cabeza mientras agarraba el paquete de harina que había sobre la encimera, sin apartar la vista de mis objetivos.

—No deberíais haber hecho eso.

Él arqueó una ceja, desafiándome.

—¿Eso es una amenaza, pimentito?

Negué despacio y repetí sus propias palabras:

—No. Solo es una advertencia.

Sus cejas se elevaron todavía más, con aquella expresión burlona y, antes de que pudieran reaccionar, lancé un puñado de harina sobre los dos. Andrew soltó un grito antes de echarse a reír, y Liam apenas tardó un segundo en agarrar el otro paquete y lanzarlo directamente hacia mí.

—¡Es la guerra, Andrew! ¡Ayúdame! —gritó a su compañero de batalla, y comprendí enseguida que estaba completamente perdida contra los dos.

Antes de darme cuenta, había comenzado una auténtica guerra de harina y azúcar. Andrew cogía puñados y me los lanzaba mientras yo intentaba defenderme de ambos, aunque esquivar la cantidad exagerada que me tiraban resultaba prácticamente imposible.

Nos reíamos a carcajadas mientras la batalla se intensificaba. En un momento, intenté escapar corriendo hacia el otro lado de la isla de la cocina, pero Liam adivinó mis intenciones y fue más rápido. Me agarró por detrás y Andrew aprovechó para lanzarme todavía más harina o azúcar; sinceramente, ya ni sabía qué demonios era.

Incluso atrapada, conseguí llenar la mano y restregársela en el pelo. Liam se echó a reír todavía más fuerte y, llevada por el momento, seguí haciéndolo aunque continuara sujetándome.

De repente, no sé cuál de los dos resbaló entre todo aquel desastre, pero Liam y yo acabamos cayendo al suelo, conmigo encima de él.

—¡Joder! —soltó entre risas y yo no tardé en acompañarlo.

Andrew, como si creyera que aquello había sido completamente intencionado, se acercó y saltó encima de mí, haciéndome quedar atrapada entre ambos como el relleno de un sándwich, Aumentando aún más la presión de mi cuerpo sobre el de Liam.

Agotada, ni siquiera intenté apartarme de él. Sobre todo porque seguía sujetándome y yo estaba ocupada sosteniendo a Andrew

para evitar que se cayera y se hiciera daño. Mi cabeza acabó apoyada sobre el torso de Liam, que respiraba tan agitado como nosotros sin dejar de reír.

—Me habéis pillado desprevenida —comenté todavía jadeando —. Eso no ha valido.

—Hemos ganado, ¿verdad, tío? —preguntó Andrew con aire victorioso mientras yo le revolvía el pelo blanco de harina.

—Sin ninguna duda, Drew.

La escena era un auténtico caos, pero también estaba llena de una ligereza que Liam y yo no compartíamos desde hacía años. Y Andrew, en medio de todo aquello, parecía más relajado de lo que jamás lo había visto. Estaba segura de que Mel no se lo creería cuando se lo contáramos.

De repente, sonó el timbre. Freddie ladró y me estremecí sobre el cuerpo de Liam. Poco a poco, recobré la consciencia y fui plenamente consciente de dónde estaba tumbada… con el culo perfectamente encajado entre sus piernas.

Abrí mucho los ojos, tragué saliva y aparté a Andrew con cuidado mientras intentaba ignorar que mi movimiento provocó que el depravado de mi vecino soltara un gemido por la forma en que rocé mi cadera contra él.

—¡Joder! —gruñó Liam y fue imposible evitar que mi rostro ardiera.

—¡Mira esa boca, tío! —lo reprendió Andrew.

El timbre volvió a sonar y Freddie ladró otra vez.

—¡Ya voy! —grité.

Me levanté rápidamente de encima de Liam y mis ojos se desviaron sin querer hacia su entrepierna, que parecía bastante más marcada que antes.

Joder… literalmente, vaya pedazo de polla…

Andrew corrió hacia Freddie y me obligué a salir del trance sacudiendo la cabeza antes de ir hacia la puerta mientras intentaba

quitarme el exceso de harina del pelo y de la cara. Liam se recolocaba la ropa mientras se levantaba.

—Dios mío, ¿cómo voy a abrirle la puerta a alguien con estas pintas? —murmuré para mí misma, sin tener ni idea de quién había subido sin avisar ni llamar antes al telefonillo.

Llegué hasta la entrada y, pese al desastre en el que me encontraba, seguía sintiendo la adrenalina de todo lo que acababa de pasar recorriendo mi cuerpo. Una sonrisa apareció en mis labios y abrí la puerta de golpe.

Abrí los ojos de par en par al encontrarme con dos figuras familiares frente a mí. Ambas me observaron de arriba abajo, completamente desconcertadas, y arquearon las cejas como si intentaran procesar lo que estaban viendo.

Mierda.

Sonreí avergonzada, me encogí de hombros y dije:

—Hola, mamá. Hola, Megan.

Las dos seguían allí, boquiabiertas ante la visión caótica del apartamento, antes de volver a mirarme a mí.

—¿Qué… está pasando aquí? —preguntó Megan con los ojos como platos.

Me miré a mí misma, luego a Liam y a Andrew, que ya se habían acercado, y solté una risa nerviosa.

—Hicimos un pastel… creo.

CAPÍTULO 10
CHLOE DAVIS

Me sentí incómoda por la insólita situación en la que nos habían pillado.

Abrí la puerta para que mi madre y mi hermana entraran y estaba segura de que me preguntarían quién era el hombre guapísimo que estaba conmigo en cuanto tuvieran oportunidad.

Liam levantó uno de los brazos y se rascó la cabeza, tan avergonzado como yo, lo que me reconfortó un poco al darme cuenta de que todavía le quedaba algo de vergüenza.

En cambio, Andrew observaba a las dos con desconfianza. Carraspeé y, en cuanto ambas estuvieron dentro de casa, decidí romper el ambiente tenso y presentarlos:

—Mamá, Megan, ellos son Liam, cuñado de Mel y mi vecino, y Andrew, el hijo de Mel.

Las dos sonrieron con amabilidad y saludaron a ambos, aunque sin besos ni abrazos, y no podía reprochárselo.

—¿Cómo está, señora Davis? Es un placer volver a verla —comentó Liam con aquella sonrisa encantadora en el rostro y, aunque estaba cubierto de harina, ni así conseguía verse feo.

—El placer es mío. Me alegra muchísimo ver que habéis vuelto a acercaros —comentó mi madre.

Él asintió y luego me miró por encima del hombro.

—Voy a ocuparme de esa cocina —explicó—. Andrew, ven a ayudarme.

—Pero yo no fui quien empezó… —protestó, haciendo que tuviera que contener la risa mientras Liam ponía los ojos en blanco.

—Pero ayudaste con el desastre, así que vamos —desvió la mirada hacia mi madre y mi hermana—. Con permiso.

—Ahora voy a ayudaros —informé, mirando a las dos, que seguían paralizadas en el sitio mientras repasaban a mi vecino de

arriba abajo.

Megan me miró con picardía en los ojos y se abanicó como si tuviera calor, diciendo en silencio:

Qué bueno está.

Puse los ojos en blanco, aunque tenía que admitir que en eso estaba completamente de acuerdo.

—No me avisasteis de que vendríais hoy… —comenté, confundida por la visita inesperada.

—Sí, lo decidimos a última hora. Estábamos arreglando algunas cosas de la boda por aquí cerca y aprovechamos para venir a verte —explicó Megan, y asentí.

—Vale. Poneos cómodas. Voy a ayudar con la cocina y a limpiarme un poco. Ahora vuelvo.

Las dos intercambiaron una mirada antes de asentir. Les di la espalda con el corazón acelerado por todo lo que acababa de pasar y nerviosa por tener a mi madre allí… junto a Liam.

En cuanto entré en la cocina, me di cuenta del auténtico caos en el que se había convertido todo. Liam estaba limpiando los utensilios mientras Andrew, a su manera, intentaba limpiar la isla subido a una silla.

Fui hasta la despensa, cogí una escoba y empecé a ayudarlos.



Después de que terminamos de organizar todo el desastre, los pasteles estuvieron listos y Liam llevó a Andrew a su apartamento para que se ducharan, mientras yo hacía lo mismo y podía presentarme adecuadamente ante mi madre y mi hermana.

En ese momento no me importó demasiado el caos que habíamos montado, pero al ver el trabajo que nos dio limpiarlo todo, me arrepentí amargamente y dejé claro mientras recogíamos:

—Nada de hacer pasteles las próximas veces, o será en tu apartamento.

Liam se echó a reír y respondió que era mejor comprarlos o pedirle a la cocinera que los hiciera, algo con lo que estuve totalmente de acuerdo.

En cuanto salí de la ducha, vi que el pastel de mi perro ya estaba listo y lo dejé enfriar para que Andrew pudiera dárselo.

Mi madre y mi hermana volvieron a reunirse conmigo en la cocina después de que todo quedara limpio y Megan, incapaz de aguantar más, empezó a contarme todo lo que había hecho con nuestra madre esa mañana con los últimos preparativos de la boda. Yo escuché atentamente y me alegró verla feliz, aunque seguía sintiendo un nudo en el estómago cada vez que pensaba en tener que soportar a toda la familia reunida preguntándome cuándo llegaría mi turno, cuándo tendría mi hijo y, peor aún, tener que aguantar a John durante cuatro largos días.

Solo de pensarlo me daban ganas de tirarme por el balcón.

Media hora después, sonó el timbre y Freddie ladró mientras corría hacia la puerta.

—Han vuelto. Voy a abrir.

No me pasó desapercibido que ambas intercambiaron otra mirada cómplice y tuve que respirar hondo, buscando una paciencia que claramente no tenía. Ya imaginaba lo que pasaba por aquellas cabecitas románticas y, para ser sincera, me sorprendía que todavía no me hubieran interrogado sobre Liam en cuanto tuvieron un momento a solas conmigo.

En cuanto abrí la puerta, me golpeó aquel perfume cítrico ya conocido y mis ojos se encontraron con los dos. Miré a Andrew, con el pelo limpio y ropa nueva, y luego a Liam, que intentaba contener la euforia de Freddie mientras el perro saltaba sobre él. Ni siquiera pudo notar el momento en que mis ojos recorrieron cada detalle de su cuerpo lleno de músculos definidos, marcados por la camiseta negra ajustada que llevaba y que dejaba muy poco a la imaginación.

Necesitaba acostarme con alguien, eso era un hecho, y solo eso explicaba la manera descarada en que estaba mirando a mi vecino en ese momento. No tenía absolutamente nada que ver con saber cuánto insistían sus amantes en dejar claro que el tipo debía de ser un dios nórdico entre cuatro paredes. Aunque la curiosidad me hubiera asaltado más veces de las que me gustaría reconocer.

Respiré hondo y me recompuse en cuanto sus ojos color almendra se encontraron con los míos.

—En serio, voy a buscarle una perra a tu perro —comentó en tono divertido, aunque algo me decía que realmente estaba considerando la idea.

—Tal vez lo ideal sería buscarle un perro, teniendo en cuenta que solo se comporta así contigo —lo provoqué, incapaz de resistirme.

—Tengo que admitir que quizá el sexo femenino no sea su tipo —comentó pensativo, y tuve que contener la risa.

—Ven, Freddie, deja un poco en paz al doctor depravado —solté y me recriminé al instante por haber dejado escapar el apodo antes de poder evitarlo.

—¿Doctor depravado, eh? —repitió con tono malicioso mientras arqueaba una ceja.

Me puse roja inmediatamente al caer en mi propia trampa.

—¿Eso es un elogio o una crítica? Porque algo me dice que no es precisamente una crítica, sobre todo teniendo en cuenta que has estado pensando en mi anatomía.

Bufé resignada y agradecí mentalmente que Andrew ya hubiera entrado junto a Freddie y no hubiera escuchado nada para luego ir a contárselo todo a Mel.

—Depravado no es exactamente un elogio, solo un hecho, si tenemos en cuenta tu historial como vecino —contraataqué.

Esta vez fue el doctor depravado quien puso los ojos en blanco, claramente poco satisfecho con mi comentario.

—¿Nunca vas a olvidar eso?

Celebré internamente porque, al parecer, había funcionado mi intento de reconducir la conversación y evitar que siguiera insinuando que aquello era un elogio. Porque no estaba ciega y él podía ser un gran depravado, pero era un depravado tremendamente bueno.

—Quizá algún día. —Me encogí de hombros y entré en el apartamento, seguida por mi vecino.

En cuanto entraron, mi madre observó a Liam de arriba abajo como si estuviera evaluándolo como mi futuro marido. Estaba absolutamente segura de ello. Parecía ser la misión de su vida casar bien a sus hijas, y ni siquiera tenía tanto que ver con el dinero, aunque considerara importante que encontráramos a alguien del mismo nivel económico que nosotros.

Pero sabía que, para ella, eso no era lo más importante en una relación. Después de todo, había tenido una vida humilde durante la adolescencia y mi padre siempre fue extremadamente rico. Se conocieron, se enamoraron y, aun en contra de la voluntad de mis abuelos paternos, se casaron. Con el tiempo, todo terminó bien cuando se dieron cuenta de que mi madre jamás había sido una mujer interesada.

—Ahora sí puedes saludarme como es debido, ¿no, doctor? —bromeó mi madre mientras se acercaba para darle un beso en la mejilla y un abrazo a mi vecino.

Con aquella sonrisa encantadora, Liam asintió y la abrazó con cariño, algo que me calentó el pecho porque siempre había sido así de afectuoso desde que lo conocí. Liam seguía siendo el mismo hombre de años atrás.

Quizá elegiste al hombre equivocado en aquella época. Mi subconsciente me reprendió y me irrité con solo pensarlo.

—Usted sigue tan hermosa como siempre, señora Davis.

Ella agitó una mano en el aire, como si le hubiera encantado el cumplido, aunque al mismo tiempo se avergonzara.

—¡Ay! No hace falta tanta formalidad entre nosotros. Con Charlotte está perfecto.

Él asintió sin borrar la sonrisa de su rostro.

—¿Y tú? Estás exactamente igual que hace más de diez años. Y me he enterado de que vas a casarte. El novio es un hombre con suerte —le guiñó un ojo y mi hermana prácticamente se derritió mientras abrazaba a Liam con evidente nostalgia.

—Liam, Liam… No has cambiado nada. Sigues siendo el mismo ligón de siempre.

Él se encogió de hombros.

—Es parte de mi encanto. —Me miró con aire burlón y me guiñó un ojo—. Mi vecina, por ejemplo, no puede resistirse a él. ¿Sabéis incluso cómo me llama? —provocó, y yo abrí los ojos de golpe.

Fui rápidamente hacia él, enredé mi brazo en el suyo y empecé a arrastrarlo.

—¿Vamos a tomar el café y a comer el pastel que hicimos? —cambié de tema antes de que ese bocazas siguiera diciendo tonterías y empeorara todavía más mi situación.

Mi madre y Megan se rieron con complicidad y era obvio que mi hermana no iba a dejar pasar aquello. Por eso no me sorprendió cuando, ya sentados a la mesa y empezando a comer el pastel, volvió al tema:

—Pero cuéntame, Liam, ¿cómo te llama Chloe? Me he quedado muy curiosa —la sonrisa en sus ojos dejaba claro cuánto disfrutaba provocándome.

Gruñí frustrada por mi enorme error de antes.

Liam me miró con aquella expresión de niño travieso y negué con la cabeza, casi suplicándole que no siguiera adelante con aquello. Pero, en cuanto abrió la boca para hablar, cerré los ojos, incapaz siquiera de imaginar cómo explicaría a Charlotte que aquello había sido solo una broma teniendo en cuenta el historial de depravación de mi vecino.

—Mejor no, eso es algo solo nuestro. ¿No es así, pimentito? —me dedicó aquella maldita sonrisa ladeada que pareció impactar

directamente en un punto sensible entre mis piernas, y sentí un alivio inmediato al darme cuenta de que me había salvado.

—Ay, eso no vale —protestó Megan con una mirada que dejaba claro que aquello no terminaría ahí y que yo estaba completamente jodida en cuanto nos quedáramos solas.

—¿Nuestro, eh? —preguntó mi madre, con las manos entrelazadas sobre la mesa y el cuerpo inclinado hacia mi vecino depravado, que resultó no ser tan bocazas después de todo—. ¿Cómo que nuestro?

—Es una forma de hablar, mamá… —desvié el tema y me metí un gran trozo de pastel en la boca, agradeciendo al cielo que hubiera quedado mejor de lo que esperaba. Aunque seguía prefiriendo el tradicional, lleno de gluten. ¡Qué se le va a hacer! Debería preocuparme más por mi salud, pero por ahora mi paladar seguía tomando las decisiones. Y eso era una auténtica tragedia.

—No cambies de tema, hija. Siempre huyes de estas conversaciones. Que yo sepa, ya no estás saliendo con aquel chico… ¿cómo se llamaba? —Miró a mi hermana, que respondió sin el menor remordimiento:

—¡Noah!

—Eso, Noah. Solo me enteré de que habíais roto porque tu hermana lo descubrió por casualidad, porque ni siquiera se lo contaste a ella.

Bufé frustrada mientras me encogía de hombros al ver que empezaban a sacar aquel tema mucho antes de lo que imaginaba y, encima, delante de Liam, lo que empeoraba toda la situación.

—Pensé que irías con él a la boda, pero cuando le pedí a Payton que me confirmara la lista de invitados, imagínate mi cara al descubrir que mi propia hermana no me había contado que estaba soltera.

—¡Otra vez! —recalcó mi madre, como si aquello fuera un crimen imperdonable.

Respiré hondo e intenté responder con toda la calma que no sentía:

—No tuve tiempo de contártelo, Megan, teniendo en cuenta que estaba enterrada en trabajo mientras a algunos les daba por hacer un viaje anticipado aunque todavía no fuera la luna de miel. Hay gente aquí que tiene que trabajar en lugar de pensar solo en el novio.

Ella arqueó una ceja, incrédula por lo que acababa de decirle y, sinceramente, era la pura verdad.

—Pero ya he vuelto al trabajo y dejé todo organizado. Además, contratamos al nuevo abogado, ya no vas a estar tan sobrecargada.

—Porque lo contraté en contra de tu voluntad, ¿verdad? —le recordé, y ella puso los ojos en blanco.

—Eso no importa.

—Claro que no. Lo importante ahora es saber con quién vas a ir a la boda —Charlotte, en pleno modo detective, miró a Liam en ese instante y sentí cómo todo mi cuerpo se congelaba mientras las piezas del rompecabezas empezaban a encajar demasiado rápido en la cabeza de mi madre—. ¿Acaso estáis juntos?

Megan la miró con curiosidad, esbozando una sonrisa ladeada, claramente emocionada con la mera posibilidad.

Negué con la cabeza mientras el silencio caía sobre la mesa durante unos segundos, como si mi voz hubiera desaparecido.

—Podrías ir con ella a la boda —sugirió Megan con brillo en los ojos y yo gruñí frustrada.

Sin embargo, justo cuando abrí la boca para dejar claro que no teníamos absolutamente nada, Liam habló primero:

—Por supuesto que voy a ir a tu boda, Megan. Después de todo, Chloe y yo estamos saliendo y muy enamorados. Jamás podría dejar sola a semejante mujerón y correr el riesgo de perderla por otro.

Todo pareció detenerse por un instante, como si el mundo entero se moviera en cámara lenta a mi alrededor.

Miré a cada una de las personas sentadas a la mesa. Andrew frunció el ceño, completamente confundido mientras seguía masticando el pastel con Freddie sentado a su lado. Mi madre abrió los ojos, sorprendida, aunque parecía haber recibido la mejor noticia de su vida, y Megan sonrió de oreja a oreja mientras yo sentía que acababa de caer en un caos imposible de arreglar.

Negué lentamente con la cabeza, todavía aturdida por lo que acababa de decir. Miré a Liam y él apartó la vista de mi madre y mi hermana para fijarla en mí con aquella maldita sonrisa llena de provocación. Como si quisiera reforzar la locura que acababa de soltar, levantó el brazo izquierdo, rodeó mis hombros y pegó nuestros cuerpos mientras dejaba un beso en mi sien, dejándome completamente paralizada.

—¿Verdad, cariño? —provocó.

Y fue ahí cuando finalmente reaccioné.

—¿Qué estás haciendo? —susurré mientras Megan soltaba un gritito emocionado y mi madre parecía encantada con la noticia.

—No discutas, solo sígueme el juego, pimentito.

—Estás loco. Definitivamente loco.

—¡Ay! Qué noticia tan maravillosa, cuñado. Ya puedo llamarte cuñado, ¿verdad? —preguntó mi hermana—. Nunca me gustó Noah, la verdad. Y, entre nosotras… te sacaste la lotería, hermanita.

Me tapé la cara con la mano, incapaz de creer en el lío en el que aquel payaso acababa de meterme.

—Agradezco el cumplido, cuñada —respondió Liam con ese tono provocador suyo en cuanto la llamó así.

—No sé si Chloe te lo comentó, pero la fiesta será dentro de dos semanas. Durará cuatro días: empieza el jueves y termina el domingo.

—Sí, me contó lo emocionada que está porque llegue el gran día. ¿Verdad, cariño? —seguía abrazándome y me dio un pequeño toque para que reaccionara. Aunque seguía aturdida, conseguí responder:

—Ajá.

—Perfecto. Ahora estoy seguro de que todo saldrá increíble. Nos encantará recibiros. Chloe, luego me confirmas si Bryan y Mel vienen esta semana para avisar al catering y preparar la habitación de ellos.

Asentí todavía sin reaccionar del todo a lo que acababa de pasar.

Megan siguió hablando sin parar sobre los preparativos de la boda junto a mi madre. Liam fingía una emoción que estaba segura de que no sentía y, para mi enorme alivio, ya no me abrazaba, porque seguía sin saber explicar qué había sentido con su cercania y la forma en que me había llamado cariño. Parecía irreal. Algo completamente inimaginable.

Andrew volvió a jugar con Freddie y agradecí silenciosamente que lo hiciera.

Unos minutos después, el móvil de Megan sonó. Era su prometido, que ya las esperaba abajo y, para mi total alivio, no pudo subir porque aún tenía que asistir a una cena de negocios.

Me levanté todavía aturdida y me despedí de ambas en automático.

—Hasta luego, Charlotte… o mejor dicho, ¡suegrita! —bromeó Liam, y quise morirme ahí mismo.

La sonrisa de mi madre se hizo aún más grande y respondió esperanzada:

—Ahora sí creo que mi nieto finalmente llegará.

Abrí los ojos de golpe, horrorizada por la velocidad a la que avanzaban sus pensamientos.

—Calma, suegrita. Una cosa a la vez, ¿no? —dijo Liam, y al menos en eso estábamos de acuerdo.

—Sobre todo porque usted sabe perfectamente lo que pienso al respecto —intervine por fin, y ella se encogió de hombros.

—La esperanza es lo último que se pierde.

Se acercó para abrazarme y luego se fue junto a Megan hacia el ascensor. En el mismo instante en que las puertas se cerraron, mis hombros se relajaron por puro alivio.

En cuanto entraron en el ascensor, cerré la puerta de golpe, miré a mi vecino con incredulidad mientras la rabia me recorría por dentro y solté todo lo que me estaba consumiendo por dentro:

—¿Cómo demonios se te ocurrió hacer algo así?

—¿Hacer qué, pimentito?

—Claro, para ti no es nada importante. Nunca te tomas nada en serio. Conviertes tu casa en un burdel, todo te parece una broma, no te importa meter a otras personas en una relación falsa como si fuera la cosa más normal del mundo —grité, con los nervios completamente desbordados.

—A ver, relájate. Deberías agradecerme que me diera cuenta enseguida de lo mucho que le molesta a tu familia que estés soltera y sin acompañante. Solo uní lo útil con lo agradable. Fui un genio, en realidad —respondió con una calma que yo estaba muy lejos de sentir.

—¿Un genio? ¡Eres un imbécil! No fuiste ningún genio, me jodiste la vida, eso es lo que hiciste. Mi madre ya debe de estar planeando nuestra boda, estoy segurísima. ¿Y luego cómo se supone que voy a decepcionarla sabiendo cuánto le gustas? Además, fingir que somos novios es tan adolescente como ridículo. No tenemos nada que ver. Nadie va a creerse esto.

Liam se quedó observándome con seriedad y, por un momento, pensé que quizá había exagerado. Pero aquello no era algo que pudiera decidir sin preguntarme primero.

—Mira, estás nerviosa, pero para mí esto es muy sencillo. Necesito aparentar estabilidad en el trabajo porque estoy compitiendo por un puesto muy importante y, sinceramente, ¿qué mejor forma de hacerlo que teniendo novia? Y tú necesitas un acompañante para la boda porque, si toda tu familia es tan entrometida como tu madre y tu hermana han demostrado en menos de una hora sentadas a esa mesa, ni quiero imaginar el

infierno que será esa boda para ti —argumentó, como si pudiera leerme la mente y supiera exactamente qué era lo que me aterrorizaba.

Pero la rabia seguía dominando cualquier tipo de razón en ese momento y no me importó.

—¿Así que necesitas una novia para el trabajo y decides resolverlo sin siquiera hablar conmigo? Estás completamente loco si crees que voy a formar parte de esto.

En ese momento, Freddie gimoteó, llamando nuestra atención. Cuando miramos hacia él, me sentí la peor persona del mundo.

Andrew estaba sentado en el suelo, con las manos tapándose los oídos y el cuerpo encogido, como si los gritos que acabábamos de darnos Liam y yo le estuvieran haciendo daño.

—Santa mierda, Andrew.

Liam me lanzó una mirada de reproche. Me encogí de hombros, sintiéndome la peor persona del mundo, y él corrió enseguida hacia su sobrino, mientras Freddie empujaba suavemente a su amigo con el hocico, intentando calmarlo.

—Andrew, perdóname. Me alteré… —intenté explicarle mientras Liam atraía a su sobrino hacia sus brazos y le susurraba algo al oído.

En cuanto Andrew dejó de taparse los oídos y se abrazó a él, respiré un poco más tranquila, aunque la culpa seguía aplastándome el pecho por haberle hecho daño. Había intentado evitar precisamente eso. Pensé en el ruido que podía hacer el pastel y procuré hacer todo lo posible para no perjudicarlo y, al final, quien terminó haciéndole daño fui yo misma.

Liam se levantó con él en brazos y la mirada de reojo que me lanzó dejó claro que realmente estaba enfadado conmigo. Era una mirada de reproche que jamás le había visto hasta ese momento.

Me acerqué a Andrew y le acaricié el pelo.

—Lo siento, Drew. Me enfadé con tu tío, pero no quería ponerte triste. ¿Me perdonas?

Él se acurrucó más contra el pecho de su tío, aunque asintió con la cabeza, todavía molesto.

Con el corazón encogido, Liam solo dijo, con aquella voz seria que muy pocas veces le había escuchado usar:

—Voy a llevarlo a mi apartamento. Luego hablamos.

Asentí sin saber qué decir ni qué hacer, aunque quizá de verdad fuera mejor que se lo llevara lejos de mí. Porque era evidente que no tenía la más mínima vocación para cuidar de ningún niño. Incluso cuando intentaba ser la tía divertida, conseguía hacerlo todo mal.

CAPÍTULO 11
CHLOE DAVIS

Tres días habían pasado desde que Andrew tuvo una crisis en mi casa y, desde entonces, no he dejado de sentirme una pésima persona, aunque no haya sido mi intención. No estoy acostumbrada a tener a un niño neurodivergente a mi lado todo el tiempo. Me puse nerviosa con Liam y quien terminó perjudicado fue Andrew.

Aquel día me pasé horas dudando si debía ir a buscarlos al apartamento de mi vecino o si sería una molestia. Cuando por fin reuní valor para hacer algo y fui hasta allí, toqué el timbre varias veces y no escuché ningún ruido, así que deduje que se habían marchado a casa de Andrew. Como él no solía dormir fuera, quizá Liam no quiso arriesgarse después de lo que pasó.

No lo sabía.

Volví a casa y le envié un mensaje a Liam, algo que hacía por primera vez en años, porque desde que nos reencontramos apenas hablábamos fuera de los momentos inevitables.

Le pregunté si Andrew estaba bien y le confesé que me había preocupado. También le dije que había ido a su apartamento y nadie me había abierto la puerta. Liam respondió poco después y me explicó que Andrew quiso irse y que no quiso obligarlo a quedarse, sobre todo porque ya consideraba un gran avance todo lo que había hecho durante el día y el hecho de haber conseguido apartarlo del ordenador durante tantas horas.

Aparentemente, no estaba enfadado conmigo, pero ni siquiera eso consiguió aliviar el peso que sentía en el pecho. Por eso, al día siguiente fui a casa de Bryan para desayunar con ellos. Como Liam tenía que trabajar el domingo, me quedé toda la tarde con Andrew. Me llevé el portátil, pero aun así pasamos un día agradable y, para mi completa sorpresa, no sentí aquella obsesión enfermiza por trabajar que normalmente me consumía.

Quizá fuera porque ya había contratado al nuevo abogado, Paul, para ayudarnos y gran parte de la carga de trabajo que me estaba asfixiando disminuyó.

Me sentí mucho más aliviada al comprobar que Andrew no parecía molesto conmigo. Al contrario, daba la impresión de que nada hubiera pasado, y eso consiguió quitarme un enorme peso de encima.

En cuanto Liam volvió del trabajo, se quedó con Drew y cené con ellos porque insistieron en que lo hiciera. Tampoco era un gran sacrificio, teniendo en cuenta que normalmente sobrevivía a base de comida congelada o cenas en restaurantes.

Aún no sabía cómo comportarme cerca de Liam después de la actuación que montó el sábado en mi casa. Desde entonces apenas coincidíamos y, cuando lo hacíamos, solía ser justo cuando yo dejaba de estar con Andrew para que él se quedara a dormir con su sobrino.

Todavía no habíamos tenido ocasión de hablar. Quizá Liam tuviera miedo de que volviera a perder los nervios delante de Andrew y quisiera evitar problemas. Y yo… yo simplemente seguía sin saber qué pensar de la inesperada propuesta del doctor depravado.

¿Cómo demonios podía considerar siquiera la posibilidad de tener una relación falsa con Liam?

En ese momento estaba sentada frente al ordenador, en mi despacho, dándole vueltas otra vez al asunto que no había dejado de atormentarme desde entonces.

Claro que restregarle a John que no estaba sola, tal y como a él le encantaría verme, además de tener compañía para no soportar a toda mi familia encima de mí recordándome una vez más que seguía soltera, sonaba mejor que pasar cuatro días completamente sola.

Negué con firmeza ante aquella absurda posibilidad.

¿Liam y yo? Jamás funcionaría. Encima terminaría siendo la cornuda de la historia, porque acostarnos juntos no era una opción y él nunca renunciaría a tener mujeres a su disposición, aunque

últimamente ya no me cruzara con ninguna en el pasillo ni tuviera que escuchar todas las barbaridades que el doctor depravado hacía entre cuatro paredes.

Y fue entonces cuando un pensamiento me golpeó de lleno.

¿Y si sugirió todo esto porque daba por hecho que acabaríamos acostándonos?

Solté una carcajada escandalosa, como si acabara de escuchar el mejor chiste del siglo. Jamás permitiría involucrarme con él en una relación falsa. Eso estaba lejísimos de hacerse realidad y, si Liam había sugerido aquello con esa intención, iba a escucharme.

En ese momento, mis pensamientos se interrumpieron cuando el móvil anunció la llegada de un mensaje. En cuanto vi la pantalla, sonreí al descubrir que era Mel.

¡Llegamos, pelirroja!
¿Cena esta noche para contarte cómo nos fue estos días?

Mi corazón dio un vuelco al darme cuenta de que Liam también estaría allí y que, tarde o temprano, tendríamos que hablar sobre aquel asunto pendiente.

Claro. Solo dime la hora.
Ya sabes que nunca cocino en casa. (Risas).

En cuanto respondí, intenté volver a concentrarme en el caso que estaba revisando, pero fue imposible. Solté un bufido resignado y apoyé la cabeza entre las manos, con los codos sobre el escritorio.

—¿Algún problema, jefecita? —preguntó Payton, y levanté la vista sin poder ocultar la frustración que me consumía—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

Negué enseguida.

—No es nada importante.

Ella miró por encima del hombro, como si dudara si decir algo o no, hasta que habló en voz baja:

—¿Y aquel problema con la boda? ¿Lo solucionaste o pensaste en lo que te sugerí?

Pensar que Liam me había propuesto básicamente lo mismo que Payton, con la diferencia de que no sería con un completo desconocido, sino con el atractivo vecino depravado.

Cuando estaba a punto de responderle y quizá contarle lo ocurrido, Megan entró en el despacho con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Pero mirad quiénes están aquí! —mi hermana parecía radiante por la cercanía del gran día. Rodeó los hombros de Payton con un brazo y soltó algo que jamás imaginé—. Payton, ¿sabías que Chloe empezó a salir con un bombón?

Mi asistente entrecerró los ojos, completamente confundida, y miró de Megan hacia mí como si se hubiera perdido una parte importante de la historia. Gruñí frustrada, sin saber qué demonios decir.

Y la bola de nieve no dejaba de crecer.

—¿Cómo que estás saliendo con alguien, jefecita? ¿Y ni siquiera se lo contaste a tu empleada favorita?

Antes de que me diera tiempo a responder, Megan volvió a intervenir con una emoción que solo conseguía ponerme más nerviosa.

—Está saliendo con el vecino buenísimo que tiene —mi hermana se abanicó con una sonrisa enorme—. En serio, sé perfectamente que eres preciosa y podrías tener al hombre que quisieras, hermanita, pero Liam es, sin duda, el más guapo con el que has estado…

Payton arqueó una ceja al darse cuenta de quién era el vecino con el que supuestamente había empezado a salir.

—Mmm… el vecino…

—Es algo reciente, no tuve tiempo de contárselo a nadie —corté rápidamente a Payton antes de que le hablara a Megan de todos los problemas que había tenido con él.

Y fue entonces cuando me di cuenta de que, sin querer, acababa de seguir alimentando la mentira en la que Liam nos había metido.

—¿No tuviste tiempo? ¿En serio es de esos? —insinuó Megan con malicia y puse los ojos en blanco.

—Ay, cállate ya —solté antes de terminar comprometiéndome todavía más con aquella mentira descarada que acababa de confirmar sin querer.

Payton y Megan intercambiaron una sonrisa cómplice y yo solo quería abrir un agujero en el suelo y desaparecer dentro.

¿En qué demonios me había metido?

—Si nos ponemos a analizar el historial del doctor…

—¡Vale! Basta ya, las dos. Tengo que trabajar, así que podéis volver a vuestras mesas porque ahora no es momento de hablar de esto —solté rápidamente para cortar a Payton antes de que dijera más de la cuenta.

Megan levantó las manos en señal de rendición, aunque sin borrar la sonrisa del rostro, mientras Payton me lanzaba una mirada burlona que dejaba claro que nuestra conversación no terminaría ahí.

En cuanto ambas salieron del despacho y Payton cerró la puerta, dejé caer el cuerpo contra la cómoda silla, agotada por todo lo que acababa de pasar.

—¿Pero qué demonios he hecho con mi vida? —me pregunté a mí misma.

Ahora ya no había vuelta atrás. Tendría que seguir adelante con aquella relación falsa, al menos hasta que terminara la boda. Claro que eso dependía de que Liam aceptara mis condiciones y, sobre todo, la principal de todas: mantener aquella polla que debía de ser gigantesca lo más lejos posible de mí.

Algo que no podía pasar bajo ninguna circunstancia.



Terminaba de arreglarme después de una larga ducha, sin saber cómo acercarme a mi querido vecino y decirle: entonces, acepto ser tu novia falsa, siempre y cuando mantengas tu enorme polla lejos de mí.

Respiré hondo y observé los vaqueros que se ajustaban perfectamente a mi cuerpo, junto con la camisa verde oliva que dejaba ver el inicio de mi generoso escote, aunque sin caer en lo exagerado. Me puse perfume y luego apliqué un poco de colorete, rímel y un pintalabios en tono nude. Eché mi largo cabello liso hacia un lado y miré a Freddie, que me observaba terminar de arreglarme.

—Entonces, ¿estoy guapa?

Como si realmente me respondiera, ladró moviendo la cola y yo hice una pequeña reverencia teatral en agradecimiento.

—Muchas gracias.

Cogí el bolso de mano, la cartera y las llaves del coche y estaba guardándolo todo cuando sonó el timbre. El pecho se me tensó al instante, dudando si sería quien imaginaba. Decidí llevar a Freddie hasta el balcón y lo dejé allí encerrado. Después regresé para abrir la puerta mientras escuchaba las protestas indignadas de mi perro.

En cuanto abrí, mis ojos se encontraron con Liam frente a mí. Llevaba una camisa azul marino, americana y pantalones de vestir en tono gris oscuro, y no pude negar que conseguía verse increíble de cualquier manera. Ya fuera en modo médico, con la bata que tantas veces le había visto usar, como un empresario serio vestido de traje o incluso en los momentos en que llevaba ropa sencilla, como el fin de semana pasado.

Tragué saliva al notar que sus intensos ojos también me recorrían lentamente de arriba abajo y el brillo en su mirada dejaba

claro que la visión le había gustado tanto como a mí la suya. Y, aunque me fastidiara admitirlo, aquello infló mi ego. Después de todo, ¿a quién no le gustaría sentirse admirada por un monumento como él?

—Hola —saludé, sin saber exactamente qué esperar de aquella visita inesperada.

—Hola, vecina —respondió con esa sonrisa ladeada que tanto me gustaba.

Un silencio extraño cayó entre nosotros y el único sonido que rompía el momento era Freddie ladrando en evidente protesta por haber sido encerrado justo cuando su persona favorita acababa de aparecer.

—Ya venía preparado para el ataque —bromeó.

—Imaginé que podías ser tú y quise evitarlo —expliqué. Tragué saliva y decidí decir de una vez aquello que llevaba atormentándome todo el día—. De hecho, quería hablar contigo...

Él asintió, se humedeció aquellos labios perfectos y volvió a clavar los ojos en los míos.

—Yo también. Pensé que podríamos ir juntos a casa de Bryan. Al fin y al cabo, somos vecinos; no veo sentido en ir en coches separados.

Y tenía razón. Si realmente íbamos a hacer aquello que había propuesto el otro día, quizá fuera mejor empezar a acostumbrarnos a pasar más tiempo juntos.

—Tienes razón —acepté, y Liam arqueó una ceja, claramente sorprendido.

—¿Así de fácil? ¿Sin discusión, sin preguntas ni nada? —me provocó con una sonrisa burlona y puse los ojos en blanco.

—Pues sí, así de fácil. Aunque, si quieres que discutamos por cualquier tontería, puedo hacerlo perfectamente.

Liam soltó una carcajada grave y agradable.

—No, gracias. Prefiero mantener la paz.

—Solo voy a soltar a Freddie.

Asintió y entró detrás de mí como si ya se sintiera en casa. Y, por alguna razón que no terminaba de entender, aquella sensación me gustó más de lo que debería.

Escuché la puerta cerrarse y me obligué a no mirar atrás. En cuanto solté a mi perro, salió disparado hacia la entrada del salón. Giré la cabeza esperando el inevitable ataque, pero, para mi sorpresa, Liam ya se había agachado, como si estuviera preparado para atraparlo y evitar que se lanzara sobre él y le ensuciara la ropa.

—Eh, tranquilo, grandullón. No me he ido a ninguna parte… —sujetó las patas delanteras de Freddie, que intentaba soltarse desesperado por abalanzarse sobre él.

Con paciencia, Liam empezó a acariciarle la cabeza y, poco a poco, Freddie se calmó hasta sentarse obedientemente a su lado.

—Lo has embrujado. No puede haber otra explicación…

La sonrisa de Liam se ensanchó todavía más.

—Forma parte de mi encanto —bromeó, acompañando la frase con su guiño habitual.

—¿Vamos? —cambié rápidamente de tema, sin saber cómo sacar la conversación que necesitábamos tener. Quizá después de la cena, cuando regresáramos, sería una buena oportunidad. Porque algo me decía que aquello que Liam quería hablar conmigo era exactamente lo mismo que yo también quería decirle.



La cena transcurrió tranquilamente. Mel y Bryan hablaron sobre algunos lugares que habían conocido durante los momentos en que no necesitaron trabajar.

Hannah también comentó emocionada sobre los sitios que visitó, aunque por su corta edad no supiera describirlos muy bien, y

enseñó el regalo que había elegido para su hermano, quien esbozó una pequeña sonrisa ante el gesto de su hermana.

—Todavía no puedo creer que consiguieran sacar a Andrew de los estudios para hacer un pastel —comentó Bryan, visiblemente orgulloso de lo que habíamos hecho.

—Sí, me sorprendió muchísimo —admitió Mel—. Yo consigo apartarlo de eso gracias a las terapias, así que entiende que en esos momentos tiene que dejar un poco de lado lo que le gusta para hacer las actividades. Pero, aun así, a veces sigue siendo complicado.

—En realidad, hicimos un trato, ¿verdad? —comentó Liam mirando a Andrew—. Él podía estudiar un poco y tener su clase de alemán, siempre y cuando después fuéramos a correr al parque. Nos encontramos con Chloe y le encantó Freddie…

—¿Quién era Freddie? —preguntó Bryan, confundido.

—El perro que adoptó y del que te hablé, ¿recuerdas? —explicó Mel, y él asintió.

—Sí, es un labrador que recogí de la calle. A Andrew le encantó —confirmé, y él me dedicó una pequeña sonrisa, como corroborando mis palabras.

—Exactamente. Así que, cuando Chloe sugirió que hiciéramos el pastel juntos, Andrew ni siquiera protestó porque sabía que volvería a ver a Fred.

—Por cierto, papá, me preguntaste qué quería para mi cumpleaños el mes que viene… —Andrew cambió de tema y tuve que contener una sonrisa al imaginar lo que iba a pedir.

Bryan pareció preverlo también, porque intercambió una mirada con Mel, Liam y conmigo antes de volver su atención hacia su hijo.

—Claro, hijo. ¿Y qué quieres?

—Un perro.

—¡Sí! —gritó Hannah emocionada.

—¿Por qué no me sorprende? —murmuró Bryan para sí mismo, y Liam soltó una carcajada.

—Me gustó el labrador, pero voy a investigar un poco y luego te confirmo.

Bryan arqueó una ceja con los brazos cruzados.

—Ya veremos. Primero quiero ver tus notas del colegio y entonces decidiré si lo mereces…

Andrew puso los ojos en blanco y se encogió de hombros, como si supiera perfectamente que eso no sería un problema para él.

Seguimos hablando de lo que habíamos hecho durante el fin de semana hasta que Liam recordó la invitación de mi hermana y comentó al respecto:

—Por cierto, me encontré con Charlotte y Megan el sábado, después de hacer el pastel, y pidió que confirmáramos si vamos para avisar al catering y al alojamiento.

—*Adolo* las bodas —comentó Hannah mientras peinaba el cabello de su muñeca, aunque era evidente que estaba pendiente de todo a su alrededor.

—Sí, era algo que iba a mencionar después. Liam dijo que irá —informé, aunque solo hablar del tema ya me revolvía el estómago.

—Sí, iremos. Bryan ya se organizó para eso, ¿verdad, amor? —Mel quiso confirmar mirando a su marido con brillo en los ojos.

Bryan le devolvió una sonrisa ladeada.

—Sí, podéis confirmar nuestra asistencia. Aunque creo que iremos solo el día de la boda, ¿te parece? Pasar cuatro días con Andrew en un lugar lleno de gente no creo que sea una buena idea.

Mel estuvo de acuerdo con Bryan y yo asentí.

—Perfecto. Al menos dejaré vuestra habitación reservada para que no tengáis que preocuparos por volver tarde después de la fiesta.

—Papá, mamá, ¿sabíais que el tío Liam y la tía Chloe están saliendo? —comentó Andrew con total naturalidad.

Abrí los ojos de golpe mientras mi vecino casi se atragantaba con el agua que estaba bebiendo.

En el mismo instante, Mel y Bryan nos miraron completamente sorprendidos y desconcertados por lo que acababan de escuchar.

—¿Cómo dices?

—¿¡Qué!? —exclamaron ambos al mismo tiempo, incrédulos.

Me encogí de hombros sin saber qué responder, teniendo en cuenta que se suponía que hablaríamos de aquello al volver a casa y ni siquiera sabía si podía contárselo a Mel.

Miré a Liam, que me sostuvo la mirada durante un segundo con esos ojos traviesos que dejaban claro que pensaba aprovecharse de la situación.

Acto seguido, miró a Bryan y Mel y, con una desfachatez impresionante, pasó el brazo derecho por mis hombros, pegándome a su cuerpo igual que había hecho en mi casa.

—Íbamos a contároslo después, pero la verdad es que todo aquel estrés en presencia de esta maravilla de hombre era amor. ¿Verdad, cariño? —preguntó con ironía, y me dieron unas ganas terribles de golpear esa cara absurdamente perfecta.

Voy a matar a mi vecino.

CAPÍTULO 12
CHLOE DAVIS

Me quedé inmóvil durante unos segundos, completamente desconcertada por la espontaneidad de Liam, algo que ya debería haber previsto considerando cómo actuó en mi casa delante de mi madre y mi hermana.

Mel sonreía, confundida, sin saber muy bien qué pensar mientras me observaba, como si esperara que confirmara la información.

Tragué saliva sin saber qué decir, porque odiaba mentirle a mi amiga, pero tampoco sabía hasta qué punto podía contarle la verdad. Liam había mencionado algo relacionado con su trabajo y, si él, siendo su cuñado y hermano, había decidido ocultarlo, quizá no fuera buena idea decir nada sin hablar antes con él. Mucho menos delante de Andrew, que, del mismo modo que había revelado nuestro supuesto noviazgo, también podía desmentirlo el día de la boda, y aquello sería una catástrofe monumental.

Por eso, en cuanto conseguí recuperarme del repentino cambio de tema y de todo lo que acababa de pasar, lo miré con la misma ironía que percibía en su tono burlón y respondí:

—No exageres, amor mío —me burlé, y aquella sonrisa ladeada volvió a aparecer en su rostro—. Al fin y al cabo, creo que sabes perfectamente todas las razones que me diste para estar estresada contigo, ¿no?

—Y ya te pedí perdón. De hecho, ¿sabéis qué hizo esta ingrata con las flores que le regalé? —preguntó mirando de Bryan a Mel.

Ambos seguían tan sorprendidos y desconcertados por el espectáculo que estábamos dando que simplemente negaron con la cabeza.

—¡Las tiró todas a la basura! —Aunque hablaba en tono juguetón, era evidente que aquello todavía le molestaba. De lo contrario, no habría sacado el tema.

Mel soltó una carcajada mientras yo me encogía de hombros como si no fuera para tanto. Cogí el vaso de zumo y bebí un largo trago para intentar ignorar el peso de su brazo todavía sobre mis hombros.

—Ella odia que le regalen flores. Creo que ya lo comenté alguna vez —recordó Mel, y asentí.

—Exactamente. Después de tantos años de amistad, era lo mínimo que deberías saber.

—Sigo intentando asimilar qué demonios nos perdimos en una semana para que el mayor mujeriego del Boston Trauma & Emergency Hospital decidiera empezar una relación con alguien que, hasta donde recuerdo, no soportaba estar ni en la misma habitación que él —comentó Bryan, pensativo.

—Ay, vamos, tampoco es para tanto. No es como si fuera incapaz de sentar cabeza con una mujer —se defendió Liam, y yo le lancé una mirada claramente escéptica.

—No recuerdo que hayas salido seriamente con nadie desde… —Bryan se arrepintió en el mismo instante en que empezó a hablar, pero, aun así, continuó a regañadientes— Mel…

La exnovia y ahora cuñada de mi supuesto novio abrió mucho los ojos ante el comentario de su marido y levantó las manos, dejando claro que ella no tenía nada que ver con aquello.

—Sabes perfectamente que empezó a salir conmigo solo para provocarte —replicó Mel, y Liam asintió.

—Exacto. Si no hubieras sido un capullo de mierda, nada de eso habría pasado. —Bryan endureció la expresión solo de recordar aquella época y agradecí internamente que la conversación hubiera cambiado de rumbo—. En fin, el caso es que, cuando quiero, puedo ser el mejor novio del planeta. ¿Verdad, Mel? —preguntó Liam buscando apoyo, y mi amiga asintió.

—Eso es verdad. Liam siempre fue un novio excelente.

Bryan la miró horrorizado por sus palabras y ella lo observó como si no hubiera dicho absolutamente nada raro. Esta vez,

quienes no pudimos contener la risa fuimos Liam y yo.

—¿En serio, Melissa? ¿Echas de menos salir con Liam? ¿También quieres cambiar de marido? —ironizó, claramente molesto.

Mi amiga puso los ojos en blanco con una sonrisa divertida, sujetó el rostro de Bryan entre las manos y le dio un beso suave en los labios.

—No hace falta que te pongas celoso, amor. Pero vamos a admitir algo: en la adolescencia fuiste un novio pésimo. Tu hermano era muchísimo mejor en ese papel.

Bryan se ablandó de inmediato ante sus caricias, aunque seguía siendo evidente que el tema le incomodaba.

—Pero lo importante es que terminaste convirtiéndote en un marido maravilloso.

Él suspiró frustrado y, después de otro beso entre ambos, Liam volvió a hablar. Estaba segura de que su hermano agradecía el cambio de tema.

—La cuestión es que soy un hombre de palabra y puedo demostrarle a todo el mundo que Liam Walker está muy lejos de ser solo el Doctor Depravado del que todos hablan.

Solté un gruñido al escuchar de nuevo el apodo que yo misma le había puesto, pero él continuó hablando como si todavía no estuviera satisfecho con avergonzarme.

—Seré un completo depravado solo contigo, cariño —dijo, acompañando la frase con aquel guiño suyo que afectaba directamente una zona de mi cuerpo que debería tener prohibido reaccionar ante él.

Me cubrí el rostro con una mano, sin saber qué decir o hacer para evitar empeorar aún más la situación en la que me había metido, y agradecí profundamente cuando Liam finalmente apartó el brazo de mis hombros y pude respirar tranquila otra vez.

Como si Mel hubiera percibido perfectamente mi desesperación, preguntó con un entusiasmo claramente fingido:

—¿Quién quiere postre?

En serio, adoraba a esa mujer. Sabía perfectamente que estaba a punto de perder la cabeza y decidió cambiar de tema para salvarme.



El resto de la cena transcurrió mejor de lo esperado, teniendo en cuenta cómo había estallado todo cuando salió a la luz la noticia de nuestro supuesto noviazgo.

Liam estaba realmente decidido a poner aquel plan en marcha sin siquiera haberlo hablado conmigo, y actuaba como si lleváramos meses saliendo y no apenas cinco días, cuando ni siquiera habíamos hablado de ese detalle.

A veces tenía la sensación de que Bryan sospechaba algo por la forma en que nos observaba. Parecía intrigado y llegué a preguntarme si aquella conexión de la que todos los gemelos hablaban era real, porque Bryan parecía darse cuenta perfectamente de que el caradura de su hermano había mentido descaradamente.

Otra cosa que tampoco me pasó desapercibida fue la mirada que Mel me lanzaba de vez en cuando, como si dejara claro que hablaríamos más tarde sobre aquello, lo que no hizo más que reafirmar la necesidad de resolver ese asunto aún hoy para saber si realmente tendría que mentir incluso a mi mejor amiga.

Por eso, aunque era pésima actuando —muy diferente de mi querido vecino—, intenté seguirle el juego. Y, aunque todavía no sabía explicar qué demonios me hacía sentir tener nuestras manos entrelazadas mientras nos despedíamos de todos, tampoco hice ningún intento por apartarme.

—Gracias por cuidar tan bien de mi hijo. Os estaré eternamente agradecido. Y podéis contar con nosotros cuando tengáis los vuestros —bromeó Bryan, y casi me da un infarto solo de imaginarlo.

—Eh, tranquilo, hermano. Una cosa cada vez. Además, tener hijos no está precisamente en mis planes.

—Yo decía exactamente lo mismo —replicó Bryan.

Respiré hondo intentando controlar las violentas palpitaciones de mi corazón.

—Puede que tengáis más cosas en común de las que imaginábamos —comentó Mel, pensativa, mirando de Liam a mí.

¿Liam tampoco quería ser padre?

No podía negar que aquel comentario me dejó pensando, aunque también era posible que simplemente no quisiera hijos ahora y no necesariamente para siempre, como me pasaba a mí.

Abracé a mi amiga para despedirme y, cuando me estrechó con fuerza, murmuró en voz baja:

—Después quiero que me cuentes todo esto como es debido, ¿eh?

Asentí cuando nos separamos, aunque mi sonrisa no llegó a los ojos.

—¿Almorzamos mañana? —preguntó, recordando que al día siguiente nos veríamos en la clínica.

—Sí, mañana almorzamos —confirmé, plenamente consciente de que, si me presionaba un poco, probablemente terminaría contándole toda la verdad.

Nos apartamos y Liam apoyó una mano en mi cintura. Y no sabría decir si era por el tiempo que llevaba sin sexo o simplemente por pura carencia afectiva, pero había una cosa de la que sí estaba completamente segura: aquel simple contacto bastó para estremecerme entera.

Guardé silencio durante todo el trayecto hacia el ascensor mientras su mano seguía firme sobre mi cintura. Aunque ya no hacía falta mantener el contacto, por algún motivo no la retiró. O quizá simplemente estaba demasiado acostumbrado a tocar mujeres como si fuera lo más natural del mundo.

Bajamos y solo apartó la mano cuando abrió la puerta del coche como un auténtico caballero. Me senté todavía aturdida por todo lo que había ocurrido durante los últimos días.

Encendió el motor y reconocí la canción al instante: **Don't Stop Me Now**, de su banda favorita. La habíamos escuchado de camino hasta allí y, evidentemente, volveríamos escuchándola también. Y tampoco tenía sentido quejarme considerando que me estaba llevando.

Permanecimos en silencio mientras la música llenaba el coche. Al parecer, me perdí tanto en mis pensamientos que ni siquiera noté que el coche seguía aparcado.

Fue entonces cuando giré el rostro hacia el Doctor Depravado y descubrí que me estaba observando como si esperara algo.

—¿Qué pasa? —pregunté al fin.

—Estoy esperando a que explotes —respondió tranquilamente, arqueando una ceja.

—Ya exploté el sábado. No pienso repetirlo.

—Eso sí que me sorprende —comentó, y tuve que contener las ganas de poner los ojos en blanco—. ¿Hablas en serio? ¿Vas a aceptar esto tan tranquila después de todo lo que me dijiste?

Me encogí de hombros sin saber exactamente qué responder.

—No, en serio. Si vamos a hacer esto, necesitamos saber por qué demonios nos interesa a los dos este acuerdo. Más que nada para no hacer nada que arruine nuestros planes. —Lo miré todavía dudando cuánto debía contarle—. Hablo en serio, pelirroja. Necesito que esto salga bien, pero no pienso meterme en algo así sin entender qué hizo que cambiaras de opinión. Tenemos que confiar el uno en el otro. De verdad.

Respiré hondo y asentí al darme cuenta de que tenía razón.

—Ya viste cómo es mi familia y lo mucho que les preocupa si tengo pareja o sigo soltera.

Él asintió y, aunque no debería haber sido tan difícil hablar de ello, me avergonzaba profundamente. Como si admitirlo confirmara

oficialmente el desastre absoluto que era mi vida amorosa mientras la suya parecía más activa que Wall Street.

—Así que sí… básicamente es eso. Ir sola a la boda de mi hermana sería una tortura. Estaba segura de que intentarían buscarme marido allí mismo y ahora que creen que tú eres mi novio —dije haciendo comillas con los dedos—, van a intentar convencerte de que te cases conmigo durante la boda. Puedes apostar lo que quieras.

Permanecimos en silencio unos segundos mientras Liam parecía procesar todo lo que acababa de contarle.

—Ya me di cuenta de que esto realmente es importante para tu madre. Por eso, cuando surgió la oportunidad, até cabos y entendí que era la mejor solución para los dos. —Lo miré confundida, todavía sin comprender qué ganaba él con todo aquello—. Perdón por no hablarlo antes contigo. Y, si de verdad no quieres seguir adelante con esto, lo entenderé. Podemos inventarnos cualquier excusa…

Negué inmediatamente con la cabeza y me sorprendió sentirme conmovida porque estuviera dispuesto a renunciar a toda aquella locura que acabábamos de empezar. Aunque, si éramos sinceros, ninguno de los dos había destacado jamás por tomar decisiones especialmente cuerdas juntos.

—También reaccioné fatal cuando sacaste el tema y Andrew acabó pagando las consecuencias —admití, todavía incómoda al recordar cómo había actuado—. Pero ¿y tú? ¿De verdad estás dispuesto a hacer esto solo por el trabajo? —quise confirmar.

Él asintió.

—Sí. —Inspiró hondo antes de continuar—. Como te dije, estoy compitiendo por un puesto importante como jefe de cirugía y tengo muchas posibilidades de conseguirlo, pero…

Vaciló unos segundos, como si dudara entre continuar o no.

—Ni se te ocurra dejarlo a medias —lo interrumpí—. Ahora vas a contármelo completo.

Aquella sonrisa ladeada volvió a aparecer, aunque esta vez parecía mezclada con algo muy parecido a la vergüenza, y eso llamó todavía más mi atención.

—¿Pero…? —insistí.

—Digamos que mi comportamiento dentro del hospital no era precisamente ejemplar, ya sabes… —indicó con la cabeza como si le costara pronunciarlo en voz alta.

Aunque sospechaba perfectamente a qué se refería, decidí no facilitarle las cosas.

—No, no lo sé. ¿Qué hacías exactamente en el hospital? —pregunté con una serenidad que jamás había tenido en mi vida, conteniéndome para no echarme a reír al verlo tan incómodo, algo rarísimo en él.

Liam puso los ojos en blanco, claramente frustrado.

—Joder, qué mujer eres… —bufó mientras se pasaba las manos por el pelo—. Digamos que me acostaba con alguna que otra mujer durante el horario laboral. Obviamente, cuando no había emergencias y todo estaba tranquilo, pero aun así la dirección terminó enterándose y dijeron que, si quería optar al puesto, tenía que mejorar mi conducta dentro del hospital.

Esta vez no pude aguantar más y estallé en carcajadas dentro del coche. Me tapé la boca intentando contener la risa, pero fue inútil. Me dolía el estómago de tanto reír y terminé con lágrimas en los ojos.

—¡Santa mierda! No puedo creer que, además de convertir tu casa en un motel, también hicieras lo mismo con el hospital.

Liam guardó silencio, completamente desconcertado, y, si hubiera sido otra persona, quizá hasta me habría dado pena. Pero, teniendo en cuenta todo lo que me había hecho sufrir durante meses, no tenía intención de ponérselo fácil.

—¡Ya paré, joder! Ahora soy un hombre decente. Ni siquiera recuerdo la última vez que me acosté con alguien —murmuró la última parte entre dientes, mientras seguía justificándose.

Poco a poco conseguí calmarme.

—¿Ya? ¿Ahora podemos hablar como dos adultos civilizados?

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está el adulto? —él me miró con total seriedad—. No te enfades conmigo, pero sigo sin poder creer que tuvieras el descaro de hacer eso en tu lugar de trabajo.

Y aquello solo consiguió hacerme sentir todavía peor, porque yo creía que su vida sexual ya era caótica considerando lo que escuchaba en su apartamento, pero la realidad resultaba muchísimo más grave.

Dios mío. Mi vida sexual acababa de parecer aún más patética en comparación.

Aqui está a revisão editorial com ajustes apenas pontuais de gramática, ortografia, pontuação e fluidez natural do espanhol, sem alterar estrutura, tom ou estilo:

—La culpa no es mía si ellas me invitaban a ir al cuarto del médico de guardia. Yo solo tenía dificultades para decir que no. —arqueé una ceja.

—¿Y ahora sí consigues mantenerte el pantalón puesto? Porque quiero dejar algo muy claro: si queremos que esto funcione, habrá reglas. Y una de las principales es que no pienso cargar con fama de cornuda por culpa de toda tu depravación —dije con firmeza.

—¿Reglas? ¿Por qué eso no me sorprende?

—Es eso o puedes buscarte a otra para toda esta locura —sentencié.

Su desagrado fue evidente, aunque no me contradijo.

—Está bien. ¿Qué reglas quieres que tengamos? —preguntó con burla, y le lancé una mirada furiosa.

—Hablo en serio, Liam. Si vamos a hacer esto, será bajo mis condiciones.

—Como ordene, doctora Davis. El Doctor Depravado, a su servicio —respondió con malicia y un guiño, y tuve que contener la risa ante la provocación, porque ahora el tema iba en serio.

—Perfecto. Primero: todo eso de depravado termina aquí. Nada de sexo en el hospital, ni en casa, ni en moteles, ni en el bosque, ni en cualquier lugar donde tu mente pervertida o tu pene salido quieran hacer de las suyas con alguna enfermera o con cualquier mujer que te interese.

Aquella sonrisa ladeada, cargada de pecado, volvió a aparecer en su rostro y mi pecho se desacompasó.

—¿De verdad te resulta tan difícil dejar de pensar o hablar de mi anatomía aunque sea una sola vez? —provocó.

Estuve a punto de lanzarle el zapato de tacón a esa sonrisa arrogante.

—Sí, es prácticamente imposible cuando mi reputación está en juego. Sobre todo si no eres capaz de mantener quieto a tu pequeño depravado mientras dure este acuerdo absurdo que se te ocurrió.

—Tú quieres matarme, no hay otra explicación. ¿Celibato por tiempo indefinido? —refunfuñó de mala gana.

Me limité a mirarlo, esperando que protestara más. Después de bufar y darse por vencido, murmuró:

—Está bien, joder. Me comportaré como un auténtico virgen. ¿Contenta?

—Sí, mucho mejor. —Respiré hondo y continué, levantando dos dedos entre nosotros—. Segundo: nada de sexo.

Él puso los ojos en blanco.

—Hablo en serio. No pienses que va a pasar algo entre nosotros, porque no ocurrirá. Eso queda completamente fuera de discusión. Nada de sexo bajo ninguna circunstancia.

—Teniendo en cuenta que la primera regla ya consiste en condenarme al celibato, imaginé que tu lado mojigato también nos impediría disfrutar de la mejor parte del acuerdo.

Me ruboricé con su comentario descarado y durante unos segundos hasta me quedé sin argumentos.

—¿De verdad pensaste que algo así pasaría entre nosotros? Ya habíamos acordado hace tiempo que arriesgar nuestra amistad por

sexo no valía la pena.

—Sí, pero antes era distinto. Ahora estaremos en una relación falsa. Y ya que estamos bajo la lluvia, lo lógico sería mojarnos —sugirió el Doctor Depravado con toda la malicia del mundo y su típico guiño—. ¿Lo pillas, no? Mojarnos. Se me da muy bien dejar mojadas a las mujeres.

Negué con la cabeza inmediatamente.

—Para ya con eso. Regla número tres: se acabaron las bromitas de doble sentido conmigo.

Aunque mi cuerpo había ardido entero con su comentario sobre dejarme mojada...

Concéntrate, Chloe. En las reglas. No en las porquerías que dice el Doctor Depravado.

—Este noviazgo va a ser aburridísimo así —se quejó, y fingí no escucharlo.

—Número cuatro: los besos solo en público y únicamente cuando sea estrictamente necesario.

—Venga ya. ¿Ni siquiera un besito? ¿Aquí y ahora? —preguntó con ese tono burlón que parecía diseñado exclusivamente para provocarme.

Tuve que contener una sonrisa. Debía de ser el propósito de su vida, porque no encontraba otra explicación para lo mucho que disfrutaba fastidiándome.

—Regla número cinco: nada de dormir juntos. No creo que haga falta, ni siquiera durante la boda. Mi familia es bastante tradicional con esas cosas y no aprueban ese tipo de comportamiento sin matrimonio, así que no tendremos problemas.

—¡Aburrido! ¡Aburrido! ¡Aburrido! Siento que estoy saliendo con alguien del siglo XIX.

—Liam, concéntrate.

—Lo digo en serio, pelirroja. Pensé que eras más liberal. Sé perfectamente que tuviste tu época de sexo sin compromiso y ahora conmigo aparecen mil y una reglas —protestó.

Por un segundo casi creí que realmente quería aquello.

—Eso quedó en el pasado. Y precisamente contigo es diferente, porque somos amigos. O al menos lo éramos. Tenemos una amistad que proteger.

—¿Conoces el término "amigos con derecho"? Porque nos vendría perfecto.

Fingí no oírlo y seguí adelante.

—Número seis: nada de apodos empalagosos fuera de redes sociales. Tampoco hace falta exagerar delante de los demás como hiciste hoy y el sábado, ¿verdad, cariño? —pregunté con ironía.

Esta vez fue él quien soltó una carcajada.

—Eso es fundamental delante de la gente. Tenemos que parecer perdidamente enamorados durante los próximos dos meses.

¿Dos meses? ¿De verdad iba a soportar durante dos meses a un hombre con el ego tan grande como lo que tenía entre las piernas? Bueno... tampoco tendríamos que pasar todo el tiempo juntos. Solo en las ocasiones necesarias.

—Perfecto. Entonces no es indefinido, como dijiste antes. Solo tengo que soportarte durante dos meses —constaté.

Él entrecerró los ojos.

—¿Soportarme? Creo que seré yo quien tenga que soportarte a ti, pelirroja.

Inspiré profundamente y volví al objetivo principal.

—Regla número siete: regalos solo simbólicos y con recibo. No hay necesidad de gastar dinero en esto, pero si en algún momento hace falta, tendrás que pasarme la factura para el correspondiente reembolso. Al fin y al cabo, esto es un acuerdo profesional.

—¿De verdad vas a recordar todas estas reglas mañana? Porque yo solo consigo acordarme de la principal, que casualmente también es la peor: no acostarme con nadie —gruñó la última parte como si estuviera siendo torturado.

—Soy abogada, Doctor Depravado. Mañana recibirás todo esto por escrito en tu correo electrónico. Regla número ocho: cualquiera puede terminar el contrato, siempre que tenga un motivo razonable, con cuarenta y ocho horas de antelación y cumpla con cualquier compromiso pendiente si no hay tiempo para encontrar un reemplazo.

—Lo que tú digas —murmuró Liam, bastante menos divertido.

—Y la última, pero quizá la más importante de todas.

—Más importante que prohibirme el sexo, lo dudo muchísimo.

Ignoré su comentario y hablé completamente en serio.

—Número nueve: prohibido enamorarse. Yo no voy a tener problemas con eso, pero aun así prefiero dejarlo claro...

—¿Hablas en serio? Tranquila, pelirroja, yo tampoco corro ese riesgo. Liam Walker no se enamora. Liam Walker solo folla increíble. Una pena que no vayas a disfrutar de este cuerpazo, porque entonces sí existiría el peligro de que esa última regla terminara haciéndose realidad.

Esta vez fui yo quien soltó una carcajada sonora.

—¡Tienes un ego insoportable!

—No es ego, pelirroja. Es la realidad.

Después de dedicarme otra de sus malditas sonrisas ladeadas, con guiño incluido, miró el retrovisor y puso el coche en marcha sin añadir nada más.

—Esperaré mañana tu contratochato.com en mi correo, doctora Davis.

Puse los ojos en blanco, irritada por la forma en que parecía no tomarse nada de lo que decía en serio, pero sobre todo porque había repetido más de una vez cuánto le apetecía que de verdad fuéramos amigos con derecho.

Lo cual era una completa locura, evidentemente.

Y aun así, aunque jamás admitiría algo así en voz alta, no podía negar que la idea resultaba peligrosamente tentadora.

Por eso me obligué a apartar la mirada de sus manos grandes sujetando el cambio con fuerza, de una forma absurdamente sexy, porque aquello no ayudaba en absoluto a todas las reglas que yo misma había creado.

Respiré hondo y forcé la vista hacia el frente.

Pues sí, Chloe. Parece que acabas de empezar a salir con el hombre más depravado de Boston. Guapo, increíblemente sexy, con fama de estar muy bien dotado —según dicen— y con demasiada experiencia. Probablemente todo lo que necesitabas para mejorar en la cama, considerando que cada vez parecía más evidente que el problema de mis antiguas relaciones siempre había sido que yo era pésima en el sexo.

Pero si él no fuera quien era, quizá todo sería distinto. Sin embargo, no podía mezclar nuestra amistad de años ni nuestro círculo de amigos por culpa del sexo.

Así que lo mejor sería conformarme con el juguete que tenía escondido en mi habitación durante los próximos dos meses… y después buscar a alguien que acabara de una vez con la sequía que llevaba encima.

CAPÍTULO 13
CHLOE DAVIS

Mi cabeza parecía a punto de estallar en cualquier momento. Me dolían los ojos y lo único que quería era irme a casa, pero antes tenía que hacerme un examen que había programado después de visitar a un neurólogo hacía un mes.

Me mandó hacer una batería de pruebas. Los análisis de sangre ya me los había hecho durante la semana y, al final de ese día, tendría que hacerme otros estudios para descubrir por qué sufría tantas migrañas en los últimos meses.

También necesitaba pedir cita con un oftalmólogo. Payton comentó que quizá el hecho de trabajar tantas horas frente al ordenador podía estar provocándolo, ya que forzaba demasiado la vista. Tenía sentido y, como nunca había necesitado gafas, ni siquiera lo había considerado. Ella quedó en encargarse de reservarme la consulta, algo que agradecí muchísimo.

En ese momento me obligaba a terminar un expediente que tenía que presentar a un cliente, pero mi concentración desaparecía cada pocos minutos por culpa de los mensajes que mi supuesto novio no dejaba de enviarme.

Todo empezó con un «buenos días, novia». al día siguiente de cerrar los términos de nuestro acuerdo. Yo respondí únicamente con un seco "buenos días". Después de eso, empezó a contarme absolutamente todo lo que ocurría en su trabajo y ya llevaba una semana haciéndolo. Resultaba hasta gracioso lo en serio que Liam parecía tomarse toda aquella locura.

Y, poco a poco, empezábamos a acercarnos cada vez más. Lo que antes parecía incómodo o forzado se volvía más natural cada día que pasaba.

Miré la pantalla del móvil y confirmé que, efectivamente, era otro mensaje suyo. Con la vista cansada después de tantas páginas leídas, suspiré, me levanté y me serví una taza de café para

espantar un poco el agotamiento que me consumía. Y sí, culpaba al doctor Depravado de todo eso, porque había empezado un turno la noche anterior que duraba casi veinticuatro horas y, en lugar de concentrarse en salvar vidas, se dedicaba a bombardearme a mensajes.

Claro que solo lo hacía cuando no estaba en cirugía ni atendiendo pacientes. Empezaba a entender su estrategia: como no podía acostarse con nadie en sus ratos libres, me escribía para ocupar el tiempo. El problema era que, poco a poco, me estaba acostumbrando a eso y, cuando pasaban varias horas sin saber de él, terminaba echándolo de menos.

Después de echarle azúcar al café, di un sorbo y cogí el móvil con una sonrisa, anticipando alguna barbaridad salida de la boca de Liam, algo que casi siempre conseguía hacerme reír. Eso era indiscutible.

Liam (doctor Depravado): Acabo de rechazar a una anestesista muy guapa
que me invitó a ir al cuarto de descanso.
Estás siendo muy mala conmigo al no cuidarme ni un poquito.

Puse los ojos en blanco al leer su mensaje, molesta por lo que acababa de contarme y, por alguna razón que no tenía sentido, no me gustó nada saber que otra mujer le había propuesto salir. Aunque, seguramente, solo era mi ego herido sintiéndose amenazado por el hecho de que él perfectamente podría acostarse con ella y dejarme como la novia cornuda, porque según me había contado, ya había empezado a decirle a todo el mundo que estaba saliendo conmigo.

Chloe: Pues dile que tu novia es celosa y que ya no estás disponible en el mercado.
Después me agradeces y me das un bonus del sueldo

astronómico que vas a cobrar.

La respuesta llegó enseguida, señal de que no estaba ocupado.

Liam (doctor Depravado): Hum… así que eres celosa, ¿pimentita?
Tienes razón, pero si tuviera una novia más comprometida y no me dejara abandonado en el cinco contra uno, no me importaría rechazar a nadie.
Aunque también podríamos haber ido a casa de la anestesista, ya que mi vecina es muy problemática y la última vez que llevé a alguien a mi apartamento tuvo la osadía de pegarle la boca a mi acompañante con cinta adhesiva.
¿Sabías que ya ni me mira a la cara?
Pimentita, pimentita… sabía que eras conflictiva, pero no tanto.

Me fue imposible no soltar una carcajada al leer sus mensajes y, para qué negarlo, me encantó saber que aquella chica ya no quería ni mirarlo. Me encogí de hombros con una sonrisa satisfecha.

Chloe: No se pierde de nada y mis oídos agradecen no tener que seguir escuchando
los gritos de las mujeres escandalosas que llevabas a tu apartamento.
Y sobre tu manera de aliviarte, sobrevivirás.
Nunca he oído hablar de nadie que haya muerto por masturbarse durante dos meses.

Liam (doctor Depravado): No puedo creer que hayas dicho masturbarse.
Ahora mismo mi mente perversa acaba de imaginar mil cosas

y no puedo evitar preguntarme si eres de las calladitas cuando se corren.

Me quedé boquiabierta con aquella pregunta. ¿En serio acababa de decirme eso? Sentí el rostro arder por culpa de la mente indecente de ese hombre.

Liam (doctor Depravado): No pongas esa cara de enfadada.
Aunque confieso que me encanta provocarte porque te ves aún más guapa cuando te irritas.
Pero, aunque imagino que no vas a responder, diría que sí, que eres de las silenciosas.
Nunca te escuché con ninguno de tus ex en momentos íntimos.

Negué con la cabeza y respondí sin más:

Chloe: Siento decepcionarte, pero eso es algo que nunca descubrirás.

Liam (doctor Depravado): ¿Ya te dije lo insoportable que eres?

Chloe: Sí, y ya te respondí que no me importa.
Sobre todo porque la insoportable aquí soy yo, pero también la que te está ayudando a conseguir el puesto que tanto quieres.

En ese momento, Payton llamó a la puerta y entró con una carpeta en la mano. Pareció satisfecha al ver que me había tomado un descanso, algo poco habitual en mí, y en cuanto notó mi sonrisa, la suya se ensanchó.

—Vaya, vaya… Un milagro. Entro en este despacho y, por primera vez, no te encuentro enterrada entre expedientes y el

ordenador.

Le señalé el café que tenía en la mano y, en cuanto dejó la carpeta sobre la mesa, vino hacia mí y se sirvió uno también.

—Solo paré cinco minutos. Siento que la cabeza va a explotarme. Ya vuelvo al trabajo —expliqué.

—Ya te he reservado la cita con el oftalmólogo. Y tu resonancia es hoy, ¿verdad?

Asentí mientras el móvil vibraba otra vez. Sabía que debía contenerme, pero la curiosidad pudo más y confirmé que era Liam de nuevo. Tuve que esforzarme por no sonreír.

—¿Es el novio? —preguntó Payton con diversión en sus ojos rasgados, y asentí.

—Estás diferente, ¿lo sabías? Y sinceramente todavía no entiendo cómo pasó todo eso, considerando que odiabas a tu vecino hasta hace unas semanas.

Tragué saliva y decidí repetir la misma versión que le había dado a Mel. Liam creyó mejor que no contáramos nada todavía, no por mi amiga ni por su hermano, sino porque él la conocía demasiado bien y sabía que terminarían comentándolo delante de los niños. Y controlar la lengua de los pequeños era mucho más difícil. En eso tuve que darle la razón.

Así que, aunque me moría por hablar con alguien, acepté su propuesta.

—Ya te lo dije. Después de explotar y decirle todo lo que me molestaba, empezamos a acercarnos otra vez y una cosa llevó a la otra.

Payton se mordió el labio inferior, pensativa, y se acercó como si fuera a contarme un secreto importante.

—¿Sabes quién preguntó hoy por ti?

La miré con curiosidad mientras llegaba otro mensaje, aunque me obligué a ignorarlo por el momento.

—¿Quién?

—El doctor Paul.

Fruncí el ceño, confundida.

—¿Cómo que preguntó por mí? ¿Qué quería saber?

—Si seguías soltera. Y es tan guapo… Si no estuvieras saliendo con Liam, sería una opción excelente. Además, cuando le dije que acababas de empezar una relación, juraría que se decepcionó.

Puse los ojos en blanco ante su comentario.

—Sabes perfectamente que no me involucro con nadie del trabajo. Y además, con mi historial, ya aprendí que ser guapo no significa ser fiel. Hoy prefiero a alguien leal antes que a un Brad Pitt.

—Eso es cierto, pero si estuviera contigo todo el día, tendría menos oportunidades de engañarte —replicó, y la miré sin entender.

—¿Intentas convencerme de dejar a Liam? —pregunté con ironía, aunque en realidad ni siquiera tuviéramos una relación de verdad.

Ella soltó una carcajada y negó enseguida.

—Claro que no, jefa. Liam debe de estar todavía más bueno, porque Bryan ya es increíble. Es hasta gracioso: cuando aparece en la clínica para recoger a Mel o llevarse a Andrew, todas las de recepción babean por él. Y perdóname, pero si Liam se parece a su hermano, estás muy bien acompañada. Espero que no dejes escapar semejante partidazo.

Me fue imposible contener la sonrisa que se extendió por mi rostro, aunque una punzada de decepción me atravesó al recordar que todo aquello era mentira.

Negué con la cabeza, molesta conmigo misma por pensar en eso.

¿Qué coño me pasaba?

—Sí, la verdad es que es muy guapo —admití, sorprendida conmigo misma, y por el silencio de Payton entendí que también la había dejado en shock.

Giré la cabeza hacia ella y su expresión dejaba claro que se estaba conteniendo alguna broma. Me terminé el café de un trago y me aparté.

—Bueno, ahora a trabajar, que dentro de poco tengo que salir.

—¡Sí, señora! —saludó llevándose una mano a la frente de forma exagerada y empezó a alejarse, pero, en cuanto abrió la puerta, se encontró de frente con Paul, que estaba a punto de llamar.

Él le dedicó una sonrisa amplia y fue entonces cuando me fijé mejor en él y confirmé que, efectivamente, era un auténtico deleite para la vista. Pero, aun así, no había sido esa la razón por la que lo contraté, sino su enorme experiencia y el hecho de haber ganado el setenta por ciento de sus casos. No podía dejar escapar una oportunidad así.

—¿Me das un minuto, doctora?

Asentí mientras volvía a sentarme frente al escritorio.

—Claro. ¿Ocurre algo?

Sus ojos azules, tan intensos como el océano, se clavaron en los míos. Luego se pasó una mano por el cabello castaño claro, despeinándolo un poco, y tuve que admitir que así se veía todavía más atractivo.

—Nada grave. Quería saber si tendrías disponibilidad para una reunión externa el viernes. Una clienta quiere reunirse con nosotros durante una cena y, como le recomendaron contratarte a ti, le gustaría que estuvieras presente.

—De acuerdo. ¿Quién es la clienta? —pregunté mientras abría mi agenda en el ordenador y, al mismo tiempo, añadí—: ¿A qué hora sería?

—A las siete de la tarde.

Asentí al comprobar que tenía libre esa franja.

—Perfecto, puedes confirmarlo. No tengo nada programado a esa hora. Luego solo pásame la dirección.

Él estuvo de acuerdo y, tras dedicarme una sonrisa discreta, salió del despacho. Lo observé alejarse unos segundos.

No había actuado conmigo de una forma que demostrara algún interés más allá del profesional. Todo aquello debía de haber sido imaginación de Payton y simple curiosidad por parte de Paul, algo completamente normal en un entorno de trabajo.

Volví a abrir el archivo que estaba revisando, pero recordé que todavía no le había respondido a mi doctor. Así que desbloqueé el móvil y vi que no había escrito nada importante, solo seguía provocándome, algo que parecía haberse convertido en su pasatiempo favorito. Y su último mensaje consiguió hacerme sonreír otra vez.

Liam (doctor Depravado): Debes haber vuelto al trabajo, pero para que

quede claro, no estoy desocupado, que seguro es lo que estás pensando.
Lo que pasa es que me ha entrado un sueño terrible y vine a tomarme

un café fuerte para despertarme antes de entrar en cirugía.

Aproveché para hablar contigo y espabilarme un poco.

Chloe: Deberías seguir mi consejo y echarle azúcar al café.
Suele dejar a la gente más despierta.

Liam (doctor Depravado): Ni de broma. Ya te dije que el azúcar es

veneno para el cuerpo.
Tú deberías seguir mi ejemplo y eliminarlo de tu vida.
Ahora sí, voy a dejarte trabajar, porque estoy a punto de entrar en cirugía.

No podía negar que me preocupó saber que tenía sueño y aun así iba a entrar a operar. Todavía le quedaban varias horas de turno; según me había dicho, saldría a las siete.

Chloe: ¿Pero ya se te pasó el sueño?
Vale, yo también voy a concentrarme porque hoy necesito salir antes. Tengo que hacerme unas pruebas.

Ni siquiera sabía por qué le había contado eso, pero envié el mensaje antes de pensarlo demasiado. Por eso no me sorprendió que su respuesta llegara enseguida.

Liam (doctor Depravado): ¿Pruebas de qué? ¿Te pasa algo?

Como imaginaba, se preocupó al instante. Ya había notado que Liam se tomaba muy en serio todo lo relacionado con la salud. A diferencia de mí, él era disciplinado con la comida, hacía ejercicio y, según me contó, casi nunca necesitaba tomar medicamentos. Era mi completo opuesto.

Chloe: No es nada grave, doctor.
Solo son muchos dolores de cabeza últimamente. Debe de ser migraña, nada más.

Liam (doctor Depravado): O algo de toda la basura que comes y te está sentando mal.
Ya te dije que te alimentas fatal. Necesitas mejorar eso urgentemente.
Pero, si quieres, luego puedo echarle un vistazo a tus resultados.

No podía negar que su preocupación me tocó más de lo que debería. No estaba acostumbrada a recibir ese tipo de atención de alguien que no fuera familia o Mel. Pero ya me había revisado antes

de que volviéramos a acercarnos y, como Liam pasaba gran parte del tiempo en el hospital, no quería cargarlo con mis problemas durante sus pocos momentos libres. Así que decidí tranquilizarlo.

Chloe: No te preocupes, no es nada importante.
Hasta luego, doctor (ya no tan) Depravado.

Sonreí al enviar el mensaje, porque, en teoría, ya no podía seguir siendo un depravado según nuestro nuevo «estatus sentimental». Volví a concentrarme en el informe y otro mensaje suyo apareció en la pantalla. Bastó leerlo para que mi sonrisa creciera todavía más mientras negaba con la cabeza, divertida por su comentario, que algo me decía que tenía bastante de verdad.

Liam (doctor Depravado): Ya te dije que no necesito renunciar al

puesto que tanto me costó conseguir.
Puedo ser un depravado solo contigo, pimentita.
Y de paso me sacas de este celibato forzado.

No respondí, porque tenía la sensación de que, si lo hacía, no íbamos a parar nunca. Algo que empezaba a ocurrir con demasiada frecuencia.

Aun así, no pude evitar pensar en sus palabras y preguntarme cuánto de aquella insistencia suya por tener una amistad con beneficios era real y cuánto era simple provocación. Que para alguien con una vida sexual tan activa aquello no debía de ser fácil, era evidente. Pero eso no significaba que debiéramos cruzar esa línea solo por deseo físico.

Sobre todo porque, por fin, volvíamos a parecernos al Liam y la Chloe de antes, recuperando una amistad que se fortalecía cada día más.

Y no sería justo poner todo eso en riesgo por unas cuantas noches de sexo, por muy increíble que probablemente fuera. Porque

algo dentro de mí me decía que lo sería. Pero no quería seguir pensando en ello. No iba a cambiar de opinión. Especialmente porque también sentía que involucrarme así con él podía afectarme mucho más de lo que estaba dispuesta a permitir.

Después de pasar dos horas más obligándome a revisar documentos, recogí mis cosas y me fui al laboratorio donde me harían las pruebas.

CAPÍTULO 14
CHLOE DAVIS

Después de llegar del examen, me sentía agotada y, encima, todavía era mitad de semana. Payton me invitó a tomar algo, cosa que normalmente no hacía entre semana, y hasta Paul me llamó para ir a comer una hamburguesa que le habían recomendado. No podía negar que estuve tentada, porque era una de mis comidas favoritas, aunque sabía que al menos durante la semana debería intentar controlarme un poco.

Pero, sinceramente, esta noche solo quería mi cama y nada más.

Quién diría que yo, Chloe Davis, la mujer más fiestera y callejera del planeta, ahora solo quería quedarse en casa descansando.

Si Mel supiera esto, seguro se moriría de risa, porque era completamente inesperado.

Otro motivo por el que decidí volver temprano fue mi perro desastre, que estaba tirado en el suelo con toda la tranquilidad del mundo, mordiendo un juguete asqueroso, lleno de baba, que Liam le había regalado.

Una sonrisa apareció en mi rostro al recordar la nueva táctica que había encontrado para evitar que Freddie se le lanzara encima. Hace unos días vino a visitarme — algo que empezaba a pasar más a menudo de lo que jamás imaginé— y, apenas abrí la puerta, Freddie corrió hacia él como siempre para abalanzarse sobre sus piernas. Pero Liam apretó un juguete de goma con forma de gallina que hacía un ruido insoportable y, aunque era irritante de cojones, su plan funcionó.

Freddie se quedó alerta al instante y dejó de prestarle atención por completo. Se sentó sobre las patas traseras y ya nada más importó aparte de la maldita gallina que Liam tenía en las manos. En cuanto la lanzó al aire, Freddie saltó detrás de ella, la atrapó con la

boca y empezó a mover la cola mientras el juguete chillaba sin parar. Entró corriendo en casa tan emocionado que prácticamente se olvidó de nosotros dos.

Recordé que después entramos en casa, estuvimos hablando un rato y, cuando vio que estaba viendo Prison Break, se sentó a mi lado y, con toda la confianza del mundo, apoyó las piernas encima de las mías, como si ya viviera allí. Y así se quedó durante dos episodios enteros, hasta que su busca sonó y tuvo que irse al hospital porque había surgido una emergencia con un paciente.

No podía negar que me decepcionó un poco su ausencia, lo cual era ridículo, porque nada de aquello tenía sentido.

Ya me había duchado y puesto un pijama cómodo, aunque nada indecente… por si alguien —o mejor dicho, mi vecino— aparecía. Era una camiseta ajustada de tirantes y un short corto de algodón. Había pensado en ponerme uno de mis babydolls favoritos, pero si Liam venía, podía parecer que estaba intentando provocarlo.

Decidí ver una película de suspense y terror que Megan me había recomendado y que me daba bastante curiosidad. Aunque, siendo sincera, lo que realmente quería era seguir viendo Prison Break. Pero se sentía raro hacerlo sin Liam allí. Se perdería capítulos y luego no entendería nada.

Solo porque vio algunos episodios contigo no significa que vaya a seguir haciéndolo. Mi subconsciente me atacó de inmediato y, por desgracia, tenía razón.

Me quedé dudando unos segundos sobre si continuar la serie o no. No sabía si una parte de mí seguía esperando a que apareciera Liam, aunque llevaba más de veinticuatro horas de guardia y seguramente llegaría agotado. O si simplemente debía dejar de comportarme como una idiota esperando a alguien que ni siquiera sabía si aparecería, solo porque había ido a verme los últimos días cuando no estaba trabajando.

Suspiré hondo y miré a Freddie.

—Cuando termine esta película, seguimos viendo la serie. No necesito comportarme como una novia, porque no somos novios.

Freddie ladró como si entendiera perfectamente lo que acababa de decir.

—Eso mismo. Dentro de un rato volvemos con el buenorro de Michael Scofield.

Puse la película en pausa un momento y fui a preparar palomitas. Freddie solo me observó y, cuando entendió lo que hacía, apoyó la cabeza sobre las patas delanteras, abrazando su gallina de goma, y cerró los ojos.

Cuando terminé, llené un bol y volví al sofá. La sala estaba oscura, iluminada únicamente por el brillo intermitente de la televisión. Me acomodé en una esquina del sofá, cubierta con una manta roja, coloqué el bol sobre mis piernas y le di play a la película, consiguiendo olvidarme durante un rato de todos los pensamientos que me atormentaban.

Tenía la vista clavada en la pantalla mientras la música de suspense aumentaba la tensión y la protagonista caminaba por un pasillo oscuro, como si cada paso anunciara que algo terrible estaba a punto de ocurrir. Contuve la respiración, con los ojos muy abiertos. Una sombra apareció al fondo de la escena.

—No entres ahí… —susurré, como si la protagonista pudiera escucharme.

El bol de palomitas tembló ligeramente entre mis manos.

Y entonces, justo en el momento más tenso de la escena, una mano tocó suavemente mi hombro y grité con todas mis fuerzas.

Las palomitas salieron volando por el aire como confeti de Año Nuevo, cayendo por el sofá y el suelo. Freddie despertó de un salto y empezó a ladrar desesperado mientras corría en círculos, como si intentara espantar su propio susto.

Fue entonces cuando una carcajada resonó por toda la sala oscura y descubrí quién era.

Y mi sangre hirvió.

—¡Santa mierda, Liam! ¿Qué coño te pasa? —lo insulté sin contenerme. Me llevé una mano al pecho, sintiendo el corazón

completamente desbocado y la respiración acelerada. —¿Estás loco?

Aquella sonrisa que, en ese instante, no me parecía nada bonita apareció en su rostro y, para mi completa sorpresa, todavía riéndose de mí, me atrajo hacia él y me abrazó, sujetando mi nuca contra su pecho firme, que olía a jabón y a su habitual perfume cítrico.

—Lo siento, pelirroja. Vi la puerta abierta y no pude resistirme cuando te vi tan concentrada viendo una película de terror.

Mi corazón dio un vuelco y culpé a la maldita película. Claro que todavía estaba alterada por el susto. Solo podía ser eso.

Respiré hondo y me obligué a separarme de él, porque estar tan cerca no parecía una buena idea. Los hombres que olían bien siempre habían sido mi debilidad y Liam, últimamente, empezaba a ser una mucho más peligrosa de lo que imaginaba.

—Qué gracioso eres —repliqué—. No tuvo ninguna gracia.

Se encogió de hombros y, como si estuviera en su propia casa, se dejó caer en el sofá y estiró las piernas sobre él.

Freddie pareció olvidarse enseguida del susto y corrió hacia Liam para saludarlo. Solo no se abalanzó sobre él porque el muy descarado ya tenía casi todo el cuerpo tumbado sobre el sofá. Solo los pies, todavía dentro de las zapatillas, quedaron fuera.

Fui a sentarme, pero como ocupaba medio sofá, le aparté las piernas sin ningún remordimiento y me acomodé a su lado, con una extraña y agradable sensación por el hecho de que hubiera venido.

—No te enfades, pelirroja. Vine a traerte esto.

Me detuve y miré el pequeño frasco de vidrio que me tendía. No entendía qué era. Debió notar mi expresión de confusión porque enseguida explicó:

—Es aceite esencial de menta. Va genial para migrañas y dolores de cabeza.

Me quedé callada unos segundos, sin saber qué responder. Y, siendo sincera, bastante conmovida por que se hubiera preocupado por mí hasta el punto de traerme algo para aliviar mis crisis.

—Vaya… gracias. Pero habíamos quedado en que no habría regalos, ¿no? —recordé, intentando no sonar insoportable.

Después de todo lo que había vivido, me costaba mucho bajar la guardia.

—Relájate, pimentita. No pagué nada. Me lo dieron gratis en el hospital unos proveedores.

Miré el frasco y no vi ninguna etiqueta que indicara que fuera una muestra gratuita, pero preferí creerle.

—Bueno… entonces está bien. ¿Cómo se usa?

Después de explicarme cómo debía usarlo, decidí probarlo en ese mismo instante. Dejé caer dos gotas en la palma de mi mano, las froté y acerqué ambas manos al rostro para inhalar el fuerte aroma a menta.

Empecé a toser por la intensidad del olor, lo que provocó otra carcajada de Liam.

—Es normal al principio. Luego te acostumbras.

Asentí y volví a inhalar. Y, efectivamente, poco a poco el aroma empezó a parecerme más agradable.

—Gracias. Lo usaré la próxima vez que me dé una crisis.

—Doctor Depravado, a tu servicio —bromeó con esa sonrisa traviesa.

Le empujé el hombro con una mano mientras mordía mi labio inferior, sintiendo algo extraño en el pecho por toda aquella cercanía que cada vez se volvía más natural entre nosotros.

—Nunca vas a olvidar ese apodo, ¿verdad?

Negó sin perder la sonrisa.

—Sería demasiado aburrido. Y, sinceramente, creo que me queda bastante bien. Aunque el depravado esté temporalmente fuera de servicio.

—Pobrecito. Igual así empiezas a hacer otras cosas además de follar como un conejo —lo provoqué.

—Ni me lo digas. Hoy hice cincuenta flexiones en uno de los descansos para distraer mi mente pervertida.

Su confesión me tomó completamente desprevenida y no pude evitar preguntarme si realmente tenía tanto deseo acumulado como para llegar a ese punto solo para no imaginarse quitándole la ropa a sus compañeras de trabajo. Y, solo de pensarlo, un amargor extraño invadió mi boca.

Sin embargo, imágenes de Liam sin camiseta —algo que ya había visto más de una vez— invadieron mi mente. Sus músculos definidos, los tatuajes recorriendo sus brazos y parte de la espalda, las venas marcándose mientras hacía flexiones y el sudor deslizándose lentamente por su piel bronceada de una manera absurdamente seductora.

—Pelirroja, si sigues mirándome así, voy a mandar una de las reglas a la mierda y voy a follarte bien rico aquí mismo, en este sofá.

Sus palabras vulgares me sacaron de golpe de mis pensamientos y me di cuenta de que estaba mirando sus brazos marcados bajo aquella camiseta blanca de manga corta. Aparté la vista rápidamente, avergonzada por haber sido descubierta mientras divagaba sobre el cuerpazo del doctor. Pero, por más rápido que desvié los ojos, no fue suficiente para evitar notar que llevaba ese pantalón de tela fina y cómoda que dejaba muy poco a la imaginación, sobre todo cuando tuve la impresión de ver cierto bulto destacando debajo. Aunque no pude comprobarlo mejor, porque, de lo contrario, él se daría cuenta y yo estaría perdida.

—Deja de decir tonterías. Solo estaba distraída, ni siquiera te estaba mirando exactamente a ti —mentí descaradamente.

—Claro. Tú finges que me engañas y yo finjo que te creo.

Puse los ojos en blanco y decidí levantarme para recoger el desastre de palomitas que había hecho, así tendría algo con lo que distraer mi mente fértil y depravada. Empezaba a creer que convivir tanto con él me estaba dejando igual.

—Pensé que hoy veríamos Prison Break —comentó mientras se levantaba y caminaba hacia la cocina.

Mis ojos traicioneros siguieron su cuerpo esbelto y tonificado y descendieron hasta su trasero firme. No pude evitar admirar lo redondo y perfecto que se veía, algo que aquel pantalón parecía resaltar incluso sin tocarlo.

Me obligué a bajar la vista y seguir recogiendo las palomitas mientras me reprendía mentalmente.

¿Qué mierda me estaba pasando? Sentía que me estaba subiendo por las paredes.

Escuché ruido procedente de la cocina y me di cuenta de que estaba preparando más palomitas. Fue imposible evitar que una sonrisa apareciera en mi rostro. Como lo conocía bien, seguro se sintió mal por haber tirado todas y decidió hacer más. Además, era una de las pocas cosas que no le molestaba comer, siempre y cuando no tuvieran demasiada sal.

—Y yo imaginé que ibas a dormir, después de todo, ¿cuántas horas trabajaste hoy?

—Veintiocho —respondió desde la cocina—. Pero dormí una hora cuando el hospital se tranquilizó un poco.

—No sé cómo aguantas. En serio. Y mira que me encanta trabajar y siempre me quedo hasta tarde; de hecho, he intentado bajar el ritmo por culpa de los dolores de cabeza, a ver si mejoran. Paso demasiadas horas delante de pantallas y leyendo. Pero jamás podría trabajar veinticuatro horas seguidas.

Me senté en el sofá, con las piernas hacia un lado, y sonreí cuando Liam apareció con otro bol de palomitas.

—Aww, gracias. Así hasta pareces un príncipe y no un depravado —bromeé.

Su sonrisa ladeada apareció enseguida y sus ojos descendieron lentamente por mis piernas descubiertas bajo el short.

—Bonitas piernas, pelirroja.

Se sentó a mi lado y empezó a comer palomitas conmigo. Intenté no prestar demasiada atención a las veces que nuestras manos se rozaban ni a lo que aquello me hacía sentir.

Son solo manos, Chloe. Deja de fantasear tanto.

Respiré hondo y él volvió a hablar mientras ponía Prison Break.

—Y para tu información, puedo ser un depravado y un príncipe al mismo tiempo. Forma parte de mis muchas cualidades como novio. —me guiñó un ojo y no pude evitar sonreír un poco.

—Por cómo fuiste con Mel en el pasado, sé que serías un buen novio de verdad. Solo te falta encontrar a alguien que conquiste ese corazón depravado tuyo —solté antes siquiera de pensar lo que estaba diciendo.

—Espera, ¿eso fue un elogio de Chloe Davis? —me provocó mientras comenzaba el episodio.

Puse los ojos en blanco.

—Vamos, tampoco soy una bruja. Sé reconocer todo lo que hiciste por ella en el pasado, algo que tu hermano no hacía.

Él se encogió de hombros y, después de masticar, respondió:

—Bryan sí era un idiota, pero era más por inmadurez. A su manera, siempre defendió a Mel… solo que nunca delante de ella. Y además, yo habría hecho eso por cualquiera.

Saber que habría hecho todo aquello por cualquier persona solo consiguió que mi admiración por él aumentara todavía más. Liam era una gran persona y, si no fuéramos amigos y él no fuera un completo sinvergüenza depravado, también sería un partidazo.

Qué pena.

—Hmm, antes de que nos quedemos atrapados en la serie y se me olvide… Tengo un evento importante dentro de un mes, en un hotel de Nueva York. Solo irán algunos cargos importantes del hospital y podemos llevar acompañante. Así que dije que llevaría a mi novia —informó con esa sonrisa de lado tan típica en él.

Me mordí el labio, inquieta al pensar en acompañarlo oficialmente como su novia. Sabía que tarde o temprano tendríamos que hacerlo, pero imaginarlo tocándome todo el tiempo, tomándome de la mano o incluso besándome, me provocaba un revoloteo absurdo en el estómago.

—¿Todo bien?

Giré la cabeza hacia él y descubrí que me observaba atentamente. Entonces me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo en silencio.

—Sí, claro. Solo pásame la fecha y el código de vestimenta para organizarme con el trabajo.

Tuve la impresión de que sus hombros se relajaban y volvimos a centrarnos en la serie mientras terminábamos las palomitas.

En un momento dado, después de comer, Liam empezó a bostezar. Parecía que el sueño finalmente estaba haciendo acto de presencia.

—Déjame acostarme ahí —dijo, y me dio una palmada en una de las piernas.

Solté un grito más por el susto que por el ardor, aunque la marca rojiza que apareció en mi piel blanca hizo que me pusiera roja al instante.

—Joder, perdón. Aunque admito que me encanta dejar marcas en la piel.

—Dios mío, eres un depravado las veinticuatro horas del día. Incluso cuando tienes sueño.

Un hoyuelo apareció en una de sus mejillas cuando sonrió de lado.

—Tú no sabes nada, pelirroja. Qué pena que no quieras dejarme demostrártelo.

Y sí, era una pena. Tuve que admitirlo.

Respiré frustrada, pero no dije nada. Entonces comenzó a acomodarse en el sofá, apoyó la cabeza sobre mi regazo y dejó una mano sobre mi pierna. Tuve que tensar el cuerpo entero para no estremecerme solo por el contacto.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, completamente atónita por la cercanía de su mano con mi intimidad, ya que la había dejado sobre mi muslo desnudo por culpa del short corto.

—Acostándome, obviamente. Ya que no quieres darme lo que realmente quiero, al menos hazme mimos mientras vemos la serie. Estoy agotado, no te preocupes, mi mano se va a portar bien. Solo la puse ahí para apoyar la cara —explicó, intentando sonar relajado y como si aquello no tuviera segundas intenciones.

Pero su mano caliente sobre mi pierna, sumada a todos los pensamientos indecentes que me habían invadido hacía un rato y a sus provocaciones —que empezaba a sospechar que no eran solo bromas—, hacían que aquello se sintiera demasiado peligroso como para considerarlo inocente.

Inspiré y exhalé lentamente, intentando controlar las necesidades y el deseo que parecían despertar cada vez más dentro de mí.

De verdad necesitaba acostarme con alguien. Joder, debería haberlo hecho antes de aceptar esta mierda de propuesta. Ahora estaría mucho más controlada.

—¿Y mi masaje en el pelo, pimentita?

Miré su cabello oscuro, suave y sedoso. Llevé los dedos hasta él y empecé a acariciarlo mientras me obligaba a prestar atención a la serie.

—Haces unos mimos increíbles, ¿lo sabías? Hasta que no está tan mal tener novia… aunque sea de mentira —admitió con voz somnolienta, y una sonrisa apareció en mi rostro.

De vez en cuando apartaba la mirada del guapísimo actor de la serie para mirar al hombre absurdamente atractivo que dormía sobre mi regazo y en mi sofá. Ya tenía los ojos cerrados y parecía profundamente dormido. Podría haber dejado de acariciarle el cabello hacía rato, pero no lo hice.

Se veía agotado y completamente ajeno al mundo. Observé sus labios, perfectos y aparentemente suaves. Humedecí los míos, tentada a tocarlos y, sin poder resistirme, llevé los dedos hasta ellos. Recorrí lentamente su contorno y comprobé que eran tan suaves como imaginaba. Después acaricié la línea de su barba

perfectamente recortada, la que le daba ese aire de chico malo que siempre había tenido.

Sentí una presión extraña en el pecho, una sensación que no lograba reconocer y, tras respirar hondo, me obligué a terminar el episodio antes de irme a dormir. Pero mientras tanto seguí acariciándole el cabello, exactamente como él había dicho que le gustaba, con una satisfacción abrumadora llenándome el pecho por tenerlo allí, a mi lado.

Cuando el episodio terminó, miré a Liam, que seguía profundamente dormido. Sentí el corazón encogerse al pensar en despertarlo para que se fuera. Así que sostuve su cabeza con cuidado y, con la otra mano, agarré un cojín que había llevado al sofá para acomodarme mejor mientras veía la serie. Lo levanté despacio y cambié mis piernas por el cojín, satisfecha al comprobar que ni siquiera se movió.

Fui hasta mi habitación, cogí otra manta —la que tenía encima era demasiado pequeña—, le quité las zapatillas con delicadeza y lo tapé.

Me mordí el labio, todavía incapaz de dejar de admirar semejante belleza. Me agaché y acaricié su rostro con las yemas de los dedos y, con una sonrisa suave en los labios, hice lo impensable al mirar esa boca que parecía una auténtica tentación.

Me acerqué despacio y rocé sus labios con los míos.

El beso fue casto y rápido, algo que sabía perfectamente que no debería haber hecho. Pero me obligué a pensar que quizá sería la única oportunidad que tendría.

—Buenas noches, doctor Depravado —susurré en voz baja.

CAPÍTULO 15
CHLOE DAVIS

Me despertó un delicioso olor a café que había invadido mi habitación, mientras tenía la impresión de escuchar a mi vecino e invasor de casas hablando con mi perro. Miré el reloj y noté que ya eran casi las ocho. Salté de la cama al darme cuenta de que llegaría tarde al trabajo por haber dormido demasiado.

Agradecí que mi habitación tuviera baño privado y que Liam no estuviera obligado a verme con la cara hinchada mientras corría al baño para arreglarme.

Escogí un vestido de corte formal en tono verde oliva que resaltaba mis ojos y marcaba bien mi silueta, aunque sin resultar indecente.

Cuando intenté cerrar la cremallera de la espalda, sentí que se había atascado y solté un gruñido frustrado.

—No puede ser… —me quejé para mí misma.

Respiré hondo e intenté moverla otras dos veces, sin éxito. Traté de mantener la calma mientras evitaba mirar el reloj cada minuto. Decidí peinarme, ponerme los pendientes y los anillos que solía usar y maquillarme.

Me puse los stilettos negros de cualquier manera y volví a intentar subir la cremallera. Miré el armario y pensé en cambiarme de vestido, pero no podía ni abrir ni cerrar aquella maldita cremallera.

—Al menos comes menos basura que tu madre. Eso es, campeón. La manzana ayuda a limpiar los dientes —escuché decir a Liam desde fuera.

Freddie ladró como si estuviera de acuerdo y traté de ignorar aquella indirecta lanzada a mis espaldas. Además, ¿de dónde había sacado una manzana si no recordaba haber comprado ninguna?

La fruta no era algo habitual en mi casa. Compraba zumos ya preparados, a veces esas frutas cortadas del supermercado… ¿ensalada? Solo cuando comía fuera o dentro de los enormes sándwiches que consumía más a menudo de lo que debería.

Me mordí el labio y observé el vestido, con aquel escote en U que apenas dejaba ver el inicio de mi pecho. Entendí que no tenía muchas opciones aparte de pedirle ayuda al doctor Depravado.

Me miré al espejo mientras los recuerdos de lo que había hecho la noche anterior, cuando él dormía y yo lo besé, invadían mi cabeza.

—Tranquila, Chloe. Solo fue un beso rápido y él estaba dormido. No es como si pudiera descubrirlo. No fue para tanto —me repetí en voz baja, llevando los dedos hasta mis labios.

Sentí un cosquilleo en el estómago solo al recordarlo y negué con la cabeza, obligándome a dejar de pensar en eso. Llegaba tarde y tenía una reunión a las nueve en el despacho.

Miré mi espalda y vi que la cremallera se había atascado un poco por encima de la cadera. Tragué saliva, respiré hondo y salí prácticamente lista hasta la puerta de mi habitación.

—¿Liam? —lo llamé, mientras el olor a café se intensificaba.

—¿Ya despertó la bella durmiente? —preguntó mientras se acercaba.

Noté que seguía usando la misma ropa de la noche anterior, aunque estaba descalzo, y no podía negar que la imagen resultaba condenadamente sexy. Aquellos pantalones caían perfectos sobre sus caderas, todavía más a plena luz del día.

Sus ojos color avellana se encontraron con los míos mientras avanzaba con una taza de café en la mano. Después de recorrerme de arriba abajo, comentó con una sonrisa burlona:

—No puedo creer que me haya perdido verte despertar con el pelo como una leona.

Puse los ojos en blanco, aunque no dejé de notar lo increíblemente atractivo que se veía con el cabello despeinado.

Concéntrate, Chloe. La cremallera, ¿recuerdas?

Me aclaré la garganta y traté de actuar con normalidad.

—Necesito tu ayuda.

Él arqueó una ceja, sorprendido de que le pidiera algo así, algo nada habitual en mí, y me ruboricé por lo que estaba a punto de pedirle.

Son solo mis espalda, Chloe. No es como si fuera a verte desnuda.

—La cremallera se atascó. Necesito cerrarla o abrirla, pero no consigo hacer ninguna de las dos cosas —expliqué.

—Vale. Déjame intentar cerrarla —respondió con naturalidad.

Entré en mi habitación sujetando la parte trasera del vestido para no dejar la espalda completamente expuesta, más nerviosa de lo que recordaba haberme sentido delante de un hombre. Y, siendo sincera, jamás había tenido problemas para mostrar mi cuerpo.

¿Qué demonios me estaba pasando?

Me coloqué frente al espejo y, a través del reflejo, fui incapaz de apartar la vista de Liam detrás de mí, con sus casi veinte centímetros más de altura. Imponía presencia incluso sin intentarlo.

Nos miramos durante unos segundos. Sus ojos descendieron por el frente de mi cuerpo y tuve la impresión de que tragó saliva al detenerse en mi escote discreto.

Se humedeció los labios y desvió la mirada hacia la cremallera. Con cuidado apartó algunos mechones de cabello que había olvidado pasar hacia delante, y el leve roce de sus dedos en mi cuello hizo que me estremeciera con aquel cosquilleo que parecía cada vez más frecuente.

De repente sentí los labios secos mientras dos de sus dedos descendían lentamente por la piel desnuda de mi espalda, en una caricia simple y torturadora. Cuando llegó hasta mi mano, que todavía sujetaba el vestido, envolvió la suya alrededor de la mía como si me pidiera en silencio que soltara la tela. Y lo hice, incapaz de apartar los ojos de su reflejo y de cada reacción que provocaba en él.

En el instante en que sus dedos volvieron a rozar mi piel, cerré los ojos, embriagada por todo lo que un simple toque podía hacerme sentir.

Cuando los abrí, encontré la mirada de Liam clavada en mí y me humedecí los labios al bajar la vista hasta los suyos, ligeramente entreabiertos.

Nos quedamos así apenas unos segundos, atrapados en aquella intensa conexión silenciosa, hasta que él apartó la mirada hacia la cremallera, tragó saliva e intentó bajarla. No pudo.

Luego tiró hacia arriba con un poco más de fuerza y finalmente consiguió deslizarla hasta el final de la cremallera.

—Listo, solucionado —comentó con la voz más ronca de lo que recordaba, y asentí.

—Gracias.

Seguimos en la misma posición frente al espejo, con su cercanía todavía demasiado presente detrás de mí, aunque sus manos ya no estaban sobre mi cuerpo.

—¿No hay riesgo de que vuelva a pasar cuando quieras quitártelo? ¿No sería mejor escoger otro vestido? —preguntó.

Y aunque solo pensar en necesitar su ayuda otra vez para librarme de aquella tela hizo que se me erizara la piel entera, negué enseguida.

—No… quiero decir, sí, puede pasar otra vez. Pero no voy a cambiarme y, si sucede, ya veré qué hago. Como mucho, tendré que recurrir a mi amiga la tijera —bromeé.

Sus ojos volvieron a bajar hacia mi escote, después recorrieron mis caderas y mis piernas torneadas.

—Sería una pena. —Asentí, afectada por la intensidad de su mirada—. O puedes llamar a tu doctor Depravado. Estaré encantado de ayudarte a quitártelo.

Y ahí estaba otra vez el doctor Depravado, el hombre que parecía vivir únicamente para provocarme con frases de doble sentido. Puse los ojos en blanco y, aunque a veces sus comentarios

conseguían alterarme, esta vez fueron como un cubo de agua fría. Me giré para quedar frente a él, mucho más recompuesta que segundos atrás.

—Estoy segura de que te encantaría eso, pero no será necesario.

—Es una auténtica pena. Me encantaría desnudarte enterita.

Me puse roja por la facilidad con la que soltaba semejantes barbaridades, pero terminé dándole un golpe en aquel bíceps firme, arrepintiéndome al instante.

Entonces empecé a preguntarme si toda esa actitud, aquella actuación constante que mantenía, no sería una especie de escudo. Una forma de evitar involucrarse de verdad con alguien. Y eso solo consiguió despertar todavía más mi curiosidad.

—He preparado café, ¿quieres? —preguntó.

Asentí enseguida.

—Por supuesto. No soy persona sin café por las mañanas.

—Algo que imagino que normalmente compras hecho, considerando que no encontré ni una cafetera aquí y tuve que traer la mía —comentó.

Me fue imposible contener la sonrisa.

—No me molestaría que hicieras café para los dos más a menudo, vecino.

Cogí su taza, que había dejado sobre mi tocador, y di un sorbo. Tuve que obligarme a tragar el líquido caliente.

—¡Está sin azúcar, Liam! —me quejé con una mueca, provocando que se echara a reír—. No tiene ninguna gracia.

—Claro que la tiene. Ya te dije que deberías reducir el azúcar en tu vida. Verías cómo aumenta tu energía —respondió, completamente serio.

—¿Así es como sobrevives trabajando más de veinticuatro horas seguidas? —pregunté inocentemente.

Aquella sonrisa descarada apareció otra vez.

—Eso… y otras cosas —provocó con un guiño que impactó directamente en una parte de mí que parecía cada vez más necesitada de atención.

—Eres un depravado. Literalmente.

—Doctor Depravado, a tu servicio. Cuando quieras romper alguna regla de nuestro acuerdo, ya sabes dónde encontrarme —respondió con malicia.

Lo empujé, aunque apenas tuvo efecto sobre aquel monumento de casi dos metros.

—Tengo que trabajar. Ya voy tarde y necesito un café con mucho azúcar o estaré de mal humor.

—Menos mal que no tendré que soportarte entonces.

Ignoré su comentario y fui hacia la cocina mientras él me seguía. Encontré otra taza todavía humeante y lo miré en una pregunta silenciosa. Él se encogió de hombros.

—Tiene un kilo de azúcar, como ya sé que te gusta.

—Muy bien. —Di otro sorbo y casi sentí un éxtasis instantáneo —. En serio, si vas a dormir aquí y prepararme cafés así cada mañana, mi sofá está completamente a tu disposición.

Él arqueó una ceja y cruzó los brazos frente a su pecho firme.

—¿Crees que soy tan fácil, pimentita? Tu sofá puede ser cómodo y no amanecí tan destrozado como imaginaba después de dormir ahí, aunque no fuera mi intención. Pero, para ganarte café todas las mañanas, tendrás que dejarme dormir contigo y tratarme con cariño —bromeó con aquella maldita sonrisa ladeada llena de malicia.

—Ahora soy yo quien dice que es una pena. Tu café está delicioso, pero siempre puedo comprar uno en la cafetería cerca del despacho.

Se encogió de hombros mientras se alejaba, mostrando aquella espalda ancha y aquel trasero que se veía escandalosamente bien con esos pantalones.

—Tú eres la que sale perdiendo —dijo por encima del hombro.

—Eh, ¿adónde vas? —pregunté, porque la curiosidad era más fuerte que mi preocupación por la hora.

—A correr. Algo que tú también deberías volver a hacer, aunque sigas estando increíblemente buena. —Aquello infló mi ego hasta las nubes, no podía negarlo—. ¿Puedo quedarme hoy con Freddie?

—Claro —respondí.

Me lanzó un guiño desde la puerta mientras daba otro sorbo a su café.

—¡Ven, campeón! —llamó.

Y mi perro ni siquiera dudó en seguirlo. Se fue detrás de él sin dedicarme ni una mirada de despedida.

—¡Traidor! —protesté.

Salí de casa después de terminar el resto del café, con una sensación cálida latiendo con fuerza en mi pecho. Una sensación que hacía muchísimo tiempo que no recordaba sentir.



El viernes llegó y faltaba apenas una semana para la tan soñada boda de mi hermana. Intentaba concentrarme en el expediente mientras escuchaba a mi diva, Taylor Swift, a través de los auriculares.

No podía negar que aquel matrimonio seguía poniéndome tensa, aunque también estaba emocionada por ver cumplido el sueño de Megan. Sin embargo, saber que Liam iría conmigo me hacía sentir un poco más tranquila y preparada para todo lo que tendría que enfrentar allí.

Después de que Liam salió a correr, solo nos vimos cuando me fui de casa, porque le dejé la llave de repuesto para que pudiera entrar a dejar a Freddie. Después de eso, nuestros horarios caóticos impidieron que coincidiéramos otra vez, aunque seguíamos hablando

por mensajes siempre que podíamos. Esa misma noche lo llamaron por otra emergencia y terminó enlazando un turno con otro, así que recién saldría del hospital aquella noche. Yo, por mi parte, tenía una cena con Paul y una clienta importante, así que no podríamos continuar nuestro maratón de series juntos.

Horas después, todavía concentrada en el expediente que revisaríamos con la clienta, no me di cuenta de cuándo Paul llamó a la puerta y entró en mi despacho con un traje de corte impecable color azul marino. No podía negar que se veía guapísimo y que sus ojos parecían aún más azules de lo habitual.

Pausé Lavender Haze, que sonaba en mis auriculares, y le sonreí.

—Estoy terminando de revisar el caso y, sinceramente, hiciste un trabajo excelente con toda la información que recopilaste. No tuve ningún problema para entender el contexto completo —lo elogié, y su sonrisa se amplió.

—Qué bueno saber eso. No todos los días recibimos un elogio así —respondió con aquella voz masculina y segura.

—Ay, tampoco exageres. —Miré el reloj y vi que faltaban treinta minutos para salir.

—Vamos bien de tiempo. De hecho, venía a preguntarte si quieres ir conmigo. Como vamos al mismo sitio, no tiene sentido ir en dos coches —sugirió.

Y enseguida recordé que Liam había dicho exactamente lo mismo el día de la cena.

Asentí mientras volvía mi atención a la última página que necesitaba leer.

—Puede ser. ¿Después puedes traerme de vuelta? —pregunté.

—Claro.

—Voy a terminar esto y a retocarme un poco el maquillaje antes de irnos.

—Ni siquiera hace falta, ya estás preciosa así —comentó.

Levanté la vista para mirarlo, sin saber muy bien qué responder a aquello, y me encontré con una sonrisa ladeada que me dejó intrigada.

—Voy a organizar unas cosas —añadió antes de darse la vuelta para salir.

Lo seguí con la mirada hasta que desapareció por completo y cerró la puerta, todavía confundida por lo que acababa de parecerme un ligero coqueteo.

¿Y si Payton tenía razón?



Llegamos al restaurante a la hora acordada. La hostess nos acompañó hasta la mesa reservada, aunque la clienta todavía no había llegado. Paul resultó ser una persona mucho más agradable de lo que imaginaba y no tuvimos ningún problema para mantener conversaciones triviales mientras esperábamos.

—¿Quieres pedir algo de beber mientras la esperamos? —sugirió Paul, y no le vi problema.

—Puede ser.

Satisfecho, llamó a un camarero y pidió una agua para mí y otra para él.

—¿Crees que habrá tenido algún imprevisto? —pregunté, extrañada por la demora.

Él cogió el móvil para comprobar si había recibido algún mensaje, pero no tenía nada.

—Esperaré diez minutos más y, si no aparece, la llamaré, ¿te parece?

—Sí, claro.

Nuestras aguas llegaron y volvimos a conversar. Aprovechamos para mirar el menú y comentar algunos platos. Yo ya tenía hambre,

pero no me parecía nada educado empezar a cenar antes que la invitada principal.

Cuando estaba a punto de cumplirse el tiempo que habíamos decidido esperar, el móvil de Paul empezó a sonar y me mostró la llamada de la clienta.

—Es ella.

Pidió un momento antes de contestar y ya imaginé lo que había ocurrido. La escuchó durante algunos segundos, asintiendo de vez en cuando a todo lo que decía. Yo aproveché para dar un sorbo a mi agua e intentar calmar la ansiedad que empezaba a invadirme. Miré mi móvil y comprobé que Liam no había enviado nada. ¿Ya habría salido del hospital? Eso no debería importarme, pensé frustrada.

—Claro, lo entendemos perfectamente. No se preocupe, le avisaré a la doctora Davis y espero que su hija se mejore pronto. Sí, en cuanto esté mejor, avísenos y reprogramamos la reunión. Hasta luego, buenas noches.

—No va a venir —deduje mientras terminaba el resto de mi agua, y él negó con la cabeza.

—No. Su hija se enfermó y pidió disculpas mil veces.

Asentí. Después de todo, ¿cómo iba a enfadarme por perder parte de mi viernes por la noche? Los imprevistos ocurrían.

—Vinimos aquí para nada —comenté con amargura.

Paul se aclaró la garganta, como si dudara de lo que estaba a punto de decir.

—Pero ya que estamos aquí, podríamos aprovechar y cenar. Yo me muero de hambre, no sé tú.

Sonreí y asentí.

—Yo también estoy famélica y jamás le digo que no a una buena comida —comenté mientras volvía a mirar el menú.

—Perfecto.

Noté que Paul parecía aliviado de que hubiera aceptado, aunque intenté no darle demasiadas vueltas.

Elegimos una pasta y, como ya no estábamos trabajando, pedí una copa de vino y Paul decidió acompañarme.

Seguimos conversando un rato más. Paul me habló de su antiguo trabajo, de su familia, que vivía en Los Ángeles, y de cuánto los echaba de menos. Después terminamos hablando también de la región donde se celebraría la boda de mi hermana.

—Ah, la boda de mi hermana será en el interior, a unas horas de aquí.

—Megan me lo comentó. Fue una excelente elección, teniendo en cuenta que será verano en esa época del año y podrán disfrutar de la playa o del lago que hay en la propiedad donde harán la boda.

—¿Conoces el lugar? —pregunté con curiosidad.

En ese momento sentí mi móvil vibrar sobre la mesa, aunque me obligué a no mirarlo enseguida, sobre todo porque, por la hora, sospechaba perfectamente quién era.

—Sí, mi familia lo alquiló para las bodas de plata de mis padres. Es fantástico, les va a encantar.

—Por las fotos, realmente lo parece —comenté—. Solo un segundo.

Cogí el móvil cuando empezó a sonar una llamada.

Fruncí ligeramente el ceño al ver el nombre de Liam en la pantalla y contesté, extrañada, porque él no solía llamar.

—Hola, ¿está todo bien? —pregunté con cierta preocupación.

Noté que Paul daba un sorbo a su vino, aunque parecía atento a mi conversación, lo que me hizo sentir un poco incómoda.

—Sí. Me extrañó no encontrarte en casa. ¿Pasó algo? —preguntó. Sonaba cansado y mi pecho se calentó al notar su preocupación, incluso después de haber trabajado otra vez más de veinticuatro horas seguidas.

—Sí, todo está bien. Vine a una reunión con una clienta junto con Paul.

Él se quedó en un silencio extraño y hasta miré la pantalla del móvil para asegurarme de que la llamada no se había cortado.

—Perdón por interrumpir. Olvidé que estarías en una reunión.

—No te preocupes. Ella no pudo venir, así que estoy cenando con Paul. Mañana nos vemos, ¿sí?

Otro silencio se instaló en la llamada y eso me dejó todavía más intrigada.

—¿Está todo bien?

—Sí, ¿por qué no lo estaría?

Quise decirle que no hacía falta que fuera tan borde, pero me contuve porque teníamos público.

—Bueno, hasta luego. Que tengan una buena cita… quiero decir, cena.

Y, dicho eso, colgó.

Miré el móvil completamente confundida por lo que acababa de pasar y hablé con cierta incomodidad hacia Paul, que, aunque fingía no darse cuenta, sabía perfectamente que había prestado atención a toda la conversación.

CAPÍTULO 16
CHLOE DAVIS

—Se cortó la llamada —mentí, incómoda por la escena tan absurda que Liam acababa de protagonizar.

—¿Era tu novio? —preguntó con un tono más serio, como si el tema no le hiciera ninguna gracia.

—No. Bueno… sí. —Entrecerró los ojos con desconfianza y me observó con intensidad, como si intentara descubrir si estaba mintiendo. Me removí incómoda en la silla tapizada.

—¿Sí o no? Porque ya me perdí —bromeó, aunque su curiosidad parecía bastante real.

—Sí, estamos saliendo. Es reciente, todavía no me acostumbro —mentí otra vez, aunque en parte tampoco era del todo falso.

Se quedó callado unos segundos antes de asentir. Dio un sorbo a su bebida y dijo:

—Es un hombre con suerte.

Su comentario me dejó un poco nerviosa y tomé un pequeño trago de vino, incómoda con el rumbo que estaba tomando la conversación.

—¿Y tú? ¿Tienes novia? —pregunté para cambiar de tema.

—No. Terminé con mi última novia hace un año y, por lo visto, la mujer que me interesa ahora no está disponible —respondió sin rodeos, dejándome completamente sin palabras.

Abrí y cerré la boca por puro reflejo, pero el camarero apareció justo en ese momento con nuestros platos y me salvó.

—Ah, llegaron en el mejor momento. Me muero de hambre —dije con un entusiasmo que tenía mucho más que ver con escapar del tema que con hambre de verdad.

Empezamos a cenar y, aunque la tensión seguía flotando entre nosotros, conseguimos aliviar el ambiente hablando de cosas más seguras. A mitad de la cena, mi móvil volvió a vibrar y, aunque

seguía algo molesta porque Liam me había colgado en la cara, miré la pantalla para ver qué quería.

Liam (doctor pervertido): ¿En qué restaurante están?

Su pregunta me extrañó; aun así, le respondí con el nombre del lugar y enseguida llegó otro mensaje.

Liam (doctor pervertido): ¿Fuiste con tu coche?

Chloe: No, vine con Paul, pero me dejará en el despacho para recoger el mío.

Liam (doctor pervertido): Voy a buscarte.

Chloe: No hace falta. Ya te dije que Paul me llevará.

Liam (doctor pervertido): ¡YA TE DIJE QUE VOY A BUSCARTE, JODER, QUÉ TESTARUDA ERES!

¿En serio me estaba escribiendo en mayúsculas o era algún fallo del teclado? ¿Qué demonios le pasaba hoy?

Molesta por la forma en que me estaba hablando, decidí dejarle las cosas claras. No quería discutir más con él, sobre todo después del día agotador que habíamos tenido.

Chloe: ¿Qué demonios te pasa hoy?
Mejora ese humor de mierda o ni te molestes en venir.

Me obligué a volver a la comida, todavía confundida por el mal humor repentino de Liam. Jamás me había hablado así y mucho menos había sido tan brusco sin motivo. Que viniera a recogerme y se atreviera a tratarme de esa manera… porque sería perfectamente capaz de dejarlo hablando solo y volver a casa en taxi.

—¿Pasa algo? —preguntó Paul arqueando una ceja.

Negué con la cabeza, aunque mi expresión probablemente dijera lo contrario.

—Si la clienta quiere agendar para la semana que viene, seguramente no podré atenderla. Con la boda de Megan tan cerca, viajaremos el miércoles por la noche y tengo que adelantar muchísimas cosas antes. Soy una de las damas de honor y debo dejar todo organizado para vosotros, ya que ella no trabajará en toda la semana —desvié el tema.

—No te preocupes. Intentaré moverlo para la semana siguiente. Al fin y al cabo, nosotros sí hemos venido; ella no.

—Exacto.

Cuando terminamos de cenar, Paul sugirió pedir postre y, aunque me encantaba la idea, acababa de recibir el mensaje de mi supuesto novio furioso diciendo que ya había llegado. Y, sinceramente, no tenía ganas de empeorar todavía más su humor.

—Mejor no. Estoy cansada y ya quedé satisfecha, pero si quieres pedir algo, adelante —comenté con educación, rezando por dentro para que dijera que no y no verme obligada a quedarme allí más tiempo.

—Si tú fueras a pedir, lo haría. Pero entonces yo tampoco pediré.

Respiré aliviada y levanté la mano para llamar al camarero y pedir la cuenta. Él asintió y se alejó mientras yo jugueteaba nerviosa con las manos.

—¿Pasó alg…?

—¡Ya llegué, cariño!

Aquella voz que conocía demasiado bien interrumpió lo que Paul estaba a punto de decir y me estremecí entera por el tono grave que resonó detrás de mí.

Miré por encima del hombro, incrédula de que realmente hubiera venido hasta aquí para recogerme, y enseguida entendí que había activado su modo novio.

Solté una risa nerviosa sin saber muy bien cómo reaccionar y esa sonrisa descarada se apoderó de su rostro. Llevaba un traje gris oscuro y, sinceramente, no podía verse más atractivo. Sus ojos parecían lanzar fuego en mi dirección, recordándome mucho más al Liam rebelde que conocí en la adolescencia que al doctor pervertido en el que se había convertido.

—Hola… No sabía que entrarías —dije todavía confundida.

—Estabas tardando y sabes perfectamente que no aguanto mucho tiempo lejos de ti, pelirroja —respondió con una seriedad tan convincente que hasta yo habría caído si no supiera que todo era una actuación.

—Solo esperábamos la cuenta y ya nos íbamos —expliqué.

—Esperaba un recibimiento un poco más cariñoso, cariño.

Ignoró por completo mi comentario y abrí la boca para responder algo, pero no me dio tiempo.

El bruto que tenía al lado se inclinó en mitad del restaurante y me plantó un beso directo en los labios, dejándome completamente paralizada por unos segundos ante lo inesperado de su actitud.

Sabía que debía apartarme. Lo sabía.

Pero sentir sus labios sobre los míos, aunque el beso apenas acabara de empezar, hizo que apartarlo pareciera imposible.

Antes de separarse, mordió suavemente mi labio inferior de una forma tan provocadora que sentí cómo mi ropa interior se humedecía con ese simple gesto.

Dios mío. Este hombre es puro pecado.

Se apartó con ese brillo travieso en los ojos y lo miré todavía sin capacidad de reaccionar.

—Mucho mejor. Aunque aún no como me gustaría, pero vamos avanzando —dijo acompañado de su maldita sonrisa ladeada.

Entonces miró hacia un lado y su sonrisa se amplió todavía más. Lo conocía demasiado bien para no reconocer la ironía escondida detrás de esa expresión.

—Lo siento, amigo. Soy el doctor Walker… o Liam para los cercanos. El novio de esta preciosa abogada —comentó mientras le tendía la mano a Paul.

Paul respondió automáticamente al saludo, bastante menos entusiasmado que antes.

Y hubo otro detalle que tampoco pasó desapercibido para mí: el hecho de que mencionara que también era doctor, como si necesitara dejar claro ante Paul que tenía una profesión importante.

Tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco.

¿Pero qué demonios era esto?

En cualquier momento iban a empezar a competir para ver quién la tenía la polla más grande.

Miré a Paul, dándome cuenta de que incluso me había olvidado de él por unos segundos después del inesperado beso que acababa de recibir. Tragué saliva y terminé el resto de mi vino de un solo trago, con la boca mucho más seca que antes.

—¿Nos vamos, cariño? Dejé el coche mal aparcado —me llamó Liam después de que se saludaran. Sacó la cartera, la abrió y dejó doscientos dólares sobre la mesa—. Lo siento, amigo, pero supongo que esto será suficiente para pagar la parte de Chloe, ¿no?

—No hace falta, yo me encargo.

—Claro que sí. Insisto, al fin y al cabo, la novia es mía. Hasta luego, doctor Paul.

Otra vez percibí cierta posesividad en su tono al decir "mía". Dios mío, aquello debía de estar solo en mi cabeza, porque no tenía ningún sentido que estuviera actuando de esa manera.

Me levanté todavía sin reaccionar del todo a lo que estaba pasando. Cogí mi bolso y el blazer casi por inercia.

—Hasta mañana, Paul —dije incómoda, decidida a no montar ninguna escena con el doctor pervertido en mitad del restaurante.

Liam me sujetó de la cintura con más fuerza de la habitual, pegó nuestros cuerpos y me condujo hacia la salida.

—¿Qué demonios acaba de pasar ahí dentro? —protesté, aunque sin apartarme de sus brazos, porque eran demasiado cómodos.

—Eso mismo te pregunto yo, Chloe Davis. ¿Qué mierda es eso de irte a cenar con otro hombre cuando, se supone, el novio soy yo?

Me detuve en la entrada del restaurante, atónita por su tono y por la forma acusadora en la que me estaba hablando.

—¿Novio? Hasta donde yo recuerdo, no eres mi novio de verdad. Y además, ¿qué demonios tiene que ver contigo con quién ceno o dejo de cenar? —repliqué, irritada por la forma en que me hablaba.

Miró discretamente a los lados, como si quisiera asegurarse de que nadie estuviera escuchando nuestra conversación. En ese momento, el aparcacoches trajo su coche, demostrando que había mentido al decir que lo había dejado en un lugar prohibido.

Liam abrió la puerta y señaló con la cabeza para que subiera. Y aunque todo dentro de mí gritaba que hiciera justo lo contrario, respiré hondo, sin reconocerme por bajar la guardia tan fácilmente, y me senté en el asiento del copiloto.

Liam cerró la puerta, rodeó el coche, subió y arrancó en medio de un silencio extraño entre los dos.

Permanecimos callados durante los siguientes quince minutos, hasta llegar al aparcamiento del edificio donde vivíamos. Abrí la puerta y bajé sin esperar a que él lo hiciera por mí, como acostumbraba.

No sabía explicar cómo me sentía. Liam había actuado de una manera que jamás imaginé… ¿y por qué? Yo no había hecho nada malo. Paul era solo un compañero de trabajo y aquella cena no había sido una cita, como él insinuó. Y el hecho de que hubiera dado a entender que yo había roto nuestro acuerdo sin siquiera escucharme me enfurecía todavía más.

Entré en el ascensor y, por poco, Liam se queda fuera cuando las puertas empezaron a cerrarse y tuvo que meter la mano para impedirlo.

Me quedé mirando el panel, decidida a ignorarlo para que pensara en lo que acababa de hacer.

—¿Hasta cuándo vas a seguir callada? —protestó algo más calmado.

Seguí ignorándolo.

—Vamos, pelirroja… Estaba clarísimo que ese imbécil tenía malas intenciones contigo.

Solté una risa nasal, molesta una vez más por la forma en que hablaba, aunque no me molesté en responderle. Para mí, darle el silencio a veces era un castigo mucho mejor que discutir y terminar diciendo cosas que después no pudieran arreglarse.

El ascensor llegó. Salí sin dignarme a responderle y lo escuché resoplar mientras me seguía hasta la puerta de mi apartamento. Puse mi huella en la cerradura y la desbloqueé. Liam seguía detrás de mí y, en ningún momento, dio señales de ir hacia su casa, así que simplemente entré. Tal y como imaginé, no permitió que la puerta se cerrara y entró detrás de mí.

Inspiré hondo mientras dejaba mis tacones junto a la entrada y vi a Freddie estirarse, señal de que había estado dormido.

Perfecto. Mucho mejor eso que encontrarlo comiéndose mis plantas.

—¿Hasta cuándo vas a ignorarme?

Al darme cuenta de que ya no tenía escapatoria, dejé el blazer sobre el respaldo del sofá y me giré hacia él. Noté que llevaba el pelo más despeinado que cuando apareció en el restaurante, lo que dejaba bastante claro su nerviosismo.

—¿Qué quieres que diga? —pregunté de mala gana—. ¿Ahora sí quieres escucharme o vas a seguir actuando como un novio celoso cuando los dos sabemos perfectamente que eso está muy lejos de ser real?

Su mandíbula se tensó y respiró hondo, como si intentara ordenar sus pensamientos.

—Sé que me pasé. Pero me cabreé cuando supe que estabas cenando con otro hombre, sobre todo después de que dejaras muy claro que no podíamos involucrarnos con nadie más mientras siguiéramos dentro de este acuerdo —explicó, visiblemente irritado al mencionar a Paul.

Y, aunque sabía que no debía, eso me gustó.

—Sí, Paul y yo estábamos en una cena de negocios… o, al menos, eso era lo que se suponía que debía haber sido —expliqué, todavía furiosa por la escena que había montado.

—¿Vas a decirme que la clienta canceló? —preguntó con incredulidad.

Mi silencio respondió por sí solo y él soltó una risa completamente vacía de humor.

—Vaya coincidencia, ¿no crees? —arqueó una ceja con ironía.

—Sí, la clienta canceló. Llegamos a la hora acordada, pero ella se retrasó y llamó —Liam soltó otra risa sin gracia alguna y me aseguré de enfatizar las siguientes palabras—. ¡La vi llamar, joder! Paul contestó delante de mí.

—¿En serio, Chloe? ¿Y quién te garantiza eso? ¿Hablaste tú con ella? Por lo que dijiste, contrataste a ese tipo hace poco y ya confías así en él?

Las palabras de Payton sobre cómo él había preguntado por mí y el comentario de Paul sobre que la mujer que le interesaba no estaba disponible volvieron a mi mente.

Aun así, me negaba a creer que eso tuviera algo que ver con lo ocurrido aquella noche.

No podía ser tan rastrero… sobre todo cuando jamás me había invitado a cenar.

Esta vez, la que soltó una risa sin humor fui yo.

—Estás imaginando cosas —murmuré. Fui hasta la cocina y me serví un vaso de agua—. Los imprevistos pasan. Su hija se enfermó y no pudo venir, nada más.

—Tal vez haya sido eso —concordó de mala gana—. Pero vi la forma en que te miraba cuando me acerqué. Y no fue justo cuando llegué; me quedé observando antes de acercarme a vosotros.

Su confesión me sorprendió y me dejó todavía más confundida. Crucé los brazos y pregunté algo que ya me había cuestionado varias veces desde que insinuó aquello antes.

—¿Y se puede saber cómo me miraba?

Dio un paso hacia mí y, aunque su cercanía me ponía nerviosa, no me aparté.

—Como si quisiera follarte de todas las maneras posibles —admitió.

—Claro. Y el doctor pervertido sabe perfectamente cómo es eso, ¿no? —repliqué con ironía—. Sobre todo teniendo en cuenta las cientos de mujeres con las que ya se ha acostado.

Liam dio otro paso hacia delante, dejándonos a apenas diez centímetros de distancia.

—No, no lo sé por eso —dijo con una voz más ronca de lo habitual, y tragué saliva cuando sus ojos descendieron hasta mis labios.

—Entonces, ¿cómo puedes saberlo? —pregunté con mucha menos firmeza de la que había tenido hasta entonces.

Mi mirada se movió entre sus labios y sus ojos, y noté cómo sus pupilas se dilataban.

—Porque es exactamente la misma forma en que yo te miro —confesó.

Sus ojos volvieron a bajar hacia mis labios y los humedecí al sentirlos repentinamente secos.

Abrí la boca, sorprendida por lo que acababa de decir. Nos quedamos atrapados en una intensa guerra de miradas durante unos segundos y, antes de que pudiera asimilar lo que estaba pasando, Liam acortó la distancia entre nosotros y unió sus labios a los míos, tomándome completamente por sorpresa.

Al principio, solo rozó su boca con la mía y mi pecho se descompasó ante aquel contacto que había deseado en silencio más veces de las que podía admitir. Cuando notó que no lo apartaba, inclinó ligeramente la cabeza hacia la derecha y separó apenas los labios, como si me pidiera permiso.

Y yo se lo di.

Su lengua se deslizó entre mis labios como si fuera lo más natural del mundo.

La recibí y, como si toda la tensión y el deseo que llevábamos acumulando desde hacía semanas finalmente explotaran, terminamos perdiéndonos en un beso intenso y desesperado. Sus manos pegaron nuestros cuerpos y pude sentir su evidente excitación contra mi abdomen. Apoyé las manos sobre su pecho firme y me aferré a sus bíceps como si necesitara hacerlo para no venirme abajo ante la intensidad de aquel beso.

He besado a decenas de hombres a lo largo de mi vida y, aun así, aunque algo dentro de mí me gritaba que aquello era peligroso, no conseguía apartarme ni poner fin a uno de los mejores besos que me habían dado jamás.

Los dedos de Liam se enredaron en el cabello de mi nuca y me estremecí entera cuando tiró suavemente de él. Eso hizo que separara nuestros labios y, acto seguido, mordisqueó mi labio inferior de una forma mucho más provocadora que la del restaurante.

Mi pecho subía y bajaba en una respiración entrecortada por todo lo que acabábamos de vivir. Él apoyó la frente contra la mía, con una mano todavía en mi nuca y la otra en mi cintura.

—No sé qué demonios me pasa, pero solo imaginar que ese imbécil pudiera tocarte me volvió loco. Y cuando me di cuenta… ya estaba allí.

Sus palabras podrían haber sonado como una declaración. O quizá deberían haber intensificado todavía más el deseo evidente que sentía.

Pero no fue eso lo que pasó.

Como una avalancha, todos los recuerdos de mis antiguas relaciones me golpearon de lleno, como si cada decepción cruzara frente a mis ojos en un solo instante.

Mi ruptura con John y la forma en que descubrí que me engañaba; poco después se casó con ella, la dejó embarazada y siguen juntos hasta hoy. Brandon, que también me traicionó con su mejor amiga. Oliver, que jamás priorizaba nuestra relación porque parecer importante en redes sociales era más relevante para él. Después William, incapaz de aceptarme como era y empeñado en imponerme incluso el equipo al que debía apoyar porque era un fanático de mierda. Y, por último, Noah, que también me engañó, me convirtió en su amante y terminó dejando embarazada a su actual esposa.

Y, como si el universo quisiera torturarme todavía más, también me vinieron a la cabeza las innumerables mujeres que entraban y salían del apartamento de al lado. O la propia confesión de Liam sobre cómo lo habían reprendido en el trabajo por su mal comportamiento, precisamente por no saber mantener el pene dentro de los pantalones.

Entonces, cuando de alguna forma lo obligué a dejar de acostarse con todas las mujeres que caían en su red, ¿ahora había decidido fijarse en mí y ponerse celoso como un posesivo demente?

¿O simplemente era su ego hablando? ¿El hecho de no querer quedar como un cornudo cuando, para todo el mundo, se suponía que éramos pareja?

Como si todo el deseo que me había consumido unos minutos antes desapareciera de golpe, aparté sus manos de mis brazos y alejé mi frente de la suya.

—Esto no es más que tu ego asustado porque pensaste que podía engañarte. O porque había alguien allí que conocía nuestro supuesto noviazgo y eso podría arruinar tu imagen de mujeriego —repliqué con más lucidez de la que imaginaba después del beso que acabábamos de compartir.

Porque la otra posibilidad…

La de que realmente se hubiera interesado en mí por falta de opciones, me dolía todavía más.

Negó con la cabeza, confundido, y habría jurado que vi la duda cruzar por sus ojos, como si ni él mismo supiera realmente lo que sentía.

—No. No pensé ni una sola vez en esa mierda del noviazgo falso cuando os vi juntos. Solo me enfureció pensar que él pudiera conseguir…

—¿Conseguir qué? —insistí al notar que dudaba entre hablar o callarse.

Tragó saliva, todavía indeciso, pero debió de darse cuenta de que no iba a dejarlo escapar sin responder.

—Tenerte.

Solté una risa nerviosa y negué con la cabeza.

—Claro. Porque ahora resulta que soy un maldito premio de consolación que pasa de mano en mano, ¿no?

—No, pelirroja. Nunca te vi de esa manera. Deja de compararme con cualquiera que te haya hecho sentir así.

Sus palabras me golpearon como una bofetada y hasta llegué a preguntarme si realmente era eso lo que estaba haciendo.

—Mira, desde el principio acordamos que mientras esto durara no habría sexo con nadie más ni tampoco amigos con derechos. Aunque tú insinúes constantemente que piensas distinto, sigo creyendo que todo esto no es más que tu ego herido porque Paul podría haber sido el hombre al que realmente elegiría para calentar mi cama… y no a ti —solté de una vez.

Liam pareció quedarse en shock, como si mis palabras le hubieran golpeado de lleno. Y aunque entendía perfectamente que lo que acababa de decir sonaba como si jamás fuera a acostarme con él, sabía que tampoco era verdad.

Pero quizá era mejor que lo creyera.

Respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos, y di otro paso hacia atrás porque necesitaba distancia para volver a pensar

con claridad.

—Mira, creo que ambos estamos cansados. Ha sido una semana larga y los dos hemos dicho cosas que no deberíamos. Quizá lo mejor sea descansar, calmarnos y hablar mañana —sugerí, agotada después de aquella discusión con la última persona con la que quería pelearme.

—Tienes razón. —Asintió y permaneció quieto unos segundos. Después colocó con cuidado un mechón de mi pelo detrás de la oreja—. Perdóname, ¿sí? De verdad perdí la cabeza y probablemente exageré.

Había sinceridad en su disculpa y eso alivió un poco la presión en mi pecho.

Asentí con una sonrisa que no llegó del todo a mis ojos.

—Está bien. Tal vez yo también habría pensado lo mismo si hubiera visto esa escena contigo.

La sonrisa ladeada de Liam apareció y la mía se volvió un poco más sincera.

—Sobre todo con mi historial… ni siquiera tendría cómo defenderme —bromeó.

Y esta vez sí solté una risa de verdad, haciendo que su sonrisa se ampliara todavía más.

—Exacto. Y menos mal que lo sabes.

Liam hizo una mueca de falsa ofensa y bajó la mirada mientras murmuraba:

—Podría haberme ido a dormir sin escuchar eso.

Nos miramos en silencio y, aunque una parte de mí quería que se quedara allí y volviéramos a esos momentos buenos que siempre terminábamos teniendo, otra necesitaba pensar en todo lo que había pasado: la escena de celos, el beso, la discusión.

Y sabía que con él cerca no iba a conseguir hacerlo.

—Estoy cansada y supongo que tú también, después de otra guardia. Será mejor que vuelvas a tu apartamento y descansemos —

sugerí, todavía confundida respecto a lo que realmente quería.

Porque una gran parte de mí parecía estar gritándome que mandara mi racionalidad al infierno, lo agarrara y continuáramos exactamente donde habíamos parado.

Por un instante, creí ver un destello de decepción en su rostro, aunque lo ocultó enseguida.

—Tienes razón.

Se acercó y dejó un beso en mi mejilla, más lento de lo habitual, haciendo que mi corazón se saltara un latido.

Mientras caminaba hacia la salida, me quedé quieta observándolo y, quizá porque quería prolongar un poco más nuestra despedida o porque odiaba verlo tan apagado, decidí provocarlo una última vez con la esperanza de aliviar un poco la tensión entre nosotros.

—Eh, doctor pervertido —lo llamé.

Se detuvo con la mano sobre el pomo de la puerta y me miró.

—La próxima vez intenta controlarte mejor, porque si no voy a empezar a pensar que todo esto fue una crisis de celos —bromeé.

Su sonrisa se ensanchó.

—Descuida. Tengo una reputación que mantener.

Sabía que lo decía en tono de broma, pero aun así no pude evitar sentir un desagradable nudo en el estómago ante la sola idea de que volviera a ser un mujeriego en cuanto nuestro acuerdo terminara.

Y, por primera vez en toda la noche, el recuerdo de aquella cena me revolvió el estómago de verdad.

CAPÍTULO 17
LIAM WALKER

¿Qué demonios me estaba pasando?

Era la pregunta que no dejaba de repetirse en mi cabeza desde la noche anterior.

Si alguien me hubiera dicho que, después de una guardia agotadora y de trabajar veintisiete horas seguidas, acabaría saliendo como un posesivo demente hacia un restaurante para buscar a mi pelirroja solo porque estaba cenando con un compañero de trabajo… me habría reído en su cara.

Era imposible de explicar.

Claro que, por mucho que Chloe insistiera en que el doctor imbécil era solo un colega y que yo estaba paranoico, algo dentro de mí decía exactamente lo contrario. Aquel tipo sí estaba interesado en ella. Tal vez Chloe no fuera capaz de ver lo evidente, pero yo sí conocía perfectamente esa mirada cargada de deseo que él le lanzaba.

Y eso me enfureció.

Lo peor era que incluso me sorprendió a mí mismo.

Pero debía de ser únicamente mi instinto protector hablando más fuerte, porque no quería que nadie intentara aprovecharse de ella.

Aunque, si era sincero, también había otro motivo detrás de mi actitud de anoche.

Teníamos un acuerdo.

Y si yo no podía involucrarme con nadie, ni siquiera con ella, por culpa de aquellas malditas reglas… entonces ella tampoco podía hacerlo.

Recordaba perfectamente que había llegado destrozado del hospital y, en vez de ir directamente a mi apartamento para darme una ducha y cenar —porque Chloe sobrevivía a base de comida

basura y jamás cocinaba algo saludable—, terminé caminando hasta su casa para verla a ella y al desastre andante de Freddie.

Por extraño que pareciera, la echaba de menos.

Solo quería verla un rato antes de volver a mi apartamento porque sabía que, en cuanto me duchara, caería muerto en la cama.

Ni siquiera recordé que me había comentado que el viernes tendría una cena con una clienta. Por eso entré con la llave de repuesto, que todavía no le había devuelto, y me extrañó encontrar a Freddie solo.

Aún hoy no sé explicar lo que sentí al descubrir que Chloe y el doctor imbécil estaban cenando solos, como si fuera una cita romántica.

La rabia me cegó por completo.

En ese momento solo pensé una cosa: jamás permitiría que él la llevara a casa, tal y como ella me había dicho por mensaje.

Así que, aun estando agotado, fui a buscarla.

Y no me arrepentía.

Bueno… quizá sí me arrepentía de la discusión que tuvimos después por culpa de mi falta de control.

Porque entonces recordaba que, en mitad de toda aquella pelea, volví a actuar por impulso e hice exactamente lo que llevaba semanas deseando hacer.

La besé.

Y la simple idea hizo que una sonrisa se dibujara en mi rostro.

Joder…

Yo sabía que entre nosotros había química. Lo sabía perfectamente.

Aunque nunca nos hubiéramos tocado de verdad, no era idiota. Me daba cuenta de que Chloe no era tan inmune a mí como fingía. No había sido solo una o dos veces las que la había sorprendido mirándome con algo demasiado parecido al deseo. Ni las ocasiones en las que nuestras miradas se quedaban atrapadas tanto tiempo

que alguno de los dos terminaba apartando la vista antes de mandar nuestro acuerdo al infierno y hacer exactamente lo que ambos queríamos en el fondo.

Aun así, intentaba controlarme pese a todas las provocaciones que nunca podía evitar hacerle.

Porque, aunque sí me parecía un acuerdo absurdo y estaba convencido de que podríamos actuar como dos adultos y mantener una relación sexual sin complicar nuestra convivencia, también entendía a Chloe.

Ella no era ni nunca había sido una mujer cualquiera.

Siempre la respeté por la forma en que cuidaba y protegía a Mel cuando éramos adolescentes. Chloe no era una mujer para acostarse con ella y olvidarla después.

Era una mujer con la que uno se casaba.

Y ella no me veía en ese lugar.

Ni siquiera sabía si algún día llegaría a hacerlo, para ser sincero.

Por eso, aunque deseara de forma enfermiza a aquella bocazas de mierda, también sabía que tenía razón cuando decidió cortar cualquier posibilidad de que aquello siguiera después del beso.

Porque yo no habría podido detenerme.

Estaba completamente seguro de eso.

Y tampoco era tan altruista como para intentarlo.

El problema era que, aunque seguía agotado por no haber dormido lo suficiente, me desperté después de tener un sueño todavía más perturbador.

Uno que me incluía a mí y a Chloe haciendo mucho más que besarnos.

Y, joder, bastaba recordar cómo había pasado todo para sentir mi erección despertar otra vez. Lo más frustrante era que no recordaba haber soñado nunca con una mujer con la que me hubiera acostado —o con la que hubiera querido acostarme— solo por haberla besado una vez.

Por eso estaba corriendo en ese momento por el parque cerca de casa.

Necesitaba gastar energía.

Necesitaba dejar de pensar.

Porque mi mente parecía empeñada en torturarme recordándome cada segundo de lo que había pasado.

Me había despertado con una erección dura como una piedra y sabía perfectamente por qué. Después de aquel sueño erótico, mi cuerpo pedía desesperadamente aliviar la tensión.

Pero las palabras de Chloe seguían regresando una y otra vez para atormentarme:

«Porque Paul podría haber sido el hombre al que realmente elegiría para calentar mi cama… y no a ti.»

No iba a negar que aquello había golpeado mi ego.

Y no fue precisamente agradable escuchar de sus propios labios que prefería a ese imbécil de traje y corbata antes que a mí.

Más temprano, cuando desperté y recordé lo que me había dicho, llegué incluso a pensar que quizá ella no había sentido la misma química que yo.

Pero hubo dos cosas que me hicieron apartar inmediatamente ese pensamiento.

La primera: yo no era un hombre inseguro y confiaba plenamente en mí mismo, aunque supiera que cada persona era diferente.

Y la segunda…

Su cuerpo había reaccionado exactamente igual que el mío.

Por eso, aunque quisiera discutir con ella y convencerla de que sí podríamos tener una relación sin complicaciones y separar las cosas, respetaría su decisión.

Sobre todo porque yo mismo seguía confundido con todo lo que había pasado la noche anterior.

Y también con mi manera de reaccionar.

Porque ni yo esperaba volverme loco de esa forma.

«*Será mejor que la próxima vez intentes controlarte… porque voy a empezar a pensar que todo esto fue una crisis de celos.*»

¿Celos? ¿Yo? Claro que no.

Eso no había sido más que una reacción posesiva porque ella era mi novia. Aunque fuera de mentira.

Tal vez Chloe tuviera razón y todo aquello hubiera sido únicamente mi ego herido tomando el control de mi cuerpo y haciéndome actuar como un maldito maniático al aparecer en aquel restaurante solo para dejarle claro a ese estirado de mierda a quién pertenecía ella.

¡Que tampoco te pertenece a ti! me acusó mi subconsciente, y puse los ojos en blanco mientras me detenía para beberme de un solo trago media botella de agua todavía fría, aunque el día ya empezaba a calentarse.

Miré el reloj y vi que casi eran las nueve de la mañana. Todavía tenía que pasar por el hospital para una cirugía urgente que había surgido con uno de mis pacientes. Le pedí a mi asistente que adelantara todos los exámenes necesarios para agilizar el proceso y dejé la operación programada para las once.

Por eso había conseguido salir a correr antes de ir al trabajo.

Escuchaba "*I Want to Break Free*", de Queen, a través de los auriculares bluetooth con la esperanza de calmarme mientras regresaba al apartamento. Aproveché para responder algunos mensajes por audio y escuchar otros mientras caminaba.

Cuando llegué al mensaje de Stephanie, una residente con la que había estado unas semanas atrás antes de que Recursos Humanos me llamara la atención, dudé entre escucharlo o ignorarlo.

Aunque sabía perfectamente que iba a arrepentirme, la curiosidad pudo más.

—Hola, doctor. Sé que ahora eres un hombre decente y ya no te lías con nadie del trabajo, pero podríamos vernos fuera del hospital y repetir una o dos veces todo aquello otra vez. Sabes que

cuando bebo tequila me vuelvo muy flexible… y eso que hiciste con la lengua… joder. En serio, necesito repetirlo. Prometo que será nuestro pequeño secreto sucio. Besos, doctor sexy. En la boca y con lengua.

Fue imposible que aquel elogio no me inflara el ego hasta las nubes al recordar lo que le había hecho durante nuestra última noche juntos.

A diferencia de otras veces, cuando se trataba de residentes, solía controlarme porque era su jefe. Pero con Stephanie había sido diferente. Nos conocimos en un bar después de una guardia y, como ella pertenecía a otro sector, yo no tenía idea de quién era.

Descubrí la verdad una semana después, cuando la trasladaron de obstetricia al área de cirugía general.

Claro que su propuesta era tentadora.

Pero, además de que necesitaba comportarme como correspondía a alguien en mi posición como jefe de neurocirugía, todavía podíamos coincidir en algunas cirugías, ya que el hospital también funcionaba como escuela para residentes.

Y tampoco podía olvidar algo importante.

Para todo el mundo, yo tenía novia.

Y jamás permitiría que la imagen de Chloe se viera perjudicada por culpa de mi mal comportamiento.

Lo más extraño era que, por increíble que pareciera, Stephanie ya no me tentaba tanto como antes.

Las imágenes del beso que compartí con Chloe la noche anterior y la sensación de que su boca hubiera sido creada exactamente para encajar con la mía volvieron a invadirme.

Cuando pensé en responderle a Stephanie, miré hacia un lado y una sonrisa apareció automáticamente en mi rostro al ver una floristería.

Había una maceta con pimientos en el escaparate y fue imposible no acordarme de mi pequeña pimiento picante.

Sin ser realmente consciente de lo que hacía, terminé frente al mostrador pidiendo una igual.

La dependienta preparó el pedido rápidamente y, cuando me entregó una tarjeta para escribir una dedicatoria, calculé aproximadamente a qué hora saldría de la cirugía y escribí lo que tenía pensado, satisfecho al saber que más tarde volveríamos a vernos.

¿Qué necesidad era esa de querer estar cerca de esa mujer todo el tiempo, de repente? volvió a atormentarme mi cabeza.

Negué inmediatamente cualquier acusación.

Ella era mi amiga.

Y no tenía nada de malo querer estar cerca de alguien que te hacía sentir bien.

No tenía absolutamente nada que ver con lo que había sentido la noche anterior.

Aquello solo había sido mi lado protector apareciendo.

Nada más.



Llegué a casa, me di una ducha y, con apenas una toalla en la cintura, me preparé una tortilla con brócoli y bacon, boniato cocido y mi glorioso café solo, sin azúcar.

Después elegí una camisa azul marino, unos pantalones beige y decidí ir sin corbata al hospital, ya que solo haría aquella cirugía y volvería a casa. Mi asistente se encargaría del postoperatorio, aunque sinceramente no creía que hubiera complicaciones.

Cogí el antitranspirante —que no era más que leche de magnesia con aceite esencial de lavanda y limón siciliano— y me lo puse. Aunque mi lado hipocondríaco estaba mucho más controlado, seguía habiendo ciertas cosas a las que no pensaba renunciar.

Mi alimentación estricta, al menos el noventa por ciento del tiempo. Los productos de limpieza naturales, como aquel antitranspirante sin aluminio y, por lo tanto, no cancerígeno. El ejercicio físico. Y mi *Apple Watch*, que medía mis pulsaciones y me avisaba si algo en mi cuerpo se salía de control.

Esas eran algunas de las cosas que evitaban que me volviera completamente loco pensando estupideces.

Me puse el perfume cítrico, me apliqué un poco de pomada en el pelo para domarlo y luego me coloqué el reloj antes de vestirme.

Me miré al espejo y comprobé que me veía realmente bien.

Y, modestia aparte, estaba jodidamente atractivo con aquella ropa.

Lo único que quería era ver la cara que pondría mi pelirroja al verme así.

Negué con la cabeza, incómodo con mis propios pensamientos.

¿Pero qué demonios importaba si le parecía atractivo o no? Siempre había sido un hombre vanidoso y eso no había cambiado por Chloe ni por nadie.

Bufé resignado y me dirigí a la salida mientras cogía las llaves del coche, la cartera y la maceta con los pequeños pimientos.

Con una extraña ansiedad oprimiéndome el pecho, salí del apartamento y, solo por precaución, toqué el timbre para asegurarme de que Chloe ya se había ido al trabajo. Ya pasaban de las diez y, tal como imaginé, nadie respondió. Solo Freddie comenzó a ladrar emocionado al otro lado de la puerta.

Me sentí culpable por no haberlo llevado conmigo a correr. Había estado tan absorto pensando en todo lo ocurrido la noche anterior que se me olvidó por completo.

Esperaba, al menos, que aquella perezosa hubiera sacado al perro antes de irse.

Respiré hondo y me dirigí al coche, intentando ignorar la sensación incómoda que seguía creciendo dentro de mí. Miré la maceta en el asiento del copiloto y, aunque sabía que llegaría justo

de tiempo al hospital, ya tenía decidido lo que iba a hacer mientras conducía hacia el despacho de Chloe.

Atrapado en el tráfico de Boston, me pregunté cómo demonios habría ido ella al trabajo si su coche seguía en el bufete después de que yo la recogiera la noche anterior.

Solo esperaba que el doctor imbécil no hubiera decidido hacerse el héroe ofreciéndole llevarla.

Gruñí irritado solo de imaginarlo.

Respiré hondo en busca de una calma que parecía imposible de encontrar con aquella presión aplastándome el pecho otra vez. Me llevé una mano a la zona que me molestaba, pero al mirar el reloj vi que mis pulsaciones seguían completamente normales.

—Todo está bajo control, Liam —me repetí a mí mismo, como si eso fuera suficiente para tranquilizarme.

Llegué al bufete donde trabajaba Chloe, aparqué rápidamente en un espacio libre de la calle, cogí la maceta y subí las escaleras rogando que no volviera a tirar las plantas a la basura.

Y mucho menos delante del doctor imbécil.

Nada más entrar, me encontré con una chica japonesa que me miró con curiosidad y pareció reconocerme enseguida, porque una sonrisa traviesa apareció en su rostro.

Le devolví la sonrisa, aunque no tenía idea de quién era.

—Buenos días. ¿Está Chloe? —pregunté.

Aunque intentó disimularlo, no pasó desapercibido cómo me recorrió de arriba abajo mientras sujetaba una carpeta con el logo del bufete.

—Buenos días. Sí, la doctora Davis está en una reunión ahora mismo con otro abogado y un cliente —informó con evidente curiosidad.

Y yo me tensé al imaginar quién demonios sería ese abogado.

—El doctor Paul, imagino —sondeé sin saber exactamente por qué lo hacía.

Ella volvió a asentir y sentí un desagradable ardor en el estómago.

—¿Quiere esperar? Aunque creo que tardarán un poco. Entraron hace apenas unos minutos.

Miré el reloj y, aunque sí quería esperar y volver a dejarle claro a ese idiota a quién pertenecía Chloe —al menos por ahora—, me contuve y negué con la cabeza.

—No puedo. Tengo un compromiso dentro de unos minutos. ¿Podrías entregárselo, por favor? —indiqué la maceta con una sonrisa ladeada.

La chica sonrió todavía más.

—Claro.

La tomó entre las manos y luego preguntó:

—Disculpe… ¿usted es Liam? ¿Su novio?

Asentí, más satisfecho por aquel reconocimiento de lo que me habría gustado admitir. Eso significaba que mi pelirroja realmente les había hablado de mí a las personas con las que trabajaba.

Y, joder, eso me gustó demasiado.

—Sí, soy yo. El más guapo, sin duda —bromeé, haciendo que ella soltara una carcajada.

—No puedo discutir eso. Soy Payton, por cierto, asistente de la doctora Davis —se presentó—. A mi jefa le encantará esto, aunque no sé si lo dejará junto a las otras plantas de su despacho o si terminará llevándolo a la jungla que tiene en casa.

Fue imposible no reírme mientras asentía.

—Mientras no termine en la basura como las rosas que le regalé, me doy por satisfecho. Pero, por precaución, avísale de que hay una tarjeta dentro y que espero respuesta, ¿sí?

Sus ojos rasgados buscaron la tarjeta y luego asintieron amablemente.

—Claro. Ahora necesito…

—¡Liam! No puedo creer que estés aquí.

Megan me sorprendió al salir de una sala con varias carpetas en la mano. Aunque sonreía muchísimo, se la veía agotada.

—Hola, Megan. No esperaba encontrarte aquí —comenté—. Chloe me dijo que esta semana no trabajarías por la boda.

Nos abrazamos rápidamente y nos dimos un beso en la mejilla mientras Payton se alejaba con mi maceta y desaparecía dentro de una oficina más pequeña que supuse sería la suya.

Megan soltó un suspiro cansado y negó con energía.

—En realidad no debería haber venido hoy, pero tenía que resolver un último asunto que no conseguí cerrar el fin de semana. Y como mi hermana me pidió que la trajera, aproveché para solucionarlo todo antes de irme.

Mis hombros se relajaron automáticamente al descubrir que Chloe había llegado con Megan.

¿Pero qué mierda importaba eso?

Tal vez debería hacerme una resonancia cerebral para comprobar si me había aparecido algún tumor en el córtex prefrontal que estuviera alterando mis pensamientos desde hacía horas.

—Entiendo. Menos mal que ya lo solucionaste. Imagino que debes de estar nerviosa.

Ella asintió con una enorme sonrisa.

—Muchísimo. Casi no puedo dormir de la ansiedad. Hasta pensé en tomar algo para calmarme.

Sus ojos se abrieron de golpe al mirarme y arqueé una ceja, esperando la pregunta que claramente quería hacerme.

—Dios mío, ahora tengo un cuñado médico. Lo había olvidado. ¿Tienes alguna recomendación? ¿O podrías hacerme una receta para algún calmante antes de que me dé un infarto antes de la boda? —bromeó.

Me estremecí inmediatamente al escuchar esa palabra.

—¿Ya te ibas? Tengo algunas cosas en el coche que podrían ayudarte —le ofrecí.

Me dijo que dejaría unas carpetas y saldría enseguida.

—Perfecto. Te espero fuera. Dejé el coche justo allí —expliqué antes de salir, aunque no sin antes mirar hacia la única puerta cerrada del lugar, convencido de que Chloe seguía dentro reunida con el doctor imbécil.

Una vez fuera, abrí el maletero y saqué un pequeño maletín con varios aceites esenciales que siempre llevaba conmigo para emergencias. Los utilizaba muchísimo según lo que necesitara y también en el difusor del apartamento o incluso en mi despacho cuando el estrés me superaba.

Megan apareció pocos minutos después y vi que ya debería irme, aunque por suerte el hospital quedaba cerca.

Le entregué un frasco de aceite esencial de lavanda y le expliqué que se pusiera dos gotas en el pecho cuando estuviera muy ansiosa. Después le di otro de manzanilla romana para usar antes de dormir, porque ayudaba a combatir el insomnio.

—Ah, genial. Gracias. Pero… ¿esto realmente funciona? Estoy más acostumbrada a medicamentos normales, de farmacia, ¿sabes? —preguntó algo avergonzada.

Asentí.

—Claro que funciona. Los medicamentos también vienen de la naturaleza. La diferencia es que esto no dañará tu cuerpo.

—Vale, perdona mi ignorancia. —Se encogió de hombros—. Lo usaré y le pediré a Chloe que te diga si funcionó.

Asentí, satisfecho de que hubiera aceptado mi consejo en lugar de llenarse de medicamentos que quizá resolvieran temporalmente el problema, pero terminaran provocándole otros peores.

—No te preocupes. Ahora debo irme. Tengo una cirugía en diez minutos.

—Está bien. Entonces, ¿nos vemos el miércoles por la noche? —quiso confirmar.

Asentí con una sonrisa mientras una extraña ansiedad volvía a instalarse en mi pecho.

—El miércoles. Sin falta.

CAPÍTULO 18
CHLOE DAVIS

Confieso que no tenía ni las menores ganas de ir hoy a la reunión con la señora Calista y el doctor Paul. La clienta era exigente, como siempre, y el doctor Paul parecía decidido a conseguir ese contrato, aunque de una forma sutil. A veces tenía la sensación de que intentaba impresionarme de algún modo y no sabía muy bien qué pensar sobre su actitud.

Pero lo que más me incomodaba era la forma en que parecía observarme. Demasiado analítico, como si intentara descifrar todo lo que pasaba dentro de mi cabeza. Y, siendo sincera, en ese momento ni yo misma entendía muy bien lo que ocurría ahí dentro.

En cuanto salí de la reunión, que se alargó más de lo que me habría gustado —sobre todo por la cantidad de cosas que todavía tenía que adelantar esa semana, tanto en el trabajo como en casa para preparar las maletas y no correr el riesgo de olvidarme de nada —, sentí una punzada de frustración al pensar en lo mucho que aquello iba a retrasarme.

Después de acompañar a la clienta hasta la salida junto con Paul, fui al baño y aproveché para tomar un café. Paul volvió a acompañarme y aquello me dejó parcialmente intrigada por tanta cercanía. No podía evitar recordar, una y otra vez, la acusación de Liam sobre la posibilidad de que hubiera cancelado la reunión con la otra clienta la noche anterior.

Algo que llevaba toda la mañana preguntándome si debía investigar.

Sobre todo por la forma en que, a veces, parecía olvidar que, para todo el mundo, yo tenía novio. Y eso no parecía incomodarle lo más mínimo cuando encontraba cualquier excusa para tocarme la mano o el brazo.

Cogí el café, incómoda por su evidente proximidad, y agradecí internamente el momento exacto en que Payton apareció

sosteniendo una preciosa maceta con pequeños pimientos, como si hubiera venido a rescatarme incluso sin que yo hubiera dado señal alguna. ¿O acaso mi cara me había delatado?

—Mira lo que el doctor Walker trajo esta mañana —comentó con una sonrisa enorme y una mirada cargada de picardía.

Fue imposible evitar que mi sonrisa creciera en cuanto escuché su nombre.

Era un arreglo pequeño, pero vibrante, con tonos que iban desde el rojo intenso hasta el naranja quemado, como si cada pimiento guardara un pedazo de sol dentro de sí.

Jamás imaginé que hubiera venido hasta aquí un sábado y mucho menos que se hubiera tomado la molestia de comprarme una planta, especialmente después de lo que hice la última vez que me regaló flores. Y darme cuenta de que, esta vez, había tenido cuidado de regalarme algo plantado hizo que mi corazón se sobresaltara.

Cogí la maceta entre las manos y solté una pequeña risa ante la provocación implícita en regalarme una planta con el mismo apodo con el que a veces me llamaba.

—Dijo que no la tiraras sin antes leer la nota —añadió Payton en tono burlón, y yo puse los ojos en blanco.

—Como si fuera capaz de tirarla —murmuré, bastante más animada mientras dejaba la maceta sobre la pequeña mesa donde tomábamos café y abría el sobre rojo para sacar rápidamente la tarjeta.

¿Amigos?

¿Cenas conmigo esta noche, pimiento picante?

Mi corazón dio un pequeño vuelco en el pecho al reconocer aquella caligrafía inconfundible, ligeramente inclinada hacia la derecha, aunque parecía escrita deprisa. Y aquella palabra subrayada me atravesó como una flecha cubierta de flores y espinas: "¿Amigos?"

Claro. Amigos.

Las letras apenas acababan de asentarse en mi mente cuando el recuerdo apareció como una llama: el beso.

No fue un recuerdo suave.

Fue visceral. Casi tangible.

Todavía podía sentir el calor de sus manos en mi cintura, sus dedos firmes como si supieran exactamente dónde tocarme. La forma en que se acercó sin pedir permiso, pero con un cuidado capaz de derribar todas las barreras que tardé años en construir. La manera en que sus labios encajaron con los míos, como si hubieran ensayado aquello durante años. No hubo vacilación, solo una entrega silenciosa que decía mucho más que cualquier conversación.

Y el sabor…

Seguía dentro de mí, como un vino fuerte que deja rastro en la boca y en la memoria.

No fue un beso cualquiera.

Fue el tipo de beso que te despierta de un lugar donde creías estar segura. Un beso capaz de hacerte replantear promesas y cambiar el rumbo de todo. Un beso que no terminaba cuando llegaba a su fin.

Fue solo un beso, Chloe —me repetí a mí misma—.

Solo un beso y tú le pediste que siguierais siendo amigos.

Recordarlo hizo que una sensación aplastante se hundiera en mi pecho. Como si hubiera algo cruel en aquella palabra escrita por él con tinta y cariño. Como si, de algún modo, intentara convertir en algo ligero lo que en realidad era un peso que ambos cargábamos.

Y aquella nota, aquella invitación y aquellos pequeños pimientos vibrantes estaban muy lejos de ser un simple gesto amistoso.

Para mí era como si Liam estuviera diciendo: «Sigo aquí».

Sin exigir nada, pero sin alejarse tampoco. Porque jamás ocultó cuáles eran realmente sus deseos conmigo, aunque aquella

invitación fuera una contradicción en sí misma.

Y esa contradicción era exactamente lo que no sabía manejar en ese momento.

Después del día que había tenido —de la tensión de la reunión, de las miradas insistentes de Paul, de la manera en que tuve que seguir sonriendo cuando en realidad solo quería respirar—, aquello me desarmó por completo.

Fue dulce.

Y, al mismo tiempo, demasiado.

Fingir que aquel gesto había sido solo amable. Fingir que aquella cena sería apenas un encuentro ligero. Cuando, por dentro, lo único que podía pensar era en lo imposible que resultaría actuar como si nada hubiera cambiado… cuando, en realidad, todo había cambiado.

Al levantar la vista, noté enseguida la forma en que Paul había cambiado de expresión.

Su mirada se endureció. Menos profesional. Si antes parecía apenas curioso, ahora había algo más allí.

¿Celos?

No lo sabía.

Pero sí sabía que me incomodó.

Y, una vez más, recordé las palabras de Payton sobre el posible interés de Paul y también lo que Liam me había dicho la noche anterior. Por eso no fue ninguna sorpresa lo que le pedí a mi asistente cuando me acompañó hasta el despacho y cerró la puerta.

—¿Me haces un favor?

Ella asintió enseguida.

—Llama a la clienta de anoche y confirma cuándo podemos reprogramar la reunión. Dile que, como ayer tuvo que cancelar, ahora solo podré atenderla a partir de la próxima semana.

—Claro, pero ¿el doctor Paul no iba a llamarla? Esta mañana me dijo que se encargaría él.

Claro que dijo eso.

—Sí, quizá ya haya llamado. Pero, si resulta que la reunión ya está reprogramada, le pides disculpas y le dices que él no te informó. Y también dile que espero que su hija ya esté mejor y que entendí perfectamente el motivo de su cancelación repentina.

Mi amiga y asistente pareció entender inmediatamente lo que intentaba averiguar, porque asintió con expresión investigativa antes de bajar un poco la voz.

—¿De verdad crees que mintió sobre la cena para poder cenar contigo? —preguntó sorprendida.

Me encogí de hombros, sintiéndome exagerada, y respiré hondo antes de negar.

—Sinceramente, espero que no. Pero, después de lo que me dijiste tú y de lo que pasó anoche con Liam… necesito estar segura y saber hasta qué punto puedo confiar en la persona con la que trabajo.

Ella asintió y salió del despacho.

Mis hombros se relajaron al mirar la preciosa maceta sobre la mesa. Cogí el móvil, me hice una selfie abrazándola y, sin pensarlo demasiado, se la envié a mi doctor pervertido junto con una respuesta.

Aunque supiera perfectamente que aquello significaba dejar todavía más trabajo para el día siguiente y que mi versión adicta al trabajo estuviera gritando para que no lo hiciera… en ese momento me importó bastante poco.

Solo dime el lugar y la hora. Allí estaré.

Y, por cierto, me encantó el regalo. Voy a dejarlo aquí conmigo en el trabajo.



El apartamento de Liam desprendía aquel delicioso aroma a albahaca y ajo dorado en aceite de coco que me envolvió en cuanto la puerta se abrió.

Liam estaba guapísimo. Llevaba una camisa negra con las mangas remangadas hasta los codos y el pelo ligeramente despeinado, como si se hubiera pasado los dedos antes de abrirme. Parecía el completo opuesto al caos que había sido mi día. Sereno, atento. Demasiado atractivo para alguien que decía querer «solo amistad».

¿Y yo?

Yo era un torbellino disfrazado de mujer decidida.

Aunque había pensado que iríamos a un restaurante, me sorprendí en el momento en que abrió la puerta para recibirme.

Llevaba un delantal sobre aquel cuerpo musculoso, lo que dejaba claro que él sería el chef esa noche.

Punto para él. Otra vez.

Y no podía negar que verlo allí, tan concentrado frente a los fogones, me hizo sonreír sin querer.

—¿Cocinas? —pregunté, sorprendida.

—A veces —respondió con una sonrisa ladeada, sin dejar de remover el contenido de la sartén como si fuera lo más natural del mundo—. Hoy pensé que te merecías algo especial después de lo que hice anoche —añadió con un leve rubor en el rostro, dejándome sin palabras por la preocupación que demostraba.

—A este paso voy a empezar a desear que discutamos más a menudo —bromeé, y aquella pequeña covita apareció en una de sus mejillas.

—¿Nunca has oído eso de que después de cada pelea siempre viene una reconciliación increíble? —provocó con evidente malicia, y tuve que contener la risa.

—Sí —respondí, esperando a que continuara con sus provocaciones.

—Pues bien, como no podemos reconciliarnos de la forma en que realmente me gustaría… y créeme, sería muchísimo más divertido, y lo digo en todos los sentidos posibles. —Solté una carcajada ante su comentario y negué con la cabeza—. Al menos podemos disfrutar de una cena agradable que preparé para mí, como tú dices, amiga —se burló, y puse los ojos en blanco.

Aunque ya no me entusiasmaba tanto aquella palabra después de lo que había pasado la noche anterior, fingí estar completamente de acuerdo con su teoría.

—Claro, una cena entre amigos es algo totalmente normal.

Un suave aroma a vino blanco se elevó desde la sartén. Sentada en el taburete alto junto a la encimera, no dejé de observar todo lo que hacía el doctor pervertido, intentando mantener una expresión neutral, aunque el encanto que ejercía sobre mí resultaba imposible de ocultar. Movía el risotto con paciencia, removiendo el arroz lentamente con una cuchara de madera.

—Te tomas muy en serio eso de las cenas entre amigos —comenté con ligereza.

—Me tomo en serio todo lo que hago. Sobre todo cuando quiero disculparme por haber sido un imbécil —respondió sin apartar la mirada de la sartén.

Desvié la vista mientras jugueteaba con el anillo fino de mi dedo al recordar lo que Payton me había contado sobre Paul después de hablar con la clienta. ¿Debería sacar ese tema ahora? Quizá fuera mejor dejarlo para otro momento. No quería arruinar el ambiente, y mucho menos aquella cena que olía de maravilla, así que decidí volver al tema anterior.

—Risotto de setas… sofisticado. ¿Algún motivo especial? —pregunté intentando apartar mi mente de donde había empezado a ir.

—A Andrew le encantan las setas. Pero hoy es solo para ti. Pensé que algo reconfortante te vendría bien.

Intenté disimular el calor que me subió a las mejillas y acepté la copa de vino que me ofreció segundos después. La tensión flotaba

entre nosotros igual que el vapor que ascendía desde la olla.

—¿Te gustó la planta? —preguntó cuando todo estuvo listo y nos sentamos a la mesa cuidadosamente preparada.

—Me gustó… mucho —respondí con una pequeña sonrisa—. Sabes que no hacía falta.

—Pero quería hacerlo. Pensé que combinaba contigo. Tiene algo… imprevisible, ¿sabes? Bonita, pero con un toque de peligro. Y ni hablaré del nombre —bromeó, y no pude contener la risa ante la comparación, aunque admito que también me avergonzó un poco.

Siempre conseguía desarmarme con sus bromas y provocaciones.

Y tal vez me gustaba que me desarmara, aunque no quisiera admitirlo.

Hablamos de Andrew, del trabajo, e incluso me contó algo gracioso que su sobrino había dicho en alemán en clase:

«Ich bin ein kleiner Lehrer[1]*».*

Eso me hizo reír porque, al parecer, el profesor no entendió absolutamente nada y le puso una advertencia creyendo que lo había insultado en alemán, cuando en realidad no había sido así. Esa última parte sí me molestó, y mentalmente ya anoté hablar con Mel por si necesitaba llamar a la directora el lunes.

Liam sirvió un plato humeante de risotto. La mesa estaba preparada de forma sencilla, pero cuidada al detalle: servilletas de tela, dos copas de vino tinto.

El primer bocado tenía un sabor intenso y aterciopelado, con la cantidad perfecta de parmesano.

—Está increíble —dije sin atreverme a mirarlo directamente.

—Me gusta cocinar cuando estoy nervioso —admitió—. Me ayuda a pensar.

Sus palabras me sorprendieron y fruncí ligeramente el ceño, confundida.

—¿Y por qué estás nervioso?

Liam dudó unos segundos, apoyando los codos sobre la mesa y removiendo distraídamente la comida en el plato, como si estuviera pensando si debía contármelo o no.

—No es nada importante. Solo cansancio. La cirugía que hice hoy duró más de lo que esperaba —desvió el tema, aunque algo dentro de mí me decía que simplemente no quería hablar de ello. Y cuando mencionó su encuentro con Megan, tuve la certeza de que no pensaba contarme nada, algo que, no voy a mentir, me frustró.

Seguimos hablando del día. Le hablé superficialmente de la reunión con Paul y evité profundizar en la mirada celosa que me lanzó al verme sonreír por la nota. Permanecimos unos segundos en silencio hasta que la conversación derivó hacia algo más delicado.

—Pareces… tensa —comentó Liam, observándome atentamente mientras hacía girar el vino en la copa—. ¿Es por la boda de tu hermana?

Suspiré bajando la vista hacia el plato casi vacío. Dudé si contarle cómo me sentía realmente respecto a todo aquello y terminé decidiendo que, después de lo que había hecho por mí esa noche, merecía un poco más de sinceridad.

—Sí… en parte —admití, sin saber muy bien cómo empezar.

—¿Quieres contármelo?

Tragué saliva. Quería hacerlo y, al mismo tiempo, no.

No quería parecer vulnerable ni ponerle nombre al nudo que se formaba en mi pecho solo de pensar en reencontrarme con John. Un escalofrío desagradable recorrió mi espalda.

Por eso no me sorprendió ser incapaz de decirle que él estaría allí. Que pasaríamos cuatro días junto a mi ex, sonriendo para las fotos y fingiendo que todo estaba bien, cuando en realidad aquello sería cualquier cosa menos tranquilo.

Pero todavía no quería poner eso sobre la mesa.

—Es solo… ese ambiente. Las bodas. Toda la familia reunida. Todo el mundo preguntando cuándo será mi turno. Cuándo voy a casarme. Y peor aún, cuándo voy a quedarme embarazada —solté

de golpe, porque era mejor que empezara a prepararse para lo que se avecinaba.

Liam sonrió con empatía y sus ojos demostraron comprender mucho más de lo que decía.

—¿Y qué sueles responder?

—Que no lo sé. —Me encogí de hombros, fingiendo que no era importante, y di otro sorbo al vino—. O que todavía no he encontrado a la persona adecuada. Pero la verdad es que… ni siquiera sé si quiero eso. Casarme. Tener hijos —acabé confesando, quizá porque el alcohol finalmente había soltado mi lengua—. A veces siento que hay algo mal en mí. Como si estuviera rota por no desear lo mismo que la mayoría de las mujeres, ¿sabes?

Después de decirlo, me sentí ridícula.

Para mi sorpresa, Liam extendió la mano sobre la mesa y tomó la mía con una suavidad inesperada, como si quisiera demostrarme que estaba ahí. No encontré lástima en su mirada, y eso me reconfortó profundamente porque odiaba esa sensación.

—No hay absolutamente nada malo en ti, Chloe —dijo con voz firme y baja, mientras intentaba ignorar la forma en que su pulgar trazaba pequeños círculos sobre mi mano—. Yo tampoco tengo ese deseo. La vida que llevo es una locura, demasiado intensa —añadió con una sonrisa cansada—. Guardias, cirugías, emergencias… Amo ser tío. Amo a Andrew y a Hannah, pero nunca me imaginé teniendo hijos. Y está bien. Eso no me hace ni mejor ni peor que Bryan. Cada persona es diferente y menos mal que es así, porque si todos fuéramos iguales el mundo sería insoportable —bromeó, arrancándome una sonrisa sincera.

La honestidad en su mirada me hizo darme cuenta de algo que hasta ese momento no había entendido.

No solo me estaba diciendo que comprendía mi falta de deseo de tener hijos.

También me estaba mostrando una vulnerabilidad propia.

Respiré hondo y, por un instante, me perdí en aquellas palabras. La idea de no tener que justificarme, de saber que él estaba allí sin intentar empujarme hacia una vida que no quería, despertó dentro de mí una sensación nueva.

Más cálida.

Más segura.

Más tranquila.

—Yo sé exactamente a qué te refieres —las palabras salieron casi como un suspiro—. Yo tampoco quiero eso. No ahora… o quizá nunca. Y la presión, Liam… Mi familia, todos ellos… Lo único que saben preguntar es cuándo voy a encontrar a alguien. Cuándo voy a darles nietos. Me siento tan… frustrada —admití, aliviada por finalmente soltarlo.

Él me miró con algo entre preocupación y comprensión. No dijo nada enseguida, pero el gesto fue suficiente. Levantó la copa de vino y, en lugar de brindar como haría cualquiera, simplemente la alzó en mi dirección, como un pequeño y silencioso gesto de apoyo.

En ese instante recordé lo que había comentado el otro día durante la cena en casa de Mel, cuando dejó claro que él tampoco deseaba eso. En aquel momento me había dejado curiosa, aunque no me permití pensar demasiado en ello.

Su respuesta me golpeó profundamente.

Había una comprensión silenciosa flotando entre nosotros, como si alguien por fin hubiera puesto en palabras algo que yo llevaba años sintiendo, pero que nunca había sido capaz de decir en voz alta con tanta libertad. Aun así, seguía teniendo curiosidad por saber cómo manejaba aquello dentro de su propia familia, así que pregunté:

—¿Y tu madre? ¿Lo acepta? ¿No insiste con lo de los nietos? Porque la mía… es agotadora —admití, sin que me pasara desapercibido que su mano seguía sujetando la mía y que, aunque no debería, aquello no me molestaba en absoluto.

—Aceptarlo, no lo acepta. —Se encogió de hombros, como si no le diera demasiada importancia—. Pero creo que ya se resignó. Además, estoy acostumbrado a ser el «bad boy» de la familia —añadió haciendo comillas en el aire con la mano libre—. No es algo que planee ni desee tener, ¿entiendes? Pero si algún día pasa, claro que voy a quererlos y cuidar de ellos. Solo que ahora mismo no me imagino siendo padre. Y, si algún día lo fuera, me gustaría ser un padre presente. Con el trabajo que tengo, eso sería complicado. Sobre todo porque amo lo que hago, aunque a veces parezca un zombi caminando por la calle —bromeó, y asentí, comprendiendo perfectamente lo que quería decir.

—Te entiendo muy bien —respondí con sinceridad.

Por un instante, el silencio entre nosotros no tuvo nada de incómodo. Era como si compartiéramos una complicidad silenciosa. Y, de repente, la cena, los pequeños pimientos, la nota, el gesto… todo parecía formar parte de algo que crecía lentamente, pero con raíces firmes.

Él me miró un segundo más de lo necesario y, como si quisiera suavizar la intensidad que se había instalado entre nosotros, comentó:

—Pero, a pesar de todo, será bonito ver a tu familia, ¿no?

Sonreí y asentí, sintiéndome más ligera.

—Sí… bonito e intenso.

Los dos reímos y, aunque a regañadientes, aparté lentamente mi mano de la suya mientras cogía la copa de vino, todavía desconcertada por la facilidad con la que la intimidad surgía entre nosotros.

La cena continuó ligera, llena de bromas y recuerdos de su infancia que compartió conmigo, como el día en que se rompió el brazo intentando impresionar a una chica saltando desde el tejado del garaje. Y, por un momento, me dejé llevar. Intenté sacar de la ecuación aquello de «solo un beso», aunque mis traicioneros ojos siguieran bajando una y otra vez hacia aquellos labios que eran una auténtica perdición.

Era fácil olvidar las complicaciones cuando Liam estaba cerca, con esa forma de mirarme y de hacer que todo pareciera mucho más sencillo de lo que realmente era.

Pero dentro de mí, todo seguía siendo complicado.

La conversación fluyó con una suavidad casi inesperada, como si las palabras llenaran un espacio entre nosotros que antes había estado vacío, aunque jamás resultara incómodo. La tensión que siempre había existido en nuestra amistad —esa que se acumulaba en los silencios y en las cosas que nunca decíamos— parecía disolverse poco a poco, como nieve derritiéndose bajo el sol.

No sabía exactamente cómo había ocurrido, pero, de algún modo, hablar con Liam hacía que los problemas que pesaban sobre mí se volvieran más ligeros. La presión familiar, el reencuentro con John, el miedo constante a sentirme perdida respecto al futuro… todo parecía un poco más soportable cuando compartía esas inquietudes con alguien que, aun siendo tan diferente a mí, parecía entenderme mejor que nadie.

Y entonces el ambiente entre nosotros cambió otra vez.

La conversación se volvió más personal. Él compartió algunas historias sobre sus propios conflictos internos, sobre las expectativas que los demás tenían respecto a su carrera y a su vida personal. Y yo, poco a poco, empecé a abrirme más. Le hablé de cómo la presión familiar me hacía sentir atrapada dentro de una prisión invisible.

Pero, en el fondo, había algo más ocurriendo allí. Algo imposible de traducir solo con palabras.

Era como si, con cada risa compartida y cada mirada que se prolongaba un poco más de la cuenta, la distancia que todavía existía entre nosotros se redujera de forma natural.

El beso, aunque ninguno de los dos lo mencionara, seguía flotando en mis pensamientos. Y no pude evitar mirar a Liam con una curiosidad silenciosa.

¿Sentiría él lo mismo?

De repente, el ambiente tranquilo y acogedor del apartamento empezó a parecer demasiado pequeño. Su proximidad despertaba en mí una tensión distinta. Una que no tenía nada que ver con las palabras, sino con las miradas.

Algo estaba a punto de cambiar.

Algo que no sabía si debía permitir o esconder, como un secreto peligroso entre los dos.

Él me devolvió la mirada y aquella sonrisa ladeada volvió a acelerar mi corazón.

—Sabes, Chloe… —empezó con tono relajado, aunque había algo más serio escondido en su voz—. No estás sola en esto. Y voy a estar aquí si necesitas hablar de cualquier cosa… o incluso si solo necesitas compañía para sobrevivir a una cena familiar.

Una pequeña sonrisa apareció en mi rostro.

—Lo sé —respondí.

Pero, en el fondo, sabía que entre nosotros ya existía algo más que amistad. Algo que empezaba a crecer lento y constante, aunque yo todavía no quisiera admitirlo.

Liam se inclinó ligeramente hacia delante, como si fuera a decir algo más, pero dudó. Su mirada descendió hasta mis labios durante un segundo que pareció eterno antes de volver a mis ojos.

No era solo cariño lo que había allí.

Vi deseo, cuidado, curiosidad… todo mezclado en un silencio que decía mucho más que cualquier frase.

—Chloe… —murmuró, casi como si estuviera probando el peso de mi nombre entre sus labios, como si aquella sola palabra preguntara y respondiera al mismo tiempo.

Y entonces lo supe.

Si se acercaba un centímetro más, yo no retrocedería.

Todo mi cuerpo era consciente del suyo. De la forma en que su pecho subía y bajaba lentamente. De la tensión sutil bajo la camisa

negra. De su aroma cítrico, parecido al lemongrass, que ya empezaba a resultarme peligrosamente familiar.

Pero él no se movió.

Ni yo tampoco.

Simplemente nos quedamos allí, atrapados en aquel límite peligroso entre lo que éramos y lo que podríamos llegar a ser.

Liam apartó la mirada primero, con una sonrisa ligera y contenida, como alguien que entendía que todavía había tiempo… o quizá que aún no era el momento.

Se levantó despacio y llevó nuestras copas vacías hasta la cocina. Y, por un instante, aquella escena cotidiana casi consiguió hacerme olvidar el caos que seguía latiendo dentro de mí.

Casi.

La verdad era que esa noche había sido atento, gentil y presente. No intentó nada. Incluso sus provocaciones cargadas de malicia fueron mucho más suaves, y eso solo demostraba que seguía siendo él… aunque también diferente.

Y no pude evitar preguntarme por qué se había contenido tanto.

¿Miedo?

¿Respeto?

¿O quizá porque él también se preguntaba qué demonios estábamos haciendo?

Aquello era un noviazgo falso. No podíamos empezar a confundir las cosas.

Mientras él lavaba los platos con una calma ensayada —porque ni siquiera me dejó ayudarlo—, me senté en el sofá observando el silencioso apartamento.

Los pequeños detalles que hablaban de quién era realmente: los libros de medicina apilados junto al sillón, las fotos de sus sobrinos en la estantería, otra con sus padres, los papeles de las guardias abandonados sobre el portátil.

Todo en Liam era una invitación y una barrera al mismo tiempo.

Y entonces, como si la noche hubiera dejado una pregunta suspendida en el aire, pensé:

¿Hasta cuándo vamos a fingir que somos solo amigos?

Porque, si era completamente sincera conmigo misma, sabía que todo aquello —la cena, la conversación, la forma en que me miraba, mi cuerpo reaccionando a cada gesto suyo— no tenía nada de amistad.

No era solo el recuerdo del beso.

Era el recuerdo de todo lo que él despertaba dentro de mí. La forma en que conseguía hacerme reír, pensar, desafiar mis propias barreras. Cómo me hacía sentir segura incluso cuando todo en mí gritaba que mantuviera la distancia.

Quizá Liam tuviera razón y todo aquello no fuera más que una amistad con cierta tensión. Una amistad llena de recuerdos en los labios y chispas escondidas en los silencios.

Pero, en el fondo, una parte de mí seguía preguntándose si aquello era solo el comienzo de algo mucho más grande… o simplemente un cómodo desvío en el camino que ninguno de los dos se atrevía realmente a recorrer.

La duda me acompañó cuando me despedí de él esa noche.

Un beso en la mejilla que duró uno o dos segundos más de lo necesario.

Una mirada compartida en el marco de la puerta.

Y la certeza absoluta de que aquello no terminaba allí.

Ni de lejos.

¿De quién fue siquiera la idea de que fuéramos solo amigos?

Amigos que cenan a la luz de las velas, con vino y risotto… totalmente normal, pensé con ironía.

Solté una pequeña risa para mí misma mientras caminaba hacia el otro lado del pasillo, todavía cálida por todos aquellos recuerdos, igual que el último sorbo de vino.

Totalmente normal.

Un amigo que sabe exactamente cómo me gusta el arroz: al dente, pero cremoso. Que sirve el vino perfecto. Que escucha mis desahogos. Que observa cada una de mis reacciones con una paciencia silenciosa. Un amigo que cocina como si pusiera poesía en cada plato. Que se sienta frente a mí con una luz suave en los ojos y habla sobre no querer hijos con la misma naturalidad con la que alguien comenta el tiempo, sin saber que eso me tranquiliza de una manera imposible de explicar.

Un amigo que, cuando sonríe, consigue que el mundo se ralentice durante unos segundos.

Entré en mi apartamento y me quedé allí, pensando en él. En el aroma a albahaca. En el sonido de su risa cuando le hablé de mi familia obsesionada con las bodas. En la manera en que respetó mis silencios y, aun así, pareció escuchar todo aquello que nunca llegué a decir.

Tal vez los dos estábamos jugando a fingir normalidad.

O tal vez solo esperábamos que alguno reuniera el valor suficiente para admitir que, entre un risotto y una copa de vino, entre todo lo dicho y lo callado… algo ya había cambiado.

Cerré los ojos un instante e inspiré profundamente.

¿Amigos? Claro.

Entonces, ¿por qué mi piel seguía recordando su tacto? Solo pensar en el roce de nuestra despedida hacía que todo mi cuerpo reaccionara como si hubiera sido mucho más que eso.

Y mientras me tumbaba en la cama, solo pude pensar en una cosa:

¿Por qué mi corazón seguía latiendo como si esperara una segunda cena, un segundo beso… una segunda oportunidad?

CAPÍTULO 19
LIAM WALKER

Organizar mi ausencia del hospital fue como mover piezas de ajedrez en un tablero donde todos quieren dar jaque mate al mismo tiempo. Cirugías redistribuidas, pacientes reasignados entre colegas de confianza, llamadas transferidas. Pero lo conseguí.

Cuatro días.

Cuatro días lejos de guardias, urgencias y salas de emergencia.

Cuatro días al lado de mi pelirroja y, sinceramente, me desconcertaba el evidente deseo que tenía de aprovechar cada minuto junto a ella.

En cuanto llegó la hora de salir el jueves por la mañana, fui hasta su apartamento, llamé a la puerta para avisar que iba a entrar, porque sabía que, si tocaba el timbre, Freddie saldría disparado hacia mí ladrando como un loco, lo que probablemente molestaría a los vecinos de arriba y de abajo. Por eso entré usando la llave de repuesto que todavía no le había devuelto.

La idea inicial era salir el miércoles por la noche, pero, como ambos trabajábamos y yo llegué tarde de la última guardia que tuve que hacer para conseguir aquellos días libres, decidimos dormir cada uno en su casa y salir al amanecer, ya que el lugar quedaba a unas horas de Boston.

—Eh, pelirroja. Ya llegué —avisé mientras me dejaba caer en el sofá del salón para esperarla.

Freddie salió corriendo en cuanto escuchó mi voz, pero, como yo ya estaba sentado, no pudo pegarse a mis piernas como hacía normalmente.

—¿Qué pasa, campeón? ¿Listo para tomarte unas vacaciones lejos de la problemática de tu madre? —bromeé, y Freddie alternó algunas lamidas con pequeñas mordidas juguetonas en mi mano.

—He oído eso, doctor —protestó ella desde no muy lejos, y me resultó imposible no sonreír ante la reprimenda.

—¿Vas a tardar mucho? Si quieres, llevo a Freddie a casa de Mel mientras terminas de organizar las cosas —sugerí, porque las mujeres normalmente tardaban una eternidad en prepararlo todo y prefería ocuparme de algo antes que quedarme esperando.

—No hace falta, ya estoy lista.

Confieso que me sorprendió verla preparada a la hora acordada, teniendo en cuenta que, por lo que habíamos hablado por mensajes esos días, apenas había dormido intentando dejar todo en orden en el trabajo y adelantar las maletas del viaje.

Chloe apareció pocos minutos después con el pelo suelto y una maleta pequeña en la mano.

Demasiado pequeña para cuatro días, pensé divertido.

—Creía que ibas a llevarte el tocador entero —la provoqué, y ella puso los ojos en blanco.

—No te emociones, hay otra maleta en la habitación. Esa es solo la de los zapatos —replicó con una sonrisa irónica, y no pude negar cuánto me gustaban aquellos juegos de gato y ratón entre nosotros.

—Perfecto. Voy a bajar la otra al coche y tú lleva a Freddie y sus cosas —indiqué.

Pocos minutos después salimos, dejamos a Freddie en casa de mi hermano para que se quedaran con él esos días y seguimos directamente hacia el interior, donde se celebraría la boda de Megan. Como Bryan y Mel solo irían el día de la ceremonia, no habría problema con el perro porque la empleada doméstica y la cocinera estarían en el apartamento para evitar que hiciera destrozos y sacarlo a pasear.

El camino hasta allí fue… sorprendentemente cómodo.

Mantuve canciones de mi banda favorita sonando a bajo volumen para que pudiéramos hablar de cualquier cosa. Claro que Chloe protestó porque solo estábamos escuchando Queen y, como el

trayecto era largo, terminé cediendo la mitad del viaje y permití que me torturara durante casi dos horas con Taylor Swift.

Aunque, siendo sincero, me gustó bastante verla cantar a pleno pulmón, mucho más relajada a mi lado. Y, aunque normalmente odiaba que pusieran los pies sobre el asiento, tampoco le dije nada cuando ella lo hizo.

Lo cual era bastante extraño.

Esperaba que Bryan jamás descubriera eso, porque no dejaría de atormentarme.

Me gustaba eso de ella.

La naturalidad con la que llenaba los espacios sin intentar controlarlos. Y la forma en que, de vez en cuando, desviaba la mirada hacia mí en los momentos en que creía que yo no me daba cuenta.

Algo que yo también hacía más veces de las que debería.

Para mi suerte, Chloe llevaba unos vaqueros claros y una camiseta de lino beige o algo parecido. Lo cual fue fantástico, porque ya estaba preciosa así. Si hubiera llevado algo más corto, habría sido una distracción monumental.

De vez en cuando, mis ojos terminaban fijándose en aquellos labios finos y perfectamente dibujados que seguían sin abandonar mi mente.

Y, sinceramente, el deseo de repetir el beso que compartimos volvía con fuerza.

Mucho más de lo necesario.

Más de una vez pensé en si volvería a pasar. Porque, al fin y al cabo, para todo el mundo estábamos saliendo juntos y tendríamos que ser convincentes delante de los demás.

Llegamos cerca del mediodía, aparqué el coche y noté cómo Chloe se quedaba mucho más callada de repente.

El lugar elegido para la boda de la hermana de Chloe estaba a unas horas en coche: una propiedad encantadora en el interior, rodeada de árboles altos y verdes, con un enorme lago que reflejaba

el cielo como si fuera de cristal. Piscinas rodeadas de piedra, salones rústicos con lámparas colgando del techo de madera, zonas de juegos y hamacas extendidas bajo los árboles.

El tipo de lugar donde uno pierde la noción del tiempo.

Donde todo parece un poco más simple.

—¿Todo bien, pelirroja? —pregunté frunciendo el ceño.

Sus ojos verdes se clavaron en los míos y sonrió, aunque aquella sonrisa no alcanzó sus ojos.

Respiró hondo.

—Sí… hay algo que necesito contarte —empezó con evidente tensión, y todas mis alarmas internas se dispararon.

Pero entonces vi a los padres de Chloe acercándose hacia nosotros con enormes sonrisas en el rostro.

—Tus padres vienen hacia aquí —le advertí.

Ella miró en la misma dirección y soltó un bufido frustrado.

—Vale. Luego hablamos.

Fue a abrir la puerta del coche, pero sujeté suavemente su mano.

—¿De verdad está todo bien? ¿Ha pasado algo?

Ella negó despacio.

—No, tranquilo. No es nada grave. Cuando estemos solos te lo cuento.

Asentí y salimos del coche.

El calor envolvió nuestros cuerpos y las risas, voces y pasos resonaban desde distintos rincones de la propiedad. Al parecer, gran parte de la familia de Chloe ya había llegado y algunos niños corrían por el enorme césped.

—¡Qué bien que ya estáis aquí! —comentó Charlotte emocionada mientras abrazaba a su hija con fuerza.

El señor Davis, más reservado, aunque igualmente amable, me tendió la mano para saludarme.

—Me acuerdo de ti, muchacho. Eras el gemelo que salió con Mel en la adolescencia, ¿verdad?

Aunque era cierto, la situación me hizo sentir incómodo. Estar ahora con su hija después de haber salido con su mejor amiga seguía siendo raro cuando alguien lo decía en voz alta.

¿Eso incomodaría a Chloe?

No lo parecía, porque para todos los efectos incluso Mel creía que estábamos en una relación y jamás había demostrado molestarse. Chloe tampoco.

Pero quizá sus padres sí.

—Sí, soy yo. Pero ahora ella está casada con mi hermano y todos nos llevamos muy bien —expliqué algo que él ya sabía, teniendo en cuenta que incluso habían asistido a la boda.

—Ah, claro. Forman una familia preciosa.

Asentí y, en ese momento, Charlotte me atrapó en un abrazo apretado.

—Ay, querido, qué alegría que hayas podido venir. Te hará bien pasar unos días lejos del hospital.

Sonreí en señal de acuerdo.

—La verdad es que necesitaba un descanso —admití.

Trabajaba mucho más de lo normal para destacar ante la dirección del hospital… y también para mantenerme ocupado ahora que ya no podía hacer ciertas cosas que antes hacía sin pensar, todo gracias al acuerdo que tenía con Chloe.

Aunque tuviste la oportunidad y aun así no quisiste.

Mi subconsciente me acusó y lo ignoré. No quería pensar en la falta de interés que últimamente parecían provocarme las mujeres que antes tanto llamaban mi atención. Y, como si supiera perfectamente cuál era el motivo de aquello, mis ojos se desviaron hacia ese rostro cubierto de pequeñas pecas sobre la nariz y bajo los ojos, detalles que solo la hacían todavía más hermosa.

—Lo necesitabas. Has estado trabajando demasiado, y mira que yo no soy precisamente la persona más indicada para hablar de exceso de trabajo —comentó Chloe, y una sonrisa ladeada apareció en mi rostro.

Con unas ganas absurdas de tocarla, decidí poner en práctica nuestra actuación. Pasé el brazo por encima de sus hombros y pegué nuestros cuerpos.

—Pero ahora ya no tendrás motivos para quejarte, pelirroja. Voy a ser todo tuyo durante cuatro días —la provoqué, y la sonrisa de su madre se amplió mientras intercambiaba una mirada emocionada con el señor Davis.

Y, aunque sabía perfectamente que Chloe quería matarme por lo que acababa de decir, forzó una sonrisa. Pero sus ojos eran clarísimos: *te voy a matar.*

Poco después nos acercamos a algunos familiares que estaban reunidos cerca y me presentaron a todos como el novio de Chloe. Debía admitir que fueron amables y nos recibieron muy bien.

La familia de Christopher, el prometido de Megan, también parecía haber llegado y, aunque eran más reservados, resultaron igual de simpáticos.

Algunos camareros recorrían la propiedad ofreciendo zumos, agua e incluso bebidas alcohólicas, pero pensaba dejar el alcohol fuerte para la noche. Nunca me había gustado excederme, así que acepté una botella de agua mientras con la otra mano sostenía la cintura fina de mi novia, que conversaba animadamente con algunas primas. Y no pasó desapercibido que varias de ellas me recorrieron de arriba abajo con una mirada claramente apreciativa.

Un rato después, Megan y Christopher aparecieron juntos. Por lo que comentaron, habían estado haciendo una sesión de fotos preboda por la propiedad. En cuanto nos vieron, Megan tiró de la mano de su prometido y vino directamente hacia nosotros.

—¡Qué bien que ya estáis aquí! —comentó emocionada antes de abrazarnos a ambos—. Amor, este es el novio de Chloe del que te hablé. Liam, él es Christopher.

Me tendió la mano con simpatía y su rostro me resultó familiar, aunque no estaba seguro de conocerlo.

—Encantado de conocerte, amigo. Llámame Chris. Poneos cómodos y disfrutad, este lugar es increíble.

Asentí.

—Dios, esto es precioso. Hay un lago espectacular un poco más adelante, os va a encantar. También hay senderos, piscina… —explicó Megan con entusiasmo, haciéndonos reír.

Miré a Chloe y apreté ligeramente su cintura al imaginarme llevándola hasta aquel lago más tarde. Quizá podríamos nadar allí.

—Esta noche haremos una fiesta en la playa, así que poneos algo cómodo… —comentaba Chris. Pero entonces sus ojos se desviaron hacia alguien detrás de nosotros y sonrió—. Esperad un momento, quiero presentaros a mi hermano. Creo que tú ya lo conoces —añadió.

Sentí cómo el cuerpo de Chloe se tensaba de inmediato.

La miré confundido y, en ese mismo instante, noté la presencia de alguien acercándose. Chloe alternó la mirada entre esa persona y yo antes de respirar hondo, provocándome una sensación extraña en el estómago.

Cuando seguí la dirección de sus ojos, me encontré con un hombre alto, apenas unos centímetros más bajo que yo, de piel bronceada, cuerpo fuerte, ojos marrones y una barba espesa que me dio la impresión de haber visto antes.

—¿Necesitas algo? —preguntó distraído, mirando el móvil sin habernos prestado atención todavía.

—Sí. A Chloe ya la conoces, y quería presentarte a su novio, Liam. Estudiasteis juntos, si no recuerdo mal.

Las piezas comenzaron a encajar en mi cabeza lentamente hasta que el reconocimiento golpeó mi memoria. Y la rigidez del cuerpo de Chloe no hizo más que aumentar mi confusión.

¿Pero qué demonios era esto?

Sus ojos encontraron los míos y entonces lo supe.

John.

—¿Liam? —preguntó con cierta confusión, mirando de mí hacia Chloe. Su mandíbula pareció tensarse.

—¿John? Cuánto tiempo —respondí con una simpatía completamente falsa mientras le tendía la mano.

Solté la cintura de Chloe solo para estrecharle la mano con firmeza. Su mirada entrecerrada dejó claro que captó el mensaje. Volví a rodear la cintura de mi novia y la acerqué todavía más a mí.

—Sí… han pasado algunos años. —Sus ojos se desviaron hacia Chloe—. ¿Cómo estás, pelirroja? —preguntó con demasiada familiaridad y un toque de burla que no me gustó en absoluto.

—Chloe, ¿recuerdas? —respondió ella con ironía—. Estaba perfectamente hasta que llegaste.

—Eh, nada de peleas, hoy es un día de celebración —intervino Megan intentando aliviar la tensión, mientras lanzaba una mirada de reproche a su prometido, cuyos hombros se hundieron al darse cuenta de lo que había provocado.

John soltó una risa sin apartar los ojos de Chloe, y aquello me irritó todavía más. Después volvió a mirarme a mí.

—No sabía que estabais juntos. La última vez que nos vimos estabas con otro, aunque no lo trajiste contigo. —Frunció el ceño fingiendo pensar—. Ah, ya me acordé. Noah.

Antes de que Chloe pudiera responder, hablé yo con el mismo tono irónico:

—Ya sabes cómo es esto, John. No pudo resistirse a mi encanto. ¿Verdad, amor?

La miré con ternura, rezando internamente para que siguiera el juego. Chloe sostuvo mi mirada y su expresión se suavizó antes de que una sonrisa auténtica apareciera en su rostro.

—¿Quién podría resistirse? —respondió.

Sonreí de lado y volví a mirar a John, que parecía observarnos con una rabia apenas contenida.

—Debe de ser reciente, ¿no? Porque me encontré contigo hace poco en un bar y no mencionaste nada, ¿verdad, pelirroja? —Otra vez el maldito apodo me irritó. Y descubrir que se habían visto en un bar, todavía más—. Pero mira qué pequeño es el mundo. Entre todos los lugares posibles, este fin de semana vamos a convertirnos en familia. Imagino que ya lo sabías, ¿no, Liam?

Percibí perfectamente la malicia en aquella pregunta. Y, cansado de fingir una educación que ya no tenía ganas de mantener, dejé escapar una pequeña risa antes de responder:

—Primero: la pelirroja es mía, así que puedes llamarla por su nombre, ¿de acuerdo?

Noté cómo su postura se endurecía mientras metía las manos en los bolsillos delanteros del pantalón. Megan y Chris parecían no saber dónde meterse.

—Segundo: sinceramente, que ella no te contara nada no es asunto tuyo. Y tercero… disculpa, pero nosotros solo hablamos de lo que consideramos importante. Y un romance adolescente no parece algo tan relevante como para mencionarlo, ¿no crees?

Su expresión se oscureció de inmediato y una satisfacción brutal recorrió cada parte de mi cuerpo.

—Claro. Igual que lo tuyo con Mel tampoco debió de ser importante —replicó con evidente irritación—. Muy distinto de lo que pasó entre nosotros. —Después soltó una risa fría—. Pero tienes razón. Han pasado muchos años. Estoy felizmente casado, tengo un hijo de ocho años y otro en camino. Mientras que vosotros…

No terminó la frase.

En ese instante, una mujer embarazada, ya bastante avanzada, se acercó con una sonrisa falsa dirigida a Chloe. Sin embargo, noté perfectamente cómo sus ojos me recorrían de arriba abajo con demasiado interés.

—Aquí está ella —comentó John.

Nos saludó y decidí no responder a la provocación de aquel imbécil únicamente porque no quería incomodar a su esposa. Lo

último que necesitaba era que se sintiera mal y arruinara la boda de su cuñada.

En ese momento, Charlotte nos llamó y el alivio que recorrió el cuerpo de Chloe fue más que evidente.

—¿Vamos, amor? Tenemos que llevar nuestras maletas a la habitación —sugirió Chloe, y sentí que mi corazón se saltaba un latido ante la facilidad con la que me llamó así delante de todos.

Sonreí de lado y dejé un beso cariñoso en su sien.

—¿Me estás invitando a ir contigo a la habitación? ¿Qué clase de idiota diría que no? —provoqué a mi pelirroja mientras le guiñaba un ojo a Megan y a Chris, que soltaron una carcajada. Y, aunque avergonzada, Chloe no consiguió contener la sonrisa que luchaba por aparecer.

Miré a John y a su esposa e ignoré la mirada repugnante que me lanzó por el comentario.

—Nos vemos luego, amigo. Ha sido genial reencontrarme contigo, pero ahora tengo cosas más importantes que hacer —añadí con ironía, dedicándole otra sonrisa provocadora que pareció irritarlo todavía más.

Maldito imbécil. Busca pelea con otro.

En ese momento, Chloe soltó una pequeña risa mientras caminábamos hacia donde estaba su madre.

—Pagaría por volver a ver la cara de John después de esos comentarios tuyos —confesó, mucho más relajada que cuando él se acercó.

—Quizá así aprenda a mantener la boca cerrada la próxima vez.

—¡Eh, Liam! —la voz del rey de los imbéciles volvió a resonar detrás de nosotros.

Respiré hondo antes de detenerme, sin soltar a Chloe, y me giré para mirarlo.

—Esta tarde vamos a jugar al baloncesto en la cancha. ¿Te apuntas? ¿O te da miedo enfrentarte al mejor jugador del equipo? —provocó.

Entrecerré los ojos.

—¿Miedo yo? Siempre fui muy bueno jugando al baloncesto y deberías acordarte perfectamente de eso. Aunque, claro, quizá tu memoria ya no funcione demasiado bien. Si quieres, puedo recomendarte unas vitaminas —respondí con ironía.

Él tensó la mandíbula.

—A las tres en la cancha. Entonces veremos quién es el mejor.

—Allí estaré.

¿Era idea mía o aquello acababa de convertirse en una rivalidad personal por culpa de la mujer con la que estaba saliendo?

—Eso ha sido raro —comentó Chloe, pensativa, cuando ya estábamos a pocos pasos de su madre, que hablaba con otra mujer que parecía trabajar allí.

La miré directamente.

—¿No crees que habría sido importante decirme que el cuñado de tu hermana es tu exnovio?

Ella me dedicó una sonrisa incómoda y se encogió de hombros, claramente avergonzada.

—¿Perdón?

Puse los ojos en blanco, inspiré hondo y me incliné ligeramente hacia ella hasta hablarle junto al oído.

—No soy tan bueno como crees. Todo tiene un precio… y creo que ya sé cuál será el tuyo.

Sentí cómo su cuerpo se estremecía.

No supe decir si fue por mis palabras o por el roce deliberadamente lento de mis labios contra el lóbulo de su oreja.

Pero aquella reacción bastó para que una sonrisa satisfecha reapareciera en mi boca.

CAPÍTULO 20
LIAM WALKER

Nos encontramos con Charlotte, que nos contó un poco más sobre los eventos que habría durante el día y la noche. Claro que no estábamos obligados a participar en todo, pero la intención era bonita: mantener a la familia unida y entretener a todos durante los días de celebración.

Por lo que comentó, esa tarde sería el día de las mujeres, con una gran sesión de belleza que incluía spa, y confieso que sentí curiosidad por ver cómo volvería Chloe después de arreglarse. Algo que, naturalmente, ya conseguía volverme loco sin ningún esfuerzo.

Charlotte también confirmó que para los hombres habría algunas competiciones amistosas en la cancha, y enseguida asocié aquello con lo que John había mencionado antes.

Aunque, tratándose de él, tenía clarísimo que sus intenciones eran otras.

Y, sinceramente, ya estaba deseando poner a ese imbécil en su sitio.

En ese momento observaba a Chloe y a su madre hablando sobre el horario en que entrarían al spa, mientras la recepcionista buscaba las llaves de nuestra habitación. Unos minutos después, regresó y le entregó dos tarjetas magnéticas a Charlotte, que se volvió hacia nosotros enseguida.

—Hija, aquí tenéis las tarjetas de vuestra habitación. Espero que os guste. Megan insistió en reservaros una de las mejores suites después de enterarse de que estáis juntos. Cosa que, obviamente, apruebo —bromeó con una sonrisa cargada de malicia.

Fruncí el ceño, confundido por lo que acababa de insinuar, y noté que Chloe había entendido exactamente lo mismo que yo. Se quedó boquiabierta durante unos segundos.

Joder. ¿Había entendido bien?

Sabía que no debería sentirme así, pero me resultaba imposible negar la expectativa que empezó a crecer dentro de mi pecho.

—Mierda… —murmuró Chloe en voz baja, claramente incrédula ante la conclusión a la que acababa de llegar, lo que solo aumentó todavía más mi curiosidad.

Sus ojos verdes, idénticos a los de su madre, se alzaron lentamente hacia ella.

—¿C-cómo que nuestra habitación, mamá? —preguntó todavía atónita.

Después bajó la mirada hacia las dos tarjetas magnéticas. Sus ojos se abrieron aún más. Separó ligeramente los labios, volvió a cerrarlos y, cuando consiguió reaccionar, preguntó: —¿Es la misma habitación?

Fui hasta ella y aproveché la situación para rodear su cintura mientras comprobaba los números de ambas tarjetas.

Sí. Era la misma suite.

—Claro que sí. Estáis saliendo juntos, no soy tan anticuada como para hacer que durmáis separados. Al fin y al cabo, sois dos adultos independientes y no creo que hagáis aquí nada que no hagáis ya en vuestro apartamento —respondió Charlotte encogiéndose de hombros.

Y, joder… en ese instante me dieron ganas de besar a mi suegra "falsa".

—Ya lo has oído, pelirroja. No es nada a lo que no estemos acostumbrados —la provoqué.

La mirada afilada que me lanzó dejó clarísimo que estaba deseando clavarme un codazo en el estómago. Y solo no me eché a reír porque Charlotte no entendería absolutamente nada.

—Pensé que nos pondríais en habitaciones separadas. Siempre habéis sido bastante tradicionales. No conocía esta faceta moderna tuya —replicó Chloe.

Su madre puso los ojos en blanco exactamente igual que ella.

—Las cosas cambian. Y, entre nosotros, nunca me gustaron demasiado tus exnovios. Sobre todo el último, que ni siquiera hizo el esfuerzo de conocernos. Muy distinto del actual —comentó dedicándome una sonrisa cálida.

Y no pude resistirme.

Me acerqué a ella, rodeé sus hombros con el brazo y le di un beso cariñoso en la sien.

—¿Ya le he dicho que es la mejor suegra del mundo?

Charlotte se sonrojó ligeramente, aunque fue evidente cuánto le gustó el cumplido.

—Eh, muchacho. Menos abrazos, haz el favor. Tú sales con mi hija y esa de ahí ya tiene dueño —escuché decir al señor Davis mientras se acercaba.

Aunque el comentario sonó como una reprimenda, la diversión en sus ojos dejó claro que estaba bromeando.

—Ya sabe cómo es esto, señor Davis. Además de conquistar a la hija, también tengo que conquistar a la suegra —bromeé.

Él soltó una risa y asintió.

—Cariño, te están llamando en el buffet para organizar el almuerzo.

—Ah, vale. Vamos entonces. Vosotros llevad las maletas a la habitación y, si queréis descansar un rato, os avisaremos cuando sirvan la comida.

—Ajá… —respondió Chloe, todavía completamente en shock por la información que acababa de recibir.

Me obligué a apartarme de ella y fui a buscar las maletas mientras Chloe seguía prácticamente paralizada en el mismo sitio, perdida en sus pensamientos.

—¿Vamos, preciosa? —la llamé.

Ella me miró y se acercó enseguida. Cuando entramos al ascensor, habló en voz baja mientras esperábamos que las puertas

se cerraran, algo que agradecí teniendo en cuenta que llevaba tres maletas.

—Yo no sabía nada de esto, te lo juro —se justificó de inmediato.

Y enseguida entendí que pensaba que aquello podía molestarme.

Como si realmente no me conociera.

—Relájate, pelirroja. No pasa nada. Me di cuenta de que tú tampoco lo sabías.

Se mordió ligeramente el labio inferior mientras jugueteaba nerviosa con las tarjetas.

Entramos al ascensor y subimos en silencio hasta la última planta de la mansión, cada uno atrapado en sus propios pensamientos.

Y no iba a mentir: cierta tensión empezaba a envolverme por todo lo que podría pasar allí.

¿O Chloe seguiría resistiéndose incluso cuando todo parecía empujarnos exactamente hacia lo contrario?

Poco después abrió la puerta y entramos en la enorme suite que Megan había reservado para nosotros.

Arqueé una ceja al mirar alrededor.

Chloe se quedó completamente inmóvil junto a la puerta. Sus ojos recorrieron la habitación de lujo frente a nosotros y todo en ella gritó un clarísimo esto no puede estar pasando.

Lo que casi consiguió hacerme reír.

Velas aromáticas sobre las mesas laterales.

Una bañera victoriana estratégicamente colocada frente al ventanal.

Una cama king size con dosel blanco decorada con pétalos de rosa.

Pétalos.

De.

Rosa.

—Esto es una broma, ¿verdad? —preguntó sin siquiera girarse hacia mí.

Yo dejé las maletas cerca de la entrada.

—Vaya… Si hubiera sabido que tu hermana tenía este gusto para decorar habitaciones, habría traído champán —la provoqué.

Mi pelirroja estresada puso los ojos en blanco.

—Por favor, dime que hay otra habitación. Que esto es un error. Que luego nos vamos a reír de todo esto.

Sin preocuparme lo más mínimo —más bien sintiendo que quizá el destino estaba cansado de que siguiéramos fingiendo que aquello no se estaba volviendo peligrosamente real—, me dejé caer en el sillón junto a la chimenea.

Una chimenea.

Joder.

La emoción crecía cada vez más dentro de mí y, aunque sabía perfectamente que no debía, tenía unas ganas terribles de agradecerle personalmente a mi cuñada semejante empujoncito.

Aun así, fingí completa indiferencia.

—Chloe, esta es claramente la suite nupcial.

Ella se giró hacia mí con los brazos cruzados.

—Exacto. ¿Y nosotros qué somos? Tenemos un contrato con fecha de caducidad.

Sabía que tenía razón.

Pero la forma en que lo dijo me molestó más de lo que debería.

Aun así, intenté ignorarlo. Era evidente que estaba nerviosa y necesitaba tiempo para procesarlo todo.

—Relájate. Yo dormiré en el sofá —dije intentando tranquilizarla mientras señalaba el mueble, que parecía mucho más decorativo que cómodo—. O podemos turnarnos la cama, como si fuera un acuerdo judicial.

Y odié lo mucho que me molestó volver a escuchar todo reducido a ese maldito acuerdo.

Chloe suspiró y caminó hacia el balcón intentando disimular el caos que llevaba dentro.

El lago reflejaba el sol del comienzo de la tarde y el paisaje parecía sacado de una película.

Aunque, sinceramente, ella de espaldas conseguía que todo se viera todavía más bonito.

Sin que se diera cuenta, saqué el móvil, abrí la cámara y le hice una foto porque simplemente fue imposible resistirme.

Y, joder…

Había quedado preciosa.

Natural.

Perfecta.

Unos minutos después, Chloe volvió a mirarme y pareció expulsar lentamente el aire de sus pulmones.

—Vale… no es para tanto —murmuró más para sí misma que para mí—. No sería justo que durmieras en el sofá.

Me levanté y fui hasta ella.

Quedé frente a frente con Chloe y mis ojos recorrieron cada detalle de su rostro perfectamente delineado. Volví a perderme en aquellas pecas y tuve el impulso absurdo de tocarlas una por una.

Pero eso probablemente parecería demasiado extraño considerando que ella estaba al borde de una crisis mientras yo divagaba sobre sus pecas.

¿Qué demonios me estaba pasando?

—¿Preciosa?

Sus ojos verdes, tan intensos como el lago a nuestras espaldas, se clavaron en los míos.

—Somos dos adultos. Para todo el mundo somos una pareja, así que es completamente normal que nos hayan dado una

habitación juntos. Podemos actuar como adultos y tenemos tres opciones.

—¿Tres? —preguntó en voz baja.

No me pasó desapercibido que sus ojos descendieron hasta mis labios.

La ansiedad me hizo humedecerlos lentamente, aunque sabía perfectamente que no podía dejarme llevar por el impulso o acabaría asustándola todavía más.

—Sí. Podemos aprovechar estos cuatro días como cualquier pareja haría. Fingir fuera que estamos locamente enamorados y aquí dormir como dos amigos en la misma cama. O puedo dormir en el sofá si eso te incomoda. Y la tercera opción, la más aburrida de todas, es que sigas entrando en pánico mientras yo empiezo a sentirme ofendido porque sinceramente creo que estás exagerando un poco —dije con cautela.

Aunque, en el fondo, deseaba desesperadamente que eligiera la primera opción.

Aun sabiendo perfectamente que escogería la segunda.

Chloe se cubrió el rostro con las manos, avergonzada, y dejó caer los hombros con total resignación.

—Perdón, de verdad estoy exagerando, es solo que… —respiró hondo. Sujeté su cintura y la acerqué más a mí mientras, con la otra mano, apartaba un mechón de cabello de su rostro—. No esperaba esto. Pero tienes razón, somos dos adultos y podemos simplemente aprovechar el viaje. Es solo una cama y, mientras cada uno se quede en su lado, no tendremos problemas.

Asentí, decepcionado, aunque no quise dejarlo notar.

—Joder… Pensé que ibas a aceptar la primera opción. Piénsalo, sería mucho más conveniente fingir que somos una pareja enamorada tanto ahí fuera como aquí dentro. Seguro que nos resultaría mucho más natural actuar —insistí, aferrándome a la esperanza de que aquel beso que llevaba días rondándome la

cabeza también la hubiera afectado lo suficiente como para replantearse su decisión inicial.

En el momento en que sus ojos bajaron hasta mis labios, supe que también estaba considerando mis palabras.

—¿Fingir? —preguntó con la voz temblorosa.

Tragó saliva y acaricié suavemente su rostro.

—Sí. Podemos fingir que salimos juntos y, cuando volvamos, todo regresará a la normalidad dentro de nuestro acuerdo inicial —propuse.

En cuanto se mordió el labio inferior, indecisa y claramente afectada por lo que acababa de sugerirle, no pude resistirme. Con el pulgar liberé sus labios de sus dientes y acerqué mi rostro despacio, dándole tiempo para apartarse si quería.

Pero no lo hizo.

—Te deseo. —Besé uno de sus pómulos—. Y siento que tú también me deseas. —No lo negó, y entonces besé el otro lado de su rostro.

Acaricié su piel mientras humedecía mis labios, que parecían más secos de lo normal.

—Entonces, ¿por qué huir de algo que ambos queremos?

Incapaz de contenerme un segundo más, acorté la distancia entre nosotros y uní mi boca a la suya. Aunque el beso la tomó por sorpresa, Chloe no me apartó ni se alejó. Y, en cuanto entreabrió los labios, dejé de contenerme y deslicé mi lengua entre su boca suave y cálida.

Nuestras lenguas se encontraron en un juego lento y delicioso, sin prisas, como si estuviéramos descubriéndonos y saboreando aquel instante de la mejor manera posible.

Su beso sabía a miel y cada roce conseguía volverme más adicto a ella.

El sabor de Chloe era dulce y cálido, y la forma en que su boca encajaba con la mía me arrancó cualquier resto de racionalidad. Mi

corazón golpeaba el pecho como si estuviera corriendo una maratón y todo a nuestro alrededor desapareció.

No había sonidos.

No existía el tiempo.

No había acuerdos.

No había nada aparte de la sensación de su piel bajo mis manos y el calor embriagador que comenzaba a arder entre nuestros cuerpos.

Mis manos encontraron su cintura con naturalidad y la atraje todavía más hacia mí, como si mi cuerpo necesitara sentir el suyo por completo. Cada suspiro que escapaba de sus labios contra mi boca era una mezcla perfecta de tortura y alivio, como si estuviera intentando saciar una sed antigua e imposible de apagar.

Ella era fuego y calma.

Deseo y refugio.

Y lo peor —o quizá lo mejor— era saber que, aunque todo hubiera comenzado como un impulso, había algo en aquel beso que se sentía peligrosamente correcto.

Como si todo nos hubiera llevado hasta ese momento.

Y, cuando nuestras bocas finalmente se separaron, ambos jadeando y todavía con los ojos cerrados, lo supe: fingir nunca volvería a ser suficiente.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, respirando con dificultad, todavía atrapados por todas las sensaciones intoxicantes que nos habían consumido.

Y, como si fuera el peor momento posible, alguien llamó a la puerta.

La burbuja que nos envolvía estalló al instante y todo volvió bruscamente a la realidad.

Chloe tragó saliva, todavía impactada por lo que acababa de ocurrir. Se apartó de mí y caminó hacia la puerta mientras yo seguía

perdido en mis propios pensamientos, confundido por todo lo que acababa de sentir.

Nos habíamos besado aquel otro día y había sido intenso.

Pero esto…

Esto había sido diferente.

Una sensación aplastante se expandía dentro de mi pecho y no sabía qué demonios pensar de todo aquello.

Volví la mirada hacia el lago mientras Chloe hablaba con alguien al otro lado de la puerta. Poco después escuché cómo se cerraba.

Me giré hacia ella y, aunque era evidente que tampoco sabía muy bien cómo comportarse después de toda la intensidad que acabábamos de compartir, se aclaró la garganta antes de hablar: —Era mi madre. Dice que el almuerzo se servirá dentro de treinta minutos.

Asentí, mucho más callado de lo habitual.

Y entonces, con una valentía que incluso pareció sorprenderla, volvió a hablar: —¿Puedo pensar un poco más en tu propuesta antes de tomar una decisión precipitada?

Una presión extraña me oprimió el pecho al imaginar que realmente estaba considerando lo que le había propuesto. Y algo peligrosamente parecido a la esperanza empezó a echar raíces dentro de mí.

—Claro.

Todavía confundido por todo lo que había pasado y sabiendo que no soportaría seguir en la misma habitación con ella si no podía hacer exactamente lo que mi cuerpo llevaba minutos suplicando, decidí salir un rato.

—¿Vas a bajar ya? —pregunté.

Ella negó suavemente con la cabeza.

—Voy a darme una ducha rápida para quitarme el cansancio del viaje.

Asentí porque, sinceramente, no necesitaba —ni quería— quedarme en aquella habitación sabiendo que ella estaría a apenas unos metros de distancia.

Era demasiada tentación.

Demasiado masoquismo.

—Vale. Voy a dar una vuelta. Te espero abajo —avisé.

Tuve la impresión de que quería decirme algo más. Sin embargo, permaneció en silencio mientras me observaba alejarme.

En cuanto llegué al pasillo, me detuve y me descubrí pensando qué demonios me estaba pasando para sentirme tan afectado por un simple beso. Hasta el punto de necesitar alejarme como si no fuera capaz de controlar mis propios impulsos y las ganas brutales de tumbarla sobre aquella cama y follármela durante horas.

Por un instante pensé en tomarme un whisky para despejar la cabeza, pero enseguida descarté la idea y decidí salir a correr para conocer mejor el lugar y distraerme un poco.

Aunque ni siquiera así conseguí dejar de pensar.

Porque, si Chloe rechazaba la propuesta que le había hecho…

¿cómo demonios iba a soportar dormir a su lado y pasar cuatro largos días sintiéndome de aquella manera?

Eso sería simplemente imposible.



Después de correr unos cuarenta minutos, regresé y Chloe ya había bajado a almorzar. Me di una ducha rápida para quedar mínimamente presentable y bajé a buscarla. A pesar de que seguía confundido por todas las sensaciones que esa mujer despertaba en mí, dejé un beso casto sobre sus labios, ya que estaba acompañada por algunos familiares y no podíamos olvidar nuestro disfraz.

Almorcé con todos y conversamos un rato. Aunque la tensión entre nosotros seguía siendo evidente —sexual o lo que demonios fuera aquello—, intentamos comportarnos con normalidad. Chloe recordó que después pasaría unas horas con su madre y su hermana en la "sesión de belleza preboda".

Mientras hablaba con uno de sus primos, descubrí más cosas sobre el lago que había visto a lo lejos desde el balcón de nuestra habitación. No había llegado hasta allí durante mi carrera, así que él me explicó cómo era el lugar y cómo llegar: estaba apartado de la casa principal, rodeado de árboles y conectado por un sendero corto.

Perfecto para un momento a solas.

Decidí que la llevaría allí.

Poco después, Chloe desapareció junto a las demás mujeres y yo me quedé fuera, donde habían montado una pequeña cancha improvisada para jugar al baloncesto. Algunos hombres ya estaban organizando los equipos —primos, cuñados, sobrinos— y Will, uno de los primos de Chloe con el que había conectado bastante bien, me llamó para acompañarlo hasta la cancha. Como ya llevaba ropa cómoda para jugar, eso fue exactamente lo que hice.

—¿Te animas? —preguntó uno de ellos mientras me lanzaba el balón.

Y entonces escuché la risa.

—Ya os dije que jugaba, pero dudo que aguante más de dos cuartos —comentó John al aparecer al otro lado de la cancha con una camiseta demasiado ajustada y la misma mirada provocadora de antes.

Arqueé una ceja y le devolví una sonrisa burlona mientras la adrenalina empezaba a correr por mis venas, con aquella sensación de rivalidad creciendo cada vez más.

—Vamos a ver si tú todavía sabes correr, John —lo provoqué con una sonrisa afilada—. O si solo sabes hablar.

Su mandíbula se tensó de inmediato y sostuvo mi mirada con algo muy parecido al odio. Yo no aparté los ojos, preparado para cualquier enfrentamiento que quisiera provocar.

Porque entendía perfectamente el motivo de toda aquella hostilidad absurda desde que llegué.

Y aquello encendió todas mis alarmas.

Si seguía reaccionando así después de tantos años desde que él y Chloe terminaron, era porque todavía sentía algo por ella. De lo contrario, no había ninguna explicación lógica para aquello.

Y podía afirmarlo por experiencia propia.

Veía a mi exnovia al menos una vez por semana junto a su marido, que además era mi hermano, y jamás me había importado. Sí, había querido a Mel en el pasado y sabía que incluso podría haber llegado a enamorarme de verdad de ella, pero nunca la amé de la forma en que ella amaba a Bryan.

La quería.

Y ella a mí también.

Pero como amigos. Como cuñados.

Nada más.

Terminamos en equipos opuestos.

¿El ambiente?

Tenso.

Y no precisamente por el sol.

Había algo allí que iba mucho más allá de un simple partido. Era personal. John forzaba los pases cuando yo estaba cerca, me miraba fijamente después de cada canasta que anotaba y empujaba más de la cuenta.

Y yo…

Respondía con la calma quirúrgica que había aprendido a dominar con los años.

Actuaba en el momento exacto, con precisión. Mi equipo fluía bien y los chicos confiaban en mí. Y, cuando cerré el partido con un

lanzamiento limpio desde la línea de tres, el grito fue colectivo.

—¡Bien ahí, doctor! —celebró uno de los jugadores de mi equipo.

John apenas apretó los labios y me observó como si aquello todavía no hubiera terminado.

Pero, sinceramente, yo no estaba preocupado por él.

Solo podía pensar en Chloe.

Y en lo que podría pasar esa noche durante el luau.

ILUSTRACIÓN


Carlos
Miguel

CAPÍTULO 21
CHLOE DAVIS

Había llegado hacía menos de media hora de nuestro día de belleza. Me miré en el espejo y observé mi cabello perfectamente peinado, apenas un par de dedos más corto que por la mañana porque aproveché para sanear las puntas, aunque no quise perder el largo. Lo único que realmente había cambiado era el flequillo largo hacia el lado derecho y, sinceramente, me encantó aquel pequeño cambio.

¿Le gustaría a Liam?

Aparté de inmediato aquellos pensamientos. No importaba. Me había arreglado porque me gustaba verme bien, no tenía nada que ver con él.

Ya se acercaba la hora de bajar al luau. El sol comenzaba a esconderse y empecé a inquietarme por la ausencia de Liam.

Separé la ropa que iba a ponerme, dudando entre varias opciones y, después de pensarlo unos minutos, elegí algo más cómodo. Estaríamos en la playa y un vestido largo no parecía la mejor idea.

Entonces escuché cómo se abría la puerta y mi pecho se desacompasó al saber quién era. Mis ojos traicioneros se desviaron hacia él y encontré a Liam distraído con el móvil, concentrado en algo que miraba atentamente.

Separé los labios al contemplar su cuerpo musculoso y perfectamente definido, completamente empapado en sudor. La camiseta blanca de manga corta rozaba la obscenidad con la transparencia que revelaba el sudor deslizándose por su piel. Los tatuajes de su brazo solo intensificaban aquel aire de bad boy por el que siempre había sentido debilidad. Y el pantalón corto, ligeramente por encima de las rodillas, dejaba ver el grosor de sus piernas, haciendo crecer mi curiosidad por imaginar cómo se verían sin él.

El aire pareció abandonarme ante el torrente de pensamientos que invadió mi cabeza.

Había pasado el día entero dándole vueltas a la propuesta indecente y peligrosamente tentadora que me había hecho aquella mañana: fingir que éramos novios de verdad durante esos días.

Y no podía negar que estaba muy cerca de aceptar.

Pero había dos cosas que todavía me impedían decir que sí.

La primera era nuestra amistad. ¿Y si aquello terminaba arruinando todo lo que habíamos construido? Tenía miedo de que jamás pudiéramos volver a la normalidad. A nuestras películas y series juntos, a que él apareciera en mi casa sin avisar, a llevar a Freddie al parque.

¿Y si ya no había vuelta atrás?

La segunda cosa que me atormentaba era mi supuesta falta de experiencia.

O quizá no exactamente eso.

Experiencia sexual tenía. Mucha.

El problema era que muy pocos hombres conseguían hacerme llegar al orgasmo y no sabía si el problema era mío. Y considerando que en la mayoría de mis relaciones fallidas terminé adornada con unos preciosos cuernos, todo apuntaba a que la defectuosa era yo.

Una vez llegué a hablar de ello con Mel y me sugirió buscar una terapeuta sexual para intentar entenderme mejor y quizá solucionar aquel problema.

Pero todavía no había reunido el valor para hacerlo.

Como si por fin saliera del trance en el que estaba atrapada, Liam me descubrió justo cuando se quitaba la camiseta con aquellos brazos torneados.

—Ya estás aquí… —El aire volvió a desaparecer de mis pulmones en cuanto contemplé demasiada piel expuesta sobre aquel pecho perfectamente definido.

Joder.

Estaba absurdamente bueno.

Lo peor era que aquello no era ninguna novedad. Siempre se paseaba sin camiseta por el edificio junto a sus conquistas, pero la rabia que sentía por él en aquella época disfrazaba cualquier deseo.

Aunque no era ciega.

Y sí, más de una vez había aprovechado discretamente el espectáculo.

Bajé la mirada por los músculos marcados de su abdomen y tuve que contener el movimiento involuntario de mis piernas, que parecían querer cerrarse para impedir que aquel hormigueo entre ellas siguiera creciendo.

—¿Te gusta la vista, pelirroja? —preguntó con aquella voz ronca que conseguía estremecerme entera.

Cuando me di cuenta de que me había pillado mirándolo, levanté la vista y lo enfrenté. Aunque sentí las mejillas arder, fingí indiferencia.

Aunque fuera la mentira más grande de mi vida.

No sería yo quien alimentara todavía más su ego gigantesco, así que me encogí de hombros.

—Es una buena vista, pero tampoco es lo mejor que he visto —mentí descaradamente porque no pensaba rendirme tan fácil.

Liam se detuvo frente a mí y tuve que contener la carcajada ante la evidente falta de credibilidad que acababa de atribuirme.

—Mentirosa.

—¿Yo, mentirosa? —Esta vez sí me reí, echando la cabeza hacia atrás—. Solo porque no soy como las mujeres que inflaban tu ego no significa que esté mintiendo.

Él arqueó una ceja y avanzó lentamente un par de pasos hacia mí.

Y yo no retrocedí.

—No es por eso. Es que sé reconocer cuándo mientes y eso es exactamente lo que estás haciendo ahora mismo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo puedes saberlo? —pregunté sin conseguir apartar mis ojos de los suyos, que lentamente descendieron hasta mis labios.

—Porque eres incapaz de mentir sin pestañear justo después. Y tus ojos no decían lo mismo que tu boca. Más bien me dijeron que te gustó muchísimo lo que estabas viendo —provocó.

Solté una risa nerviosa y desvié la mirada unos segundos, incapaz de sostenerle los ojos demasiado tiempo sin delatarme.

¿De verdad hacía eso?

—Hablas así porque te sentiste inseguro cuando no alimenté tu ego, doctor depravado —contraataqué.

—Entonces, ¿puedo proponerte un desafío? —ofreció con malicia.

Un escalofrío recorrió toda mi espalda.

Dudé si aceptar o no porque algo me decía que acabaría arrepintiéndome de cualquier cosa que saliera de su boca. Pero la curiosidad fue más fuerte.

—Vale… ¿y cuál sería?

Aquella maldita sonrisa ladeada apareció de nuevo, confirmándome que sí, definitivamente me arrepentiría.

—Puedo comprobar si lo que dijiste es mentira o no metiendo un dedo dentro de tu coñito.

Primero llegó el shock.

Después, una risa nerviosa escapó de mis labios.

—¿Hablas en serio? —pregunté, completamente incrédula.

Él asintió y negué con la cabeza, todavía impactada por el tamaño de su descaro.

—¿Y cómo se supone que eso demostraría tu teoría?

Se encogió de hombros sin borrar aquella sonrisa insoportable.

—Fácil. Porque si la forma en que apretaste las piernas significa que estás tan excitada como yo, entonces solo confirma que estabas mintiendo. Porque parece que te cuesta muchísimo admitir que

estoy bueno y que sí quieres explorar todo lo que tengo para ofrecerte. Pero sigues empeñada en negar que la propuesta que te hice esta mañana probablemente sea la mejor idea que he tenido en semanas. Los dos saldríamos ganando.

Como si estuviera decidido a torturarme y acabar con la poca cordura que todavía me quedaba, Liam redujo la poca distancia que nos separaba y mordisqueó mi labio inferior de una forma absurdamente sexy.

Y aunque todo mi cuerpo gritaba para que continuara exactamente donde lo había dejado…

el muy hijo de puta se apartó con aquella sonrisa insufrible dibujada en el rostro.

—El tiempo sigue pasando, pelirroja. Y el nuestro se está acabando —dijo con un guiño.

Después se echó la camiseta al hombro y el olor a perfume cítrico, limoncillo y hombre sudado absurdamente atractivo invadió mis sentidos mientras caminaba hacia el baño.

—Voy a ducharme, preciosa. Y solo no te invito a venir conmigo porque todavía no has decidido lo que quieres.

Y después de decir eso, entró al baño y cerró la puerta, dejándome completamente paralizada en el mismo lugar mientras solo podía asumir una realidad:

Estaba jodidamente perdida.



Me puse una camisa ligera de manga larga, de tela vaporosa, en un tono blanco roto. Decidida a vengarme de Liam por lo que acababa de hacer antes de entrar en la ducha, resolví que, en vez de dejar solo los botones superiores abiertos para que no se viera nada de mi generoso escote —ya que la intención inicial era ponerme una camiseta blanca de tirantes finos debajo—, cambiaría

de estrategia al darme cuenta de que él estaba dispuesto a torturarme.

Así que dejé algunos botones estratégicamente desabrochados, revelando parte de mi clavícula y también un poco de escote. Como la camisa era ligeramente transparente, se podían distinguir perfectamente mis curvas bajo el sujetador negro, que apenas conseguía ocultar mis pezones, todavía endurecidos desde que lo vi sin camiseta.

Como si quisiera demostrar que realmente estaba decidido a atormentarme, salió de la ducha usando nada más que una toalla blanca envuelta alrededor de la cintura, con pequeñas gotas de agua que no había secado del todo cayendo por su espalda perfectamente torneada.

Parecía hacer absolutamente todo a propósito para volverme loca.

Seguí maquillándome, algo suave para la noche, aunque quería verme más guapa de lo habitual. Y sí, tenía bastante que ver con Liam, porque quería comprobar si de verdad se sentía tan tentado por mí como decía… y hasta dónde sería capaz de aguantar.

Siempre me había gustado maquillarme, así que hice un delineado perfecto en los ojos, con un sombreado suave en tonos nude y tierra. Un poco de colorete y un pintalabios nude de larga duración para que no desapareciera si, por casualidad, acababa ocurriendo uno u otro beso, ya que necesitábamos mantener nuestra actuación delante de los demás.

¿Ya estás planeando hasta los besos, doctora Davis?

Escuché a mi subconsciente acusarme y lo ignoré de inmediato. Después de todo, aquello no era más que una actuación.

Me giré de un lado a otro frente al espejo mientras observaba cómo el short vaquero de cintura alta y bajo deshilachado marcaba perfectamente mis caderas y mis nalgas redondeadas. Era lo bastante corto como para dejar mis piernas torneadas completamente a la vista y, sinceramente, me gustó lo que veía.

Intenté ignorar que el doctor depravado torturador de pacotilla se estaba cambiando dentro de la habitación sin molestarse siquiera en esconderse. Y no podía negar que había sido mucho más fuerte de lo que jamás imaginé al no girarme para echar un pequeño vistazo cuando se puso los bóxers.

En cuanto terminé de arreglarme, apareció justo detrás de mí, tomó un mechón de mi cabello, lo llevó hasta su nariz y lo olió. Después, a través del espejo, me recorrió lentamente de arriba abajo antes de soltar un silbido bajo.

—Así va a ser difícil mantener las manos lejos de ti esta noche.

Solté una pequeña risa, satisfecha por haber dado exactamente en el blanco.

—Ah, ahora que lo recuerdo… sí puedo mantener las manos pegadas a ti y también la boca sin preocuparme demasiado, porque necesito demostrar que soy un novio muy enamorado —susurró junto a mi oído.

Afectada por su presencia y por sus palabras, me aparté un poco para intentar ordenar mis pensamientos y dejé escapar una risa nerviosa.

—No hace falta que exageres —respondí, porque solo imaginar que pudiera cumplir todo lo que acababa de decirme despertaba sensaciones peligrosamente tentadoras. Y cada vez me costaba más contenerlas.

—¿Y entonces dónde estaría la gracia? —se burló, y opté por ignorar el comentario.

Observé la camisa de lino beige de mangas remangadas que llevaba puesta, ligeramente abierta en el cuello. La tela era ligera, fresca y encajaba perfectamente con el ambiente playero y el encanto despreocupado del evento. Las bermudas azul marino de sarga creaban un contraste elegante con la camisa clara y le daban un aire sofisticado, aunque informal. En los pies llevaba unas sandalias tipo papete con tira en "Y", en tonos tierra que mezclaban café, caramelo y burdeos, dándole un aspecto todavía más masculino y atractivo.

Y su cabello despeinado solo conseguía hacerlo aún más sexy.

Estaba guapísimo.

Y olía increíble, como siempre.

—Entonces, ¿apruebas mi look? —bromeó al abrir los brazos y pasarse las manos por la barba corta perfectamente cuidada.

Y aunque tenía unas ganas absurdas de decirle que sí, que estaba tan bueno que probablemente dejaría a más de una mujer empapada —incluyéndome—, me mordí la lengua y respondí simplemente:

—No está nada mal.

Él puso los ojos en blanco y tuve que morderme los labios para no reír.

—Eres difícil de impresionar, pelirroja. Nunca te cansas de pisotear mi pobre ego herido.

—¿Sabías que eres un dramático sin remedio? —bromeé—. ¿Vamos?

—Ya que no puedo hacer lo que realmente quiero, vamos. Aunque al menos ahí fuera podré aprovechar para robarte algunos momentos —provocó.

Y esta vez no intenté esconder la sonrisa ansiosa que apareció en mis labios.

—Pero sin exagerar —mentí, aunque en el fondo deseaba que, una vez más, no hiciera el menor caso a lo que acababa de pedirle.

Antes de salir de la habitación, habló de nuevo mientras apoyaba la mano en mi cintura, provocando un pequeño caos dentro de mi vientre.

—Por cierto, me encantó tu corte de pelo.

Me reí, incrédula.

—Solo fue un centímetro. No puedo creer que te hayas dado cuenta —comenté, todavía sorprendida de que lo hubiera notado, algo que Megan aseguró que apenas se veía cuando la peluquera terminó.

Pero no estaba preparada para lo que dijo después.

—Me fijo en todo cuando se trata de ti —soltó sin pensar.

Y mi corazón volvió a perder un latido.

Pero cálmate, corazón. Es un depravado, ¿recuerdas? Coquetea con cualquier mujer que tenga cerca.

No podía olvidarlo.



Las luces colgantes alrededor de la casa ya estaban encendidas una a una. Observé el mar al fondo, que comenzaba a mezclarse con la oscuridad de la noche, y sentí cómo mi estómago se removía de ansiedad por todo lo que aquella noche podría traer.

La zona exterior estaba vibrante: risas, música de fondo y copas de cerveza, cócteles, vino, champán y todo lo que pudiera imaginarse circulaban entre los invitados. Mi familia era ruidosa, cariñosa, de esas que te abrazan incluso sin conocerte demasiado. Muy distinta a la de Christopher, que era más reservada, aunque igual de educada.

Habían colocado sillas y cojines formando un círculo, además de algunas mantas disponibles para sentarnos sobre la arena y disfrutar del ambiente tranquilo. Varias linternas colgaban de los árboles y las velas flotando en recipientes de cristal sobre la arena ayudaban a iluminar el ambiente romántico. También noté algunas cerca de la orilla del mar para quien quisiera darse un baño nocturno. Una gran hoguera ardía en el centro, calentando agradablemente la noche.

Un DJ se encargaba de la música para animar todavía más el ambiente, aunque en ese momento algunos invitados de los novios decidieron improvisar como músicos de la noche con una guitarra, mientras cantaban canciones conocidas alrededor de la hoguera.

Quizá por la cantidad de cerveza que había tomado, me sentía mucho más cómoda junto a Liam que cuando llegamos.

En ese momento estábamos de pie junto a la hoguera. Él permanecía detrás de mí, con los brazos rodeando mi cintura mientras nos balanceábamos suavemente al ritmo de la música y cantábamos junto a los demás.

Liam definitivamente no estaba dispuesto a facilitarme las cosas. Incluso con dos de mis primas a nuestro lado, apartó mi cabello hacia el lado derecho y hundió la nariz en mi cuello. El roce de su barba contra mi piel era un gesto simple, pero completamente afrodisíaco, capaz de dejarme en éxtasis.

Al darse cuenta de la tensión que existía entre nosotros, mis primas terminaron alejándose hacia donde estaban los demás invitados. Y yo ni siquiera me molesté en seguirlas porque, aunque intentaba controlarme, sabía perfectamente que no lo estaba haciendo como debía. Y probablemente terminaría culpando al alcohol por eso.

Otra cosa que fingía ignorar, aunque lo sintiera constantemente, era la mirada intensa de John sobre nosotros. Y no podía negar que disfrutaba cada reacción que él parecía odiar. Una parte de mí se sentía ligeramente vengada por lo que había presenciado años atrás. No hacía ni permitiría nada de aquello por culpa de ese imbécil, pero sí resultaba agradable experimentar aquella pequeña sensación de revancha después de todo lo que me hizo sufrir.

En cierto momento, Liam tomó la manta que habíamos llevado y murmuró junto a mi oído:

—Vamos a sentarnos allí —sugirió. Y, sin dudarlo, asentí.

Caminamos de la mano con una naturalidad que no debería existir y que, aun así, cada vez parecía más real. Nos acercamos a la hoguera, él extendió la manta sobre la arena suave y, descalzo, se sentó sobre ella. Después abrió las piernas y, con aquella sonrisa traviesa, me tendió la mano para que me acomodara entre ellas.

Sabía perfectamente que no debía exagerar.

¿Y qué hice?

Me senté, obviamente, porque mi capacidad de razonar probablemente se había ido de vacaciones.

Me acomodé contra su cuerpo. Tenía una rodilla flexionada y sus brazos rodeaban nuevamente mi cintura. Otra vez apartó mi cabello hacia el lado derecho y empecé a sospechar que disfrutaba observando el perfil de mi cuello.

¿Aquello lo excitaba tanto como a mí cuando me besaban ahí?

La música cambió a una más reciente. Alguien con una voz ronca empezó a tocar los primeros acordes de Stick Season, de Noah Kahan, y las conversaciones alrededor de la hoguera disminuyeron de forma natural. Liam reconoció la melodía al instante y me apretó todavía más contra su cuerpo. Lo miré de reojo y descubrí aquel brillo tranquilo en sus ojos.

—Esta la conoces —comentó mientras balanceaba nuestros cuerpos al ritmo de la melodía acústica.

La voz junto a la guitarra siguió cantando:

"I saw your mom, she forgot that I existed…"

—Espero que tu madre recuerde que existo —murmuró Liam con tono divertido junto a mi oído—, aunque sea solo como tu amigo… con beneficios —bromeó, cambiando el final de la frase.

Sonreí con los labios cerrados, fingiendo que aquellas palabras no habían provocado un escalofrío inmediato en mi espalda.

Pero Liam debió notarlo.

Siempre lo notaba.

Las llamas de la hoguera, su toque cariñoso, la música y la forma en que, de vez en cuando, sentía sus labios rozar suavemente mi cuello hacían que todo resultara todavía más romántico y mucho más difícil para mí mantener la cordura.

Durante algunos minutos solo escuchamos la música, sin dejar de movernos lentamente al mismo ritmo, como si el mundo entero se hubiera ralentizado.

Después de varias cervezas y más risas, nos levantamos y decidimos caminar un poco por la playa. La arena ya estaba fría bajo

nuestros pies y el sonido de la música comenzaba a quedar distante, aunque no lo suficiente como para dejar de tararearla. Levanté la vista hacia el cielo y descubrí que el mar de estrellas creaba un escenario cinematográfico.

Liam se detuvo de repente y lo miré confundida al notar aquella sonrisa diferente en su rostro.

—¿Bailas conmigo? —preguntó.

Me mordí el labio inferior y asentí.

Acerqué mi cuerpo al suyo. Una de sus manos volvió a rodear mi cintura mientras la otra sujetaba la mía, y yo apoyé la mano libre sobre su hombro. Nuestros cuerpos encajaron con una intimidad que ni siquiera los mejores actores habrían sido capaces de fingir.

Y allí, mientras bailábamos, ya no existía nadie más.

Ni John.

Ni mi familia.

Ni nuestros amigos.

Ni mi pasado.

Ni el de Liam.

Solo él.

El calor de su piel bajo mis dedos, su perfume cítrico envolviéndome y la intensidad de la mirada que me dedicaba comenzaron a consumirme por completo.

La tensión entre nosotros se volvía cada vez más densa y aquel deseo no hacía más que aumentar.

—Si seguimos así, nadie va a creer que esto es solo actuación —comenté sin conseguir esconder la sonrisa ni el deseo que crecía dentro de mi vientre como una bola de nieve.

—¿Y todavía quieres que lo crean? —murmuró Liam con un tono capaz de erizarme la piel—. No hay nada mejor que la realidad para convencer a cualquiera —añadió con voz ronca.

Y entonces, como si todo el universo hubiera coreografiado aquel instante para llevarnos exactamente hasta allí, en cuanto

levanté la vista hacia él y humedecí mis labios, inclinó el rostro y unió su boca a la mía.

No fue un beso suave.

No fue un beso tímido.

Fue un beso real.

Liam me atrajo con firmeza por la cintura, como si el mundo entero hubiera desaparecido. Y, de hecho, para nosotros dos, desapareció.

La música.

La hoguera.

Las voces a lo lejos.

Nada existía aparte de su tacto, de sus ojos y de la respiración que se mezclaba con la mía.

Cuando sus labios encontraron los míos, no hubo vacilación.

Fue intenso.

Un beso profundo, urgente, con la certeza de quien llevaba demasiado tiempo imaginándolo para que aquello pudiera ser solo un impulso.

Sus manos subieron lentamente por mi espalda y permanecieron allí mientras yo me aferraba al cuello de su camisa abierta. El sabor a cerveza, playa y noches imposibles de olvidar me invadió por completo. Nuestros labios encajaban con una precisión casi insolente, como si hubieran sido creados exactamente para encontrarse.

Había hambre.

Había ternura.

Pero, por encima de todo, había seguridad en aquel beso.

Como si, por fin, hubiéramos encontrado nuestro lugar.

Cuando nos separamos, todavía con la frente apoyada contra la del otro, mis ojos seguían algo perdidos, como si acabara de regresar de una inmersión demasiado profunda.

—Definitivamente eso no ha sido un beso de amigos —bromeé entre jadeos.

Liam sonrió mientras sus dedos seguían jugando suavemente con mi nuca.

—No. Ha sido el beso de alguien que quiere fingir con un poco más de realismo.

Sus palabras parecieron arrancarme el aire durante un instante y, sin saber muy bien cómo reaccionar, una inseguridad empezó a crecer dentro de mí al comprender que aquello que tanto temía podía estar peligrosamente cerca de suceder si no tenía cuidado.

Iba a enamorarme.

Y no podía permitir que mi corazón entrara en juego.

Todo aquello era una farsa.

Liam era un depravado.

Y yo ya había tenido suficientes desilusiones amorosas.

Necesitaba mantener distancia y recordarme que, si terminaba aceptando "fingir" con él, aquello tendría que ser algo casual, como tantas otras veces.

Serían solo cuatro días.

Cuatro días para hacer todo lo que deseábamos.

Y nada más.

Me estremecí al escuchar sus palabras. Mis labios todavía ardían por el roce de su barba y la intensidad de su mirada dejaba claro que deseaba mucho más que un simple beso.

Inspiré hondo y, decidida a apartarme antes de perder por completo la cabeza, hice lo único que se me ocurrió en ese momento, sin importarme lo que él —o cualquiera que pudiera vernos— pensara.

CAPÍTULO 22
CHLOE DAVIS

No sabría decir en qué momento perdimos por completo el control de nuestros actos durante el luau, pero la verdad era que, cuando volvimos junto al grupo, aunque sentía un ligero frío, ninguno de los dos subió a cambiarse.

Liam se quitó la camisa y se quedó solo con las bermudas mojadas, mientras que yo tuve suerte de que la tela de la blusa que llevaba fuera fina y, después de secarnos un poco con una toalla y permanecer cerca de la hoguera mientras conversábamos y bebíamos, conseguimos secarnos más o menos.

Mi cabello era un desastre por culpa de la sal del mar, pero no me importó porque la forma en que Liam me miraba dejaba claro que aquello no hacía que me encontrara menos atractiva.

Muy al contrario.

John fue otro que, en cuanto nos vio empapados, cambió el gesto de inmediato. Y solo no sentí pena por su esposa al darse cuenta de lo mucho que aquello parecía haberle afectado porque, bueno… ella era la amante con la que lo descubrí engañándome en la universidad, así que ¿por qué iba a importarme?

En cuanto Liam percibió exactamente lo mismo que yo, el provocador depravado que llevaba dentro apretó mi cuerpo todavía más contra el suyo y me dio un beso delicioso en los labios. Claro que no fue nada pervertido ni con lengua, como en realidad me habría gustado, pero no por eso dejó de ser increíble.

Recordaba que algunos llegaron a insinuar que habíamos hecho otras cosas sobre la arena por el estado en que nos encontrábamos y, aunque intenté negarlo por culpa de mi familia, Liam solo empeoró los rumores con sus bromas de doble sentido. Eso hizo que John se tragara el líquido ámbar de un solo golpe mientras nos lanzaba una mirada fulminante, y no podía negar que sentí un poco de miedo por lo que pudiera llegar a hacer.

En ese momento estábamos sentados sobre la manta, cerca de la hoguera, bebiendo mientras la conversación derivaba hacia otros temas y, sinceramente, al día siguiente pensaba culpar completamente al alcohol.

—Yo solo creo que deberíamos aprovechar la situación para mejorar todavía más nuestra actuación —provocó con aquel aire burlón.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber cómo?

Cuando estaba a punto de responderme, Megan se sentó a mi lado con una sonrisa radiante y bastante más borracha de lo habitual.

—Estoy tan feliz por vosotros —dijo mientras sentía el dedo de Liam deslizarse lentamente por mi brazo hasta subir hacia mi cuello, haciéndome estremecer aunque intentara prestar atención a mi hermana.

—¿Por nosotros? ¿No debería ser al revés? Eres tú quien se casa dentro de dos días —comenté, y ella soltó una carcajada.

—Eso también, pero estaba preocupada de verte saltando de rama en rama, cada vez con un novio peor que el anterior. Ahora por fin encontraste al hombre perfecto para ti —comentó soñadora, provocándome un ligero remordimiento por la mentira que habíamos inventado.

—Yo también creo que soy un partidazo, pero tu hermana es más terca que... —respondió Liam mientras me dejaba un beso sonoro en el cuello y, otra vez, conseguía estremecerme. Solté una pequeña risa nasal y lo interrumpí antes de que siguiera hablando de más.

—Simplemente no caí tan fácil en tus brazos, ¿verdad, doctor? —lo provoqué con cierta verdad escondida en mis palabras.

—Sois perfectos el uno para el otro y estáis tan enamorados... Todo el mundo lo comenta —dijo emocionada, y aquella afirmación consiguió sorprenderme.

¿Enamorados? Sí, claro.

—Por cierto, cuñada. Me encantó el regalo que nos diste —comentó Liam mientras guiñaba un ojo en dirección a Megan, que inmediatamente se emocionó todavía más.

—No hay de qué. Espero que lo disfrutéis muchísimo —respondió con picardía.

—Si dependiera de mí, no saldríamos de aquella habitación —provocó el bocazas de mi supuesto novio, y yo gruñí por su comentario sin borrar la sonrisa de los labios.

—Dios mío, hermanita... sí que has tenido suerte —comentó Megan chocando su hombro contra el mío.

Yo simplemente llevé el vaso de cerveza a los labios y di un largo trago.

Si había tenido tanta suerte, ¿por qué seguía evitando lo inevitable?

En cuanto Megan se alejó, volvimos a conversar, aunque una y otra vez la propuesta de Liam, los besos que intercambiábamos con demasiada facilidad y la forma en que me sentía más ligera a su lado regresaban a mi mente. Pero junto con todo eso también aparecía aquella inseguridad de convertirme en una decepción para alguien con mucha más experiencia que yo.

¿Y si le parecía mala en la cama y después no quería volver a tocarme durante el resto del viaje?

Eso me destruiría.

Que mis exnovios me engañaran ya había sido devastador para mi ego. Ahora ser descartada por mi vecino y mejor amigo sería exactamente lo que no quería... ni necesitaba.

Y, al mismo tiempo, era justo lo que más deseaba.

Una idea comenzó a tomar forma mientras regresábamos a la habitación, mucho más alegres de lo habitual. Liam besaba mi cuello, mi mejilla e incluso mis labios cada vez que tenía oportunidad mientras subíamos las escaleras.

—Entonces, pelirroja, dime ya que vas a aceptar mi propuesta —murmuró antes de mordisquearme el labio inferior.

No había nadie cerca, lo que dejaba claro que nada de aquello era necesario y, aun así, ninguno de los dos parecía dispuesto a alejarse.

—La verdad es que quiero hacerlo... —admití antes de poder contener la lengua.

—Mmm... por fin admites que me deseas. —Me dio una sonora palmada en el culo mientras subíamos el siguiente escalón, haciéndome soltar un pequeño grito de sorpresa antes de empezar a reír como una idiota.

—¡Para, joder! Alguien puede vernos —me quejé, aunque en realidad me había encantado.

—¿Y qué? Somos novios, ¿recuerdas? Y, para todos los efectos, en cuanto entremos en esa habitación va a pasar mucho más que eso.

El deseo que siempre aparecía cuando estaba cerca de Liam se intensificó todavía más.

—Lo sé —admití mientras me mordía el labio inferior y sentía a mi doctor deslizar el pulgar bajo mi camisa, rozando lentamente la piel de mi vientre.

—Entonces dime, preciosa... ¿por qué todavía no has aceptado mi propuesta deliciosa y tentadora? Estamos perdiendo tiempo...

Sin saber exactamente cómo decir aquello sin parecer una mujer insegura, decidí arrancarme la tirita de una vez.

—Porque no soy buena en esto y no quiero decepcionarte.

Se quedó completamente quieto tras escuchar mi confesión y me miró confundido desde el rellano de la escalera. Solo faltaba un tramo más y, sinceramente, había sido una pésima idea subir en el estado lamentable en el que estábamos, teniendo en cuenta que apenas podíamos caminar en línea recta.

—¿Cómo que no eres buena? Creo que no te he entendido —dijo, y la seriedad de su expresión hacía difícil creer que siguiera tan borracho como antes.

Miré alrededor para asegurarme de que no hubiera nadie cerca y me acerqué un poco más para evitar que alguien pudiera escucharnos.

—Ya me entendiste. Creo que no soy muy buena en el tema S-E-X-O —deletreé la última palabra, incapaz de decirla directamente.

Liam empezó a reírse y negó con la cabeza. Crucé los brazos sobre el pecho y arqueé una ceja, molesta por su reacción.

Cuando se dio cuenta de cómo había reaccionado, dejó de reír poco a poco y me observó con una mezcla de confusión e incredulidad.

—Joder... lo dices en serio —constató.

Lo ignoré mientras subía el último tramo de escaleras.

—Y tú eres un genio —repliqué con sarcasmo.

Me alcanzó esta vez con mucha menos diversión en la mirada.

—Pelirroja, puede que nunca hayamos hecho nada, pero dudo muchísimo que eso sea verdad.

Bufé frustrada y agradecí al alcohol el valor de estar teniendo aquella conversación, porque sobria jamás habría sido capaz.

—Es simplemente un hecho —afirmé sin ganas.

Y, aun estando borracha, me avergonzaba reconocerlo.

Terminamos de subir las escaleras en un silencio incómodo y, en cuanto abrí la puerta de la habitación, Liam me acorraló contra ella. Su rostro quedó peligrosamente cerca del mío y descubrí que la intensidad de su mirada era tan fuerte que el color ámbar de sus ojos casi había desaparecido bajo sus pupilas dilatadas.

—No me creo que seas mala en eso y quiero entender por qué llegaste a esa conclusión —pidió mientras deslizaba lentamente el dedo índice por el borde de mi camisa entreabierta.

Tragué saliva.

Todo mi cuerpo se erizó.

Y aun así permanecí callada, sin saber qué responder.

—¿Alguna vez alguien te dijo algo así? —preguntó con el maxilar tenso.

Negué lentamente con la cabeza, como si hubiera perdido la capacidad de hablar.

—¿Tus parejas conseguían satisfacerte?

Me humedecí los labios y, completamente hipnotizada, volví a negar sin apartar la mirada de cada detalle de su rostro y de sus labios perfectos.

Liam soltó una risa sin humor.

—Ah, pelirroja... creo que ya sé cómo voy a cobrarme lo que me debes —murmuró con una sonrisa cargada de malicia que me hizo estremecer por completo.

—¿Y cómo sería eso? —pregunté forzando la voz mientras una mezcla extraña de expectativa y nerviosismo crecía dentro de mi pecho.

—Voy a hacer que te corras muy rico con mi boca.

¡Joder!

No sabía si era culpa del alcohol, pero empecé a reírme a carcajadas después de escuchar aquello y Liam arqueó una ceja.

—¡Lo siento! Pero no estás entendiendo la situación. Llegar al orgasmo siempre ha sido difícil para mí, ¿y con la boca? Es prácticamente una misión imposible —admití entre risas, esta vez mucho menos avergonzada.

Una vez más apareció aquella sonrisa depravada.

—Tal vez porque eran unos imbéciles que se preocupaban más por su propio placer que por el tuyo. Entonces, ¿puedo cobrarme mi precio? —negué con la cabeza, incrédula por lo que estaba sugiriendo, aunque la curiosidad y el deseo crecían cada vez más, y el cosquilleo entre mis piernas solo confirmaba que ganas no me faltaban de que todo aquello dejara de ser solo palabras. Pero todavía había una cosa más.

—Vale, y en caso de que acepte, ¿qué ganas tú con eso? Porque, si de verdad consigues hacerme correr, seré yo quien reciba

el premio —señalé, y él inclinó ligeramente la cabeza, como si cuestionara mis palabras, antes de preguntar con aquel maldito hoyuelo y un desafío silencioso en la mirada:

—¿Eso crees?

—Claro que sí.

—Pues yo no estoy de acuerdo —respondió con la boca prácticamente pegada a la mía. Deslizó lentamente la nariz por mi rostro e inhaló el aroma de mi cuello con un leve roce de piel que me hizo cerrar los ojos, completamente estremecida—. Porque sé que, después de esto, vas a aceptar mi propuesta.

Arqueé una ceja, incrédula ante el tamaño de su ego.

—¿Ya te dije lo insoportablemente arrogante que eres? —pregunté, aunque con menos convicción de la que debería, porque algo me decía que había muchas posibilidades de que tuviera razón.

—Sí, pero eso no cambia el hecho de que exactamente eso es lo que va a pasar después de que pruebes lo que puedo hacerte —sentenció, y el aire faltó en mis pulmones. Respiré hondo y, antes de perder el valor que me sostenía, respondí:

—Está bien. Haz tu mejor trabajo, doctor Depravado.

Una sonrisa victoriosa apareció en su rostro y, antes de que pudiera asimilar cualquier otra cosa, su boca reclamó la mía con todo aquel deseo que llevaba rondándonos desde hacía horas. Nuestras lenguas se encontraron con una urgencia sofocante. Sus manos recorrían mi cuerpo mientras yo subía las mías por sus brazos fuertes y musculosos hasta rodearle el cuello, hundiendo los dedos en su cabello suave mientras su lengua exigía toda mi atención.

Liam sujetó mi cintura y rodeé su cuerpo con las piernas mientras él me sostenía por los muslos y caminaba conmigo en brazos por la habitación. Me moví contra él, atrapada en una ansiedad creciente, sintiendo el roce de la dureza de su erección contra mi intimidad incluso a través de la ropa mojada y demasiado gruesa que dificultaba el contacto que ambos parecíamos necesitar.

Me dejó sobre la cama sin separar nuestros labios, que parecían cada vez más desesperados ante la mera posibilidad de que aquello estuviera ocurriendo de verdad.

Una de sus manos alcanzó mi pecho endurecido por la excitación y lo apretó mientras su dedo giraba lentamente alrededor de mi pezón sensible y tenso. Arqueé el cuerpo hacia él y dejé escapar un gemido contra su boca que lo hizo reír.

—Estoy deseando que dejes de negarme cosas para poder hacerte todo lo que realmente quiero —susurró con los labios rozando los míos.

Liam, con toda la experiencia que desprendía, no esperó a que le respondiera. Bajó la boca por mi cuello dejando caricias deliciosas sobre mi piel.

Su cuerpo siguió descendiendo y, sin apartar los ojos de mí, llegó hasta mis shorts vaqueros. Agradecí mentalmente haber mantenido mi coño completamente depilado, aunque llevara tiempo sin tener novio.

Como si quisiera presumir de experiencia, desabrochó el botón del short, bajó lentamente la cremallera y empezó a quitármelo. Levanté las caderas para facilitarle el movimiento y, en cuanto logró deshacerse de la prenda, separó mis rodillas con las manos y observó con auténtica devoción mi intimidad apenas cubierta por unas braguitas blancas de encaje a juego con el sujetador.

—Estoy deseando descubrir tu sabor.

Sentí el rostro arder todavía más y agradecí haber bebido más de la cuenta para tener el valor de seguir adelante con algo que llevaba demasiado tiempo deseando. Liam se humedeció los labios con auténtica lascivia y yo mordí el interior de mi mejilla. Colocó las manos sobre mis braguitas y, cuando pensé que iba a bajármelas con normalidad, volvió a sorprenderme arrancándolas de un solo tirón. Solté un pequeño grito mezclado con otra carcajada.

—¡Estás loco!

—Todavía no has visto nada —murmuró con una sonrisa cargada de malicia mientras admiraba cada centímetro de mi

dignidad completamente expuesta—. Tan bonita como siempre imaginé.

Tuve que reprimir el impulso de cerrar las piernas para esconderme de aquella mirada demasiado intensa.

Como si quisiera apartar mi atención de la vergüenza que había notado en mí, Liam descendió los labios por una de mis piernas dejando un rastro de besos alternados con suaves mordiscos y chupetones que jamás imaginé que pudieran excitarme tanto.

A medida que su boca se acercaba a su verdadero objetivo, una agitación cada vez más intensa comenzó a crecer dentro de mí ante la expectativa de que realmente pudiera cumplir su promesa.

En cuanto su lengua besó el borde de mi entrepierna, me tomó completamente desprevenida al deslizarla de abajo arriba por mi coño. Un estremecimiento brutal recorrió todo mi cuerpo y clavé los dedos en las sábanas suaves cuando sentí cómo su lengua se hundía dentro de mí, como si me penetrara.

Dejé escapar un gemido ahogado que no pude contener e intenté cerrar las piernas por puro instinto, pero él me lo impidió con una mano mientras con la otra comenzaba a acariciar lentamente mi punto más sensible con el pulgar. Eché la cabeza hacia atrás, impactada por el simple roce de sus dedos y por el efecto devastador que su lengua empezaba a tener sobre mí.

—Tan mojada como sabía que estarías.

Ignoré su comentario porque estaba demasiado ocupada siendo follada por su lengua experta, que se movía dentro de mí con una precisión obscena.

Me chupaba, me devoraba, absorbía mis fluidos mientras, sin darme cuenta, empecé a moverme contra su rostro, desesperada por más de una forma que jamás imaginé posible. Pero ese parecía ser el verdadero poder del doctor Depravado: volverme completamente loca.

En algún momento cambió el ritmo y empezó a succionar mi clítoris, duro y desesperado por atención, mientras dos de sus dedos me penetraban con absoluta maestría. Cada roce, cada embestida,

me hacía perder todavía más la cabeza y nublaba mis pensamientos hasta el punto de olvidar dónde estaba.

Poco a poco fui perdiendo el control que siempre me bloqueaba en momentos así y que me impedía soltarme, gemir sin preocuparme por quién pudiera escucharme.

Y eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Tiraba de su cabello entre los dedos, completamente extasiada por aquella sensación que tantas veces me había obligado a buscar placer sola, con mi vibrador o con mis propias manos. Reconocía perfectamente la presión creciente en mi vientre, aquella ola de euforia y placer absoluto que se acumulaba hasta volverse imposible de contener.

Cuando Liam succionó con más fuerza y sus dientes rozaron mi clítoris con una mordida leve —precisa, maliciosa y desesperadamente perfecta—, ardí por dentro.

Fue mi final.

Una explosión de placer estalló dentro de mí como si cada nervio, cada célula de mi cuerpo hubiera prendido fuego al mismo tiempo. El grito que quedó atrapado en mi garganta escapó convertido en un jadeo roto mientras me deshacía en mil pedazos, sacudida por olas intensas y desordenadas, como si algo tirara de mí hacia un lugar del que ya no podía regresar.

Mi cuerpo se arqueó contra su boca como si intentara huir y, al mismo tiempo, suplicara más. Pero él no se detuvo. Me sostuvo con firmeza, como si supiera exactamente qué hacer, manteniendo los labios sobre mí mientras dominaba cada espasmo y prolongaba mi orgasmo con una habilidad cruelmente perfecta.

Era intenso.

Era salvaje.

Era real.

Mi mente, completamente desordenada, intentaba seguir el ritmo de todo lo que mi cuerpo sentía, pero era imposible. Mi

corazón latía desbocado, libre, como si intentara alcanzar aquella sensación que me llenaba por completo.

Era devastador.

Era una entrega absoluta.

Y le pertenecía a él.

Todavía jadeando, con la piel erizada y el cuerpo entero temblando, mis ojos encontraron los de Liam. Él subió despacio, arrastrando los labios por mi piel como si quisiera memorizar el camino o grabarse cada parte de mí que le había permitido descubrir. Y tal vez realmente estuviera haciéndolo.

Se detuvo frente a mí con aquella mirada que mezclaba ternura y satisfacción por haber cumplido exactamente lo que prometió, sin perder aquella sonrisa ladeada que me daban ganas de besar y borrar de su rostro al mismo tiempo.

—Doctor Depravado, a su servicio —provocó con los ojos oscuros y completamente dilatados, dejando claro que el deseo seguía consumiéndolo.

Fue imposible no reírme por su comentario. Mordisqueé mi labio inferior, todavía confundida por todo lo que acababa de sentir y por cómo había conseguido darme placer sin que tuviera que decirle siquiera lo que me gustaba.

Mi pecho subía y bajaba con fuerza y lo único que pude hacer fue atraerlo hacia mí para besarlo, desesperada por sentirlo otra vez, por devolverle aunque fuera una mínima parte de la intensidad que me había dado.

Fue un beso lento, caliente, con mi propio sabor todavía en su boca, y aquello solo hizo crecer aún más esa sensación de poder y seguridad que empezaba a invadirme.

Liam me sostuvo la mirada en cuanto nuestros labios se separaron, dejándonos a ambos sin aliento. Después apoyó su frente contra la mía. El silencio entre nosotros no fue incómodo.

Fue íntimo.

Cómplice.

Como si el tiempo hubiera desacelerado a propósito solo para regalarnos aquel instante.

Se acostó a mi lado y atrajo mi cuerpo hacia el suyo. Me acomodé sobre su brazo mientras los restos del placer seguían pulsando en suaves oleadas dentro de mí. Sus manos masculinas, cálidas y firmes, acariciaban mi vientre por debajo de la camiseta con movimientos lentos y acompasados, como si arrullaran mi cansancio, mi aturdimiento… mi rendición.

Todo parecía más ligero.

Como si la marea que me había arrastrado hasta aquel clímax ahora retrocediera lentamente.

El alcohol todavía cosquilleaba en mi torrente sanguíneo, dejando mi cuerpo más relajado, más entregado. Pero no era solo eso.

Era él.

Era la forma en que Liam me había dado un placer arrollador y cómo eso había conseguido disipar por completo el agotamiento que ya empezaba a pesar sobre mí.

Solté un suspiro largo y, antes de que pudiera impedirlo, el sueño llegó como una ola tranquila e inevitable. Sin darme cuenta, sin siquiera pensar en cómo devolverle todo lo que me había hecho sentir, terminé quedándome dormida entre sus brazos.

Con una leve sonrisa todavía en los labios, flotando entre los restos de la embriaguez y aquella certeza inexplicable de que, incluso sin etiquetas, incluso sin promesas… allí, en aquel instante, estaba exactamente donde quería estar.

En los brazos de Liam.

CAPÍTULO 23
CHLOE DAVIS

Desperté con la luz filtrándose a través de la cortina y danzando sobre mi piel, envuelta en un calor reconfortante. Por un instante tardé en entender dónde estaba… hasta sentir el peso de un brazo masculino rodeando mi cintura y el pecho firme de Liam pegado a mi espalda.

Mi cuerpo seguía pegado al suyo, nuestras piernas entrelazadas como si aquel espacio hubiera sido hecho a medida para nosotros dos. La manta nos cubría hasta la cintura y, aun sin mirarlo, lo sabía: seguía dormido. Su respiración cálida acariciaba mi cuello, acompasada, tranquila. Y solo eso bastó para hacerme sonreír.

Pero fue suficiente cerrar los ojos otra vez para que todo regresara en oleadas intensas: sus manos, su boca… la forma en que me miró antes de perderse entre mis piernas. Como si tuviera hambre de mí. Como si me deseara con todo lo que era. Y entonces llegó el final. Mi final. Uno que, hasta ese momento, creía que solo existía en los libros.

Liam me había hecho correrme.

Así.

Cruda y completamente.

Con la boca.

Mi corazón se aceleró al recordarlo, como si mi cuerpo quisiera revivirlo una vez más. Y aquel recuerdo solo me hundió en pensamientos todavía más confusos.

¿Cuántos hombres habían pasado por mi vida? ¿Cuántas veces fingí en silencio haber alcanzado el orgasmo? ¿Cuántas veces escondí la frustración de no conseguir sentir placer de verdad? Y entonces apareció Liam… y en una sola noche deshizo gran parte de mis inseguridades. Me permitió descubrirme. Entregarme. Liberarme.

No podía negar que fue como quitarme un peso de encima, porque lo que ocurrió me hizo entender que el problema nunca fui yo. No era incapaz de sentir placer con otra persona… simplemente tal vez necesitaba al hombre adecuado para conseguirlo. Y no pensaba eso porque creyera que Liam era el hombre de mis sueños, porque sabía perfectamente que no lo era, aunque una parte de mí, muy en el fondo, intentara engañarme con esa posibilidad.

¿Y si… y si realmente pudiera ser ese hombre? ¿El hombre capaz de hacerme entender mi propio cuerpo, mis deseos? ¿De llenar ese vacío que siempre cargué conmigo, como una falla escondida dentro de mí?

Negué aquellos pensamientos de inmediato.

No podía permitirme caer en algo así. Liam no quería una relación. Lo había dejado claro desde el principio. Y, sinceramente, con el historial amoroso que cargaba, yo tampoco debería quererlo.

Aun así, aquella realidad me golpeó con una punzada incómoda, una ligera decepción que intenté tragar sin dejar que me quemara la garganta.

Volví a pensar en lo que pudo haber hecho posible que alcanzara aquel orgasmo y llegué a la conclusión de que quizá todo tenía que ver con la amistad que habíamos construido, con la confianza que crecía poco a poco entre nosotros. Tal vez eso fue lo que me permitió entregarme por completo a lo que ocurrió anoche. Y, por supuesto, tampoco había dudas de que Liam sabía perfectamente lo que hacía.

Me fue imposible no recordar los gritos histéricos de las mujeres que salían de su apartamento. Algo me decía que ninguna exageraba y un deseo peligroso comenzó a consumir mi cuerpo al pensar en todo lo que él todavía podría hacerme sentir.

Sin embargo, imaginar a esas mujeres entrando en su apartamento después de lo que había ocurrido entre nosotros —y de todo lo que aún podría pasar— me dejó un sabor amargo en la boca del estómago.

Otra vez aparté aquellos pensamientos.

Chloe, no vayas por ese camino.

Tal vez la solución era mucho más simple de lo que parecía y la propuesta de Liam —esa cosa sencilla, ligera, honesta… profesional — era exactamente lo que necesitaba ahora mismo.

Nada de expectativas.

Nada de promesas.

Solo entrega. Experiencia. Piel contra piel.

Una amistad con… beneficios.

La idea me provocó un escalofrío. Del bueno. Del que hacía que mi cuerpo ansiara más. Y en aquel momento, todavía entre sus brazos, aunque sabía que debería apartarme, no lo hice. Y me confesé a mí misma, incluso en silencio, que quizá realmente estaba dispuesta a aceptar.

Solo por esos días.

Solo mientras estuviéramos aquí.

En ese instante, como si mi doctor pudiera sentir el torbellino de pensamientos que me atravesaba, Liam se movió detrás de mí. Su mano grande, áspera y masculina apretó suavemente mi cintura, indicándome que también estaba despertando, y por un momento no supe qué hacer ni qué decirle.

¿Pero qué demonios era ese nerviosismo que sentía? Nunca había tenido problemas con encuentros casuales. No podía ser ahora cuando eso cambiara.

Aunque con Liam… todo era distinto.

Con el corazón acelerado, giré apenas el rostro y él abrió los ojos lentamente, con el cabello despeinado, la barba marcada y aquella maldita sonrisa ladeada que siempre conseguía desestabilizarme.

¿Cómo podía verse tan increíble incluso recién despierto?

—Buenos días… —murmuró con la voz ronca, cargada de sueño y de algo más. Algo que hizo que mi vientre se tensara.

—Buenos días —respondí, incapaz de contener una sonrisa tímida.

Me observó durante un segundo demasiado largo y no necesitó decir nada. Era evidente que se acordaba de todo.

Y que le había encantado.

El silencio que quedó entre nosotros no era incómodo. Era denso. Eléctrico. Lleno de expectativa. Y quizá… también de un acuerdo silencioso flotando en el aire.

Liam seguía mirándome con esos ojos almendrados como si pudiera leer todos los pensamientos que cruzaban mi cabeza. Y tal vez realmente podía. Siempre había tenido esa maldita facilidad para entenderme.

—¿Dormiste bien, pelirroja? —preguntó con un tono cargado de malicia que me erizó la piel de los brazos y me hizo morderme el labio inferior.

Como un ángel, pensé.

Pero lo que dije fue:

—Sí, muy bien. ¿Y tú?

—Perfectamente.

En ese momento me moví un poco para acomodarme y sentí su evidente erección matinal rozar mi cadera. El aire me faltó por un instante y un cosquilleo intenso recorrió mi vientre al darme cuenta de que estaba duro desde tan temprano.

Es solo una erección matinal, Chloe. No significa que sea por ti. Acaba de despertarse, joder.

Solté un suspiro y traté de separar nuestros cuerpos, pero Liam no me dejó. Me mantuvo pegada a él, haciendo todavía más evidente que aquella erección no hacía más que crecer.

—Si no va a pasar nada esta mañana, será mejor que vaya a darme una ducha fría para calmarme, porque tener ese culo tuyo rozando mi polla es exactamente lo que quiero ahora mismo. Pero para eso necesito que me digas qué quieres tú —susurró contra mi oído con aquella voz ronca.

Fue entonces cuando abrí los ojos de golpe al sentir cómo su mano derecha se deslizaba por debajo de la sábana que nos cubría y alcanzaba la piel desnuda de mi cintura hacia abajo.

¡Joder!

Me había quedado dormida desnuda después de correrme.

Mi rostro se encendió al darme cuenta de que Liam ni siquiera fingía que la sábana nos separaba mientras rozaba su polla, dura como una piedra, contra mi cadera.

Tal vez notó lo que acababa de entender porque, sin decir nada más, se inclinó despacio y dejó un beso lento en mi mejilla, demasiado cerca de mi boca para ser un gesto inocente. Su barba rozó mi piel suavemente y el calor de aquel contacto me estremeció por completo.

—Ahora vuelvo —murmuró con la voz todavía áspera por el sueño.

Lo observé levantarse de la cama, despeinado, con el torso desnudo y solo una bóxer negra cubriéndole la cintura, y no pude impedir que mis ojos recorrieran cada centímetro de su cuerpo.

Desapareció dentro del baño y enseguida el sonido del agua llenó el cuarto.

Suspiré mientras miraba el techo durante unos segundos. El recuerdo de lo que había pasado entre nosotros seguía impregnando el ambiente, como si todavía estuviéramos atrapados en aquella versión salvaje y entregada de la noche anterior.

Mientras aprovechaba su ausencia para ponerme unas braguitas y un short, no pude evitar preguntarme por qué no le había dicho que yo también lo deseaba. Porque, por la forma en que había hablado y por aquella ducha fría que estaba tomando, estaba clarísimo que esa erección era por mi culpa.

Y ese pensamiento hizo que una sonrisa apareciera en mis labios.

Me cepillé el cabello para verme presentable frente a él, agarré mi cepillo de dientes y tuve que contenerme para no entrar en el

baño e invadir la ducha donde estaba en ese momento.

Minutos después, Liam regresó secándose el cabello con una toalla y otra enrollada alrededor de la cintura.

Podría pasarme la vida despertando con esa vista sin cansarme jamás.

El aroma limpio y amaderado de su jabón inundó el cuarto. Se apoyó contra el marco de la puerta y me observó como si estuviera pensando cuidadosamente qué decir, mientras sus ojos recorrían mis piernas descubiertas y la camiseta que todavía llevaba puesta desde la noche anterior.

Y antes de perder el valor, hablé:

—Tenemos que hablar sobre nuestra propuesta.

Él asintió con un brillo extraño en los ojos y habría jurado que ya sabía cuál iba a ser mi respuesta. Sin embargo, justo cuando pensé que íbamos a resolverlo todo y empezar a poner nuestras reglas en práctica allí mismo, me sorprendió cambiando completamente de tema.

—Está bien, pero antes… ¿tienes algo que hacer esta mañana? —preguntó con naturalidad y, aunque la frustración me golpeó de inmediato, noté algo en sus ojos. Una chispa curiosa. Un brillo que hizo que enderezara el cuerpo, que parecía cada vez más encendido al lado de ese hombre, incluso sin que llegara a tocarme.

—No… solo tengo un compromiso con mi madre y mi hermana después del almuerzo. —crucé los brazos y lo miré con expectativa —. ¿Por qué?

Sonrió despacio. Esa sonrisa que siempre venía acompañada de alguna idea capaz de desestabilizarme.

—Quiero llevarte a un lugar. Solo nosotros dos.

La forma en que lo dijo fue ligera, pero cargada de determinación.

—¿A un lugar? —repetí, intentando disimular la punzada de ansiedad que me subió por la garganta.

—Es una sorpresa —respondió mientras se acercaba con esos pasos seguros y precisos. Lo observé con auténtica fascinación, como si estuviera hipnotizada por la intensidad que despertaba en mí, por ese tono provocador cargado de misterio—. Pero creo que te va a gustar.

—Supongo que puedo hacer una excepción en mi apretada agenda para eso.

En el momento en que quedamos a apenas unos centímetros de distancia, sus ojos descendieron hacia mis labios y deseé con todas mis fuerzas que volviera a reclamarlos. Pero no lo hizo. Solo los acarició lentamente con el pulgar y murmuró con malicia:

—Te prefería sin el short.

Y aunque aquello era tan propio de Liam, no pude evitar sonreír. Entonces me dirigí al baño para arreglarme mientras él se alejaba para cambiarse, antes de que la tentación se volviera todavía peor al verlo desnudarse por completo.



El camino era de tierra batida, con el sonido de las hojas crujiendo bajo nuestros pies y el susurro perezoso de los árboles, que parecían bailar con el viento. El sol ya estaba lo bastante alto como para calentar la mañana, pero las sombras del bosque hacían que el paseo resultara agradable. Liam caminaba delante de mí, con una mochila colgada a la espalda, y de vez en cuando miraba por encima del hombro con esa sonrisa fácil de alguien que estaba disfrutando exactamente de lo que ocurría.

Agradecí haberme puesto ropa ligera, tal como Liam había sugerido. Llevaba una blusa floral liviana, con los hombros descubiertos y mangas abullonadas hasta los codos. Debajo, el bikini blanco con detalles dorados dejaba pequeños destellos cada vez que la tela se movía con el viento. El short de tela fina era ajustado y

resaltaba mis curvas, y mi cabello, suelto después de haberlo lavado antes de salir porque todavía estaba lleno de sal por nuestra pequeña aventura en el mar la noche anterior, caía sobre mis hombros aún húmedo. Sentí cómo su mirada recorría mi cuerpo sin prisa, como si absorbiera cada detalle, y no pude impedir que la mía volviera a perderse en él una vez más.

Liam llevaba una camiseta gris clara ajustada en los hombros y el pecho. Volví a admirar los tatuajes que cubrían su brazo y que solo conseguían hacerlo todavía más atractivo con ese aire de chico malo por el que siempre había tenido debilidad. También llevaba unas bermudas beige que dejaban al descubierto sus piernas fuertes y bronceadas. El viento despeinaba ligeramente su cabello y las gafas de sol colgadas del cuello de la camiseta le daban un encanto despreocupado que hizo que mi corazón se acelerara.

Después de unos minutos, atravesamos una abertura entre los árboles… y me detuve.

—Guau… —susurré.

El lago apareció ante nosotros como una pintura viva. El agua era cristalina, con reflejos verdes y dorados creados por el sol filtrándose entre los árboles. Un pequeño muelle de madera avanzaba algunos metros sobre la orilla y, un poco más allá, una extensión de hierba suave se extendía hasta tocar el borde del agua. Era un lugar tranquilo, escondido, como si el mundo entero se hubiera silenciado solo para dejar espacio a aquel momento.

—Pensé que podríamos nadar —dijo Liam mientras se quitaba la mochila de la espalda. Después la dejó junto a un árbol y se quitó los zapatos, y yo hice lo mismo.

Lo miré con una sonrisa contenida, envuelta en ese silencio cómodo que parecía instalarse cada vez más entre nosotros.

—Es una idea excelente —acepté.

CAPÍTULO 24
CHLOE DAVIS

Había algo en el aire. Una tensión agradable. Como la electricidad que precede a una tormenta. Me hormigueaban los dedos. Las palabras que intercambiábamos eran pocas, pero las miradas… las miradas decían demasiado. La forma en que él se acercaba, manteniendo siempre una distancia casi provocadora. La forma en que mi cuerpo parecía llamarlo sin que yo misma me diera cuenta. Y el hecho de que estuviéramos solos allí, en aquel paraíso escondido, no hacía más que intensificarlo todo.

Liam se quitó las gafas de sol del cuello de la camiseta y se las puso mientras observaba el lago.

—Aquí es tranquilo. Poca gente sabe llegar hasta este lugar y, por lo que me dijeron, esta mañana volverán a jugar en la cancha, así que tenemos cierta ventaja. Pensé que nos merecíamos un rato para nosotros y quizá hablar de lo que quería comentarte.

¿Hablar? Sinceramente, hablar era lo último que me apetecía hacer allí, con él a mi lado.

Se quitó la camiseta despacio, como si fuera el gesto más natural del mundo. Pero no lo fue. Mi mirada quedó atrapada en su piel dorada, en sus abdominales perfectamente definidos, en aquellos hombros anchos que parecían esculpidos con una precisión injusta. Y esta vez, decidida a tomar lo que realmente quería, no aparté la vista. Lo observé sin disimulo, dejando claras mis verdaderas intenciones.

Liam lo notó. Sus pupilas se dilataron mientras me sostenía la mirada en un desafío silencioso. Extendió la mano y la tomé sin vacilar. Nuestros dedos se entrelazaron mientras avanzábamos hacia el muelle.

Subimos por una pequeña estructura de madera que se adentraba en el lago, rodeada por las copas de los árboles. La luz del sol se filtraba entre las ramas, proyectando reflejos dorados

sobre el agua cristalina. Liam apoyó las manos en las caderas y observó el lago. Después me miró a mí.

—Creo que este es el lugar perfecto. ¿Lista? —preguntó con esa sonrisa ladeada que me afectaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Más que lista —respondí, apartando la vista de él para contemplar el agua limpia y tentadora—. Voy a darme la vuelta para que puedas quitarte la ropa y entrar al agua por si aparece alguien.

Lo dijo como un auténtico caballero, algo que no encajaba demasiado con el canalla encantador que solía ser, y eso hizo que mi respeto por él creciera todavía más.

Pero justo cuando iba a girarse, lo detuve.

—¡No! —Me miró confundido y curioso. Eché un vistazo a nuestro alrededor para asegurarme de que no había nadie más. Respiré hondo, reuniendo el valor que parecía empeñado en escaparse de entre mis dedos, y continué—. No hace falta que te des la vuelta. No hay nadie aquí. Mi voz estaba cargada de tensión.

Él tragó saliva y asintió.

Frente a él, mi corazón latía con fuerza, pero no había espacio para la duda. Sostuve su mirada oscura, que por primera vez parecía no saber dónde posarse. Bajé lentamente el short sin apartar los ojos de cada una de sus reacciones, deseando que cada movimiento resultara tan sensual como pretendía.

La prenda cayó a mis pies. Sujeté el borde de la blusa y la saqué por encima de mi cabeza, quedándome únicamente en bikini.

—Eres preciosa —dijo con la voz mucho más ronca que unos segundos antes.

Pero no me detuve.

Desaté el lazo lateral de la braguita del bikini y la dejé caer junto al resto de la ropa. Con los ojos de Liam fijos en mí, llevé las manos a la espalda y deshice los nudos que sujetaban la parte superior. El tejido cayó y dejé mis pechos al descubierto frente a él. Mis pezones endurecidos delataban el fuego que ardía en mi interior

y, por primera vez desde que lo conocía, Liam pareció quedarse sin palabras.

Esperé que aquello fuera una buena señal.

Permanecí desnuda frente a él. Expuesta. Vulnerable. La tensión en su cuerpo era evidente: la mandíbula tensa, la respiración irregular, las manos cerradas a ambos lados del cuerpo. No dijo nada. Solo me observó. Y, por un instante, sentí que el mundo entero se detenía para contemplar aquel momento.

Con la intención de continuar mi seducción, me giré, caminé hasta el borde del muelle y me lancé al agua en una zambullida suave, sintiendo sus ojos clavados en mí en todo momento.

El frío me envolvió al principio, pero pronto se transformó en calor cuando salí a la superficie y encontré a Liam inmóvil, como si todavía estuviera atrapado en la imagen que acababa de regalarle.

Le dediqué una sonrisa provocadora mientras movía los brazos sobre el agua, dejando apenas la parte superior de mis pechos visible.

—¿No vas a entrar, doctor? —pregunté con malicia.

Fue suficiente para sacarlo de su estupor.

Se quitó las bermudas con rapidez y después la ropa interior, provocando que contuviera el aliento al verlo por fin completamente desnudo. Incluso desde la distancia pude apreciar toda su masculinidad, parcialmente endurecida, y me pareció enorme.

Solté una risita divertida ante su evidente desesperación y, sin pensarlo dos veces, se lanzó al agua.

Sonreí mientras apartaba el cabello mojado de mi rostro. En cuanto vi que nadaba hacia mí, no esperé. Me giré y empecé a alejarme de forma provocadora, prolongando el juego como si retrasar lo inevitable solo sirviera para aumentar la expectativa de lo que ocurriría cuando por fin me alcanzara.

Con su físico atlético era evidente que era más rápido. Más decidido.

Y pronto sentí sus manos grandes, firmes y calientes sobre mi cuerpo desnudo.

Mi cuerpo reaccionó como si hubiera estado esperándolo.

Me giró para quedar frente a él.

Nuestros cuerpos se tocaron por completo bajo el agua. Mi respiración se volvió errática con solo sentirlo tan cerca, y cualquier duda que pudiera quedarme desapareció bajo la intensidad de la mirada cargada de deseo que me dedicó.

Así que, por si mis actos no habían sido suficientemente claros, decidí decir en voz alta lo que sabía que él llevaba tiempo esperando escuchar.

—Acepto —susurré junto a sus labios—. Tu propuesta. Amigos con beneficios. O como quieras llamarlo.

Sus ojos se oscurecieron todavía más y, por un instante, el agua a nuestro alrededor pareció hervir.

—Por fin —murmuró con un alivio impregnado de deseo.

Y entonces, sin pedir permiso y sin que quedara nada que nos impidiera hacer lo que ambos deseábamos, todo estalló.

Lo que vino después fue el detonante de algo que llevaba días ardiendo entre nosotros.

Liam no dijo una sola palabra.

Simplemente me atrajo hacia él y me besó de una manera que hizo desaparecer todo lo demás.

—No tienes idea de cuánto tiempo he esperado esto —admitió entre un beso y otro.

Sin poder resistirme más, deslicé una de mis manos desde su hombro tenso por su pecho firme, su abdomen marcado, hasta llegar por fin a aquello que más deseaba.

Lo sujeté, duro como una roca. Apenas lo había sentido unas horas antes en la cama, y me deleité acariciándolo de arriba abajo en una deliciosa tortura. Con la yema del pulgar rocé la punta,

provocando que Liam soltara un gemido contra mis labios. Aquello solo aumentó mi necesidad de continuar.

Me levantó por la cintura y dejó mis pechos expuestos, firmes por el deseo que me consumía. Su boca se apoderó de ellos con auténtica devoción. Alternaba entre besarlos, saborearlos y mordisquear suavemente la piel que los rodeaba, dedicándoles toda la atención que parecían exigir. Gemí, embriagada por la precisión de cada caricia, echando la cabeza hacia atrás ante la intensidad de las sensaciones que despertaba en mí.

—Dios mío, Liam... —murmuré con una voz que apenas reconocí como mía.

—Eres tan deliciosa como imaginaba. Podría pasarme el día entero besándote, pero siento decirte que esta primera vez no voy a aguantar mucho más.

Solté una risa nerviosa ante su evidente desesperación, tan parecida a la que yo misma sentía.

Entonces introdujo dos dedos en mi interior y el placer me golpeó con tal fuerza que creí ver estrellas. Entraban y salían lentamente, haciendo que todo mi cuerpo reaccionara a cada movimiento. El agua dificultaba un poco las cosas, pero el deseo que me recorría era demasiado intenso como para importarme.

Sin embargo, el lugar que habíamos elegido para entregarnos por primera vez parecía no colaborar demasiado. Por eso no me sorprendió cuando, sin romper el beso, nadó conmigo hasta una zona más cercana a la orilla donde una gran roca sumergida, cubierta por una capa lisa de musgo, sobresalía bajo la superficie.

Era lo bastante baja para que Liam pudiera apoyarse y mantener el equilibrio con seguridad. Me levantó por los muslos y rodeé su cintura con las piernas, acomodándome sobre él.

—Aquí —murmuró contra mis labios—. Así puedo tenerte... como quiero.

Lo único que pude responder fue un gemido suave mientras su boca volvía a encontrar uno de mis pechos. Nuestros cuerpos

estaban todavía más unidos y podía sentir toda su dureza rozando mi intimidad, empapada por la excitación.

El contraste entre el agua fría y las caricias ardientes de Liam lo volvía todo más intenso. Más salvaje.

Sus labios encontraron los míos de nuevo mientras sus dedos me llevaban lentamente al límite. Cada movimiento parecía calculado para hacerme perder la razón. Alternaba entre acariciarme y provocar nuevas oleadas de placer, hasta que, tan necesitado como yo, se apartó apenas unos centímetros. Sujetándome con firmeza sobre su muslo, abrió mis piernas y hundió la boca entre ellas con una entrega que me dejó sin aliento.

No necesitó mucho.

Ya estaba al borde.

Gemí con fuerza mientras me aferraba a su cabello mojado y dejaba que mi cuerpo se abandonara por completo a las sensaciones que provocaba. El placer me recorrió con violencia hasta que los espasmos comenzaron a apoderarse de mí y acabé derrumbándome en sus brazos.

Cuando por fin me calmé, aunque todavía deseaba más, regresó junto a mí sobre la roca y, apoyando un brazo a mi lado, volvió a besarme con urgencia.

—Dime que te cuidas, por el amor de Dios —preguntó con auténtica desesperación.

Y yo, incapaz de ponérselo fácil, decidí provocarlo.

—No.

Mentí acompañando la palabra con un puchero inocente.

—Joder, no juegues conmigo, pimentita. Dime que es mentira. No voy a soportar esperar más.

Solté una risita y levanté el rostro hacia él.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras. Llevo un implante anticonceptivo. Solo espero que estés limpio, porque no pienso llevarme ninguna sorpresa desagradable de tu harén.

La tensión abandonó sus hombros al instante.

—Estoy más que limpio, pelirroja. Nunca he estado con nadie sin protección.

Sus palabras me sorprendieron.

Pero nada me impactó tanto como sentirlo entrar en mí.

El aire escapó de mis pulmones y eché la cabeza hacia atrás al sentir cómo me llenaba por completo.

—Joder... estoy en el paraíso —murmuré entre gemidos.

Se movió despacio al principio, permitiéndome adaptarme a él. A su tamaño. A la intensidad de aquella unión.

Poco a poco nuestros cuerpos encontraron el mismo ritmo.

Arqueé la espalda buscando más.

Queriéndolo todo.

Sus movimientos, al principio lentos y profundos, se volvieron cada vez más firmes. La roca sostenía parte de nuestro peso y permitía que cada embestida alcanzara exactamente el lugar que necesitaba.

El agua se movía suavemente a nuestro alrededor, pero entre nosotros solo existía el fuego.

Hundí los dedos en su cabello mojado mientras besaba su pecho y su mandíbula. Sus movimientos se hicieron más rápidos, más intensos, hasta que alcanzó un punto dentro de mí que me arrancó un grito.

Todo desapareció.

El lago.

El bosque.

El mundo entero.

Solo existíamos nosotros.

—¡Liam...! —grité mientras el orgasmo me atravesaba con una fuerza devastadora.

El placer me golpeó como una ola gigantesca, arrastrándome sin remedio. Mis piernas temblaron alrededor de su cintura mientras mi corazón parecía querer escapar de mi pecho.

Sus dedos encontraron uno de mis pezones y, tras unas cuantas embestidas más, él también se derrumbó. Me sujetó con fuerza mientras alcanzaba su propio clímax con un gemido ahogado contra mi hombro.

Siguió moviéndose hasta que ambos cuerpos fueron calmándose y nos quedamos así durante un momento. En silencio. Aturdidos. Respirando como si intentáramos recordar dónde estábamos, todavía unidos, con nuestros cuerpos encajados como si fueran uno solo.

Sus ojos encontraron los míos durante un instante y dijo con aquella voz deliciosamente ronca, acompañada de un brillo distinto en la mirada:

—¿Quién dijo que el doctor Depravado no tendría también una primera vez? —bromeó, y entendí a qué se refería, aunque todavía me pareciera una mentira.

—¿Quieres decir que fui la primera mujer con la que estuviste sin preservativo? —pregunté con una sonrisa, sintiendo algo extraño al saber que era verdad. Liam no mentiría sobre algo así.

Él asintió.

—Sí. Tú fuiste la primera, pimentita.

En cuanto lo admitió, su boca volvió a encontrar la mía en otro beso, más pausado, permitiéndonos disfrutar de cada detalle de aquel instante en el que estábamos sumergidos: dentro del agua, el uno en el otro y en ese sentimiento nuevo que parecía dispuesto a devorarnos por completo.

Aquel beso era diferente. Ya no tenía la prisa de antes ni la urgencia del deseo acumulado. Era suave, casi reverente, como si quisiera grabar el sabor de mi boca en su memoria. Como si, de algún modo, supiera que aquel momento merecía ser conservado con cuidado, como algo raro y precioso.

Y yo estaba de acuerdo.
Por eso me aseguré de disfrutar cada detalle.

CAPÍTULO 25
LIAM WALKER

Ya deberíamos haber regresado a la casa principal, pero aquel deseo insensato que se había apoderado de los dos parecía impedirnos actuar con lógica y nos empujaba a comportarnos como dos adolescentes que simplemente necesitaban más.

Desde que Chloe y yo estuvimos juntos por primera vez sobre aquella roca, habíamos vuelto a nadar, intercambiado algunos besos suaves y otros mucho más intensos que terminaron llevándonos a una segunda ronda y, joder, no podía creer que hubiera pasado todos esos años sin acostarme con alguien sin preservativo.

Me resultó imposible no pensar que la psicóloga con la que siempre me había tratado estaría orgullosa al descubrir que había conseguido involucrarme con alguien sin usar protección, porque mi lado hipocondríaco jamás me lo había permitido. Claro que el motivo era evidente: además de evitar un embarazo no deseado, también estaba la cuestión de prevenir enfermedades que no tenía el menor interés en contraer.

Sin embargo, no podía ignorar que con Chloe todo era diferente. No permití que mi lado racional impidiera que algo ocurriera por no tener un preservativo a mano, como me había sucedido en otras ocasiones. Con ella, todo parecía escapar a mi control.

—Ya debe de estar acercándose la hora de comer, ¿no? —preguntó la muy traviesa antes de mordisquearme el lóbulo de la oreja.

Deslicé las manos por sus piernas largas y torneadas, que rodeaban mi cintura. Mi erección volvía a estar más que preparada para hundirse en su sexo insaciable.

Miré el reloj de pulsera y comprobé que, efectivamente, se acercaba la hora del almuerzo. Deberíamos regresar para arreglarnos.

—Sí, por desgracia ya tenemos que volver —respondí sin ningún entusiasmo.

—Qué injusto. Pensar que podría seguir explorando un poco más las experiencias del doctor Depravado —bromeó antes de morderme el labio inferior.

—Cuidado, porque así vas a herir mi ego. Solo quieres utilizarme para tu propio placer —fingí tristeza, provocando que se echara a reír.

—Pero siempre te ha gustado que te utilicen para eso —replicó.

Arqueé una ceja.

—No era exactamente que me utilizaran. Era un intercambio de placeres. Ambos nos aprovechábamos de la situación.

Chloe puso los ojos en blanco, visiblemente poco interesada en hablar sobre mis antiguas compañeras de cama.

—Ahora sí puedo decirte una cosa: cualquier motivo que te haya llevado a pensar que el problema con tus ex era culpa tuya no es más que una completa fantasía.

Chloe se sonrojó al instante. Hundió el rostro en mi cuello y dejó escapar un gruñido de vergüenza.

—No puedo creer que te contara eso —murmuró.

Me reí.

La obligué suavemente a mirarme y clavé los ojos en los suyos, de un intenso color esmeralda.

—Lo hiciste. Y te aseguro que me encantaría partirle la cara a cada uno de tus ex. Incluido al imbécil que pronto será el cuñado de tu hermana, si fue uno de los responsables de que llegaras a pensar semejante barbaridad.

Chloe apartó la mirada, todavía incómoda con el tema.

—Solo pienso contenerme porque no quiero arruinar la boda de tu hermana —confesé.

Y me repetí que aquel instinto de protección era perfectamente normal. Después de todo, éramos amigos.

—Ninguno me dijo nada directamente —admitió en voz baja.

Sentí que se guardaba algo más.

—¿Pero...? —la animé a continuar.

Respiró hondo antes de responder.

—Pero, teniendo en cuenta cómo terminaron casi todas mis relaciones, acabé deduciendo que el problema debía de ser yo.

Nos quedamos en silencio, cada uno atrapado en sus propios pensamientos. Sin embargo, la curiosidad terminó imponiéndose.

—¿Por qué rompisteis?

Humedeció los labios y recorrió con los dedos uno de los tatuajes de mi brazo.

Para mi completa sorpresa, respondió:

—Porque me engañaron. Casi todos. Debo de ser una novia horrible —murmuró más para sí misma que para mí.

—Voy a tener que discrepar. De momento, aunque eres increíblemente testaruda, te has convertido en una de las mejores novias que he tenido —bromeé guiñándole un ojo.

Ella soltó una carcajada.

—Claro. La otra fue Mel cuando erais adolescentes y, teniendo en cuenta cómo acabó todo, dudo mucho que ese sea un ejemplo de la mejor relación posible. Y lo nuestro, bueno... esto no deja de ser un acuerdo por conveniencia.

Estaba diciendo algo evidente.

Sin embargo, algo en la forma en que restó importancia a lo que teníamos me molestó más de lo que debería.

—Aun así sigue siendo una relación para mí —repliqué encogiéndome de hombros—. ¿Y qué pasó con John?

Dudé un instante antes de formular la pregunta que llevaba tiempo rondándome la cabeza.

—¿Puedo preguntarte algo?

Ella asintió.

—¿Todavía sientes algo por él? ¿Por eso aceptaste esta relación falsa? ¿Para darle celos?

La sola posibilidad de que me estuviera utilizando para provocar a John me revolvió por dentro. Aun así, intenté recordarme que no debería importarme. Yo también estaba obteniendo algo a cambio.

Su cuerpo se tensó en cuanto comprendió a qué me refería. Hizo una mueca y negó con energía.

—¡Claro que no! ¿De dónde has sacado eso? Le tengo asco, Liam. Asco.

Y, por alguna razón completamente irracional, sentí cómo mis hombros se relajaban.

—No lo sé. Lo pensé porque él no parece alguien que haya superado vuestra ruptura.

Chloe resopló.

—Es un imbécil, eso es lo que es. La verdad es que también me engañó con la mujer con la que está ahora. Los pillé juntos.

Abrí los ojos, sorprendido.

—¿Juntos?

—Exactamente. Muy juntos. Con su polla metida entre las nalgas de ella, para ser más precisa.

—¡Joder! —espeté indignado.

Hijo de puta.

Mis ganas de partirle la cara no hicieron más que aumentar.

—Sí. Y, salvo Oliver, que estaba obsesionado con las redes sociales, y William, que vivía para los Red Sox, todos los demás me engañaron. Por eso creo que debería aprovechar un poco más tu amplia experiencia y sacar algún beneficio de mi futuro novio. Quién sabe, quizá así consiga evitar que vuelvan a ponerme los cuernos.

Lo dijo en tono de broma, pero escucharla hablar de utilizar lo que estaba aprendiendo conmigo para estar con otro hombre me provocó una sensación desagradable en el estómago.

Respiré hondo.

No iba a admitir que aquello me había molestado.

Conociéndola, lo utilizaría en mi contra durante el resto de nuestras vidas.

Así que decidí seguirle el juego.

—Entonces, ¿qué te parece si nos saltamos el almuerzo, volvemos a la habitación y nos quedamos allí hasta la hora de la cena de ensayo? Podría enseñarte una cosa o dos.

Dejé un beso húmedo en la parte sensible de su cuello y sentí cómo se estremecía.

Sonreí satisfecho.

Decidido a descubrir más cosas sobre ella, deslicé lentamente uno de mis dedos hacia la otra parte de su cuerpo, acariciándola con una lentitud deliberadamente provocadora.

Chloe se estremeció y se removió sobre mi regazo, como si no supiera si apartarme o animarme a continuar. Sus brazos se aferraron con más fuerza a mi cuello y rozó sus pechos contra mi pecho mientras admitía, con el rostro hundido junto a mi cuello: —Quizá ese sea otro de los motivos por los que John me engañó.

Me quedé inmóvil.

—¿Cómo que otro motivo? ¿Qué quieres decir?

¿Había entendido bien?

Respiró hondo y habló en voz baja, con el rostro escondido contra mí, como si aquello le avergonzara: —Nunca me he atrevido, ¿sabes?, a eso que estás sugiriendo.

Me quedé paralizado un instante mientras asimilaba sus palabras. Chloe, hasta donde yo sabía, siempre había sido una persona más libre, que de vez en cuando salía con otros hombres y que no tenía problemas para tener encuentros casuales. Por eso, descubrir que, con toda la libertad que siempre había parecido tener, nunca se había atrevido o nunca había confiado lo suficiente en su pareja para hacerlo, me dejó atónito.

La acerqué un poco más para poder ver sus ojos una vez más.

—Eso no es motivo para avergonzarte. —se mordió el labio inferior, y me alegró que confiara en mí hasta el punto de abrirse sobre algo así—. No todas las mujeres están dispuestas a hacerlo.

—Pero tú debes de estar acostumbrado al sexo anal —dedujo.

No respondí, porque sí, no necesitaba saber que la mayoría de las mujeres con las que había estado lo disfrutaban o incluso lo pedían.

—¿Vas a decirme que no lo echarías de menos si no lo hicieras conmigo, por ejemplo, durante estos dos meses?

¡Joder!

Sí. Y mucho.

Respiré hondo y ordené mis pensamientos para responderle sin empeorar la baja autoestima que parecía tener respecto a su desempeño sexual.

—Sí, lo echaría de menos, porque es algo que me gusta y siempre he procurado que también sea placentero para las mujeres con las que he estado. Pero es una cuestión de confianza. Tienes que confiar en tu pareja y sentirte cómoda para hacerlo. De lo contrario, será una experiencia traumática y no querrás repetirla nunca más.

Tras mi último comentario, su cuerpo se tensó.

Y no me gustó nada lo que deduje al verlo.

La mandíbula se me endureció y ella apartó la mirada, avergonzada.

—¿John lo intentó y te hizo daño? —pregunté de golpe, incapaz de ignorar lo que me estaba rondando la cabeza.

Ella permaneció en silencio y se apartó ligeramente.

—Fue eso, ¿verdad? Él quería hacerlo, tú lo intentaste y te hizo daño. Después no quisiste volver a intentarlo y ese hijo de puta fue a buscar en otra lo que tú no querías hacer.

—Creo que será mejor que nos vayamos. Tenemos que arreglarnos.

La atmósfera ligera que nos había envuelto se volvió mucho más densa al confirmar mis sospechas.

Cerré los ojos y respiré hondo, buscando una calma que no sentía.

—Sí, podemos irnos. Pero ven aquí.

La atraje de nuevo y apoyé una mano en su cintura.

—Fue un idiota. No estás obligada a hacer nada que no te guste o con lo que no te sientas cómoda. Pero, respondiendo a tu pregunta, sí, me gusta mucho el sexo anal. Muchísimo. Aun así, podría vivir perfectamente sin ello por la persona que me importa.

Sus hombros se relajaron.

Sus ojos buscaron los míos y, para mi sorpresa, acortó la distancia entre nosotros y rozó mis labios con un beso suave, lleno de ternura, como si fuera una forma silenciosa de agradecerme lo que acababa de decir.

Seguíamos pegados el uno al otro. Mis manos permanecían firmes sobre su espalda desnuda y su boca seguía junto a la mía, como si el tiempo no existiera fuera de aquel instante.

El beso era menos urgente ahora, pero seguía cargado de fuego.

Lento.

Íntimo.

Húmedo.

El agua fría contrastaba con el calor de nuestros cuerpos, y Chloe deslizó los dedos por mi cuello mientras sonreía contra mis labios.

—Definitivamente esto no estaba en mi planificación para hoy —susurró divertida, apoyando la frente contra la mía. El ambiente entre nosotros había vuelto a relajarse después de aquella conversación incómoda.

—Debería hacer más planes si terminan así —repliqué.

La atraje de nuevo para otro beso perezoso, sin la menor intención de regresar con los demás.

En ese momento, como si alguien estuviera decidido a romper la burbuja en la que nos encontrábamos, escuché pasos sobre las hojas secas.

Mi cuerpo se tensó cuando oí unas risas.

¡Joder, era lo único que faltaba!

Miré por encima del hombro y vi a dos adolescentes, de unos quince años quizá, corriendo por la orilla del lago con los brazos en alto...

Y con nuestra ropa en las manos.

—¡Joder! —gruñí mientras soltaba a Chloe y la giraba rápidamente de espaldas para impedir que los críos vieran lo que no debían—. ¡Eh! ¡Dejad eso ahí, mocosos! —grité mientras me alejaba de Chloe.

Ella empezó a reírse.

Yo, en cambio, no podía creer que tuvieran las narices de hacer algo así.

—¡HE DICHO QUE LO DEJÉIS AHÍ! —grité otra vez mientras nadaba tan rápido como podía para alcanzarlos.

Llegué a la orilla y traté de ver hacia dónde habían ido mientras me sujetaba la polla para evitar que apareciera alguien más y me encontrara completamente desnudo.

Pero ya era demasiado tarde.

Los dos estaban lejos, riéndose y gritando algo parecido a:

—¡Buena suerte, Adán y Eva!

—¡Ya os pillaré luego, cabrones! ¡Acordaos de mí! —grité para que me oyeran.

Miré alrededor buscando nuestras cosas.

Hasta se habían llevado los móviles.

Vi a Chloe todavía dentro del agua, moviéndose mientras observaba la escena.

La muy hija de puta se estaba partiendo de risa.

Creo que todavía no había entendido la magnitud del problema.

Recogí una única toalla vieja que habían dejado como miserable consuelo.

Miré aquel trapo desgastado con expresión asesina.

—¿En serio? Voy a matar a esos dos.

Vi a Chloe acercarse nadando hasta el embarcadero.

—Tranquilo, Adán... —se burló entre risas.

Apoyó la barbilla sobre los brazos cruzados en la madera y me observó como si yo fuera el espectáculo principal del día.

—Te has puesto muy sexy gritando, todo desnudo —comentó con malicia.

Puse los ojos en blanco al notar la intensidad de su mirada.

—Ha sido una visión bastante... interesante —admitió con una sonrisa descarada.

Mi sonrisa apareció al instante.

—Ten cuidado, porque quizá me plantee darte un espectáculo de verdad.

Le guiñé un ojo y su sonrisa se amplió.

—Mmm... creo que me gustaría eso.

La forma hambrienta en que me recorrió con la mirada, deteniéndose más de la cuenta en mi polla semierecta, despertó unas ganas salvajes de arrodillarla y hacer que me la chupara allí mismo.

Me contuve.

Ahora no era el momento para esas cosas, Liam.

Necesitaba pensar cómo regresar sin traumatizar a toda la familia y cómo entrar en la casa sin que nadie me viera en ese estado.

—Chloe... creo que tenemos asuntos más urgentes que resolver que mirarme con esa cara de ninfómana traviesa.

—¿Vas a decir que no ha sido divertido?

—Divertido sería poder hacer lo que mi mente acaba de sugerirme. En cambio, estoy intentando encontrar una forma de no traumatizar a tu familia y convertirme en el peor novio que tu madre podría haber imaginado.

Volvió a reírse.

Aquella risa cálida hizo vibrar algo dentro de mi pecho.

Después se impulsó fuera del agua y expuso toda la perfección de su cuerpo.

Tuve que tragar saliva.

Por un instante olvidé incluso el problema que teníamos.

—¿Sabes qué? Caminar por ahí con una toalla vieja y mojada tiene cierto encanto. Salvaje. Primitivo. Sexy —bromeó mientras escurría su cabello empapado.

Miré alrededor para asegurarme de que nadie más estuviera disfrutando de aquella vista.

Una posesividad irracional se apoderó de mí.

—No creo que tu familia piense lo mismo.

Mi mirada descendió involuntariamente hacia sus pechos firmes.

—¡La vista está aquí arriba, doctor Depravado! —se burló chasqueando los dedos delante de mi cara.

Cuando levanté la mirada, encontré el brillo divertido de sus ojos y aquella sonrisa enorme.

—Lo siento. Aún no me acostumbro a tener todo esto tan disponible para mí. Hemos tenido poco tiempo y demasiada agua para que pudiera apreciar las vistas como me habría gustado.

—Entonces aprovecha, doctor —susurró mientras acortaba la distancia entre nosotros y pegaba su cuerpo al mío—. Las horas pasan y nuestro acuerdo solo dura mientras estemos aquí.

Negué con la cabeza, ya pensando en todas las formas posibles de saltarme las futuras reglas y convencerla de que aquello debería

durar mucho más que unas vacaciones.

Sería una auténtica tragedia perder todo aquello y volver a ser solo amigos.

—Bueno, tenemos una toalla para volver. Puedo regresar a la casa mientras tú me esperas aquí y traerte algo de ropa —propuso.

Arqueé una ceja y crucé los brazos, sin preocuparme lo más mínimo por mi desnudez.

—Ni de coña. Te quedas aquí y voy yo. No pienso dejar que John te vea desnuda bajo una toalla blanca y mojada.

La posesividad que sentía era cada vez más evidente.

Esta vez fue ella quien cruzó los brazos sobre aquellos deliciosos pechos.

—Y tú tampoco vas a ir por ahí con solo una toalla en la cintura —replicó con una sonrisa traviesa—. No tengo ninguna intención de compartir el cuerpazo que es mío durante estos días con nadie.

Mi ego se infló de inmediato.

Nos quedamos mirándonos durante varios segundos.

El fuego entre nosotros era cada vez más intenso. Más palpable.

Y eso hacía que me costara pensar con claridad.

Suspiré, derrotado.

Pero no pude evitar sonreír.

Aquella mujer era fuego y caos.

Y yo estaba completamente jodido.

—Vamos entonces.

Cogí el trozo de toalla y lo envolví alrededor de su cuerpo. Apenas cubría lo imprescindible, porque era demasiado pequeña y las curvas de Chloe no tenían nada de discretas. Le quedaba demasiado corta sobre los muslos, pero parecía no importarle en absoluto.

—Sujeta esto antes de que aparezca alguien más —le pedí.

—¿Y tú qué? ¿Vas a esperarme aquí? —preguntó, confundida.

Mientras tanto, empecé a mirar a mi alrededor en busca de algo que pudiera ayudarme. Cubrí lo esencial y puse los ojos en blanco al recordar su brillante idea de volver sola, prácticamente desnuda.

Fue entonces cuando vi dos enormes hojas de platanera un poco más arriba, junto al borde de la vegetación.

—Espera aquí —murmuré.

Me acerqué a la orilla, arranqué las dos hojas y las coloqué delante de mi cuerpo para comprobar si el tamaño sería suficiente.

Desde donde estaba, Chloe rompió a carcajadas.

Ah, pimentita... esto me lo vas a pagar.

—¡No puedo creer que vayas a hacer eso! —dijo entre risas.

Me giré hacia ella, coloqué una de las hojas delante de mi entrepierna y, con la otra mano, posé de perfil como si estuviera presumiendo de los músculos del brazo y de mi cuerpo perfectamente definido.

La muy cabrona se rió todavía más.

Cuando volví a mirarla, vi que levantaba ambas manos frente a ella, fingiendo sostener una cámara imaginaria. Con la boca imitaba el sonido de las fotografías mientras cambiaba de ángulo para divertirse a mi costa.

—Tío, eres el Adán más atractivo que ha existido jamás. Eso es indiscutible —admitió, mucho más relajada ahora.

Volví a acercarme a ella y aparté un mechón de cabello detrás de su oreja.

—Y tú eres la Eva más guapa.

Se mordió el labio inferior y aproveché para dejar un beso suave sobre sus labios.

—Ahora, ¿vamos a dar nuestro espectáculo? Porque algo me dice que no vamos a pasar desapercibidos —bromeé.

Ella se encogió de hombros, confirmando una vez más que seguía siendo la misma loca que me acompañaba en la adolescencia

y que siempre tenía ideas descabelladas para meternos en problemas mientras intentábamos proteger a Mel.

—Si no es para llamar la atención, no tiene ninguna gracia —coincidió.

Le tendí la mano y echamos a andar.

Por el momento, solo me preocupé de cubrirme como podía. En cuanto nos acercáramos a la gente, soltaría su mano y haría lo posible por tapar el resto.

CAPÍTULO 26
LIAM WALKER

Caminamos por la parte trasera de la propiedad hasta el caserón, intentando no cruzarnos con nadie por el camino. Reíamos como dos adolescentes fugitivos, cómplices de una aventura descabellada. A cada paso, Chloe me lanzaba miradas como si aún no pudiera creer lo que nos había pasado y, en cierto modo, yo tampoco.

A medida que nos acercábamos, las voces de la gente conversando, las risas y los gritos de los niños jugando se hacían cada vez más presentes. Gruñí para mis adentros al saber que no tendría forma de escapar de aquello. No conocía la finca lo bastante bien como para encontrar una ruta alternativa que minimizara el impacto.

No me había ganado el apodo de chico malo en la adolescencia por casualidad. Nunca tuve miedo de hacer lo que quería ni solía preocuparme por lo que los demás pensaran de mí. Mis padres lo sabían mejor que nadie; de lo contrario, ahora estaría junto a Bryan dirigiendo el conglomerado Walker's.

Miré a Chloe, que se ponía de puntillas para intentar ver quién había más adelante.

—Intentemos rodear el caserón para llamar menos la atención —sugerí en voz baja.

Ella asintió.

Avanzamos de puntillas y, por suerte, había bastante menos gente por aquella zona. Sujeté las hojas de platanera delante y detrás de mi cuerpo para cubrir lo máximo posible mi desnudez y, por primera vez, me sentí incómodo. No por mi cuerpo, obviamente. Sino por la situación y el lugar en el que me encontraba, sobre todo porque había niños repartidos por toda la propiedad.

Por suerte, no vi a ninguno correteando por donde íbamos. Solo nos cruzamos con alguna persona de vez en cuando. Le indiqué a

Chloe que me siguiera y continuamos con la esperanza de pasar desapercibidos, aunque era evidente que no tendríamos tanta suerte.

—Ya nos parecía raro que hubierais desaparecido los dos —comentó un hombre con una sonrisa divertida en la voz.

Lo miré y reconocí al tío de Chloe.

—Tu tía ya se había imaginado que estabais en la habitación... bueno, aprovechando el tiempo —bromeó.

Esbocé una sonrisa culpable.

—En cierto modo sí, pero no en la habitación —admití.

Aquello lo hizo estallar en carcajadas, mientras Chloe se ponía roja como un tomate.

—¡Dios mío! ¿Qué os ha pasado con la ropa? —preguntó otra tía de Chloe, completamente perpleja, eliminando cualquier posibilidad de que pasáramos inadvertidos.

—Dos chicos la cogieron y salieron corriendo —explicó ella esta vez.

—Menudo culo, doctor —comentó uno de los primos de Chloe al lado de John, que acababa de acercarse.

La tensión en la mandíbula de John fue inmediata. Era evidente que no esperaba encontrarse con aquella escena y que no le gustaba nada lo que veía.

—¿Solo el culo? —lo provoqué.

El primo de Chloe soltó otra carcajada.

—Por desgracia para mí, no. Será mejor que subas cuanto antes a tu habitación. No quiero que mi mujer te vea así.

Me reí junto a él mientras seguíamos acercándonos a la entrada del caserón.

—Yo prefiero la vista de Chloe con esa microtoalla —comentó John con malicia.

Su simple comentario me molestó más de lo que debería.

—Hasta me ha entrado cierta nostalgia —añadió con aquel tono cargado de segundas intenciones.

Mi pelirroja puso los ojos en blanco y le mostró el dedo corazón.

—Sigue soñando, John. Aquí ya no hay nada que te interese.

—Exacto —coincidí.

Me acerqué por detrás de Chloe y, por desgracia, no pude rodearle la cintura con la posesividad que me pedía el cuerpo. De haberlo hecho, habría ofrecido una vista aún más comprometida a toda su familia.

Por suerte, mis labios seguían libres.

Me incliné hacia ella y le mordisqueé suavemente el cuello.

Su sonrisa se volvió maliciosa y me miró de una forma que me hizo querer lanzar aquella maldita toalla lejos y hundirme hasta el fondo de ella.

—Porque ella es mía y tú ya tienes a tu mujer —remarqué el «mía» y el «tu mujer»—. ¿Vamos, cariño?

Ella asintió y entramos en el caserón.

Esperé a Chloe frente al ascensor mientras conseguía un duplicado de nuestra tarjeta de acceso, al menos hasta que recuperáramos nuestras pertenencias. Por suerte, las puertas se abrieron en cuanto pulsó el botón.

—Ya está. La peor parte ha pasado.

Asentí sin apartar la mirada de ella.

Me observaba con la misma lascivia que me consumía por dentro, y estaba convencido de que el inquieto movimiento de sus piernas significaba una sola cosa.

La situación embarazosa que acabábamos de vivir la había excitado tanto como a mí.

En cuanto entramos en la habitación, lancé las hojas lejos y la acorralé contra la pared.

Chloe jadeó.

Arranqué aquella maldita toalla y la dejé caer al suelo, exponiendo cada curva de su cuerpo.

Llevé las manos a sus pechos, aquellos mismos que me habían estado volviendo loco, y los tomé en mi boca sin previo aviso.

Ella soltó un gemido ahogado ante el contacto nada delicado.

Con una mano pellizqué uno de sus pezones mientras sentía cómo una de las suyas se hundía en mi cabello y la otra encontraba mi erección, acariciándola con deseo de arriba abajo.

Mi mano descendió hasta su sexo.

No me sorprendió encontrarla completamente empapada.

—Tan mojada como imaginaba, traviesa.

—Y la culpa es tuya, doctor Depravado.

La alcé en brazos, la llevé hasta una mesa cercana y la senté sobre ella.

Me arrodillé.

Sin darle tiempo a reaccionar, separé sus piernas y me lancé sobre ella de una vez.

Chloe parecía incapaz de decidir qué hacer: si frotarse aún más contra mi boca, si gritar por lo que mi lengua le estaba haciendo o si tirar de mi cabeza para acercarme todavía más.

Estaba completamente desbordada por las sensaciones.

En el momento en que noté que se acercaba al clímax, me aparté, la bajé de la mesa y la giré.

—Inclínate y levanta ese culo tan delicioso —ordené.

Le di una palmada que llevaba demasiado tiempo deseando darle.

Ella soltó un grito, pero obedeció sin protestar y arqueó las caderas mientras se rozaba contra mi polla.

—Joder, qué buena estás.

No me lo pensé dos veces.

Ni fui despacio.

Simplemente me hundí en ella de una sola embestida.

Su cuerpo me recibió sin resistencia, húmedo y preparado para mí.

Empecé a penetrarla con fuerza, llegando hasta el fondo, mientras sus gemidos se intensificaban.

Le cubrí la boca con una mano para evitar que el escándalo fuera aún mayor, pero no dejé de moverme ni un segundo.

Demasiados meses deseándola.

Demasiados meses impidiéndome tenerla.

—Córrete en mi polla, preciosa —gruñí con voz ronca.

—Sí... así... no pares —suplicó sin aliento.

Perdí completamente el control.

Le agarré el cabello con firmeza, arqueando aún más su espalda, mientras con la otra mano pellizcaba uno de sus pezones endurecidos.

Nuestros gemidos llenaban la habitación, anunciando lo cerca que ambos estábamos del límite.

Y cuando ella se aferró a mí con fuerza y se corrió, me permití encontrar el mío también.

Seguí moviéndome con más calma hasta que los espasmos desaparecieron.

Cuando por fin recuperamos el aliento, dejé caer mi cuerpo sobre el suyo, apoyado sobre la mesa, procurando no hacerle daño.

—Joder... eso ha sido...

—Intenso —completó ella.

Y no pude hacer otra cosa que darle la razón.

CHLOE DAVIS

Estábamos sentados a la mesa, rodeados de delicadas luces colgadas de los árboles y candelabros de cristal que brillaban como estrellas entre las hojas. La música ambiental llenaba los espacios

entre las conversaciones y los brindis, y por un instante, todo parecía tan absurdamente perfecto que dolía un poco.

Observé a Liam a mi lado, tan cómodo entre mi familia que parecía formar parte de ella desde siempre. Escuchaba con atención una historia de mi tía Beth sobre una boda en la que el novio estuvo a punto de salir corriendo antes del «sí», y todos se reían a carcajadas, incluido él. Pero yo, por mucho que también me riera, sentía una opresión en el pecho.

Desde el lago, todo había cambiado.

Después de acostarnos —y no, no era capaz de decirlo como si fuera algo trivial porque no lo fue—, sentí que mi cuerpo se rendía a sensaciones que jamás había experimentado con ningún hombre. La forma en que me tocó, cómo me conoció en tan poco tiempo, cómo parecía que mi placer era más importante que el suyo... Todo aquello me desarmó por completo. Fue salvaje e intenso, pero al mismo tiempo había una dulzura que derribó todas mis defensas.

Y luego estuvo el almuerzo, cuando todos se rieron al vernos llegar juntos después de la situación que nos vimos obligados a vivir. Más tarde incluso resultó divertido cuando la suegra de Megan apareció arrastrando a los dos adolescentes fugitivos, tirándoles de las orejas mientras los obligaba a devolvernos nuestras cosas y a pedirnos disculpas por todo lo que nos habían hecho pasar.

Algo me decía que Liam solo se contuvo de darles un buen coscorrón para no montar un escándalo con la familia de Chris, pero ganas no le faltaron. Ni a él ni a mí. Aunque, en parte, toda aquella situación había resultado sorprendentemente afrodisíaca y lo que ocurrió después fue, probablemente, la mejor forma posible de ponerle el broche de oro.

Aun así, nada de eso impidió que fuéramos el tema principal de las bromas durante todo el postre. Megan me lanzó una mirada divertida, de esas que decían claramente «me debes muchas explicaciones», y mi madre sonrió con un brillo satisfecho en los ojos que me provocó escalofríos al imaginar que ya estaba oyendo campanas de boda sonando para nosotros.

Pasé la tarde ayudando a mi hermana con los últimos preparativos. El vestido, el ramo, el ensayo... Pero incluso mientras estaba con ella, en lo único que conseguía pensar era en Liam. Tampoco ayudaba que Megan no dejara de reírse y recordar nuestro espectáculo de desnudos improvisado, hablando del cuerpazo increíblemente sexy y musculado de mi novio —palabras suyas, no mías—, aunque no podía negar que tenía razón. Y si además me ponía a pensar en la forma en que me tomaba y se hundía dentro de mí...

Sacudí la cabeza al instante para apartar aquellos pensamientos antes de que el fuego que despertaban volviera a consumirlo todo.

Cuando nos reencontramos más tarde, antes de arreglarnos para la cena, volvimos a estar juntos. Esta vez de una forma más tranquila. Más íntima.

Y ahora, viéndolo tan cerca, hablando con mi madre como si fuera el yerno que siempre había deseado, no pude evitar pensar que quizá... quizá no había reflexionado lo suficiente sobre el plazo que nos había impuesto.

Solo quedaban dos días, joder.

Y la verdad era que me hacía sentir viva. Deseada. Vista. ¿Amada? No. No, todavía no.

¿O quizá sí?

—Chloe, cariño —escuché la voz de Charlotte, mi madre, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Ya habéis hablado de bodas? ¿Y de hijos?

Sostenía una copa de cava y nos observaba con una curiosidad imposible de disimular.

—¿Casarnos? —me atraganté con el champán y estuve a punto de escupirlo sobre el mantel de encaje.

Liam me dio unas palmadas en la espalda para ayudarme mientras intentaba ocultar la risa.

—Estoy bien... solo me he atragantado —murmuré cuando conseguí recuperar el aire.

—¿Lo ves? Hasta el destino conspira —dijo la tía Beth, emocionada—. Si os casáis, tendréis unos hijos preciosos. Pelirrojos de ojos verdes... o morenitos, tan expresivos como tú, Chloe.

Liam intervino con ese tono sereno y encantador que siempre conseguía hacerme suspirar.

—Charlotte, Beth... todavía estamos empezando —dijo mientras me dirigía una mirada cálida—. No queremos tomar decisiones en caliente. Tengo una rutina complicada en el hospital, con cirugías y guardias, y Chloe también tiene su carrera. Aún no nos sentimos preparados para dar ese paso. Queremos disfrutar... viajar, aprovechar el tiempo juntos.

—Responsable y romántico —murmuró mi madre con una sonrisa satisfecha—. Quién sabe, quizá en uno de esos viajes llegue mi nietecito.

—¡Mamá! —protesté, riéndome por puro nerviosismo.

—¿Qué? ¡Lo siento! —Se encogió de hombros—. Pero hacéis tan buena pareja... Solo digo la verdad.

—No tenemos ese tipo de planes, Charlotte —respondió Liam con amabilidad, aunque con firmeza—. De hecho, nunca he querido ser padre. Mi trabajo en el hospital me absorbe demasiado tiempo. Pero soy un tío completamente enamorado de Andrew y Hannah, y eso me basta.

Mi madre pareció sorprendida y un poco decepcionada.

—Pero esos planes pueden cambiar algún día, ¿no? —preguntó la tía Beth con esperanza.

Solté una lenta exhalación y agradecí en silencio que Liam manejara la situación sin necesidad de que yo interviniera.

—Quizá algún día, pero por ahora no es algo que tengamos en mente —respondió sin vacilar.

Y mis ganas de besarlo aumentaron todavía más.

Si no fuera tan descaradamente sinvergüenza, sería el hombre perfecto para mí.

Qué pena.

—Bueno... al menos eres sincero —dijo mi madre, menos entusiasmada que antes.

Levanté la vista y vi a John sentado al otro lado de la mesa. Tenía un vaso de whisky en la mano y los ojos clavados en mí. Había algo en aquella forma de mirarme, una mezcla de rabia y deseo, que me incomodaba profundamente. No entendía por qué, de vez en cuando, lo sorprendía observándome de aquella manera, casi siempre con su mujer sentada a su lado.

¿Qué demonios le pasaba?

¿Le molestaba verme con Liam porque los tres éramos de la misma época? No lograba comprender por qué parecía empeñado en buscarme las cosquillas allá donde estuviéramos. Y estaba segura de que solo se contenía porque Liam rara vez me dejaba sola y, cada vez que John se acercaba demasiado, lo ponía en su sitio.

Volví a mirar a Liam y a pensar en todo lo que me hacía sentir.

Y la verdad era que ni siquiera yo sabía ya qué ocurría dentro de mí.

Porque con Liam todo parecía correcto y, al mismo tiempo, dolorosamente temporal.

Dos días.

Solo dos días más.

Y después... ¿qué quedaría?

Tomé un sorbo de champán e intenté ignorar la presión que me oprimía el pecho.

Quizá debería limitarme a vivir el momento. Fingir que todo estaba bien. Que podía manejar una relación así: sin planes, sin futuro, solo placer y buenas risas. Una amistad con beneficios, como él mismo la llamaba.

Pero la verdad era que cada vez que me tocaba, me miraba, me hacía correrme como nunca o conseguía hacerme reír... sentía que perdía un poco más el control.

Y ese era el tipo de cosa que ningún plan podía contener.

En un momento dado, Liam estaba hablando animadamente de béisbol con mi primo Carter y decidí levantarme para ir a buscar algo de comer mientras seguía dándole vueltas a aquella absurda conversación sobre hijos.

¿Es que mi madre no iba a dejar el tema nunca?

Suspiré, frustrada, y me acerqué a una mesa auxiliar cerca de la zona del bar para coger algunos aperitivos.

Entonces sentí que alguien se acercaba.

El conocido perfume masculino me hizo quedarme inmóvil por dentro.

—Chloe —dijo John con una sonrisa ladeada que me hizo poner los ojos en blanco mentalmente.

—Hola, John —respondí de mala gana mientras fingía concentrarme en la comida.

—Por fin tu perro guardián te ha dejado sola un rato.

Le lancé una mirada de reojo sin entender adónde quería llegar.

—Quería acercarme a hablar contigo, pero ese tío no se despega de ti —comentó con evidente fastidio.

Respiré hondo para no ser todavía más borde con él.

Noté que el olor a alcohol que desprendía era más intenso de lo habitual, algo que me sorprendió porque, hasta donde yo sabía, John no solía beber tanto.

—¿Qué es exactamente lo que quieres? —pregunté de una vez.

—Quería hablar contigo. Te echo de menos, pelirroja —admitió, sin toda aquella arrogancia que solía cargar encima.

Entrecerré los ojos, confundida.

Cuando levantó la mano e intentó apartar un mechón suelto de mi cabello, di un paso atrás para alejarme de él. John soltó un suspiro frustrado.

—¿Cuál es tu problema? Estás casado, ¿lo recuerdas? —lo reprendí en voz baja para no empeorar la situación.

Asintió con pesar.

—Por desgracia, sí lo recuerdo.

Negué con la cabeza.

—¿Y tu esposa? —pregunté sin rodeos, ignorando por completo su comentario anterior.

—Descansando. Ya sabes, el embarazo. —Se encogió de hombros, dio otro trago a su whisky y luego me miró directamente a los ojos—. Estás preciosa esta noche. Igual que antes.

—¿Antes?

—Cuando salíamos juntos... —Se acercó un poco más y yo di un paso hacia un lado, tensa—. Y pensar que ahora estás con Liam.

—Pues sí, lo estoy. —Cogí otro aperitivo, intentando marcharme de allí.

—Y te confieso que no me gustó nada la escena que os vi protagonizar antes. —Respiró hondo, con la mandíbula rígida—. Solo de pensar en lo que estabais haciendo, me pone enfermo —admitió.

Arqueé una ceja.

Fue imposible contener una risa nasal.

—Eres muy gracioso.

—No le veo la gracia por ninguna parte —respondió de mala gana.

—Pues yo sí, porque hasta donde recuerdo, te pillé a ti y a tu querida esposa en una situación bastante peor. ¿O tu memoria es tan corta que ya no te acuerdas? —repliqué con ironía.

Su expresión dejó claro que mi respuesta no le había gustado.

—Aquello fue... un desliz.

Arqueé aún más la ceja.

—¿Se te deslizó el sueldo dentro de su coño? —me burlé entre risas.

Culpé a las copas de champán de mi falta de filtro, pero no me sentía culpable ni un poco.

Su rostro se endureció y bajó la mirada, furioso.

—Sabes perfectamente que de sueldo no tengo absolutamente nada.

Alcé las cejas con fingido asombro.

—¡Ay! Perdona si he herido tu ego. —Me llevé una mano a la boca, fingiendo escándalo—. Es que después de Liam, cualquiera que haya pasado por mi vida parece bastante... mmm...

Junté los dedos dejando apenas un pequeño espacio entre ellos.

—Pequeño.

John se puso rojo hasta el cuello, completamente irritado por mi comentario.

Y, sinceramente, mis ganas de reír solo aumentaron.

¡Idiota!

—Eres un maldito mentiroso —gruñí, enfurecida—. Y sabes perfectamente que jamás habría pasado nada de aquello si hubieras sabido respetar mis límites. Pero no. Siempre con tus tonterías de «no me toques»...

Mi mano hormigueó por las ganas de darle una bofetada.

—La persona miserable eres tú por no saber respetar el tiempo de nadie y echarme la culpa de tu falta de carácter. Porque no fuiste capaz de mantener la polla dentro de los pantalones solo porque me negué a darte lo que querías. Y ahora míranos. —Abrí los brazos señalando el lugar—. Casado, con un hijo, tu mujer embarazada... y aquí estás, detrás de mí después de tantos años. Ya lo dicen: árbol que nace torcido jamás endereza. Así que hazme un favor y olvídate de mí.

Intenté alejarme, pero John, nada satisfecho con lo que acababa de escuchar, me agarró del brazo.

Me quedé inmóvil.

Le lancé una mirada capaz de congelar el infierno.

Debió de darse cuenta de lo que había hecho porque me soltó de inmediato.

—Tranquila, pelirroja. Todavía no he terminado.

—¿Qué más quieres?

Un brillo cruel apareció en sus ojos y me recorrió un escalofrío desagradable por todo el cuerpo.

—Solo tengo curiosidad. ¿Te habló de la apuesta?

Fruncí el ceño.

—¿Qué apuesta?

Su sonrisa torcida se amplió al darse cuenta de que no sabía de qué hablaba.

—Vaya, vaya. ¿No te contó algo así?

Mi corazón empezó a galopar dentro del pecho.

Respiré despacio para no demostrar cuánto me decía una voz interior que no iba a gustarme nada lo que estaba a punto de escuchar.

—Hace años hicimos una apuesta. Ver quién conseguía llevarte primero a la cama. Yo gané, por supuesto. Pero parece que el doctorcito nunca lo olvidó.

Sonrió con veneno en la comisura de los labios y un brillo cínico en los ojos.

Sus palabras cortaron el aire como cristales rompiéndose. Fue como si algo dentro de mí se partiera en dos.

¿Qué mierda de apuesta era esa?

La respiración se me quedó atrapada en el pecho, pesada y dolorosa, como si una mano invisible me estuviera aplastando los pulmones. Los sonidos a mi alrededor —las risas, el tintinear de las copas, la música suave de fondo— parecieron desaparecer por un instante.

Mi corazón latía tan fuerte que habría jurado que todos podían escucharlo.

Mi mente se llenó de recuerdos desordenados: Liam tocándome con cuidado, la forma en que me miraba, el lago, la manera en que

me hizo correrme como ningún otro hombre había conseguido jamás.

¿Y ahora esto?

¿Un juego?

¿Una apuesta?

No.

No, Liam no era así. No podía serlo.

Pero John sabía dónde golpear. Sabía dónde hacer daño. Y aquella duda, por pequeña que fuera, se clavó en mi pecho como una espina envenenada.

—Eres patética si crees que quiere algo más que acostarse contigo y tachar tu nombre de la larguísima lista de conquistas que tiene —continuó con aquel tono bajo, casi íntimo, como si estuviera compartiendo un secreto conmigo—. Siempre serás solo un número para él.

Lo dijo con absoluta convicción, con una única intención: destrozar la felicidad que llevaba días irradiando y que, por lo visto, tanto le molestaba.

Lo miré con los ojos muy abiertos. Las manos me temblaban y el estómago se me revolvió. John seguía sonriendo, satisfecho con el daño que estaba causando.

Tuve ganas de gritar, de golpear a aquel desgraciado, de desaparecer. Pero permanecí de pie, orgullosa, aunque las rodillas amenazaran con fallarme.

El silencio fue mi defensa, mi escudo. Pero por dentro estaba hecha pedazos.

¿Sabía Liam de aquella apuesta? ¿Alguna vez me había visto como parte de ella, aunque solo fuera por un segundo? ¿Y si todo esto no era más que una repetición adornada de una vieja broma cruel?

Tragué saliva.

Necesitaba enfrentarlo. Mirarlo a los ojos y descubrir si aquello era verdad. Pero, sobre todo, necesitaba confiar en mi propia intuición. Y mi intuición gritaba que Liam no era como John.

Porque Liam siempre había sido sincero conmigo. Lo nuestro era un acuerdo. Nunca ocultó el deseo que sentía por mí. Incluso la forma en que trataba a mi perro decía mucho de él.

Y, a diferencia del imbécil que tenía delante, jamás engañó a una mujer llevándola a su cama para luego traicionarla solo porque no podía controlar lo que tenía entre las piernas.

Así que, aunque descubrir que aquello había sido cierto pudiera dolerme, estaba segura de una cosa: no era el mismo hombre que había sido en el pasado.

A diferencia de este desgraciado, que seguía siendo exactamente el mismo de siempre.

Por eso, aunque seguía incómoda por lo que acababa de insinuar, me puse mi mejor máscara de indiferencia y lo miré de frente.

—Eso es demasiado bajo, John. Incluso para ti —repliqué con frialdad—. ¿De verdad has tenido que inventarte algo así ahora? ¿Todo porque tienes el ego herido?

Su rostro se endureció.

—Pregúntaselo a él entonces. Ya que no me crees.

—Puede que lo haga. Pero no porque te crea a ti. Lo haré porque quiero ver la cara que pone cuando descubra lo patético que eres.

Solté una risa burlona.

—Hay cosas que las acciones dicen por sí solas. No siempre hace falta preguntar para conocer la verdad. Basta con mirar el historial de una persona. Han pasado más de diez años, John. Me engañaste porque no supiste mantener la polla dentro de los pantalones y porque no obtuviste lo que querías. Liam, en cambio, me respeta como mujer, no como un trofeo. Y, sobre todo, siempre ha sido sincero conmigo.

John apretó los dientes, visiblemente irritado y decidido a seguir fastidiándome.

—Quizá no tanto como crees.

¿Quizá? Sí, quizá.

Pero eso no cambiaba nada.

—Estoy de acuerdo, quizá no todo. Pero ¿sabes cuál es la diferencia? Si, y es un gran «si», de verdad hizo eso, fue hace más de una década. En aquel entonces era un crío, igual que tú. La diferencia es que él maduró, mientras que tú sigues siendo el mismo, capaz de jugar sucio solo para perjudicar la relación de los demás porque no estás satisfecho con las decisiones que has tomado para tu propia vida.

Le di la espalda con la dignidad que aún me quedaba intacta. Pero antes de alejarme lo suficiente, me giré hacia él, que seguía en el mismo lugar, y dije aquello que sabía que terminaría de destrozar su ego.

—Por cierto, para que lo sepas, eso que a ti no te di, a él sí se lo di y, joder, gracias por el empujón. Tengo que darte la razón en una cosa: solo perdí el tiempo por no haberlo hecho antes. Pero no pasa nada, porque con la persona adecuada las cosas suceden cuando tienen que suceder.

Su expresión se ensombreció aún más y vi cómo las puntas de sus dedos se volvían blancas por la fuerza con la que apretaba el vaso que sostenía.

—Hasta luego, John.

Me alejé con el corazón extrañamente tranquilo porque, en el fondo, incluso después de aquella acusación tan rastrera, algo dentro de mí seguía confiando en el hombre que Liam me había demostrado ser.

El hombre que, en tan poco tiempo, había despertado sensaciones que nadie había conseguido despertar jamás.

El hombre del que tenía muchas posibilidades de enamorarme si no tenía cuidado.

CAPÍTULO 27
CHLOE DAVIS

Volví a la mesa con el estómago revuelto, no por el aperitivo que apenas había conseguido probar, sino por la conversación sucia y venenosa que acababa de tener con John. Aun así, mantuve la cabeza alta. Mis tacones resonaban con firmeza sobre el suelo de madera mientras me acercaba a Liam, que reía en medio de una animada conversación con mi primo Carter sobre béisbol.

—Tío, ¿te acuerdas del partido contra los Astros? Última entrada, bases llenas y Judge conecta aquel *home run* como si fuera lo más fácil del mundo —dijo Liam con brillo en los ojos, gesticulando con la cerveza en la mano—. Todo el estadio se vino abajo. Fue una de las cosas más emocionantes que he visto en el deporte.

—Sí, lo vi, estuvo increíble... —admitió Carter, aunque con cierta reticencia. Luego sonrió con sorna—. Pero sigo siendo de los Red Sox. Aquello fue pura suerte.

Liam soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Eso no fue suerte. Fue sangre fría. Estrategia. Sabía exactamente dónde iba a caer la pelota. Por eso digo que los Yankees tienen alma de campeones.

Sonreí discretamente, aunque seguía sintiéndome extraña por la desagradable conversación que había tenido con John. Era imposible no sentirme cautivada al ver a Liam tan involucrado, con aquella pasión genuina por algo tan sencillo como el deporte. Un hombre como él, acostumbrado a sostener vidas entre sus manos en el hospital, emocionándose por un home run... era simplemente precioso.

—Pero claro, si quieres seguir engañándote, Carter, allá tú —lo provocó mi novio con una sonrisa traviesa.

Liam negó con la cabeza entre risas y fue entonces cuando se dio cuenta de que me acercaba. Dio un par de pasos hacia un lado

para hacerme sitio. Su mano rodeó mi cintura con naturalidad y depositó un beso en la comisura de mis labios, provocando que otra sonrisa tímida apareciera en mi rostro.

¿Cómo podía ser todo aquello una simple actuación o el resultado de una apuesta?

Era imposible.

Nadie podía fingir tan bien. Y estaba convencida de que, del mismo modo que yo me sentía cómoda a su lado, hasta el punto de contarle lo que realmente había pasado entre John y yo, aunque fuera algo que todavía me avergonzaba, él también sentía ese vínculo cada vez más fuerte entre nosotros. Fue increíble comprobar que aquel simple contacto bastó para calmar la tormenta que seguía agitándose dentro de mí.

En ese momento, la esposa de Carter lo llamó desde el otro lado de la mesa. Había otra pareja con ella. Mi primo se disculpó y se alejó.

Liam se inclinó y apoyó los labios en mi sien.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja, junto a mi oído.

Asentí, aunque todavía sentía el peso en el pecho.

Seguía queriendo hablar con él sobre aquello, pero no era el lugar adecuado. Decidí dejarlo para más tarde y, al notar por el rabillo del ojo que John seguía observándonos, quizá esperando que el veneno que había vertido sobre mí surtiera efecto y arruinara nuestra noche, hice justo lo contrario.

Quería que entendiera que ya no tenía ningún poder sobre mí.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta, dejé el plato sobre una mesa cercana, me coloqué frente a mi doctor y rodeé su cuello con los brazos mientras sonreía.

—Sí, estoy perfectamente.

Le di un beso casto en los labios y apareció esa sonrisa ladeada que tanto me gustaba.

—Tú y Carter parecéis haberos llevado bien —comenté mientras la mano de Liam acariciaba mi espalda con una ternura que ayudó a

calmar mi pecho.

—A pesar de que es de los Red Sox, sí, me cae bien. Me propuso organizar algo cualquier día en casa. Si te apetece, claro.

Por su tono de voz quedó claro que no había sabido cómo rechazar la invitación, ya que, a efectos de todos, éramos una pareja. Y una vez más, aquella sensación incómoda al pensar que todo eso podía desaparecer por culpa del acuerdo que habíamos hecho y que, al regresar a Boston, todo volvería a la normalidad, me revolvió el estómago. Y esta vez John no tenía nada que ver.

—¡Por mí, perfecto!

Un brillo especial iluminó sus ojos. Una canción comenzó a sonar y pegó nuestros cuerpos mientras nos movíamos al ritmo de la música. Su aroma cítrico mezclado con hierba limón me envolvió por completo y me sentí en casa, cómoda entre sus brazos. Liam rozó con su barba perfectamente cuidada la piel de mi cuello y el efecto fue inmediato.

—¿Hasta qué hora tenemos que quedarnos aquí? —preguntó con voz ronca mientras su pulgar acariciaba mi cintura de una manera lenta y tortuosa, como si aquel simple gesto ya fuera un juego previo.

—La cena ya terminó y todo lo que estaba previsto también. Creo que no nos echarán de menos si decidimos retirarnos —sugerí con malicia, intentando esconder mi sonrisa en su hombro.

—Entonces subamos. Tengo una idea mucho más interesante que incluye a cierta pelirroja y esa bañera que todavía no hemos tenido ocasión de estrenar juntos.

Una oleada de emoción recorrió mis venas.

—¿Por qué la palabra «bañera» está siempre presente en tus pensamientos? —bromeé.

—Porque cualquier cosa que te implique desnuda ocupa mi mente, pelirroja —replicó, provocador.

Y su comentario pareció afectar directamente a la parte más sensible de mi cuerpo.

—Ahora vamos.

Terminó el resto de su cerveza, dejó la botella sobre una mesa y me condujo hacia la salida del salón.



Cualquier pensamiento sobre lo que John había dicho antes desapareció en el instante en que Liam atrajo mi boca hacia la suya al entrar en nuestra habitación. Todo desapareció.

Nuestras lenguas se enredaban de una forma tan sensual que cada caricia parecía extenderse por toda mi piel. La manera en que sus manos me despojaban de la ropa era tan íntima, con una sensualidad tan natural, que me dejaba completamente embriagada.

Todo lo que hacía provocaba que mi cuerpo le suplicara en silencio que no se detuviera.

Mi intimidad latía de ansiedad y expectativa por descubrir qué iba a hacer conmigo mi doctor Depravado, y aquella inseguridad que siempre me acompañaba cuando estaba con otros hombres, esa sensación de que probablemente no alcanzaría el placer que deseaba, parecía no existir a su lado.

La confianza que me transmitía y la forma en que conseguía relajarme eran exactamente lo que necesitaba, aunque nunca lo hubiera sabido. Quizá tenía razón cuando dijo que sentirse cómoda con la persona que tienes delante era la clave de todo.

Tal vez mis experiencias pasadas y todas las decepciones amorosas que había acumulado eran las responsables de que me sintiera tan bloqueada en la cama. Pero con Liam nada era así. Aunque conocía perfectamente su historial, eso no me afectaba. Creía que todo se reducía a algo muy simple: sí, había sido un auténtico Depravado durante años, pero siempre era sincero conmigo y me respetaba. Nunca me obligó a nada, y eso significaba mucho para mí.

Liam levantó mi cuerpo, que apenas estaba cubierto por la lencería roja, y rodeé su cintura con una pierna. Él seguía llevando únicamente los pantalones de la cena y me condujo hacia el baño sin separar sus labios de los míos.

—Me vuelves loco, pelirroja.

Me mordió suavemente la barbilla y dejó un rastro de besos por mi cuello. Eché la cabeza hacia atrás, ansiosa.

—Desde que te vi tan guapa preparándote para salir, solo podía pensar en una forma de quitarte todo lo que acababas de ponerte. Y cuando por fin lo consigo, empiezo a preguntarme cómo demonios voy a resistirme a todo esto cuando volvamos a casa.

Las ganas de responderle «No te resistas» golpearon mi lengua con fuerza. Sin embargo, me obligué a callar antes de que ya no hubiera vuelta atrás.

—Vivamos el presente. Y ahora mismo, soy toda tuya.

—Joder... ni siquiera soy capaz de pensar en otra cosa —murmuró más para sí mismo que para mí.

Mi pecho se calentó al escucharlo.

Me dejó de pie dentro de la bañera y, sin apartar los ojos de los suyos, mientras él se quitaba los pantalones y liberaba toda su impresionante masculinidad de la ropa interior, yo también me deshice de las bragas húmedas que llevaba puestas y se las lancé a la cara.

Liam las atrapó con los reflejos impecables que tenía y las acercó a la nariz para aspirar el aroma evidente de mi excitación.

Me quité el sujetador y lo dejé caer al suelo al ver sus pupilas completamente dilatadas.

—Eso es muy de hombre de las cavernas —bromeé.

Pero la forma en que me deseaba solo consiguió excitarme todavía más.

—Sentir y comprobar que me deseas tanto como yo a ti me provoca algo imposible de describir.

Liam abrió el grifo para llenar la bañera y vertió algunas sales de baño mientras yo me acomodaba y esperaba a que entrara conmigo.

Lo hizo un instante después. Me sentó sobre su erección, pero no llegó a penetrarme.

Nos quedamos así durante un momento, entre caricias y besos, y ya era maravilloso. De vez en cuando mi cuerpo hablaba por sí solo. Buscaba más contacto, más roce. Frotaba toda mi excitación contra él, arriba y abajo, y aquel contacto nos volvía locos a los dos.

Dejé escapar un gemido cuando sus dedos encontraron mi clítoris. Liam gruñó al sentir la intensidad de la fricción.

—Ven aquí. Voy a darte un baño.

Su voz sonó grave y acompañada de una sonrisa ladeada.

Confieso que me frustró un poco porque no era exactamente lo que quería y, además, terminaríamos ensuciándonos otra vez.

Cogió el jabón y lo deslizó por mis brazos, por mi cuello, en una caricia deliciosa. Después masajeó mis hombros tensos de una forma increíblemente sensual.

—Esto es tan bueno... —murmuré entre gemidos.

—Como sigas así, voy a acabar ofendido de que un simple masaje te haga gemir de esa manera.

Su falsa indignación era incapaz de ocultar la diversión que se colaba en su voz.

—No te pongas celoso. Tu polla me hace gemir mucho más.

Tomé su erección entre mis dedos y la acaricié de arriba abajo mientras él volvía a enjabonarse las manos y comenzaba a lavar mis pechos con una atención exquisita.

Los acarició despacio, rozó mis pezones exactamente como sabía que me excitaba y moví las caderas sobre sus piernas mientras seguía sujetándolo con la mano.

Sus ojos no se apartaban de los míos ni un solo segundo, como si no quisiera perderse ninguna de mis reacciones.

—Estás increíblemente bueno —admití, con unas ganas casi insoportables de sentarme sobre su masculinidad y buscar mi propio placer—. ¿Sabes lo que quiero?

—¿Qué? —preguntó con curiosidad mientras sus manos descendían por mi vientre y luego por mis piernas.

Me levantó de su regazo y me colocó al otro lado de la bañera. Agradecí que no fuera demasiado pequeña, porque Liam ya la habría ocupado él solo.

La distancia me frustró, pero la mirada hambrienta y cargada de malicia que me dedicó parecía decirme que aquello era solo el principio, y la expectativa se expandió por todo mi cuerpo.

—Quiero saber a qué sabes.

Sus ojos regresaron a los míos después de pasar el jabón por una de mis piernas.

Una sonrisa torcida apareció en sus labios y me mordí el inferior, ansiosa por descubrir cada centímetro de él.

—Eso es algo que me encantaría.

Terminó de lavar la otra pierna, aunque todavía evitaba deliberadamente el lugar que más atención reclamaba.

—Solo hay un problema —admití al recordar lo exigente que era con eso.

Y me odié por pensar en otras mujeres justo en un momento como ese, con él desnudo y espectacular delante de mí.

—¿Cuál?

Llevó un poco de jabón hasta mi intimidad y gemí cuando sus dedos comenzaron a acariciarme exactamente de la forma que sabía que me volvía loca.

—Eres muy exigente con eso y no quiero decepcionarte.

Lo confesé sin pensar demasiado. Sus dedos resultaban mucho más interesantes que mis propias palabras.

—Ni siquiera quiero saber cómo te has enterado de si soy exigente o no.

Dos de sus dedos se hundieron en mi interior y eché la cabeza hacia atrás.

—Pero de una cosa estoy seguro: me encantará sentir esa boquita sucia y depravada alrededor de mi polla. Es una imagen que he imaginado muchas más veces de las que me gustaría admitir.

Esta vez fui yo quien sonrió con malicia.

—Vaya... Entonces el doctor Depravado ha pensado en mí de formas muy poco apropiadas antes de todo esto.

—Para mi absoluta tortura, tengo que admitir que sí.

Lo dijo sin el menor rastro de vergüenza, y aquella confesión alimentó todavía más mi ego.

Quizá sí era capaz de darle placer.

El agua ya cubría gran parte de su erección, dejando visible únicamente la zona de su pelvis. Mi boca se llenó de saliva y señalé el borde de la bañera.

—Siéntate aquí.

—Como desees, pimentita.

Y cuando lo hizo, me permití admirarlo sin prisas: los abdominales perfectamente marcados, las piernas fuertes, el pecho definido, los brazos tatuados que solo conseguían hacerlo aún más atractivo.

Por último, mi mirada descendió hasta su erección, que él mismo acariciaba con aquella sonrisa perversa en el rostro, seguramente imaginando toda clase de travesuras.

Me humedecí los labios y me acerqué a él con los pechos desnudos.

Llevó una mano hasta uno de mis pezones endurecidos y lo pellizcó suavemente. Mis piernas temblaron de excitación.

Atraje su boca hacia la mía y hundí la lengua en un beso profundo e intenso. Liam respondió con el mismo deseo devastador que sentía yo.

Cuando me aparté, mientras deslizaba las manos por su pecho y sus abdominales, murmuré:

—Puede que no sea muy buena en esto, pero estoy dispuesta a aprender cómo te gusta. Solo tienes que decirme cómo.

Había cierto nerviosismo en mi voz, pero la mirada cargada de expectativa que me dedicó me animó a continuar.

Comencé a dejar besos por su cuello, igual que él había hecho conmigo la primera vez que me hizo disfrutar con su boca. Después recorrí su pecho, su abdomen firme y finalmente encontré aquello que tanto deseaba.

Puse una mano sobre su erección y la acaricié despacio, arriba y abajo. Vi aparecer una gota de líquido transparente en la punta y me humedecí los labios, ansiosa por probarla.

Rozé el glande con la lengua.

Comprobar que aquel gemido que escapó de los labios de Liam había sido provocado por mí solo consiguió animarme a seguir.

Deslicé la lengua por toda su longitud como una deliciosa tortura. Rodeé la cabeza con los labios y la succioné con cuidado para no rozarlo con los dientes, sin dejar de acariciar con la mano el resto de su larga extensión.

Debo admitir que su tamaño me imponía cierto respeto y, una vez más, recordé a otras mujeres con las que había estado y que habían llegado a atragantarse.

No me sorprendía en absoluto imaginarlo por completo dentro de mi boca.

Aparté aquellos pensamientos nada estimulantes y me concentré en lo que realmente quería: darle placer.

Y eso fue exactamente lo que hice.

Poco a poco fui tomando toda su longitud en mi boca. Sentí las venas marcadas contra mis labios y las acaricié con la lengua. Lo chupaba y tuve la impresión de que, cada vez que lo hacía, su erección temblaba dentro de mi boca, como si pequeños espasmos recorrieran todo su cuerpo.

Liam me sujetó el cabello con una mano y comenzó a murmurar palabras inconexas, la mayoría palabrotas entre gemidos, mientras aumentaba la intensidad de aquel placer que le estaba dando.

Fue marcándome el ritmo que quería. Aunque en ocasiones sentía cómo llegaba hasta el fondo de mi garganta y aparecían las ganas de atragantarme, controlaba la respiración por la nariz y seguía recibiéndolo como si fuera lo más delicioso que había hecho en años.

Lo besé, lo acaricié con la lengua y mi doctor Depravado terminó moviéndose dentro de mi boca al ritmo que ambos necesitábamos. En ningún momento pareció descontento con lo que estaba haciendo. Más bien todo lo contrario.

Por eso, cuando intentó apartarse, dijo:

—Chloe, voy a correrme. Será mejor que pares...

Simplemente no le permití alejarse.

Aumenté aún más la presión de mis labios alrededor de él.

—¡Joder! —gruñó completamente rendido al placer.

Sentí cómo todo su cuerpo se tensaba y cómo los espasmos recorrían su erección. Nunca había tenido el valor de tragarme el placer de nadie, pero con él quise hacerlo. A pesar de la sensación extraña, acepté todo lo que me entregó y seguí acariciándolo con los labios hasta que su cuerpo terminó de relajarse.

Cuando por fin se calmó, me aparté satisfecha y con una sonrisa en los labios.

—¿Y bien? ¿Lo he hecho bien? —pregunté con ironía.

Si me había permitido llevarlo hasta el final de aquella manera, significaba que algo debía de haber hecho correctamente.

Liam se quedó observándome de una forma que no supe interpretar y aquello terminó por confundirme.

—No sé de dónde sacaste la idea de que no eras buena en esto. Y puedo decirte una cosa con total seguridad: teniendo en cuenta la cantidad de intentos desastrosos de sexo oral que he

sufrido a lo largo de mi vida, tú sabes perfectamente lo que haces. Ni siquiera quiero imaginar cómo aprendiste. Prefiero pensar solo en una cosa.

—¿Cuál? —pregunté con curiosidad, incapaz de borrar la sonrisa de mi rostro.

—Que no quiero que esto termine. Y que esa boca tan deliciosa le haga esto a alguien que no sea yo.

Lo admitió mientras acariciaba mi labio inferior con el pulgar.

Su comentario me tomó completamente por sorpresa.

—¿Qué quieres decir con eso, doctor? —pregunté, mirándolo confundida.

—No lo sé, pelirroja. No tengo ni puta idea. Pero hay algo que sí sé: no quiero que esto se acabe.

Mi corazón dio un vuelco.

Porque yo también quería exactamente lo mismo.

Y porque necesitaba más de él.

Más de nosotros.

No me dio tiempo a responder.

Atrajo mi rostro hacia el suyo y nos perdimos en otro beso intenso. Después invirtió nuestras posiciones y me sentó sobre el borde de la bañera.

—Ahora me toca a mí.

Lo dijo con aquella sonrisa cargada de malicia que consiguió que todo dentro de mí se estremeciera.

CAPÍTULO 28
CHLOE DAVIS

Después de que me diera placer en la bañera con un sexo oral inolvidable, nos duchamos de verdad. O mejor dicho, nos bañamos el uno al otro. Y no podía negar que, a pesar de ser algo que nunca había tenido la costumbre de hacer con ningún otro novio, me encantó la experiencia.

Cuando volvimos a la cama, nos tumbamos juntos, hablamos un rato y, entre beso y beso, todo volvió a suceder. Nos dimos placer una vez más. Ya era bien entrada la madrugada. Sabía que deberíamos dormir, pero ninguno de los dos parecía dispuesto a hacerlo.

El día siguiente sería agotador. Era el día de la boda. Apenas vería a Liam, aunque me tranquilizaba saber que se estaba llevando bien con mi familia y que Mel y Bryan llegarían temprano, así que no estaría solo. Quizá por eso los dos retrasábamos el sueño todo lo posible, porque pasado mañana sería nuestro último día aquí, juntos, y una presión incómoda se instalaba en mi pecho cada vez que imaginaba que nada de aquello volvería a repetirse.

Solo tienes que pedir que sea diferente.

Las palabras de Liam después de que lo complaciera seguían resonando en mi cabeza.

—No quiero que esto termine. Y que esa boca tan deliciosa le haga esto a alguien que no sea yo.

¿Qué quería decir exactamente con eso? ¿Que quería exclusividad conmigo? ¿Lo había entendido bien o todo era producto de mi imaginación desbordada?

No tenía sentido. Liam había tenido a muchísimas mujeres en su cama y seguramente había exagerado con todos aquellos elogios por un simple sexo oral. Porque, evidentemente, todas aquellas quejas que le había escuchado durante meses sobre algunas de sus acompañantes habían resultado útiles cuando llegó el momento de

poner a prueba mis habilidades. Pero aun así, me costaba creer que realmente no quisiera que hubiera otro hombre en mi vida. Aunque la sola idea de que todo lo que él me hacía pudiera hacerlo con otra mujer me provocaba una desagradable sensación en el estómago.

—No lo sé, pelirroja. No tengo ni puta idea. Pero hay algo que sí sé: no quiero que esto se acabe.

No quiero que esto se acabe.

Aquello tampoco dejaba de dar vueltas en mi cabeza.

Y la verdadera pregunta era: ¿yo quería que terminara?

En el fondo conocía la respuesta. Pero eso no hacía que decidir qué hacer fuera más fácil. No era algo sencillo continuar con lo que teníamos durante el resto de nuestro acuerdo cuando había tanto en juego: mis sentimientos.

Liam era un depravado incorregible. A veces pensaba que incluso era inmune a enamorarse de alguien. Y aunque él había impuesto aquella regla de no enamorarnos y yo misma había creído al principio que algo así sería imposible, todo lo que me hacía sentir durante los últimos días empezaba a demostrarme lo contrario.

Porque si existía alguien capaz de cambiar aquello, era el hombre que estaba a mi lado en ese mismo instante, acariciando un mechón de mi cabello y acariciando mis brazos mientras permanecíamos cubiertos únicamente por una sábana.

—¿Pasó algo mientras hablaba con Carter? —preguntó Liam, sacándome de mis pensamientos.

Levanté la cabeza de su pecho, confundida por aquella pregunta repentina.

—No que yo recuerde. ¿Por qué? —pregunté mientras observaba aquellos preciosos ojos color almendra que me estudiaban con atención.

—Cuando fuiste a comer tuve la impresión de que, al volver, estabas diferente. Más callada. Y cuando te abracé, me pareció ver a John en el mismo sitio donde estabas tú.

Entonces comprendí a qué se refería.

Solté una pequeña risa por la nariz, satisfecha al darme cuenta de que, por muy cruel que hubiera sido lo que mi ex había dicho, no había logrado afectarme de verdad. Lo único que demostraba era que, independientemente de si había algo de verdad en sus palabras, no había conseguido lo que quería.

Respiré hondo y decidí poner las cartas sobre la mesa. Tiré de la sábana para cubrirme el pecho y evitar que Liam desviara la conversación hacia otros asuntos. Después me aparté un poco para quedar a su lado y poder hablar con él mirándolo directamente a los ojos.

—En realidad, no te equivocas. John estaba conmigo.

Vi cómo Liam se tensaba. Su mandíbula se endureció y su expresión cambió de inmediato.

—¿Qué quería?

Me pregunté si debía contarle toda la verdad o solo una parte. Al final opté por contárselo todo.

—Dijo un montón de tonterías. Entre ellas, que no le gustó el espectáculo que dimos antes con nuestra aparición desnudos delante de todo el mundo.

Liam puso los ojos en blanco.

—¡Idiota! No tiene por qué gustarle nada —gruñó de mal humor.

—Estoy de acuerdo. Además, hizo algunos comentarios que dejaban bastante claro que estaba celoso de lo que vio. Intentó ponerse nostálgico y lo corté de inmediato al recordar todo lo que me hizo.

Me encogí de hombros. Liam soltó una exhalación cargada de irritación mientras se removía incómodo entre las sábanas.

—En fin, cuando vio que nada de lo que decía funcionaba, empezó a hablar de ti...

—¿De mí? —preguntó intrigado.

Asentí.

—Sí. Me habló de una apuesta que hicisteis hace años.

Sus hombros se tensaron al instante y comprendí que no le gustaría nada lo que estaba a punto de escuchar.

—Algo sobre cuál de los dos conseguiría llevarme a la cama primero. Y según él, ganó.

Mi voz perdió fuerza al pronunciar aquellas palabras. Porque, por mucho que intentara convencerme de lo contrario, John había conseguido herirme una vez más. Y una parte de mí seguía preguntándose si, en aquel entonces, Liam se había acercado a mí por los motivos equivocados.

—¡Hijo de puta! —espetó mientras se pasaba una mano por el cabello.

Su nerviosismo era evidente.

—Entonces, ¿es verdad? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

El silencio se prolongó durante varios segundos que parecieron eternos.

—Más o menos. Eso pasó hace muchísimos años. Para ser sincero, ni me acordaba de esa mierda —replicó indignado.

Permanecí callada, observando cada una de sus reacciones.

—Entonces cuéntame qué pasó realmente.

No sabía si quería conocer la verdad o remover algo que ya no debería tener importancia.

Liam respiró hondo y dejó caer los hombros, frustrado.

—Era un crío, pelirroja. Ni siquiera estaba con Mel todavía. Hubo una fiesta, ni recuerdo de quién era, pero estábamos varios chicos juntos y algunos empezaron a presumir, intentando demostrar quién era mejor que quién. Y no sé por qué, pero John ya tenía cierta rivalidad conmigo y con Bryan. De hecho, sospecho que por aquella época Bryan ya estaba con Mel. El caso es que me miró y me lanzó un reto: elegiríamos a una chica y quien consiguiera invitarla a salir ganaría la apuesta. El que perdiera tendría que salir con la persona que eligiera el ganador.

Puse los ojos en blanco.

Era exactamente el tipo de estupidez que harían unos adolescentes.

—¿Y quién me eligió?

—Fue John quien te señaló aquella noche. Me enseñó quién eras y te eligió. Yo acepté porque, bueno...

Se encogió de hombros.

—Siempre me pareciste muy guapa. Pero nunca tuve intención de llevar a una chica a la cama solo por una apuesta. Me parecía cruel para ella. Además, en aquella época la mayoría de las chicas ni siquiera tenían esa mentalidad. Así que eso fue todo. John llegó primero a ti, aceptaste salir con él y yo ni siquiera lo intenté, para ser sincero.

—¿Y tuviste que salir con alguien porque perdiste la apuesta?

—Sí. Él eligió a una chica. La invité a cenar y, al final, fue una experiencia muy agradable. Nos divertimos muchísimo —comentó con una sonrisa cargada de nostalgia.

Incluso imaginaba que la intención de John nunca había sido que Liam disfrutara de aquella cita. Seguramente había elegido a una chica que, según sus propios estándares superficiales, no estaría a la altura. Pero, una vez más, Liam demostraba que las apariencias nunca habían sido lo más importante para él. Y yo no pensaba preguntarle quién era aquella chica, porque no quería ser irrespetuosa con alguien que ni siquiera conocía.

Sentí un alivio inmediato en el pecho al confirmar lo que ya sospechaba. John había sacado todo aquello a relucir únicamente para sembrar dudas entre nosotros. Y quizá, si no hubiera analizado la situación con calma y me hubiera dejado llevar por el impulso del momento, nuestra noche habría terminado de una forma muy distinta.

—Lo siento, pelirroja. Te juro que fueron cosas de críos. Ni siquiera me acordaba de nada de eso —argumentó, visiblemente angustiado—. Lo que estamos viviendo ahora no tiene

absolutamente nada que ver con aquello, espero que lo sepas. Estoy contigo porque quiero. En realidad, siempre quise estar contigo —admitió, y sentí cómo algo dentro de mí terminaba de asentarse.

Mis hombros se relajaron y sonreí mientras me acercaba para rodear su abdomen con los brazos.

—Lo sé. Confío en ti —admití.

Me alegraba haber tenido aquella conversación. Conociéndome, tarde o temprano aquel asunto habría vuelto para atormentarme, y no había nada mejor que aclararlo todo antes de que se convirtiera en un problema.

Me estrechó entre sus brazos. Parecía más relajado después de escuchar mi respuesta, como si no hubiera esperado que reaccionara así, pero le hubiera gustado hacerlo. Depositó un beso suave en mi sien y una sonrisa apareció de inmediato en mi rostro.

—Gracias por eso.

Permanecimos en un cómodo silencio durante unos segundos antes de que volviera a hablar.

—Que haya venido a contarte todo esto después de tantos años solo confirma algo que ya sospechaba.

—¿Y qué es? —pregunté, levantando la vista para mirarlo mientras seguía abrazada a él.

—Que todavía le gustas. Quizá no acepta haberte perdido. O tal vez verte conmigo le hizo darse cuenta de algo que antes no veía, no lo sé. Pero hay una cosa clara: todavía te quiere.

La amargura que impregnaba su voz era evidente.

Entrecerré los ojos, solté una risa incrédula y negué con la cabeza.

—No estoy de acuerdo contigo. Creo que simplemente está frustrado porque, por alguna razón, no quiere verme feliz con nadie. Tal vez esperaba que le suplicara volver con él, pero eso nunca pasó ni va a pasar.

—Me ha gustado esa última parte —dijo.

De repente, giró nuestros cuerpos y me dejó debajo de él. Su peso cayó sobre el mío, atrapando nuestra desnudez entre ambos.

El aire pareció abandonarme cuando sentí su erección semidespierta rozar el punto más sensible de mi cuerpo.

—¿Cuál de todas? —pregunté, fingiendo no entender.

—La de que nunca volverás con él —respondió con malicia mientras mordisqueaba mi labio inferior—. Aunque, pensándolo bien... se me ocurren varias formas de conseguir que me supliques otra cosa. Justo aquí...

Movió las caderas lentamente contra mí, cada vez más firme, y un gemido escapó de mis labios.

—Mmm... ten en cuenta que soy una mujer difícil de doblegar.

Sus ojos brillaron con anticipación y dejó un beso húmedo sobre una zona sensible de mi cuello.

—Me encantan los desafíos.

Dicho eso, atrapó uno de mis pechos entre sus manos y lo apretó suavemente mientras unía sus labios a los míos.

Y a partir de ese momento, nada más importó.

Ni John.

Ni aquella maldita apuesta del pasado.

Ni el sueño que deberíamos haber tenido.

Solo nuestro desafío.

Y aquello que existía entre nosotros parecía ser lo único que realmente importaba.



El cielo azul y despejado, salpicado por algunas nubes suaves, parecía haber sido pintado a mano para aquel gran día.

El campo estaba transformado. Una gran carpa de tela clara se alzaba entre los árboles, decorada con arreglos florales en tonos blancos, verdes y dorados. El pasillo por el que caminarían los novios estaba flanqueado por arcos cubiertos de flores y follaje, mientras bancos de madera rústica acomodaban a los invitados. Frente a una extensión de césped que parecía perderse en el horizonte, el altar lucía un arco semicircular cubierto de flores silvestres y cortinas de lino ligero que danzaban con la brisa.

Mi hermana, Megan, estaba radiante.

Nunca la había visto tan hermosa.

Y aun con toda la emoción de la ceremonia, me resultaba imposible ignorar el calor que ardía bajo mi piel desde el momento en que crucé la mirada con Liam.

Llevaba un vestido largo de satén en un delicado tono rosa salmón, con tirantes finos y un discreto escote en V, igual que las otras dos damas de honor. La tela ondulaba suavemente con cada paso. Mi cabello estaba recogido en un moño bajo, con algunos mechones sueltos enmarcando mi rostro, y el maquillaje realzaba mis ojos con sombras en tonos tierra y un sutil brillo dorado sobre los párpados. Labios en tono nude, pestañas definidas.

Me sentía elegante.

Segura de mí misma.

Bonita.

Pero nada de eso me preparó para la forma en que Liam me miró.

Estaba sentado en una de las primeras filas, junto a su hermano Bryan. Mel estaba a su lado, Andrew ocupaba el otro asiento y Hannah descansaba sobre sus piernas. Observé el traje azul marino que llevaba, combinado con una corbata gris perlado. Impecable, como siempre.

Sus ojos encontraron los míos en el mismo instante en que entré en el pasillo de césped.

Y fue como si el mundo entero guardara silencio a nuestro alrededor.

La manera en que me observaba...

Era como si yo fuera la mujer más hermosa de toda la celebración.

Y por mucho que intentara mantener una expresión serena y concentrada, mi estómago se revolvió por la intensidad de aquella mirada.

Pensé en todo lo que habíamos vivido durante los últimos días y, sobre todo, en aquel agradable cansancio que arrastraba por la falta de sueño de la noche anterior. Aun así, no me arrepentía en absoluto de haber dormido tan poco ni de haberle dado más trabajo del debido al maquillador.

Había valido la pena cada minuto despierta.

En cuanto nuestras miradas se encontraron, no pude evitar sonreír. La piel se me calentó al recordar todo lo que habíamos hecho. Bastaba con mirarlo para sentir de nuevo el recuerdo de sus caricias.

Mi cuerpo reaccionaba a él de una manera que ningún otro hombre había conseguido jamás.

Liam era capaz de hacerme reír, perderme en pensamientos imposibles y llenar mi cabeza de dudas al mismo tiempo.

Y aun sabiendo que lo nuestro tenía fecha de caducidad, no pude contener el calor que recorrió todo mi cuerpo.

Liam sonrió.

Aquella sonrisa ladeada, apenas insinuada en la comisura de los labios, que siempre provocaba en mí una mezcla peligrosa de emociones.

Como si supiera exactamente por dónde vagaban mis pensamientos.

De vez en cuando volvía a mirarlo durante la ceremonia. Mientras todos los demás tenían los ojos puestos en la novia, nosotros parecíamos atrapados en nuestro propio universo.

Después de la ceremonia, el campo se transformó en un escenario sacado de un sueño. Guirnaldas de luces colgaban entre los árboles, las mesas de madera rústica estaban decoradas con elegantes arreglos florales y copas de cristal, y una pista de baile al aire libre ocupaba el centro del espacio. La música suave de la banda en directo llenaba el ambiente de un romanticismo ligero y embriagador.

Liam me tendió la mano en cuanto la música cambió a una melodía más lenta.

—¿Bailas conmigo, pelirroja? —preguntó con aquella sonrisa torcida que siempre conseguía desarmarme.

Y aunque sabía que debía mantener cierta distancia para evitar un nivel de intimidad como aquel, no fui capaz de hacerlo. No después de todo lo que habíamos vivido durante los últimos días.

Aquello ya no era solo sexo.

Era intimidad.

Era romanticismo.

Era exactamente todo lo que deberíamos evitar.

Sus brazos me envolvieron con naturalidad y comenzamos a bailar con una facilidad asombrosa, como si nuestros cuerpos se conocieran desde hacía años. Nuestros movimientos encajaban a la perfección y la forma en que me guiaba era firme, protectora, pero también cargada de una ternura que no encajaba con la supuesta casualidad de nuestro acuerdo.

Durante el baile, Liam me hizo girar de repente y volvió a atraerme hacia él con una risa grave al ver mi expresión de sorpresa.

Sus ojos brillaban tanto como las luces suspendidas sobre nuestras cabezas.

Y en aquel instante, con la música suave de fondo y el calor de su cuerpo contra el mío, todo pareció increíblemente real.

Tan real.

Tan correcto.

La noche se volvía cada vez más agradable. Conversábamos con los invitados, reíamos y disfrutábamos de cada momento. Bailé con Andrew y Liam con Hannah, mientras intercambiaba una sonrisa cómplice con Mel, que danzaba entre los brazos de Bryan.

CAPÍTULO 29
CHLOE DAVIS

En un momento dado, Liam y Bryan se apartaron para conversar con algunos empresarios relacionados con la familia de Chris, aunque de vez en cuando Liam me lanzaba miradas de reojo y hacía alguna mueca que me hizo pensar que detestaba tener que ponerse en modo «empresario». Aquello me arrancó una sonrisa mientras daba un sorbo al vino tinto que sostenía en la mano.

A diferencia de mi «novio», que bebía agua con gas después de haberse permitido apenas unas copas de vino. Según sus propias palabras, no quería emborracharse porque ya había abusado más de la cuenta del alcohol durante aquellos días. Personalmente, a mí no me molestaba en absoluto.

—Pareces más ligera, amiga —comentó Mel con una sonrisa.

—¿Yo? —pregunté sin saber muy bien qué responder—. Estoy igual que siempre.

Ella soltó una risita y negó con la cabeza.

—No estás igual ni de lejos. Al menos, no como de costumbre —replicó antes de dar otro sorbo a su copa—. Normalmente solo hablas de trabajo, insultas a tus clientes o te quejas de los jueces que no dictan las sentencias que te parecen adecuadas.

Puse los ojos en blanco porque, quizá, tenía algo de razón.

—Además, no recuerdo haberte visto mirar a ninguno de tus últimos novios como te he visto mirar a Liam.

¿De verdad lo miraba de una forma diferente?

—Creo que estás exagerando. Nos llevamos bien, claro, pero tampoco es para tanto —comenté, sin saber si intentaba convencerla a ella o convencerme a mí misma.

Mel volvió a reír mientras yo desviaba la mirada hacia el motivo de nuestra conversación. Una vez más, encontré a Liam

observándome con aquella sonrisa ladeada que conseguía revolverme las entrañas.

—No hace falta que me lo niegues. Solo me alegro mucho por vosotros dos. Liam parece haber sentado por fin la cabeza y tú no podrías haber encontrado un hombre mejor para tener a tu lado.

Me mordí el labio inferior. Aunque le había mentido a mi amiga sobre cuál era realmente nuestra situación, lo que Liam y yo estábamos viviendo empezaba a afectarme cada vez más. Sabía que no debería permitirlo, pero resultaba cada vez más difícil ignorarlo. Lo único que quería era hablar con alguien sobre ello, aunque no pudiera contar toda la verdad.

Me acerqué un poco más a Mel mientras ambas observábamos a Andrew. A pesar de que normalmente no le gustaba demasiado interactuar con otras personas, parecía sentirse cómodo en medio de la fiesta junto a su hermana, que lo obligaba a bailar con ella.

—Necesito desahogarme, amiga —admití, agradeciendo la cantidad de alcohol que había bebido hasta ese momento por darme el valor necesario para hacerlo.

—Por fin —bromeó Mel, prestándome toda su atención—. ¿Qué te preocupa?

Respiré hondo y hablé de aquello que no dejaba de rondarme la cabeza cada vez que pensaba en la propuesta de Liam de continuar con nuestra relación sin compromisos cuando regresáramos a Boston.

—Me está gustando mucho lo que estoy viviendo con Liam —admití una parte de la verdad, como haría cualquier buena abogada —. Pero conocemos perfectamente su historial y también el mío con mis últimas relaciones. ¿De verdad es buena idea seguir adelante con esto? ¿Y si arruinamos nuestra amistad? ¿Y si no puede resistirse al harén que siempre parece rodearlo en el hospital o en cualquier otro lugar?

Solté un gemido frustrado y apuré el resto del vino de una sola vez.

—Odio sentirme como una mujer insegura, pero no puedo evitar pensar en estas cosas. No quiero que me engañen por cuarta vez.

Mel me observó con una expresión que parecía comprender perfectamente mi angustia.

—Mira, si hay una persona por la que pondría la mano en el fuego, esa persona es Liam —afirmó con total convicción.

Admiré el cariño y la amistad que compartían. Incluso después de todo lo que había ocurrido entre ellos en el pasado, seguían teniendo una relación sólida y sincera. Y, curiosamente, eso nunca me provocaba inseguridad respecto a lo que yo tenía con Liam, porque conocía a ambos y sabía que aquello pertenecía al pasado.

—Sé perfectamente que es un mujeriego incorregible, pero jamás te mentiría ni te haría daño de forma intencionada. Si está contigo, se esforzará por ser el mejor novio que pueda ser. De eso estoy completamente segura.

Sus palabras eran exactamente lo que necesitaba escuchar y, por alguna razón, consiguieron aliviar el peso que llevaba en el pecho.

—De verdad es un buen hombre. Y, por increíble que parezca, ha conseguido conquistar a toda mi familia —admití con una sonrisa soñadora.

Mel sonrió, colocó una mano sobre la mía y siguió la dirección de mi mirada hacia los gemelos que, sin duda alguna, llamaban la atención de todos los presentes.

—Liam siempre ha sido el más carismático. Es difícil no encariñarse con él cuando lo conoces. Aunque creo que hay alguien aquí que no parece nada contento de veros juntos.

Su comentario llamó mi atención.

Seguí la dirección de su mirada y un escalofrío me recorrió la espalda al descubrir a John al otro lado del salón. Bebía un licor color ámbar con hielo. Estaba sentado con las piernas abiertas y los codos apoyados sobre ellas mientras me observaba con una

expresión afilada. Parecía analizar algo mientras daba pequeños sorbos a su bebida, y no me gustó nada lo que vi.

Parecía fuera de control.

Su esposa estaba sentada a su lado con expresión tensa, llamándole la atención por algo que él se limitaba a ignorar.

—¿Te ha dejado en paz estos días? —preguntó Mel, tan intrigada como yo.

Bufé resignada y aparté la vista. No pensaba darle la satisfacción de seguir observándolo.

—No. Como era de esperar, intentó fastidiarme siempre que pudo. Pero Liam fue todo un príncipe y lo puso en su sitio cada vez que tuvo la oportunidad.

La sonrisa de Mel se ensanchó.

—Perfecto. Apenas nos ha dirigido la palabra ni a Bryan ni a mí —comentó encogiéndose de hombros—. No es que me importe, pero parece más raro esta noche que la última vez que lo vi. Y diría que ha bebido bastante más de la cuenta.

Había llegado exactamente a la misma conclusión que yo.

—¡Mamá! —Andrew se acercó a nosotras, interrumpiendo la conversación mientras sujetaba la mano de Hannah—. Estoy cansado. ¿Puedo subir a la habitación?

Mel me lanzó una mirada que decía claramente que continuaríamos aquella conversación más tarde.

Yo asentí.

—¿Cómo que ya te vas? ¿Mi mejor compañero de baile piensa abandonarme? —me quejé fingiendo indignación.

Andrew sonrió con timidez.

—Otro día bailaremos más, tía Chloe. El tío Liam puede ocupar mi lugar ahora. Tengo que hacerle compañía a Hannah porque tiene sueño.

Casi le creí, de no ser porque conocía perfectamente sus horarios y rutinas.

—Está bien. Te perdono. Id a descansar, mis amores. Pero antes dadme un beso.

Los dos se acercaron y me abrazaron mientras me daban un beso cada uno.

—Voy a acostarlos y luego los dejaré con la niñera antes de volver —explicó Mel—. ¿Puedes avisar a Bry? No quiero interrumpir la conversación que está teniendo.

—Claro. No te preocupes.

Mel se marchó de la mano de Andrew y Hannah mientras yo observaba a mi amiga junto a la familia que había construido. Me alegraba ver cada paso que conseguía dar con su hijastro y lo hermoso que era el vínculo de madre e hijo que habían creado.

Después de beberme dos copas más de vino y picar algunos quesos para evitar una posible resaca al día siguiente, decidí aprovechar el momento para ir al baño que había junto al jardín. Los del salón estaban abarrotados y regresar hasta la mansión me parecía demasiado lejos.

Me disculpé con mis primas, con quienes estaba charlando, y me dirigí hacia allí. Era una zona algo apartada, así que agradecí comprobar que el baño estaba vacío, tal y como había imaginado.

Hice lo que necesitaba y salí del cubículo mientras me arreglaba el vestido, todavía perdida en mis pensamientos. Cogí el pequeño bolso de mano y aproveché para retocarme el pintalabios, uno de los pocos detalles que seguía intacto después de los incontables besos que Liam y yo nos habíamos dado durante aquella noche mágica.

Era curioso cuánto lo echaba ya de menos, incluso pudiendo verlo a pocos metros, sonriendo entre los invitados. Bastaba con que no estuviera a mi lado para que una sensación de vacío se instalara en mi pecho con una intensidad inquietante. Respiré hondo, intentando deshacer el nudo que se formaba en mi garganta cada vez que pensaba en cómo sería cuando todo aquello terminara.

Me giré hacia el espejo...

Y el corazón se me desplomó.

Al otro lado de la estancia, John me observaba.

Su postura relajada, aquella sonrisa torcida y la forma descarada en que sus ojos recorrían mi cuerpo hicieron que un escalofrío me recorriera la espalda. Algo dentro de mí se puso inmediatamente en alerta.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con firmeza, aunque el miedo ya empezaba a latir bajo mi piel.

John se separó de la pared y avanzó unos pasos. Su caminar pesado y la oscuridad que reflejaban sus ojos me revolvieron el estómago.

—¿Así es como me recibes, pelirroja? —se burló, y mi piel se erizó como si me hubiera rozado el hielo—. Recuerdo otros tiempos en los que eras mucho más amable conmigo.

Miré a mi alrededor en un pánico silencioso mientras buscaba desesperadamente algo que pudiera usar para defenderme.

Nada.

Mi corazón se aceleró mucho más de lo que debería. Siempre había creído que jamás me obligaría a hacer algo contra mi voluntad, pero la forma en que me estaba mirando no se parecía en nada a la habitual. Aquello era una señal de alarma. El hombre que tenía delante no era el John que había conocido. Era un extraño dominado por el alcohol.

—Las cosas han cambiado. Lo sabes perfectamente y ya hemos hablado de ello —respondí intentando sonar racional. Quizá así lograría ganar algo de tiempo.

Me moví con sutileza hacia un lado, acercándome a la puerta, pero la música del DJ era tan alta que ahogaría cualquier sonido que pudiera hacer.

Gritar sería inútil.

Estaba sola.

—Sí, han cambiado. Y lo he odiado —respondió mientras se acercaba todavía más. Su aliento cargado de alcohol me golpeó de

lleno y sus ojos enrojecidos parecían arder—. Creo que necesitas refrescar la memoria después de todas las mierdas que me dijiste.

Me observaba como un depredador contempla a su presa.

—Mira, John, creo que has bebido demasiado. Hablemos en otro momento, cuando estés sobrio —propuse, aunque el pánico crecía con cada latido frenético de mi corazón.

Se echó a reír. Una risa seca y amarga que me erizó hasta el alma.

—¿Quién ha dicho que quiera hablar?

Antes de que pudiera reaccionar, me encerró entre sus brazos y me atrapó contra el lavabo. Las piernas me temblaron. Intenté apelar a cualquier resto de cordura que pudiera quedarle.

—John, por favor, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte mañana. Tienes una familia, un hijo en camino y ahora todos formamos parte de la misma familia. No arruines la boda de tu hermano. No destruyas todo esto.

Intentaba hacer entrar algo de sensatez en aquella cabeza embriagada, pero el estómago se me revolvió cuando hundió el rostro en mi cuello y me olió de una forma que me provocó náuseas.

Lo empujé con todas mis fuerzas, pero apenas se movió. Era como intentar desplazar una pared. Y me arrepentí de no haber ido al maldito gimnasio y haber fortalecido los brazos, porque John pesaba el doble que yo.

—¿Así es como te gusta ahora? ¿Midiendo fuerzas? ¿Con brutalidad?

—Deja de decir estupideces y apártate de mí antes de que grite y exponga lo que estás a punto de hacer —lo amenacé, pero una sonrisa sórdida deformó su rostro y el aire desapareció de mis pulmones al imaginar lo que realmente podía llegar a hacer.

—Ah, pelirroja... Siempre me encantó esa boquita insolente. Ven aquí y deja que te demuestre cuánto más hombre soy que ese imbécil de tu novio.

La desesperación empezó a apoderarse de mí. Sentí la primera punzada de auténtico terror cuando intentó forzar un beso y su mano invadió mi escote. La sensación de sus dedos donde jamás deberían estar me provocó una oleada de asco y de impotencia.

Luché con todas mis fuerzas, pero él era demasiado fuerte y parecía alimentarse de mi desesperación.

Cuando me levantó sobre el lavabo y rasgó parte de mis bragas, comprendí que estaba perdiendo la batalla.

Y entonces la realidad me golpeó con toda su brutalidad.

Iba a violarme.

La angustia explotó dentro de mí como un grito silencioso. Al límite de la razón, elaboré el único plan posible. Fingí rendirme. Dejé que creyera que estaba ganando.

Y en el instante en que introdujo su asquerosa lengua en mi boca, cerré los dientes con toda la fuerza que me dio la desesperación. El sabor metálico de la sangre inundó mi boca.

John retrocedió con un alarido de dolor y se llevó las manos a la boca ensangrentada.

No esperé. Agarré mi zapato y, con toda la fuerza que el miedo me proporcionó, le clavé el tacón en el rostro. Un golpe seco. Un ruido sordo. Se tambaleó.

Salté del lavabo e intenté correr, pero me agarró del vestido. El tejido tiró de mí, me desequilibró y caí violentamente al suelo.

Grité, aunque sabía que probablemente la música se tragaría cualquier sonido.

—¡Ayuda! —berreé, con la voz quebrada por el terror.

Una bofetada estalló contra mi rostro. Sentí el corte en mi labio llenando mi boca de sangre.

—Maldita zorra —escupió antes de colocarse sobre mí.

Su peso me aplastaba. Me inmovilizó y comprendí que estaba perdida. Era mucho más fuerte que yo. No iba a conseguir escapar.

—Nada de esto tenía que haber pasado, pero ya que no piensas colaborar, ahora tendrás lo que te mereces.

Me levantó el vestido y terminó de arrancar lo que quedaba de mis bragas y, por mucho que intentara resistirme, aquello parecía una batalla imposible de ganar. Gritaba. Le ordenaba que se apartara. Luchaba. Pero comprendí que era el final. Que iba a hacerme algo que jamás imaginé posible.

Que iba a violarme.

La desesperación se apoderó de mí.

Cerré los ojos en una plegaria silenciosa cuando, de repente, su peso desapareció.

Un estruendo resonó en el baño.

Algo se rompió.

—¡Chloe, tranquila! ¡Soy yo, Bryan! —escuché decir a alguien mientras seguía forcejeando con quienquiera que fuera—. ¡Tranquila, soy yo!

En ese momento alguien sujetó mis brazos. Abrí los ojos, sin darme cuenta siquiera de que los había cerrado.

Aquellos ojos color almendra que conocía tan bien aparecieron frente a mí, aunque no eran los mismos de siempre.

—Tranquila. No voy a permitir que te pase nada.

Me bajó el vestido, me ayudó a incorporarme y atrajo mi cuerpo contra el suyo.

—No eres tan hombre cuando abusas de una mujer, desgraciado. A ver si te atreves a enfrentarte a alguien de tu tamaño, hijo de puta.

Aquella voz que conocía tan bien atravesó mis pensamientos desordenados.

Aparté ligeramente el rostro del abrazo de Bryan mientras intentaba comprender lo que estaba ocurriendo a mi alrededor.

Y entonces lo vi.

Liam.

Era pura furia. Sus puños caían sobre John como una tormenta imparable. El rostro de mi agresor estaba irreconocible. Liam lo golpeaba con una rabia cruda, salvaje y protectora.

Y en aquel instante lo supe.

Me había salvado.

Me habían salvado.

Nunca había visto a Liam de aquella manera.

Un inmenso alivio me envolvió al comprender que me había rescatado de la peor pesadilla que puede vivir una mujer. Había impedido que se hiciera realidad conmigo. Más lágrimas rodaron por mis mejillas y ni siquiera recordaba cuándo había empezado a llorar. Pero en ese momento ya no eran lágrimas de miedo, sino de emoción y gratitud por haberme visto, por haber llegado a tiempo y por haber impedido que ocurriera lo peor.

—¡Liam, basta! —gritó Bryan mientras Liam seguía golpeando a un John que parecía inconsciente.

—¿Pero qué coño ha pasado aquí? —preguntó Carter al entrar en el baño.

Mel apareció justo detrás de él y abrió los ojos de par en par al contemplar la escena. Bryan se apartó ligeramente de mí y le indicó que se acercara.

Ella se arrodilló rápidamente a mi lado y me abrazó.

Y, sin saber cuánto necesitaba aquel gesto, rompí a llorar con más fuerza.

No sé cuánto tiempo pasó.

Todo fue un borrón.

Pero entonces, en medio del caos, percibí aquel aroma familiar. Aquel perfume cítrico que siempre representaba seguridad.

Unos brazos fuertes me envolvieron y escuché su voz susurrando junto a mi oído mientras sus labios depositaban besos suaves sobre mi rostro, como si quisiera borrar todo el dolor.

—Estoy aquí, mi amor. Nada más va a pasarte. Te lo prometo.

Y aunque sabía que no debía aferrarme a sus palabras, le creí.

Me abracé a él con más fuerza y seguí llorando sobre su camisa manchada de sangre. Pero no era su sangre. Era la del miserable de John, que seguía inconsciente mientras su familia se lo llevaba de allí.

—Pensé que iba a... —intenté decir, sin reconocer mi propia voz temblorosa.

—Shhh... tranquila. Lo sé. Pero no te hizo nada y jamás volverá a hacerlo. Te lo prometo.

Asentí y me aferré aún más a él. Mi corazón comenzó a sentirse cada vez más ligero al darme cuenta de que solo estaba Liam allí.

Y, por primera vez en toda aquella noche, el miedo dejó espacio a la esperanza.

CAPÍTULO 30
LIAM WALKER

No era capaz de medir la rabia que seguía sintiendo después de todo lo que había ocurrido. Ni siquiera recordaba la última vez que había odiado tanto a alguien como lo hacía en ese momento.

Todo comenzó con algo que no fui capaz de explicar del todo: una inquietud repentina, una sensación incómoda e irracional al ver a Chloe dirigirse hacia los baños exteriores. Solo lo sabía porque no había dejado de observarla en toda la noche. No porque ella me lo hubiera dicho. ¿Y cómo podría culparla? ¿Quién imaginaría algo así en la boda de su propia hermana?

Me di cuenta de que estaba tardando más de lo normal. Miré a mi alrededor y vi rostros sonrientes, gente bailando y disfrutando de la fiesta, aunque el número de invitados ya se había reducido considerablemente por la hora que era. Pero no la vi.

El instinto actuó antes que la razón. Me disculpé con los dos empresarios con los que hablaba junto a mi hermano y empecé a recorrer la fiesta. Bryan, que pareció notar mi inquietud, me siguió sin hacer preguntas. Cuando me di cuenta de que John tampoco estaba por ninguna parte, la preocupación me golpeó con más fuerza. Después de que se acercara a Chloe e intentara ponerla en mi contra, no le había quitado el ojo de encima. Había bebido mucho más de la cuenta aquella noche y no había dejado de mirar a mi mujer.

Salí al exterior con una sensación extraña oprimiéndome el pecho. Entonces escuché el eco apagado de un grito procedente de la zona de los baños, en un área más apartada donde las luces eran más tenues y donde supuse que Chloe había ido. Mis pies se movieron antes de que pudiera pensarlo siquiera.

Eché a correr.

Y la escena que encontré me partió en dos.

Chloe estaba en el suelo, luchando contra John. Aquel desgraciado tenía los ojos nublados por el alcohol y la lujuria. Su vestido ya había sido levantado y, en el momento en que vi la erección del muy hijo de puta mientras intentaba forzarla para penetrarla, todo se volvió rojo ante mis ojos.

No pensé.

No razoné.

Simplemente ataqué.

No me detuve, ni siquiera cuando Bryan me gritaba que parara. Tampoco cuando la sangre de John empezó a manchar mis puños y mi camisa. Quería matarlo. Y estoy convencido de que podría haberlo hecho si Bryan no me hubiera detenido en algún momento, probablemente cuando llegó Mel.

Cuando vi a John inconsciente en el suelo, sentí una extraña gratitud hacia Bryan y Carter por haber impedido que cometiera una locura que también habría destruido mi vida.

Entonces la busqué.

Chloe seguía en el suelo, temblando, aferrada a Mel mientras lloraba. Estaba demasiado asustada para moverse.

Dejé a John tirado donde estaba, inconsciente, exactamente como merecía, y corrí hacia ella.

Su cuerpo parecía tan pequeño.

Tan frágil entre mis brazos.

—Estoy aquí, mi amor. Nada más va a pasarte. Te lo prometo —susurré una y otra vez contra su cabello mientras la envolvía por completo entre mis brazos.

Chloe no hacía más que llorar, aferrada a mi camisa manchada de sangre.

Y aquello me destrozó.

Porque jamás imaginé que tendría que pasar por una situación así.

Pero, al mismo tiempo, un inmenso alivio me invadía al saber que habíamos llegado antes de que ocurriera lo peor.



Bryan y Mel nos ayudaron a apartar a los curiosos. Conseguí llevarla discretamente por un sendero lateral del salón y agradecí mentalmente que buena parte de los invitados ya se hubiera marchado o estuviera durmiendo. Incluso los novios. Y quizá esa había sido nuestra suerte.

Llevé a Chloe en brazos como si cargara lo más valioso del mundo. Cada sollozo contra mi pecho era una puñalada directa al corazón.

Bryan abrió la puerta de nuestra habitación y entré sin pensarlo dos veces. Mel nos siguió y la acosté sobre la cama con el mayor cuidado posible, como si cualquier movimiento pudiera romperla. Sin embargo, ella negó con la cabeza de un lado a otro, visiblemente desorientada, mientras se pasaba las manos por el cuerpo con una expresión de asco.

—Necesito quitarme de encima a ese... monstruo —dijo con dificultad y desprecio.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Mel, aunque la pregunta iba dirigida a mí.

Negué con la cabeza. No iba a dejarla sola ni un segundo en un momento como aquel.

—No hace falta. —Volví a tomar a mi mujer entre mis brazos. Ella rodeó mi cuello con los brazos y hundió el rostro en mi pecho—. Vamos, voy a ayudarte a darte un baño.

Escuché a Mel soltar un suspiro mientras mi hermano parecía estar furioso al otro lado del teléfono.

—La policía ya ha llegado. Voy a encargarme de la situación —avisó antes de marcharse con paso firme.

Y se lo agradecí. Estaba haciendo exactamente lo que yo habría querido hacer. Pero, aunque ver a John esposado fuera todo lo que deseaba en ese momento, ayudar a mi pelirroja era mucho más importante.

—Y yo prepararé una infusión de manzanilla para ella mientras tanto —añadió Mel.

Asentí mientras entraba con Chloe al baño.

La senté en el borde de la bañera y observé sus ojos hinchados y enrojecidos, perdidos en algún lugar lejano. Tenía el rostro marcado por el golpe que imaginaba que había recibido, los labios partidos y restos de sangre seca que avivaron todavía más mi rabia.

Mientras la bañera se llenaba, fui hasta mis cosas y cogí algunos aceites esenciales que utilizaba para relajarme. Dejé caer unas gotas en el agua.

—Dame la mano —le pedí.

Ella obedeció automáticamente.

Deposité tres gotas en su palma y la ayudé a frotar ambas manos.

—Ahora respira hondo, preciosa. Esto te ayudará a tranquilizarte.

Asintió y siguió mis indicaciones.

Cuando extendí la mano para tocarla, se encogió por puro instinto. Aquello me oprimió el pecho.

Respiré profundamente y recordé algunos casos que había llevado. Otras mujeres que habían sufrido agresiones y que se volvían desconfiadas ante cualquier contacto, especialmente el de un hombre.

Quizá debería haber dejado que Mel la ayudara con el baño. El pensamiento me golpeó de inmediato y odié reconocer que me aterraba la posibilidad de que, después de lo ocurrido, también se alejara de mí.

Me arrodillé frente a ella hasta quedar a su altura.

—¿Puedo ayudarte a quitarte la ropa? —pregunté con calma—. Para que puedas bañarte.

Sus ojos verdes, más claros que nunca en aquel momento, se posaron en mí por fin y asintió. La tensión acumulada en mis hombros disminuyó un poco.

Solo llevaba un zapato y se lo quité con cuidado. Después me puse de pie y le fui explicando cada cosa que iba a hacer: abrir la cremallera, quitarle el vestido, el sujetador...

Y me enfurecí al comprobar que ya no llevaba ropa interior.

Chloe se encogió al notar que la observaba desnuda, como si sintiera vergüenza.

Volví a arrodillarme frente a ella, alcé suavemente su rostro y hablé con toda la sinceridad que fui capaz de reunir.

—Nunca te avergüences delante de mí, preciosa. Estoy aquí por ti. No lo olvides.

La ayudé a entrar en la bañera y, aunque seguía ausente, en un momento dado cogió el jabón y empezó a frotarse la piel con rabia. El cuello. Los brazos. El pecho. Como si intentara arrancarse la propia carne.

La escena fue devastadora.

Su angustia me envolvió por completo y, sin importarme la ropa que llevaba puesta, me metí en la bañera con ella. Me arrodillé frente a su cuerpo tembloroso, sujeté sus manos antes de que siguiera haciéndose daño y la abracé con fuerza.

—No hagas eso. No sigas lastimándote, mi amor. Él no merece nada de esto.

Chloe no respondió. Simplemente se aferró a mí como si su vida dependiera de ello. Volvió a llorar desconsoladamente y permanecimos así hasta que se quedó sin lágrimas y su corazón empezó a calmarse.

Después de un rato conseguí sacarla de la bañera, la sequé con cuidado y la envolví en un albornoz. Se acurrucó en la cama, con los ojos perdidos y aún brillantes por el llanto.

Me senté a su lado, cogí el botiquín y empecé a tratar sus heridas superficiales.

Tenía un corte en el labio, consecuencia de la cobarde bofetada que John le había dado. Arañazos en la piel donde la había sujetado con demasiada fuerza. Marcas rojizas en las muñecas y en el escote.

Cada vez que pasaba el algodón empapado en antiséptico, era como si el escozor se repartiera entre su piel y mi propio pecho.

Unos minutos después, Mel regresó con una taza de infusión de manzanilla caliente.

—Toma, amiga. Te hará bien —dijo con dulzura.

Chloe la aceptó sin protestar.

Esperé a que bebiera algunos sorbos y entonces le acaricié el cabello con las yemas de los dedos.

—No puedo creer lo que estuvo a punto de hacerme —murmuró para sí misma—. Parecía otra persona.

Guardé silencio y dejé que continuara hablando. Era una buena señal. Estaba reaccionando.

Cuando dejó de hablar, miré a Mel y dije lo que era necesario.

—Chloe —empecé, intentando mantener la voz firme—, tenemos que ir al hospital.

Se quedó inmóvil. Sus dedos se tensaron alrededor de la taza.

—No... Ahora no quiero. Solo quiero dormir... —susurró con un hilo de voz—. Tengo setenta y dos horas para hacerme el examen.

Sabía perfectamente cuál era el plazo legal.

Suspiré y apoyé la frente contra la suya durante un segundo.

—Las tienes. Pero cuanto antes, mejor, pelirroja. Lo sabes. Eres abogada. —Mi voz sonó baja, paciente, pero firme—. Las pruebas serán más sólidas si las recogen ahora. Será difícil, lo sé. Pero estaré contigo. Cada segundo. No voy a dejarte sola.

Chloe cerró los ojos con fuerza, como si luchara contra un miedo invisible, y terminó asintiendo apenas.

Mel nos lanzó una mirada de aprobación. Se apresuró a recoger sus cosas y a preparar todo para que pudiéramos marcharnos. Al día siguiente ya teníamos previsto regresar a casa, pero ya no tenía sentido esperar hasta entonces. No tenía sentido volver allí y obligar a Chloe a enfrentarse a la familia de John y a revivir todo aquello.

Me encontré con Bryan de camino al coche. Después de acomodar a Chloe en el asiento del copiloto, se acercó y me dio un breve abrazo antes de hablar en voz baja.

—Tranquilo. Por lo que me ha dicho mi abogado, John se va a pudrir en la cárcel. Sobre todo después del examen que le harán a Chloe.

—Eso espero —admití, sintiendo una amarga satisfacción recorrerme las venas.

Mel se despidió de su amiga y luego de mí.

—¿Puedes quedarte aquí para hablar con la señora Charlotte y el señor Davis? —le pedí.

Ella asintió.

—Claro. No te preocupes. Mantenednos informados. En cuanto lleguemos a Boston, iremos a veros.

Les agradecí a ambos todo lo que estaban haciendo.

Después miré a Chloe. Tenía la cabeza apoyada contra la ventanilla. Ya no lloraba. Parecía simplemente triste, decepcionada y enfadada.

Respiré hondo, tomé su mano y la llevé hasta mis labios para depositar un beso suave sobre ella.

—¿Nos vamos? —pregunté.

Asintió.

Incluso intentó esbozar una sonrisa. Fue pequeña, forzada, pero alivió parte de la angustia que llevaba dentro porque significaba que, a pesar de lo reciente que era todo, ya estaba intentando levantarse.

Iba a estar bien. Estaba completamente seguro de ello, aunque tuviera que enfrentarme al mundo entero para conseguirlo.



Detuve el coche justo frente a la entrada de urgencias. Había decidido traerla al hospital más cercano porque la comisaría a la que habían llevado a John estaba allí mismo y quizá eso facilitaría el trabajo de la policía local.

A aquella hora de la madrugada, el hospital tenía ese silencio tenso y excesivamente iluminado, como si el dolor y la urgencia estuvieran simplemente dormidos, pero nunca hubieran desaparecido de verdad.

Sostuve a Chloe con fuerza contra mi pecho mientras atravesábamos las puertas automáticas. Sentía su cuerpo encogido, la cabeza enterrada en mi hombro como si quisiera desaparecer. Cada paso que dábamos parecía una lucha entre protegerla del mundo y obligarla a enfrentarse a la realidad necesaria para demostrar lo que había ocurrido.

Cuando la recepcionista nos vio —mi expresión sombría, su rostro golpeado y la mirada perdida—, no necesitó hacer demasiadas preguntas. Llamó de inmediato al equipo especializado en atención a víctimas de violencia sexual.

Nos condujeron hasta una sala privada, más apartada, donde una enfermera y una doctora ya nos esperaban.

Se presentaron con suavidad y tuvieron extremo cuidado en mostrarse amables y discretas. Pero yo veía en los ojos de Chloe cómo el pánico empezaba a crecer de nuevo.

Me arrodillé frente a ella y tomé sus manos entre las mías.

—Estoy aquí, preciosa. —Besé los nudillos de sus dedos—. Si quieres que salga, saldré. Si quieres que me quede, me quedaré. Tú tienes el control ahora, ¿de acuerdo?

Sus ojos verdes, todavía brillantes por unas lágrimas que ya no caían, se fijaron en los míos.

—Quédate —susurró, y mi pecho se alivió al instante.

—Siempre —prometí antes de dejar un beso suave sobre su frente.

Las doctoras explicaron cada paso con absoluta calma: la recogida de pruebas, la documentación fotográfica de las lesiones, las muestras de sangre y orina, y la posible administración de medicamentos para prevenir infecciones de transmisión sexual y anticonceptivos de emergencia, si ella así lo deseaba.

Cada procedimiento se realizaría únicamente con su consentimiento explícito.

Chloe temblaba, pero asintió. Y yo permanecí allí, sentado a su lado, sin soltarle la mano.

La vi cerrar los ojos mientras recogían las muestras. Noté el pequeño gesto de vergüenza que cruzó su rostro cuando fotografiaron sus heridas y la única lágrima que resbaló por su mejilla cuando mencionaron la preservación de pruebas para el proceso penal.

Me maldije por dentro, dispuesto a cambiar de lugar con ella si hubiera sido posible. Quería arrancarle el dolor con mis propias manos. Sin embargo, por mucho que intentara hacer lo correcto y acompañarla en cada paso, la impotencia seguía allí, clavándose en mí con la misma fuerza.



El examen duró horas. O quizá solo fue una eternidad encapsulada en una madrugada.

Cuando terminaron, le dieron ropa limpia a Chloe y nos dejaron solos en la pequeña sala.

Se vistió despacio, con movimientos pesados, y la ayudé en todo lo que pude.

En cuanto terminó, me acerqué y envolví su cuerpo con el mío. Sentí su perfume mezclado con el olor frío e impersonal del hospital.

—Has sido muy valiente, preciosa. —La estreché aún más entre mis brazos—. Muy valiente.

No dijo nada. Simplemente se hundió contra mí, como si necesitara un refugio.

Después de recibir el alta, una inspectora especializada en delitos sexuales vino a hablar con nosotros. Le preguntó si quería prestar declaración de inmediato o programarla para más adelante. Exhausta, Chloe pidió dejarla para otro momento.

Yo sabía que no podíamos forzar nada, que respetar sus tiempos era la prioridad.

Volvimos al coche mientras el cielo comenzaba a aclararse en el horizonte. Chloe apoyó la cabeza sobre mi brazo y una leve sonrisa apareció en mis labios, porque aquel pequeño gesto demostraba que confiaba en mí. Cerró los ojos, con el rostro pálido y agotado.

Conduje de regreso a casa y agradecí haber bebido tan poco aquella noche. Los días anteriores había exagerado bastante, pero, de no haber sido así, habríamos tenido que buscar un hotel. Después de todo lo que había pasado, jamás la habría puesto en riesgo.

Mientras conducía, perdido en mis pensamientos y en unos recuerdos que no dejaban de regresar una y otra vez a mi mente, me hice una promesa silenciosa:

John pagaría por cada lágrima que Chloe había derramado.

Y nunca volvería a permitir que nadie la lastimara.

No mientras siguiera respirando.

CHLOE DAVIS

Me desperté sobresaltada.

La habitación estaba sumida en una penumbra tranquila, apenas atravesada por las cortinas entreabiertas, por donde la suave luz de la mañana se filtraba en finas franjas doradas.

Tardé unos segundos en entender dónde estaba.

El olor del hospital aún parecía adherido a mi piel y, por un instante, el pánico volvió a oprimirme el pecho.

Las imágenes regresaron como destellos: la mano de John sujetándome el brazo con fuerza, el miedo paralizándome, el grito atrapado en mi garganta.

La sensación de impotencia. De terror.

La mirada de Liam, llena de furia y desesperación, abriéndose paso entre la multitud para llegar hasta mí.

Cerré los ojos con fuerza en un intento de apartar aquellos recuerdos. Respiré hondo, buscando algo que me anclara al presente.

Fue entonces cuando sentí a alguien a mi lado y, al instante, todo mi cuerpo se tensó con un miedo que jamás había experimentado. Me giré bruscamente hacia quienquiera que estuviera allí, con el corazón desbocado, y en cuanto mis ojos lo reconocieron —Liam, dormido profundamente a mi lado, aunque con una pequeña arruga de preocupación marcada en la frente—, mis hombros se relajaron y mis pulsaciones comenzaron a calmarse.

Fue entonces cuando me di cuenta del calor firme de su mano entrelazada con la mía. Del peso reconfortante de su cuerpo tan cerca del mío.

Liam estaba allí, acostado a mi lado, en mi cama.

Miré a mi alrededor y comprendí que no estaba imaginándolo. Me había llevado a casa, al único lugar donde podía sentirme bien o, al menos, lo más cerca posible de ello. Y la admiración que llevaba tiempo creciendo dentro de mí por aquel hombre no hizo más que aumentar.

Con cuidado, llevé un dedo hasta su rostro marcado por el cansancio y lo acaricié suavemente. Habíamos salido del hospital al

amanecer y, aun sin haber dormido, condujo durante horas hasta traernos aquí. Yo estaba tan agotada emocionalmente, especialmente después de que la médica de guardia me administrara un sedante para ayudarme a descansar, que no recordaba absolutamente nada del trayecto, aunque sabía que había durado horas.

Observé que, incluso dormido, seguía sujetando mi mano con la suficiente fuerza como para recordarme que no estaba sola. Una leve sonrisa apareció en mis labios. Una cálida oleada atravesó mi pecho, mezclando dolor y gratitud de una forma que apenas podía explicar.

Los latidos frenéticos de mi corazón fueron calmándose poco a poco al darme cuenta de que estaba en mi refugio. En mi hogar.

Debería sentirme destrozada. Rota. Con los recuerdos manchándome por dentro tanto como sentía la piel contaminada por lo ocurrido. Y, en cierto modo, así era como me sentía.

Pero había algo más fuerte naciendo entre los escombros: la sensación de estar a salvo. De estar protegida.

Por Liam.

Me había sacado de aquella pesadilla, había cuidado de mí, me había defendido, me había calmado. Permaneció a mi lado cuando el hospital parecía un laberinto interminable de preguntas difíciles.

Y ahora seguía allí.

Una lágrima caliente resbaló por mi mejilla. Apreté suavemente su mano.

Se despertó con el movimiento y me sentí culpable por haberlo hecho. Nuestros ojos se encontraron. Vi la preocupación reflejada en los suyos, pero también vi algo más.

¿Amor?

¿Cariño?

No estaba segura.

Liam se incorporó ligeramente, todavía con los ojos pesados por el sueño.

—Hola, preciosa... —susurró con una sonrisa tierna—. ¿Te encuentras mejor?

Su pregunta, su preocupación, fue como abrir una compuerta que liberó de golpe todos los sentimientos que llevaba dentro.

Solté un pequeño sollozo.

Él me atrajo hacia sus brazos y dejó un beso suave en mi sien. Me acurruqué contra él sin siquiera pensarlo.

—Yo... me siento rota, Liam... —admití con la voz quebrada. Y aunque odiaba parecer una mujer frágil, en aquel momento no me importó. Lo único que quería era su cariño y sentirme protegida por él.

Liam me acarició el cabello mientras sus labios rozaban mi frente.

—No estás rota, amor. Eres la mujer más fuerte que conozco. Esto no te define. No cambia quién eres.

¿Amor?

Incluso en medio del caos en el que me encontraba, la ternura con la que pronunció aquella palabra no pasó desapercibida para mí.

Cerré los ojos y lo abracé con más fuerza, permitiéndome dejarme llevar por el ritmo tranquilo de su respiración.

Durante unos minutos no existió nada más que aquel abrazo.

Ni las preguntas difíciles.

Ni la culpa.

Ni el miedo.

Solo Liam.

Y, por primera vez desde que todo ocurrió, me permití creer que quizá, solo quizá... lograría superar aquello.

Porque no estaba sola.

CAPÍTULO 31
CHLOE DAVIS

Habían pasado algunos días y el sonido apagado de mis propios pasos resonaba por los pasillos de la comisaría.

Mis dedos estaban entrelazados con los de Liam y, aunque no decía nada, me transmitía la seguridad que necesitaba para seguir adelante.

Mi declaración fue formal y dolorosa, como revivirlo todo una vez más frente a rostros que juzgaban y anotaban cada una de mis palabras.

Lo hice todo bien. Fui precisa. Fuerte. O, al menos, intenté parecerlo.

Liam consiguió ausentarse del turno que tenía cuando supo el día y la hora en que debía prestar declaración, y no era capaz de expresar lo mucho que significó para mí. Su preocupación por acompañarme. Permaneció todo el tiempo en la sala de espera, aguardando para llevarme de vuelta a casa.

Y no importaba lo difícil que hubiera sido aquel momento; con solo verlo al final del pasillo, con aquella sonrisa ladeada, todo parecía doler un poco menos. Recordaba haberlo abrazado con fuerza en cuanto llegué hasta él. Al verme envuelta por su perfume cítrico, una sensación de alivio me recorrió por completo y me sentí agradecida de tenerlo en mi vida.

Ya era lo bastante difícil sobrevivir a todo aquello sin perderme por completo. Sola, habría sido imposible.

En el coche permanecí en silencio durante mucho tiempo.

Las palabras pesaban más de lo que podía soportar. Así que simplemente apoyé la cabeza contra la ventanilla mientras Liam conducía en silencio, con una mano descansando suavemente sobre mi muslo, como un recordatorio constante de que seguía allí, viva, y de que él estaba conmigo.

Permanecí pensativa durante el resto del día que me tomé libre. Solo trabajé por la mañana y, después de salir de la comisaría, quise volver a casa y quizá trabajar desde allí. Sin embargo, no fui capaz. Empecé a ponerme en el lugar de tantas mujeres que no habían tenido la misma suerte que yo y que eran humilladas por hombres repugnantes como John.

No sabía cómo definir lo que sentía por él. Que nunca nos habíamos llevado bien no era ningún secreto para nadie. Nuestro final en la universidad tampoco había sido bueno después de lo que hizo. Y aunque sí, me dolió que me engañara, jamás imaginé que se hubiera convertido en alguien así. En un hombre capaz de golpear a una mujer y hacerle daño de la peor manera posible.

A veces intentaba pensar de otra forma. Que quizá había actuado así por la enorme cantidad de alcohol que había consumido. Que, en el fondo, no era una mala persona. Que simplemente había reaccionado en un arrebato. Que jamás habría hecho algo semejante estando sobrio.

Sin embargo, terminé recriminándome aquellos pensamientos e intenté actuar como la abogada en la que me había convertido y no como la Chloe que lo conocía desde la adolescencia y que, en el fondo, nunca había deseado ningún mal ni para él ni para su familia. Fue entonces cuando empecé a ver con claridad que John siempre había mostrado una cierta actitud posesiva. La prueba más evidente era la forma en que intentaba atormentarme con sus manipulaciones psicológicas, haciéndome sentir inferior solo porque aún no estaba casada ni tenía hijos, algo que él se encargaba de recordarme constantemente.

Negué con la cabeza mientras bebía un sorbo de té de manzanilla con mulungu que Mel y Liam me habían obligado a tomar durante aquellos primeros días después de todo lo ocurrido. Estaba sentada en el sofá, con una pierna recogida bajo el cuerpo y la otra doblada, apoyando un brazo sobre ella, perdida en mis pensamientos, aunque ya empezaba a sentirme un poco más yo misma.

No podía dejar de imaginar cómo estaría si lo peor no hubiera sido evitado. ¿Habría conseguido levantarme después de un trauma semejante? Era una sensación aplastante que me perseguía constantemente y no sabía cómo debía pensar ni cómo reaccionar.

John merecía estar en prisión y, lo confieso, de vez en cuando sentía unas ganas inmensas de ir a verlo solo para disfrutar de la indescriptible satisfacción de contemplarlo entre rejas. No merecía ninguna compasión. Intentó ponerme en contra de Liam y lo que hizo después solo confirmó que mis palabras y la forma en que me burlé de su masculinidad lo habían afectado profundamente.

También tenía que darle la razón a Liam respecto a los sentimientos que John aún parecía tener por mí. Tal vez aquello ya rozaba algún tipo de trastorno psicológico, porque después de tantos años, hacer todo lo posible por destruir mi paz mental y obligarme a estar con él por la fuerza demostraba claramente que no estaba bien.

Inspiré y espiré profundamente mientras repasaba todo una y otra vez. Sabía que no debía hacerlo, que solo conseguía hacerme daño. Incluso intenté distraerme viendo Prison Break, aunque Liam no estuviera allí, pero nada parecía funcionar.

Otra cosa que me incomodaba y que volvió a mi mente cuando regresé al trabajo aquella semana fue Paul. No sabía si era un prejuicio provocado por todo lo que había vivido, pero en cuanto lo vi me sentí incómoda con su presencia y lo evité todo lo que pude.

Con todo lo que había ocurrido en los últimos días —la boda, mi acercamiento a Liam y después la catástrofe con John— me había olvidado de Paul. Sin embargo, verlo en la oficina al día siguiente de regresar de la boda me hizo recordar su actitud inapropiada cuando canceló la reunión con aquella clienta para encontrar una excusa que le permitiera quedarse a solas conmigo.

Aquello me molestó profundamente.

Cuando Payton e incluso el propio Liam tuvieron aquella reacción de celos —porque, aunque él dijera lo contrario, era exactamente lo que había parecido— no me lo tomé en serio y

pensé que estaban exagerando. Sin embargo, antes de la boda le pedí a Payton que contactara con la clienta para averiguar si la llamada que Paul había mencionado era cierta.

Fue una enorme decepción descubrir que todo había sido una mentira.

La confianza que empezaba a depositar en él comenzó a desmoronarse entre mis dedos. ¿Cómo iba a confiar en alguien que, después de tan poco tiempo trabajando conmigo, había mentido solo para quedarse a solas conmigo? ¿Hasta dónde sería capaz de llegar si le negaba algo o si dejaba claras sus verdaderas intenciones?

Después de la decepción que me había llevado con John —un hombre con el que compartí años de mi vida, al que entregué muchos sentimientos y con quien tuve mi primera vez—, ¿cómo podía confiar en Paul?

Por eso decidí que tendría una conversación seria con él. Y si percibía cualquier señal que indicara un posible desequilibrio, lo despediría. No estaba dispuesta a tener otra persona inestable a mi lado.

Solté un suspiro frustrado al recordar que ya debería haberle contado a Liam lo del investigador que había contratado. Ni siquiera quería imaginar aquella sonrisa descarada que parecía decir: «¿Ves? Ya te lo había dicho».

La noche llegó y permanecí durante horas en el mismo lugar, sola en el sofá de mi apartamento, reviviendo mentalmente todo lo ocurrido en los últimos días. Los recuerdos se mezclaban unos con otros, confusos, pero había uno especialmente vívido.

Volví a recordar la conversación que tuve con Mel después de que regresara de la boda y pasáramos un rato hablando.

Fue entonces cuando ella suspiró, como si hubiera guardado aquella información durante demasiado tiempo.

—Yo... también tengo que contarte algo.

—¿Qué? —pregunté, confundida.

Ella dudó.

—La esposa de John... después de lo que pasó, se puso muy mal. Le subió muchísimo la tensión y tuvieron que llevarla al hospital aquella misma noche. —Mel se retorció las manos, inquieta por lo que estaba a punto de decirme—. Parece que eso adelantó el parto.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—Pero... ¿está bien?

—Sí. —Mis hombros se relajaron de inmediato. No me caía bien, pero jamás le desearía ningún mal ni a ella ni a su bebé—. Ella y el bebé están bien, gracias a Dios —respondió rápidamente, quizá intentando impedir que me sintiera culpable—. Pero... —Volvió a vacilar—. Saben lo que ocurrió, Chloe. Saben que fue algo muy grave.

Aquellas palabras cayeron sobre mí como piedras.

Aunque yo no tuviera ninguna culpa... había algo cruelmente amargo en saber que la esposa de John también había sufrido las consecuencias de la monstruosidad de su marido, incluso después de todo lo que me había hecho en el pasado.

Negué con la cabeza para alejar la sensación de que el mundo entero se hubiera derrumbado un poco más aquella semana.

Y, por si fuera poco, mis padres se enteraron de todo. No sé exactamente cómo. Quizá por la madre de Chris o quizá por los rumores que inevitablemente terminaron extendiéndose.

Agradecí profundamente que Mel se hubiera quedado allí para tranquilizarlos y explicarles que, a pesar de todo, yo estaba bien. Sentí un enorme alivio al no tener que enfrentarme a los padres de John. Habría sido extremadamente incómodo, sobre todo porque no sabía si me culparían a mí o a su hijo. Había visto demasiados casos similares en el despacho, situaciones en las que la culpa terminaba recayendo sobre la mujer, como si hubiera provocado al maldito agresor.

A la mañana siguiente de salir del hospital, mis padres aparecieron en mi apartamento. Mi madre lloró tanto que apenas pude hablar. Mi padre, siempre tan duro, parecía haber envejecido años en cuestión de horas.

—Mi amor... mi niña... —repetía mi madre mientras me abrazaba con una fuerza casi desesperada.

Aquella escena me desgarró más que cualquier declaración, cualquier examen o cualquier marca física.

John no solo me había hecho daño a mí; también había herido a todos los que me rodeaban.

Y, como si aún faltara una pieza más de aquel desastre, recibí una llamada inesperada de Megan unas horas después, aquel mismo día.

—Hermanita, acabo de enterarme. Dios mío, Chloe... —La desesperación y la angustia eran evidentes en su voz, y lo único que quería era encogerme y llorar por verme obligada a seguir hablando de aquello con otras personas, cuando lo único que deseaba era quedarme en silencio y olvidar la pesadilla que había vivido*—. No puedo creerlo. No puedo creer que él... que esto haya pasado.*

Lloraba, y enseguida otra voz se unió a la llamada.

Era Chris, el hermano de John.

—Chloe, ni siquiera sé cómo pedirte perdón. Nunca imaginé... jamás. Si lo hubiera sabido... —Su voz se quebró*—. Si Megan y yo no estuviéramos a punto de embarcar hacia Roma, habríamos ido a verte. Y aun así iremos. No mereces pasar por esto sola.*

Lo recordaba como si hubiera sido ayer. Liam estaba sentado a mi lado, en la cama, acariciándome el cabello. Me trataba con una ternura que jamás habría imaginado en él. Pero no era solo un doctor Depravado; se había convertido en mi refugio durante el peor momento de mi vida y jamás podría agradecerle lo suficiente todo lo que hizo por mí.

—¡Pero no estoy sola! —respondí mientras miraba aquellos ojos color almendra que parecían tener el poder de hipnotizarme.

Una sonrisa ladeada apareció en sus labios antes de dejar un casto beso sobre los míos.

Cerré los ojos y respiré profundamente.

Todavía me costaba aceptar el cariño. Aceptar que nadie me culpaba. Que la culpa nunca había sido mía.

Pero había algo innegable: les importaba.

Y, sobre todo, a Liam le importaba.

Mientras terminaba mi té ya frío, escuché el sonido de unas llaves en la puerta. Era él, que acababa de regresar de otro turno.

Y, en aquel instante, por primera vez en días, permití que una pequeña chispa de esperanza naciera dentro de mí.

Todavía tenía un largo camino por recorrer.

Aún tendría que enfrentar pesadillas, recuerdos y procesos judiciales.

Pero ya no me sentía sola, aunque fuera por poco tiempo. Miré a mi doctor, que llevaba puesta una bata médica, algo que me sorprendió porque normalmente nunca volvía a casa con ella. Aun así, no podía negar lo increíblemente atractivo que se veía vestido de esa manera.

Desde que regresamos hacía cinco días, todo debería haber vuelto a la normalidad. Nuestro acuerdo de «amistad con beneficios» debería haber terminado junto con la boda.

Sin embargo, no fue eso lo que ocurrió.

Él solo iba a su apartamento para buscar ropa o algo para comer. Como su cocinera le dejaba la comida preparada y congelada para seguir con su estricta dieta, aprovechaba para traer algunas cosas. Pero era conmigo con quien dormía. Era aquí donde se duchaba. Y aunque debería haberlo echado para no complicar aún más nuestra situación, no fue lo que hice.

Los dos simplemente ignorábamos lo que habíamos dicho que ocurriría y fingíamos que aquel acuerdo de terminarlo todo el día de la boda nunca había existido.

Él se quedaba.

Y yo se lo permitía.

Porque era exactamente lo que quería.

Lo quería a mi lado.

Y si no estaba peor después de todo lo sucedido, era gracias a aquel hombre maravilloso que me dedicaba una sonrisa ladeada capaz de derretirme por completo.

—¿Cómo estás, preciosa?

Amor. Preciosa.

No podía describir lo que sentía cada vez que me hablaba con aquel cariño.

Pero me encantaba comprobarlo.

Por supuesto, el hecho de que me llamara «amor» no tenía por qué significar nada serio. Aun así, eso no hacía que fuera menos importante.

Todo lo contrario.

Nunca imaginé que me gustaría tanto escucharlo decirlo.

Aquellas palabras eran música para mis oídos y, aunque muchas veces sentía el impulso de llamarlo de la misma manera, algo me detenía. Quizá era el miedo a involucrarme demasiado y terminar herida cuando llegara el final de nuestro segundo mes juntos. Todavía no lo sabía y quería avanzar despacio para no hacerme más daño.

—Mejor ahora que has llegado —admití al alzar el rostro.

Recibí un beso suave en los labios y, en cuanto se apartó, eché de menos su boca.

—¿Ya te he dicho lo guapo que estás con esa bata? —pregunté mientras lo recorría de arriba abajo con la mirada.

Él arqueó una ceja con aquella sonrisa ladeada que siempre conseguía alterarme.

—No, pero la forma en que me estás mirando parece decir exactamente eso.

Puse los ojos en blanco y observé cómo Freddie se acercaba al verlo. Como siempre, se aferró a sus piernas, lo que me hizo reír.

—Creo que a él también le ha gustado —bromeé.

Liam soltó una risita nasal mientras lograba librarse de Freddie.

—Por lo visto, voy a tener que comprar otro juguete con forma de gallina para librarme de las perversiones de tu perro.

Antes de sentarse, llevó varios recipientes que supuse que contenían las comidas saludables que solía comer y que, de paso, yo también había empezado a disfrutar, ya que él las traía y así no tenía que preocuparme por pedir comida o ir a un restaurante.

Después de sacarlos de una bolsa térmica, me miró por encima del hombro y me mostró uno.

—Mira lo que le pedí que preparara para ti —dijo mientras abría un recipiente de cristal que contenía una lasaña con un aspecto absolutamente irresistible.

—¡No puedo creer que le hayas pedido a tu cocinera que hiciera lasaña por mi culpa! —exclamé con un entusiasmo inesperado.

Lo dejó sobre la barra de la cocina americana y se acercó a mí con una enorme sonrisa.

—Sí, qué le vamos a hacer. Quería mimarte un poco —admitió con un ligero rubor que enterneció mi corazón.

Sin poder resistirme y sintiéndome mucho más ligera que antes, salté sobre su regazo en cuanto se sentó. Coloqué una pierna a cada lado de su cuerpo, rodeé su cuello con los brazos y lo besé de verdad esta vez, algo que no había sucedido durante aquellos cinco días desde que regresamos.

Pero ya me sentía mejor.

Y echaba muchísimo de menos a Liam.

Hacía casi veinticuatro horas que no nos veíamos. Solo lo había visto cuando me llevó y me trajo de vuelta de la comisaría.

—¿Ya te he dicho que te amo? —bromeé por impulso.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo que acababa de decir.

Liam abrió los ojos de par en par y tragó saliva. En ese mismo instante, el reloj que llevaba en la muñeca y que medía su

frecuencia cardíaca comenzó a emitir pitidos, llamando la atención de ambos.

Se aclaró la garganta, incómodo, apagó el reloj y esbozó una sonrisa para disimular cuánto le había afectado lo que acababa de decirle.

Igual que me había afectado a mí.

—Todavía no. Pero si cada vez que te traiga una lasaña voy a recibir semejante bienvenida, le pediré a Fran que la prepare todos los días a partir de ahora —bromeó.

Fue imposible no sonreír aún más.

—Entonces, por favor, pídeselo. Y te prometo que serás muy bien recompensado —lo provoqué con un guiño mientras sentía cómo su erección comenzaba a hacerse presente bajo mí.

Sin resistirme, me moví ligeramente sobre su masculinidad y Liam dejó caer la cabeza hacia atrás con un ronco gruñido que solo me animó a continuar.

—¡Preciosa! Creo que todavía es un poco pronto para algo así —dijo con cautela—. Estoy intentando ser un caballero aquí.

Mi sonrisa se amplió mientras mordisqueaba su labio inferior y deslizaba los dedos por su cabello suave.

—Vaya... quién diría que el gran doctor Depravado estaría tan bien portado. Cómo cambian las cosas, ¿eh, doctor? A este paso vas a perder tu fama y empezaré a pensar que ya te has jubilado.

Lo provoqué y él me miró como si acabara de lanzarle un desafío.

—Ah, pimentita. Estoy muy lejos de jubilarme y puedes estar segura de que, por lo que a mí respecta, mi fama seguirá intacta. —Abrí los ojos de par en par por la osadía de sus palabras y, antes de que pudiera insultarlo con todos los improperios que me vinieron a la mente, continuó—: Solo contigo, claro.

Al menos durante este último mes, pensé, aunque intenté no aferrarme a ello para no salir herida.

En ese momento, Liam capturó mis labios con los suyos, impidiéndome decir todo lo que había pasado por mi mente.

Y me perdí en la añoranza de sus besos.

De ser tocada por él.

De sentir a quién pertenecía realmente.

Y de cómo, con Liam, todo parecía encajar.

Allí no me estaban obligando a hacer algo que no quisiera. Liam tenía el poder de traerme paz en medio de la tormenta, de calmar las angustias de mi corazón, y a eso era a lo que pensaba aferrarme.

Cuando nos separamos, me obligué a hablar:

—Más te vale mantener ese delicioso pene tuyo retirado para esas descaradas del hospital mientras estemos juntos —lo amenacé.

Liam soltó una carcajada, echó la cabeza hacia atrás y me miró con picardía.

—Ah, ¿solo las del hospital? —me provocó.

Le lancé una mirada de advertencia.

—Liam...

—Porque también están las del bar de al lado, las del restaurante o las del parque donde salgo a correr.

El muy desgraciado se echó a reír al ver la cara de que estaba a punto de matarlo y le di un fuerte golpe en el bíceps.

—Eh, nada de agresiones, preciosa, o terminaré enamorándome de verdad.

—Hoy estás muy graciosito —me quejé mientras me sujetaba el rostro y me dejaba varios besos seductores en el cuello.

—Fuiste tú quien dijo que solo las del hospital.

—Me has entendido perfectamente, doctor descarado —protesté, y su sonrisa se amplió.

—Prefiero doctor Depravado. Es más sexy y deja claro cuánto te gustan mis perversiones.

Puse los ojos en blanco, incapaz de encontrar un argumento para rebatir aquello, porque contra los hechos no había discusión posible.

—Ahora ven aquí. Deja que el doctor cuide de ti —me provocó.

Al instante me recostó sobre el sofá y hundió la lengua en mi boca. Lo recibí de buen grado en un beso ardiente en el que, por fin, calmábamos la añoranza que habíamos acumulado el uno por el otro.

A diferencia de lo que solía ocurrir, aunque Liam mantenía el control del beso, no hizo nada más. Estaba segura de que esperaba que fuera yo quien demostrara que estaba preparada para aquello.

Por eso fui la primera en mostrar mis verdaderas intenciones.

Sin separarme de sus labios, empecé a quitarle la bata.

Él me ayudó y yo comencé a desabrochar los botones de su camisa, hasta que en pocos segundos quedó únicamente con los pantalones puestos.

De un tirón, Liam me quitó la camiseta por la cabeza y dejó mis pechos al descubierto, tensos y con los pezones endurecidos. Sus ojos ardieron como brasas al verlos allí, necesitados de atención.

Mi doctor no esperó ni un segundo más.

Los sostuvo con firmeza, tal como le gustaba hacerlo, y comenzó a mordisquearlos, succionarlos y hacer todo aquello que me volvía loca, mientras acariciaba el otro pezón con movimientos circulares tan tortuosos como adictivos.

Incapaz de conformarme con tocar solo su torso firme y los marcados músculos de su abdomen, bajé las manos hasta el cinturón de sus pantalones. Lo desabroché, solté el botón, bajé la cremallera y empecé a deslizar la prenda por sus caderas mientras apretaba sus firmes glúteos, resultado de todas las horas que pasaba entrenando.

Con su ayuda, liberé toda su dureza y lo vi completamente desnudo frente a mí. Él, por su parte, me quitó los pantalones cortos

y las braguitas de una sola vez antes de volver a cubrirme con su cuerpo en otro beso desesperado.

Acariciaba su masculinidad con dedicación, prestando especial atención a la sensible punta, donde ya comenzaban a aparecer las primeras señales de excitación.

Liam descendió con los labios por mi cuerpo mientras yo me retorcía bajo él, consumida por la necesidad. Y cuando su lengua llegó entre mis piernas, todo lo que nos rodeaba desapareció.

Lo único que importaba era su boca experta y el placer indescriptible que era capaz de provocarme.

Me lamía, me mordisqueaba, me volvía completamente loca, como si fuera capaz de llevarme del infierno al cielo en cuestión de segundos.

Gemía sin control mientras el placer crecía cada vez más en mi vientre.

Y justo cuando estaba a punto de alcanzar el clímax, Liam rompió el contacto de golpe.

Solté un gemido frustrado.

—¿Pero qué demonios...? —Lo miré confundida, todavía embriagada por todas las sensaciones que me había provocado.

Entonces vi que observaba algo con absoluto horror.

Seguí su mirada sin entender nada y, en cuestión de un segundo, no pude creer la escena que tenía delante.

Freddie estaba lamiendo el pene de Liam.

Mi perro.

Mi maldito perro.

Liam se apartó de mí de inmediato y abrió los ojos de par en par, completamente horrorizado al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Una mezcla de incredulidad y sorpresa me golpeó de lleno y una crisis de risa se apoderó de mí.

Empecé a carcajearme mientras Liam insultaba a mi perro con todos los nombres posibles.

—Era lo único que me faltaba. Sal de aquí, perro pervertido.

Se levantó de inmediato, indignado, mientras yo era incapaz de dejar de reír.

Entró en dirección al baño maldiciendo a Freddie, que en ese momento ya estaba tumbado al otro lado del salón, con el hocico apoyado entre las patas delanteras como si no hubiera hecho absolutamente nada.

—¡Pero qué coño! Ahora ni siquiera puedo acostarme tranquilamente con mi novia —protestó desde el baño.

Mi risa se apagó de golpe al escuchar lo que acababa de decir.

¿Mi novia?

¿Así era como empezaba a verme?

¿O solo había sido una forma de hablar?

Aunque la situación seguía pareciéndome ridícula, me obligué a levantarme del sofá y lancé una mirada de reproche a mi perro.

—¿Se puede saber qué modales son esos? Estaba a punto de llegar al final. Te vas a quedar sin premios mañana por esto.

Un pequeño gemido salió de su hocico.

Le di la espalda y fui detrás de mi novio, tal como él mismo acababa de llamarse, dispuesta a calmar su enfado de la forma que sabía que más le gustaba.

Pero, por supuesto, después de que se lavara muy bien su delicioso pene.

Porque, por mucho que quisiera a mi perro y por muy limpio que fuera, no pensaba acercar mi boca allí antes de eso.

CAPÍTULO 32
LIAM WALKER

Volver al hospital fue como salir a la superficie después de días sumergido. La rutina me arrastró de nuevo con toda su fuerza: guardias interminables, cirugías complejas, llamadas de emergencia en mitad de la noche. Pero el peso que llevaba encima no era solo físico. Era como si una parte de mi mente siguiera con Chloe. Simplemente no podía sacármela de la cabeza, algo bastante inquietante, si soy sincero, porque nunca había vivido nada parecido con nadie.

Por supuesto, todo lo que le había ocurrido dos semanas atrás también me preocupaba. Aun así, procuraba no recordárselo y creía que ella hacía lo mismo, porque lo mejor era no quedarse atrapado pensando en ello.

Lo único que hablé con ella y le consulté fue sobre el abogado que había contratado para llevar el caso contra John. Al fin y al cabo, ella era la víctima y tenía derecho a oponerse, pero para mi sorpresa no lo hizo. Solo preguntó quién era el abogado, cómo lo conocía y por qué estaba tan seguro de que era uno de los mejores en ese ámbito. Cuando se lo expliqué, aceptó de buen grado.

Era el mismo abogado que trabajaba para nuestra empresa, y me sentí aliviado de que me permitiera tomar la iniciativa. Mientras él no me daba ninguna novedad, intentaba que la vida siguiera su curso con normalidad, porque estaba convencido de que era lo mejor para que Chloe pudiera recuperarse del trauma que había sufrido.

Revisé las fichas de mis pacientes y sus prioridades y decidí concentrarme en mi trabajo, porque la vida dentro de aquel hospital no iba a esperar a que resolviera mis problemas personales. Los pacientes seguían sangrando, los tumores no esperaban diagnósticos y los residentes seguían necesitando mi ayuda para supervisar sus casos.

Aquella mañana, entre una neurocirugía a las seis y un procedimiento programado para el mediodía, conseguí un raro momento de descanso. Me senté en la sala de médicos, me quité el gorro y me froté los ojos con fuerza.

—¿Alguien ha dormido al menos tres horas? —escuché la voz de Matt, un amigo que había hecho en el hospital. Era cirujano ortopédico y entró con dos cafés en la mano—. Sin azúcar, como te gusta.

—Si esto es una competición, la he ganado yo —respondí mientras tomaba uno de los vasos sin ceremonias—. Gracias, llega en el momento perfecto.

Matt me observó detenidamente.

—Estás peor que de costumbre. ¿Ha pasado algo?

Pensé en lo poco que había dormido durante la última semana entre el trabajo y las noches en casa de Chloe, o en la mía, porque a veces era ella quien iba a mi apartamento. Y lo último que hacíamos era dormir. Claro que, tarde o temprano, la factura iba a llegar.

Una sonrisa ladeada apareció en mi rostro al recordar lo mal acostumbrado que me había quedado durante aquellos días en los que estuvimos juntos en la boda. Podía verla a todas horas, tenerla entre mis brazos cuando quisiera, y ahora, por culpa de nuestros horarios, apenas conseguíamos coincidir.

—Tío, estás sonriendo y ni siquiera me has respondido —comentó Matt.

Lo miré confundido, algo avergonzado por haber sonreído solo de pensar en aquella pequeña pelirroja.

—Por lo que veo, tu novia ha conseguido domesticar al doctor Walker. ¿Quién lo habría dicho?

Puse los ojos en blanco y tomé un sorbo de café.

—No exageres, tampoco es para tanto. Pero sí, podemos decir que las cosas van muy bien entre nosotros y que estamos disfrutando de nuestra relación de la mejor manera posible —

expliqué con una sonrisa ladeada que dejaba bastante claro a qué me refería.

—Eso explica las ojeras —bromeó mi amigo—. ¿Y cuándo vamos a conocer por fin a la mujer que consiguió dejar sin defensa al médico más cotizado del Boston Trauma & Emergency Hospital?

—Pronto. El evento ya se acerca. Falta menos de dos semanas y vendrá conmigo.

—¿Y tú? ¿A quién vas a llevar?

Esta vez fue él quien sonrió de lado. Sus ojos azules brillaron con expectativa.

—A una chica con la que empecé a salir hace unas semanas.

—¿La conozco?

Negó al instante.

—No. Ya he tenido suficiente de médicas y enfermeras. Necesito cambiar de aires.

Asentí en señal de comprensión.

—Y aquello que me contaste de tu novia... ¿Está mejor? Después de todo lo que pasó.

Respiré hondo. Era un tema que me incomodaba. Matt era de los pocos en el hospital que sabían lo ocurrido, y solo porque había tenido que retrasar durante unas horas una cirugía que compartíamos el mismo día en que acompañé a Chloe a la comisaría.

—Se está recuperando. Está mucho mejor que durante la semana en que ocurrió.

Matt asintió despacio.

—Eso ya es una gran noticia. Y tenerte a su lado, apoyándola, es exactamente lo que necesita.

Quise creerlo. Y la simple mención de mi pelirroja despertó una punzada de añoranza que, teniendo en cuenta lo que había entre nosotros, era completamente normal. No significaba nada más. Por eso saqué el móvil y le escribí un mensaje rápido:

Estoy aquí, disfrutando de una pequeña pausa después de un día caótico y,
simplemente, he pensado en ti otra vez. Algo mucho más frecuente de lo que alguna vez imaginé posible.

Releí el mensaje y, antes de enviarlo, decidí borrar la última parte porque inflaría todavía más su ego. Pero entonces recordé aquellos ojos rojos de tanto llorar, lo destrozada que había quedado después de todo lo ocurrido en aquella fiesta, y la escribí de nuevo. Porque, aunque no quisiera proyectar la imagen de un «doctor domesticado», algo me decía que aquel simple mensaje dibujaría una preciosa sonrisa en sus labios.

Así que estaba bien.

Si aquella ninfómana descarada decidía cambiar mi apodo de Depravado por Domesticado, podría vivir con ello. Después de todo, sabía que no era la realidad.

¿Seguro que no?

Mi subconsciente me acusó y estuve a punto de poner los ojos en blanco para mí mismo.

Volví a guardar el móvil en el bolsillo de la bata y, cuando estaba a punto de decir algo a Matt, alguien llamó a la puerta de la sala y entró.

Era la doctora Emily, una uróloga recién incorporada. Guapa, competente y siempre demasiado sonriente conmigo, como hacía en ese momento mientras apartaba hacia un lado su cabello rubio platino. Habría jurado que era el típico gesto que algunas mujeres utilizaban para llamar la atención.

—¡Liam! —sonrió.

—¡Matt! —saludó también, aunque sus ojos regresaron enseguida a mí—. Qué bien verte. No hemos coincidido en los últimos turnos.

¿No?

Para ser sincero, ni siquiera me había dado cuenta. Pero, como buen diplomático, no quería hacerla sentir incómoda.

—Es verdad. Han sido semanas muy intensas —expliqué.

Ella asintió.

—¿Estarás en el turno de noche del jueves? —preguntó mientras se mordía el labio inferior de forma sugerente y se enrollaba un mechón de cabello alrededor del dedo.

—Por desgracia, sí —respondí sin demasiado entusiasmo. Mil veces habría preferido pasar la noche con mi pelirroja, pero aquello era algo que apenas conseguíamos hacer últimamente, y me resultaba extraño lo mucho que me molestaba. Nunca me habían importado los horarios imposibles de mi trabajo.

Emily dio un paso al frente. Reconocí aquella actitud al instante.

—Estaba pensando que quizá podríamos salir algún día. Tomar una copa de vino, sin batas ni bisturíes. Solo... una conversación agradable.

Aparté la mirada de aquella mujer atractiva, decidida y segura de sí misma para mirar a Matt, que contenía una sonrisa claramente divertida. Lo más gracioso era que Emily estaba tan convencida de que aceptaría que ni siquiera le importó invitarme delante de otra persona. Aquello solo demostraba que ni se le pasaba por la cabeza la posibilidad de recibir una negativa.

En otro momento de mi vida, probablemente habría tenido razón.

Pero las cosas habían cambiado.

Ahora era un hombre comprometido.

Aunque, en teoría, todo hubiera empezado como un acuerdo.

Aun así, era exactamente así como me sentía, teniendo en cuenta lo mucho que Chloe y yo nos habíamos acercado.

Durante un segundo dudé. No porque estuviera interesado, sino porque rechazar a alguien sin parecer arrogante siempre resultaba incómodo.

—Emily, eres fantástica. De verdad. Y no sé si lo sabías, pero estoy con alguien.

Ella arqueó las cejas, sorprendida. Sus ojos descendieron hasta mis manos, que sujetaban el vaso de café.

—L-lo siento. No vi ningún anillo y me dijeron que no tenías a nadie...

Dudaba mucho que le hubieran dicho exactamente eso, pero llevaba poco tiempo en el hospital. Tal vez había preguntado a alguien que no me conocía demasiado.

—Sí, no usamos anillos. Pero estoy comprometido —respondí con una naturalidad que incluso me sorprendió. Ya no me molestaba como antes admitirlo—. Aunque sí podemos salir algún día. Podemos reunir a algunos compañeros para que te integres mejor. Incluso puedo invitar a mi novia. Seguro que le encantará. ¿Qué te parece? —le pregunté.

Emily me dedicó una sonrisa forzada y desvié la mirada hacia Matt, que apenas conseguía contener la carcajada.

—Por supuesto que sí, tío. Me apunto —dijo mi amigo.

—Sí, estará bien —respondió Emily tras esbozar una sonrisa contenida—. Tengo que irme, tengo una consulta en cinco minutos.

Ni siquiera esperó a que respondiera y salió de la sala sin la misma elegancia con la que había entrado.

En cuanto la puerta se cerró, Matt soltó la carcajada que llevaba rato conteniendo.

—Sigues siendo capaz de rechazar a una mujer guapa con ese tono de voz tan tranquilo. Impresionante.

Me encogí de hombros.

—Simplemente ya no estoy para esas cosas —respondí con sinceridad.

Porque era verdad.

No importaba cuántas horas pasara en el hospital, cuántas cirugías realizara o cuántas noches en vela tuviera que soportar. Mi

cuerpo podía estar allí, pero mi mente... siempre regresaba a mi pelirroja.

Siempre.

Y era en ella en quien pensaba mientras volvía a colocarme el gorro y me dirigía a otra cirugía, después de despedirme de Matt, que estaba terminando su turno, a diferencia de mí, que todavía tenía varias horas de trabajo por delante.

Miré mi reloj de pulsera, comprobé que mis pulsaciones estaban dentro de lo normal y solté un suspiro frustrado al saber que, a esas horas, Chloe ya debía de estar a punto de marcharse, mientras que a mí aún me quedaban varias horas de trabajo.

Solo deseaba que me esperara.

Preferiblemente despierta.

Y con el mismo deseo que invadía mi cuerpo y mi mente cada vez que imaginaba todo lo que podríamos hacer cuando por fin estuviéramos a solas entre cuatro paredes.



El reloj del hospital marcaba las 20:47 cuando me llamaron a urgencias. Acababa de salir del quirófano, todavía con la mascarilla colgando del cuello y los guantes en la mano, cuando una de las residentes se acercó con expresión nerviosa.

—Dr. Walker, tenemos una derivación urgente procedente de Atlanta. Es un caso... poco habitual. Ha sido rechazado por tres centros neurológicos de referencia.

Me entregó el historial médico junto con varias resonancias impresas.

—¿Qué tenemos?

—Una lesión traumática en el brazo. La rotura de los nervios de la médula desencadenó una epilepsia espinal no convulsiva, pero

con formación de quistes en las terminaciones nerviosas. La paciente sufre episodios de dolor neuropático tan intensos que apenas puede mantenerse en pie. Los quistes comprimen la médula y envían impulsos de dolor directamente al cerebro. Nadie quiere operarla.

Recorrí las imágenes con la mirada. Era como si pequeños globos de tortura estuvieran alineados a lo largo de la columna cervical, muy cerca de la raíz nerviosa del plexo braquial.

—¿La propuesta de los otros equipos era analgesia paliativa y bloqueos continuos?

—Sí. Pero los bloqueos han dejado de funcionar.

Suspiré.

Aquel tipo de caso no era solo raro.

Era peligroso.

El más mínimo error al cauterizar los puntos adecuados podía provocar una parálisis. O algo peor.

—¿Dónde está la paciente?

La residente me condujo hasta una sala privada.

Era una mujer de poco más de treinta años, pálida y con los ojos cansados. Seguía siendo atractiva, a pesar de las huellas que el dolor constante había dejado en su rostro. En cuanto entré, levantó la mirada hacia mí.

—¿Usted es el doctor Walker?

Asentí.

—Yo... he oído decir que usted no tiene miedo de intentarlo. Ya me han rechazado tres hospitales. Por favor, no puedo seguir viviendo con este dolor. Los episodios aparecen de la nada. Lo he intentado... todo.

Apreté los labios, inquieto ante la evidente angustia de aquella mujer.

Su miedo y su desesperación eran casi palpables.

Temblaba mientras hablaba.

Y en sus ojos no vi temor ante una posible cuarta negativa.

Vi esperanza.

Hablé un poco más con ella para conocer mejor su historial médico y comprender qué la había llevado hasta aquella situación.

—¿Está segura de esto?

Asintió de inmediato.

—Imagino que ya conoce los posibles riesgos —le recordé.

Volvió a asentir sin vacilar.

—Lo sé. No me importa el riesgo. Solo necesito que alguien crea que existe alguna posibilidad.

Guardé silencio durante unos segundos.

El desafío era enorme.

La cirugía requeriría cauterizar de forma selectiva las terminaciones nerviosas a lo largo de la médula espinal. Sería como cortar cables eléctricos defectuosos sin apagar todo el sistema.

Era extremadamente arriesgado y no me sorprendía que ningún otro cirujano quisiera poner en juego su carrera con un caso semejante.

—¿Y cuál es su alternativa si yo me niego?

—Seguir sintiendo dolor hasta volverme loca —respondió con los hombros hundidos.

Una vez más, la desesperación reflejada en sus ojos me golpeó de lleno.

Me acerqué aún sosteniendo las imágenes y respiré profundamente.

—¿Habla en serio? ¿No hay ningún otro médico dispuesto a aceptar su caso?

Negó con la cabeza.

Y observé cómo la pequeña esperanza que aún conservaba comenzaba a apagarse poco a poco.

Creía que yo también iba a rechazarla.

Pero yo no era como los demás.

Nunca le había tenido miedo a un desafío.

Al contrario.

Los desafíos siempre me impulsaban a superarme.

Y aunque lo más sensato habría sido despedirla y enviarla de vuelta a casa, no fue eso lo que hice.

Por eso le respondí con calma:

—Entonces lo haré. Voy a estudiar su caso detenidamente esta noche. Y si existe la más mínima posibilidad... lo intentaré.

Ella rompió a llorar.

Y, por la forma en que sus hombros se relajaron, tuve la certeza de que aquellas lágrimas eran de alivio.



Más tarde aquella noche, mi cuerpo me recordaba cada una de las horas que no había dormido en los últimos dos días.

Aun así, mi coche tomó por sí solo el camino hacia el edificio donde vivía. Pero, en lugar de ir directamente al apartamento de al lado, pasé primero por casa, dejé mis cosas, cogí algo de ropa para dormir —que probablemente ni siquiera usaría— y aproveché para llevarme algunos libros que pensaba estudiar antes de acostarme.

Al día siguiente no tendría que ir al hospital y, por ese motivo, pensaba sumergirme en aquellos libros para asegurarme de si podía hacer lo que creía que ayudaría a mi paciente.

Entré con la llave que Chloe me había dado y que nunca le devolví, ya que ella tampoco me la pidió. Como siempre, me recibió el suave aroma de la infusión de hierbas que solía dejar preparada en la cocina. Después de todo lo ocurrido, empecé a pedirle que la tomara y, milagrosamente, le gustó y comenzó a hacerlo como le había recomendado.

Incluso sus crisis de migraña habían mejorado después de verse obligada a seguir una dieta equilibrada. Como era yo quien llevaba la cena que Fran preparaba para ambos, y gracias también a los aceites esenciales que utilizaba cada mañana antes de ir a trabajar, los cambios habían sido evidentes.

Por supuesto, jamás admitiría con facilidad que la reducción de la comida grasa y de todos aquellos aperitivos que solía comer fueran la causa de sus migrañas, pero ya era un avance que aceptara alimentarse mejor durante la semana. Los fines de semana seguía comiendo lo que le apetecía.

Incluso la acompañé un sábado por la noche, aunque no era algo que me hiciera especial ilusión repetir con frecuencia.

Freddie corrió hacia mí con su entusiasmo habitual y saltó contra mis piernas. Me agaché para acariciarle la cabeza, pero enseguida volvió a acomodarse junto al sofá con el juguete nuevo que le había regalado.

Unos segundos después apareció mi pelirroja, con el cabello recogido en un moño deshecho, una camiseta blanca de tirantes y unos pantalones cortos de punto que dejaban al descubierto sus piernas torneadas. Sus ojos brillaron en cuanto me vio.

Dejé los libros sobre la encimera y me resultó imposible contener la sonrisa cuando saltó a mis brazos, rodeó mi cintura con las piernas y unió sus labios a los míos.

Joder. Eso sí que era una bienvenida en condiciones. Y demostraba que no había sido el único en echarla de menos.

—A este paso voy a pensar que me has echado de menos —la provoqué mientras mordisqueaba su labio inferior.

—No te hagas ilusiones. He echado de menos lo que llevas entre las piernas.

Abrí los ojos de par en par ante semejante descaro y aquella preciosa bocazas soltó una carcajada al ver mi evidente sorpresa.

—Así me ofendes, sobre todo después del mensaje que te envié.

Hice un mohín que ni yo mismo reconocí.

¿Pero qué demonios me estaba pasando?

—Oh, no te pongas triste. Sabes perfectamente que eso entre nosotros es una pequeña mentira —depositó otro beso delicioso en mi mejilla—. Tal vez también te haya echado de menos —admitió, y mi sonrisa se ensanchó.

—Ahora sí. Así es exactamente como me gusta que me reciban después de una guardia larga y agotadora.

—Mmm... entonces tendré que comportarme como las enfermeras del hospital donde trabajas y cuidar de mi doctor —comentó.

Y me encantó escucharla decir aquello.

—Siempre he querido tener una enfermera particular. Y ya se me ocurren mil formas de aprovecharme de tu buena voluntad.

Nos dimos otro beso largo y cálido. Caminé hacia el dormitorio con ella en brazos y cerré la puerta con el talón para evitar que Freddie volviera a molestarnos.

Ya no confiaba en ese perro.

Me sentía agotado después de treinta horas de guardia, y Chloe debió de darse cuenta, porque se sentó conmigo en la cama.

—¿Y todos esos libros? —preguntó mientras empezaba a desabrochar mi camisa.

—Voy a tener que estudiar un caso complicado que estoy valorando aceptar o no.

Arqueó una ceja, sorprendida.

—¿Tan complicado es?

—Mucho. Es algo muy raro, y todos los médicos por los que ha pasado la paciente se han negado a intervenir.

—¿Y tú quieres hacerlo? —preguntó con una media sonrisa.

Asentí mientras me quitaba la camisa y la lanzaba a un lado.

—¿Por qué no me sorprende? —bromeó antes de mordisquear mi labio inferior y empujarme suavemente hasta que mi espalda se

hundió en la cama, que pareció abrazarme.

—Tal vez porque ya me conoces demasiado bien. Pero creo que voy a necesitar un incentivo antes de empezar —la provoqué mientras deslizaba las manos por sus muslos y me humedecía los labios.

—¿Un incentivo? —arqueó una ceja con una sonrisa ladeada.

—Sí. Algo que nos incluya a ti y a mí. Desnudos. Y, preferiblemente... lejos de Freddie.

Abrió mucho los ojos y soltó una carcajada que me transmitió una paz inmensa al escucharla.

—¡Liam!

—Lo digo en serio. He perdido la confianza en ese perro pervertido.

Volvió a reír y apoyó la frente contra la mía.

—Menos mal que ya nos has traído al dormitorio, doctor.

—Por supuesto. Mis intenciones no eran precisamente nobles, pero valdrá la pena.

—Estoy segura de que sí.

Dicho eso, atraje su cuello hacia mí y profundicé el beso, de modo que nada más importó.

Solo ella y yo.

Y aquella nostalgia aplastante que nos había acompañado durante todos esos días separados.

CAPÍTULO 33
LIAM WALKER

Ya había pasado la medianoche y la única luz encendida era la lámpara de la mesilla mientras leía otro libro sobre la cirugía que quería realizar. Había varios libros esparcidos sobre la cama. Chloe, por su parte, revisaba un expediente y se preparaba para la audiencia que tenía al día siguiente.

Desvié la mirada hacia ella durante apenas unos segundos. Llevaba un camisón azul marino que la hacía verse condenadamente sexy. Se había recogido el cabello en un moño improvisado, con algunos mechones escapándose, y para rematar llevaba unas gafas de lectura, algo que había descubierto hacía poco y que, joder, le quedaban increíblemente bien.

Chloe estaba completamente concentrada en un caso que exigía sangre fría y atención absoluta. De vez en cuando murmuraba algo para sí misma, tomaba notas en una libreta y escribía largos párrafos en el teclado con los labios ligeramente apretados, como si estuviera discutiendo con alguien en silencio. Me parecía absurdamente sexy verla tan enfocada. Sobre todo cuando mordía el capuchón del bolígrafo sin darse cuenta.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó al notar que la observaba.

—Nada en especial. Solo admirando lo increíblemente guapa que te ves en modo abogada sexy.

Soltó una carcajada que, por un instante, alivió la tensión que sentía por la posible cirugía.

—Mmm, tenemos que concentrarnos, doctor. Yo necesito estudiar para la audiencia de mañana y tú para la cirugía que quieres hacer.

Mi sonrisa se ensanchó. Acerqué mi rostro al suyo, recorrí su barbilla con la yema de los dedos y deposité un beso suave sobre sus labios.

—Me encanta cuando me llamas así, doctor —admití.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—¿Ah, sí, doctor? —me provocó.

—No me provoques, pelirroja. Tienes razón, necesitamos concentrarnos. Porque si sigues hablando de esa manera, me veré obligado a cerrar todos estos libros y retomar lo que dejamos a medias.

—Eso podría ser una excelente distracción —bromeó, mordisqueándose el labio inferior.

Dejé escapar un gruñido y, por impulso, lancé el libro a un lado, la sujeté del brazo y la atraje sobre mí. Chloe soltó una carcajada mientras nos besábamos como una pareja completamente enamorada.

Aunque, claro, eso era solo una forma de hablar. No una realidad.

Entonces recordé algo que no le había comentado porque habíamos estado demasiado ocupados follando como dos conejos. Me separé apenas de sus labios y cambié de tema.

—Antes de que se me olvide, ¿te acordaste del evento al que tendremos que ir en Nueva York?

Asintió con un brillo diferente en los ojos.

—Sí. De hecho, hoy salí un poco antes del trabajo para comprar mi vestido.

Arqueé una ceja, más interesado de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Interesante. Entonces, ¿qué tal si te lo pruebas para que vea si lo apruebo?

Negó con la cabeza mientras volvía a morderse el labio.

—Será una sorpresa, ¿recuerdas? Me invitaste a un evento. Quiero causar impacto cuando entre, no antes.

—A este paso me vas a provocar un infarto prematuro —murmuré con dramatismo.

Ella me dio un beso rápido.

—Eres médico. Convives con el sufrimiento todos los días. Tu corazón lo soportará.

Puse los ojos en blanco.

—Qué mala eres.

—Todavía no has visto nada. Ahora voy a volver al expediente porque mañana no puedo quedarme dormida.

—Algo que siempre te pasa.

Ella puso los ojos en blanco, aunque una sonrisa seguía dibujándose en sus labios.

—¿Y qué culpa tengo de que me guste dormir más de la cuenta?

—Ninguna.

Aquella sensación de ligereza parecía cada vez más presente en mi pecho, como parte de la rutina que se estaba formando entre nosotros con una naturalidad desconcertante.

Después de otro beso cargado de deseo, y aunque tenía unas ganas brutales de seguir exactamente donde lo habíamos dejado, no podía distraerla. Además, yo también necesitaba concentrarme en la cirugía. Sobre todo porque el cansancio empezaba a pasarme factura después de tanto tiempo durmiendo mal.

Ella volvió a su lugar y yo hice lo mismo.

Y regresamos a nuestro trabajo.

Empecé a dibujar en mi tableta digital diagramas de la médula espinal. Dividí distintas zonas por colores, estudié distancias seguras para la cauterización, los tipos de electrodos que tendría que solicitar y, sobre todo, cómo evitar que el calor se propagara hacia tejidos sanos.

La paciente no podía perder sensibilidad.

No podía perder movilidad.

Solo el dolor.

La técnica que planeaba era extremadamente invasiva. Quemaría terminaciones nerviosas cercanas a la raíz sin

comprometer las vías motoras y requería una precisión milimétrica.

Respiré hondo mientras el cansancio me golpeaba con fuerza y seguí trabajando.

Volví a dibujar el recorrido de los quistes y marqué en rojo los principales puntos de activación de los impulsos nerviosos. Necesitaba mapear lo que las pruebas no mostraban con claridad. Era como intentar desactivar una bomba sin saber dónde estaban todos los cables.

Chloe habló sin apartar la vista del portátil.

—¿Siempre te pones así antes de una cirugía complicada?

Levanté la mirada. Seguía concentrada en la pantalla, aunque parecía genuinamente curiosa.

—¿Así cómo?

—Silencioso. Obsesivo. Hasta te brillan los ojos, como si estuvieras intentando descifrar un código secreto.

Sonreí al descubrir que alguien me estaba observando en lugar de trabajar.

—Supongo que sí. Es algo parecido a un código secreto. Cada paciente tiene el suyo. Y a veces descifrarlo es la única oportunidad que tenemos de resolver su caso.

Asintió y siguió escribiendo, aunque antes comentó con suavidad:

—También te ves muy guapo cuando estás concentrado. Y bastante sexy.

Se quedó en silencio un segundo. Yo seguí observándola porque intuía que aún no había terminado.

—Y hace que te respete más, ¿sabes?

—¿Cómo es eso? —pregunté con curiosidad.

—La forma en que estás dispuesto a cambiar la historia de esta paciente es preciosa. La manera en que asumes la responsabilidad. No parece que quieras correr riesgos por ego, sino porque no soportas ver cómo alguien es descartado. Igual que pasó con todo lo

que vivió Mel. Eso forma parte de ti, de quién eres. Y me gusta comprobar que ni tu posición ni tu prestigio han cambiado a la persona que llevas dentro.

Tragué saliva, poco acostumbrado a recibir semejante avalancha de elogios por su parte. Pero también me hizo darme cuenta de lo bien que me conocía.

—¿Y tú? —pregunté mirando la pantalla de su portátil—. ¿En qué estás trabajando exactamente?

Sabía que tenía una audiencia, pero no habíamos hablado de los detalles.

—En una demanda por negligencia médica. Un cirujano ignoró varias alertas de alergia registradas en la historia clínica y el paciente sufrió una parada cardiorrespiratoria por culpa de la anestesia. Después, el equipo intentó encubrirlo.

Asentí con pesar.

—¿Necesitas ayuda con la terminología médica?

—Solo si me bloqueo. Pero, por ahora, estoy revisando los informes y tratando de no arrancarme el pelo de la rabia.

—Entonces los dos estamos intentando salvar a alguien, aunque de maneras diferentes.

Giró el rostro hacia mí y nuestras miradas se encontraron durante unos segundos.

Aquella era nuestra rutina. Extraña, silenciosa y cómplice.

Mientras yo diseñaba estrategias para intervenir en lo invisible dentro de un cuerpo humano, ella tejía palabras con la misma precisión para herir o salvar mediante argumentos. Los dos hacíamos cirugías. Solo que de formas distintas.

Le acaricié la rodilla y le di un beso suave.

—Voy a revisar las pruebas una vez más. Mañana quiero organizarlo todo, terminar la presentación del plan que estoy preparando y hablar con el equipo al día siguiente.

Ella asintió.

—Yo me quedaré despierta un rato más. Solo necesito terminar una parte.

Abrí una nueva imagen de la médula en la tableta y empecé a superponer todas mis anotaciones para construir una estrategia definitiva.

Y, aun en silencio, con ella al otro lado de la habitación, me sentía increíblemente acompañado.

Lo mejor de estar con Chloe era eso.

No ocupaba espacio.

Lo llenaba.

Como si ambos hubiéramos nacido para llenar los vacíos del otro.



La sala de reuniones del área quirúrgica permanecía en silencio, salvo por el sonido de mi tableta conectada al proyector, que mostraba imágenes detalladas de la médula espinal segmentada por capas, anotaciones y zonas de riesgo marcadas con precisión mediante distintos colores.

—El caso es poco común —comencé—. Una epilepsia espinal secundaria y una lesión traumática en el plexo braquial. El dolor neuropático se manifiesta mediante impulsos continuos y, durante los últimos meses, se han desarrollado quistes a lo largo de los nervios afectados. La paciente vive con descargas intensas a diario. Ningún otro tratamiento ha resultado eficaz.

Presenté las pruebas, expliqué la estrategia, mostré las simulaciones y los riesgos. Señalé el abordaje mínimamente invasivo con ayuda de termocoagulación por radiofrecuencia guiada por imagen. Quemaríamos las terminaciones seleccionadas que transmiten la señal del dolor sin comprometer las vías motoras ni sensitivas sanas.

—Sé que no es una técnica estándar. Pero tenemos los recursos. Y, sobre todo, tenemos la obligación de intentarlo.

Silencio.

El doctor Thomas, actual jefe de cirugía, observaba fijamente la pantalla. El doctor James Sloan, director general del hospital, mantenía los brazos cruzados y la mandíbula tensa, como siempre, aunque sus ojos reflejaban una atención absoluta. Detrás de ellos, el doctor Cole Smith, el médico que competía conmigo por el puesto de jefe de cirugía, observaba con su habitual expresión fría, como si estuviera calculando cuánto prestigio podía perder con todo aquello. Aun así, intenté no prestarle demasiada atención. Necesitaría participar en la intervención por si surgía alguna complicación cardíaca inesperada.

Cuando terminé, cerré la tableta y los miré a todos con tranquilidad.

Thomas fue el primero en hablar:

—Es un enfoque audaz. Altamente arriesgado. Pero... hace falta audacia para cambiar las reglas del juego. Aun siendo uno de los mejores neurocirujanos del país, necesito estar seguro de que puedes llevar a cabo esta cirugía.

Comprendí su cautela. Si algo salía mal, no solo podría arruinar mi carrera; el hospital también tendría que enfrentarse a una demanda.

Lo miré y arqueé una ceja.

—¿Lo dices en serio? —pregunté con ironía, sin preocuparme por parecer arrogante—. Jamás pondría en riesgo a la paciente, mi carrera y la reputación del hospital si no estuviera convencido de que puedo hacerlo.

Asintió lentamente y sus hombros se relajaron al comprender que aquello no tenía nada que ver con el prestigio o el reconocimiento.

Poco después, cuando los demás comenzaron a abandonar la sala, Sloan se acercó. Apoyó una mano sobre mi hombro y habló sin

apartar la mirada:

—Si esta cirugía tiene éxito, marcará un antes y un después. No solo para la paciente, sino también para la reputación del hospital. Intervenciones como esta colocan el nombre de un equipo en el radar mundial.

Una mezcla de tensión y adrenalina recorrió mis venas, pero mantuve la confianza por encima de todo.

—Saldrá bien —respondí con convicción.

El doctor Sloan esbozó una leve sonrisa. De esas que rara vez mostraba.

—Eso es exactamente lo que diría un jefe de cirugía.

No respondí. Simplemente asentí, sintiendo el peso de la responsabilidad firmemente instalado sobre mis hombros.



La cirugía comenzó a las siete de la mañana. La paciente ya estaba sedada y el quirófano ocupado por mi equipo principal, dos asistentes y un anestesista que me había encargado elegir personalmente.

Los primeros pasos transcurrieron sin problemas: la introducción de la aguja de radiofrecuencia, el posicionamiento mediante fluoroscopia y el mapeo de las terminaciones nerviosas.

Pero entonces llegó el contratiempo que ningún cirujano quiere enfrentar en mitad de una operación de altísimo riesgo.

Uno de los electrodos presentó una interferencia repentina, oscilando en el monitor con ruido inestable. La señal parecía contaminada. Inservible.

Sentí que el estómago se me hundía por un instante.

Había que sustituirlo de inmediato.

El tiempo pareció encogerse a mi alrededor. Cada segundo de indecisión aumentaba el riesgo de edema medular. Respiré hondo y mantuve la voz firme al dirigirme al equipo:

—Un electrodo nuevo. Ahora.

El equipo reaccionó con precisión, pero la tensión en la sala era palpable, cargada de un silencio opresivo. Todos lo sabían: el punto que estábamos a punto de recalibrar era demasiado delicado. La cauterización tendría que ajustarse. Un solo grado de desviación y cruzaría la línea de la raíz motora.

Un error.

Un único cálculo milimétrico equivocado y la paciente despertaría con una parálisis parcial o total en el brazo izquierdo.

No podía permitirlo.

No después de haber llegado tan lejos.

—Dos milímetros más... alto. Detente. Gira treinta grados. Ahora, activa —indiqué con voz baja, pero afilada como una cuchilla.

El bisturí de radiofrecuencia liberó el haz cauterizador y el sonido agudo llenó el aire. No aparté la vista del campo quirúrgico ni un solo segundo. El sudor resbalaba por mis sienes, abrasador, a pesar de que la sala permanecía a dieciocho grados. La tensión me quemaba la piel.

Los minutos se estiraban como horas.

Y las horas parecían una eternidad comprimida en cada milímetro de nervio cauterizado.

Cada haz tratado exigía un nuevo mapeo, una nueva evaluación de las respuestas sensitivas de la médula y una nueva confirmación de que seguía avanzando por el camino correcto.

Mis manos permanecían firmes, pero el pecho me pesaba como si estuviera cargado de plomo.

Otro segmento cauterizado.

Silencio.

El monitor seguía estable.

Incrédulo, revisé el panel una vez más. El sistema ya no detectaba impulsos en los receptores del dolor de la zona afectada. Ninguna reverberación eléctrica. Ninguna hiperactividad patológica.

Mi pecho se relajó al instante y una amplia sonrisa se abrió paso en mi rostro al comprender que lo habíamos conseguido.

El alivio inundó cada rincón de mi cuerpo.

Solté el aire que ni siquiera había notado que estaba reteniendo y levanté la mirada hacia el equipo.

—Podéis cerrar —anuncié con la voz ronca. Sentí cómo mis pulmones por fin se expandían por completo—. Lo hemos conseguido.

Fue evidente cómo el peso parecía desaparecer también de los hombros de los demás.

Levanté la vista hacia la sala de observación, desde donde algunos residentes y médicos seguían la intervención. Allí estaban el doctor Thomas y el doctor Sloan. Ambos asentían en señal de felicitación y con una expresión que reflejaba cierto orgullo.

Miré el reloj cuando terminamos de cerrar a la paciente y me di cuenta de que llevaba casi doce horas de pie. La tensión acumulada en mi cuerpo comenzaba a pasar factura.

Me reuní con ella poco después de que despertara.

Seguía aturdida, con los ojos pesados, pero consciente.

Acercué una silla a su cama y me senté a su lado. Luego le rocé suavemente la muñeca.

—¿Puedes oírme?

Asintió con un pequeño esfuerzo.

—¿L-lo consiguió, doctor? —preguntó con la voz débil por efecto de la anestesia.

Le dediqué una sonrisa.

—¿Puedes mover el brazo?

Lo movió. Tembló ligeramente, pero respondió a la orden.

Mis hombros se relajaron al instante.

—Entonces sí, lo conseguí —respondí, completamente aliviado —. Se acabó ese dolor. Y los episodios de convulsiones también han terminado. Ha sido un éxito.

Sus ojos se llenaron de lágrimas en cuanto comprendió el significado de mis palabras.

La mano que descansaba junto a ella buscó la mía y tiró de mí hasta envolverme en un abrazo mientras rompía a llorar.

La observé mientras las lágrimas caían sin control.

Era un llanto silencioso.

Profundo.

El llanto de alguien a quien le habían devuelto la vida.

Apreté su mano mientras la sostenía con ambas y sentí una oleada de gratitud invadirme como pocas veces había experimentado.

No era orgullo.

Era alivio.

Era saber que, ese día, no había fallado.

Y fue entonces cuando comprendí que ningún reconocimiento, ningún título ni ninguna promoción podrían superar jamás lo que significaba darle una nueva oportunidad a alguien que ya había perdido todas las suyas.



La puerta del apartamento se abrió con un leve chasquido y el aroma familiar del lugar me envolvió como un abrazo silencioso. La suave luz de la lámpara del salón iluminaba a Chloe, recostada en el sofá. Las gafas se deslizaban por su nariz, varios documentos estaban esparcidos sobre la mesa de centro y un código civil abierto descansaba sobre su regazo. Murmuraba algo para sí misma, como si estuviera ensayando argumentos.

Dejé las llaves sobre la encimera, me quité la chaqueta despacio y no esperé a que notara mi presencia. Crucé la sala con un impulso que ni siquiera intenté contener y la atraje a mis brazos sin previo aviso.

Se sobresaltó y dejó escapar un pequeño grito ahogado antes de que nuestros labios chocaran. Fue un beso intenso, firme, cargado de todo el alivio y la adrenalina que todavía corrían bajo mi piel. Ella respondió con la misma intensidad y luego se apartó apenas lo suficiente para mirarme a los ojos con aquella sonrisa torcida y curiosa.

—¿Es por la cirugía? ¿Significa que todo salió bien? ¿Lo conseguiste?

Mi sonrisa se ensanchó, imposible de contener. Pero antes de responderle, apoyé mi frente contra la suya y susurré:

—También. Pero... te echaba de menos.

Se derritió entre mis brazos. Literalmente. Lo vi en sus ojos, en la forma en que sus hombros se relajaron, en aquella pequeña risa tímida que escapó de sus labios. Intentó disimular el efecto mordiéndose el interior de la mejilla.

—¿Y la cirugía? —insistió—. ¿Salió bien? Deja de crear suspense, Liam.

Bajé la cabeza y solté una breve carcajada.

—Claro que sí —respondí—. Conocía los riesgos, no soy un dios... pero lo conseguí, pelirroja. ¡Lo conseguí, joder!

Ella soltó una exclamación de felicidad y me rodeó el cuello con los brazos. Antes de que pudiera decir algo más, levanté su ligero cuerpo sobre mi regazo y la besé de nuevo. No había nada comparable a la sensación de su risa mezclándose con mi beso. En ese instante sentí que la victoria era completa, porque no podía imaginarme celebrando un momento tan importante en ningún otro lugar si no era con ella.

Cuando nuestros labios finalmente se separaron, hablé sin apartarla de mi regazo:

—Ve a arreglarte. Vamos a salir a cenar. Solo nosotros dos. Sin libros, sin Freddie, sin guardias, sin argumentos jurídicos.

Su sonrisa se amplió y apoyó la cabeza sobre mi hombro con un suspiro teatral.

—Mmm. Eso suena más a una cita de verdad, doctor Walker, que a una cena entre dos personas que mantienen una relación falsa —bromeó.

Sin embargo, algo en su tono me hizo comprender que, aunque nunca hubiéramos puesto nombre a lo que vivíamos, aquello ya no tenía nada de falso. En algún momento había dejado de ser una mentira.

—Para mí no podría ser más real, preciosa —respondí con sinceridad.

Sus ojos brillaron con una mezcla de ilusión y expectativa.

Y una ligera inquietud me atravesó el pecho.

—¿Y para ti? ¿También es real? —pregunté.

Solo esperaba que mi instinto sobre lo que habíamos estado viviendo con tanta intensidad durante las últimas semanas no hubiera cambiado únicamente para mí.

Permaneció en silencio durante unos segundos que se sintieron como una auténtica tortura. Se mordió el labio inferior y respondió con el rostro muy cerca del mío:

—Más real imposible.

Mis hombros se relajaron de inmediato y volví a unir nuestros labios.

—Entonces, ¿es una celebración oficial, doctor Walker? —preguntó.

Asentí.

—Es una celebración para toda la vida, al menos por mi parte —respondí con la voz ronca, sintiendo el corazón completamente desbocado ante la simple posibilidad de lo que realmente estábamos empezando.

La dejé en el suelo. Se apartó unos pasos, de frente a mí, y antes de que pudiera preguntarle qué estaba haciendo, se quitó la camiseta por encima de la cabeza y me la lanzó.

Me quedé inmóvil.

Completamente desnuda.

Tragué saliva mientras notaba cómo mi cuerpo reaccionaba de inmediato y mi mirada recorría cada una de las curvas que conocía tan bien.

Condenadamente hermosa.

Todavía riéndose de mi expresión, avanzó hacia el dormitorio y me miró por encima del hombro.

—Entonces creo que será mejor que empecemos nuestra celebración ahora mismo, ¿no cree, doctor Depravado? —preguntó con evidente malicia.

Se giró para mirarme de frente, sosteniendo sus pechos entre las manos mientras se humedecía los labios con un gesto provocador.

Aquella mujer iba a acabar conmigo. Y, joder, cuánto deseaba que lo hiciera.

Empecé a desabrocharme la camisa mientras me quitaba las zapatillas al mismo tiempo.

—Solo si es ahora mismo —contesté.

Corrí hacia ella y Chloe hizo exactamente lo mismo en dirección al dormitorio, incapaz de contener su entusiasmo.

Por primera vez en mucho tiempo, lo mejor de mi vida ya no estaba únicamente en el hospital.

Estaba con ella.

Y lo más curioso de todo era que aquella idea no me asustaba en absoluto. Al contrario. Sentía que era exactamente lo que había querido todo ese tiempo, aunque no hubiera sido consciente de ello hasta ese momento.

CAPÍTULO 34
CHLOE DAVIS

La sala de reuniones se iba vaciando poco a poco mientras recogía mis papeles y los guardaba dentro de la carpeta de cuero. Suspiré y me recosté en la silla por un instante, dejando que mi cuerpo se relajara después de otra mañana intensa de reuniones y cláusulas que discutir.

Tomé el móvil de la mesa. La pantalla se iluminó y allí estaba nuestra foto.

Una sonrisa se escapó antes de que pudiera contenerla.

Era un selfi que nos habíamos hecho en el parque unos días atrás. Liam y yo, con los rostros pegados, el verde de los árboles de fondo y Freddie jadeando en la esquina inferior de la imagen mientras intentaba saltar sobre nosotros. Liam se estaba riendo, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás. Había quedado tan espontánea que me encantó, así que no pude resistirme a ponerla como fondo de pantalla.

La yema de mis dedos rozó la imagen y, sin querer, recordé el día en que me invitó a correr con él y Freddie una mañana de sábado. Pensé que no duraría más de una vez. Siempre había evitado cualquier actividad física siempre que podía, aunque supiera lo necesarias que eran. Pero acepté. Y, de alguna manera, allí estaba ahora, poniéndome las zapatillas a su lado cada mañana para recorrer el parque juntos. Lo más increíble era cómo mi energía se había renovado desde que adopté aquella rutina. Me sentía con mucha más disposición incluso antes de que empezara el día.

Sonreí aún más.

Liam tenía el don de sacarme de la rutina sin que me diera cuenta.

Mis pensamientos saltaron inevitablemente a una escena de tres días atrás y, solo con recordarla, otra sonrisa se adueñó de mi rostro.

Había entrado en el baño sin llamar, como ya era costumbre desde que nuestras rutinas comenzaron a mezclarse, y me quedé parada en el umbral, sorprendida. Liam estaba frente al lavabo, con la camisa abierta, dejando al descubierto su pecho amplio y definido, mientras las mangas remangadas revelaban unos antebrazos fuertes que me encantaban. Pero lo que más llamó mi atención fue lo que estaba haciendo. Con una concentración casi quirúrgica, mezclaba algo dentro de un pequeño frasco de cristal ámbar.

—¿Qué estás tramando ahí? —pregunté mientras me apoyaba ligeramente en el lavabo, con una sonrisa curiosa dibujándose en mis labios.

Levantó la vista hacia mí y me dedicó aquella sonrisa torcida que siempre conseguía derribar cualquier resistencia que me quedara.

—Mi antitranspirante —respondió con una naturalidad desconcertante.

Fruncí el ceño, confundida, y él se dio cuenta al instante. Claro que se dio cuenta. Por eso añadió con paciencia:

—Leche de magnesia, cinco gotas de aceite esencial de citronela y cinco de lavanda. Es más natural y no obstruye las glándulas sudoríparas. ¿Quieres probarlo?

La carcajada escapó antes de que pudiera contenerla. Eché la cabeza hacia atrás, incrédula, y negué con la cabeza.

—¿Fabricas tu propio desodorante, doctor?

Asintió como si estuviera describiendo el hecho más normal del mundo.

—Opero cerebros, pelirroja. Esto es facilísimo.

Me quedé boquiabierta. La admiración y el asombro se mezclaban de una forma casi infantil.

—Pero... ¿de verdad funciona? —pregunté sin ocultar mis dudas.

Arqueó una ceja y me lanzó una mirada de quien llevaba años ganando aquella discusión.

—¿Alguna vez me has visto oler mal?

Crucé los brazos y puse los ojos en blanco, completamente rendida. Negué con la cabeza mientras una media sonrisa escapaba de mis labios.

—Pues ahí tienes la respuesta. Solo no lo sabías porque es ahora, desde que nos hemos acercado más, cuando se me ha terminado y he tenido que preparar más.

Seguí observándolo, fascinada, mientras vertía la mezcla en el envase de roll-on con una precisión impecable. Añadió unas gotas de aceite esencial de citronela y otras tantas de lavanda.

Así que era eso.

Por eso, cada vez que pasaba deprisa junto a mí o cuando me ponía sus camisetas enormes durante el fin de semana, aquel suave aroma a citronela me envolvía de una manera extrañamente reconfortante.

—Si quieres, te preparo uno. Al menos reducirás las probabilidades de tener cáncer —sugirió con naturalidad, sin apartar la vista del frasco.

Lo observé con más atención.

—Hay muchas otras cosas que pueden provocar cáncer —repliqué, porque sabía que el aluminio era solo una de tantas cuestiones.

Asintió.

—Sí. Pero si podemos evitar ciertas cosas, ¿por qué seguir perjudicándonos? Además, es algo accesible. Lo que pasa es que la mayoría de la gente ni siquiera lo conoce.

Asentí lentamente mientras todas las piezas comenzaban a encajar.

Respiré hondo.

Durante unos segundos dudé si preguntárselo o no.

Al final me arriesgué.

—Liam... ¿eres hipocondríaco?

No era médica, pero tampoco hacía falta serlo.

Era evidente.

Desde que convivíamos más, las señales estaban por todas partes: el reloj que monitorizaba constantemente sus pulsaciones; su alimentación estricta, sin gluten, sin azúcar y sin lácteos; los entrenamientos diarios; su negativa a tomar medicamentos innecesarios, siempre optando por infusiones, aceites, propóleo...

Aquello iba mucho más allá de cuidarse.

Era una vigilancia constante e incansable sobre su propio cuerpo.

Permaneció inmóvil durante un instante. Su mandíbula se tensó antes de soltar el aire lentamente, resignado.

—Sí. Soy hipocondríaco.

El silencio que siguió fue denso, pero no evitó el tema.

—Estuve en tratamiento durante algunos meses. Ahora estoy mucho mejor. Pero hay cosas a las que no renuncio. Cuidar de mi salud es una de ellas.

Se pasó una mano por el cabello, visiblemente tenso, aunque siguió hablando con honestidad.

—Después de ver lo que la alimentación, los medicamentos e incluso los malditos plásticos pueden hacerle al cuerpo de una persona... ya no eres capaz de ignorarlo. Lo veo todos los días. Así que, si puedo evitar algo, lo evito. Es la forma que encontré de controlar esa voz que me susurra que puedo morir de cáncer o de cualquier enfermedad que destruya mi cuerpo simplemente porque decidí ignorar lo que ya sé.

Tragué saliva.

Su vulnerabilidad me atravesó de lleno.

—Tienes razón. Y siendo médico, imagino que eso pesa el triple sobre tu conciencia —murmuré—. Aunque también he conocido a

muchos otros que no se preocupan lo más mínimo por todo esto.

Asintió sin apartar de mí sus ojos color avellana.

—Exacto. Hay quienes prefieren ignorarlo y quedarse con lo más fácil. Pero yo no soy así. Soy cirujano. Y aunque sea neurocirujano, he participado en innumerables operaciones como apoyo. He visto tumores cerebrales que empezaron como un cáncer de estómago porque la persona pasó toda la vida alimentándose mal. No culpo a mis pacientes. La industria alimentaria vuelve adicta a la gente y, cuando se dan cuenta, ya son prisioneros de un ciclo del que es muy difícil salir. Además, ¿recuerdas cómo estaba Andrew hace dos años?

Asentí.

—Entonces también viste la diferencia que hubo en su vida desde que Bry siguió mis recomendaciones y le puso una alimentación adecuada, junto con todo lo demás. Su vida cambió. La alimentación es una herramienta poderosa. Es una pena que tanta gente no crea en ello.

Solté un pequeño gruñido de frustración.

Sabía que tenía razón.

Y también sabía lo fácil que era ceder.

—No es fácil, lo sé. Yo soy de las que adoran la comida basura —confesé, algo avergonzada—. Pero ahora tengo a alguien que me inspira a mejorar. Quiero intentarlo. Quiero seguirte el ritmo.

La sonrisa que me regaló fue de esas que te calientan el pecho por dentro. Una sonrisa sincera.

Silenciosa. Y capaz de hacer tropezar mi corazón. Me acerqué, me puse de puntillas y deposité un beso suave sobre sus labios mientras rodeaba su cuello con los brazos.

Él cuidaba de mí sin darse cuenta.

Y yo, sin darme cuenta, también quería cuidar de él.

Puse los ojos en blanco al recordar aquella escena, aunque seguía sonriendo. La ligereza que Liam aportaba a mis días era sutil,

pero constante. Y cada vez era más consciente de lo bien que me hacía sentir.

El móvil vibró entre mis manos con una notificación discreta.

Miré la hora.

Mi estómago se tensó al instante.

La cita con el neurólogo.

Era al final de la tarde. Una cita antigua, en realidad. De antes de que las cosas cambiaran entre Liam y yo. Antes de que se convirtiera en una presencia tan constante y viva en mi vida.

No se lo había comentado.

No porque quisiera ocultárselo, sino porque aquella cita ya se había pospuesto tantas veces que preferí no decir nada. Además, con su lado sobreprotector e hipocondríaco, era capaz de preocuparse por cosas que no tenían importancia. Así que lo dejé estar.

Además, las migrañas habían mejorado gracias a los aceites esenciales que me había preparado. Una mezcla propia de menta y lavanda que me aplicaba en las sienes cuando comenzaba el dolor y que había funcionado sorprendentemente bien. Y, según él, mi alimentación también estaba ayudando, ahora que Fran, la cocinera que preparaba las comidas tanto para él como para mí, se encargaba de ello.

Aun así, sería bueno contar con una evaluación médica actualizada.
Lo sabía.

Solté el aire despacio y relajé los hombros.

Después de la consulta tendría que volver al trabajo. Tampoco vería a Liam aquella noche porque estaría de guardia. Necesitaba adelantar algunas cosas, ya que al día siguiente viajaríamos a Nueva York. Él pasaría a recogerme allí, traería mi maleta —que dejaría preparada de antemano— y nos iríamos directamente al aeropuerto.

El evento sería el sábado y saldríamos el viernes por la tarde.

No podría trabajar durante el viaje, así que lo mejor sería dejarlo todo organizado antes.

Volví a deslizar el pulgar por la pantalla y me detuve en la sonrisa de Liam.

Mi pecho se calentó.



En cuanto salí de la oficina aquella tarde, el cielo empezaba a teñirse de tonos dorados. Caminé hasta la clínica con tranquilidad, ligera y despreocupada. Estaba bien. Las crisis de migraña habían disminuido de forma significativa, casi habían desaparecido durante las últimas semanas, y una parte de mí incluso pensaba que era exagerado mantener la cita. Pero, como el médico ya tenía todos mis exámenes, me pareció mejor no seguir posponiéndola.

Mientras esperaba en la recepción, me acomodé en un sillón tapizado de lino y llamé a Mel.

—¿Cómo estás, desaparecida? —La voz de mi amiga sonó animada al otro lado de la línea.

—Estoy bien, la verdad. Aquí, esperando una consulta con el neurólogo.

Soltó una risita nasal y enseguida imaginé el motivo.

—¿Qué pasa?

—Es gracioso que pidas cita con un médico cuando tienes uno en casa todos los días.

—Lo sé, amiga. Pero como ya empecé el tratamiento con él, pensé que era mejor venir al menos para revisar los resultados. Además, el laboratorio le envió los exámenes directamente. Después me los llevaré a casa y probablemente no tenga que volver por aquí.

—¿Y las migrañas? ¿Han mejorado?

Suspiré, sintiendo una cálida sensación por dentro.

—Muchísimo, ¿te lo puedes creer? Ni siquiera recuerdo la última vez que necesité tomar algo para el dolor. Creo que todos esos aceites, la comida saludable e incluso las carreras con Liam y Freddie han hecho milagros —comenté con ligereza.

Mel se rio.

—Mira nada más. Mi cuñado haciendo milagros incluso fuera del hospital. Quién lo habría dicho.

Antes de que pudiera responder, la recepcionista apareció en la puerta con una sonrisa profesional.

—¿Señora Davis? El doctor Matthew Collins puede recibirla ya.

—Tengo que colgar, Mel. Luego te llamo.

Me despedí y terminé la llamada.

Me levanté con naturalidad y recorrí el pasillo revestido de madera clara hasta la consulta. El doctor Collins, un hombre de mediana edad, de rasgos amables y mirada atenta, se puso en pie detrás de su escritorio y me saludó con un apretón de manos firme y cordial.

—Buenas tardes, Chloe. ¿Cómo se ha sentido?

—Mucho mejor, doctor. Para ser sincera, casi cancelé la cita de lo bien que me he encontrado últimamente.

Sonreí mientras acomodaba el bolso sobre mi regazo al sentarme frente a él y le conté algunos de los consejos que Liam me había dado. Él sonrió satisfecho, especialmente porque conocía a mi novio.

Me devolvió la sonrisa.

—Me alegra oír eso. Es bueno saber que el tratamiento natural está dando resultado.

—Sí. Los aceites, la alimentación... todo eso me ha ayudado muchísimo. Solo he tenido una o dos crisis leves en las últimas semanas.

Asintió con satisfacción.

—Excelente. Aun así, voy a recetarle un medicamento preventivo. No necesita tomarlo ahora, pero si nota que los dolores aumentan, ya lo tendrá a mano.

Mientras hablaba, tomó mi carpeta de exámenes y comenzó a revisarla con la misma calma de siempre.

Yo me recosté en la silla, relajada.

No esperaba ninguna sorpresa.

Ya estaba pensando en la maleta que tendría que preparar aquella noche para el viaje con Liam al día siguiente.

Pero entonces...

Algo cambió.

El movimiento de sus manos se ralentizó. Sus ojos, antes serenos, se fruncieron apenas. Una arruga de preocupación apareció entre sus cejas. Pareció sostener uno de los exámenes durante más tiempo del necesario, con la mirada fija en un punto concreto de la imagen.

Mi espalda se tensó automáticamente.

—¿Doctor? —lo llamé.

Mi voz sonó tranquila, pero una sensación extraña empezó a envolverme, como si un frío silencioso comenzara a extenderse por mi estómago.

No respondió de inmediato.

Dejó los papeles sobre el escritorio con cuidado, se quitó las gafas con un movimiento lento y permaneció unos segundos sosteniéndolas entre los dedos, como si necesitara tiempo para escoger las palabras adecuadas.

Cuando levantó la vista hacia mí, lo vi. La mirada que nadie quiere recibir de un médico. La preocupación contenida. La vacilación. El peso de algo difícil.

Mi corazón comenzó a acelerarse.

—Chloe... —respiró hondo, con expresión grave, y apoyó los antebrazos sobre el escritorio mientras se inclinaba ligeramente

hacia delante—. He encontrado algo en tu examen.

El suelo pareció desaparecer bajo mis pies, a pesar de que seguía sentada. Un zumbido empezó a llenar mis oídos.

—¿Algo...? ¿Qué quiere decir? —Mi voz salió débil y ronca.

Se humedeció los labios y bajó la mirada un instante antes de volver a mirarme.

La palabra quedó suspendida en el aire. Pesada. Cruel. Irrefutable. Mi mundo se congeló.

Tumor.

¿Tenía un tumor?

Sin embargo, el doctor Collins volvió a hablar y no supe si sentir alivio o más miedo al escuchar su diagnóstico.

—Chloe, el examen muestra una pequeña dilatación focal de aspecto sacular en la arteria comunicante anterior. Mide aproximadamente 4,5 por 4,3 milímetros.

—¿Qué significa eso? —pregunté, inquieta.

—Significa que tienes un aneurisma cerebral, Chloe.

Las palabras del doctor Matthew Collins flotaron en el aire como si se resistieran a posarse sobre mí, pero lo hicieron. Pesaron. Echaron raíces. Parpadeé varias veces, intentando procesar lo que acababa de decirme.

¿Dilatación? ¿Arteria? ¿Aneurisma?

La boca se me secó. La nuca comenzó a palpitar y tuve la sensación de que todo el oxígeno de aquella sala había sido absorbido hacia algún lugar inalcanzable.

Tragué saliva sin sentir realmente que mi garganta respondiera.

—¿Me está diciendo que yo...? —Mi voz se quebró, ronca y temblorosa. Apreté las manos contra mis rodillas, con los dedos casi entumecidos—. ¿Que tengo una bomba de relojería dentro de la cabeza?

Mis ojos buscaron los suyos. No había prisa. Ni alarma. Pero sí seriedad, cautela y un peso evidente en sus facciones.

El doctor Collins respiró profundamente y asintió despacio.

—Sí, Chloe. Dicho de otra manera... exactamente eso.

La palabra explotó dentro de mi mente como un trueno.

Aneurisma.

El tiempo se detuvo. El sonido del reloj de la pared desapareció. Las luces parecieron perder intensidad. El espacio entre el médico y yo se convirtió en un vacío indefinido, como si una niebla espesa hubiera descendido a mi alrededor. Ya no escuchaba nada salvo el latido descompasado de mi propio corazón.

Tum. Tum. Tum. Tum.

—Sé que es muy difícil escuchar algo así —su voz atravesó la niebla con una calma profesional—, pero necesito que entiendas que la buena noticia, si es que podemos llamarla así, es que lo hemos descubierto antes de que aparezca cualquier complicación. La mayoría de las muertes por aneurisma ocurren precisamente porque las personas desconocen que lo tienen. Y cuando se rompe...

Titubeó apenas un segundo.

—La mayoría de las veces ni siquiera llegan al hospital.

Volví a parpadear. Intenté tomar aire, pero parecía haber desaparecido de mis pulmones. Mis hombros cedieron apenas unos centímetros hacia delante. Un zumbido persistente se instaló en mis oídos, haciendo que su voz sonara cada vez más distante.

Continuó hablando con una serenidad firme.

—Por el tamaño y por tu edad, Chloe, no recomiendo una cirugía en este momento. La localización de la dilatación es delicada. No podemos tratarla mediante catéter. Para intervenir tendríamos que abrir el cráneo y, con un aneurisma pequeño y estable como el tuyo, esa operación te expondría a un riesgo innecesario. Lo más seguro es realizar controles periódicos y adoptar medidas para evitar aumentos de presión y otros factores de riesgo.

Lo escuchaba. O, al menos, una parte de mí sabía que seguía hablando, porque todo lo que resonaba en mi cabeza era una avalancha de imágenes y emociones en estado puro.

La sonrisa de Liam en aquella selfie del parque. Las mañanas en las que me despertaba con un beso y me esperaba junto a Freddie para salir a correr. Su perfume cítrico impregnado en mi almohada. La forma en que me miraba, como si yo fuera alguien segura, estable, llena de vida.

¿Y ahora?

Ahora era un campo minado.

Mi mandíbula se tensó involuntariamente y llevé una mano a la frente, intentando contener la opresión creciente en mi pecho.

—Los dolores de cabeza... —alcancé a susurrar con voz quebrada—. ¿Son por esto?

El doctor Collins negó con firmeza.

—No. El aneurisma no provoca dolor. Si algún día llegara a provocarlo, sería un dolor repentino e intenso, el peor dolor de cabeza de tu vida. Eso indicaría que está a punto de romperse o que ya se ha roto. Pero no es tu caso. Los dolores que has sentido no están relacionados con esta lesión. Probablemente se debieran al cansancio, al ritmo de trabajo o incluso a algún alimento desencadenante. Lo que hemos encontrado es un hallazgo inesperado, pero extremadamente importante.

Cerré los ojos, intentando contener la ola de terror absoluto que amenazaba con devorarme. Era como estar al borde de un precipicio y que, de pronto, alguien te dijera que el suelo bajo tus pies era tan frágil como el cristal. Que podía romperse en cualquier momento. Y que caerías.

Siguió hablando de recomendaciones, controles futuros y cuidados. Pero apenas registré nada.

Tomé la receta, los informes y le di las gracias con un gesto mecánico. Después salí de la consulta como una marioneta a la que acababan de cortarle todos los hilos.



El camino de vuelta a casa fue una nebulosa. No recuerdo haber conducido. No recuerdo los semáforos ni las calles. Solo fui consciente de dónde estaba cuando aparqué en mi plaza del edificio y vi mi reflejo en el cristal del coche: pálida, con los ojos muy abiertos y las manos aferradas al volante como si fueran garras.

Subí al apartamento, dejé el bolso sobre el sofá y simplemente me quedé inmóvil. Las paredes parecían más blancas. El aire, más escaso. La vida... tan frágil. Tan precaria. Pendiendo de un hilo.

Me dejé caer en el sofá y me cubrí el rostro con las manos. El pecho me pesaba y la mente no dejaba de dar vueltas. Las imágenes de Liam aparecían sin control. Liam riéndose. Abrazándome en la cocina. Durmiendo a mi lado con el rostro sereno.

¿Y ahora? ¿Qué sería de nosotros?

Por fin había encontrado a alguien que valía la pena. Alguien que me hacía bien. Alguien que me hacía volver a soñar. Y ahora mi cuerpo escondía una condena invisible.

Sabía que ninguno de los dos había admitido lo que sentía. Ni el uno al otro. Tal vez ni siquiera a nosotros mismos. Pero eso no cambiaba el hecho de que, en el fondo, sabía que Liam había derribado las barreras inaccesibles de mi corazón y que un sentimiento que creí imposible volver a experimentar crecía poco a poco dentro de mí.

Pero ¿era justo alimentar esos sentimientos? ¿Sabiendo que Liam podía perderme en cualquier momento?

Las lágrimas no llegaron. Todavía no. Solo existían el silencio y el miedo absoluto.

No conseguía decidir si debía contárselo a Liam. Si debía hacerlo antes del viaje o esperar para decírselo más adelante.

La única certeza que martilleaba sin descanso en mi cabeza era una: llevaba una bomba dentro de mí. Y podía explotar en cualquier momento.

CAPÍTULO 35
CHLOE DAVIS

El día amaneció gris, pero dentro de mí parecía aún más nublado.

No sabía muy bien cómo había conseguido levantarme de la cama. La almohada parecía conservar las marcas del insomnio y la inquietud que me habían acompañado durante toda la noche. Pasé la madrugada despierta, con los ojos clavados en el techo, repasando cada palabra del doctor Collins como si rebobinar aquel momento pudiera cambiar el diagnóstico.

Aneurisma.

Tenía una bomba de relojería en la cabeza y no sabía cómo lidiar con ello.

Aparté aquel pensamiento con fuerza y me obligué a entrar en el ritmo del día. Me arreglé lo suficiente para impedir que los demás percibieran cómo me sentía realmente. Mi aspecto seguía intacto, pero mi alma estaba hecha añicos.

La oficina hervía de actividad, como siempre, pero yo me sentía desconectada, como si observara todo desde fuera. Sonreía por inercia, respondía correos, organizaba y estudiaba los expedientes necesarios, pero mi mente regresaba una y otra vez a la imagen borrosa de la resonancia y a la expresión grave del médico.

Tomé la decisión más práctica que fui capaz de tomar: no se lo contaría a nadie, al menos por el momento.

Ni a Mel, ni a mi hermana, y mucho menos a Liam. Necesitaba tiempo. Tiempo para entender qué hacer, para asimilar lo que tenía y lo que sería de mi vida a partir de ahora. No quería involucrar a nadie más en aquello. Al menos no todavía.

Sabía perfectamente que lo correcto sería correr hacia Liam y contarle todo lo que había ocurrido y lo que acababa de descubrir. Mejor que nadie, él podía ayudarme. Sin embargo, no podía hacerlo. Ya cargaba con sus propios problemas cada día y saber lo que me

ocurría podía agravar aún más su trastorno. Además, existía la posibilidad de que dejara de mirarme como siempre lo había hecho. Ya no sería «su pelirroja», sino «su paciente», y no estaba preparada para encontrar compasión en sus ojos. Mucho menos en los suyos.

Ya había anotado los nombres de dos especialistas de renombre para buscar una segunda e incluso una tercera opinión. Solo después, quizá, tomaría una decisión respecto a la cirugía.

Por ahora, lo más urgente era parecer normal.

En ese momento acabábamos de salir de una larga reunión con Paul. Como siempre, estaba impecable, seguro de sí mismo, con ese encanto calculado que meses atrás quizá me habría arrancado algún suspiro. Sin embargo, las cosas habían cambiado y todo lo que quería era mantenerme lejos de hombres como él.

Guardé la libreta en el bolso cuando sentí su mirada sobre mí, demasiado intensa para ser casual. En cuanto levanté la vista, me dedicó una sonrisa cargada de confianza.

—Chloe —su voz sonó baja y firme—, sé que estás ocupada y que este no es el lugar ideal para decir lo que necesito decir, pero ya no puedo seguir guardándomelo. —Mi cuerpo se tensó de inmediato, invadido por el temor de lo que pudiera venir después—. Pero... pensaba que quizá podríamos cenar algún día. O tomar algo. Algo sencillo. Sin prisas.

Apreté ligeramente la mandíbula y forcé una sonrisa contenida, sin el menor rastro de humor.

—Paul...

Él dio medio paso hacia delante, sin intentar disimular.

—Me interesaste desde la primera vez que te vi —confesó con una seguridad casi arrogante—. Y aunque sé que tienes novio, no soy de los que dejan pasar las oportunidades. Necesitaba que supieras lo que siento por si existiera la más mínima posibilidad...

Suspiré profundamente. Mi paciencia se estaba agotando a una velocidad alarmante.

—Sé que fuiste tú quien boicoteó aquella cena con el cliente el otro día —dije con firmeza, sin rodeos—. Y, sinceramente, no me gustó en absoluto. No admiro ese tipo de actitudes en un hombre. Y, para ser completamente sincera, estoy muy bien con Liam.

Su sonrisa vaciló, aunque se esforzó por mantener la compostura. Respiró hondo.

—Sé que lo que hice no estuvo bien y te pido disculpas por ello. Pero fue la única manera que encontré de pasar un momento contigo —admitió, encorvando ligeramente los hombros, como si realmente sintiera vergüenza por lo ocurrido. Y eso logró suavizar un poco la rabia que había sentido cuando me enteré.

—Desde luego, si querías conquistarme, fue una primera impresión desastrosa.

—Lo sé. Actué sin pensar. —Levantó el rostro y me miró con determinación—. Pero eso no cambia lo que quiero. Así que, si las cosas cambian algún día... —alzó las manos en señal de rendición, con una expresión entre cínica y esperanzada— aquí estaré. Esperándote.

Antes de que pudiera responder o simplemente darle la espalda, sentí una presencia familiar y sólida detrás de mí.

Primero me envolvió aquel aroma cítrico mezclado con citronela y lavanda. Después me giré y él ocupó por completo mi campo de visión.

Liam.

Su cabello parecía aún más despeinado, como si acabara de pasarse las manos por él. Llevaba una camisa blanca, con las mangas remangadas hasta los antebrazos, dejando al descubierto la piel bronceada y las venas marcadas. Unos pantalones negros perfectamente ajustados terminaban de resaltar sus largas piernas musculadas.

Pero no era solo su aspecto.

Era la forma en que me miraba.

La manera en que aparecía y conseguía que el mundo volviera a encajar en su sitio.

Una mezcla de añoranza y tristeza me golpeó con fuerza al pensar en todo lo que podía perder. Pero intenté apartar aquellos sentimientos. Necesitaba mantener la cabeza fría y tomar una decisión.

Se detuvo a mi lado y deslizó una mano hasta mi cintura. Sus dedos largos y firmes se acomodaron allí con una posesividad tranquila y absoluta. Una pequeña sonrisa apareció en mis labios.

Noté cómo su mandíbula tensa y su mirada poco amistosa alcanzaban a Paul como el filo de un bisturí.

—Paul... —dijo Liam con una sonrisa casi maquiavélica y una voz baja, afilada como una cuchilla—. ¿Por qué no te sientas a esperar?

Paul entrecerró los ojos, confundido por el comentario, y tuve que contener una carcajada.

¿Había entendido bien lo que acababa de insinuar?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Paul, más serio que hasta entonces.

La sonrisa cargada de malicia de Liam se amplió aún más. Por la forma posesiva en que apretó mi cintura, tuve la certeza de que había escuchado cada palabra de aquella conversación y de que nada bueno saldría para Paul.

—Solo te estoy dando un consejo. Acabas de declararte a mi novia —enfatizó el «mi» y mi corazón se saltó un latido—. Así que creo que será mejor que te sientes a esperar. Ya sabes... para que no te canses demasiado. —Su tono rebosaba ironía—. Porque, por lo que a mí respecta, las cosas entre Chloe y yo solo van a ponerse más serias.

Paul se quedó completamente desconcertado y no pude negar que disfruté cada una de aquellas palabras. Aunque no debería, una pequeña esperanza nació dentro de mí, como si quizá no todo estuviera perdido.

Liam apretó un poco más mi cintura y su pulgar rozó la tela de mi blusa. Un gesto simple, pero suficiente para dejar clara su posición.

La mirada de Paul osciló entre Liam y yo. Y comprendí que había entendido el mensaje. Perfectamente.

Liam se volvió hacia mí, ignorando a mi compañero con una eficacia admirable. Su expresión se suavizó al encontrar mis ojos y sentí cómo la tensión abandonaba mi cuerpo.

Sonrió de lado y preguntó con un tono juguetón que escondía un significado mucho más profundo:

—Cariño, ¿ya le has contado a Paul y a los demás que hemos empezado a vivir juntos?

La sonrisa apareció sin permiso. Una pequeña risa escapó de mis labios antes de que pudiera contenerla.

¿Cariño?

¿Hasta qué punto aquella pequeña palabra de seis letras, cargada de tantos significados, era verdad? Una parte de mí deseó que no la hubiera dicho solo para ahuyentar a Paul, sino porque, en el fondo, era así como realmente quería llamarme.

Respiré hondo y volví a centrarme en la otra parte de su pregunta.

¿Estábamos viviendo juntos?

Sí.

Aunque ninguno de los dos hubiera puesto nombre todavía a lo que éramos o a lo que estaba ocurriendo entre nosotros.

Y escucharlo decirlo delante de Paul, con la puerta abierta y la certeza de que, si me giraba, encontraría a Payton escuchando cada palabra, hizo que una sensación de satisfacción se expandiera por mi pecho. Porque sí, era un hecho. Los dos habíamos decidido vivir juntos sin siquiera hablarlo explícitamente.

Pero tienes una bomba de relojería en la cabeza.

Mi subconsciente me lo recordó con crueldad, como si quisiera derribar aquel castillo de arena que apenas empezaba a construir.

Pero no importaba.

No en ese momento.

Liam y yo viajaríamos a Nueva York y pensaba aprovechar cada segundo que pudiera junto a mi novio, aunque solo fueran unos pocos días. Después decidiría qué hacer. Porque, si seguíamos juntos, aquello no sería algo que pudiera ocultarle para siempre.

Tarde o temprano lo descubriría.

Aunque fuera el día de mi muerte.

Moví la cabeza y tragué saliva, con la voz atrapada por la angustia que me oprimía el pecho. Sin embargo, al mirarlo, sentí una extraña paz.

Como si él fuera el ancla capaz de impedir que me hundiera.

—Todavía no —respondí.

Su sonrisa se amplió y, sin importarle que Paul siguiera allí, se inclinó hacia mí y me besó con delicadeza. El calor de sus labios fue un contraste absoluto con el hielo que llevaba dentro y consiguió calmar un poco la tormenta que me consumía.

Necesitaba pensar y decidir qué hacer con la bomba que llevaba dentro de la cabeza. Pero, por un instante, solo por un instante... estar allí con él hizo que mi miedo guardara silencio.

No me importó aquella muestra de afecto en mi despacho, con mi compañero de trabajo a mi lado y la puerta abierta. Para ser sincera, nada más parecía importar. No sabía cuánto tiempo tendría con Liam ni si la vida sería amable conmigo después del regalo envenenado que acababa de darme. Lo único que tenía claro era que aquel hombre que me besaba con cariño, devoción y posesividad era lo único que realmente me importaba.

Escuché unos pasos firmes alejándose y deduje que eran los de Paul, pero ni siquiera eso consiguió separarnos. Echaba de menos a Liam. Había estado de guardia desde el día anterior y no lo había visto hasta entonces. Y aunque lo que más deseaba después de lo

que acababa de descubrir era refugiarme en sus brazos, al mismo tiempo no quería cambiar nada de lo que estábamos construyendo.

Cuando salí temprano para ir a trabajar, él todavía no había llegado a casa. En cuanto terminó su turno me llamó, pero yo estaba en una reunión y no pude responder. Después me envió un mensaje para avisarme de que dormiría un poco antes del viaje y que, antes de venir a recogerme, dejaría a Freddie en casa de Bry.

Había estado tan absorta en las reuniones que tuve que adelantar, hasta el punto de ni siquiera almorzar, que no me di cuenta de cómo había pasado el tiempo. Por eso su presencia me tomó completamente por sorpresa.

Nuestros labios se separaron y Liam me acarició el rostro con una ternura que nunca le había visto mostrar con ninguna otra mujer. Para terminar, depositó un beso casto sobre mis labios.

—¿Y eso a qué ha venido? —quise saber, con la voz ronca y el corazón latiéndome a toda velocidad.

Apareció su sonrisa ladeada, esa que dejaba ver un hoyuelo y que tanto me gustaba.

—Te echaba de menos —admitió, y mi corazón volvió a perder un latido—. Y también quería dejar claro que eres mía —añadió con los labios a apenas un centímetro de los míos.

Mi sonrisa se hizo más amplia.

—No sabía que fueras tan posesivo, doctor —lo provoqué mientras le acariciaba el cabello despeinado.

—Otra primera vez a tu lado, pelirroja.



Salimos del edificio juntos a primera hora de la tarde, con las manos entrelazadas.

Caminamos unos metros en silencio antes de sentir cómo la inquietud volvía a devorarme por dentro.

—Liam... —dije con la voz más baja de lo que pretendía.

Él giró el rostro hacia mí, atento como siempre, y respiré hondo.

—¿Recuerdas aquella cena...? La que dijiste que podía haber sido una trampa de Paul.

Sus ojos se estrecharon ligeramente y la tensión marcó su mandíbula. Asintió en silencio.

—Me quedé dándole vueltas a lo que dijiste. A lo que podría haber estado planeando. Payton me ayudó a investigar y descubrimos que tenías razón.

Sus cejas se alzaron, aunque no por sorpresa, sino por la confirmación silenciosa de algo que ya sospechaba.

—Eso para mí era bastante evidente. Conozco a los de su tipo.

Ignoré el pensamiento de que lo conocía porque, en algunos aspectos, se parecían demasiado y continué:

—Ahora entiendo que organizó aquella cena para dejarnos solos, hacerme bajar la guardia e intentar conquistarme. Saboteó la reunión con el cliente para conseguirlo. —Inspiré profundamente, sin que me gustara compararlo con John, aunque era inevitable—. Y después de lo que pasó con John, prefiero no imaginar si sus intenciones iban más allá de eso.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo ante aquella posibilidad. En el fondo, no creía que Paul fuera capaz de llegar tan lejos. Pero tampoco había imaginado nunca que John haría lo que hizo.

Liam soltó un suspiro pesado y negó despacio con la cabeza.

—Mira, no conocemos realmente a Paul y nunca sabemos cuáles son las verdaderas intenciones de alguien. Pero no creo que se arriesgara a algo así con su jefa. Lo que pasó con John te ha dejado marcada y es algo completamente normal. Quizá deberías plantearte hacer terapia para aprender a lidiar con ello. —Levantó mi mano y besó mis dedos lentamente, como si quisiera borrar

cualquier rastro de otro hombre de mi piel—. Pero, si quieres, rescinde su contrato. Tal vez sea la mejor opción.

Una chispa traviesa apareció en su rostro y una sonrisa se escapó de mis labios pese a lo delicado del tema.

—No puedo creer que estés aprovechándote de mi situación para librarte de tu competencia —lo provoqué.

El muy descarado se encogió de hombros sin intentar negarlo siquiera.

—Solo ha sido una sugerencia inteligente por mi parte. No me gusta saber que pasas el día entero con un tipo que ha dejado claro que le importa muy poco que tengas novio y que te quiere para él. Así que prefiero tenerlo lejos. No soy ningún idiota.

Me detuve en la acera y rodeé su cuello con los brazos.

—Qué posesivo eres, doctor Depravado —bromeé antes de mordisquearle el labio inferior.

Aquella sonrisa ladeada apareció de inmediato.

—Hay algo que acabas de decir y que no ha pasado desapercibido para mí —comentó mientras sus manos se acomodaban en mi cintura—. ¿Debo considerar a Paul mi competencia?

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—Déjame pensar... —fingí reflexionar y Liam entrecerró los ojos, claramente irritado—. Claro que no, tonto. No sé en qué momento nuestro acuerdo dejó de parecer un acuerdo para convertirse en algo real, pero así es exactamente como me siento. Solo tengo ojos para ti, doctor Depravado.

Aquella sonrisa preciosa se ensanchó y llenó mi pecho de una paz extraña, de una felicidad imposible de medir.

—Eso sí que me gusta escucharlo. Porque yo tampoco tengo ojos para nadie más, pelirroja.

—Entonces ¿ya no eres el doctor Depravado? —pregunté, incapaz de ocultar la esperanza en mi mirada.

—Sí que lo soy —respondió, y cuando le lancé una mirada de reojo, su sonrisa se amplió—. Pero solo contigo.

Mis hombros se relajaron y volví a besarlo, sorprendiéndome a mí misma por aquel gesto espontáneo de cariño que nunca había sido habitual en mí.

Al parecer, Liam no era el único que estaba viviendo primeras veces a mi lado.

Antes de que pudiera decir nada más, un coche negro con el discreto logotipo del conglomerado Walker's se detuvo frente a nosotros. Miré el sedán y me quedé boquiabierta.

El conductor bajó y abrió la puerta con una inclinación cortés de cabeza.

—Doctor Walker. Doctora Davis.

Asentí, sin imaginar que iríamos al aeropuerto con chófer privado. A veces olvidaba que Liam era incluso más asquerosamente rico que yo, sobre todo porque ninguno de los dos tenía la costumbre de presumir de su fortuna.

—¿Nos dirigimos al aeropuerto? —preguntó el conductor mientras Liam me guiaba hacia el vehículo.

Detecté una sonrisa en la comisura de sus labios cuando me indicó que subiera primero.

—Gracias, Jasper. Ya podemos irnos —dijo Liam.

—Sí, señor.

El conductor cerró la puerta, rodeó el coche y ocupó su asiento antes de ponerse en marcha.

El trayecto transcurrió en calma. Apoyé la cabeza sobre su hombro y dejé que el sonido de su respiración acompañara unos pensamientos que se volvían cada vez más pesados mientras su mano acariciaba mi brazo con ternura.

El aneurisma.

La decisión que debía tomar, operarme o no operarme.

¿Contárselo o no?

Mi mente estaba lejos, y Liam terminó dándose cuenta.

—Eh... —murmuró con curiosidad. Sus dedos se deslizaron hasta mi rostro y me acariciaron la mejilla—. Estás muy callada... más de lo habitual. ¿Qué pasa por esa cabecita? —Contuve la respiración—. ¿Sigues pensando en Paul?

Negué de inmediato y me quedé pensando qué podía decirle. No me gustaba mentir. Quizá podría inventar una excusa cualquiera... o tal vez tantear el terreno. Intentar comprender mejor aquello que me estaba ocurriendo.

Tragué saliva y giré el rostro hacia él, forzando una pequeña sonrisa.

—Yo... es que me he quedado preocupada por algo.

Alzó una ceja, animándome a continuar.

—He descubierto que una amiga mía tiene un aneurisma. —La frase salió en un susurro mientras el corazón me golpeaba el pecho —. Es joven, ¿sabes? Está desesperada... no sabe qué hacer.

Era solo una parte de la verdad. Porque así era exactamente como me sentía yo.

El rostro de Liam cambió sutilmente. Sus ojos adquirieron una seriedad profesional mientras me observaba con atención.

—Es una noticia muy dura —dijo con empatía—. Sobre todo por su edad.

Inspiró profundamente, reflexionando. Yo tuve que apartar la mirada por un instante. No quería llorar delante de él y sostener su mirada se estaba volviendo demasiado difícil cuando le ocultaba algo tan importante.

—Sí. No sabe qué hacer. El médico le dijo que lo mejor era no operar por ahora porque es pequeño y que debía hacer seguimiento. Que la cirugía es demasiado arriesgada por la localización y por todo lo que implicaría.

Pareció pensarlo unos segundos mientras mi corazón latía desbocado.

—Mira, dependiendo del tamaño y de la localización, a veces lo mejor es precisamente eso: vigilarlo. Hacer controles periódicos, observar su evolución y, si fuera necesario más adelante, operar para evitar el riesgo de rotura. Pero, claro, todo depende de cada caso.

Si supiera que hablaba de mí...

Sin saber si quería seguir escuchando las respuestas, hice la pregunta que sabía que terminaría persiguiéndome.

—¿Sueles tener buenos resultados con los aneurismas que tratas?

Vaciló apenas un instante.

—¿La mayoría de los casos son así? —añadí rápidamente.

—¿Así cómo, preciosa? —preguntó con cariño, evitando responder a la primera cuestión.

—¿Los descubren antes de que se rompan? —pregunté con un miedo inmenso oprimiéndome el pecho.

—Algunos sí. Pero la mayoría de las veces los descubrimos demasiado tarde —explicó con cautela.

Tragué saliva.

—Pero el caso de tu amiga es diferente. Haberlo descubierto antes es una gran noticia. La mayoría de las personas viven toda su vida sin saber que lo tienen y lo descubren cuando ya es demasiado tarde.

—Y mueren —dije con la sensación de tener una piedra atravesada en la garganta.

Él asintió con pesar.

Sus palabras cayeron sobre mi pecho como bloques de plomo. Era exactamente lo mismo que me había dicho el doctor Collins. Los ojos me ardieron y las lágrimas aparecieron antes de que pudiera detenerlas.

Intenté contener un sollozo y giré el rostro, pero Liam fue más rápido. Me atrajo contra su pecho, sujetó mi nuca y rozó mi cabello

con los labios.

—Eh... eh... —susurró con una calidez protectora—. No te pongas así. Dile que venga a verme. Estoy seguro de que no será su caso. Tu amiga ha tenido una oportunidad que la mayoría no tiene.

—¿Cuál? —pregunté mientras me secaba las lágrimas.

—La oportunidad de prevenirlo. Puede evitar que ocurra lo peor.

Reflexioné unos segundos. Era cierto, aunque no fuera exactamente lo que deseaba escuchar.

—¿Y las probabilidades de éxito de la cirugía suelen ser buenas? —pregunté con el corazón encogido—. ¿O podría morir en la mesa de operaciones?

Separó un poco el rostro y sujetó mi barbilla con delicadeza para obligarme a mirarlo.

—Suelo tener muy buenos resultados con las cirugías que realizo. Lo importante es que tenga un buen cirujano, alguien de referencia. Si quiere, puedo revisar sus pruebas, ver si existe alguna otra alternativa o recomendarle a algún especialista. Sea lo que sea, sabes que la ayudaré.

Asentí rápidamente, incapaz de sostenerle la mirada demasiado tiempo. Mentirle era como masticar cristales.

—Yo... hablaré con ella.

Me abracé a su cintura mientras él me acercaba más a su cuerpo y depositaba un beso tierno en mi sien.

Pensé en todo lo que me había dicho, intentando aferrarme a la idea de que haberlo descubierto a tiempo quizá significara algo bueno, aunque todavía existiera la posibilidad de que nada saliera bien.

Cuando llegamos al hangar, el jet privado ya nos esperaba, reluciente bajo el cielo gris. Minutos después estábamos acomodados a bordo.

Cuando el avión alcanzó la altitud de crucero, la silenciosa y lujosa cabina se convirtió en nuestro refugio flotante.

Liam soltó mi cinturón de seguridad. Lo miré confundida por lo que estaba haciendo y aquella sonrisa depravada que tanto me gustaba se apoderó de su rostro.

—Ven. Estás demasiado apagada. Quiero animarte un poco —provocó con un guiño que impactó exactamente donde pretendía.

—¿Y qué tienes en mente, doctor? —pregunté mientras lo seguía de la mano por un pequeño pasillo que conducía a un dormitorio con una cama de matrimonio.

—Algo que incluya tus piernas alrededor de mi cintura, tus gemidos y tus gritos mientras te follo como te mereces —respondió antes de invadir mi boca con su lengua. Le devolví el beso con el mismo deseo.

Tal como había prometido, levantó la falda lápiz que llevaba puesta y me atrajo a su regazo mientras sujetaba mis caderas sin dejar de besarme.

Fue entonces cuando comprendí que, a pesar de toda la tensión que llevaba dentro, era exactamente allí donde quería estar. Con él profundamente dentro de mí. Era la mejor forma de diluir una angustia que no dejaba de perseguirme.

Al lado de mi doctor.

CAPÍTULO 36
LIAM WALKER

El salón era opulento de una forma que ni siquiera el West Plaza podía igualar. El mármol claro reflejaba el brillo cálido de las lámparas de cristal, que colgaban pesadas e imponentes del techo abovedado. Columnas negras con detalles dorados sostenían los laterales, mientras las paredes revestidas de madera de roble aportaban un equilibrio elegante a la frialdad de la piedra.

Belmont Grand Hall, Upper East Side.

Un lugar al que solo entrabas si tu apellido tenía peso o si tus manos habían salvado más vidas de las que podían contarse.

Y yo, incluso estando acostumbrado a operar los cerebros de personas importantes, no conseguía sentirme completamente cómodo allí.

Mi esmoquin me sentaba como una segunda piel. El tejido italiano negro se ajustaba a la perfección a mis hombros, la camisa blanca impecablemente almidonada y la pajarita perfectamente colocada. Pasé los dedos por el nudo más por distracción que por necesidad. Estaba tenso.

El salón era puro glamour.

Cirujanos de renombre, jefes de distintas especialidades, directivos, inversores. La élite del New York-Presbyterian y de los hospitales más prestigiosos de la ciudad. Gente capaz de mover montañas y millones con un simple gesto de cabeza.

Mis ojos vagaban distraídos cuando George Whitman se acercó. Lo conocía desde siempre; era un importante inversor y un viejo socio de mi padre.

—Liam —me saludó con la confianza de quien conoce tu árbol genealógico mejor que tú mismo—. Cada día te pareces más a tu padre. ¿Cómo va el servicio de neurocirugía?

Nos estrechamos la mano y forcé una sonrisa cortés.

—George. Me alegra verte. El servicio va muy bien. Estamos avanzando en los protocolos de mapeo funcional para tumores de bajo grado. Todavía estamos analizando los datos, pero hay resultados muy prometedores.

Conversamos durante varios minutos. Yo respondía, gesticulaba y sonreía en los momentos adecuados, pero era incapaz de concentrarme de verdad porque mis pensamientos estaban puestos en la preciosa mujer que había dejado en la habitación preparándose.

Miré el *Apple Watch* que llevaba en la muñeca y comprobé la hora una vez más.

Ya debería haber bajado.

Seguí hablando con George, pero en un momento determinado se me erizó la nuca. Era como si algo tirara de mí en otra dirección.

Giré lentamente el cuerpo hacia la gran escalinata. Mis ojos recorrieron a las personas que descendían por ella, pero se detuvieron en el instante exacto en que la encontraron.

En lo alto, iluminada como si un foco invisible estuviera apuntándola.

Mi pelirroja.

Mi mirada descendió por su esbelto cuerpo, un cuerpo que conocía como la palma de mi mano, y contemplé con absoluta fascinación el vestido verde esmeralda que abrazaba sus curvas de una manera que me dejó sin aliento. El generoso escote, las finas mangas rozando sus hombros y la abertura lateral que dejaba al descubierto una de sus piernas y una sandalia negra de tacón imposible.

Llevaba el cabello recogido hacia un lado, cayendo en suaves ondas sobre su hombro desnudo.

No podía moverme. No podía ni pestañear.

Joder.

Estaba sencillamente espectacular y, por primera vez en mi vida, no sabía cómo describir lo que sentía al verla.

Sin apartar la vista de aquella mujer deslumbrante que también había encontrado mis ojos y me sonreía como si fuera plenamente consciente del devastador efecto que tenía sobre mí, le dije al inversor:

—Discúlpame, George.

Ni siquiera esperé su respuesta y caminé hacia el pie de la escalinata sin dejar de mirarla. Chloe descendía con paso firme, una mano apoyada en el pasamanos. Mientras ansiaba tenerla entre mis brazos, mi corazón golpeaba con tanta fuerza en mi pecho que era como si pudiera sentir cada latido en la palma de mi mano.

Pero lo que más me paralizaba era la forma en que ella me miraba, como si el salón entero hubiera desaparecido.

Al menos, así me sentía.

El pecho se me contrajo y los latidos se aceleraron de una manera extraña. Llevé una mano al centro del pecho, intentando comprender qué demonios me estaba ocurriendo y buscando alguna forma de aliviar aquella sensación aplastante que me invadía, pero nada parecía reducir el ritmo descontrolado de mi corazón.

El pecho se me bloqueó.

De repente, una fuerte vibración, casi como una descarga eléctrica, estalló contra mi muñeca. El reloj vibró con tanta intensidad que me hizo hormiguear la piel y, un segundo después, cuatro pitidos breves y secos resonaron a mi alrededor.

Ni siquiera necesité mirar la pantalla.

Frecuencia cardíaca disparada.

Era como si el propio reloj quisiera delatar lo que Chloe provocaba en mí.

Mi corazón golpeaba tan rápido y tan fuerte que podía escuchar la sangre pulsando en mis oídos. Pulsé el botón lateral sin éxito. La vibración seguía insistiendo de forma alarmante, dejándome completamente en evidencia.

Alternaba la mirada entre la mujer que se acercaba hacia mí y el maldito reloj que no dejaba de sonar. Su expresión había

cambiado y ahora mostraba una clara preocupación.

Cuando llegó al último escalón, con esa mirada capaz de desmontarme por completo, ya no sabía dónde terminaba la alerta del reloj y dónde empezaba la bomba de relojería que ella acababa de activar dentro de mí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con la voz cargada de preocupación.

Tragué saliva, me quité el reloj con rapidez y lo metí dentro del bolsillo interior de la chaqueta, como si aquello pudiera ocultar el caos que ella provocaba en mí.

Me recompuse rápidamente y forcé una sonrisa.

—Creo que el reloj se ha estropeado —respondí.

Ya me preocuparía por eso después. O quizá podría hablar con el doctor Smith, que también estaba en el evento, y pedirle algunas pruebas para comprobar si tenía alguna arritmia. Pero nada de eso importaba.

Lo único que importaba era ella.

Levanté la vista y el aire volvió a abandonarme. Me encontré con aquellos ojos color esmeralda y con el brillo que irradiaban. Se mordió el labio inferior, ligeramente cohibida por la forma en que la estaba mirando, y no podía culparla por ello.

La discreción me había abandonado hacía rato.

—Chloe... estás increíblemente hermosa —dije, completamente cautivado.

Ella sonrió. Esa sonrisa torcida y llena de picardía que siempre conseguía derribar todas mis defensas. Luego me recorrió de arriba abajo con la mirada.

—Y tú también. Ni siquiera pareces el doctor Depravado al que estoy acostumbrada a ver.

Se me escapó una risa baja y ronca. Tomé su mano y la entrelacé con la mía con total naturalidad.

—Esta noche pretendo ser cualquier cosa... menos un depravado. —Mis ojos descendieron hasta sus labios y la tensión entre nosotros se volvió casi tangible—. Al menos... no aquí.

Le guiñé un ojo y ella soltó una carcajada suave, haciendo que la tensión que nos envolvía se disipara un poco.

Y yo seguía sintiendo el corazón completamente descompasado. Pero, en ese momento, ya ni siquiera me importaba.



El salón vibraba con un murmullo constante, copas tintineando y risas discretas amortiguadas por los suaves acordes del cuarteto de cuerda en una esquina. La luz dorada se reflejaba en las copas de cristal y en las enormes lámparas que colgaban del techo, haciendo que todo pareciera aún más sofisticado de lo que recordaba de otras noches en aquel mismo lugar.

A cada instante, mi mano encontraba la cintura de Chloe. No podía, o tal vez no quería, apartarme de ella ni un solo segundo. Deslizaba los dedos lentamente sobre la suave tela de su vestido hasta encontrar la piel desnuda de su espalda donde el escote lo permitía.

Era curioso lo fácil que me resultaba notar que aquel simple contacto la hacía estremecerse levemente. La primera vez que sentí el escalofrío recorrer su cuerpo, una sonrisa ladeada se escapó de mis labios. Sabía que era yo quien provocaba esa reacción, y aquello se había convertido en una especie de adicción difícil de controlar.

La presenté a algunos de los nombres más respetados del hospital: el doctor Adam Caldwell, director clínico; la doctora Monica Graves, jefa del departamento de neurología intervencionista de la red hospitalaria; y el inversor Richard Halvorsen, que había trabajado junto a Bryan y siempre mantenía una mirada astuta sobre cualquiera que se acercara al círculo de confianza.

También la presenté a mis superiores de la unidad de Boston: Savannah, directora de Recursos Humanos; Thomas, el actual jefe de cirugía; y el doctor James Sloan. Savannah pareció satisfecha al comprobar que realmente había empezado una relación. Al parecer, mi plan inicial de tener una novia para cambiar la imagen que tenían de mí había funcionado. Lo que nunca imaginé fue que aquello se saldría por completo de mi control y que lo que comenzó como una ficción se convertiría en realidad en tan poco tiempo.

Cada vez que la presentaba a alguien, percibía el brillo de admiración en los ojos de los demás, y eso hacía que mi pecho se expandiera con una mezcla de orgullo y posesividad.

Sí, estaba conmigo y me aseguraba de que todo el mundo lo supiera.

Algunas médicas con las que había salido en el pasado —una o dos como mucho— nos dedicaron miradas prolongadas. Miradas que reconocía perfectamente. Pero no las correspondí ni aparté la mano de la cintura de Chloe. No rompí el contacto. Ni siquiera intenté disimularlo: Chloe era mi presente y ningún recuerdo del pasado podía cambiar eso.

Cada vez que el evento nos concedía un instante de tregua, nuestros cuerpos se buscaban. Un beso rápido en la comisura de los labios. Mis labios rozando su hombro desnudo bajo cualquier excusa, como si le hiciera promesas silenciosas de lo que vendría cuando saliéramos de allí.

Sus dedos se deslizaron por mi nuca como si no pudiera contener el gesto. Estaba perdido y, por primera vez en mi vida, no tenía ninguna intención de encontrarme.

—No veo la hora de que me rindan homenaje para poder irnos de aquí —murmuré junto a su oído, y su cuerpo se estremeció entre mis manos, haciendo que mi sonrisa se ensanchara.

—¿Homenaje? No me habías dicho nada —comentó mientras acariciaba distraídamente mi corbata.

—No me parecía importante. —Me encogí de hombros mientras daba un sorbo al champán que sostenía.

Abrió los ojos con sorpresa ante mi respuesta.

—¿Cómo que no te parecía importante? No imaginaba que fueras tan modesto, doctor Walker —me provocó—. No minimices tus méritos.

—No es eso. Simplemente no me gusta estar hablando constantemente de los premios que recibo.

—¿Premios? Dios mío, acabo de descubrir una faceta tuya que jamás habría imaginado. Por lo visto, solo te gusta presumir de tus perversiones, porque cuando se trata de tu trabajo eres completamente diferente.

Me quedé callado porque había dado en el clavo. Cuando se trataba de mi faceta depravada, como ella la llamaba, me resultaba mucho más fácil hablar de lo que sentía.

—Creo que entonces quizá te merezcas una celebración a la altura más tarde —sugirió con malicia antes de acercarse y mordisquearme el labio inferior.

—Ah, pelirroja, no prometas algo que luego no vayas a cumplir. —Apreté su cintura para contener el impulso irracional de darle una palmada en el culo que dejara marcados mis cinco dedos sobre su piel clara.

—¿Y quién ha dicho que no vaya a cumplirlo? —me desafió mientras se apartaba sujetándome por las solapas de la chaqueta.

—Joder... —gruñí excitado, y la muy condenada se echó a reír.

—Ahora tengo que ir al baño. Ya vuelvo. —Me dejó un beso casto antes de alejarse.

Asentí y la observé marcharse sin apartar los ojos de aquel cuerpo delicioso.

Respiré hondo e intenté concentrarme en cualquier otra cosa. De lo contrario, acabaría con una erección en mitad del evento, y aquello sería extremadamente inapropiado.

Fue entonces cuando el doctor Smith apareció a mi lado, con su porte elegante y una copa de champán equilibrada entre los dedos.

Su esposa me dedicó una sonrisa educada antes de dirigirse al mismo baño al que había ido Chloe.

—Enhorabuena por la cirugía de la semana pasada, Liam —dijo con aquella voz grave y reflexiva—. Fue un auténtico éxito. Muy pocos habrían conseguido lo que tú lograste.

Le estreché la mano con una sonrisa. Siempre había existido una tensión silenciosa entre nosotros; después de todo, ambos competíamos por el puesto de jefe de cirugía. Pero allí, en aquel momento, el ambiente era ligero. Respetuoso.

—Gracias, doctor. Me alegra que siguiera el caso.

Hablamos un rato más sobre distintos asuntos relacionados con el trabajo, pero en ningún momento mencionamos el puesto que ambos disputábamos. Recordé entonces lo ocurrido al comienzo del evento y, aunque dudé unos segundos, decidí continuar:

—Ya que está aquí... quería pedirle un favor.

Arqueó una ceja, intrigado.

—Claro. ¿De qué se trata? —preguntó antes de dar un sorbo a su champán.

—Hoy, hace un rato... mi reloj se volvió loco.

Frunció el ceño, confundido.

—En realidad, no dejaba de pitar. Tenía las pulsaciones absurdamente altas. No tengo antecedentes de arritmias, pero... si pudiera recomendarme algunas pruebas más específicas, solo para asegurarme...

Smith entrecerró los ojos, ahora claramente interesado.

—¿Le había ocurrido algo parecido antes? —preguntó pensativo.

Negué con la cabeza.

—No. Ha sido aquí, en el salón.

—Extraño. Si se tratara de una arritmia, probablemente habría ocurrido en otras ocasiones.

Exactamente lo mismo que había pensado yo.

En ese momento giró la cabeza y seguí la dirección de su mirada hasta encontrar a mi mujer saliendo del baño mientras conversaba animadamente con su esposa.

Tras unos segundos de silencio, volvió a mirarme. Una sonrisa divertida y maliciosa curvó sus labios.

—¿Y exactamente en qué momento ocurrió eso, doctor Walker?

Me pasé una mano por la barba perfectamente afeitada, dudando entre mentir o exponerme. Respiré hondo y decidí que debía ser sincero. Al fin y al cabo, estaba hablando con un médico, no con un psicólogo.

—Fue... —Me aclaré la garganta, incómodo por lo que estaba a punto de admitir—. Fue cuando mi novia bajó las escaleras. Cuando se acercaba hacia mí, para ser más exactos.

Smith soltó una carcajada breve y negó con la cabeza. Me dio dos palmadas amistosas en el hombro y se inclinó ligeramente hacia mí para hablar en voz baja.

—¿Se ha planteado alguna vez que quizá no sea su corazón el que está enfermo..., sino que simplemente está enamorado?

Me guiñó un ojo, mostrando aquella sonrisa de dientes impecablemente blancos que contrastaban con su piel oscura.

Yo me quedé allí, mirándolo como un idiota.

—No se asuste, amigo mío. Nos pasa a todos. Algunos simplemente necesitan que un reloj empiece a pitar para darse cuenta.

Se alejó antes de que pudiera responder, llevándose la copa a los labios mientras seguía riéndose.

Me quedé inmóvil en mitad del salón mientras el ruido a mi alrededor parecía desaparecer durante un instante.

¿Enamorado?

¿Yo?

Mis ojos fueron directamente hacia Chloe, que caminaba hacia mí con esa sonrisa capaz de derribar todas mis defensas.

El doctor Smith tenía que estar delirando.

En ese momento pasó un camarero con algo más fuerte, probablemente whisky. Como no iba a conducir y pasaríamos la noche allí, cogí una copa al instante y me bebí la mitad del líquido ámbar de un solo trago mientras observaba a Chloe acercarse.

¿O quizá el que se negaba a ver lo evidente era yo?

—¿Todo bien, guapo? —preguntó Chloe al llegar hasta mí, con una pequeña arruga de preocupación en la frente.

¿Guapo? Joder. La guapa era ella. La sexy era ella.

Mi corazón volvió a perder un latido por la forma cariñosa y espontánea en que me había llamado, y mi sonrisa se ensanchó.

Con la mano libre, la atraje hacia mí y uní nuestros labios, incapaz de resistirme a aquella necesidad absurda que sentía por ella, como si la mínima distancia entre nosotros fuera demasiado.

—Sí. Mejor imposible —respondí.

Sus hombros se relajaron y sus ojos brillaron mientras alternaba la mirada entre mis ojos y mis labios. Me resultó imposible contener la curiosidad que comenzaba a atormentarme.

¿Y ella? ¿Estaba enamorada de mí?

Recordé aquella vez en que había dicho: «¿Ya te he dicho hoy que te quiero?». En aquel momento mi corazón también había dado un vuelco, pero no me lo tomé en serio. Pensé que estaba bromeando.

¿Y si no había sido una broma? ¿Y si aquella había sido su forma de confesar lo que sentía?

Joder. Cómo deseaba que hubiera sido una declaración.

Poco después, los elegantes acordes del cuarteto de cuerda cesaron y fueron sustituidos por el discreto tintineo de una cucharilla contra una copa de cristal. Las conversaciones comenzaron a apagarse poco a poco, como si el propio ambiente se inclinara ante la importancia del momento.

Richard Halvorsen, director general de la red hospitalaria, subió al escenario con la elegancia natural de alguien que había nacido acostumbrado a dominar salas como aquella. El micrófono captó su voz firme y grave mientras resonaba suavemente por el refinado salón.

—Señoras y señores, si me permiten unos minutos de su atención... —dedicó una sonrisa cortés al público antes de continuar —. Esta noche celebramos logros. Celebramos la excelencia. Y celebramos a quienes han marcado la diferencia en nuestros hospitales y merecen ser reconocidos. Tendremos tres homenajeados dentro de una red que cuenta con cinco hospitales repartidos por todo el país, y es un gran honor para mí invitar al primero de ellos a subir al escenario...

Richard fue llamando a cada uno de los homenajeados y supe que yo sería el siguiente.

—Y ahora, me gustaría llamar al tercer homenajeado de la noche por su excelente desempeño durante los últimos meses y por la compleja cirugía que llevó a cabo con extraordinario éxito hace apenas unos días... El doctor Liam Walker.

El salón estalló en aplausos. Aplausos fuertes y sinceros que resonaron contra las paredes de mármol y las columnas blancas.

Mi estómago se revolvió. No por el homenaje; ya había recibido varios antes. Pero era la primera vez que alguien tan importante para mí me acompañaba en un evento como aquel. Antes siquiera de moverme, mi mirada buscó a Chloe.

Estaba allí, de pie a mi lado, mientras mi mano seguía aferrada a su cintura. Sus ojos brillaban con algo que ningún premio ni reconocimiento podría superar jamás. Había orgullo, admiración y algo todavía más profundo. Aquello me golpeó con más fuerza que cualquier discurso.

Sin pensarlo dos veces, sujeté suavemente su rostro entre mis manos y la besé. Un beso lento, firme y posesivo. No me importó el elegante público que nos rodeaba. Necesitaba tocarla antes de subir. Necesitaba sentirla.

Cuando me aparté, acaricié con el pulgar la comisura de sus labios, como si estuviera marcando territorio, y susurré contra su boca:

—Espérame. No tardaré.

Subí los escalones del escenario con paso controlado y me ajusté la chaqueta, todavía con la sensación de su sabor en mis labios.

Halvorsen me sonrió al entregarme la placa conmemorativa y me tendió la mano. Se la estreché con firmeza. Después me giré hacia el público y acomodé el micrófono con tranquilidad.

—Podría decir que esto es el resultado de años de estudio. —El público soltó algunas risas suaves y continué, con la voz firme, aunque la mirada fija únicamente en ella—. Pero la verdad es que nada de esto sería posible sin las personas que nos rodean. Sin las manos que sostienen las nuestras cuando la medicina pesa demasiado. Sin quienes nos recuerdan cada día por qué hacemos todo esto. Sin el equipo extraordinario que me acompaña y hace posible que todo suceda. —Hice una breve pausa, con los ojos clavados en Chloe, que seguía inmóvil, observándome sin apartar la mirada—. Este homenaje es más que un reconocimiento; es un recordatorio de que, por muy técnica que sea la neurocirugía, lo que realmente nos mueve es el corazón. Siempre lo ha sido. Siempre lo será. Gracias.

Los aplausos regresaron con más fuerza que antes, pero apenas los escuché. Bajé del escenario con la misma determinación con la que entraba en un quirófano, con un único objetivo: volver junto a ella. Junto a mi novia, mi compañera.

Sin embargo, aquello tuvo que esperar. Muchas personas me interceptaron por el camino para felicitarme. Conversé con todas ellas, pero mis ojos regresaban una y otra vez a la única persona con la que realmente quería estar.

Minutos después la encontré en el mismo lugar. Tenía los ojos brillantes, cargados de una emoción contenida. Rodeé su cintura con fuerza, la atraje contra mi pecho y la besé de nuevo, esta vez con

más profundidad, con más calor. Un beso que decía todo aquello que todavía no había conseguido expresar con palabras.

Me aparté apenas lo suficiente para acercar mis labios a su oído mientras escuchaba a Halvorsen concluir su discurso, agradecer a todos los que habían contribuido de una forma u otra y animarnos a seguir disfrutando de la velada. Era el momento perfecto para lo que tenía en mente.

—¿Qué te parece si subimos a la habitación ahora mismo? —susurré con la voz ronca, cargada de una mezcla de emociones.

Su cuerpo se relajó entre mis brazos y sus rodillas flaquearon de una forma sutil y deliciosa. No necesitó responder.

La manera en que sus pupilas se dilataron y su respiración se volvió más pesada fue toda la respuesta que necesitaba.

Apreté su mano con firmeza y, sin necesidad de mirar atrás, la guié hacia los ascensores.

Porque ahora sí, estaba a punto de comenzar la mejor parte de la fiesta, nuestra celebración a solas.

CAPÍTULO 37
CHLOE DAVIS

Me miré en el espejo una vez más. Mis manos, ligeramente temblorosas, ajustaron la caída de la abertura del vestido verde esmeralda, como si eso pudiera calmar lo que realmente me inquietaba: el corazón desbocado en mi pecho.

Liam me había regalado un auténtico día de princesa, algo que, sinceramente, no esperaba. Siempre me había gustado maquillarme yo misma, así que pensaba arreglarme sola. Por eso, llegar allí y encontrar a una maquilladora y a un peluquero a mi disposición fue increíble. Incluso disfruté de un masaje relajante que me vino de maravilla, teniendo en cuenta el estrés que había acumulado durante los últimos días.

La maquilladora ya había guardado sus pinceles, el peluquero sonrió satisfecho y ambos abandonaron discretamente la habitación. Estaba lista. O, al menos, lo estaba por fuera.

El vestido era una segunda piel: verde intenso, con un generoso escote que realzaba mi pecho con elegancia, mangas finas que acariciaban mis brazos y una atrevida abertura que ascendía por mi pierna derecha. Las sandalias negras de tacón estilizado alargaban mis piernas y el cabello, recogido hacia un lado, caía en suaves ondas sobre mi hombro descubierto.

¿Me sentía guapa? Sí. Pero nada, absolutamente nada, me preparó para la forma en que Liam me miró cuando empecé a bajar las escaleras.

Él estaba abajo.

En medio del sofisticado salón, rodeado de hombres con esmoquin, mujeres con vestidos de gala, inversores, cirujanos y directivos hospitalarios. En cuanto llegué a la escalera y vi que conversaba con un hombre importante, me detuve un instante a admirar lo impresionante que estaba. Pero, en el momento en que

mis pies tocaron el primer escalón, sus ojos encontraron los míos. Y el mundo a nuestro alrededor... desapareció.

La forma en que Liam me había mirado seguía invadiendo mi mente una y otra vez.

Era como si estuviera contemplando algo que ni él mismo lograba comprender. Su mandíbula se tensó apenas un poco y sus ojos parecieron volverse aún más intensos y profundos, de una manera que hizo que mi estómago diera un vuelco y que la piel de mi nuca se erizara como si una brisa helada me hubiera rozado.

Pidió disculpas al hombre con quien hablaba y caminó hasta el pie de la escalera, deteniéndose allí, esperándome.

Mi pecho se encogió. No de miedo, sino de algo profundo, arrollador, que era incapaz de nombrar. La idea de provocar ese tipo de reacción en un hombre como Liam, siempre tan controlado, tan centrado... hizo vibrar cada parte de mi cuerpo.

Con cada escalón que descendía, sentía cómo la abertura del vestido se abría ligeramente, cómo el aire fresco acariciaba mi piel expuesta y cómo la mirada de Liam parecía arder sobre mí. La tensión entre nosotros era palpable, densa, casi visible, como electricidad suspendida en el aire. No apartaba los ojos de mí. No parpadeaba. No se movía. Y fue imposible describir cómo me hizo sentir, porque parecía tan obsesionado conmigo como yo lo estaba con él.

Nunca, jamás, me había sentido tan deseada. Tan hermosa. Tan... ¿amada?

Cuando llegué al último escalón, se acercó sin vacilar. Su mirada recorrió cada detalle de mí con una reverencia que me hizo olvidar por completo el salón, a las personas y cualquier inseguridad. Sus dedos se cerraron alrededor de mi cintura con firmeza y sentí un escalofrío recorriéndome la espalda. Mi corazón se aceleró tanto que, durante un segundo, pensé que podría desmayarme.

Mi cuerpo se rindió bajo su contacto y supe, sin lugar a dudas, que nada ni nadie en el mundo volvería a hacerme sentir lo que

Liam Walker me hacía sentir. Lo que, de algún modo, resultaba decepcionante después de todo lo que había descubierto.

La velada transcurrió con una elegancia impecable. Me presentó a cirujanos de renombre, directivos e inversores. En cada presentación, su mano permanecía firme en mi cintura, mientras sus dedos trazaban círculos delicados sobre la fina tela de mi vestido, provocando pequeños escalofríos involuntarios que él, por supuesto, percibía.

Sonreí, saludé y conversé con todos. Pero lo único que realmente sentía era a Liam. Su contacto. Su mirada. Su respiración junto a mi oído cada vez que me susurraba algo.

La forma en que, sin el menor pudor, intercambiaba conmigo caricias y besos fugaces, ignorando por completo las miradas curiosas, incluidas las de algunas médicas que algo me decía que habían compartido su cama. Sin embargo, él no les prestó la menor atención y, debo admitirlo, me encantó darme cuenta de ello. De que solo me veía a mí.

Cuando terminó el homenaje y regresó a mi lado, con aquel brillo familiar mezclado con orgullo y satisfacción en los ojos, me desarmó por completo. Me rodeó la cintura, me besó con intensidad —algo que me sorprendió muchísimo, teniendo en cuenta que todos a nuestro alrededor nos observaban— y, cuando separó sus labios de los míos, fui incapaz de pensar en otra respuesta a su propuesta.

Simplemente asentí, mientras mi cuerpo cedía entre sus manos y mi corazón golpeaba como un tambor contra el pecho.

Subimos en el ascensor envueltos en un silencio cómodo y en una sensación distinta que seguía instalada dentro de mí. Aquel conflicto no me abandonaba ni un instante, como si conspirara para no concederme más tiempo para pensar. Un tiempo que necesitaba y que todavía no había tenido para asimilar el vuelco que había dado mi vida.

La mano de Liam apretaba la mía con firmeza, nuestros dedos entrelazados de una forma que me hacía sentir segura... y, al mismo tiempo, terriblemente culpable.

Quería contárselo. Deseaba abrir la boca y decirle que aquella "amiga" con un aneurisma de la que le había hablado en el coche era yo. Pero cada vez que intentaba confesarlo, cuando el aire llenaba mis pulmones y la lengua rozaba el paladar, los recuerdos del día en que Liam me confesó que era hipocondríaco invadían mi mente y perdía por completo el valor.

Sabía que aquello le haría daño. Que lo cargaría con mi salud, que aumentaría su ansiedad y desencadenaría aún más síntomas de su trastorno. No se lo merecía. No él, que ya pasaba noches enteras sin dormir soportando el peso de la vida de otras personas entre las manos. No él, que apenas descansaba por culpa de las guardias y de las cirugías más delicadas. No él, que ya libraba suficientes batallas consigo mismo.

No sería capaz de soportar la culpa de verlo consumirse por mi culpa. Por eso estaba decidida a no decirle nada. No era justo que cargara con ese peso, que viviera con la posibilidad constante de que quizá no existiera un mañana para nosotros. Yo podía llevarlo sola. Tenía que poder hacerlo.

Respiré hondo y lo miré. Vi la ternura mezclada con el deseo palpable que ambos sentíamos y tomé una decisión que sabía que no era la correcta, pero que era la única que parecía importar en ese momento.

No sabía cuánto tiempo me quedaba, pero tenía el presente junto a él y pensaba aprovechar cada segundo, aunque supiera que nuestro tiempo juntos podía estar acercándose a su final.

El ascensor se detuvo en la planta seleccionada y Liam tiró suavemente de mi mano. Con su seguridad habitual, decidido, me condujo por el pasillo de moqueta oscura y elegante hasta la suite presidencial que había reservado. Algo me decía que aquello no tenía nada que ver con la empresa ni con el evento al que asistíamos, lo que solo confirmaba que Liam no estaba jugando.

En cuanto la puerta se abrió, mis ojos se agrandaron. La habitación era la definición misma del lujo y el glamour. Un espacio inmenso, con ventanales de suelo a techo que revelaban el skyline

iluminado de Manhattan, cuyas luces titilaban como un océano de estrellas.

La cama era enorme, con un dosel moderno que dominaba el centro de la estancia, cubierta con sábanas de lino egipcio tan blancas como la nieve. Un sofá de terciopelo grafito se extendía frente a una chimenea eléctrica que crepitaba suavemente. Y el baño parecía revestido de mármol italiano, con una inmensa bañera de hidromasaje en la que ambos cabríamos sin el menor problema, rodeada de elegantes detalles dorados. Era un auténtico sueño.

Miré a Liam con aquella sensación aplastante instalada en el pecho.

—¿Está intentando conquistarme, doctor? —lo provoqué con una amplia sonrisa.

Se acercó con las manos en los bolsillos delanteros del pantalón, con un atractivo sensual que hizo que mis piernas se tensaran en anticipación.

—Tal vez. —Se encogió de hombros—. Entonces, ¿lo estoy consiguiendo? —preguntó acercándose, y pude sentir cómo su perfume cítrico, mezclado con su aroma a hierba limón y lavanda, me envolvía por completo.

Asentí.

—Solo hay un problema si sigues malcriándome de esta manera.

Su mano subió hasta mi rostro, apartó un mechón que se había escapado de mi peinado y lo colocó detrás de mi oreja. Sus ojos alternaban entre los míos y mis labios. Me humedecí los labios al notar la boca seca de repente.

—¿Cuál? —preguntó con aquella voz grave y ronca.

—Que vas a malacostumbrarme —admití mientras rodeaba su cuello con los brazos y acariciaba su cabello suave.

—¿Y quién ha dicho que eso sea un problema, preciosa?

Mi corazón dio un vuelco y pensé en lo injusta que podía ser la vida al poner a un hombre tan extraordinario a mi lado, alguien que

me trataba como a una princesa y que, al mismo tiempo, quizá no me permitiría vivir todo lo que podríamos llegar a tener juntos.

Sin embargo, recordé la promesa que me había hecho antes de entrar en aquella habitación y, decidida a vivir lo que la vida me ofrecía hoy, di un paso atrás con el corazón golpeándome el pecho y las manos ligeramente temblorosas.

Mi novio no intentó detenerme. Me observó con esa intensidad que siempre lo caracterizaba. Llevé la mano al cierre que comenzaba en la parte baja de mi espalda y lo deslicé lentamente. Sus ojos seguían cada movimiento, como si parpadear pudiera hacerle perder algún detalle importante.

Se pasó la lengua por el labio inferior de forma provocadora y dejé que el vestido cayera al suelo. Su mirada se volvió puro fuego al descubrir que llevaba una diminuta braguita de encaje rojo y nada más. Sus ojos reflejaban exactamente el deseo que sentía, como si fueran capaces de incendiarme por completo.

—Eres tan hermosa que podría quedarme aquí admirándote el resto de mis días —confesó, y la sinceridad de su voz me hizo creer que realmente hablaba en serio.

—Entonces haz conmigo lo que quieras. Soy tuya, doctor, y también estoy dispuesta a tener mi primera vez contigo esta noche.

Frunció ligeramente el ceño, confundido por mi confesión, y cuando sus ojos descendieron por mi cuerpo hasta detenerse en mi vientre, supe que había comprendido lo que quería decir.

—¿E-estás hablando de lo que creo? —Asentí sin añadir nada más.

Su pecho subió y bajó lentamente. Sus ojos reflejaban la misma expectación que corría por mis venas.

—No estoy haciendo nada de esto con esa intención, preciosa.

Di dos pasos hacia él, tomé sus manos y las coloqué sobre mis pechos tensos y pesados, dominada por el deseo que me consumía.

—Lo sé. Solo quiero vivir esa experiencia contigo.

Tragó saliva.

—¿Estás segura?

—Cierto doctor Depravado me dijo una vez que esto tenía que ver con la confianza, con sentirse cómoda con la persona adecuada, y no existe nadie que me haya hecho sentir así. Te elijo a ti, doctor. —Mordisqueé su labio inferior mientras sus pulgares trazaban lentos círculos sobre mis pezones endurecidos, en una tortura exquisita—. Mi doctor Depravado.

Una sonrisa ladeada apareció en su rostro.

—Sí, solo tu doctor Depravado.

Después de eso, las palabras dejaron de ser necesarias. Acortó la distancia que nos separaba, su lengua pidió paso y nos perdimos en un beso intenso, cargado de todo el deseo que nos consumía. Liam deslizó las manos por mi cuerpo como si sus caricias tuvieran el poder de prenderme fuego.

Comenzamos a deshacernos de cada prenda mientras avanzábamos hacia la cama sin separarnos. Liam se quitó los pantalones con ayuda de los pies mientras yo le arrancaba prácticamente la camisa del cuerpo.

Me tumbó con cuidado sobre el colchón, pero en su mirada había de todo menos calma. Sus ojos decían muchas cosas, pero la más importante era cuánto me deseaba.

Con cada caricia, mi cuerpo cobraba vida de una forma que ya empezaba a reconocer... y a temer. No era solo deseo. Era algo mucho más profundo. Algo que atravesaba mi piel y llegaba directamente a mi corazón.

Me hizo suya con intensidad y el mundo desapareció a nuestro alrededor. Solo existíamos nosotros dos.

Tiraba de su cabello mientras sus embestidas iban y venían con la intensidad que tanto nos gustaba. Sus movimientos eran firmes y pausados al mismo tiempo, como si ambos quisiéramos memorizar cada sensación, cada gemido contenido, cada suspiro roto por la necesidad.

Sus ojos nunca abandonaban los míos. Era como si habláramos un idioma silencioso y perfecto. En un momento dado cambió nuestra posición y quedé sobre él. Comencé a moverme sobre mi doctor mientras sus manos guiaban mis caderas para intensificar aún más el contacto entre nuestros cuerpos.

Gemía completamente entregada al placer mientras conseguía llevarme cada vez más cerca del límite. Eché la cabeza hacia atrás cuando todo empezó a resultar demasiado intenso para soportarlo. Su boca recorría mi piel con devoción y deseo, y antes de que pudiera advertirle de la oleada devastadora que estaba a punto de arrastrarme, me estremecí entre sus brazos, temblando de placer mientras él seguía acompañando cada uno de mis movimientos.

—Me encanta sentirte así —murmuró con la voz ronca.

Sin permitirme recuperar el aliento, volvió a buscar mis labios y me envolvió entre sus brazos. Todo mi cuerpo seguía sensible por el placer reciente y, aun así, parecía desear más. Mucho más.

—Joder, qué hermosa eres —gruñó contra mi piel, completamente dominado por el deseo, mientras me hacía perder la razón exactamente igual que yo a él.

En algún momento, sus caricias se volvieron más lentas, más exploratorias. Había cierta curiosidad en sus gestos, cierta necesidad de descubrir cada rincón de mí. Y lo dejé hacerlo. Confiaba en él más de lo que jamás había confiado en nadie.

—¿Es esto lo que quieres? —preguntó con la voz grave, observándome atentamente.

Mi cuerpo respondió antes que mis palabras.

—Sí —susurré, incapaz de apartar los ojos de los suyos—. Te quiero a ti.

Su expresión se suavizó apenas un instante, como si aquella respuesta significara más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Sus labios continuaron recorriendo mi piel con una mezcla de ternura y deseo que me dejó completamente indefensa. Cada beso

aumentaba mi ansiedad, mi necesidad, mi deseo de sentirlo aún más cerca.

—Impaciente... —me provocó con una sonrisa divertida.

Y, por increíble que pareciera, aquella simple sonrisa terminó de desarmarme por completo.

—La culpa es tuya —repliqué sin aliento.

Su risa grave resonó entre nosotros mientras volvía a besarme, y durante unos instantes olvidé todo lo demás. El miedo. Las dudas. El futuro.

Solo existíamos Liam y yo.

Sentía aquella sensación ya familiar formándose cada vez con más intensidad en mi bajo vientre y estaba segura de que, sin demasiado esfuerzo, conseguiría hacerme llegar al orgasmo otra vez.

De repente, me tumbó sobre la cama, me colocó de lado, de espaldas a él, mientras sus manos recorrían mis curvas con auténtica adoración.

—Eres jodidamente hermosa —veneró, y me sentí exactamente como él decía que era.

Sentí su erección detrás de mí, deslizándose entre mis piernas, con la punta presionando mi entrada.

—Va a doler un poco, pero si se vuelve insoportable, solo tienes que decírmelo y me detendré al instante.

Las caricias que me dedicaba con la mano libre sobre el pecho conseguían aliviar parte de la tensión por lo que estaba a punto de suceder. Lo único que quería era que continuara.

—No va a doler. Confío en ti. Fóllame de una vez, doctor Depravado —supliqué, consumida por un deseo insoportable.

Me mordisqueó la nuca y el roce de su barba sobre mi piel me hizo estremecer de pies a cabeza.

—Doctor Depravado, a su servicio —respondió con voz ronca mientras su masculinidad se abría paso lentamente en mi interior.

La sensación era extraña, no podía negarlo, pero en cuanto comenzó a acariciar mi clítoris y a pellizcar suavemente mi pezón, toda mi atención se desvió de su cuerpo invadiéndome.

Todo parecía demasiado y, al mismo tiempo, exactamente lo que quería.

Cuando terminó de llenarme por completo, se quedó quieto durante un instante y supuse que me estaba dando tiempo para acostumbrarme a su tamaño.

—Joder... eres tan estrecha que no voy a durar nada así. —Me giró el rostro hacia él y nos besamos con intensidad mientras dos de sus dedos se hundían en mi interior y la otra mano seguía acariciando y provocando mi pezón.

Cuando comprobó que estaba completamente entregada a él, cada vez más húmeda bajo sus caricias, empezó a moverse. Al principio despacio y, conforme percibía que me acercaba al límite, intensificó el ritmo de sus embestidas.

Liam empezó a hacerme el amor de verdad, aunque en cada movimiento seguía transmitiendo el cariño que sentía por mí, quizá incluso algo más. Todo era demasiado. Ya no podía soportar tantas sensaciones invadiéndome al mismo tiempo y mi cuerpo comenzó a temblar entre sus manos, alrededor de él, con cada embestida que me regalaba.

Cuando se dio cuenta de que me corría con fuerza, dejó de contenerse y encontró su propio placer junto al mío.

Ambos gemíamos y pronunciábamos palabras incoherentes hasta que, finalmente, nuestros cuerpos se fueron calmando y los espasmos disminuyeron.

—Dios mío, eso fue... —empecé a decir.

—El mejor polvo de mi vida —completó detrás de mí.

Miré por encima del hombro en su dirección y sonreí de oreja a oreja.

—Sí, el mejor polvo de mi vida —coincidí.

Salió lentamente de mi interior. Me giré para quedar frente a él y nos observamos durante varios segundos.

A pesar de todo lo que me había hecho sentir y de lo carnal, intenso y arrollador que había sido, también había sido mucho más que eso. Sentía que para ambos había significado mucho más que un sexo increíble y darme cuenta de ello cuando mi cuerpo empezaba a calmarse y el deseo se disipaba lentamente por mis venas me recordó cuánto no quería perder nada de aquello. Necesitaba a Liam. Era todo lo que quería. Y comprender que eso podía cambiar muy pronto apagó parte del encanto que me había envuelto apenas unos segundos antes.

Y entonces ocurrió algo que debería haber sido perfecto, algo que necesitaba escuchar y que había deseado durante tanto tiempo, pero que tuvo exactamente el efecto contrario cuando su mano acarició mi rostro con ternura y pronunció unas palabras que jamás imaginé oír de sus labios y que, por desgracia, llegaron en el peor momento posible:

—Te amo, Chloe —confesó con voz ronca, cargada de una emoción desnuda y sincera.

Mi mundo se detuvo.

El tiempo se congeló y la gravedad pareció dejar de existir. Mis ojos se abrieron de par en par. La respiración me falló. Todo mi cuerpo se estremeció.

Su mirada me decía que hablaba en serio y, joder, cuánto deseaba decirle que yo también lo amaba. Porque sí, lo amaba. Aunque todo hubiera empezado de la forma equivocada, con el paso de los días, con nuestra cercanía, todo había cambiado. Y si me hubiera dicho aquello unos días antes, mi reacción habría sido completamente distinta.

Pero mi vida se había puesto patas arriba y no podía ser egoísta y pensar solo en mí y en lo que quería: a él.

La garganta se me cerró. Un nudo ardiente subió desde el pecho hasta los ojos y necesité todo mi autocontrol para no derrumbarme allí mismo. Las ganas de gritar, llorar, reír y susurrarle

que también lo amaba parecían palpables dentro de mí y el descontrol de mi corazón no hacía más que confirmarlo.

Sin embargo... no podía.

No sería justo. Ni honesto. No podía implicarlo todavía más en mi vida sabiendo la bomba de relojería que llevaba dentro de la cabeza. Mucho menos después de todo lo que me había contado unas horas antes, durante el vuelo. Porque solo había una cosa segura en ese momento: todo podía terminar de forma cruel en cualquier instante y sería él quien sufriría las consecuencias si prolongábamos lo que teníamos.

Sin saber qué responder y sin soportar por más tiempo la ansiedad reflejada en sus ojos mientras esperaba una respuesta, hice lo único que podía hacer en aquel momento y esperé que comprendiera las palabras que era incapaz de pronunciar.

Lo atraje hacia mí con fuerza, escondí el rostro en su cuello y, en lugar de responder... lo besé. Lo besé como si aquella fuera mi única manera de hablar. Lo besé como si pudiera pedir perdón sin necesidad de palabras.

Porque lo amaba. Joder, cómo lo amaba. Pero no podía decírselo. Todavía no. Y quizá nunca podría.

CAPÍTULO 38
CHLOE DAVIS

La luz del final de la mañana se filtraba por las ventanas del coche mientras recorríamos las amplias avenidas de Manhattan.

Liam conducía un coche de alquiler con tranquilidad, la mano izquierda sobre el volante y la derecha descansando de vez en cuando sobre mi muslo, como si necesitara ese contacto constante para asegurarse de que yo seguía allí.

El problema era... ¿realmente lo estaba?

Físicamente sí, claro. Pero mi mente era un caos absoluto.

Desde que dijo aquellas tres palabras —aquellas palabras que parecían tener el poder de poner mi mundo patas arriba— no conseguía encontrar paz dentro de mí.

Te amo, Chloe.

La forma en que lo dijo. La forma en que me miró al pronunciarlo. La opresión sutil que sentí en el pecho al darme cuenta de que esperaba que yo respondiera lo mismo y no lo hice.

No por falta de ganas.

Sino porque... ¿cómo podría? ¿Cómo podría hacerle eso, sabiendo lo que sé? Lo expondría a un sufrimiento innecesario, a la misma angustia que me consumía día tras día. No merecía cargar también con ella, sobre todo si sus sentimientos eran tan sinceros como yo creía. Y no podría vivir con esa culpa.

En cuanto Liam se despertó, porque yo no había conseguido pegar ojo después de que nos ducháramos, comentó que su madre, Elisabeth Walker, nos había invitado a almorzar en su casa antes de regresar a Boston. Ya estábamos por la zona, ¿cómo iba a negarme?

Por eso reconocí la mansión, un lugar que había visitado algunas veces durante la adolescencia junto a Mel para asistir a fiestas que, por desgracia, no siempre terminaron bien. La verdad era que apenas toleraba a Elisabeth. Nunca acepté la manera

irrespetuosa en que trató a mi amiga en el pasado y, aunque ahora ambas se soportaran porque formaban parte de la misma familia y ella le había pedido disculpas a Mel, eso solo había logrado disminuir un poco el resentimiento que sentía hacia ella.

Aun así, no era una situación sencilla. Claro que coincidíamos en los cumpleaños de los niños o en los almuerzos que organizaba Bryan y a los que siempre me invitaban. Sin embargo, yo me limitaba a ser educada e intentaba mantener cierta distancia.

Pero era la madre de Liam y, aunque él nunca se hubiera preocupado demasiado por su opinión, jamás me opondría a visitarla cuando apenas veía a sus padres debido al ritmo frenético de vida que llevaba. Solo sería una tarde. *Podría sobrevivir a ello.*

Detuvimos el coche frente a una mansión imponente. Observé los ventanales altos, tan elegantes como los recordaba. Liam apagó el motor y me miró de reojo, con una suave sonrisa en los labios.

—¿Lista? —Su voz conservaba aquel tono sereno de siempre, pero no pude ignorar el leve destello de decepción en sus ojos.

No me reprochó nada. Ni me presionó. Pero sabía que estaba decepcionado porque no le había dicho que sentía lo mismo, y aquello me estaba destrozando.

—Lista. —Forcé una sonrisa y salí del coche.

La mansión de sus padres era el reflejo perfecto del buen gusto y la sofisticación. Paredes en tonos claros, obras de arte discretas que probablemente valían más que mi coche y muebles clásicos de madera oscura contrastaban con tapizados elegantes en tonos suaves. El aroma de rosas frescas mezclado con algo que me recordó a una tarta de manzana flotaba en el ambiente.

Elisabeth estaba exactamente como imaginaba que estaría. Con una postura impecable, el cabello gris perfectamente cuidado, una mirada penetrante y una sonrisa cálida capaz de suavizar toda su imponencia.

—Chloe, querida. —Me saludó con un abrazo sorprendentemente afectuoso—. Tenía muchas ganas de volver a verte. Liam habla muchísimo de ti... y siempre maravillas.

Confieso que no esperaba una bienvenida tan cordial. Sabía perfectamente que era la mejor amiga de Mel y siempre había sido consciente de cómo la trató. Aun así, decidí aferrarme a lo que Mel repetía en los últimos meses: «Está mejorando y, al menos, intenta ser menos bruja». Respiré hondo y me prometí que intentaría comportarme como una mujer educada y no como la amiga resentida que todavía llevaba dentro.

Sentí la mirada de Liam quemándome la piel cuando Elisabeth dijo aquello. Permaneció cerca de mí en todo momento, como siempre hacía. Su mano descansaba suavemente sobre la parte baja de mi espalda cada vez que se acercaba. Pero incluso entre conversaciones ligeras, sonrisas discretas y copas de vino servidas en cristal fino, no conseguía relajarme por completo.

La amabilidad de su madre, el orgullo contenido con el que hablaba de la trayectoria de su hijo y la admiración que sentía por el extraordinario médico en que se había convertido... todo eso no hacía más que aumentar el peso que llevaba dentro, como si todavía estuviéramos representando nuestra farsa.

La comida estaba deliciosa. Una mesa abundante con pasta, ensaladas frescas y una tarta de manzana que confirmaba el aroma que había percibido al entrar. Pero apenas pude disfrutarla. Me di cuenta de que habían preparado pasta por mí, porque Liam solo llenaba su plato de ensaladas y proteínas. Igual que su madre. A diferencia del señor Walker, que era el único que realmente me acompañaba.

Siempre me había caído bien. Aunque también estuviera obsesionado con el trabajo y hubiera tenido parte de responsabilidad en todo lo que Bryan tuvo que hacer en el pasado.

Cada vez que levantaba la vista y encontraba a Liam observándome con aquella sonrisa contenida en la comisura de los labios, sentía un nudo en el estómago.

Él me amaba.

Y yo...

Yo estaba a punto de romperle el corazón.



Al terminar el almuerzo, Elisabeth nos ofreció café. Liam acercó la silla a la mía y se aproximó un poco más; su pierna rozó la mía. Entrelazó sus dedos con los míos y los apretó suavemente, sin decir una sola palabra. Era un gesto sencillo, pero lo decía todo.

Sonreí, aunque no pude evitar que mi mirada vacilara al notar que el brillo de sus ojos había disminuido. Eso solo me hizo pensar que se había dado cuenta. Sin embargo, desvió la atención hacia su padre, que hablaba sobre la empresa, y sentí cómo su pulgar acariciaba el dorso de mi mano con suavidad.

Yo estaba allí, pero mi mente era un torbellino de pensamientos contradictorios que me hacía sentir asfixiada por la situación en la que lo había metido. Empecé a preguntarme cuánto tiempo más podría cargar con aquel secreto sin destrozarnos a los dos.

La tarde transcurrió en calma y la suave luz de Manhattan ya se filtraba por los amplios ventanales. Liam y el señor Walker se apartaron para hablar de algunos asuntos de la empresa y aprovecharían la visita para enviar ciertos documentos a Bryan. No me pasó desapercibido que, aunque Liam no estuviera directamente involucrado, era evidente que siempre consultaban su opinión, quizá porque formaba parte del consejo y era uno de los socios del grupo Walker.

Me quedé a solas con Elisabeth en el elegante salón mientras ella comentaba algunos eventos importantes a los que tendría que asistir aquel mes y lamentaba no poder visitar a sus nietos en Nueva York.

—Andrew ha dicho que vendrá a pasar unos días aquí durante sus vacaciones. Y Hannah también. Veremos si al final lo consigue.

Sonreí con sinceridad porque, al menos en eso, sabía que era completamente genuina: el amor que sentía por sus nietos.

—Creo que, al ser su casa y un lugar al que está acostumbrado a venir, no tendrá problemas para adaptarse. Sobre todo porque su hermana estará con él —comenté, y vi cómo sus hombros se relajaban.

—Tienes razón. Espero que lo consigan. Ha mejorado muchísimo.

Asentí. Entonces se acercó con la naturalidad y la autoridad de quien está acostumbrada a conducir conversaciones delicadas. Se sentó en el sillón junto al mío y, con una sonrisa contenida, cruzó las piernas mientras me observaba con intensidad, lo que llamó mi atención.

—Chloe, querida... —comenzó con una voz mucho más dulce de lo que jamás habría imaginado—. Me acuerdo de ti desde los tiempos de la adolescencia. Tú y Liam siempre fuisteis muy cercanos, amigos inseparables, cuando él todavía estaba con Mel, ¿verdad?

Asentí, intentando averiguar adónde quería llegar.

—Confieso que cuando supe que os habíais reencontrado y que estabais juntos... —sus ojos brillaron con una calidez casi maternal— me alegré de verdad.

Mi corazón dio un vuelco ante la sinceridad de sus palabras. Sonreí e intenté disimular el nerviosismo que comenzaba a instalarse en mi pecho. Antes de que pudiera responder, continuó:

—Nunca había visto a mi hijo así, Chloe. Nunca. Ni siquiera cuando estaba con Melissa. —Soltó una pequeña risa nasal—. Claro que entonces eran solo adolescentes, pero era evidente que le gustaba. —Un leve rubor cubrió su rostro y abrió mucho los ojos—. Dios mío, perdóname. No sé si hablar del pasado puede incomodarte.

—No me incomoda —respondí con sinceridad—. Es parte de la historia de ambos. Yo también formé parte de ella y no pasa nada. Hemos crecido, hemos madurado. Mel está con quien debía estar y Liam también.

Mi encogimiento de hombros dejó entrever que recordaba perfectamente lo que había hecho para separar a mi amiga de su otro hijo.

Se aclaró la garganta y volvió a hablar de Liam.

—Tienes razón y me alegra ver que eso no ha afectado vuestra amistad. —Sus ojos se desviaron hacia el lugar donde estaba mi novio y luego volvieron a mí—. Liam siempre ha sido... bueno, ya lo sabes. Centrado, disciplinado con los estudios. Pero siempre ha hecho las cosas a su manera y nunca le ha importado demasiado nuestra opinión, lo que nos preocupaba por su futuro. Además, siempre fue tan escéptico con las relaciones que, sinceramente, ya no pensaba que fuera a casarse algún día —bromeó.

Forcé una sonrisa. El tema empezaba a incomodarme.

—Es una persona maravillosa y simplemente tiene sus propias convicciones. No hay nada malo en hacer lo que uno considera mejor para sí mismo —defendí a mi novio, como si hubiera percibido una crítica velada por no haber permitido que lo manipularan como a su hermano.

Respiró hondo y asintió.

—Sí, tienes razón. Es maravilloso y no podría sentirme más orgullosa del extraordinario neurocirujano en que se ha convertido. No me malinterpretes. Solo quiero decir que me sorprende la forma en que te mira... —Sus palabras me tomaron por sorpresa—. La forma en que se comporta cuando está contigo. Y eso me hace estar completamente segura de que eres diferente para él. —Inclinó ligeramente la cabeza y añadió con una sonrisa amable—: Me haría muy feliz verte formar parte de nuestra familia.

Casi me atraganté con el café.

¿Familia?

¿Matrimonio?

Tragué saliva y forcé una sonrisa educada, aunque por dentro el pánico comenzaba a golpearme las sienes.

—Vaya, Elisabeth, es muy amable por su parte decir eso —respondí con tono ligero—. Pero... aún es pronto para hablar de algo así. Estamos conociéndonos como pareja y disfrutando del momento. —Dudé un instante—. Yo también lo quiero mucho.

—¿Solo lo quieres? —preguntó con curiosidad, observándome como si intentara leerme por dentro, lo que me hizo sentir todavía más incómoda—. Algo me dice que es mucho más que eso.

No respondí. Volví a beber café, nerviosa, y ella dio el tema por zanjado con una última frase:

—Todo llega a su tiempo. Incluso cuando una mujer lo sabe... simplemente lo sabe.

Sonreí otra vez, esta vez con más dificultad, y desvié la mirada hacia la ventana. Mi corazón latía con fuerza.

Aquella conversación no hizo más que apretarme todavía más el pecho, como si el nudo que llevaba dentro desde la noche anterior siguiera creciendo.

Pocos minutos después, los dos regresaron y, como ya se acercaba la hora acordada con el piloto para volver, Liam apoyó suavemente la mano en mi cintura y me susurró:

—Preciosa, tenemos que irnos. Mañana entro temprano de guardia y, entre el evento y el viaje, necesito una buena noche de descanso para sobrevivir.

Asentí y agradecí en silencio aquella excusa perfecta. Necesitaba espacio. Necesitaba aire. Desde que todo ocurrió y mi mundo se vino abajo, apenas había tenido tiempo para mí, para ordenar mis pensamientos, y lo necesitaba desesperadamente.

Nos despedimos con abrazos y sonrisas. Elisabeth tomó mis manos con delicadeza y susurró:

—Vuelve más a menudo, querida.

Sus palabras siguieron resonando en mi mente mientras conducíamos hasta el aeropuerto de Teterboro, donde el jet privado de Liam nos esperaba. El viaje de vuelta sería corto, pero dentro de mí el tiempo parecía suspendido.

Permanecí sentada en el asiento de cuero, observando por la ventanilla cómo el atardecer teñía los edificios de Nueva York de tonos dorados y ámbar.

Liam intentó acercarse. Quiso llevarme al dormitorio y sabía perfectamente por qué. Y aunque todo en mí gritaba que fuera con él, no pude hacerlo. No me parecía correcto. Así que inventé que estaba cansada, que me dolía la cabeza, y él simplemente asintió. Pasó el resto del vuelo acariciando mi mano con ternura mientras yo me perdía en el caos que me consumía.

Me dolía el pecho. Me había llevado a conocer a su madre. Aunque ya la conociera, era la primera vez que me presentaba oficialmente como su novia. Me había mostrado una parte íntima de su vida. Me había dicho que me amaba. Quería más. ¿Y yo? Yo no podía prometerle eso. No después de todo lo que había descubierto.

Podía amarlo con toda mi alma, y lo amaba, aunque nunca se lo hubiera dicho. Pero no podía condenarlo a vivir con la incertidumbre y el miedo de perderme en cualquier momento.

Mis manos temblaron ligeramente sobre mi regazo y cerré los ojos, tragándome el nudo que me subía por la garganta.

Quizá... la única salida justa fuera terminar con todo. Antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que se hundiera todavía más.

Cerré los ojos y respiré hondo. El suave zumbido de los motores amortiguó el torbellino que llevaba dentro. Y, aun cuando aquella decisión empezaba a tomar forma, una lágrima silenciosa resbaló por mi mejilla.

No quería perder a Liam.

Pero quizá era la única manera de protegerlo.



La noche cayó en silencio cuando regresamos a nuestro barrio. El taxi se detuvo frente al edificio donde vivíamos y, antes incluso de

que Liam abriera la puerta de mi apartamento, Freddie salió disparado moviendo la cola frenéticamente, con la lengua fuera y la alegría de quien por fin vuelve a casa. Bryan y Mel habían cuidado de él mientras estuvimos fuera y ahora parecía completamente ajeno al peso que llevaba sobre el pecho y al que ya empezaba a sentir también por él, porque incluso mi perro sufriría las consecuencias de la decisión que había tomado.

Liam sonrió con esa sencillez que siempre lograba desarmarme y se agachó para acariciar la cabeza del perro.

—Hogar, dulce hogar, ¿eh, Fred? —murmuró. Después metió nuestras maletas en el apartamento y me miró con aquel brillo tierno que hacía tambalear todo dentro de mí.

Sonreí apenas, pero la sonrisa no alcanzó mis ojos.

El cansancio flotaba sobre nosotros. Un cansancio físico, sí, pero lo que me aplastaba era otra cosa. Un agotamiento emocional provocado por todas las decisiones y pensamientos contradictorios que me estaban consumiendo.

Liam dejó las llaves sobre la consola de la entrada y, con un suspiro cansado, murmuró:

—Voy a coger algo de ropa limpia para después y también para mañana temprano, antes del trabajo.

Cuando se acercó a la puerta, antes de que diera otro paso, lo llamé:

—Liam.

Mi mano temblaba. Sabía perfectamente lo que estaba a punto de hacer. Y aun así, sentía que todo mi cuerpo gritaba para que no dijera nada.

Giró la cabeza despacio y sus ojos verdes almendrados se encontraron con los míos. Una mirada tranquila. Confiaba tanto en mí. Eso me destrozaba.

—¿Chloe? —preguntó en voz baja, suave—. ¿Qué pasa? ¿Necesitas algo?

Tragué saliva y desvié la mirada unos segundos mientras retorcía las manos por puro nerviosismo. Era ahora o nunca.

—Yo... —La garganta se me cerró, pero me obligué a continuar —. Creo que... sería mejor que durmiéramos separados esta noche.

La expresión de su rostro se quebró ante mis ojos. Frunció el ceño, la mandíbula se tensó ligeramente y sus labios quedaron entreabiertos, como si no estuviera seguro de haber escuchado bien.

—¿Cómo?

Me ardía el pecho. Apenas podía respirar. Pero tenía que seguir.

—Liam... creo que es lo mejor ahora mismo.

Soltó una risa incrédula, vacía de humor. Se llevó una mano a la nuca, se pasó los dedos por el cabello hasta dejarlo despeinado —una señal inequívoca de su nerviosismo— y se apartó unos pasos.

—Esto... esto es por lo que te dije la otra noche, ¿verdad? —Su voz salió más dura, quebrada por la emoción—. ¿Por eso llevas actuando raro desde ayer? Apenas me hablaste en el avión, dijiste que te dolía la cabeza. Todo para que no te tocara... ¿Era eso?

No respondí. No hacía falta. Mi silencio gritó la verdad con más fuerza que cualquier palabra.

Negó con la cabeza. Sus ojos brillaron con una mezcla de rabia contenida y decepción que me partió el alma.

—No te obligué a corresponderme, Chloe —dijo en voz baja, tensa—. Nunca te pedí que me amaras. Solo fui sincero contigo sobre algo que ni yo mismo quería aceptar.

Cerré los ojos. El estómago se me revolvía por las náuseas, pero aun así hablé con la voz rota:

—Lo sé, lo sé. Pero yo... ahora mismo tengo otras prioridades, Liam. Estamos yendo demasiado rápido. Esto iba a ser una farsa. Una relación falsa. De repente nos convertimos en amigos con beneficios y, sin darnos cuenta, ya dormíamos juntos todas las noches... Simplemente no estaba preparada para esto. En realidad, sigo sin estarlo —mentí con el corazón hecho pedazos.

Me observaba fijamente. Sus ojos ardían y su pecho subía y bajaba con una agitación imposible de ocultar.

—¿Otras prioridades? —Su tono fue como un puñetazo en pleno rostro y comprendí, por la decepción reflejada en su cara, que él había sentido exactamente lo mismo.

Asentí despacio mientras una lágrima escapaba de mis ojos. Lo sabía. Odiaba tener que mentirle, pero necesitaba herirlo ahora para no destruirlo después.

—Liam... —Intenté construir otra excusa para que lo entendiera —. Hasta hace un mes y medio eras un mujeriego. Te acostabas con cualquier mujer que te sonriera. ¿Y ahora...? ¿De repente ya me amas? —fingí incredulidad.

Las palabras salieron como veneno. No porque las creyera, sino porque sabía que él sí las creería. Y eso era exactamente lo que buscaba. Alejarlo. Conseguir que se rindiera. Aunque me estuviera destrozando por dentro.

—Nunca mentí cuando te dije que te amo. —Liam dio un paso atrás, con la mandíbula rígida y la mirada rota—. Esto es una completa locura, Chloe. Tengo la sensación de que te estás inventando todo esto. —Negó con la cabeza mientras respiraba con dificultad—. Si no sientes lo mismo o ya no quieres seguir conmigo, bastaba con decirlo. No hacía falta inventar un montón de excusas ridículas para alejarme.

Abrí la boca para responder. Para decirle la verdad. Para contarle lo del aneurisma. Para suplicarle que no me odiara. Pero me callé. Dejé que creyera aquello. Era mejor así.

Se dio la vuelta y caminó hacia su maleta, que estaba junto a la mía. Después pasó a mi lado con una frialdad en la mirada que me atravesó como una cuchilla. Di un paso hacia él con la intención de impedir que se marchara, porque sabía que sería para siempre y que la culpa era únicamente mía. Pero sus palabras fueron breves y directas:

—Cuídate, Chloe.

La puerta se cerró a su espalda. El eco sonó como el crujido de un hueso rompiéndose dentro de mí.

Caí sobre el sofá. Mi cuerpo se derrumbó y, en el instante en que apoyé la frente sobre las rodillas, los sollozos me desgarraron.

Lloré como no lloraba desde hacía años. Lloré por la mentira que me había visto obligada a inventar. Lloré por la culpa. Lloré por él.

Porque, por primera vez en mi vida, sabía lo que significaba perder al hombre que amaba.

CAPÍTULO 39
LIAM WALKER

No sabía exactamente cómo mis piernas me habían llevado hasta el apartamento. Solo sé que me fui. La maleta pesaba menos que el peso que llevaba en el pecho. El clic de la puerta al cerrarse detrás de mí sonó más fuerte que cualquier alarma de emergencia que hubiera escuchado jamás en el hospital.

No podía dejar de oír su voz diciendo:

Estamos yendo demasiado rápido. Necesito tiempo.

¿Tiempo?

Yo quería darle todo el tiempo del mundo, pero a mi lado. No un tiempo que significara una distancia que jamás imaginé que existiría entre nosotros.

La cabeza me latía con cada paso. Sus palabras resonaban como un bisturí raspando un hueso:

¿Hace apenas un mes eras un mujeriego y ahora, de repente, me amas?

Aquello dolió mucho más de lo que imaginaba. Como un bisturí hundiéndose en mi pecho sin ninguna clase de cuidado ni anestesia. Sabía perfectamente que mi historial no era el mejor, pero desde que habíamos llegado a aquel acuerdo, le había sido fiel. Y después de que empezáramos a involucrarnos de verdad, ya no fui capaz de mirar a ninguna otra mujer.

Puede que ella no lo supiera, pero nunca se lo había dicho a nadie. Ni siquiera a Mel, que fue lo más cerca que estuve de enamorarme, aunque nunca llegué a sentir algo así de verdad. Solo con ella.

Solté una risa vacía al dejarme caer en el sofá de mi apartamento, un lugar en el que apenas había estado durante las últimas semanas. Era una risa amarga, de esas que se escapan cuando la única alternativa es romper algo.

Miré a mi alrededor y aquel sitio ya no parecía mío. Poco después, dejé la maleta tirada en el salón y fui directamente al baño. Me lavé la cara. Apoyé las manos sobre el lavabo y me quedé mirando mi reflejo en el espejo mientras sus palabras volvían a perseguirme y sentía cómo el pecho se me encogía por la angustia.

Jamás imaginé que, después de anoche, todo terminaría de aquella manera. Parecíamos estar bien. Aunque en los últimos días Chloe hubiera estado extraña, más distante, más reservada. Aun así, pensé que no era más que cansancio físico.

Me senté en el sofá. No encendí la televisión. No miré el móvil. Simplemente me quedé allí, acompañado por un silencio que no dejaba de golpearme la cabeza.

Quizá el doctor Smith tenía razón. Quizá esto era el amor. Pero amar solo no obraba milagros. Al fin y al cabo, había pasado demasiado tiempo en quirófano viendo que, a veces, ni siquiera la mejor técnica lograba salvar aquello que estaba destinado a romperse.

Cogí una manta y me tumbé en el sofá, porque acostarme en la cama me recordaría a ella. Aunque las veces que la traje aquí habían sido pocas, estaba seguro de que, al recostarme allí, lo único que encontraría sería su perfume, y eso me haría mucho más daño del que ya sentía en ese momento.

Expulsé el aire de los pulmones lentamente e intenté cerrar los ojos, pero no pude. En lugar de eso, me quedé allí, pensativo, repasando todo lo que había ocurrido durante las últimas horas, durante los últimos días, intentando entender qué había pasado, dónde me había equivocado, qué era lo que se me escapaba. Porque, de alguna manera, sentía que faltaba una pieza importante en aquel rompecabezas y que solo podría seguir adelante cuando entendiera qué había sucedido realmente.



Me desperté antes de que sonara el despertador otra vez. El sol apenas había comenzado a salir, pero yo ya estaba de pie. Me calcé las zapatillas de correr y cerré la cremallera de la chaqueta con un tirón impaciente.

Cinco días.

Correr despeja la mente, Liam. Correr ayuda a no pensar... a no pensar en ella.

Al menos eso era lo que me repetía a mí mismo.

Las calles seguían húmedas por el rocío de la madrugada y la brisa fría me golpeaba el rostro mientras mis zapatillas impactaban contra el asfalto al ritmo exacto de mi irritación.

Los auriculares reproducían *Bohemian Rhapsody*, pero ni siquiera eso conseguía silenciar mis pensamientos. Al contrario, hasta escuchar a mi banda favorita se había convertido en una tortura devastadora, porque me recordaba cómo cerraba sus ojos color esmeralda cada vez que se burlaba de las canciones que tanto me gustaba escuchar.

Doblé la esquina de una avenida y fue entonces cuando la vi: una mujer pelirroja, con el mismo tono de cabello que ella, cruzando el paso de peatones. El pecho se me encogió al instante. La postura, el abrigo, incluso la forma en que se colocó el cabello detrás de la oreja... era exactamente igual que mi pelirroja.

Ya no es tuya, Liam.

Respiré hondo. Me detuve unos segundos con la respiración acelerada, apoyé las manos sobre las rodillas y seguí observando cómo la mujer se alejaba.

No es ella, Liam. No seas idiota.

Tragué saliva, exhalé con fuerza y aceleré el paso como si pudiera correr más rápido que los recuerdos. Llegué a casa empapado en sudor, me duché y fui directamente al hospital.

Todo el día fue una provocación.

En la primera consulta de la mañana entré en la sala y la paciente tumbada en la camilla me miró. En cuanto leí su nombre en

la ficha de la tableta que llevaba en las manos, mi corazón se saltó un latido.

—Chloe Ramírez, ¿cómo se encuentra? —pregunté, con una extraña sensación en la punta de la lengua solo por verme obligado a pronunciar el mismo nombre que el de ella.

El nombre me golpeó como una maza en el estómago. Aun así, aunque por dentro me sintiera devastado, me obligué a mantener la compostura. La saludé con una sonrisa mecánica y fui directo al grano.

Más tarde me llamaron para una valoración en un caso de urgencia. En cuanto entré en la sala, allí estaba la paciente: una pelirroja tumbada en la camilla, con el cabello extendido sobre la almohada blanca. Cerré los ojos durante un segundo y exhalé profundamente antes de acercarme.

Aquello empezaba a irritarme.

La vida parecía burlarse de mí con cada detalle, con cada recuerdo sembrado a propósito. En cuanto salí de la sala, antes de dirigirme a la planta quirúrgica, fui al baño y observé mi reflejo en el espejo una vez más. Me fijé en la barba crecida, en las ojeras marcadas y en los hombros caídos.

Era un completo desastre. Un auténtico caos. Y la culpa era enteramente suya.

No podía seguir así por un rechazo. Necesitaba levantarme y seguir adelante. Nunca había sido de llorar ni de lamentarme por perder a una mujer. No podía convertirme en esto ahora.

Me lavé la cara, esperando sentirme mejor después de hacerlo. Respiré hondo y me hablé a mí mismo frente al espejo:

—Tienes que recomponerte. Concéntrate en lo que importa, en tu trabajo, en tu ascenso y, sobre todo, en salvar vidas.

Asentí, más decidido conmigo mismo, aunque en el fondo sabía que unas simples palabras de ánimo no iban a cambiar todo aquello.

Cuando el turno finalmente terminó al día siguiente, dispuesto a poner en práctica mis propias palabras, le envié un mensaje breve a

Matt:

Bebida esta noche. Invito yo.

Me respondió con un «Me apunto» en menos de un minuto.



El bar estaba casi lleno.

Sonaba música suave, la iluminación era cálida y ocupábamos la mesa del rincón que siempre elegíamos. Matt llegó con su actitud despreocupada de siempre, la corbata colgada sobre el hombro y la chaqueta apoyada en el respaldo de la silla.

—Tío... estás hecho polvo —dijo sin rodeos después de dar un trago a su cerveza—. Te he visto después de guardias de treinta y seis horas y parecías mucho más entero.

Arqueé una ceja mientras daba un sorbo a un whisky doble. La cerveza no parecía suficiente para aliviar lo que sentía. Necesitaba algo más fuerte.

—Gracias por el cumplido —ironicé, poniendo los ojos en blanco.

Permaneció en silencio, limitándose a observarme. Sabía que intentaba analizarme para averiguar qué había pasado, porque, por supuesto, no se lo había contado a nadie. Resultaba extraño asumir que ya no estábamos juntos, aunque esa fuera la realidad.

—¿Hablas en serio? ¿Qué ha pasado?

Solté una risa apagada y negué con la cabeza.

—Solo estoy cansado.

Alzó una ceja y me miró como si no creyera ni una sola palabra.

—Liam... estás haciendo muchas más horas de las normales en el hospital. ¿Tres guardias extra esta semana? Eso va a pasarte factura.

Suspiré mientras observaba el líquido ámbar de mi vaso.

No quería hablar de ella. No quería pensar en ella. Pero, por más que intentara olvidarla a cada instante, parecía una misión imposible.

Simplemente no salía de mis pensamientos. Llegar a casa era una tortura insoportable, porque el hecho de que su puerta estuviera justo enfrente de la mía no hacía más que empeorar las cosas al saber que estaba allí. Tan cerca y, aun así, tan lejos.

Por eso sí, quedarme en el hospital parecía la mejor opción. Sin embargo, la gente empezaba a darse cuenta y notaba claramente los murmullos entre las mujeres cuando pasaba. Sobre todo cuando Luna, la médica con la que había salido algunas veces, entró en una de las habitaciones de los residentes y me encontró durmiendo. Por la forma en que entrecerró los ojos, supe que sospechó que algo había ocurrido, porque mi turno ya había terminado.

Inspiré y espiré despacio. Durante un instante consideré que quizá desahogarme con alguien me haría bien. Había pensado en hacerlo con mi hermano, pero había tenido que hacer un viaje corto esa semana y aún no había regresado.

—Chloe y yo... nos hemos dado un tiempo —solté de golpe.

Matt frunció el ceño. La sorpresa invadió sus ojos.

—Joder... eso explica muchas cosas. —Se llevó la botella a los labios y, cuando la dejó sobre la mesa, volvió a mirarme—. Lo que no entiendo es que, por lo que me contaron algunos que estuvieron en el evento, parecíais locamente enamorados. Y de eso hace apenas unos días.

—Ya. Bienvenido a la pregunta del millón de dólares —bromeé.

Matt me observó con una especie de compasión que me incomodó. Negué con la cabeza.

—Estoy intentando olvidarla. Pero todo me recuerda a ella, como si estuviera en todas partes. —Pensé en decirle que hasta al respirar sentía su perfume. Que miraba a mi alrededor y veía su cabello en otras mujeres. Que incluso su maldito nombre me

perseguía en las historias clínicas de mis pacientes. Pero aquello sonaría todavía más patético, así que apreté la mandíbula—. Me estoy volviendo loco.

Asintió despacio, como si entendiera más de lo que decía.

—Es una mierda, tío. Pero lo superarás. Lo harás.

Bebí otro trago y me hundí en mi propio silencio. Como si Matt supiera que cambiar de tema era justo lo que necesitaba, eso fue lo que hizo. Y aunque aquella noche yo fuera una compañía terrible, intenté concentrarme únicamente en olvidar lo que tanto me dolía.

En un momento de la noche, una mujer se acercó. Rubia, sonrisa fácil, vestido demasiado ajustado, dejando muy poco a la imaginación. Se apoyó en mi silla con naturalidad y me guiñó un ojo despacio.

—¿Puedo sentarme aquí? —preguntó con una voz excesivamente melosa.

El Liam de antes ni se lo habría pensado dos veces. Probablemente incluso le habría ofrecido mi regazo para que se sentara. Porque ella era, sin ninguna duda, el tipo de mujer que me habría llevado a casa sin pensarlo. Pero eso era antes.

Y, aun así, durante un instante... lo consideré. Una parte de mí quería hacer daño a Chloe. Quería que supiera que podía seguir adelante fácilmente, que no estaba sufriendo por nuestra ruptura.

La angustia y la decepción eran tan grandes que llegué a imaginar cómo se sentiría si llevara a aquella atractiva rubia a mi apartamento y hiciera todo aquello que sabía que ella siempre había odiado. ¿Le dolería? ¿Le dolería saber que podría ser ella la que estuviera entre mis brazos, la que recibiera cada una de mis caricias, la que tuviera mi cuerpo encima?

¿Le dolería tanto como me estaba doliendo a mí?

La mandíbula se me tensó. Aunque había llegado a pensar en esa posibilidad, no podía imaginarme vengándome de ella ni haciéndole daño. Solo imaginar que algo así pudiera afectarla me

destrozaba. Incluso después de todo, incluso después de que ella pareciera no haber tenido el mismo cuidado conmigo.

Pero yo no era así. Nunca lo había sido. Y no iba a rebajarme a eso.

Levanté una mano y le indiqué educadamente que no, sin dejar de notar la sorpresa reflejada en el rostro de Matt.

—Lo siento. Hoy tengo la cabeza en otra parte. No es una buena noche.

No podía involucrarme con otra mujer.

Porque ninguna era ella.

La rubia frunció los labios, se encogió de hombros y se marchó sin más.

Matt me miró con una media sonrisa.

—Buena elección, tío.

Me limité a asentir. Me cubrí el rostro con las manos y después me pasé los dedos por el cabello con nerviosismo. Incluso ese pequeño gesto volvió a recordármela, porque sabía cuánto le gustaba verme despeinado.

Resoplé frustrado y me bebí de un trago la mitad del vaso.

Estaba muy, muy jodido.



Ya había pasado una semana.

Siete días largos, lentos, silenciosos e insoportables.

Siete mañanas en las que me despertaba y extendía la mano hacia el otro lado de la cama por pura costumbre... y no la encontraba.

Siete noches en las que regresaba a casa y el apartamento parecía demasiado grande. Demasiado vacío. Ya no me sentía en

casa, ni siquiera en mi propio hogar.

Hasta echaba de menos a Freddie. Las veces que no estaba de guardia siempre lo llevaba a correr conmigo y, conociendo a Chloe, dudaba mucho que hubiera seguido con las carreras que tanto la animé a retomar.

Después de volver de otra carrera matutina —o casi, porque apenas dormía cuando me obligaba a salir a correr—, me di una ducha y, mientras dejaba que el agua resbalara por mi rostro, volví a recordar la forma en que había sucedido todo. Y, por primera vez, me fijé en cómo sus ojos parecían decir exactamente lo contrario de lo que salía de su boca.

No parecía algo que quisiera hacer.

Parecía algo que necesitaba hacer.

Pero era evidente que aquello no debía ser más que producto de mi imaginación, que simplemente buscaba algún motivo por el que seguir luchando. Como si creer que ella tampoco quería nada de aquello fuera justo lo que necesitaba para ir tras ella e intentar entender por qué había hecho lo que hizo.

¿Acaso nunca había sentido lo mismo?

¿O me estaba ocultando algo?

Yo era neurocirujano. Leer señales era parte de mi trabajo. Y, de alguna manera, lo que había visto en los ojos de Chloe no parecía indiferencia.

Parecía miedo.

Dolor.

A pesar de que había sido ella quien puso fin a todo, no sentía que hubiera permanecido indiferente ante lo que había hecho, y no entendía por qué no me había dado cuenta antes. Probablemente porque estaba demasiado hundido en mi propia decepción y me aferré únicamente a sus palabras.

Sin embargo, al observarlo ahora con más frialdad, tuve la sensación de que había mucho más detrás de todo aquello de lo que

realmente sabía, y una pequeña esperanza intentó echar raíces en mi pecho, susurrándome que quizá no todo estuviera perdido.



El hospital se había convertido en mi refugio y en mi prisión.

Empecé a aceptar todo lo que aparecía. Guardias extra, consultas en otros departamentos, incluso las reuniones del conglomerado Walker's que antes evitaba se volvieron más atractivas y ya ni siquiera protestaba cuando Bryan me obligaba a asistir, algo que obviamente empezó a resultarle extraño a mi hermano. Aun así, todavía no le había contado nada, aunque sospechaba que ya lo sabía. Después de todo, Mel y Chloe eran amigas y dudaba mucho que ella no estuviera ya al tanto.

El cansancio físico era más soportable que la opresión en el pecho.

Pero... no servía de nada.

Entre un paciente y otro, mi mente vagaba. Vagaba hacia ella. Recordaba los pequeños gestos, las conversaciones que compartíamos al final del día, las veces que se sentaba en mi sofá con una de mis camisas grandes puesta, el cabello despeinado... y se reía de una forma que me revolvía el estómago.

Recordaba su aroma. La manera en que encajaba contra mi pecho. El día en que apareció bajando las escaleras durante el evento... hermosa de una forma que me dejó sin aliento. La forma en que me miró aquella noche, como si yo fuera el único hombre del mundo para ella. Cómo se estremecía cuando mi mano rozaba su piel suave. Sus besos. Su risa contenida cuando la provocaba.

Incluso recordaba cuánto me gustaba que me llamara «mi doctor». Joder, cuánto me gustaba oírla decir eso. Y nuestra última noche juntos, cuando me dijo que confiaba en mí hasta el punto de entregarme algo que nunca había tenido el valor de hacer con nadie

más. Aquello tuvo tantos significados para mí... y no solo porque fuera algo que deseaba, aunque jamás se lo pedí, ni porque supiera que era un tema sensible por todo lo que había vivido con el imbécil de John, sino porque sentí que realmente confiaba en mí.

Entonces ¿por qué hizo lo que hizo, joder?

La forma en que se entregó, con aquel brillo en los ojos, no dejaba lugar a dudas. Aquello era real. Había sido real. Estaba seguro.

Y precisamente por eso nada tenía sentido. Pasé horas repasando cada conversación, cada detalle. Intenté racionalizarlo, intenté encontrar fallos, señales de que estuviera fingiendo. Pero no encontré nada. Sentía que sus sentimientos habían sido auténticos. Nadie podría fingir tan bien.

Y, aun así, me dejó. Con excusas que no tenían el menor sentido.

«Vamos demasiado rápido»... «No estoy preparada»... «Hace apenas un mes eras un mujeriego»...

La impresión que tenía era que todo aquello no era más que una defensa. Conocía muy bien ese discurso. Después de todo, yo mismo lo había utilizado antes.

Era el tipo de argumento que empleamos cuando queremos alejar a alguien sin contar la verdad.

Pero ¿cuál era la verdad?

¿Qué me estaba ocultando?

¿Había otro hombre? ¿Paul? El simple pensamiento hizo que mi mandíbula se tensara con fuerza. ¿Alguien, o el propio hijo de puta, le había dicho algo? ¿Se había dado cuenta de que yo no era suficiente?

Aquellas preguntas me torturaban todas las noches.



La mañana del décimo día estaba de pie junto a la ventana del apartamento, con una taza de café frío en la mano, contemplando la vista sin verla realmente.

Una semana y media, Chloe.

Diez días lejos de ella y seguía sin entender qué había pasado.

Si solo fui una aventura, interpretó demasiado bien su papel. Si no fui más que una diversión pasajera, me engañó como nadie lo había hecho jamás.

Quizá todo aquello fuera el destino dándome una lección por haber herido a demasiadas mujeres con las relaciones sin compromiso que solía tener. Porque, aunque siempre intentaba ser sincero respecto a lo que podían esperar de mí, algunas no escuchaban y terminaban enamorándose. Exactamente lo que me había ocurrido a mí.

Y, si lo pensaba bien, Chloe me lo había advertido. Después de todo, era una de sus absurdas reglas: no enamorarme de ella. Y yo había roto una más.

Así que el único idiota había sido yo.

Pero sé lo que vi en sus ojos. Y sabía que no fui el único que sintió algo.

Mi mandíbula se tensó. Ya no sabía cuánto tiempo más podría soportarlo. Necesitaba respuestas. Una explicación que tuviera sentido.

Porque lo que vivimos... no fue mentira. No para mí. Y dudaba mucho que lo hubiera sido para ella. No podía creerlo.

El día había comenzado como cualquier otro. Ya empezaba a sentirme entumecido por tanto trabajo.

Pero era justo lo que quería, ¿no?

Trabajar, mantener la mente ocupada, olvidar.

A finales de la mañana me crucé con la doctora Emily Zhang en la sala de descanso. Teníamos una cirugía larga a primera hora de la tarde —ella como cirujana asistente— y me sugirió que almorzáramos juntos antes de entrar al quirófano.

Como ya no soportaba las miradas esperanzadas de algunas enfermeras ni los intentos de acercamiento de otras mujeres que, de alguna manera, habían llegado a la conclusión de que volvía a estar soltero, no lo pensé dos veces y acepté, con la condición de que fuera fuera del hospital.

Emily era una compañera de muchos años. Y, lo más importante, no representaba ninguna amenaza. Nunca había pasado nada entre nosotros, ni siquiera un coqueteo. Solo respeto y compañerismo profesional.

Fuimos caminando hasta un pequeño bistró a dos calles del hospital. Yo pedí un salmón a la plancha con ensalada; Emily eligió una ensalada con pollo asado.

La conversación giraba en torno al caso que íbamos a operar, un delicado tumor cerebral que requeriría toda nuestra concentración. Estaba absorto revisando las pruebas, con el historial abierto en la tableta, cuando escuché la voz que más había intentado evitar durante los últimos días.

—Liam.

El aire desapareció de mis pulmones. Levanté la vista despacio mientras mi corazón retumbaba cada vez con más fuerza dentro de mi pecho.

Chloe.

Estaba a pocos metros de nuestra mesa, con Payton a su lado.

Llevaba un vestido claro y ligero que dejaba al descubierto las pecas de su escote. El cabello suelto, cayendo en ondas naturales sobre sus hombros.

Y su expresión... bueno, su expresión era la de alguien que acababa de recibir un puñetazo en el estómago. Exactamente como me sentía yo.

Payton saludó educadamente a Emily, que le devolvió la sonrisa, y se alejó para atender una llamada. Chloe, sin embargo, permaneció inmóvil, con los ojos clavados en mí y en la mujer que me acompañaba.

Mis ojos recorrieron cada detalle de aquel rostro hermoso que tanto había echado de menos, y una necesidad casi dolorosa de extender la mano y tocarla se apoderó de mí. Pero no lo hice.

—¿Quién es? —preguntó, seca y directa.

Fue entonces cuando su pregunta cobró sentido y comprendí exactamente lo que había imaginado. Y también supe lo que debería hacer: presentar a Emily, explicarle que era solo una compañera de trabajo, mi asistente en cirugía y nada más.

Pero no lo hice. Me limité a sostenerle la mirada y dejar que el silencio se instalara entre nosotros.

Emily regresó en ese momento y percibió la tensión. Educadamente, no dijo nada. Continuó distraída con su teléfono.

Chloe, en cambio, frunció el ceño, se mordió la comisura del labio y dio un paso atrás.

Fue algo sutil...

Pero lo vi.

El brillo de sus ojos cambió. Su mandíbula se tensó. Sus dedos se cerraron en un puño junto al cuerpo y reconocí aquella emoción devastadora que yo mismo había sentido tantas veces.

Celos.

Estaba celosa.

Y eso era exactamente lo que necesitaba confirmar.

Esbocé una sonrisa ladeada, amarga, y me encogí de hombros. Miré el reloj y vi que debíamos irnos; en pocos minutos tenía que entrar en cirugía. Miré a Emily y dije:

—¿Vamos?

Chloe parecía incapaz de creer la frialdad con la que la estaba tratando, pero, sinceramente, se lo merecía. Después añadí:

—Nos vemos por ahí, Chloe.

Abrió la boca para decir algo, pero cambió de idea. Bajó la mirada, los hombros se le hundieron ligeramente y se dio la vuelta para regresar junto a Payton.

Yo me quedé allí, con el corazón golpeándome el pecho y el estómago revuelto.

Emily levantó la vista de su teléfono y me miró sin comprender.

—¿No es tu novia?

—Algo así —respondí en voz baja antes de terminarme el espresso de un solo trago.

Algo así.

Algo que también me estaba destrozando por dentro.

Pero ahora lo sabía.

No era solo yo.

Ella también seguía sintiendo algo.

CAPÍTULO 40
CHLOE DAVIS

Hacía diez largos días desde la última vez que escuché su voz pronunciar mi nombre con cariño. Diez días desde que permití que se alejara y cruzara la puerta de mi apartamento, dejando que saliera de mi vida, aunque todo dentro de mí gritaba que corriera tras él y lo detuviera.

Diez días en los que me había limitado a arrastrarme. No vivía, solo respiraba.

¿Mi trabajo? Era un auténtico desastre.

Megan había tenido paciencia conmigo, más de la que merecía, en realidad. Había incumplido plazos, llegado tarde a reuniones y olvidado compromisos sencillos que jamás habría olvidado en otras circunstancias.

Mi teléfono vibraba menos también. Porque él ya no me enviaba mensajes y su ausencia era tan grande que, cuando menos me daba cuenta, me encontraba contemplando nuestra foto en el fondo de pantalla.

Echaba de menos sus mensajes preguntándome cómo estaba. Las fotos que me enviaba de él y Freddie mientras corrían por el parque, o incluso cualquier emoji absurdo en mitad de la tarde o durante su turno.

Su silencio me dolía más que cualquier palabra que hubiera podido decirme, y eso era devastador.

Hoy Payton insistió en que saliera a almorzar.

Yo no quería, pero apareció en mi despacho con una chaqueta en las manos y esa mirada que dejaba claro que no aceptaría un «no» por respuesta. Así que, aunque a regañadientes, fui.

Porque, aunque tuviera un aneurisma, tampoco necesitaba acabar desnutrida. Por eso, aunque el desánimo se hubiera

apoderado de mí con fuerza, intentaba seguir adelante. Al fin y al cabo, era lo único que me quedaba.

El restaurante estaba tranquilo. Sonaba música suave de fondo y apenas conseguía prestar atención a la carta. Después de rendirme y dejar de intentar concentrarme en lo que quería pedir, simplemente le dije al camarero que me trajera lo mismo que Payton. Entonces escuché aquella voz que reconocería en cualquier lugar del planeta.

En cuanto levanté la vista y lo vi sentado con una mujer —morena, elegante, preciosa—, sentí que el estómago se me desplomaba.

Parecía tranquilo. Tan... bien. No como yo, rota, desorientada, perdida.

Confieso que una oleada de furia se apoderó de mí, porque solo imaginar que ya hubiera seguido adelante en apenas diez días resultó devastador.

Intenté concentrarme en cualquier otra cosa, pero nada conseguía captar mi atención. Mi cabeza estaba puesta en ellos dos, a pocas mesas de distancia.

Payton hablaba de algún caso nuevo, algo importante, pero yo ya no la escuchaba. No podía hacerlo. Porque él estaba allí.

Mi pecho se hundió de forma tan brusca que me faltó el aire.

Diez días.

Diez días.

Diez miserables días y él estaba allí, tan tranquilo... tan sereno... con otra mujer.

¿Y lo peor? Era muy guapa, y eso me enfureció todavía más, despertando un sentimiento que ni siquiera recordaba cuándo había experimentado por última vez. De reojo observé su cabello castaño y liso cayendo con elegancia sobre los hombros, y sonreía para él de una manera natural, demasiado íntima para mi gusto.

Liam no sonreía igual, pero... sonreía.

¡Perro! ¡Hijo de puta! —lo insulté mentalmente.

Aquello fue como una daga que se retorció en mi estómago.

—¿Está todo bien, jefa? —escuché preguntar a Payton, pero nada me interesaba.

Ella sabía más o menos lo que había pasado. Le había contado que había terminado con Liam y le había dado la misma excusa ridícula que le di a él. Obviamente, mi asistente y amiga pensaba que me había vuelto loca por dejar escapar semejante partidazo.

—¡Joder! ¿Ese es quien creo que es? ¿O es el otro gemelo buenorro?

Con la mandíbula apretada por la rabia, por fin encontré la voz, aunque seguía sin poder apartar la mirada de la parejita.

—¡Es el cabrón de Liam!

Payton guardó silencio durante unos segundos. O quizá fueron minutos. Ya no lo sabía. Había perdido la noción del tiempo, del lugar donde estaba y del control sobre mis propios actos.

Mi mano empezó a temblar alrededor de la copa de vino. El aire se volvió denso. El mundo pareció deslizarse unos centímetros lejos de mis pies.

No. No hagas esto, Chloe... ya no tenéis nada. No te debe ninguna explicación.

Me repetía eso una y otra vez. O mejor dicho, me lo gritaba dentro de la cabeza.

Pero no servía de nada.

La sensación era la de estar siendo despellejada viva. La barbilla se me tensó y apreté la mandíbula con fuerza.

Diez días. DIEZ.

¿Ese era el valor del amor que decía sentir?

¿El mismo amor que me confesó con tanta intensidad aquella madrugada que compartimos? ¿Tan fácil era? ¿Ya se había terminado?

Antes de que pudiera frenar mi impulso, me encontré poniéndome en pie. Ya tendría tiempo después para reprocharme mi

falta de autocontrol.

Escuché a Payton llamarme, alarmada. Pero la ignoré, centrada únicamente en la persona a la que quería estrangular con mis propias manos.

¡Hacía diez días, joder!

Atravesé el salón como una fuerza imposible de contener.

Mi corazón golpeaba con tanta violencia que casi podía escucharlo resonar contra mis costillas.

Celos.

Una palabra pequeña, pero que hervía en mis venas como ácido. Algo insoportable se apoderó de mí y, antes de que cualquier atisbo de racionalidad pudiera detenerme, me planté junto a su mesa. La sangre me martilleaba en las sienes y, después de interrumpir la interesante conversación que mantenían, porque ninguno de los dos pareció notar mi llegada, formulé la pregunta que llevaba atorada en la garganta.

—¿Quién es?

La pregunta salió más fría y firme de lo que esperaba. Mi voz no tembló, y se lo agradecí al universo. No como por dentro, donde sentía que todo se derrumbaba.

Liam levantó la vista despacio.

Por un segundo, un breve segundo, juraría que vi sorpresa e incomodidad cruzar por su expresión.

Sin embargo, después se relajó.

Demasiado.

Se recostó en la silla y cruzó los brazos con expresión neutra. La mujer a su lado arqueó las cejas, visiblemente confundida, sin entender quién era yo. O quizá sí lo sabía y no comprendía qué estaba ocurriendo. O tal vez sabía perfectamente quién era y simplemente no le importaba. Sinceramente, eso era lo que yo creía.

Liam no respondió de inmediato.

No dijo una sola palabra.

Y eso solo empeoró las cosas.

Porque él sabía perfectamente lo que sentía. Sabía que verlo con otra me estaba destrozando por dentro. Me ardían los ojos, pero me negué a flaquear. Quería tragarme la vergüenza, alejarme y fingir que nunca había ido hasta allí, pero ya era demasiado tarde.

Lo único que resonaba dentro de mí era:

¿Cómo había conseguido seguir adelante tan rápido?

¿Cómo había conseguido olvidarme... tan rápido?

Por eso permanecí allí, inmóvil, esperando que dijera algo. Lo que fuera. Pero él solo me observaba con aquella calma irritante, los ojos clavados en mí de una forma que no lograba descifrar.

No sabía si quería llorar, gritar o salir corriendo. Pero no pensaba marcharme sin una respuesta.

Sin embargo, hizo algo peor. Me ignoró y, después de unos instantes, se dirigió a su acompañante:

—¿Nos vamos?

Me quedé sin habla por un instante.

—Nos vemos por ahí, Chloe.

La frialdad de su tono fue demasiado para mí. Abrí y cerré la boca sin saber qué decir y terminé rindiéndome.

Aquello me destruyó de tantas maneras que tuve que alejarme antes de hacer una locura, llorar delante de él y poner en duda todo lo que había hecho.

Me di la vuelta y sentí una presión tan fuerte en el pecho que tuve que apoyarme en una silla para no caer.

Payton colgó el teléfono y me miró sin saber qué decir. Y aunque sabía que debería quedarme, comer y no darle el gusto de la victoria a aquel hijo de puta, no podía. Si lo intentaba, estaba segura de que terminaría vomitando todo lo que llevaba dentro. Así que me limité a forzar una sonrisa y decir:

—Vámonos. He perdido el apetito.

Me lanzó una mirada preocupada, pero no preguntó nada. Pagué la cuenta rápidamente y nos marchamos.

El viento frío golpeó mi rostro al salir por la puerta. Cerré los ojos y respiré hondo, intentando contener las lágrimas que amenazaban con caer, y fue imposible no preguntarme si había tomado la decisión correcta...

Por supuesto, la rabia de verlo perder tan poco tiempo antes de encontrar a otra me consumía por dentro. Sin embargo, sabía que todo aquello era culpa mía. Yo misma lo había empujado a los brazos de otra mujer, y dolía como el infierno darme cuenta de que había seguido adelante tan rápido.

Mi intención solo había sido protegerlo. Evitar que sufriera más adelante, cuando yo ya no estuviera aquí a su lado.

Había actuado de forma altruista, aunque me sintiera una completa idiota por lo que había hecho. Pero, aun sabiendo que mi decisión buscaba darle un futuro diferente, que encontrara a alguien sana con quien compartir la vida, viajar, quizá tener hijos y formar una familia preciosa, nada de eso hacía que doliera menos saber que yo nunca sería esa persona.

Y lo peor... ¿por qué me consumía saber que quizá él ya estaba siguiendo adelante mientras yo ni siquiera era capaz de levantarme de la cama como es debido?

Cuando entramos en el coche, Payton me rozó la mano con suavidad.

—Lo amas, ¿verdad?

La respuesta estaba escrita en mi rostro.

Pero no dije nada.

Simplemente apoyé la frente contra la ventanilla y observé las calles pasar borrosas mientras su nombre seguía resonando en mi mente una y otra vez.

Ya no tuve cabeza para trabajar el resto del día. Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue quitarme los zapatos y dejarlos

tirados en un rincón del salón, algo que siempre hacía y que Liam odiaba. A él le gustaba la casa ordenada, impecable, pero ahora...

Ahora todo parecía fuera de lugar, empezando por mi propio corazón.

Las cortinas estaban demasiado cerradas, el aire se sentía pesado y el silencio del salón me asfixiaba.

Freddie corrió hacia mí moviendo la cola, feliz de verme.

Me arrodillé y lo abracé con fuerza, hundiendo el rostro en su suave pelaje mientras las imágenes de ellos dos jugando o de los tres corriendo por el parque invadían mi mente.

Todo me recordaba a él.

Todo.

El vecindario, el pasillo entre nuestros apartamentos, mi perro. Incluso su cepillo de dientes, olvidado en el armario de mi baño, parecía un fantasma burlándose de mí.

Me levanté despacio, sin energía, y fui hasta la cocina. Abrí la nevera sin ganas y la cerré. Me acerqué a la ventana para intentar respirar, pero también terminé cerrándola.

Era como si estuviera atrapada dentro de mí misma.

Me dejé caer en el sofá, con los hombros hundidos. Freddie subió a mi lado y apoyó el hocico sobre mi rodilla, como si entendiera el dolor que llevaba dentro. Y creo que él, mejor que nadie, lo comprendía perfectamente.

La imagen de Liam con aquella mujer en el restaurante no desaparecía de mi cabeza. La forma en que no me respondió... demostraba lo herido que estaba por mi culpa. ¿Y cómo podía reprochárselo? Tenía motivos. Pero eso no hacía que el dolor en mi pecho fuera menor.

Los ojos volvieron a escocerme. Estaba tan cansada de llorar. Tan cansada de luchar contra algo que era más grande que yo.

Cogí una botella de tequila y me serví una doble. Puse Blank Space, de mi cantante favorita, a todo volumen y volví a torturarme con los recuerdos, porque era lo único que me quedaba.

La voz de su madre resonó en mi mente.

Nunca había visto a mi hijo así... sinceramente, pensaba que nunca se casaría con nadie...

Recordarlo dolía demasiado y me provocaba una angustia que no sabía si algún día lograría superar.

Y cuando me dijo aquellas palabras...

Te amo, Chloe.

Apreté los ojos con fuerza, intentando borrar cada recuerdo. Pero era imposible.

Me levanté de golpe y salí al balcón. Al ver las flores repartidas por todas partes, me fue imposible no recordar con ternura la vez que me regaló un ramo de rosas para disculparse por su comportamiento como vecino. La maceta de guindillas era otra de esas cosas que inevitablemente me hacían pensar en él, y todos los días en el trabajo era lo primero que veía sobre mi escritorio. Quizá lo mejor sería deshacerme de ella para recordarlo un poco menos, al menos en la oficina. Sin embargo, no podía hacerlo. Prefería sufrir con los buenos recuerdos antes que borrarlos de mi vida.

Me di cuenta de que las luces del apartamento de Liam estaban encendidas.

La misma ventana donde tantas veces había aparecido saludándome, sonriendo, llamándome con un simple gesto de cabeza para que cruzara hasta su lado.

Ahora aquella luz solo me recordaba cuánto lo había perdido.

Me estaba rompiendo por dentro. Y ya no sabía cuánto tiempo más sería capaz de sostener aquella mentira.

El viento nocturno golpeó mis brazos desnudos.

Cerré los ojos y me susurré a mí misma:

—Lo estás haciendo por él... Lo estás protegiendo... Lo estás protegiendo...

Se había convertido en mi nuevo mantra y, quién sabe, quizá de tanto repetírmelo algún día terminaría creyéndolo y dolería un poco

menos. Pero, en el rincón más oculto de mi corazón, ya empezaba a dudar de si había tomado la decisión correcta.



Las noches eran las peores.

Cada vez que el reloj pasaba de las once, el vacío a mi lado en la cama gritaba más fuerte. Y sabía que solo no era peor porque Liam no dormía todas las noches conmigo debido a sus horarios imposibles en el hospital. De lo contrario, estaría aún más acostumbrada a su presencia.

En ese momento estaba tumbada abrazada a la almohada donde él dormía. Como un gesto automático, buscaba cualquier cosa que me hiciera sentirlo cerca. Por eso abrazaba aquella almohada y me ponía su camiseta.

Aquella vieja camiseta gris de esa ridícula banda llamada Queen, que Liam usaba algunas veces para dormir y que, sin querer, se había quedado olvidada aquí. Sabía que debería devolvérsela, sobre todo porque adoraba esa banda. Pero no podía. Era demasiado egoísta para devolverle una de las pocas cosas que había dejado en mi casa.

La había usado casi todas las noches desde la última vez que se marchó. El algodón suave y holgado resbalaba por mis hombros y me cubría los muslos...

Pero lo que más me importaba era su olor. Aquel perfume cítrico mezclado con hierba limón era lo único que me quedaba de él.

El aroma ya era más tenue. Más lejano. Y eso me oprimía el corazón de una manera que dolía físicamente.

La abrazaba, cerraba los ojos y respiraba hondo, intentando aferrarme a la última partícula de él que aún permanecía conmigo.

Pero cada noche terminaba quedándome dormida llorando, y cada mañana despertaba con el mismo dolor atravesándome el pecho.



Una de aquellas mañanas frías le puse la correa a Freddie y salí a pasear con él. El aire helado golpeó mi rostro y me hizo escocer los ojos, aunque ya no sabía si era por el viento o por las ganas constantes de llorar.

Caminamos varias manzanas y lo único que escuchaba era la música en mis auriculares, intentando distraerme un poco.

Cuando regresamos y las puertas del ascensor se abrieron, Freddie salió corriendo delante de mí y se detuvo frente al apartamento de Liam.

Aquella escena me destrozó.

Se quedó allí inmóvil, mirando fijamente la puerta cerrada. Después dio un par de pasos, apoyó el hocico contra la madera y comenzó a gemir bajito, arañando la puerta con las uñas, como si le estuviera pidiendo a su mejor amigo que apareciera para prestarle atención.

Mi pecho se hundió.

Él también lo estaba sintiendo. Igual que yo.

Me agaché y le acaricié las orejas con suavidad, tragándome el llanto una vez más, aunque no fui lo bastante fuerte para impedir que una lágrima resbalara por mi mejilla.

—Lo sé, chico... Lo sé... Yo también lo echo de menos —susurré con la voz quebrada.

Más tarde, aquella misma mañana, fui a la cocina para prepararme un té, mi intento de calmar un estómago que llevaba días rechazando casi cualquier cosa. Cuando abrí el frutero y vi el

limón olvidado, una sonrisa triste apareció en mis labios antes siquiera de darme cuenta.

El recuerdo regresó con fuerza.

Era una noche cualquiera. Nos habíamos quedado viendo Prison Break hasta la madrugada cuando me di cuenta de que tardaba demasiado en volver a la cama y fui a buscarlo para ver qué ocurría.

Estaba en la cocina, llevando únicamente unos bóxers blancos que dejaban muy poco a la imaginación y resaltaban todavía más su piel bronceada.

Lo encontré cortando un limón por la mitad con una calma envidiable. Luego se lo acercó a la nariz y comenzó a inhalar su aroma.

Me acerqué, confundida.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté arqueando una ceja.

Sonrió de lado, de esa forma que siempre tenía cuando estaba a punto de enseñarme alguna curiosidad absurda.

—¿Sabías que el limón funciona como un calmante natural? Su aroma relaja el sistema nervioso. —Levantó una de las mitades y la acercó a mi nariz—. Vamos... inhálalo.

Le hice caso, aunque desconfiaba, y aquel olor cítrico realmente provocó una sensación extrañamente agradable.

Después añadió en tono divertido:

—También podría usarse como desodorante natural.

Arqueé una ceja y me reí.

—No me dirás que tú también usas limón, ¿verdad?

Soltó una carcajada deliciosa y negó con la cabeza de forma teatral.

—No... podría manchar la piel. Y eso me haría un poco menos guapo... y estaremos de acuerdo en que sería una auténtica tragedia —dijo, guiñándome el ojo como siempre.

Puse los ojos en blanco, pero él solo se rio más mientras exprimía el limón en el agua.

Después se acercó a mí y me besó con tanta ternura que mi corazón dio un vuelco.

El simple recuerdo de aquel momento me hizo sonreír. Una sonrisa nostálgica, pero sincera. Y antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me descubrí llevándome la mano a los labios mientras aquella sonrisa melancólica escapaba sin que pudiera evitarlo.

Dios... cuánto lo echaba de menos.



Dos días después, Payton apareció en mi despacho al final de la tarde.

—Chloe, esta noche hay una fiesta de un compañero. Ven conmigo. Te vendrá bien. Necesitas salir de esta cueva.

Lo pensé durante un instante. Tal vez... tal vez realmente fuera mejor que pasar otra noche ahogada entre recuerdos. Pero enseguida recordé que tenía que volver a casa por Freddie. Mi pequeño también estaba sufriendo. Apenas había comido en los últimos días, estaba más apagado y ni siquiera seguía destrozando mis plantas o mis zapatos, algo que incluso me había hecho plantearme llevarlo al veterinario. No podía dejarlo solo durante más tiempo.

—No lo sé, Pay... Creo que me quedaré en casa. Todavía no tengo la cabeza para eso.

—Tienes que intentarlo, jefecita. No puedes seguir atrapada en este círculo. Solo va a hacerte más daño. O, si no, tienes que ir a buscar a tu doctor y resolver todo esto de una vez, admitir que

fuiste una idiota y que te arrepientes de la decisión impulsiva que tomaste.

Respiré hondo y asentí con la cabeza. Pero la verdad era que, aunque quisiera pasar más tiempo fuera, todo me arrastraba de vuelta al lugar donde él estaba... o donde ya no estaba.

El apartamento estaba impregnado de Liam. El sonido de su risa. Su perfume. Sus costumbres extravagantes de amante de la naturaleza, que incluso había conseguido animarme a mejorar algunos de mis hábitos. Hasta su taza favorita seguía en el armario.

Estaba atrapada en una prisión hecha de recuerdos. Y no sabía si sería capaz de salir de ella sola. O, mejor dicho, ni siquiera sabía si quería hacerlo, porque solo imaginar perder todos los recuerdos hermosos que habíamos construido también me resultaba doloroso.

CAPÍTULO 41
CHLOE DAVIS

Jugaba con el vino tinto dentro de la copa entre los dedos mientras escuchaba las conversaciones animadas a nuestro alrededor. Algo que no ocurría en nuestra mesa.

Mel me observaba como si pudiera reducirme a cenizas con una sola mirada de enfado, y sabía que no iba a poder escapar mucho más tiempo de su interrogatorio.

Dejó el tenedor sobre el plato y cruzó los brazos.

Su voz sonó firme, sin rodeos:

—Basta, Chloe. Vas a decirme ahora mismo qué está pasando.

—Mel... —empecé, en un intento desesperado de esquivar el tema. Sin embargo, Mel era persistente, y en ese momento odiaba esa cualidad suya—. No es nada, yo solo...

—No. No acepté salir a cenar contigo para escuchar otra excusa. Liam y tú me habéis estado evitando todo este tiempo. Y ni se te ocurra negarlo. Os conozco desde hace demasiado tiempo.

Tragué saliva y desvié la mirada. La comida en mi plato debía de haberse enfriado hacía rato y seguía intacta. Mi apetito se había esfumado durante aquellas dos semanas.

—No sé de qué estás hablando.

Era una mentira débil y vergonzosa.

Ella arqueó una ceja con ese gesto impaciente de quien no piensa moverse hasta descubrir la verdad, y entonces recordé una de las razones por las que nunca había querido involucrarme con Liam: esto mismo.

—¿Ah, no lo sabes? Pues te lo cuento. El martes Liam fue a cenar a casa porque los niños lo echaban de menos. Estaba irreconocible. Apenas habló, casi no probó la comida. Incluso Andrew preguntó si estaba enfermo porque «el tío Liam fingía sonreír», y yo sabía perfectamente que aquella sonrisa era forzada,

que no era real. Hasta mi hijo se dio cuenta. —Saber que Liam estaba así me revolvió el estómago, algo que no encajaba en absoluto con la escena que había presenciado en el restaurante.— Bryan intentó hablar con él después de que los niños se durmieran. Lo máximo que consiguió sacarle fue que ya no estabais juntos. Nada más. No quiso dar detalles.

Mi estómago se hundió. La punta de la servilleta entre mis dedos estaba húmeda de tanto apretarla.

Mel continuó, esta vez con la voz más suave:

—Chloe, te quiero. Y aunque eres una abogada excelente y sé que has aprendido a mentir muy bien en los tribunales, eres una pésima mentirosa cuando se trata de mí. Y el hecho de que ni siquiera puedas mirarme a los ojos solo confirma que me estás ocultando algo.

Respiré hondo, sin saber qué hacer. Mel era mi mejor amiga. Confiaba en ella con toda mi alma. Sin embargo, no me sentía preparada para hablar de todo lo que había ocurrido durante las últimas semanas. Ponerlo en palabras era como aceptar que podía morir en cualquier momento, y ella ya tenía suficientes problemas como para cargar también con los míos.

—Mel, no es nada grave. Simplemente lo nuestro no funcionó. Todavía no me siento preparada para hablar de ello —dije, aferrándome a una parte de la verdad.

—Sé que me has estado evitando porque sabías que te iba a arrinconar. Y sabías que, en cuanto nos viéramos cara a cara, lo descubriría. Así que dime, ¿qué me estás ocultando? Algo me dice que esto es más serio. Estabais locamente enamorados. Nunca mencionaste ni una sola discusión para que todo terminara así, de un día para otro.

Cerré los ojos y expulsé el aire lentamente. El nudo en mi garganta era tan grande que apenas podía tragar. Las manos me temblaban bajo la mesa. Miré a mi amiga, que me observaba como si me suplicara que le dijera la verdad. Ya había mentido a Liam. No

podía hacerle lo mismo a ella. Así que, incapaz de seguir cargando sola con aquello, empecé a hablar.

—Yo... —Mi voz salió rota, apenas un susurro doloroso—. No sabía si debía contártelo o no. No se lo he dicho a nadie, Mel.

Ella descruzó los brazos y extendió la mano sobre la mesa para cubrir la mía.

—Cuéntamelo. Sea lo que sea, no tienes por qué cargar sola con ello.

Mis defensas se derrumbaron. Los hombros se me hundieron y sentí una punzada en el pecho. Las palabras salieron entrecortadas y cargadas de dolor.

—He descubierto que tengo un aneurisma cerebral.

La conmoción fue evidente en su rostro. Pero no dijo nada. No me interrumpió. Simplemente apretó mi mano con más fuerza.

—No es urgente, pero es algo que debe vigilarse. Y... entré en pánico, Mel.

Sus ojos verdes se llenaron de lágrimas, una angustia tan palpable que me desgarró el alma.

—¿Y no sería mejor operarlo? ¿Para evitar que se rompa? —preguntó con voz temblorosa, intentando mantener el control. Se lo agradecí, porque de lo contrario las dos acabaríamos llorando en mitad del restaurante.

—Pedí cita con otro neurocirujano, pero también consulté a Liam. Es uno de los mejores del país y me dijo exactamente lo mismo que el otro médico. Que, dependiendo del tamaño y teniendo en cuenta que soy joven, lo mejor es controlarlo. Cuando exista riesgo real de ruptura, entonces operarían. Porque una cirugía así también implica riesgos y todavía puedo tener muchos años por delante.

—Dios mío... ni siquiera sé qué decir, amiga.

Se secó una lágrima y tomó mis dos manos entre las suyas.

—Pero no estás sola. Cuenta conmigo. Aunque... —vaciló un instante, y supe que no me gustaría lo que iba a decir—. Liam

necesita saberlo. Independientemente de lo que haya o no entre vosotros.

Negué al instante.

—Chloe. Es el mejor del país. No tiene sentido que busques la opinión de otros médicos cuando tenías uno viviendo al otro lado del pasillo... o lo tenías. Ya me entiendes.

Respiré hondo e intenté explicarle por qué no se lo había contado, manteniéndome firme a pesar de que la ruptura me estaba destrozando.

—No quería involucrar a Liam en esto. Sobre todo porque es hipocondríaco...

Sus ojos se abrieron de golpe.

—¿Liam es hipocondríaco? —me interrumpió, visiblemente sorprendida.

—¡Joder! ¿Me estás diciendo que no lo sabías? —pregunté, incrédula, antes de dar un sorbo al vino—. Va a matarme.

—No, no lo sabía. Dios mío... —Guardó silencio un momento—. Quiero decir, sé que está obsesionado con la salud, pero no que fuera hipocondríaco.

—Pues lo es. Así que imagínate si descubre lo que tengo. Entrará en pánico y me hará entrar en pánico a mí también. No quería obligarlo a pasar por algo que ni siquiera yo sé manejar todavía. Por eso pensé que alejarlo era lo mejor.

Las lágrimas volvieron a acumularse en mis ojos.

Mel asintió, comprendiendo mi punto de vista.

—Ahora lo entiendo. Y sí, seguramente se volvería loco. Pero... —escogió las palabras con cuidado— está enamorado de ti, amiga. Estoy convencida de que, incluso con todo esto, sería la mejor persona para ayudarte en este momento. Porque él, mejor que nadie, sabría qué hacer.

Y eso era cierto. Porque, después de todo, era su especialidad.

—No se lo he contado a nadie. Ni siquiera a Payton. Ni a Megan. Ni a mi madre. Solo tú lo sabes ahora. Y me siento aplastada, Mel. Además está Freddie...

Ella frunció el ceño.

—¿Qué pasa con Freddie?

Solté una risa nasal sin humor.

—Ni Freddie está bien. Ha dejado de comer. Me asusté muchísimo. Lo llevé al veterinario, le hicieron pruebas... y no encontraron nada. La veterinaria me preguntó si había habido algún cambio en su rutina y le conté lo de Liam. Me dijo que probablemente fuera por echarlo de menos. Que debería pedirle a Liam que pasara tiempo con él para que se acostumbrara poco a poco a su ausencia...

La última palabra se quedó atrapada en mi garganta.

El silencio que siguió fue espeso y asfixiante.

Mel se pasó las manos por el rostro y respiró profundamente.

—Dios mío, Chloe... —murmuró, negando con la cabeza—. Y tú pensando que estabas protegiendo a todo el mundo... cuando no puedes cargar el mundo entero sobre tus hombros, y menos algo así, tú sola. Eres mi mejor amiga. No puedes dejar de contarme algo tan importante.

Tenía razón. Si hubiera sido al revés, yo habría exigido exactamente lo mismo.

Recordé cuando ella ocultó a todos lo que había ocurrido entre Bryan y ella antes de volver a involucrarse con Liam. Me puse hecha una furia cuando lo descubrimos todos juntos en aquel maldito cumpleaños.

—Pensé que era lo correcto —susurré con la voz quebrada.

Ella apoyó las manos sobre su regazo y me miró con una seriedad que pesaba.

—No puedes seguir así. No puedes continuar alejando a las personas que te quieren, Chloe. Ni a Liam, ni a mí... y mucho menos seguir haciéndote daño de esta manera. Tienes que hablar con él.

Cerré los ojos mientras el pecho se me comprimía.

Hablar.

Era exactamente lo que más temía... y lo que más deseaba al mismo tiempo.

—Prométeme que hablarás con él —me pidió Mel.

Tragué saliva, todavía confundida sobre qué debía hacer.

—Prometo que lo pensaré.

Ella soltó un suspiro frustrado y refunfuñó:

—Ya es mejor que nada.



No fui capaz de trabajar cuando llegué a casa. Tampoco de dormir, ni de pensar, ni siquiera de respirar con normalidad.

La conversación con Mel seguía clavada en mi mente como una aguja fina e insistente, pinchándome sin descanso en cada rincón de mi conciencia.

Él también está sufriendo, Chloe.

Y yo sabía perfectamente que aquella sonrisa suya era forzada, que no era real y que hasta su hijo se había dado cuenta.

Llevaba más de una hora caminando de un lado a otro por el apartamento.

La noche había caído hacía rato y las paredes parecían cerrarse a mi alrededor. Mi propia sala de estar se había convertido en una prisión asfixiante.

Nada tenía sentido.

Me detuve frente al sofá y me pasé una mano por el cabello con fuerza. El pecho me subía y bajaba con rapidez, la respiración corta y entrecortada. Después giré sobre los talones y fui hasta la cocina, aunque ni siquiera sabía qué había ido a hacer allí.

Abrí y cerré los armarios sin ningún propósito. Cogí un vaso, lo dejé sobre la encimera y luego lo devolví a su sitio.

Las manos me temblaban.

Él también está sufriendo.

La frase de Mel volvió a resonar, como si tuviera el poder de desgarrarme por dentro.

Y yo lo alejé. Le mentí. Yo provoqué todo esto.

La culpa me corroía como un ácido. Pero, al mismo tiempo, la imagen de él sentado en aquella mesa del restaurante hacía unos días, acompañado de otra mujer... me destrozaba.

Cerré los ojos con fuerza, con la mandíbula tensa. Aquella escena seguía grabada en mi retina. La forma en que sonrió, aunque fuera apenas un gesto. Cómo inclinó ligeramente el cuerpo hacia ella. La manera en que la vi mirarlo, como si ya lo conociera demasiado bien.

El estómago se me revolvió.

La rabia latía junto a la añoranza, como si ambas se empeñaran en confundirme todavía más. Golpeé la encimera con la palma de la mano y el sonido resonó por toda la cocina.

¡Joder!

¿Por qué había hecho aquello? Si estaba sufriendo como decía Mel, entonces ¿qué había sido aquello?

¿Una distracción? ¿Un juego? ¿O... ya me había olvidado?

Necesitaba saberlo.

La duda me estaba destrozando.

Las lágrimas me ardían detrás de los párpados, pero parpadeé deprisa, negándome a ceder.

Me di la vuelta y regresé al salón con pasos nerviosos, cruzando el espacio por enésima vez.

Freddie levantó la cabeza desde donde estaba tumbado. Sus ojos atentos y tristes me observaban. Él también parecía sentir la tensión que me consumía.

Volví a pasarme una mano por el cabello y lo eché hacia atrás con fuerza mientras el mismo pensamiento golpeaba mi mente una vez más: No puedo seguir viviendo así.

Necesitaba hablar con él.

Aunque fuera para acabar de una vez con aquella tortura. Aunque fuera para escucharlo decir con sus propios labios que había seguido adelante.

Al menos lo sabría.

Respiré hondo, decidida.

Caminé hasta la puerta, cogí la correa de Freddie, pero me detuve a mitad de camino.

No. No iba a llevar al perro conmigo ahora. Era mejor ir sola.

Las manos me sudaban cuando cerré la puerta detrás de mí. El pasillo parecía más largo de lo habitual y cada paso resonaba demasiado fuerte. El corazón me latía frenético y tenía la garganta cerrada.

Cuando me detuve frente a su puerta, las piernas estuvieron a punto de fallarme. La mano me tembló al alzarla para pulsar el timbre.

Y no pude hacerlo.

Respiré hondo, dispuesta a llamar, y en ese mismo instante la puerta se abrió.

Me quedé congelada, como si me hubieran pillado infraganti.

Liam.

Estaba allí, delante de mí, con el rostro serio y los ojos sombríos. Sin camiseta, vestido únicamente con unos pantalones ligeros de punto que descansaban peligrosamente bajos sobre sus caderas. El cabello ligeramente despeinado, tal y como me encantaba. La expresión dura, pero la mirada...

La mirada lo decía todo.

En ella podía ver el cansancio. El desgaste. La devastación.

La respiración me falló.

Todo mi cuerpo hormigueó y el dolor de echarlo de menos me golpeó con tanta fuerza que sentí cómo algo se rompía dentro de mí.

Como los traidores que eran, mis ojos no pudieron evitar recorrerlo. Observé su pecho ancho. La piel bronceada. La línea definida de sus músculos, tan familiar bajo las yemas de mis dedos.

La boca se me secó.

Me observó en silencio, con el ceño fruncido. Su rostro estaba más serio de lo que recordaba. La mandíbula tensa. La mirada afilada, recorriéndome de arriba abajo como si intentara descifrarme.

—¿Qué quieres, Chloe? —Su voz salió baja, grave y áspera.

Y dolió. Dolió como el infierno escuchar aquella frialdad en su tono.

Tragué saliva, luchando por recuperar el control, y decidí refugiarme en el tema más sencillo.

—F-Freddie... —balbuceé, intentando parecer más firme de lo que me sentía—. Te echa de menos.

La decepción en sus ojos fue tan evidente como la luz del día y estuvo a punto de hacerme tambalear.

Soltó una risa seca, sin humor.

—¿Solo eso?

El pecho me dolió.

—Sí —mentí, aunque todo dentro de mí gritaba lo contrario.

Parpadeó despacio, como si intentara protegerse de mi respuesta.

—Puedes traerlo —dijo con frialdad—. Puede pasar la noche aquí... y mañana también, si quieres.

Asentí sin encontrar palabras.

Me mordí el interior de la mejilla, insegura sobre qué decir. Respiré hondo y pronuncié lo único que fui capaz: —V-voy a buscarlo.

La tensión entre nosotros era palpable. Densa. Casi tangible.

Me di la vuelta para ir por mi perro, pero su voz me detuvo.

—Chloe.

La forma en que pronunció mi nombre fue más baja. Más grave.

Me quedé inmóvil y cerré los ojos con fuerza. Tragué saliva antes de volverme lentamente.

—¿Sí?

—¿Hasta cuándo vas a seguir fingiendo? ¿Hasta cuándo vas a seguir comportándote como una cobarde?

Me enderecé despacio y me giré hacia él, sin la valentía que solía tener en los tribunales frente a personas mucho más peligrosas.

Pero Liam era diferente.

Él era un peligro para mi corazón.

—¿Fingiendo? No estoy fingiendo nada —mentí una vez más, aunque ni yo misma creí mis palabras.

Él dio un paso hacia mí.

Con un solo paso más podría sentir el calor de su cuerpo envolviéndome. El aroma familiar a limón y piel limpia ya era suficiente para poner todos mis sentidos patas arriba.

—Entonces mírame a los ojos —murmuró— y dime que ya no sientes nada. Que no echas de menos dormir a mi lado. Que no piensas en mí cada noche, igual que yo pienso en ti.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero las contuve con toda la fuerza que me quedaba.

No podía derrumbarme allí.

No podía.

Liam bajó ligeramente la cabeza y sus labios quedaron peligrosamente cerca de los míos.

—Dímelo, Chloe —susurró—. Miénteme una vez más. Vamos a ver si eres capaz.

La respiración atrapada en mis pulmones parecía querer desgarrarme la garganta para salir.

Cerré los ojos y aparté el rostro.

No estaba preparada para contarle la verdad. El miedo a hacerle daño, a empeorar todavía más las cosas, no dejaba de atormentarme.

Las piernas me pesaban como si fueran de plomo, como si soportaran el doble del peso que era capaz de resistir, y ya ni siquiera podía concentrarme en otra cosa que no fuera la tormenta que se aproximaba.

Su respiración también parecía acelerada. Su pecho subía y bajaba con un ritmo constante.

—¿Cuándo vas a reunir el valor para mirarme a la cara y decirme la verdad? El motivo real, Chloe. El verdadero motivo por el que terminaste conmigo.

Sus palabras dieron justo en el blanco y me pregunté cómo podía saber que no había sido sincera.

La forma en que dijo aquello, con los ojos clavados en los míos como si quisiera arrancarme la verdad a la fuerza, terminó por hacerme perder la paciencia.

Toda aquella rabia silenciosa que llevaba días acumulando encontró una grieta por la que escapar.

El miedo a lo que pudiera descubrir fue sustituido por la furia que había sentido durante aquel maldito almuerzo.

Crucé los brazos y alcé la barbilla. El sarcasmo se deslizó por mi voz antes incluso de que pudiera detenerlo.

—Ah, ¿ahora quieres saber si había otro motivo? —Él arqueó una ceja—. Qué interesante, Liam... porque, hasta donde yo recuerdo, tú seguiste adelante mucho más rápido de lo que jamás habría imaginado.

Sus ojos chispearon y la mandíbula se le tensó en un gesto cargado de tensión. Dio un paso hacia mí y sentí cada centímetro de nuestra historia arder entre nosotros.

—No me vengas con eso, Chloe —replicó con voz grave, cortando el aire entre los dos—. Sabes perfectamente que esa médica no significa nada para mí. No la toqué, no la besé, no hice absolutamente nada. Solo fui a comer con ella porque teníamos una cirugía juntos y aprovechamos para coordinar algunos detalles. Nada más.

Sus palabras me tomaron por sorpresa.

¿Y si había visto cosas donde nunca existieron? ¿Y si todo había sido una distracción para no enfrentar lo que realmente estaba ocurriendo?

—No fue lo que pareció —repliqué—. Parecíais muy... cercanos. —Odié haber elegido esa palabra en cuanto salió de mi boca.

Una leve sonrisa curvó esos labios que tanto echaba de menos.

—Cuidado, pelirroja. A este paso voy a pensar que todavía estás celosa de mí.

Quise gritar que sí.

Bufé, molesta porque había dado justo en el blanco.

—¿Celosa? ¿Yo debería estar celosa del mayor mujeriego del hospital de Boston? —pregunté con ironía.

Su pecho se elevó y descendió. Parecía afectado por mis palabras, como si no le hubiera gustado escucharlas.

—Sabes perfectamente que todo cambió después de que empezáramos a estar juntos. No sé por qué coño sigues sacando ese tema una y otra vez. —Y tenía razón. Lo odiaba por ello. El problema era que imaginarlo con otra mujer me enfurecía, me cegaba por completo—. Y, por cierto, por si no lo recuerdas, fuiste tú quien me apartó de su vida y quien no tuvo el valor de decirme el verdadero motivo.

La sangre me hervía en las venas.

—¿Y cómo sabes que ese no era el verdadero motivo?

—Simplemente lo sé. Algo me dice que hay mucho más de lo que me has contado. Y sigo esperando.

—Eso ya no importa.

Golpeé su pecho firme con el dedo índice, incapaz de contener mi rabia.

—Lo único que importa es que, si me amabas tanto, ¿cómo pudiste salir con otra mujer diez días después de dejarlo conmigo? ¡Diez días, joder! —grité, completamente fuera de control.

Él soltó una exhalación incrédula.

—¡Te amaba y te amo, joder! ¡Y tú me echaste de tu vida sin darme una explicación decente! Solo quiero que seas sincera conmigo. Porque algo me dice que me mentiste. Dijiste que todo iba demasiado rápido..., pero sé que no fue por eso. ¡Te conozco, Chloe! Te conozco mejor de lo que te conoces tú misma.

Ahora apenas nos separaban unos centímetros. Podía sentir el calor de su piel, ese aroma familiar que me había torturado durante días. Podía escuchar su respiración y ver la frustración latiendo en las venas de su cuello.

Su pecho subía y bajaba de forma irregular. Si alargaba la mano, tocaría su piel desnuda. Si me inclinaba un poco más, nuestros labios se rozarían.

Pero no podía.

Yo tampoco soportaba más aquello.

Mi control terminó por romperse.

—¿Quieres la verdad? —grité con la voz quebrada, rompiendo el silencio de la noche.

No retrocedió.

Ni siquiera parpadeó.

Sus ojos permanecieron clavados en los míos y aquello fue el detonante.

Sentí cómo se desgarraba mi pecho. Cómo mi alma se partía en mil pedazos.

—¡Me voy a morir, Liam!

Sus ojos se abrieron de golpe, llenos de desconcierto.

—¡Tengo un aneurisma! —exploté, dejando salir el grito desde lo más profundo de mi ser—. ¡Por eso terminé contigo! ¡Porque no quería que pasaras por esto! ¡No quería atarte a alguien que puede morir en cualquier momento!

Mis palabras quedaron suspendidas en el aire, pesadas, cargadas con todo lo que había guardado durante aquellas semanas.

La garganta me ardía.

Todo mi cuerpo temblaba.

Y, por primera vez en quince días, vi la máscara de Liam derrumbarse delante de mí.

—No... Eso no puede ser —murmuró para sí mismo, completamente atónito.

Sus ojos se oscurecieron por el impacto. Separó los labios, pero no consiguió decir nada. Dio un paso instintivo hacia atrás, bajó la cabeza, se llevó las manos a la cintura y negó varias veces, incapaz de aceptar lo que acababa de escuchar.

Cuando volvió a mirarme, vi una fina capa de lágrimas retenidas en sus ojos. Levantó una mano como si quisiera tocarme, pero se quedó suspendida en el aire.

Congelado.

Y yo continué, porque por fin había encontrado el valor que me había faltado todo ese tiempo.

—¿Y sabes qué? Intenté ser una buena persona. Intenté cargar con esto yo sola. Quise evitar que tú y todos los demás sufrierais conmigo. Pero acabo de descubrir algo. —Sus ojos me observaban con una tristeza tan devastadora que me estaba destruyendo por dentro, pero seguí adelante—. He descubierto que soy egoísta. Porque, aunque sé cuánto vas a sufrir, sigo prefiriendo tener la oportunidad de tenerte a mi lado. Porque soy demasiado egoísta para dejar de amarte. Y aunque no debería querer que te quedes con alguien que puede morir en cualquier momento, es exactamente lo que quiero. Quiero ser egoísta. Quiero tenerte a mi lado durante

el resto de mis días antes que imaginarte junto a otra persona que no sea yo.

Estaba sin aliento, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón hecho añicos.

La verdad ya estaba entre nosotros.

La situación era irreversible.

Ya no había forma de volver atrás.

CAPÍTULO 42
LIAM WALKER

No sabía que era posible sentir cómo el corazón se rompía y se reconstruía al mismo tiempo.

Pero allí estaba yo, inmóvil, mirando a la mujer que era el centro de todo lo que importaba en mi vida, mientras las palabras que jamás imaginé escuchar salían de sus labios.

Porque soy demasiado egoísta para no amarte con todas mis fuerzas...

El aire se volvió escaso. Los pulmones me ardían. Los ojos me quemaban y la piel me hormigueaba.

Solo existía ella.

No pasó desapercibida la forma en que le temblaba la voz. La manera en que su pecho subía y bajaba, agitado, mientras las lágrimas amenazaban con escapar de esos ojos que siempre había amado. Todo en ella demostraba que estaba tan afectada como yo. Que quizá ni siquiera ella estaba preparada para la sinceridad que acababa de desnudar cada una de aquellas palabras.

Mis manos cayeron pesadas desde mis caderas. Di un paso vacilante hacia ella, como si mis piernas ya no me obedecieran, y sentí la garganta cerrarse de tal manera que apenas conseguí hablar.

—Entonces... —Mi voz se quebró, ronca, cargada de emoción—. Entonces, ¿me amas? —pregunté en un susurro suplicante, desesperado por confirmar que no había imaginado nada de aquello.

Parpadeó lentamente y, con un gesto casi tímido, asintió. Las lágrimas finalmente rodaron por sus mejillas.

Aquella confirmación me partió en dos y, al mismo tiempo, comenzó a curar la herida que nuestra última conversación había dejado abierta.

Cerré los ojos un instante y solté un suspiro tembloroso, como si estuviera liberando semanas enteras de miedo, tensión y dolor.

Cuando volví a abrirlos, encontré aquellos ojos esmeralda clavados en mí, como si esperaran una respuesta tras su confesión. No pensé. No dudé.

Avancé hacia ella.

Recorté la distancia que nos separaba en un único movimiento decidido y sujeté su rostro entre mis manos con una mezcla de urgencia y devoción.

Nuestras miradas se encontraron durante una fracción de segundo.

Fue todo lo que me permití.

Mi boca capturó la suya en un beso ardiente, desesperado, hambriento de ausencia. Un beso que llevaba dentro una promesa silenciosa: no volvería a dejarla ir jamás.

Ella gimió contra mis labios y se aferró a mis brazos con fuerza, como si necesitara sostenerse para no derrumbarse. Después me atrajo todavía más hacia ella, como si quisiera fundir nuestros cuerpos para siempre.

Mis manos descendieron hasta su cintura y, sin romper el beso, la alcé con facilidad. Ella rodeó mis caderas con las piernas, pasó los brazos alrededor de mi cuello y hundió los dedos en mi nuca.

Retrocedí hacia el interior de mi apartamento y cerré la puerta de una patada, incapaz de separarme de aquellos labios que necesitaban los míos tanto como necesitábamos respirar.

El camino hasta el dormitorio nos pareció demasiado largo.

Por eso me detuve en el salón y la deposité con cuidado sobre el sofá.

Sentía el calor de su cuerpo pegado al mío. Mis manos recorrieron su piel suave mientras empezaba a quitarle la camiseta. Nuestros labios apenas se separaron unos segundos, los justos para deshacernos de la ropa, antes de volver a encontrarse en otro beso hambriento.

Y pensar que había llegado a creer que jamás volvería a probar sus besos.

Cada beso se volvió más intenso mientras ella me ayudaba a quitarme los pantalones de algodón y yo hacía lo mismo con sus shorts.

Nuestras bocas se buscaban con necesidad.

Mis manos exploraban su cuerpo con reverencia y desesperación, como si estuviera memorizando cada centímetro de su piel por primera vez.

Mis labios recorrieron su cuello, sus hombros, su clavícula, saboreando cada rincón como un hombre sediento que por fin reencontraba su fuente de vida.

Su mano acariciaba mi erección de arriba abajo. Me apretaba, me exploraba, como si fuera exactamente lo que más había deseado durante todos aquellos días.

Incapaz de soportar la mínima distancia entre nosotros, llevé una mano hasta ella y comprobé que estaba más que preparada para recibirme.

Un gemido largo escapó de sus labios cuando dos de mis dedos se hundieron en su interior con facilidad. Sentí cómo me apretaba y cerré los ojos un instante, completamente consumido por ella.

—Cómo he echado de menos escuchar tus gemiditos —confesé entre beso y beso.

Sus pupilas estaban completamente dilatadas. Sujetó mi rostro entre ambas manos y pidió con intensidad:

—Por favor... hazme el amor. Necesito sentirte. Necesito sentirnos...

No la dejé terminar.

Silencié sus palabras con otro beso devastador. Como si incluso el aire entre nosotros fuera demasiado. Aparté a un lado su ropa interior y, sin esperar más, hice exactamente lo que ambos necesitábamos.

Me hundí por completo en ella.

Los dos gemimos al mismo tiempo.

Sentí sus manos recorriendo mi cuerpo, perdiéndose entre mi cabello, mientras nuestras bocas seguían encontrándose una y otra vez.

Y cuando la miré allí, tendida bajo mí, con los ojos brillantes y los labios entreabiertos, supe que ya no quedaba ninguna duda.

Era mía.

Siempre lo había sido.

Y siempre lo sería.

Como si sintiera exactamente lo mismo que yo, arqueó el cuerpo bajo mis embestidas profundas y desesperadas y pronunció las palabras que tanto había deseado escuchar.

—Te amo, amor.

Una lágrima resbaló por su mejilla y mi corazón se contrajo, no de tristeza, sino de una emoción tan intensa que parecía devorar todo lo demás.

—He esperado tanto tiempo para oír eso, preciosa —confesé en un susurro contra sus labios, con la frente apoyada en la suya y los ojos cerrados—. Era lo que más deseaba escuchar.

El corazón me latía tan fuerte que parecía dispuesto a escapar de mi pecho.

Nada más importaba.

Solo existíamos nosotros.

Como una explosión de todo lo que habíamos contenido durante demasiado tiempo, su respiración se quebró, sus uñas arañaron mi espalda y sus ojos permanecieron fijos en los míos con una intensidad que me desarmaba por completo.

El ritmo se volvió más urgente. Más profundo. Más desesperado.

Ella me atrajo todavía más hacia sí.

Los dos nos entregamos por completo.

Como si cada embestida fuera una declaración silenciosa y cada gemido el sonido de nuestra reconciliación.

Le susurré al oído todo aquello que nunca había tenido la oportunidad de decirle: que la amaba, que era todo lo que quería, que jamás volvería a dejar que se alejara de mí.

Ella lloraba bajo mi cuerpo.

Pero también sonreía.

Y yo me perdí completamente en ella.

Pocos segundos después, el clímax nos alcanzó.

Y fue devastador.

Ella arqueó la espalda, apretó las piernas alrededor de mi cintura y cerró los ojos con fuerza.

Yo exploté justo después, gimiendo su nombre contra su piel.

Caímos abrazados, jadeantes, con los cuerpos pegados y los corazones latiendo al mismo ritmo.

Ninguno dijo nada durante largos minutos.

Como si necesitáramos aquel silencio para ordenar nuestros pensamientos después de toda la intensidad que acabábamos de vivir. Después de todo lo que había descubierto y de comprender, aunque no compartiera sus métodos, por qué había hecho lo que hizo.

No podía juzgarla.

Porque no sabía si yo mismo no habría hecho algo parecido.

Aunque tampoco podía imaginar volver a pasar por una separación así.

La estreché con más fuerza contra mí, enterrando el rostro en su cuello e inhalando su aroma.

Mi hogar.

Había vuelto.

Y volvía a ser mía.

Y jamás volvería a soltarla.



El apartamento permanecía en silencio.

Solo se escuchaban nuestras respiraciones todavía aceleradas.

El aire denso, cargado de sudor y deseo recién saciado, flotaba a nuestro alrededor.

Estaba tumbado en el sofá, aún desnudo, con Chloe acurrucada sobre mi pecho. Nuestros cuerpos seguían unidos, cálidos, como si el mundo exterior hubiera dejado de existir.

Mis manos recorrían distraídamente su espalda desnuda, trazando círculos lentos sobre una piel que conocía demasiado bien y que, durante unos días, había llegado a creer que nunca volvería a tocar.

Ella permanecía tranquila, serena, casi adormilada, con el rostro apoyado en la curva de mi cuello.

Pero yo estaba muy lejos de cualquier serenidad. Porque sus palabras, pronunciadas unos minutos antes, seguían golpeándome una y otra vez como un látigo helado recorriéndome la espalda.

En el momento en que me confesó que me amaba, nada más importó. Necesitaba tenerla entre mis brazos. Necesitaba recuperarla. Y por eso había dejado para después todo lo demás.

Pero ahora ya no podía ignorarlo.

Tengo un aneurisma.

La frase estalló en mi cabeza como una explosión y silenció todo lo demás, como un eco pesado e insoportable.

El aire que inspiré me dolió. Mis costillas se contrajeron y mis dedos perdieron aquel ritmo suave, como si se hubieran quedado congelados sobre su piel.

La sensación de no saber cómo respirar después de aquellas palabras me golpeó de lleno y no supe dónde poner las manos ni cómo mantener el control de mi propio cuerpo.

La imagen de ella, minutos antes, confesándolo con los ojos vidriosos y la barbilla temblorosa, atravesó mi mente como una cuchilla afilada. La mujer que amaba tenía un aneurisma y yo, mejor que nadie, sabía lo que eso significaba.

Y yo, idiota, había pasado semanas consumiéndome de rabia y resentimiento, creyendo que me había dejado por egoísmo o por frialdad.

Cuando, en realidad, solo intentaba protegerme.

Tragué saliva, con la mano temblorosa sobre su espalda, y tuve que cerrarla en un puño para contener el impulso de gritar.

Chloe se movió suavemente sobre mí, sus pestañas rozaron mi cuello. Pero permanecí inmóvil, con la mente hirviendo.

Dios mío, Chloe... Podía morir en cualquier momento.

Tenía un aneurisma y no me lo había contado. Había cargado sola con aquel peso. Y aun ahora, después de todo, seguía aquí, entre mis brazos, y yo ni siquiera había procesado la magnitud de aquello. Era como si la realidad me golpeara de lleno en ese instante, después de que toda la nostalgia y el deseo hubieran quedado momentáneamente en segundo plano.

Cerré los ojos, luchando contra la oleada de pánico que me subía por la garganta.

¡Era médico, joder! Pero aquello era completamente distinto a enfrentarse al caso de un paciente. Ella no era una desconocida. No era alguien a quien observaba desde la distancia profesional que exigía el tratamiento. Era Chloe, mi amiga de la adolescencia, mi vecina y ahora la única mujer a la que había amado con todas mis fuerzas.

No podía perderla otra vez. Simplemente no podía permitir que eso ocurriera.

Me moví despacio y deslicé el cuerpo para que pudiera recostarse de lado. Chloe levantó la mirada hacia mí, todavía adormilada y preocupada.

Me dolió el pecho al ver su fragilidad tan expuesta ahora. Le acaricié el rostro con el dorso de los dedos, sintiendo cómo me ardían los ojos.

—Preciosa... —susurré con la voz quebrada—. Quiero ver las pruebas. Déjame verlas. Lo necesito.

Se mordió el labio inferior y su mirada volvió a nublarse. Dudó durante un instante y luego, con un suspiro derrotado, asintió despacio.

—Te las enseñaré... —murmuró casi sin voz.

Moví la cabeza, tragándome el nudo que me quemaba la garganta. Deslicé la palma de la mano hasta su cabello y lo acaricié suavemente con las yemas de los dedos.

Y entonces algo despertó en mí con una brutalidad que casi me dejó sin aliento.

El viaje...

La forma en que me preguntó por aquella amiga que tenía un aneurisma. Su inquietud aquel día.

Su mirada perdida. Aquella sonrisa que nunca llegaba a los ojos.

La respiración se me quedó atrapada en la garganta.

Incliné el rostro hacia ella, frunciendo el ceño, y hablé tan bajo que apenas fue un susurro ahogado:

—Aquella amiga por la que me preguntaste... eras tú, ¿verdad? Eras tú todo el tiempo.

Ella se mordió el interior de la mejilla, con los ojos llenos de lágrimas, y asintió lentamente.

La confirmación cayó sobre mí como un martillo.

Aparté la mirada, me pasé una mano por el rostro y presioné con fuerza el puente de la nariz entre los dedos, intentando contener la avalancha que crecía dentro de mí. El estómago se me hundió. El corazón latía con tanta fuerza que dolía.

—¿Cuándo lo descubriste? —Necesitaba saber desde cuándo llevaba aquello sola.

Soltó un suspiro tenso antes de responder en voz baja:

—El día antes de nuestro viaje.

Exhalé de forma temblorosa, abrí los ojos lentamente y volví a mirarla.

—No tenías que apartarme de tu vida... —La voz me salió rota, áspera, cargada de emoción—. No tenías que cargar con todo esto tú sola.

Parecía incapaz de sostenerme la mirada. Había vergüenza, confusión y dolor en sus ojos. Con la punta del dedo le levanté suavemente la barbilla para que me mirara.

—Lo sé. No debería haber actuado así. Pero estaba confundida. Perdida. Y cada persona tiene su propia manera de afrontar el dolor. La mía fue... encerrarme en mí misma, intentar digerirlo y guardármelo todo.

Asentí, comprendiendo lo que quería decir, aunque no compartiera su decisión. Me incliné y tomé su rostro entre mis manos con una delicadeza que contrastaba con el caos que llevaba dentro. Acaricié con el pulgar su mejilla húmeda y apoyé mi frente contra la suya con un largo suspiro tembloroso.

—Soy el hombre que te ama, preciosa. Soy el hombre del que te alejaste por miedo. Pero no voy a marcharme ahora. Nunca voy a abandonarte y encontraremos una solución. Es la única certeza que tengo.

Un sollozo suave escapó de sus labios y las lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas.

Cerré los ojos e inhalé su aroma como un náufrago que por fin alcanzaba tierra firme.

Ahora lo entendía todo. Ya no había vuelta atrás. Y no volvería a soltarla jamás.

Lucharía por ella con todas mis fuerzas, aunque el tiempo estuviera en nuestra contra.



Poco después salimos de mi apartamento y fuimos al suyo. El trayecto transcurrió en silencio, pero no resultó incómodo.

Cuando abrió la puerta, un sonido familiar y alegre resonó por todo el salón. Mi sonrisa se ensanchó al ver a aquel grandullón correr eufórico hacia mí, tropezando casi con sus propias patas.

Freddie se lanzó sobre mí entre lametones y movimientos frenéticos de cola. Como era de esperar, apoyó las patas delanteras sobre mi pierna derecha y dejé que descargara toda la nostalgia a su manera mientras le acariciaba una oreja.

—¿Qué pasa, campeón? Yo también te he echado de menos.

Mi mirada se cruzó con la de Chloe. Me observaba sonriendo, como si ver lo feliz que estaba su perro al verme le hubiera quitado un peso de encima.

—Te prometo que no volveré a desaparecer, ¿vale?

Como si hubiera entendido cada palabra, volvió a lamerme la mano antes de soltarse de mi pierna y apoyarse sobre las patas traseras para llamar mi atención. Seguí jugando con él mientras Chloe se dirigía al dormitorio, lo que supuse que era para buscar los resultados de las pruebas.

A pesar del torbellino de emociones que seguía golpeándome, sentí que la vida volvía a abrirse paso en aquel momento.

Unos minutos después, con Freddie ya más tranquilo, Chloe regresó sosteniendo una carpeta azul claro contra el pecho. Su mirada encontró la mía. Parecía cansada, pero decidida.

Me la tendió sin decir nada.

Me senté en el sofá, con Freddie acomodado junto a mis pies, mientras abría la carpeta y comenzaba a revisar los informes.

El silencio que se instaló era denso, pero necesario.

Leí cada detalle con atención. Mi mente de neurocirujano ya analizaba automáticamente las imágenes y los informes.

El informe apuntaba a un posible aneurisma de la arteria comunicante anterior.

Pequeño, pero presente.

La mandíbula se me tensó.

Fruncí el ceño y respiré hondo antes de levantar la vista hacia Chloe.

—¿El médico te pidió una angiografía cerebral? —pregunté con voz tranquila, aunque firme.

Se mordió el labio inferior y dudó un instante.

—Me pidió algunas pruebas más... —admitió en voz baja—. Pero no estaba bien para pensar en nada y todavía no las he programado.

Cerré los ojos durante un segundo e inspiré profundamente para contener la angustia que amenazaba con devorarme de nuevo.

Cuando la miré otra vez, mi voz transmitía urgencia, pero también comprensión.

—Necesitas hacerte la angiografía cuanto antes, Chloe. —Mi mano se posó suavemente sobre la suya—. Es la prueba que nos dará una visión real del aneurisma. Sabremos si está estable o creciendo, si la pared es demasiado fina y si existe riesgo de rotura. Sin esa prueba... estamos completamente a ciegas.

Ella asintió. El cansancio seguía reflejado en su expresión, pero ahora también había aceptación.

—De acuerdo. —Su voz fue apenas un susurro—. Te prometo que la pediré mañana mismo.

Solté un suspiro aliviado y deposité un beso sobre su mano.

—No tienes que pedir nada. Me encargaré yo mismo en el hospital. Buscaré la fecha más próxima para que podamos hacerlo cuanto antes.

Ella respiró hondo y volvió a asentir.

Su mirada se llenó de algo que parecía una mezcla de alivio y amor.

Sin decir nada, se acercó y se acomodó a mi lado, apoyando la cabeza sobre mi hombro desnudo. Yo solo me había puesto los pantalones antes de salir de casa.

La rodeé con el brazo de forma natural y volví a concentrarme en los informes que descansaban sobre mi regazo.

El miedo seguía clavado en mi pecho.

Pero esta vez no tendría que enfrentarlo solo.

Afrontaríamos todo aquello juntos, sin importar lo que nos esperara más adelante.

CAPÍTULO 43
CHLOE DAVIS

Habían pasado algunos días desde aquella noche en la que todo se derrumbó entre nosotros... y también se reconstruyó.

Tal como había dicho mi novio, él mismo se encargó de programar la prueba que consideraba más importante para mí. Finalmente estaba prevista para dentro de tres días, el viernes, a las ocho de la mañana, y no sabía muy bien qué pensar al respecto. Era como si una bomba de relojería estuviera esperando que cayera la última aguja, porque sabía que aquel examen determinaría las decisiones que tendría que tomar después.

Pero, al mismo tiempo, tenía a Liam a mi lado y, aunque estaba volviéndome loca con su exceso de cuidados, era un médico excelente y me ayudaría a tomar la mejor decisión.

Solté un suspiro pesado mientras dejaba el bolígrafo sobre la mesa de trabajo y me masajeaba las sienes con las yemas de los dedos.

El móvil volvió a vibrar a mi lado. Automáticamente, giré la pantalla hacia arriba.

Mi Doctor Depravado: Hola, preciosa. ¿Cómo estás ahora? ¿Te duele la cabeza de una forma diferente? Si notas cualquier cosa, llámame, por favor.

No me ignores. Estoy aquí. Avísame.

El vigésimo mensaje del día.

Literalmente.

Y, sin poder resistirme, respondí con ironía:

Estoy bien. Igual que en los diecinueve mensajes anteriores.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza contra el respaldo de la silla, expulsando el aire entre los dientes.

Lo amaba. Lo amaba más de lo que creía posible. Pero precisamente por eso no quería habérselo contado.

Ya imaginaba que sería así.

Sabía que no sería capaz de separar al neurocirujano del hombre que me amaba. Sabía que no me miraría como un médico experimentado, capaz de evaluar racionalmente los riesgos, sino como el novio posesivo e hipocondríaco en el que se convertía cuando se trataba de mí.

Conocía demasiado bien a Liam como para no haberlo previsto.

Abrí los ojos despacio y observé el teléfono. Mi mirada cansada recorrió la avalancha de mensajes de los últimos días. Cada mañana, incluso antes de que lograra salir de la cama, ya tenía al menos tres notificaciones suyas.

Quería saber cómo estaba antes de desayunar, antes de entrar al trabajo, antes de irme a dormir...

Sí, era adorable.

Pero también agotador.

Como si pudiera desplomarme en cualquier momento y él estuviera siempre preparado para sostenerme antes de que tocara el suelo.

Me pasé una mano por el cabello y solté un suspiro frustrado. Estaba intentando tener paciencia con él. Me había repetido ese mantra mentalmente al menos doscientas veces desde que le confesé la verdad.

Paciencia, Chloe. Te ama. Solo está preocupado y quiere ayudarte.

Pero era difícil.

Demasiado difícil.

Porque cada vez que aparecía una notificación en la pantalla, era incapaz de ignorar el recordatorio escondido tras aquellas

palabras. El cruel recordatorio de que algo dentro de mi cabeza podía explotar en cualquier momento. De que, ante la menor señal equivocada, podía morir.

Y Liam no me dejaba olvidarlo.

Aunque nunca lo dijera abiertamente, aunque intentara disfrazar su preocupación con frases dulces o corazones en los mensajes, la verdad seguía ahí: vivía en alerta constante.

Vigilándome.

Esperando lo peor.

Y yo estaba cansada.

Cansada de vivir con aquella sombra sobre mi cabeza cada minuto del día.

Cansada de sentir el peso de la enfermedad en cada mensaje, en cada mirada, en cada caricia demasiado cuidadosa.

Cansada de sentirme rota.

Echaba de menos nuestra relación antes de que todo terminara. La ligereza que tenía entonces. Sus perversiones, sus provocaciones constantes. Ahora todo parecía distinto y sabía que era el peso de todo lo ocurrido lo que seguía persiguiéndonos.

Suspiré una vez más y apoyé los codos sobre la mesa, enterrando el rostro entre las manos.

Sabía que debía ser justa con él.

Sabía que era el amor y el miedo lo que lo impulsaba.

Pero eso no hacía que fuera más fácil soportarlo.

Una hora después, la pantalla volvió a iluminarse.

Mi Doctor Depravado: Lo sé, pelirroja. Solo estoy preocupado.

No olvides hidratarte, ¿vale? Y si notas cualquier cosa fuera de lo normal, llámame.

Me mordí el labio inferior y cerré los ojos. El nudo en la garganta se apretó un poco más.

No va a parar hasta el viernes.

Y quizá ni siquiera después.

Gruñí frustrada.

Pero ¿qué podía hacer?

Era su manera de quererme.

Y si estuviera con alguien como mis antiguos novios, que ni siquiera se preocupaban por preguntarme cómo estaba, también me quejaría.

Así que intentaría aceptar con gratitud que todo aquello no era más que una demostración exagerada de amor.

Decidí responder con sarcasmo una vez más. Quizá así captara la indirecta y me dejara respirar un poco.

Sí, señor padre. Estoy hidratada y alimentada.
¿Alguna otra cosa?

Puse los ojos en blanco, apoyé las manos sobre la mesa y respiré hondo, intentando calmar la irritación que ardía bajo mi piel.

Pero fue inútil.

Mi Doctor Depravado: Vale, estás enfadada. Ya paro. Pero ya lo sabes: si notas cualquier cosa fuera de lo normal, ¡me llamas inmediatamente!

Cerré los ojos y toda aquella avalancha de información —la misma que Liam ya me había repetido unas quinientas veces— volvió a ordenarse en mi mente con absoluta claridad.

Dolor de cabeza repentino e intenso.

Como si fuera «el peor dolor de tu vida».

Liam me lo había dicho mirándome fijamente a los ojos, con aquella voz grave y serena de médico en estado de alerta.

Y todavía podía escuchar su entonación resonando en mi memoria.

Náuseas y vómitos repentinos.

Sobre todo si van acompañados de rigidez en el cuello.

Visión doble o borrosa.

Presta atención si empiezas a ver manchas, si todo se oscurece o si pierdes el enfoque de repente, Chloe.

Sus palabras seguían invadiéndome.

Dolor detrás de los ojos. Pulsante. Diferente a cualquier cosa normal.

Debilidad en uno de los lados del cuerpo. Brazos. Piernas. Hormigueo. Entumecimiento.

Confusión mental. Dificultad para hablar o entender.

Si empiezas a trabarte al hablar o a olvidar frases sencillas, llámame inmediatamente.

Mis dedos se cerraron en un puño sobre la mesa.

Como si fuera tan fácil.

Como si no pasara todos los días preguntándome si aquella leve molestia detrás del ojo derecho era solo cansancio o el comienzo de algo mucho peor.

Y, por supuesto, estaba la parte que más me atormentaba.

La mayoría de los aneurismas no presentan síntomas hasta el momento de la rotura.

Es decir, podían pasar meses. Incluso años.

Sin sentir absolutamente nada. Hasta que el mundo se viniera abajo de golpe.

Sin aviso. Sin tiempo. Sin posibilidad de hacer nada.

Tragué saliva y cerré los ojos con fuerza.

La voz de Liam volvió a resonar, firme e inquebrantable.

Por eso, preciosa, cualquier cambio que notes... cualquiera. Me lo dices. Aunque te parezca una tontería. Prefiero que exageres a que lo minimices.

La mandíbula se me tensó.

Sentía el pecho pesado, como si cargara una enorme losa invisible, y una vez más pensé: Por eso no quería que lo supiera. Exactamente por eso.

Porque ahora no solo tenía que lidiar con mi propia paranoia cotidiana. También tenía que cargar con la suya. El doble de ansiedad. El doble de miedo.

Me pasé las manos por el rostro y dejé escapar un gemido frustrado.

De verdad lo entendía.

Era neurocirujano y sabía mejor que nadie el peligro que representaba un aneurisma cerebral.

Pero me estaba ahogando.

Faltaban tres días para la angiografía cerebral. Tres largos días para una prueba que podía cambiarlo todo... O quizá no cambiar absolutamente nada.

Solté un suspiro tembloroso y volví a coger el teléfono, releyendo el último mensaje de Liam. Sabía que no era justo descargar sobre él toda aquella avalancha de emociones.

Pero, al mismo tiempo, ya no sabía si me quedaban fuerzas para soportar tanto peso yo sola.

Apoyé el móvil sobre el pecho y cerré los ojos, intentando apartar aquel torbellino de sentimientos que parecía devorarme cada vez más.

Respiré hondo, aparté el teléfono de mi vista y volví a sumergirme en los informes acumulados sobre la mesa.

La sensación de asfixia seguía latiendo bajo mi piel, pero el trabajo, como siempre, era mi mejor anestesia.

Hojas de cálculo.

Contratos.

Plazos.

Problemas que exigían una frialdad que últimamente no era capaz de aplicar a mi propia vida.

Mi bolígrafo trazó una firma más cuando la puerta se abrió lentamente.

—¿Jefecita?

Levanté la vista.

Payton estaba de pie en la entrada, con el ceño fruncido y un pequeño sobre marrón entre las manos.

—Esto acaba de llegar para ti.

Se acercó y me lo tendió. Noté una clara expresión de incomodidad en su rostro.

—¿De quién es? —pregunté, confundida.

—El mensajero... bueno, en realidad no era un mensajero. Era un hombre. —Frunció aún más el ceño, con una expresión intrigada y desconfiada que hizo saltar todas mis alarmas—. Dijo que tenía que entregarlo personalmente y se mostró bastante reacio cuando le pedí que me lo dejara para dártelo después. Al final cedió, pero me pareció extraño. Solo pensé que debía avisarte.

Tomé el sobre con cuidado.

Sin remitente.

Sin ninguna marca.

—Gracias, Payton.

Sonreí con suavidad, intentando ocultar el repentino frío que se instaló en la boca del estómago.

Esperé a que saliera y pasé la uña bajo la solapa, rasgando uno de los laterales.

Dentro solo había una hoja doblada en tres partes.

La desplegué despacio, con una inquietud creciente en el pecho.

El papel estaba completamente en blanco, salvo por una caligrafía que reconocería en cualquier lugar.

Temblorosa.

Inclinada.

Ansiosa.

Necesito verte. A solas. Es importante.
Hoy es mi horario de visitas. Te estoy esperando.
John.

La garganta se me secó.

La tensión se extendió por mis hombros como un hilo a punto de romperse.

La rabia empezó a hervir bajo mi piel con la misma facilidad de siempre, pero esta vez era diferente.

Ya no era la mujer que temblaba con solo escuchar su nombre después de todo lo que había pasado. No. Ya no le tenía miedo. Muy al contrario, sentía un odio mortal hacia aquel desgraciado y, aunque sabía que no debería ir y que lo más sensato sería ignorar su petición, me invadió un deseo arrollador de verlo tras las rejas después de todo lo que me había hecho. Porque dudaba muchísimo que tuviera algo realmente importante que decirme, sobre todo después de todo lo ocurrido.

John ya no tenía ese poder sobre mí.

Pensé en Liam por un instante. Estaba de guardia hasta la noche y sabía que, si se enteraba, intentaría impedírmelo. Pero no era como si fuera a ir a ciegas. Además, habría guardias presentes y él no podría hacerme nada. Era un lugar que ya había tenido que visitar en otras ocasiones por uno u otro caso.

Apreté el papel entre los dedos y lo guardé en el bolso. Me puse en pie, cogí el abrigo y salí del despacho con pasos firmes.

Hoy iba a poner fin a todo esto.



Las luces fluorescentes proyectaban un brillo pálido sobre el suelo desgastado de la sala de visitas. Me senté con la espalda recta, la mirada fija en la puerta.

Cuando John entró, el mundo pareció encogerse. Tenía un aspecto lamentable: el cabello despeinado, profundas ojeras y el rostro más delgado. Pero sus ojos seguían siendo los mismos. Negros. Fríos. Hambrientos.

Se sentó frente a mí y, durante un segundo, se limitó a observarme. Una sonrisa torcida y cínica tiró de la comisura de sus labios.

—Has venido.

Crucé los brazos, impasible, y me tragué el nudo que se formaba en mi garganta.

—He venido porque no soy una cobarde, a diferencia de ti, ¿verdad? —me burlé, y su mandíbula se tensó—. Y porque pensé que merecía mirarte a la cara mientras te decía todo lo que pienso después de lo que hiciste.

Se inclinó sobre la mesa, con la mirada sombría.

—Me has arruinado la vida, Chloe.

Su voz salió ronca, impregnada de veneno, y esta vez me fue imposible contener la risa.

—¿Yo? Hasta donde recuerdo, fuiste tú quien intentó violarme. ¿O es que tu memoria quedó afectada por la cantidad obscena de alcohol que llevabas en la sangre? —Arqueé una ceja y, aunque era evidente que no le gustó lo que dije, volvió a hablar: —Destruiste a mi familia, mi reputación y mi trabajo. Lo mínimo que podrías hacer ahora... es retirar la denuncia.

Solté una carcajada seca.

—Eres increíble.

—Lo soy, y siempre te encantó eso. —Su sonrisa se ensanchó, sarcástica y amarga—. Siempre me deseaste. Y yo también a ti.

Negué con la cabeza.

—John, estás delirando, en serio. Solo te quise cuando era lo bastante inocente como para creer que los sapos podían convertirse en príncipes. Después de que se te cayó la máscara, lo único que sentí por ti fue asco.

—¡Estás mintiendo! —protestó, irritado por mis palabras—. Admito que me equivoqué. Bebí demasiado aquella noche, me volví loco al veros juntos a Liam y a ti, perdí la cabeza. No era yo...

Negué de nuevo con la cabeza mientras el asco se extendía por la boca de mi estómago.

—No. Ni se te ocurra justificarte. Estás enfermo y necesitas ayuda profesional. Lo que hiciste... no es normal.

Aparté la silla y me puse en pie, cogiendo el bolso.

—No he terminado de hablar —dijo con seriedad.

Hubo algo en su tono de voz que me hizo dudar. Por eso volví a sentarme para escuchar qué más quería de mí aquel desgraciado.

—Pues habla de una vez. Tengo cosas mejores que hacer.

—Siempre me ha excitado ese carácter tan directo que tienes. —Puse los ojos en blanco, asqueada—. Tengo una propuesta irresistible.

Arqueé una ceja y esperé a que continuara.

—Lo he perdido todo. Mi mujer me abandonó, perdí la custodia de mis hijos y, como consecuencia, mi carrera también ha quedado destrozada. Y estoy aquí encerrado por tu culpa.

Solté una risa incrédula.

—Por eso ya no hay nada que nos impida estar juntos. Tú retiras la denuncia, yo salgo de aquí y retomamos lo que dejamos a medias. Olvidamos el pasado y seguimos adelante. Tú y yo. Nada más.

Guardé silencio un instante, incapaz de creer que realmente acabara de decir aquello. El hecho de que no parpadeara ni desviara la mirada solo confirmaba que estaba convencido de que aquello era posible.

—Estás mucho más enfermo de lo que imaginaba. —Me incliné ligeramente hacia delante y añadí sin apartar los ojos de los suyos —: ¿En qué mundo crees que volvería a estar contigo? Ni aunque fueras el último hombre sobre la Tierra.

Una sombra oscura cruzó por sus ojos mientras me analizaba, claramente insatisfecho con la respuesta.

—No deberías haber dicho eso.

La amenaza implícita en sus palabras hizo que enderezara la espalda.

—Bien... nuestra conversación termina aquí. Y, por cierto, no pierdas el tiempo enviándome mensajes. No voy a retirar ninguna denuncia y, bajo ningún concepto, volveré a visitarte. Y, sobre todo, no te tengo miedo.

Volví a ponerme en pie y me giré para marcharme.

—Chloe.

Su voz me alcanzó como un latigazo. Los hombros se me tensaron. Giré apenas la cabeza y lo miré por encima del hombro.

Entonces sonrió.

Una sonrisa lenta.

Cruel.

Fría como una cuchilla apoyada sobre la piel.

—¿Estás segura? —La pregunta sonó como una amenaza, y no me gustó nada la forma en que la formuló—. Porque si no estás conmigo... no estarás con nadie más.

Un escalofrío me recorrió la columna como un hilo de hielo. Pero no bajé la cabeza. Al contrario. Alcé el mentón, sostuve su mirada y, con toda la frialdad que encontré dentro de mí, escupí: —Que te jodan, John.

Y me fui sin mirar atrás.

CAPÍTULO 44
CHLOE DAVIS

La manilla de la puerta de casa chasqueó con firmeza cuando la cerré detrás de mí. Solté el aire despacio, intentando calmar la inquietud que zumbaba bajo mi piel.

Las palabras de John no dejaban de dar vueltas en mi cabeza.

Porque si no estás conmigo… no estarás con nadie más.

La amenaza flotaba en el aire como humo tóxico, más densa y asfixiante ahora que estaba sola.

Bajé la mirada hacia el papel que aún sostenía entre las manos. Quería verme. Había insistido en que el mensaje me fuera entregado personalmente. Eso ya decía más que cualquier frase escrita.

Fruncí el ceño. Mis pensamientos comenzaron a estrecharse de forma incómoda.

¿Quién… quién podía haber utilizado para hacerme llegar ese mensaje?

Payton dijo que el hombre que lo entregó fue insistente, que apenas aceptó dejárselo a ella.

Eso significaba que John tenía contactos ahí fuera. Incluso estando en prisión. Y eso era, cuanto menos, preocupante.

Me mordí el interior de la mejilla mientras el estómago se me revolvía. Siempre había creído que John era una página pasada. Un problema superado. Una sombra del pasado incapaz de alcanzarme de nuevo.

Pero ahora… ahora era diferente.

Algo dentro de mí activaba todas las alarmas, como si intentara advertirme de que quizá necesitaba ser mucho más cautelosa de lo que había imaginado. Porque, aunque John estuviera entre rejas, su influencia no parecía tan limitada como yo había creído.

Negué con la cabeza e intenté apartar aquella sensación pegajosa de miedo. Cogí el mando de la televisión y busqué

cualquier película, cualquier cosa que pudiera distraerme mientras pasaban las horas y Liam terminaba su turno.

Las imágenes parpadeaban en la pantalla, pero no absorbía nada. Mi mente solo sabía regresar al papel, a aquellas palabras, a la mirada venenosa de John cuando lanzó su amenaza.

Di un pequeño respingo al escuchar la llave girar en la cerradura. Me volví y encontré a Liam entrando con la camisa ligeramente desabrochada. En cuanto Freddie lo vio, salió disparado hacia él y, como era de esperar, mi novio le dedicó toda la atención que exigía antes de acercarse a mí.

—A este paso voy a ponerme celosa —bromeé, intentando ocultar la angustia que llevaba dentro.

Unos segundos después, consiguió librarse de mi perro, se acercó al sofá donde estaba sentada, tomó mi rostro entre sus manos y me besó de una forma que me dejó sin aliento.

—Sabes que siempre serás mi prioridad —murmuró antes de mordisquear mi labio inferior, y aquellas palabras tuvieron el poder de aliviar un poco la extraña sensación que llevaba clavada en el pecho—. ¿Mejor ahora?

Esbocé una sonrisa que no llegó a mis ojos y asentí.

—Sí, pero todavía podría mejorar.

Me observó con los ojos entrecerrados y, al instante, lo supe.

Se había dado cuenta de que algo iba mal.

Su mandíbula se tensó, la expresión se endureció y dejó las llaves sobre el reposabrazos del sofá.

—¿Chloe? —Su voz sonó grave, baja—. ¿Ha pasado algo?

La garganta se me secó. Respiré hondo. El peso de la promesa que nos habíamos hecho flotó entre nosotros.

Sin secretos. Nunca más.

Asentí para mí misma, despacio, y me acomodé bajo sus brazos mientras sentía el corazón martilleándome el pecho.

—Sí. Ha pasado algo.

La tensión pulsaba bajo su piel.

—De acuerdo. ¿Qué ha pasado? —preguntó, inquieto.

Esperé lo inevitable. Sabía que se pondría furioso. Pero también sabía que ocultárselo sería peor.

—Hoy fui a ver a John.

El silencio de Liam fue inmediato y brutal. Todo su cuerpo se puso rígido. La incredulidad cruzó su mirada antes de ser sustituida por una furia fría.

—¿Qué has hecho? —Su tono grave cortó el aire como una cuchilla, y se apartó de mí al instante para quedar frente a frente conmigo en el sofá.

Levanté una mano, pidiendo calma.

—Necesitaba hacerlo, Liam. Me envió un mensaje. Una nota pidiéndome que fuera a verlo. No había remitente ni ninguna explicación. Pensé que, si iba personalmente, le demostraría que no le tengo miedo. Por eso fui. Y lo enfrenté cara a cara.

Los ojos de Liam ardían. Su pecho subía y bajaba con rapidez.

—Chloe...

—Me amenazó —continué, sin ocultar nada, y sus ojos se abrieron de par en par—. Dijo que, si no estoy con él, no estaré con nadie más.

La respiración de Liam vaciló. Un músculo palpitó con fuerza junto a su mandíbula. Cerró los ojos durante un segundo, como si estuviera reuniendo las últimas reservas de autocontrol que le quedaban.

—¿Y te pareció seguro ir sola?

—No lo pensé en términos de seguridad o peligro. Solo pensé que necesitaba cerrar ese capítulo de una vez. Y allí no faltan policías.

Liam se pasó una mano por el cabello. La frustración estaba escrita en cada línea de su rostro.

—Deberías habérmelo contado antes. Habría encontrado la manera de acompañarte, si realmente hubieras creído que era necesario. Aunque, en mi opinión, no lo era.

—Te lo estoy contando ahora. Porque prometimos que no habría más secretos.

Liam me sostuvo la mirada. Sus ojos castaños chispeaban. Incluso detrás de la preocupación y la rabia había algo más profundo: una confianza silenciosa que no quería romper.

Respiró hondo. Su amplio pecho se expandió.

—Voy a ocuparme de esto.

La convicción de su voz me atravesó de arriba abajo. Antes de que pudiera responder, me atrajo contra su pecho y me envolvió entre sus brazos. Su respiración era acelerada sobre mi cabello, pero su abrazo era firme. Protector.

Nos quedamos así durante largos minutos. El calor del cuerpo de mi doctor me envolvió por completo y la tensión que me había consumido desde la visita a John comenzó a disiparse, como si por fin volviera a sentirme en casa. A salvo.

Pero había otra conversación que necesitábamos tener, por difícil que pudiera resultar.

Me aparté apenas lo suficiente para mirarlo a los ojos. Liam percibió el cambio en mi expresión y frunció el ceño, atento.

—Necesito decirte algo...

Asintió despacio mientras apartaba un mechón de cabello de mi rostro.

—Te escucho, preciosa.

Me mordí el labio inferior, buscando las palabras adecuadas.

—Sé que todo esto te está afectando. Y también sé que quieres protegerme. Pero... al mismo tiempo me estás asfixiando, Liam.

La sorpresa cruzó su mirada y enseguida fue reemplazada por algo muy parecido a la culpa.

—Quiero dejar claro que no me estoy quejando de que cuides de mí —continué con calma—. Solo quiero hablar del tema de los mensajes... más de veinte veces al día.

Esbozó una sonrisa incómoda, como si se sintiera culpable, y se encogió de hombros.

—Cada rato preguntándome si estoy bien, si me duele la cabeza, si la vista se me ha nublado, si he tenido náuseas, si mis pupilas se han dilatado. Dios mío, estoy a punto de volverme loca —bromeé para aliviar la tensión que se había instalado entre nosotros.

Apoyé los dedos sobre su pecho por encima de la camisa.

—Sí... quizá me he pasado un poco —admitió, y yo arqueé una ceja. Él soltó una risa nasal.

—Sé que lo haces porque te importo. Pero, Liam... no me estás dejando espacio para olvidarme un poco de lo que estoy viviendo. —Sentí que me ardían los ojos y me tragué el nudo que subía por mi garganta—. Solo quiero vivir el presente. Nada más. Y, de alguna manera, aunque no sea tu intención, cada uno de esos mensajes me recuerda que quizá el mañana no esté tan garantizado como me gustaría.

Cerró los ojos, como si mis palabras lo hubieran herido. Respiró profundamente y, cuando volvió a abrirlos, estaban inundados de arrepentimiento.

—Tienes razón —admitió con voz ronca—. No sé cómo manejar esto. No cuando no se trata de una paciente. No cuando se trata de ti.

Su nuez subió y bajó. Su mano se deslizó por el lateral de mi rostro con infinita delicadeza.

—Me aterra no darme cuenta de una señal. Que no me cuentes lo que sientes y yo pierda la oportunidad de ayudarte. —Suspiró—. Nunca me lo perdonaría.

Mi corazón se rompió en ese instante y me sentí la peor persona del mundo por haberle llamado la atención cuando todo lo que estaba haciendo era intentar cuidar de mí.

—Primero, no tienes que sentirte culpable por nada. Nada de esto es culpa tuya. Y segundo, quizá esté exagerando, pero si pudieras reducir un poco ese tipo de mensajes, me sentiría más tranquila.

Sus hombros se relajaron y me acarició el rostro con ternura.

—Tienes razón, y ahora lo entiendo. Te estoy aplastando con mi miedo. —Mi doctor apoyó la frente contra la mía, y el calor de su piel me tranquilizó—. Te prometo que voy a mejorar, preciosa. Lo intentaré con todas mis fuerzas.

Sonreí con ternura y posé la palma de mi mano sobre su mejilla.

—Sé que lo harás.

Me atrajo hacia un beso suave, tierno, sin prisas. Un beso que hablaba de complicidad y de alivio.

Cuando nos separamos, su mirada ya parecía más serena, aunque todavía conservaba una sombra de preocupación.

—Ven —dijo con una media sonrisa—. Vamos a darnos una ducha juntos.

—Mmm... —Arqueé una ceja, interesada por la propuesta—. ¿Es tu manera de hacerme olvidar este día difícil?

Sonrió de lado, y una luz más suave apareció en el fondo de sus ojos.

—Es mi manera de recordarte que hoy estás bien. Y que estás aquí, conmigo.

Mi corazón se reconfortó y asentí.

Tomó mi mano y me condujo hacia el baño. Esta vez, su contacto no tenía nada de vigilancia ni de miedo; era simplemente nuestra conexión en su mejor versión.

Sin embargo, antes de salir por completo del salón, se detuvo de repente y su postura cambió. Vi cómo su expresión se endurecía ligeramente, adoptando esa determinación protectora que conocía tan bien.

—Sobre John... —retomó con voz baja y firme. Respiré hondo —. No voy a dejar pasar esto, pelirroja. Conozco a algunas personas tanto en el departamento jurídico del conglomerado como en el del hospital, además de gente en la fiscalía... —Soltó mi mano solo para cruzarse de brazos, con el ceño levemente fruncido—. Quiero asegurarme de que la orden de alejamiento se refuerce y de que no tenga ninguna facilidad para salir o intentar ponerse en contacto contigo. Además, voy a investigar quién fue la persona que te entregó el mensaje.

Su mirada encontró la mía y, aunque adoraba lo mucho que se preocupaba por mí, decidí señalar lo evidente.

—¿No sería mejor que me ocupara yo de eso? Al fin y al cabo, es mi campo. Tú ya tienes tu trabajo, no necesitas preocuparte más por esto...

—Voy a ocuparme yo —me interrumpió con determinación y, aunque podría haber encontrado mil argumentos distintos para hacerlo cambiar de idea, me gustó la sensación de tener a alguien que se preocupara tanto por mí.

El pecho se me encogió ante la intensidad de su convicción y, a diferencia de otras veces, no resultaba asfixiante. Me daba la certeza de que no tenía que cargar con todo aquello sola.

—Confío en ti, Liam —susurré, con el corazón rebosante de admiración por aquel hombre maravilloso.

Sonrió de lado, besó mi frente y, esta vez sí, me llevó de verdad hacia la ducha.



El vapor ya empezaba a llenar el ambiente cuando Liam ajustó la temperatura del agua.

La suave iluminación del baño, sumada al sonido constante de la ducha, creaba un refugio donde solo existíamos nosotros dos,

lejos de los miedos, lejos de las amenazas, lejos de todo.

Se volvió hacia mí y, despacio, con una mirada cargada de ternura y deseo contenido, llevó las manos hasta el borde de mi camiseta.

—¿Puedo? —murmuró con voz grave y baja, vibrando entre nosotros.

Asentí en silencio, con el corazón acelerado por la anticipación de aquella intimidad que compartíamos con tanta naturalidad.

Me quitó la camiseta por encima de la cabeza y el roce de sus dedos sobre mi piel tuvo una delicadeza reverente que me estremeció.

Liam no parecía tener prisa. Era como si quisiera memorizar cada centímetro de mí, como si necesitara grabar mi imagen en su memoria más que nunca. Como si sus manos expresaran todo aquello que las palabras ya no alcanzaban a decir.

Yo también le quité la camiseta y mis dedos recorrieron despacio su pecho firme, su piel cálida. Cuando por fin quedamos desnudos, tomó mi mano y me condujo bajo el agua.

El calor resbaló sobre nosotros, aflojando la tensión acumulada en los hombros y arrastrando consigo el peso del día. Liam se colocó detrás de mí, rodeándome la cintura con los brazos; una de sus manos, cálida y firme, descansó sobre mi abdomen mientras la otra se posaba sobre mi pecho, y sus labios alternaban besos y suaves mordiscos en mi hombro y mi cuello.

—No tienes idea de cuánto te amo... —susurró contra mi piel, con la voz ronca y cargada de emoción.

Incliné la cabeza hacia atrás y la apoyé sobre su hombro, como si le ofreciera un poco más de mí. Sus manos se deslizaron lentamente por mi cuerpo mientras yo me abandonaba a la seguridad de su abrazo.

Cuando me acarició con aquella ternura casi insoportable, un suave suspiro escapó de mis labios y sentí la piel arder bajo cada una de sus caricias.

Ya no decía nada más. Ni siquiera hacía falta. Cada roce suyo era una promesa silenciosa.

Me giré para quedar frente a él y encontré su mirada. Los ojos de Liam estaban llenos de deseo, intensos, pero también de una devoción que me desarmaba por dentro. Alcé una mano y acaricié su rostro, recorriendo con los dedos la firme línea de su mandíbula. Él atrapó mi mano y la llevó hasta sus labios. Besó mi palma y cerré los ojos con un suspiro.

Cuando volvió a mirarme, se acercó y me besó. Fue un beso lento. Profundo. Ardiente. Me sujetó por la cintura y me atrajo contra la pared de azulejos aún tibios, pegando su cuerpo al mío mientras el mundo parecía desaparecer a nuestro alrededor.

Pasé los brazos alrededor de su cuello y lo atraje aún más hacia mí, correspondiendo al beso con la misma hambre contenida.

El vapor nos envolvía, los cuerpos mojados se deslizaban suavemente uno contra otro y todo lo que existía era el contacto, el calor y aquella sensación de pertenencia. Me aferré a él mientras cada latido parecía resonar entre nosotros.

Poco después, mi cuerpo comenzó a temblar y sus ojos no se apartaron de los míos. Como si no quisiera perderse ni un solo detalle importante. Quería verme.

Quería sentirme.

Quería llevarme hasta el límite mientras me mantenía anclada a él.

Y cuando el placer terminó por estallar dentro de mí, con el agua caliente aún cayendo sobre nuestros cuerpos, Liam me rodeó con los brazos y susurró junto a mi oído mientras alcanzaba su propio clímax:

—Te amo, pelirroja... Te amo tanto.

Sonreí contra sus labios, todavía temblando, y respondí con la única certeza que habitaba en mi pecho:

—Yo también te amo, mi doctor pervertido.

Me besó una vez más y, aquella noche, bajo el agua, todo lo que existía era la promesa silenciosa de que, pasara lo que pasara, lo enfrentaríamos juntos.



Dos días después, conducía sin prisa, con una mano en el volante, mientras mi mente insistía en perderse entre pensamientos.

Desde aquella conversación con Liam, realmente había mejorado.

Las decenas de mensajes diarios, cada uno cargado de una preocupación excesiva, habían disminuido considerablemente.

Ahora me enviaba uno o dos como mucho.

Me preguntaba cómo estaba y, cuando le respondía que estaba bien, simplemente confiaba en mí.

Los demás mensajes durante el día, las bromas, las provocaciones o las historias sobre cómo había ido su jornada seguían ahí, y se lo agradecía. Había quedado claro que había entendido lo que le pedí. Esos sí quería que continuaran.

Para mí, eso ya era un avance enorme.

Podía respirar e incluso fingir, al menos durante unas horas al día, que no tenía un aneurisma dentro de la cabeza.

Pero la prueba... la prueba era mañana.

La prueba en la que tanto había insistido.

La que respondería muchas de las dudas que me atormentaban. Si era necesario operar o si todavía podíamos esperar algún tiempo más.

Para ser sincera, ni siquiera sabía qué deseaba más: una respuesta definitiva o una oportunidad para aplazarlo todo un poco más.

Suspiré mientras apretaba ligeramente el volante.

Me acerqué a un semáforo y reduje la velocidad. La luz roja se encendió y detuve el coche, con el pie firme sobre el freno, sin siquiera molestarme en poner punto muerto. Entre otras cosas, porque el coche era automático.

Mi bolso estaba tirado en el asiento del copiloto. Recordé que necesitaba sacar el pintalabios.

La reunión con la clienta sería en menos de diez minutos y no quería llegar con los labios pálidos.

Me incliné ligeramente mientras rebuscaba distraída en el bolso. Encontré el tubo del pintalabios cuando, de repente, un ruido fuerte llamó mi atención. Un chirrido. Neumáticos derrapando. El sonido seco de la goma arrastrándose violentamente sobre el asfalto.

Instintivamente, mi mirada se disparó hacia la izquierda.

Los ojos se me abrieron de par en par.

Un coche negro, fuera de control o... no, no estaba fuera de control. Parecía venir directamente hacia mí a una velocidad absurda y, en la fracción de segundo en que mis pensamientos intentaban ordenarse, el rostro de John invadió mi mente.

Sus palabras resonaron como un susurro oscuro:

Si no estás conmigo... no estarás con nadie más.

Una descarga de adrenalina recorrió mi cuerpo. Sin pensar, sin razonar, levanté el pie del freno de golpe y hundí el acelerador. Giré el volante hacia la derecha intentando escapar, aunque sabía que quizá ya era demasiado tarde.

Cerré los ojos por puro instinto, apreté los dientes y sentí el corazón desbocado. Entonces el impacto llegó como un trueno.

Y mi mundo se hizo añicos.

El sonido del metal retorciéndose fue ensordecedor. El estallido de los cristales al romperse resultó espantoso. Mi cuerpo salió despedido contra el asiento y el cinturón me sujetó con una brutalidad que me quemó la piel, mientras el airbag se desplegaba automáticamente. Un dolor insoportable explotó en mis costillas, irradiándose por el pecho y la cabeza.

Y entonces...

Como en una película a cámara lenta, las imágenes comenzaron a desfilar dentro de mí.

Mel. Las risas y las noches de películas con mi amiga. La dulce sonrisa de mi hermana el día de su boda.

Freddie, ladrando feliz cada vez que yo llegaba a casa.

Mamá y papá. Las discusiones y los abrazos, todos mezclados en mi memoria.

Andrew y Hannah. Sus risas infantiles, sus vocecitas llamándome «tía Chloe».

Y entonces... Liam.

Sus ojos almendrados. Su sonrisa torcida. La forma en que pronunciaba mi nombre como si fuera algo precioso. La manera en que sostenía mi rostro entre las manos, como si yo fuera frágil y fuerte al mismo tiempo.

Una lágrima caliente escapó de mis ojos y se deslizó por mi mejilla, mezclándose con el sabor metálico que comenzaba a llenar mi boca.

No voy a poder despedirme...

Aquella certeza me desgarró el pecho con más fuerza que el propio accidente.

Y entonces... todo empezó a alejarse. Los sonidos parecieron desvanecerse. Las imágenes se volvieron borrosas. Mi cuerpo se sintió pesado, entumecido.

Y finalmente, como si alguien hubiera apagado la luz, todo desapareció.

CAPÍTULO 45
LIAM WALKER

La cirugía avanzaba bien. Mis dedos se mantenían firmes, los ojos atentos y la mente filtraba cada estímulo externo. Todo a mi alrededor desaparecía cuando estaba así. Inmerso. Concentrado. Aquel era mi mundo, el único lugar donde podía hacer lo que mejor sabía hacer: operar. Bueno... la otra cosa sería completamente inapropiada allí.

El bisturí hacía su trabajo con precisión mientras aislaba la arteria dañada. Media hora más, quizá menos, y el paciente estaría estable para finalizar la intervención. Ese era mi objetivo. Y en eso era bueno.

Alguien llamó a la puerta y vi que mi asistente de cirugía se acercaba para averiguar qué necesitaban. Aun así, seguí concentrado en lo importante.

—Doctor Walker, el doctor Smith pregunta cuánto tiempo más va a llevar —murmuró Nathan, mi asistente, al otro lado del campo quirúrgico.

No aparté la vista.

—Dos horas para terminar —respondí—. Quizá menos.

Por el rabillo del ojo vi que asentía y se alejaba.

No pasó desapercibido para mí que Nathan se quedó extraño, con el cuerpo rígido, y fruncí ligeramente el ceño.

—¿Ha pasado algo? —pregunté sin dejar de hacer lo que tenía que hacer.

Sus ojos se encontraron con los míos durante apenas unos segundos antes de apartarse. Negó con la cabeza y habría jurado que me estaba mintiendo a la cara. Sin embargo, no era el momento de insistir. El paciente tenía el cráneo abierto y el más mínimo error podía resultar irreversible.

—De acuerdo.

Volví a centrarme en la cirugía y permanecimos así durante una hora más. El doctor Smith apareció de nuevo y, esta vez, levanté la vista cuando llamó otra vez a Nathan. Aunque mi asistente ya estaba junto a él, pregunté igualmente.

Intentábamos evitar al máximo interrumpir una cirugía en curso, salvo cuando ocurría algo realmente grave. Por eso me extrañó que hubiera regresado.

—¿Hay algo que deba saber, doctor?

Miré por encima del hombro y, aunque parte de su rostro estaba cubierta por la mascarilla quirúrgica, percibí la preocupación en sus ojos. Y aquello hizo saltar todas mis alarmas.

—No es nada grave, doctor Walker. Solo necesito hablar con usted sobre un paciente cuando termine —explicó.

Su comentario tenía sentido, pero aun así me resultó extraño.

—¿Tan serio es? —quise confirmar sin apartar la atención del bisturí.

—Sí. Pero esperaré.

Asentí e intenté no darle más vueltas, aunque ver que Nathan observaba constantemente al doctor Smith, que permanecía al otro lado de la sala quirúrgica observándonos, me incomodó como el demonio. Sobre todo porque Nathan parecía distraído y tenso. Estaba convencido de que había ocurrido algo serio, pero por alguna razón no querían decírmelo.

Miré hacia el otro lado y vi al doctor tras el cristal, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Era evidente que no estaba allí por simple curiosidad médica. Su mirada se clavó en mí.

Preocupación.

Y no parecía ser por el paciente.

Parecía ser por mí.

El estómago se me contrajo.

Terminé las últimas suturas por pura memoria muscular. Dejé el cierre al residente. Me quité los guantes y el gorro quirúrgico y me

lavé las manos sin siquiera notar el agua. Recuperé el móvil que había dejado con el residente y encontré el último mensaje de mi pelirroja.

Voy a la reunión, pero pensando en ti. Siempre.

Buena cirugía, mi doctor.

Una sonrisa sincera apareció en mis labios al imaginarla llamándome «mi doctor». Me encantaba. Era algo pequeño, pero me encantaba.

La imagen de Chloe inundó mi mente como una luz. La forma en que mordía la comisura del labio cuando quería provocarme. El sonido de su risa, ronca, dulce, íntima. Una necesidad inmensa de llamarla me envolvió. Decirle que estaba contando los minutos para verla.

Pero no tuve oportunidad.

En ese instante, el doctor Smith apareció en la puerta.

—¿Qué ha ocurrido tan urgente, doctor?

Se tensó.

Y sus ojos mostraron todo lo que su boca no era capaz de decir.

Su inquietud. La forma rígida en que se comportaba conmigo, algo que jamás había visto antes, explotó en mi cabeza.

Y lo supe.

Imágenes de Bryan, Mel, Andrew, Hannah y Chloe cruzaron mi mente en una sucesión de destellos.

—Liam... —dijo con la voz quebrada.

Antes de cualquier palabra.

Antes del primer sonido.

Lo supe.

—¿Qué demonios me está ocultando? —espeté, perdiendo la paciencia.

No aparté la vista.

Tragó saliva, bajó la mirada y, con las manos apoyadas en las caderas, respiró hondo antes de pronunciar unas palabras que jamás imaginé escuchar. Como si cada una de ellas fuera una sentencia de muerte.

—Ha sido un accidente. La trajeron aquí hace menos de una hora. Está muy grave.

Chloe.

No recuerdo si pronunció su nombre o si simplemente lo supe.

Mi corazón se detuvo.

Me quedé inmóvil, escuchando una y otra vez las palabras accidente y muy grave resonando dentro de mi cabeza.

Durante unos segundos fui incapaz de moverme. Como si esperara que se desdijera. Que todo aquello no fuera más que una broma macabra.

Pero en el momento en que me tocó el hombro, reaccioné de golpe. Me aparté de su contacto como si me quemara.

Solo necesitaba comprobar que aquello no era producto de mi imaginación.

—¿Dónde está? —pregunté con una frialdad que ni siquiera reconocí como mía.

El doctor Smith apenas terminó de responder cuando salí corriendo por el largo pasillo.

Corrí.

Por corredores que conocía con los ojos cerrados y que, sin embargo, en ese momento parecían interminables.

Las enfermeras intentaron detenerme.

Ni siquiera escuché lo que decían.

Empujé a Matt cuando trató de impedirme entrar en el área quirúrgica.

—¡SOY SU NOVIO, JODER! —rugí con la voz desgarrada.

Era evidente que mi amigo no quería impedírmelo.

Pero necesitaba confirmar que era ella.

Lo esquivé y entré.

Vi su nombre en la entrada del quirófano.

Chloe Davis.

Mi corazón, completamente desbocado, parecía a punto de colapsar bajo el torbellino de emociones que me atravesaba.

En ese momento, una enfermera salió con el historial clínico. Se lo arrebaté de las manos pese a sus protestas.

Las letras se mezclaron delante de mis ojos.

No sabía dónde mirar.

Fractura pélvica.

Traumatismo torácico.

Hemorragia intracraneal.

El suelo desapareció bajo mis pies.

Di un paso atrás, completamente devastado, incapaz de creer lo que estaba leyendo.

Sentí unas manos sujetándome.

Levanté la vista.

Los ojos azules de mi amigo.

Y entonces me golpeó un miedo aún peor.

El aneurisma.

Mi corazón perdió un latido ante la sola posibilidad.

Al otro lado del cristal, el neurocirujano del equipo de trauma me vio. Tuve la sensación de que reconoció mi desesperación.

Sin importarme nada, abrí la puerta y entré. Matt fue detrás de mí intentando detenerme.

—Lo siento, amigo, pero no puedes estar aquí. Lo sabes.

Lo ignoré.

Cogí una mascarilla de la entrada y me la coloqué mientras mis ojos intentaban confirmar que realmente era ella quien estaba allí, tendida sobre aquella mesa.

El doctor Newton me observó por encima del hombro y respiró profundamente.

—Doctor Walker, sé que la paciente es su novia, pero no podré concentrarme con usted aquí. Le pido que salga.

—Necesito saber cuál es su estado real, doctor —pedí con la voz quebrada y las manos temblorosas.

Apartó la mirada y tensó la mandíbula.

—No es bueno. Y precisamente por eso necesito concentrarme.

Tragué saliva.

Sabía que tenía razón.

Y aunque no quería irme, también sabía que debía hacerlo.

Por ella.

Podía ponerla en riesgo si seguía allí.

—De acuerdo. Me iré. Pero antes necesito que sepa algo. Tiene un aneurisma de la arteria comunicante anterior. —Respiré hondo, como si las palabras me costaran salir—. Con el accidente... podría haber aumentado de tamaño. Necesito que lo compruebe.

Asintió.

—De acuerdo. En cuanto controlemos la hemorragia, lo revisaré. Pero no se ha roto.

Un pequeño alivio aflojó la presión en mi pecho.

—Ahora, por favor, le pido que salga.

Vi parte de su cabello pelirrojo cayendo sobre la camilla.

Y aquello me rompió de formas que ni siquiera podría medir.

Asentí sin ser capaz de decir nada más.

Matt me tomó del brazo y permití que mis piernas lo siguieran por puro automatismo.

Me dejé caer sentado en una esquina del pasillo, apoyado contra la pared, con las manos cubriéndome el rostro mientras intentaba recuperar el control de mi respiración.

Iba a morir. Iba a morir y yo ni siquiera estaba con ella. No pude protegerla. No le dije «te amo» hoy.

—Por favor, Chloe... quédate conmigo... —susurré, como un niño que ha perdido a su madre en la oscuridad.

Matt se quedó conmigo allí, quién sabe durante cuánto tiempo, y después de que otros médicos vinieran a echarme porque podía distraer al doctor Newton, que me veía a través del cristal y se sentía presionado, comprendí que no tenía alternativa. Matt me condujo hasta la sala de espera. Me temblaban las piernas. Me temblaba todo el cuerpo, presa de un miedo descomunal a perderla.

Sabía que, si eso ocurría, sería como arrancarme el propio pecho con las manos.

No sé en qué momento llamaron a mi hermano, pero los vi en cuanto levanté la vista. Tenía los codos apoyados sobre las rodillas abiertas y las manos unidas, como si elevara una plegaria silenciosa al cielo para que simplemente salvara a mi pelirroja.

Mel y Bryan me miraron y no fui capaz de decir nada. Solo me puse en pie, sin importarme las lágrimas que caían sin control por mis ojos, atraje a mi hermano hacia un abrazo y me derrumbé, porque esa conexión entre gemelos no era ninguna exageración y él, mejor que nadie, sabía lo cerca que estaba de romperme.

—Tranquilo, brother. Ella va a estar bien —repetía una y otra vez, como si él mismo necesitara creerlo.

Después de no sé cuánto tiempo allí, sostenido por Bryan, Mel me abrazó por detrás y él la atrajo hacia nosotros. Sentí mi camiseta humedecerse donde apoyaba el rostro, llorando con una angustia profunda, porque ella también estaba sufriendo. Su mejor amiga estaba allí, entre la vida y la muerte.

Matt me trajo un vaso de agua y me obligó a beber después de varios minutos. Conseguí explicarles por encima lo ocurrido, aunque mi amigo ya les había adelantado la situación por teléfono, porque había insistido en avisarlos él mismo.

Mel lloraba en silencio. Bryan le sujetaba la mano. Y aunque deseaba arrancarle el dolor con las manos, no podía, porque me

sentía tan devastado como ella.

Quería levantarme, hacer algo. Golpear una pared. Entrar en el quirófano y asumir la cirugía aunque no tuviera autorización. Pero todo lo que fui capaz de hacer fue volver a sentarme y esperar.

En algún momento, Mel dijo que había avisado a Charlotte y se lo agradecí, porque yo era incapaz de pensar en nada más mientras no supiera que Chloe había salido de peligro.

No sabía cuánto tiempo había pasado. Mi batería se agotó y ni siquiera me importó buscar un cargador. Entonces aparecieron dos policías que querían hablar conmigo. Mi nombre figuraba en el móvil de Chloe como contacto de emergencia. Igual que el de Megan y Mel.

—Su coche fue embestido por otro vehículo. No parece un accidente común, como pensamos al principio.

La respiración se me quedó atrapada en los pulmones al recordar la nota que Chloe había recibido y la amenaza que John le había hecho.

—¡John! —solté al instante—. ¡Hijo de puta! —rugí, tirándome del cabello por puro nerviosismo.

—Estamos investigándolo como un intento de homicidio —continuó el agente que hablaba con Mel y Bryan, mientras yo volvía a caminar de un lado a otro como un león enjaulado, a punto de despedazar a aquel desgraciado con mis propias manos.

—¿Qué tiene que ver John con esto? —preguntó Mel, sin preocuparse por el policía que también me observaba con desconfianza.

—Ese hijo de puta llamó a Chloe a la cárcel y la amenazó —espeté sin importarme nada.

—Tranquilo, joven —intervino el policía—. No puede acusar a nadie sin pruebas.

La sangre me hirvió. Dejé de caminar y lo miré con una furia tan palpable que, aunque intentó disimularlo, fue evidente que se sintió intimidado.

—Para empezar, no soy ningún joven. Soy un médico reconocido; no está hablando con un crío. Y, para continuar, no estoy acusando a nadie sin pruebas.

Guardó silencio y recibió una mirada de reproche del agente más veterano que tenía al lado.

—Ese hijo de puta llamó a mi mujer hace dos días y le pidió que retirara la denuncia. Además, la amenazó diciéndole que, si no volvía con él, no estaría con nadie más. —El supuesto policía tragó saliva—. ¿Eso le parece una amenaza?

—Mi hermano jamás inventaría algo así. De hecho, ya entregamos la nota de John a nuestro detective para averiguar cómo consiguió hacerla llegar hasta Chloe estando en prisión —intervino Bryan a mi lado, con expresión sombría. Arqueó una ceja—. Así que, si pudo comunicarse con ella e incluso provocar un accidente desde la cárcel, donde nada de eso debería ser posible, me parece que ustedes no están controlando ni a sus propios presos y aun así pretenden llamar la atención a mi hermano por exponer un hecho.

Al policía más joven solo le faltó abrir un agujero en el suelo y meterse dentro. Y, sinceramente, si hubiera podido, yo mismo lo habría enterrado allí.

En ese momento, como si hubieran elegido el peor instante posible para aparecer, llegaron Megan, Charlotte y Chris, el hermano del desgraciado que había provocado el accidente de mi mujer.

Sentí que la sangre se me congelaba.

Chris.

No lo pensé dos veces. Recorté la distancia entre nosotros. Chris abrió mucho los ojos al darse cuenta de que estaba a punto de romperle la cara solo por ser hermano de quien era.

—¿Cómo consiguió John ponerse en contacto con Chloe y contratar a alguien fuera mientras estaba en prisión? Algo me dice que, si hay alguien que puede saber algo de eso, eres tú —dije con una frialdad glacial.

Sus ojos, llenos de desconcierto, pasaron de mí a los policías, a mi hermano y volvieron a mí.

—Tranquilo, tío. No sé nada.

El policía más veterano, cuyo nombre ni siquiera recordaba, se acercó y observó al cuñado de mi mujer con desconfianza.

—Puede que realmente no sepa nada. O puede que tenga alguna pista que nos ayude a resolver el caso.

Era evidente que Chris se debatía entre proteger a su hermano o ayudar a su nueva cuñada y evitar que su reciente matrimonio se viniera abajo en tiempo récord. Inspiró profundamente y terminó diciendo algo que jamás habría esperado escuchar sobre aquel desgraciado.

—John tiene contacto con algunos tipos peligrosos de Nueva York y del Bronx, de cuando vivíamos allí. No sé exactamente quiénes son, pero forman parte de alguna organización mafiosa.

La sangre se me heló al instante al imaginar que hubiera sido capaz de involucrar a esa clase de gente solo porque su orgullo había sido herido una y otra vez.

Bryan se colocó a mi lado. Sentí su mano sobre mi hombro y lo miré sin saber qué hacer con aquella información. Esa gente no era fácil de encontrar. Ellos te encontraban a ti, no al revés. Y por mucho dinero que gastara en investigadores, aquello no sería sencillo de resolver.

—Tranquilo, brother. John puede tener sus contactos, pero nosotros también tenemos los nuestros.

Lo miré confundido durante un segundo y entonces una luz se encendió en mi cabeza al recordar cuando Jackson desapareció de prisión y el propio Don de la Cosa Nostra se puso en contacto con Bryan para decirle que no se preocupara e incluso proponerle hacer negocios con sus barcos.

El policía nos observó y preguntó con desconfianza:

—¿De quién están hablando exactamente? Necesitamos saberlo para continuar con la investigación.

—No se preocupe. Siga las líneas que Chris acaba de proporcionar. Yo trasladaré la misma información a mi abogado y a mi detective para que se haga justicia —respondió Bryan.

Y le agradecí con toda mi alma que tomara las riendas de la situación, porque estaba tan perdido que mi cabeza era incapaz de funcionar con normalidad.

—De acuerdo. Necesitamos que hoy mismo se presente en comisaría para prestar declaración y aportarnos más información —pidió dirigiéndose al cuñado de Chloe.

Aunque era evidente que no le gustaba la idea, Chris asintió.

—¿Cómo ha podido John hacerle esto a mi hermana? —preguntó Megan entre lágrimas a su marido.

Cuando él intentó abrazarla, ella se apartó y se refugió en los brazos de su madre, que volvió a romper a llorar junto a su hija.

Aunque intuía que Chris no tenía nada que ver con aquello, mi rabia era tan grande que nada parecía importar.

—Si tu hermano tiene realmente algo que ver, como estoy convencido de que tiene, con lo que le ha ocurrido hoy a Chloe... yo mismo me encargaré de él.

Y era la pura verdad.

Que le jodan a mi título.

Que le jodan a mi carrera.

Si la mujer de mi vida no salía viva de aquel quirófano por culpa de ese hijo de puta, ni siquiera era capaz de imaginar lo que sería capaz de hacerle.



Cinco horas. Cinco malditas horas de tortura. Hasta que la puerta se abrió. El doctor Newton apareció con los ojos cansados. El rostro inexpresivo. Pero respiraba. Respiraba.

—Está viva —dijo de inmediato al mirarme, justo cuando estaba a punto de correr hacia él.

Un alivio inmenso salió de mi pecho, como si por fin el aire que llevaba horas atrapado en mis pulmones lograra escapar y aliviar el dolor que me estaba consumiendo.

Escuché las exclamaciones de alegría de Mel, Bryan y los demás.

Pero yo permanecí inmóvil. Rígido. El peso de todo seguía aplastándome los hombros.

—¿Cómo está? —pregunté. Mi voz salió baja, áspera.

El doctor Newton hizo un leve gesto con la cabeza y me indicó que me acercara, apartándonos un poco de los demás.

—Ha sufrido múltiples traumatismos, Liam. La cirugía abdominal fue necesaria debido a una hemorragia interna provocada por la rotura del bazo. Conseguimos controlarla. Tuvimos que extirparlo.

Cerré los ojos durante un segundo. El bazo no era un órgano vital. Podía vivir perfectamente sin él, pero eso no hacía que la situación fuera menos grave.

—¿Qué más?

—Las costillas fracturadas no perforaron el pulmón, lo cual ha sido un milagro. Sin embargo, presenta un edema cerebral leve. No ha sido necesaria una intervención neuroquirúrgica por ahora, pero es algo que vamos a vigilar muy de cerca durante las próximas setenta y dos horas.

Mi mente daba vueltas. Edema cerebral. Inflamación intracraneal.

—¿Y la conmoción?

—Moderada. Lo más seguro es mantener a Chloe en coma inducido durante al menos los dos primeros días, hasta estabilizar la presión intracraneal, con sedación controlada y soporte ventilatorio.

—¿Va a la UCI? —quise confirmar.

—Sí. Ya la están trasladando a la UCI neurológica. Sus constantes vitales son estables en este momento, pero no puedo darte ninguna garantía definitiva antes de cuarenta y ocho horas. Va a ser una recuperación larga. Y delicada.

Me llevé una mano al rostro.

—Pero, por lo que has visto allí dentro... va a despertar, ¿verdad? —Porque, aunque sabía que no podía asegurarlo, también sabía que tendría sus propias impresiones, y necesitaba conocerlas.

Dudó durante un instante.

—No he visto señales de daño cerebral irreversible. Eso es positivo. Si todo sigue así durante las próximas veinticuatro horas, diría que sí, creo que despertará.

Me permití sentarme. O tal vez derrumbarme.

—¿Puedo verla? —pregunté, con la voz quebrada, desesperado por aferrarme a cualquier migaja de esperanza.

—Cuando esté estable en la UCI, te avisaré —respondió el doctor Newton con serenidad—. Puede tardar una hora. Quizá menos.

Asentí, aunque todo en mí quería empujarlo de vuelta al área quirúrgica y exigirle que me dejara verla. Después de todo, era su jefe. Pero sabía que tenía razón y que no podía abusar de mi posición.

Antes de que se alejara, no pude callar lo que me estaba devorando por dentro:

—¿Y el aneurisma?

Vaciló.

Joder.

Vaciló.

El silencio que se instaló pareció más pesado que el aire cargado de la sala de espera. Sentí que Charlotte se movía a mi lado, confundida. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había acercado.

—¿Qué aneurisma? —preguntó con el ceño fruncido, mirando de mí a Mel y luego al doctor.

Antes de que Newton o yo pudiéramos responder, Mel intervino con suavidad:

—Luego te lo explicaré, tía. Ahora no es el momento.

Pero ya era demasiado tarde. El daño estaba hecho. El aire estaba cargado de tensión. Volví la mirada hacia Newton, que finalmente soltó un suspiro y volvió a mirarme.

—Bien... respecto a eso —comenzó, y en ese momento ya no era solo el neurocirujano del hospital. Era un colega intentando explicarme lo inexplicable—. En cuanto recibimos tu mensaje sobre sus antecedentes, decidimos adelantar la prueba que estaba programada para mañana. Realizamos una angiografía cerebral por catéter mientras aún estaba en quirófano.

Tragué saliva. Las manos me temblaban. El corazón, que hasta entonces me había concedido una tregua, volvió a acelerarse como si quisiera escapar de mi pecho.

—¿Y? —susurré.

Volví a tragar saliva, con un ligero temblor en las manos y el corazón disparado otra vez. Mientras el doctor Newton continuaba explicando la situación de Chloe, intentaba asimilar sus palabras, pero resonaban en algún lugar lejano, como si mi cerebro se negara a comprenderlas, porque lo que estaba diciendo era algo que jamás se me había pasado por la cabeza.

CAPÍTULO 46
LIAM WALKER

Han sido los días más largos de mi vida.

Dos días. Cuarenta y ocho horas. Dos mil ochocientos ochenta minutos desde que vi a Chloe ser trasladada inconsciente a la UCI, con tubos conectados a su cuerpo, sin rastro alguno del brillo que solía habitar en sus ojos. Cada segundo era una prueba de resistencia. Y yo estaba fracasando miserablemente.

Cuarenta y ocho horas sin moverme del hospital. Pero no podía. Necesitaba permanecer a su lado, igual que los dos guardaespaldas que había colocado frente a la habitación de Chloe, donde solo yo, su familia y los médicos del hospital teníamos autorización para entrar.

No iba a poner en riesgo la vida de mi mujer sabiendo que aquel maníaco, de algún modo, seguía moviendo los hilos incluso desde la cárcel. Según me comentó mi hermano, había conseguido contactar con tal Matteo Lucchese, el Don de la Cosa Nostra, pero al parecer no le gustaba hablar de esos asuntos por teléfono, así que enviaría a su hermano para que resolviéramos de una vez por todas cualquier cuestión relacionada con John.

Era curioso que, en ningún momento, aquello pesara sobre mi conciencia, teniendo en cuenta que dedicaba cada día de mi vida a salvar personas y que, aun así, lo único que deseaba era que aquel desgraciado se fuera al mismísimo infierno.

Bryan intentó arrastrarme a casa la primera noche. Dijo que necesitaba descansar, que era una locura querer dormir en la sala de guardia teniendo mi propia cama, pero yo solo fui capaz de responder con silencio. Mel fue más directa y me dijo que, si seguía así, cuando Chloe despertara sería yo quien acabaría en una camilla. Pero ninguno de los dos entendía que estar lejos de ella en ese momento era sencillamente imposible.

Me quedé. Dormí sentado a su lado porque, evidentemente, no fui a ninguna maldita sala de guardia. De hecho, soborné al enfermero responsable del turno prometiéndole que podría participar conmigo en varias cirugías de su elección para ampliar su experiencia. A cambio, fingiría no haberme visto colarme en la habitación de mi pelirroja si algún médico llegaba a descubrirme allí.

El sonido de las máquinas en el pasillo, los pasos de los enfermeros, incluso el ruido del ascensor, todo me mantenía alerta. Cada sonido podía ser una señal. Un aviso de que iba a despertar. De que podía llamarme. Y yo necesitaba estar allí cuando sucediera. O si alguien intentaba acercarse a ella otra vez. Ya no confiaba en nadie después de lo que le habían hecho.

La mañana del segundo día llegó mi madre desde Nueva York. Elisabeth siempre había tenido ese porte firme, casi aristocrático, como si nada en el mundo pudiera afectarla. Pero cuando entró en la sala de espera y me vio con la misma ropa arrugada, la barba descuidada y profundas ojeras bajo los ojos, no dijo nada. Simplemente se acercó y me abrazó. Y recibir un poco de su cariño en un momento como aquel me hizo bien.

—Tu padre está con Bryan y Mel —dijo—. La casa está llena. Charlotte y Megan también pasan allí casi todo el tiempo.

Asentí. No tenía idea de lo que ocurría fuera de aquellas paredes. Mi vida estaba atrapada en aquella planta del hospital, aferrada a la esperanza de ver a Chloe mover un párpado. Respirar por sí sola.

Charlotte venía todos los días. Megan, más reservada, permanecía cerca de su madre. Y Chris... Chris me miró al final del primer día como si cargara el peso del mundo sobre los hombros. No necesitaba decir nada. Sabía que sospechaba de su hermano. La forma en que evitaba mi mirada, cómo se pasaba la mano por el cabello una y otra vez, inquieto, lo delataba todo. Tal vez incluso lo supiera. Y aquello me estaba devorando.

Los informes del accidente, los daños del vehículo, el reporte policial... Algo no encajaba. Y el hecho de que Chloe hubiera sido

embestida precisamente ahora, después de la amenaza velada de su ex, solo aumentaba mis sospechas. Más aún cuando el propio hermano había admitido que John tenía contactos con gente del crimen organizado del Bronx. Sabía perfectamente que nada bueno podía salir de eso, y esas personas tenían acceso fácil a quienes estaban dentro de prisión.

La culpa me consumía. Me odiaba por no haber previsto que podía intentar algo más grave incluso estando encerrado. Por no haber hecho nada. Por no haber estado en su lugar.

Cada vez que permitían visitas en la UCI, entraba. Me sentaba junto a su cama, tomaba su mano con cuidado, como si pudiera romperse aún más, y me quedaba allí hablando del tiempo, de Freddie, que otra vez estaba con Andrew, de las locuras del hospital, aunque ni siquiera hubiera trabajado durante aquellos días... Solo necesitaba fingir que podía escucharme. Que todo volvería a ser como antes.

Pero la verdad era que no sabía si despertaría. Su accidente no había sido algo simple, y solo se había evitado una tragedia aún mayor porque, de alguna manera, logró apartarse del impacto que iba directo hacia ella. Al menos eso mostraban las cámaras de seguridad de la calle. Había intentado escapar. Se dio cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir. Y eso me estaba destrozando.

Y lo peor era que... ya no sabía cómo seguir viviendo si ella no despertaba.



A la mañana del tercer día, estaba sentado junto a su cama cuando el Dr. Newton entró. Ya reconocía sus pasos incluso antes de verlo. Firmes, seguros, aunque cargados con el peso de la responsabilidad. Me puse de pie de un salto, con el corazón amenazando con estallar en mi pecho.

Se detuvo frente a mí, con la carpeta en la mano y una mirada que, por primera vez en días, no parecía pesar cien kilos.

—Vamos a empezar a reducir la sedación —dijo sin rodeos—. Despacio. Con mucho cuidado.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo. No de dolor. De esperanza. De miedo. De todo al mismo tiempo.

—Bien, eso es bueno —murmuré para mí mismo, inquieto—. Va a despertar... —Mi voz salió más baja de lo que pretendía. Áspera, casi infantil.

—Si todo va bien, sí —respondió, aunque no se lo había preguntado—. Ya no hay signos de presión intracraneal significativa. El cuadro general es estable. Ahora es cuestión de tiempo. —Extendí la mano para ver los informes y, aunque resopló, me los entregó. Yo era su jefe; no estaba tan loco como para ocultarme nada, pero confiaba en el Dr. Newton—. Pero, Liam... —se acercó un poco más —, es importante recordar que todavía no sabemos cuál será su estado neurológico cuando despierte. Es demasiado pronto para hacer predicciones.

Asentí. Claro que asentí. Pero en ese momento nada me importaba más que saber que podía volver. Que podía abrir los ojos en cualquier instante en cuanto redujeran la sedación.

—Voy a quedarme con ella durante el proceso —le advertí. No le pedí permiso.

Vaciló durante un segundo. Después miró a Chloe, tan frágil sobre las sábanas blancas, con el cabello pelirrojo extendido sobre la almohada como un marco de silencio, y terminó asintiendo. Sabía perfectamente lo terco que era y que no me movería de allí.

—Sí. Pero mantén la calma, aunque tarde en reaccionar. Es normal. Lo sabes mejor que nadie.

Le agradecí con un leve gesto de cabeza. Tenía la garganta demasiado seca para decir una sola palabra. Cuando salió de la habitación, acerqué la silla a la cama, me senté y tomé su mano entre las mías. Estaba caliente. Eso era una buena señal.

—Siempre has sido una cabezota —susurré—. Ahora es el momento de demostrarlo una vez más y vencer cualquier luz que esté apareciendo para llamarte. Por favor, corre en la dirección contraria y vuelve conmigo, ¿de acuerdo? Porque te juro que, si no lo haces, iré donde estés y te daré unas buenas palmadas, pelirroja.

Deposité un beso en su sien, con el corazón encogido, y volví a sentarme sin soltar su mano.

Las horas siguientes fueron una tortura. Un compás desacompasado entre la esperanza y la frustración. Los enfermeros ajustaban parámetros, vigilaban los monitores. Conté cada una de sus respiraciones como si fueran las mías. Cada pequeño movimiento involuntario me hacía contener el aliento.

Al final de la tarde apareció Bryan con un café. Ni siquiera recordaba la última vez que había comido. El hambre parecía haber desaparecido y solo conseguían obligarme a ingerir algo cuando alguien me lo traía. Igual que me duchaba en el propio hospital y me cambiaba de ropa mientras mi hermano o Mel permanecían cerca de ella.

Me miró con lástima. Esa mirada que tanto me irritaba. Pero no dijo nada. Solo dejó el vaso sobre la mesa y se marchó.

Después vino Mel. Luego mi madre. Todos pasaban por allí, decían algo reconfortante y me dejaban solo otra vez, como si supieran que lo único que necesitaba era una cosa: que ella regresara.

Y entonces...

Un movimiento sutil. Minúsculo. Sus dedos se contrajeron dentro de los míos.

No sabía si había sido un reflejo. Un espasmo. Pero parecía... parecía diferente.

Como una respuesta.

Como un reconocimiento.

Me incliné hacia ella.

—¿Linda? —la llamé, casi sin voz—. Soy yo. Estoy aquí. Estás a salvo, estás viva. Todo va a salir bien... Solo vuelve conmigo.

El monitor seguía estable. Su respiración también. Durante unas horas más permaneció inmóvil, sin ninguna otra señal de que fuera a despertar, y yo empezaba a desesperarme de nuevo mientras intentaba controlar mi lado hipocondríaco y repetirme que saldría adelante. Que volvería conmigo.

La noche ya había caído. Todo el día había pasado. Tenía la cabeza apoyada junto a su brazo, con nuestras manos entrelazadas. Sentí una leve sacudida. Mi corazón se disparó de expectativa y levanté la mirada hacia ella.

Entonces sus pestañas temblaron.

Una vez.

Dos.

Y después, muy lentamente, intentó abrir los ojos.

Mi corazón simplemente se detuvo.

Parpadeó despacio. Sus pupilas seguían desorientadas, como si intentara comprender dónde estaba. Su mirada borrosa encontró la mía y, en ese instante, todo desapareció: el dolor, el miedo, los días de desesperación. Todo.

Estaba despertando.

Estaba regresando a mí.

—Eso es, preciosa... vuelve conmigo...

Su respiración se aceleró ligeramente. Frunció el ceño. Intentó hablar, pero todavía no podía después de haber permanecido intubada durante aquellos días. Solo movió los labios, hizo una mueca de dolor y se llevó una mano a la garganta.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y sentí una recorrer mi rostro sin importarme mostrar mi debilidad.

Porque mi debilidad era ella.

—Hola, amor. —Sus ojos reflejaban una mezcla de alivio, desesperación, dolor y añoranza. Intentó hablar otra vez, pero apoyé

el dedo índice sobre sus labios para impedírselo—. Shhh. Quédate quietecita. No fuerces la garganta. Poco a poco volverás a la normalidad —le dije, aliviado—. Poco a poco todo volverá a la normalidad. Lo importante ahora es que todo está bien. Estás aquí. Conmigo. Y no pienso moverme de tu lado hasta que estés completamente recuperada.

Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas. No podía —ni quería — ocultarlas.

Y en ese instante supe que haría cualquier cosa por esa mujer.

Simplemente lo era todo para mí.

CHLOE DAVIS

Todo parecía pesado.

Era como estar bajo el agua, pero sin conseguir nadar hasta la superficie. Una inmensidad densa me envolvía, como si me estuviera asfixiando.

Mi mente flotaba entre recuerdos fragmentados y pesadillas difusas.

Oía voces. Voces lejanas, quebradas, como susurros sumergidos en un lago oscuro.

Pero también había una presencia... Fuerte. Densa. Como si unas manos invisibles me arrastraran hacia abajo, como si mi propio subconsciente se resistiera a dejarme despertar.

Entonces ocurrió algo diferente. Un cambio casi imperceptible en el aire. Un calor suave, cálido, humano, real. Tuve la sensación de que una mano sostenía la mía.

Y justo después, una voz. Baja. Ronca. Familiar.

—Siempre has sido una cabezota. Ahora es el momento de demostrarlo una vez más.

Mi corazón dio un salto silencioso. Aquella voz fue como un hilo de luz que atravesó toda la inmensidad que me rodeaba.

Me aferré a ella. Luché. Intenté mover los dedos. Primero uno. Luego otro. El dolor era constante, como si cada músculo hubiera

permanecido dormido durante siglos. Pero lo conseguí, poco a poco. Mis dedos se cerraron débilmente alrededor de la mano que creía sentir.

Escuché una respiración entrecortada. Un movimiento apresurado a mi lado.

—Eso es, preciosa... vuelve conmigo...

Intenté abrir los ojos. Los párpados pesaban como plomo. Pero la luz, aquella luz... Poco a poco, una rendija se abrió. Una claridad suave invadió mi campo de visión. Todo era borroso. Sombras. Luz. Formas. Pero yo lo sabía.

Era él.

La barba descuidada, los ojos húmedos, la tensión en el rostro que intentaba ocultar. ¡Liam!

Un sollozo escapó de mí. O al menos eso creí. Quizá solo fue un sonido débil, ronco y doloroso. Intenté hablar, pero sentí un dolor insoportable en la garganta y él me impidió intentarlo de nuevo.

—Shhh. Quédate quietecita. No fuerces la garganta. Poco a poco volverás a la normalidad. Poco a poco todo volverá a la normalidad. Lo importante ahora es que todo está bien. Estás aquí. Conmigo. Y no pienso moverme de tu lado hasta que estés bien.

Me sostuvo el rostro con cuidado. Tuve la impresión de ver sus ojos muy abiertos, como si estuviera hecha de cristal, pero mi visión seguía siendo borrosa.

—Todo está bien... Estás conmigo ahora. ¿Me oyes, preciosa?

Parpadeé. Una lágrima resbaló por el costado de mi rostro. Y, con todo el esfuerzo del mundo, conseguí mover los labios.

—T-tú... —fue todo lo que logré decir. Pero era suficiente.

Él sonrió. Una sonrisa temblorosa, cargada de alivio y dolor al mismo tiempo. Entonces, tras depositar un beso en mi frente, dejó que otra lágrima cayera sobre mi piel.

—Has vuelto conmigo —dijo aquello que yo había intentado expresar.

Poco a poco empecé a distinguir con más claridad los rasgos del hombre que me observaba emocionado, con una sonrisa en los labios y lágrimas en los ojos.

Su rostro estaba allí, difuso al principio, pero fue tomando forma lentamente. Tenía lágrimas en los ojos. Una sonrisa de alguien roto por dentro y que, aun así... sonreía por mí.

Y entonces todo me golpeó como un latigazo.

La carretera.

El coche.

El grito.

El impacto.

Mi pecho se elevó involuntariamente. El sonido del monitor cardíaco se disparó. Las líneas de la pantalla comenzaron a moverse demasiado deprisa. Lo recordaba. Podía recordarlo todo.

—T-tranquila, preciosa... —escuché decir a Liam con urgencia, alarmado, intentando calmarme—. Ya está. Todo está bien ahora. Todo está bien, mi amor...

Pero no lo estaba.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y todo mi cuerpo hormigueó. Era como despertar de una pesadilla y descubrir que seguía viva dentro de mí.

—Coche... —susurré con la voz débil y rasposa, como si tuviera arena en la garganta, hasta el punto de que apenas podía oírme a mí misma.

Liam me sostuvo el rostro con cuidado, con una mano cálida y temblorosa.

—Lo sé. Lo sé. Embistieron tu coche. Resultaste herida, pero ahora estás aquí. A mi lado. Sobreviviste, y eso es lo único que importa.

Lágrimas calientes descendieron por las comisuras de mis ojos. Quería decir más cosas, pero me sentía agotada. Cada palabra

parecía un esfuerzo sobrehumano y me arañaba la garganta como si una cuchilla se clavara en ella cada vez que intentaba hablar.

Sobreviviste, y eso es lo único que importa.

Intenté aferrarme a sus últimas palabras. A la forma en que se entregaba a mí, cómo besaba mi mano, acariciaba mi rostro y repetía que estaba bien. Me aferré a eso mientras algunos médicos y enfermeras hacían algo a mi alrededor y, poco a poco, mi respiración volvió a normalizarse, las frenéticas pulsaciones de mi pecho recuperaron su ritmo habitual y, cuando me di cuenta, quizá horas después... o tal vez solo unos minutos después, volví a quedarme dormida.

CAPÍTULO 47
CHLOE DAVIS

En los días siguientes, fui permaneciendo cada vez más despierta. Poco a poco. Cada despertar traía un nuevo dolor, pero también respuestas, y descubría un poco más sobre todo lo que había ocurrido.

El dolor también era inmenso, así que no me quejaba de que me atiborraran de medicamentos para aliviar los síntomas.

La tarde del tercer día desde que desperté, ya conseguía hablar un poco mejor, aunque con la voz débil y ronca. Liam estaba a mi lado, como siempre. No se movía de allí. Era como si su presencia fuera el ancla que me mantenía aferrada a la realidad.

—Liam... —lo llamé con esfuerzo—. ¿Qué fue lo que... tuve?

Me miró con una mezcla de alivio y vacilación.

—Tuviste una conmoción cerebral grave, una fractura de costilla y varias contusiones. —Respiró hondo mientras apartaba un mechón de cabello de mi rostro; el roce de sus dedos calmó mi corazón inquieto—. También tuvieron que intubarte, por eso te duele hablar. Estuviste sedada durante tres días.

Parpadeé mientras intentaba asimilarlo todo. Me dolía la garganta, pero necesitaba saber más.

Me observó con una tristeza en los ojos que me rompió el alma. Las imágenes del coche avanzando hacia mí, como si yo fuera su objetivo, regresaron a mi mente. Mi pecho se encogió con una angustia lacerante, y Liam percibió enseguida mi agitación.

—Intenté... esquivarlo —dije, como si no solo me doliera la garganta, sino también tocar aquel tema. Una lágrima resbaló por mi mejilla con solo recordarlo. Liam asintió con pesar.

—Lo sé, preciosa.

Lo miré confundida.

—¿Cómo?

Inspiró profundamente y soltó el aire despacio antes de responder:

—Vimos las imágenes. Todo fue muy extraño, en realidad. Estás aquí hoy precisamente porque intentaste escapar. Si te hubiera alcanzado como pretendía... —tragó saliva con una mueca de dolor, como si le costara decir lo siguiente—. No habrías sobrevivido.

Sus palabras fueron como una descarga eléctrica. Me quedé sin saber qué decir ni qué pensar. Aunque ya me sentía mejor, pese al intenso dolor que recorría mi cuerpo y a que apenas podía moverme por la fractura de la costilla, mi cabeza seguía confusa. Aun así, notaba que mejoraba día tras día.

Los recuerdos de John regresaron a mi mente como un fogonazo. Su amenaza. La mirada cargada de odio que me lanzó cuando rechacé su propuesta. Un escalofrío recorrió mi espalda.

—John...

Miré a Liam, que me observaba con expresión sombría. Asintió despacio y mi pecho se desgarró un poco más.

¿Por qué? ¿Por qué llegar tan lejos?

—Creo que fue él. De hecho, estoy prácticamente seguro —dijo con cautela, y agradecí los calmantes que seguía tomando mientras mi estado se estabilizaba—. Alguien hizo esto a propósito y todo apunta a él. Pero seguimos investigando. Incluso Chris sospecha de su hermano. Está destrozado. Pero también cree que todo tiene que ver con él.

Cerré los ojos, con el corazón pesado mientras asimilaba aquella avalancha de información.

Alguien había intentado matarme.

Liam apoyó la mano sobre mi frente con una delicadeza infinita, como quien protege algo precioso.

—Pero estoy aquí ahora —susurré con dificultad—. No lo consiguió.

Lo dije con cierto alivio, aunque me doliera pensar en Chris y Megan.

Él asintió.

—Lo estás. Y no voy a permitir que nadie vuelva a hacerte daño.

Aquellas palabras quedaron grabadas en mí. Porque, por primera vez desde el accidente, las creí.

Salir de la UCI fue como cruzar una frontera invisible entre la muerte y la vida. Las luces seguían siendo intensas, los sonidos continuaban resultando molestos, pero había algo distinto: el mundo parecía regresar poco a poco. Más cercano a la normalidad. La libertad controlada de respirar por mí misma.

Liam estaba allí cuando me trasladaron. Era evidente que lo estaría.

No se había movido del hospital, y por fin pude ver a todos.

Pude pasar más tiempo con mi madre, aunque ya le habían permitido entrar en la UCI junto a mi hermana. Mi cuñado iba acompañado de Megan y realmente no parecía estar bien. Había una culpa en sus ojos que me partía el corazón, porque sabía que él no tenía nada que ver con aquello. Mel y Bryan, e incluso mis suegros, vinieron a verme, pero los medicamentos todavía me dejaban demasiado somnolienta y no conseguía mantenerme despierta mucho tiempo. No tanto como me hubiera gustado.

Según Mel, Liam casi se peleó con Bryan y con Charlotte por negarse a dormir en casa. Dormía en un sillón incómodo, comía mal y solo aceptaba salir de la habitación cuando los médicos prácticamente lo obligaban a dar una vuelta para despejarse. Ni siquiera inconsciente había conseguido apartarlo de mi lado.

Cada vez más despierta y observadora, empecé a notar, con la entrada y salida constante de médicos y familiares, que había guardias de seguridad.

Sí, dos. Uno junto a la puerta de la habitación. Otro en el pasillo. Liam no comentó nada al principio, pero no tardé en darme cuenta.

—¿Has puesto guardias de seguridad? —pregunté una tarde, con la voz aún más débil que mi cuerpo.

Él simplemente asintió, con los ojos firmes, como si esperara resistencia. Y la encontró.

—Cariño... eso es exagerado.

Mi doctor puso los ojos en blanco y fue imposible evitar sonreír al ver el hoyuelo que tanto había echado de menos.

—¿Después de lo que pasó? —replicó en voz baja—. No sé si recuerdas la conversación que tuvimos, pero sabotearon tu coche. Casi mueres. Yo... —se señaló a sí mismo, como si aquello le doliera físicamente—. Yo casi te pierdo. Perdóname, pero exagerado sería fingir que todo está bien.

Tenía razón, así que no discutí más.

La recuperación era lenta. El dolor en la costilla era constante, punzante, especialmente al moverme o respirar profundamente. Un recordatorio cruel del impacto. Durante los primeros días apenas podía mantenerme en pie sin ayuda. Tomaba analgésicos fuertes y hacía fisioterapia supervisada en el propio hospital.

Los médicos calculaban que, con suerte, me darían el alta en siete días. Pero incluso después de salir, los cuidados tendrían que continuar en casa. Y con reposo absoluto.

Por supuesto, Liam ya estaba organizándolo todo con la misma obstinación con la que operaba cerebros, sin margen de error, y aquello me calentó el corazón.

—Vas a quedarte conmigo —anunció.

No preguntó. Simplemente lo afirmó con aquel tono protector que, a esas alturas, ya empezaba a reconocer como parte de él.

Asentí, sabiendo que no ganaría aquella batalla y que tampoco podía ser tan testaruda como para poner en riesgo mi recuperación. Si quería volver a la normalidad cuanto antes, necesitaba ser una buena paciente y aceptar ayuda, aunque me costara hacerlo.

De repente, algo hizo clic en mi mente. Miré a Liam al recordar algo que me había robado la paz durante las últimas semanas y que,

con todo lo ocurrido, había quedado relegado a un segundo plano.

La prueba. Había perdido la prueba.

—Cariño... —lo llamé, y Liam levantó la vista del mensaje que estaba respondiendo—. La prueba... el aneurisma... no pude hacérmela.

Una sombra de sonrisa apareció en su rostro. Confundida, sentí cómo apretaba mi mano.

—En realidad, sí te la hicieron. Avisé al doctor Newton sobre el aneurisma mientras te operaban.

Sus palabras atravesaron el aire lentamente, como si estuvieran sumergidas bajo el agua, deformadas, y aun así me golpearon de lleno.

Aneurisma.

La palabra resonó en mi mente.

Sí, lo sabía. Lo recordaba. Recordaba la prueba. Las imágenes. El rostro serio del médico que me dio la noticia. A Liam en silencio a mi lado mientras analizaba las imágenes que le mostré. La certeza que parecía flotar sobre todos nosotros. El miedo. La urgencia con la que insistió en que me hiciera aquella prueba.

Tenía un aneurisma.

Lo habían visto.

Diagnóstico confirmado.

Imágenes.

Términos médicos.

El peso de todo aquello me había aplastado durante días.

Mi corazón comenzó a latir más deprisa. Mi mente, todavía confusa, intentaba encajar las piezas de un rompecabezas que, de repente, parecía... equivocado. Una mezcla de duda y miedo me invadió al pensar en el resultado de aquella prueba.

¿Quería saberlo?

¿Estaba preparada para recibir otro golpe?

Mi respiración vaciló. Liam me observaba con algo en los ojos que no supe identificar. Parecía ternura. Como si hubiera algo más allí. Algo que preparaba el terreno para una caída.

Pero ni por un instante, bajo ninguna circunstancia, estuve preparada para las siguientes palabras que salieron de su boca.

Me sostuvo la mano con firmeza. Acercó su rostro al mío, como si necesitara que comprendiera que era real. Que no había ninguna duda.

—Preciosa... tú nunca tuviste un aneurisma.

Mi corazón se detuvo.

Durante un segundo entero.

El mundo quedó en silencio.

Todo a mi alrededor perdió color, sonido y forma.

Me quedé inmóvil, observando a aquel hombre con los ojos abiertos de par en par, intentando comprender sus palabras.

Pero no podía.

Nada tenía sentido.

Yo lo vi. Yo lo sentí. Me preparé para morir.

Lloré en la oscuridad sin saber cuánto tiempo me quedaba.

Acepté mi propia mortalidad.

Y ahora él me estaba diciendo que... que nunca hubo nada.

—No... —susurré. O al menos creí hacerlo. Tenía la garganta seca y los ojos llenos de lágrimas.

—Tranquila. —Sentí sus dedos acariciándome la mejilla—. Yo tampoco lo descubrí hasta después. El doctor Newton aprovechó para hacerte las pruebas que tenías programadas porque existía la posibilidad de que el aneurisma hubiera empeorado a causa del impacto y la conmoción. Como ya te estaba operando, decidió adelantarlas. Fue un diagnóstico erróneo.

—¿Cómo que un diagnóstico erróneo? —No sabía si sentirme feliz o furiosa por lo que acababa de descubrir. Por todo lo que había

pasado. Por el miedo insoportable. Por haber terminado con Liam. Por haberlo hecho sufrir. Por haber sufrido yo como una condenada.

—Algo en la primera prueba distorsionó la imagen. En realidad, lo que tienes es el origen de un vaso sanguíneo. Su nombre técnico es arteria callosomarginal. —Una sonrisa preciosa apareció en sus labios al ver la confusión en mi rostro.

—¿Y eso qué significa? ¿Voy a morir? —pregunté de una vez, agotada de aquel tema.

—Sí, algún día morirás. Pero espero que dentro de muchísimos años. Cuando ese pelo pelirrojo esté completamente gris y sigas insultándome mientras insistes en llamarme doctor Depravado. —Puse los ojos en blanco, todavía confundida, aunque algo más tranquila por la forma en que me lo estaba explicando—. Cariño, lo que veíamos no era más que una variación anatómica de ese vaso sanguíneo. Es algo muy poco frecuente. Por eso ni siquiera consideré esa posibilidad cuando vi la imagen. Y cualquier médico habría pensado exactamente lo mismo al revisar esa prueba.

Una risa incrédula escapó de mis labios.

—¿Me estás diciendo que todo esto fue un error técnico?

Asintió con esa sonrisa capaz de calmar cualquier tormenta dentro de mí.

—No tienes nada, preciosa. Cuando te hubieran hecho la prueba que te programé, habríamos descubierto la verdad, aunque jamás imaginé que fuera algo así.

Sentí un escalofrío recorrerme de arriba abajo. Como si la propia realidad me hubiera engañado. Porque, en cierto modo, así había sido. Una lágrima descendió por mi mejilla, cálida y silenciosa.

—Creí que iba a morir, Liam... —admití con la voz quebrada—. Yo... llegué a aceptarlo.

Me atrajo hacia su pecho con el mayor cuidado del mundo, como si aún temiera romperme.

—Lo sé. Lo sé. Perdóname por haberte dejado creer eso. Yo tuve tanto miedo como tú. Fue un error no haber contemplado esa

posibilidad. Pero lo importante es que todo terminó. Ya pasó. Estás bien. Estás viva y estás aquí.

Y era verdad.

Estaba allí.

A su lado.

Y, lo más importante, respirando.

A pesar del cansancio, aquellas palabras me envolvieron en una calma profunda. Me acomodé entre sus brazos y, cuando el agotamiento provocado por aquella avalancha de emociones e información terminó por vencerme, me permití descansar.



Dos días después de que me trasladaran a la habitación, dos policías vinieron a visitarme. El momento me puso nerviosa, pero Liam permaneció a mi lado todo el tiempo.

—Chloe, sabemos que todavía te estás recuperando —dijo el detective con delicadeza—, pero cualquier información sobre lo que ocurrió antes del accidente puede ayudarnos.

Les conté todo. La llamada extraña. La nota amenazante que habían dejado en la oficina con Payton. Y, sobre todo, lo de John. Lo que me hizo en la boda. La amenaza velada cuando fui a verlo a la cárcel para averiguar qué quería. La sensación de inquietud que había ido creciendo a mi alrededor durante los días previos al accidente.

Liam ya les había contado parte de aquello, pero querían escucharlo de mí.

—John parecía querer intimidarme —confesé con la voz vacilante.

Liam apretó mi mano con fuerza, como si quisiera cargar con parte de aquel peso.

—Investigaremos todas las posibilidades, señorita —informó el policía mientras anotaba algo en su tableta—. Y si realmente existe alguna relación con el accidente, responderá por ello.

Asentí. La esperanza cedía terreno al miedo. Pero en aquel momento, lo que más deseaba era concentrarme en el presente. En seguir recuperándome y, sobre todo, en aprender de nuevo a vivir sin ese miedo que, de vez en cuando, volvía a perseguirme.

Y con Liam allí, incluso después de todo, me sentía lo bastante segura para intentarlo.

A la mañana siguiente, después de otra noche casi sin dormir, Bryan apareció en la habitación con una propuesta inesperada para mi novio.

—He conseguido organizar ese almuerzo con la persona de la que te hablé. Es una buena oportunidad para hablar con él... —Bryan me miró con cierta cautela—. Sé que todavía te estás recuperando, Chloe —volvió la vista hacia su hermano, que parecía haberse tensado de inmediato, despertando mi curiosidad—, pero creo que lo mejor es que vengas conmigo.

Liam cruzó los brazos y soltó un resoplido, claramente irritado.

—No voy a dejar a Chloe sola ahora. Todavía tiene dolores, puede marearse, necesita a alguien con ella en todo momento...

—Liam —lo interrumpí con una pequeña sonrisa—. Estoy rodeada de enfermeros, tengo un botón de emergencia y... sinceramente, no tengo forma de escapar. Ni aunque quisiera.

Me miró, tenso, dividido.

—Ve tranquilo —insistí mientras apretaba su mano—. Solo será una hora. Además, te vendrá bien salir un poco y despejarte. Y, por cierto, tienes a dos trogloditas vigilando la puerta, así que puedes estar tranquilo.

Aunque de mala gana, terminó asintiendo. Se inclinó hacia mí, me dejó un beso largo en la frente y luego otro en los labios. Sus ojos dijeron lo que su boca no expresó: si ocurre cualquier cosa, llámame.

—Solo voy porque esto es realmente importante.

Asentí.

—Y volveré antes de que tengas tiempo de echarme de menos —murmuró, forzando una sonrisa.

—Ya te estoy echando de menos.

Se marchó y la habitación quedó en silencio. Por la ventana entraba una suave luz matinal. El aire era templado y, por primera vez en días, todo parecía estar en calma.

Abrí el libro que Megan me había dejado la noche anterior. La lectura consiguió distraerme durante un rato y perdí la noción del tiempo. Las páginas avanzaban, las letras cobraban vida ante mis ojos y, de repente, el sonido del picaporte al girar me hizo levantar la vista.

Pensé que sería un enfermero. O quizá Mel.

Pero no era ninguno de ellos.

Sonreí al verlo entrar, con la esperanza de aliviar un poco el peso que parecía cargar sobre los hombros. Entró despacio, como si llevara el mundo entero encima. Tenía los ojos hundidos, cansados, y había algo desesperado en la forma en que se acercaba.

—Lo siento, Chloe —dijo en voz baja, deteniéndose a unos dos metros de la cama—. Yo... de verdad que no quería hacer nada de esto.

Tardé varios segundos en comprender lo que estaba viendo frente a mí. La voz me falló.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en un hilo de voz, sintiendo cómo el pecho se me encogía al ver lo que sacaba de la cintura, oculto bajo la chaqueta.

No respondió.

Y cuando vi el brillo metálico, la sangre se me heló.

Un arma.

—Por favor... no grites —pidió, con los ojos llenos de lágrimas —. No quiero hacerte daño. Pero necesito terminar lo que John

empezó. De lo contrario, será mi cabeza la que ruede.

Levantó el brazo y apuntó el arma hacia mí. El mundo pareció dar vueltas mientras el aire desaparecía de mis pulmones y un pánico absoluto se apoderaba de mi cuerpo. Cuando dio otro paso hacia la cama, el estómago se me revolvió. El tiempo pareció detenerse, congelado en una escena imposible.

Dios mío. Estaba perdida.

CAPÍTULO 48
LIAM WALKER

Nunca imaginé que llegaría a este punto.

Yo, neurocirujano. Un hombre de ciencia, de lógica, de ética, a punto de hacer algo así. Pero cuando amas a alguien, ciertas líneas dejan de existir.

Y John las había cruzado todas.

Había puesto en peligro la vida de Chloe. La mujer que amo. Y ahora yo haría cualquier cosa para protegerla. Incluso si eso significaba traicionar mis propios principios.

—¿De verdad vamos a hacer esto? —pregunté sin mirar a Bryan.

Conducía con la mandíbula tensa y las manos aferradas al volante con demasiada fuerza. Sabía que él también luchaba contra las mismas dudas, el mismo miedo.

—No tenemos elección, *brother* —respondió sin apartar la vista de la carretera—. Si vieras la expresión de Mel cada vez que alguien menciona el nombre de John... Además del miedo evidente que no desaparece del rostro de Chloe desde que despertó...

Tragué saliva. Ya lo había visto, y ese miedo era como una cuchilla clavada permanentemente en mi pecho. Era una de las razones que me habían llevado a tomar aquella decisión. Chloe ya había sufrido demasiado durante los últimos meses. Que hubiera conseguido levantarse después de lo que John le hizo en la boda ya había sido una victoria enorme. ¿Y ahora esto también?

No podía permitir que tuviera miedo incluso de salir de casa porque aquel psicópata pudiera intentar algo contra ella. No era justo. Y solo tendría paz cuando supiera que él ya no volvería a ser un problema.

Llegamos al restaurante. Discreto por fuera, pero extremadamente elegante por dentro. Uno de esos lugares

demasiado caros para aparecer en cualquier aplicación común.

Una anfitriona nos recibió con una sonrisa contenida y nos condujo hasta donde nos esperaba la persona con la que íbamos a reunirnos.

—Síganme, por favor.

Sus pasos resonaban sobre el suelo de mármol. Mi corazón latía con más fuerza a cada paso. Un zumbido constante en el fondo de mi mente me recordaba que estábamos entrando en un mundo del que no habría retorno.

Nos condujo por un estrecho pasillo hasta una puerta de cristal esmerilado. La abrió con delicadeza.

—Aquí, señores.

Entramos.

El ambiente era reservado, aislado del salón principal. Demasiado silencioso. Demasiado lujoso.

Y allí estaba él.

Pietro Lucchese.

Sentado con absoluta comodidad mientras fumaba un puro. Vestía un traje negro perfectamente ajustado y una camisa blanca abierta en el cuello. Su cabello oscuro estaba peinado hacia atrás y sus ojos grisáceos se movieron de mí a mi hermano acompañados de una leve sonrisa. No había duda de que el hombre que tenía delante irradiaba poder sin necesidad de pronunciar una sola palabra.

A su lado había otro hombre de edad similar, con una apariencia casi demasiado refinada para aquel contexto. Pero había algo en sus ojos... algo cruel. Letal. Atractivo, sí. Pero cada centímetro de él gritaba peligro silencioso.

Mi cuerpo se tensó al notar el arma en la funda de su pantalón. Debía de ser su guardaespaldas o algo parecido.

—Bryan... —dijo Pietro con un marcado acento italiano mientras levantaba su copa de vino en un brindis casual—. ¿Y este es el famoso Liam?

Me observó como si pudiera ver a través de mí. El tipo de hombre que no hacía preguntas; emitía juicios.

Asentí con firmeza, aunque el nudo en mi estómago casi me impedía hablar.

—Gracias por recibirnos.

Pietro sonrió, pero sus ojos permanecieron impasibles.

—Pónganse cómodos. —Señaló los asientos frente a él. Me senté a un lado y Bryan al otro—. El hombre que está a mi lado es Max, mi mano derecha y el responsable de la seguridad de mis negocios, por así decirlo —explicó con una ironía evidente, porque todos sabíamos perfectamente qué clase de negocios tenía.

—¿Cómo están? —preguntó Max con un leve gesto de cabeza.

Le devolvimos el saludo mientras yo seguía sintiéndome fuera de lugar en aquella situación.

Un camarero apareció enseguida para preguntarnos qué deseábamos beber. Aunque tenía el estómago revuelto, me obligué a pedir algo para no mostrar cómo me sentía.

—Espero que les guste la comida italiana. Aunque visito a mi *famiglia* en Sicilia siempre que puedo, echo muchísimo de menos una buena pasta —comentó con evidente nostalgia.

La forma en que hablaba y trataba de hacernos sentir cómodos logró aliviar parte de mi tensión.

—Nos encanta la pasta —dijo Bryan, lanzándome una mirada de advertencia.

Aunque normalmente evitaba el gluten, sabía que aquel día tendría que hacer una excepción.

Todo por mi pelirroja.

Pietro se acomodó en el asiento, apoyó los antebrazos sobre la mesa y alternó la mirada entre mi hermano y yo.

—Confieso que cuando mi *fratello* me pidió que dejara Nueva York para venir a Boston a reunirme con ustedes, sentí bastante curiosidad por el asunto.

Tragué saliva, consciente de que ya no había vuelta atrás.

—Para ser sincero, no sé muy bien cómo abordar esto, así que iré directo al grano.

Pietro sonrió con satisfacción y arqueó una ceja.

—Directo. Me gusta.

Apagó la punta de su puro.

—No tienen por qué sentirse incómodos con nosotros. Sabemos perfectamente a qué nos dedicamos y también lo que ocurrió recientemente con su novia —comentó Max sin prestar atención a la sorpresa que tanto Bryan como yo mostramos.

—No se sorprendan. Nunca organizamos una reunión sin saberlo todo sobre quien la solicita y sin prepararnos para lo que necesita —añadió Pietro.

Asentí, todavía impresionado por la facilidad con la que habían conseguido tanta información.

—Bien. Entonces ya saben que John es el motivo por el que mi hermano se puso en contacto con su hermano, señor Lucchese.

Pietro asintió y tomó un sorbo de la bebida ámbar de su vaso.

—Resumiéndolo mucho, John es el exnovio de mi mujer. Un romance adolescente sin importancia alguna, para ser exactos.

—Pero él no parece pensar lo mismo, supongo —comentó Pietro.

Asentí.

—Exactamente. Como ya sabrán, intentó abusar de ella durante la boda de mi cuñada y ahora, desde la cárcel, está presionando a Chloe para que retire la denuncia y vuelva con él.

Una sonrisa irónica apareció en mi rostro.

Pietro puso los ojos en blanco y Max soltó una exhalación cargada de resignación.

—Tu mujer rechazó la propuesta y, dos días después, sufrió el accidente. Y ahora sospechan que ese tal John estuvo detrás de todo, ¿correcto?

Bryan y yo asentimos.

—Sí. Estoy seguro de que fue él.

—Bien. Ahora llega la pregunta importante. ¿Qué tenemos que ver nosotros con todo esto? —Se señaló a sí mismo y a Max mientras arqueaba una ceja con cierto desafío.

Ignoré el impulso de mandarlo al infierno. No quería problemas con ellos y todavía necesitaba su ayuda.

—Nada —respondí con sinceridad.

Pietro entrecerró los ojos, analizándome.

—Pero podemos llegar a un acuerdo. Aunque imagino que el dinero quizá no les resulte especialmente interesante, puedo pagar lo que pidan si se deshacen de ese desgraciado de John y del imbécil que intentó matar a mi mujer.

Guardó silencio durante unos segundos, evaluando mi propuesta.

—Mira. Entiendo tu dolor. Despellejaría vivo al hijo de puta y le daría una muerte lenta si alguien se atreviera a ponerle una mano encima a *mi bambola*. Pero, siendo sincero, ¿no sería más fácil contratar a algún asesino local para resolver el problema en lugar de contactar con nosotros?

Sí, sería más fácil. Pero no era tan simple.

—Lo sería. Sin embargo, según Chris, el hermano de John, ese bastardo tiene vínculos con algunas de las bandas más peligrosas del Bronx. No queremos eliminarlo y terminar provocando un conflicto con alguna organización criminal. No es nuestra intención.

Bryan lo explicó sin pestañear.

Pietro se recostó en la silla y entrelazó los dedos.

—Entonces has acudido a la persona adecuada. Porque quien controla la mayoría de las bandas de esa zona soy yo.

No sabía si sentirme aliviado o todavía más nervioso.

—¿Eso significa que nos ayudarán? —pregunté sin rodeos.

Un silencio tenso cayó sobre la mesa. Max se movió ligeramente en su asiento, como si estuviera poniendo a prueba los límites de nuestro valor.

—*Molto bene...* —dijo Pietro finalmente—. Hablemos de negocios.

Sabía, en lo más profundo de mi alma, que nada de aquello estaba bien. Pero hay guerras que no se ganan con ética. Y Chloe necesitaba paz. Aunque tuviera que negociar con el mismísimo infierno para dársela.

Pietro giró lentamente el vaso de whisky entre los dedos mientras su amigo bebía una jarra de cerveza como si tuviera todo el tiempo del mundo. Su atención alternaba entre Bryan y yo como quien observa a dos jugadores aficionados en una partida de ajedrez que ya ha ganado.

—¿Y qué tendría Liam Walker para ofrecernos? —preguntó con curiosidad.

Enderecé la espalda y empecé a exponer lo que ya había planeado.

—Bueno... como saben, soy un médico reconocido y un neurocirujano de prestigio, así que pensé que podrían estar interesados en mis servicios en caso de que ustedes o sus familias los necesitaran. —Asintió mientras valoraba la propuesta—. Estoy dispuesto a atenderlos bajo total confidencialidad. Siempre que sea necesario. Siempre y cuando... eso no comprometa mi licencia médica.

—Es una buena oferta, aunque ya contamos con muchos médicos e incluso con nuestro propio hospital en Nueva York. —Por supuesto que tenían todo eso—. Pero no es algo que debamos descartar. Guardó silencio un instante y sus ojos se posaron sobre mi hermano. —Mi *fratello*, Matteo... —empezó con aquel marcado acento italiano y una sonrisa ladeada— se mostró un poco... intrigado por esta reunión y recordó que, hace años, te hizo una propuesta, ¿no es así? —preguntó mirando a Bryan, y enseguida comprendí a qué se refería—. Y tú la rechazaste. No querías trabajar

en ese «tipo» de negocios, ¿verdad?Bryan mantuvo el rostro impasible y los hombros rígidos. Tragó saliva, pero no respondió.

Era evidente que lo estaba poniendo contra las cuerdas. Había rechazado aquella oferta en el pasado y ahora era él quien acudía en busca de ayuda.

—No tengo nada en contra de lo que hagan o dejen de hacer. Simplemente no quise mezclar mis negocios con actividades ilegales. Habíamos trabajado demasiado para construirlos y, en aquel momento, no estaba dispuesto a ponerlo todo en riesgo. Nada más —respondió mi hermano sin apartar la mirada.

Respiré hondo, sintiendo cómo el nudo en mi garganta se hacía más grande. Pietro inclinó ligeramente el mentón, intrigado. Max intercambió una rápida mirada con él, una que me heló la sangre. Como si estuvieran considerando una nueva pieza para el tablero.

—Aunque tu propuesta ha hecho que las cosas resulten más interesantes... —comentó Pietro mientras volvía a mirarme. Luego dirigió la atención a Bryan y sentí que la sangre se me congelaba—. Mi hermano sigue teniendo... interés en otras cuestiones.

—Ah, mierda... —murmuró Bryan en voz baja.

—¿Qué dices, Bryan? —preguntó Pietro con una sonrisa calculadora—. ¿Podemos hacer algunos negocios con tu empresa también? Algunos usos estratégicos de tus barcos. Entregas de... mercancías importantes, digamos.

Bryan se quedó inmóvil. Vi el conflicto reflejarse al instante en sus ojos. Respiró hondo y tardó demasiado en responder.

Negué suavemente con la cabeza, apenas un gesto imperceptible. Aquella decisión era mía. Chloe era mi responsabilidad, no la suya.

Pero Bryan me miró.

Y en la expresión que me devolvió entendí que estaba dispuesto a hacer lo impensable.

—¿Seis meses? —propuso mi hermano.

Solté el aire con frustración.

—Dos años —contraatacó Pietro.

—Un año —replicó Bryan.

Pietro permaneció en silencio unos segundos, como si admirara la capacidad de negociación de mi hermano. Finalmente, asintió.

—Tenemos un acuerdo, señor Lucchese —dijo Bryan con voz seca y controlada.

Pietro sonrió. Una sonrisa satisfecha. De esas que solo los depredadores saben esbozar.

—Excelente. Me gustan los hombres de palabra. Bienvenidos a la famiglia. Hemos ganado un médico más para ayudarnos en situaciones delicadas y también algunos barcos para la exportación de nuestros productos. —Nos tendió la mano y ambos se la estrechamos con firmeza—. Pero no te preocupes, Bryan. Somos muy discretos y tus negocios no se verán perjudicados; más bien al contrario. Y ahora que tenemos asuntos en común, cualquier cosa que necesiten, estaremos dispuestos a ayudar.

—Se lo agradezco —respondí, sin saber muy bien cómo debía comportarme en una situación como aquella.

—No hay de qué. Ahora bien, antes de que podamos disfrutar de una buena pasta italiana, ¿hay alguna petición específica sobre el trato especial que debería recibir John?

—Nada en particular. Solo que sufra mucho y que no exista posibilidad alguna de que regrese —pedí con una frialdad que incluso me sorprendió.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro.

—Ya se me ocurren algunas ideas —comentó Max con una sonrisa tan siniestra como la de su jefe, provocándome un escalofrío.

Y en ese momento comprendí que habíamos cruzado la línea.

Ya no había vuelta atrás.

El aire seguía sintiéndose pesado en mis pulmones cuando abandonamos el restaurante. El apretón de manos de Pietro Lucchese aún parecía quemarme la piel. Un apretón de depredador. De alguien que ahora me consideraba una pieza útil en su tablero.



Bryan caminaba a mi lado en silencio. Ninguno de los dos se atrevía a poner en palabras lo que acabábamos de hacer.

Habíamos cruzado una línea. Una que jamás imaginé que atravesaría. Una de la que, ahora, ya no había vuelta atrás.

Mis pensamientos eran un caos de culpa, miedo y alivio. Sí, alivio. Un alivio sucio, pero real.

Porque, por mucho que aquello me corroyera por dentro, sabía que a John le quedaban los días contados. Y con eso, Chloe estaría a salvo, y era lo único que me importaba.

O al menos eso era lo que quería creer.

Un rato después, Bryan me dejó en el hospital y se marchó a la empresa.

Tomé el ascensor cuando ya habían pasado las dos de la tarde. El silencio de los pasillos era opresivo, pesado, como si la propia estructura del edificio absorbiera los dramas y la desesperación de quienes vivían allí. Había pedido unos días libres hasta que Chloe estuviera bien, aunque sabía que eso podía perjudicar mis posibilidades de conseguir el puesto que deseaba. Pero nada de eso importaba en ese momento.

Había demostrado de sobra mi trabajo. Me conocían. Y, si tenía que ser para mí, lo sería.

En cuanto ella regresara a casa, decidiría qué hacer hasta que pudiera valerse por sí misma. Tal vez contrataría a una enfermera, aunque, por lo que la señora Charlotte había comentado, sería ella misma quien la ayudaría. Y no pensaba oponerme. No había nada mejor que la propia familia en una situación como aquella.

En cuanto doblé el pasillo, los dos guardias de seguridad que había contratado seguían en sus puestos, firmes. Sin embargo, una extraña tensión me oprimió el pecho.

—¿Todo bien? —les pregunté.

Uno de ellos, el más joven, asintió con profesionalidad.

—Sí, señor. La paciente ha estado sola hasta ahora. Su cuñado acaba de entrar en la habitación hace unos minutos.

Mi paso vaciló.

—¿Mi cuñado? —repetí, intentando comprender la situación—. ¿Con Megan?

El guardia negó con la cabeza.

—No, señor. Solo.

La sangre se me heló.

—¿Solo?

—Sí... Dijo que quería verla un momento. Como es de la familia, no me opuse. Pensé que...

El resto de sus palabras se perdió en el aire.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Le di la espalda y fui directo hacia la puerta. Cada célula de mi cuerpo vibraba como si me hubiera alcanzado un rayo. Mi mente no dejaba de gritar: no puede ser.

Pero sí podía.

Empujé la puerta despacio, decidido a averiguar qué demonios quería. No tenía ningún sentido que hubiera venido sin su esposa.

En el instante en que mis ojos asimilaron la escena frente a mí, el mundo pareció detenerse durante un segundo. El tiempo se ralentizó de forma cruel.

Chris estaba allí. De pie junto a la cama. Con un arma apuntando a la mujer que amaba.

Chloe estaba pálida. Más pálida de lo que la había visto jamás. Tenía los ojos muy abiertos y, aun así, intentaba hablar con él, razonar con él, como si todavía existiera alguna posibilidad de hacerlo entrar en razón.

—Chris... por favor, no hagas esto. Podemos hablar. No le diré nada a nadie... No tienes que hacerlo.

La sangre se me congeló.

El arma parecía tan real, tan fría, tan absurda en aquel lugar. Sentí cómo el aire abandonaba mis pulmones. Una náusea me subió por la garganta. Todo mi cuerpo se puso en alerta, pero mis pies... mis pies se quedaron clavados al suelo.

—No quería hacerlo, Chloe. De verdad. Siento mucho el accidente que provoqué... y también esto. Te juro que nunca quise llegar tan lejos.

—Entonces baja esa arma y te prometo que olvidaré todo esto. No le diré nada a Megan.

Tragó saliva. La mano le temblaba.

—La amo. Pero John... él me obligó... —Sacudió la cabeza de un lado a otro, atrapado en una lucha interna que me tensó aún más. Bastaba con que deslizara el dedo sobre el gatillo para que todo se viniera abajo—. Si no hago lo que quiere, me expondrá. Seré yo quien muera —admitió con la voz quebrada.

¿Qué hago?

Cada latido de mi corazón retumbaba como un tambor desesperado.

Tengo que sacarla de esto. Tengo que... pensar.

No puedo hacer nada que lo lleve a disparar.

Pero todo en mí quería correr hasta ella. Gritar. Atacarlo. Despedazar a ese desgraciado con mis propias manos.

En lugar de eso, respiré hondo. Una sola vez. Y di un paso al frente.

—Chris —dije con voz baja, pero firme—. ¿Qué estás haciendo?

Giró ligeramente la cabeza, sorprendido de verme allí. Tenía los ojos enrojecidos, alterados, quebrados por una mezcla de rabia y desesperación que ya conocía demasiado bien. Los mismos ojos de su hermano.

—No... no se suponía que debías haber vuelto todavía.

—Ya. El problema es que no me gusta dejar sola a Chloe. Y, viendo esto, diría que tenía motivos.

Sentí cierto alivio cuando el arma se desvió hacia mí y dejó de apuntar a Chloe. Dejé la puerta abierta y recé para que lo que estábamos diciendo llamara la atención de los guardias.

Chris respiró hondo, intentando mantener el control, aunque la mano que sostenía el arma seguía temblando.

—No quería hacer esto. Pero no tienen idea de lo que John es capaz de hacerme. Si no termino lo que me ordenó... seré yo quien pague las consecuencias. Yo.

—Chris, escúchame... —Avancé medio paso, levantando las manos despacio—. Nadie tiene que morir hoy. Estás asustado. Estás desesperado. Lo entiendo. Pero esto no va a solucionar nada.

La mano de Chris vaciló.

Era ahora.

Era la oportunidad que necesitaba.

Pero un movimiento en falso, una palabra equivocada, y dispararía.

Necesitaba una salida.

Y la tenía.

Di otro paso.

—¿Sabes qué, Chris? Hoy me reuní con alguien que tiene el poder de acabar con tu hermano. Ya no tienes que tenerle miedo.

Chris abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Así es. Pietro Lucchese. Ya lo sabe todo. John está acabado. Y si bajas esa arma ahora mismo, puedo garantizarte que saldrás vivo de esta historia.

Parpadeó, confundido. La mano empezó a temblarle aún más. Chloe contuvo la respiración.

Avancé otro paso.

Ahora apenas nos separaban dos metros.

—No soy tu enemigo, Chris. Pero si le haces daño, entonces sí te juro que conocerás a alguien mucho peor que tu hermano.

Y entonces todo dependió de aquel segundo.

De aquella elección.

Su mano temblaba como una cuerda a punto de romperse. El sudor le resbalaba por la sien. Los ojos, antes decididos, vacilaban ahora entre la desesperación y el miedo. Entre lo que John le había ordenado hacer y lo que su propia conciencia le gritaba.

Antes de que pudiera decir o hacer algo más, el otro guardia montó el arma, apuntó directamente a Christopher y dijo con una frialdad aterradora:

—Baja el arma ahora mismo o seré yo quien te reviente los sesos, hijo de puta.

Chris tragó saliva y desvió la mirada de mí al guardia, que no temblaba ni pestañeaba. Analizó la situación. Incluso si disparaba contra Chloe o contra mí, no saldría vivo de allí. O, en el mejor de los casos, terminaría en prisión. Tal vez comprendió que, si seguía adelante con su plan, solo empeoraría las cosas.

El silencio que siguió pareció eterno.

Las manos de Chris temblaban sin control mientras dejaba que el revólver resbalara hasta las sábanas. Bajó la cabeza y comenzó a llorar, sollozando.

Y, en ese momento, una parte de mí quiso golpearlo hasta dejarlo sin aire.

Pero también entendí que ya no era el verdadero enemigo.

Corrí hasta Chloe mientras uno de los guardias se abalanzaba sobre Chris para inmovilizarlo y esposarlo, mientras el otro recogía el arma.

Chris no opuso resistencia.

Solo lloraba.

Tomé el rostro de mi mujer entre las manos y la miré a los ojos como si fuera lo último que haría en esta vida.

—Ya pasó. Ya pasó. Todo está bien.

Besé su frente mientras ella intentaba recuperar el aliento.

Se aferró a mí con fuerza. Sus manos frágiles arrugaban mi camisa como si fuera su única forma de no derrumbarse.

—Pensé que... —balbuceó, incapaz de terminar la frase.

—Lo sé, amor. Pero se acabó. Te lo prometo. Esta vez se acabó de verdad.

Mis ojos se encontraron con los del guardia mientras Chloe seguía aferrada a mí.

—Llamen a la policía e informen de que todo ha terminado —pedí en voz baja.

La habitación se convirtió en un caos momentáneo, pero todo a mi alrededor desapareció.

Solo veía a Chloe.

Su rostro.

El alivio reflejado en él, mezclado con un miedo que aún se negaba a desaparecer.

Tomé su mano con fuerza y la llevé a mis labios.

—Nunca volveré a dejarte sola. Ni un solo segundo.

Ella asintió. Las lágrimas seguían cayendo por las comisuras de sus ojos, pero una leve sonrisa se abrió paso en su rostro. La sonrisa de alguien que empezaba a creer que, por fin, las cosas podían calmarse.

—¿Esto cuenta como una solicitud oficial de vigilancia las veinticuatro horas? —bromeó, todavía abatida.

Solté una risa incapaz de contenerla, con la garganta aún cerrada por la emoción.

—Tu guardaespaldas oficial, a tu servicio.

Ella dejó escapar una risita nasal que reflejaba el alivio que por fin había llegado a su pecho.

Y también al mío.

Por primera vez en días, sentí algo parecido a la paz.
Ella estaba allí.
Viva.
A mi lado.
Y sabía que todo lo demás terminaría encajando poco a poco.

CAPÍTULO 49
CHLOE DAVIS

Fueron días en los que todo parecía confuso, incluso después de haber sobrevivido. Estaba viva. Pero una parte de mí seguía sangrando por dentro por todo lo que había pasado... y por quienes habían estado involucrados.

El dolor de las costillas aún latía, pero no era nada comparado con el que se había instalado en mi pecho desde aquella tarde. Desde el momento en que Liam entró en la habitación con los ojos llenos de pánico y mi mundo se vino abajo.

Chris. El hermano de John. Mi cuñado.

Intentó matarme.

Pensar esas palabras todavía me provocaba un nudo en la garganta. Chris, que siempre había sido callado, reservado y amable. A quien consideraba parte de la familia. Que había estado presente en todas las Navidades, cumpleaños y barbacoas desde que empezó a salir con Megan.

Lo admiraba. Confiaba en él. Y me apuntó con un arma.

Todo por culpa de John. Todo porque me atreví a decir «no».

Aún me sorprendía dándole vueltas a todo aquello, intentando comprender qué había llevado realmente a Chris a hacer lo que John quería. ¿Cuál era el verdadero motivo? ¿Qué era lo que tanto temía? ¿Y John? ¿Matarme? ¿Solo porque no quise estar con él? ¿Cómo nunca me di cuenta de que estaba tan enfermo?

Mi cabeza era un torbellino de pensamientos, como si intentara encajar todas las piezas necesarias para resolver aquel rompecabezas. Pero sabía que jamás lo conseguiría.

Liam llegó a contarme que había ido a ver a Chris a la cárcel, indeciso sobre si incluirlo o no en el favor que le había pedido a aquel tal Pietro, del que apenas me habló y sobre quien me hizo prometer que guardaría silencio, porque no era el tipo de persona

con la que quería que tuviera contacto ni conocimiento alguno. Según mi novio, cuando pidió aquel «favor» al mafioso, este exigió que también mataran a quien lo había ayudado.

Pero, al darse cuenta de que Chris no quería participar en aquello, el médico que llevaba dentro entró en conflicto y fue a hablar con él para intentar averiguar si decía la verdad o no. Para ser sincera, aunque todavía me atormentaba pensar que mi propio cuñado —o mejor dicho, ex cuñado— había intentado matarme, no sentía odio hacia él ni me preocupaba que algún día pudiera salir de prisión y volver a convertirse en un problema. No veía en él la misma frialdad que había visto en John durante los últimos meses. Solo esperaba no estar equivocada.

Liam me contó que Chris había confesado. Que aseguró haber sido amenazado, algo que también dijo delante de mí, presa del pánico. Que no quería hacerlo, pero que, si se negaba, John acabaría con él también. Lo comprendía. Pero no podía perdonarlo. Por eso no me molestaba que siguiera vivo, siempre y cuando permaneciera lo más lejos posible de mí. Y ese fue el acuerdo al que mi doctor llegó con él y que, al parecer, Chris aceptó.

A veces la curiosidad me invadía. ¿Qué ocultaba para llegar a someterse a algo así? Pero tampoco era asunto mío.

Respiré hondo al recordar que hoy Megan vendría a verme.

No sabía cómo enfrentarme a ella. Cómo mirarla a los ojos sin echarme a llorar. Porque me sentía culpable, aunque supiera que no lo era. Solo sabía que mi corazón era un completo desastre y ni siquiera quería imaginar cómo estaría el suyo.

Unas horas después, entró en la habitación y Liam se disculpó para dejarnos solas y que pudiéramos hablar.

Llevaba una camisa holgada y el cabello recogido en un moño desordenado que no encajaba en absoluto con mi hermana. Tenía profundas ojeras y el rostro pálido. Cuando nuestras miradas se encontraron, durante unos segundos no hubo palabras. Solo un dolor compartido.

—Chloe... —susurró con la voz quebrada—. Yo... ni siquiera sé qué decir.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y tuve que contenerlas para que no se derramaran.

—Yo tampoco —respondí. Mi voz salió baja, casi irreconocible.

Acortó la distancia que nos separaba y se sentó a mi lado en la cama con cierta dificultad. Me hice un poco a un lado, rodeó mi cuello con un brazo y me abrazó. Apoyó la cabeza contra la mía y permanecimos así durante varios minutos en silencio, cada una perdida en sus propios pensamientos.

—¿Pero tú lo sabías? —pregunté aquello que me rondaba la cabeza de vez en cuando, aunque creía conocer la respuesta.

Abrió mucho los ojos y negó con fuerza, frenéticamente.

—Nunca. Hermana, por Dios. Si hubiera sospechado siquiera algo sobre John... lo habría denunciado. Te lo juro. Siempre fue extraño, sí. Pero jamás imaginé... esto. Nunca pensé que...

Se derrumbó en lágrimas al hablar de su marido. Aquello me destrozó de tantas maneras que ni siquiera sabía cómo reaccionar o qué decir, porque ella también había sido traicionada. Había perdido la confianza en el hombre con el que se había casado, con quien pensaba construir una familia, y ahora todo estaba destruido.

—Si quieres seguir con él... —intenté decir con una serenidad que no reflejaba mi verdadero estado mental—. Lo entenderé, pero no podré convivir con él. Me apuntó con un arma, Meg. Yo... pensé que iba a morir.

Las lágrimas terminaron por escapar.

—¡Jamás! Ni se te ocurra decir algo así —replicó con angustia mientras me estrechaba aún más entre sus brazos—. Sí, lo amaba, pero a ti te amo muchísimo más. Eres mi hermana. Entre él y cualquier otro hombre, siempre te elegiré a ti. Si hubiera sido la persona adecuada para mí, jamás te habría hecho algo así, porque en el momento en que te hizo daño a ti, también me lo hizo a mí. Así que no me sirve.

Sabía que no debía hacerlo, pero escuchar aquello de sus labios fue un enorme alivio. Porque la quería demasiado y no quería alejarme de ella por culpa de su marido, aunque fuera a pasar muchos años en prisión.

—Lo siento tanto, tanto... —murmuré contra su hombro.

—Shhh... Debí darme cuenta del hombre tan débil con el que me casé y haber hecho algo antes.

—No fue tu culpa —susurré, aunque mi corazón aún intentaba comprenderlo todo.

—Lo destruyó todo —dijo entre sollozos—. Chris lo destruyó todo, hermana.

Cerré los ojos. Y durante unos segundos me permití hundirme en aquel duelo silencioso. Porque eso era exactamente lo que estábamos viviendo: un duelo. Por la confianza rota. Por el dolor que habían dejado en nuestros cuerpos y en nuestras almas. Por el final de algo que jamás volvería a ser como antes.

Pero yo sobreviví. Y ella también sobreviviría a lo que estaba atravesando, por muy difícil y traumático que fuera.

Y, en aquel abrazo entre dos hermanas devastadas, comprendí que, por mucho que nos hubieran arrebatado el pasado, el futuro seguía perteneciéndonos.



Volver a mi apartamento fue como entrar en un lugar que ya no me pertenecía de la misma manera. Cada pared, cada mueble, cada fotografía enmarcada parecía devolverme la mirada con una nueva conciencia, como si hasta el propio espacio supiera que ya no era la misma.

Liam estaba a mi lado, firme y atento como siempre. Sus ojos se veían más cansados, aunque intentaba ocultarlo. Desde aquel día en el hospital, no se había separado de mí ni un segundo. Fue él

quien lo organizó todo, limpió el apartamento, le pidió a Mel que cuidara de mis flores e incluso compró algunas nuevas, encendió velas aromáticas para hacer el ambiente más acogedor y abrió las ventanas para que entrara la luz. Con cada gesto intentaba recordarme que la vida seguía adelante. Que seguíamos vivos. Que lo peor ya había pasado.

Poco después de instalarnos, llegaron Mel y Bryan, y no vinieron solos.

En cuanto se abrió la puerta, escuché aquel ladrido tan familiar y mi corazón se aceleró como no lo hacía desde hacía días. Freddie, a quien Liam había dejado con ellos hasta que me recuperara, entró corriendo con un collar rojo y la lengua fuera, moviendo la cola como si el mundo fuera perfecto.

—Dios mío, Freddie... —murmuré mientras me sentaba despacio con ayuda de Liam.

Como si entendiera que no podía lanzarse sobre mí, Freddie apoyó la cabeza en mi regazo y me dejó acariciarlo.

—Mi bebé... cuánto he echado de menos tus travesuras.

Andrew entró justo detrás, sujetando la mano de Hannah, y sus ojos brillaron al verme.

—¡Tía Chloe!

Corrió hacia mí, vaciló un segundo y después me abrazó con cuidado.

—Has vuelto.

—He vuelto, mi amor. —Sonreí, emocionada—. Os he echado muchísimo de menos.

Hannah también se acercó, más cautelosa, como si estuviera comprobando si seguía rota o algo parecido. Llevaba una muñeca en las manos. Me la tendió y dijo:

—Tía Chloe, te he traído a Mia para que te haga compañía. Cuando me pongo malita, ella me ayuda a curarme más rápido. Así tú también te pondrás buena enseguida.

Mi corazón se derritió con su comentario.

—Ay, mi cielo, seguro que sí. Después de esto me recuperaré mucho más rápido.

Miré a mi amiga, que nos observaba con una sonrisa en los labios, igual que Bryan y Liam. Mi novio tenía una sonrisa enorme en el rostro y se agachó junto a ellos.

—¿Y yo qué? ¿No me llevo ni un beso ni un abrazo?

—La prioridad es la tía Chloe, tío. No hace falta que seas tan celoso —protestó Andrew, aunque con una sonrisa traviesa.

Hannah, en cambio, hizo justo lo contrario que conmigo. Se lanzó sobre Liam hasta derribarlo al suelo y empezó a llenarle la cara de besos. Freddie se unió enseguida y comenzó a lamerle el rostro también.

—Vale, ya está bien, Freddie.

Mel se acercó y se sentó a mi lado mientras Andrew se acomodaba en su regazo. Desprendía ese aire protector que solo ella tenía. Tomó mi mano y dijo con firmeza:

—Como tu madre estará aquí durante la semana, yo me encargo de los fines de semana. Soy toda tuya. Y no pienso discutirlo.

—Gracias. —Sonreí con lágrimas en los ojos—. Ya veremos cómo nos organizamos. Quizá contrate a una enfermera para no cargar a nadie. Liam vuelve al trabajo la próxima semana y no quiero ser una molestia.

—Eso no es ninguna molestia, amiga. Es la vida. Y no tienes por qué hacerlo todo sola, ¿entendido?

Asentí con un nudo en la garganta.

Después de que los niños se pusieran a jugar en la alfombra del salón con Freddie y Bryan se entretuviera hablando con Liam sobre el portero automático y las nuevas medidas de seguridad, volví a conversar con Mel en voz más baja, solo entre nosotras.

—Le pedí a Liam que me buscara una terapeuta. Online, de momento —confesé mientras entrelazaba los dedos de las manos—. Sé que necesito ayuda, Mel. Después de todo lo que pasó... sé que

no puedo fingir que todo está bien. Han ocurrido demasiadas cosas en muy poco tiempo.

Ella se acercó y volvió a abrazarme.

—Es lo mejor que podrías hacer. Y estoy muy orgullosa de ti.

—A veces me despierto por la noche pensando que él va a volver a aparecer. Que esto aún no ha terminado... —confesé con el corazón encogido.

—Va a llevar tiempo, amiga. Pero vas a salir adelante. Y nosotros estaremos aquí, ¿vale? Todos los días que nos necesites. Aunque sea para verte llorar, quejarte o reír viendo una película horrible. Estaremos aquí. Te queremos, pelirroja.

Los ojos volvieron a llenárseme de lágrimas. Seguía demasiado sensible después de todo lo ocurrido.

—Yo también os quiero, Mel. Gracias por todo. Eres la mejor.

Me abrazó con cuidado y respiré hondo mientras intentaba contener las lágrimas.

—Según el doctor Newton —continué—, durante las próximas dos semanas tendré que guardar reposo absoluto, salvo pequeños paseos por casa. Después empezaré fisioterapia suave y, con suerte, en dos meses volveré a mi ritmo habitual. Pero la cabeza... esa tardará un poco más.

Ella asintió con los ojos brillantes.

—Tardará, sí. Pero lo conseguirás. Y cuando todo esto termine, la Chloe que salga de aquí será aún más fuerte que la de hace dos meses.

Nos quedamos en silencio durante unos instantes, escuchando las risas de Hannah y Andrew en el salón, los ladridos de Freddie y la conversación en voz baja entre Bryan y Liam.

La vida estaba muy lejos de ser perfecta. Pero, en aquel momento, volvía a parecer posible.

UN MES DESPUÉS

La luz del atardecer era suave. El aire estaba limpio y fresco, impregnado del aroma de la hierba recién cortada y de flores cuyos nombres desconocía. Después de tanto tiempo encerrada, sentir el viento en la cara, escuchar los pasos de la gente a lo lejos y los ladridos distantes de otros perros me parecía algo casi mágico.

Freddie corría unos metros por delante, con la lengua fuera y la cola moviéndose de pura felicidad. Parecía entender que aquello era una celebración.

Liam caminaba a mi lado, con una mano apoyada en mi cintura, ofreciéndome apoyo sin asfixiarme. De vez en cuando nuestros dedos se entrelazaban y me dedicaba esa mirada cómplice que decía más que cualquier palabra.

Suspiré profundamente, llenando los pulmones con todo aquello. La vida. El canto de los pájaros. La libertad de simplemente caminar sin miedo. O casi, al menos.

—Esto... —murmuré, mirando el cielo entre las ramas de los árboles—. Ni siquiera sabía cuánto lo echaba de menos.

Liam sonrió de lado, atento a cada uno de mis pasos, como siempre.

—Ahora podrás volver poco a poco a tu rutina, salir, ver a la gente. Despacio, todo está volviendo a su sitio.

Asentí y le di un beso casto en los labios.

—¿Sabes que has sido un auténtico príncipe?

Su sonrisa ladeada apareció de inmediato y le acaricié la mejilla antes de seguir caminando.

—Ah, no. No pienso perder mi título de Doctor Depravado para convertirme en príncipe.

Puse los ojos en blanco.

—Lo digo en serio, tonto. Has tenido una paciencia infinita. Siempre has estado ahí cuando te he necesitado y no podría haber tenido un mejor doctor para esto.

—Está bien. Aceptaré ese apodo por ahora. —Se detuvo, me atrajo por la cintura y mordisqueó mi labio inferior de forma

seductora—. Pero en cuanto estés recuperada al cien por cien, volveré a ser el mismo depravado de siempre.

Mi estómago se contrajo de expectación.

—Estoy deseando comprobarlo.

—Perfecto.

Respondió con otro beso delicioso, mucho más breve de lo que me habría gustado.

Seguimos caminando despacio mientras pensaba en todo lo ocurrido durante el último mes. Seguía teniendo miedo a veces. En ocasiones me despertaba creyendo que seguía en el hospital, escuchando el pitido de los monitores. O tenía pesadillas con John y con Chris. Pero... estar allí, junto a mi doctor y a Freddie, me hizo comprender que eso era exactamente lo que necesitaba para sentirme bien. Por primera vez en semanas, me sentía en paz.

Apreté su mano y durante unos instantes caminamos en silencio, escuchando únicamente nuestros pasos sobre la hierba y el susurro de las hojas.

—Estaba pensando... —empecé—. En volver a la oficina la semana que viene. Solo media jornada al principio. Ya no soporto seguir trabajando desde casa. —Le sonreí y él me lanzó una de esas miradas de desaprobación que me hicieron contener una risa—. No me mires así. Estando aquí me he dado cuenta de que quizá eso me ayude a recuperarme más rápido. Necesito cambiar de ambiente.

Liam se detuvo un segundo, respiró hondo y me obligó a mirarlo. Sus ojos estaban serios, llenos de ese cuidado que a veces me daban ganas de reír y llorar al mismo tiempo.

—Puede que tengas razón. A veces, estar encerrada puede perjudicarte a nivel emocional. —Me sentí más aliviada al ver que me daba la razón—. ¿Estás segura? Sabes que no tienes por qué apresurarte, preciosa.

Le rodeé el cuello con un brazo, me puse de puntillas y volví a besarle los labios.

—Sí. Y si noto que el dolor empeora, volveré a trabajar desde casa. Te lo prometo. Pero quiero intentarlo. Lo necesito.

Respiró hondo, pensativo.

—De acuerdo —dijo por fin, con voz firme—. Pero con una condición.

—Ay, no... Ya vienen tus condiciones de hombre mandón —bromeé con una sonrisa.

—Yo te llevo y te recojo de la oficina. Todos los días. No es negociable.

—Liam...

—Chloe.

Suspiré y crucé los brazos, aunque sin conseguir ocultar la sonrisa.

—Sabes que no hace falta que hagas eso. Además, tienes tus guardias. Nuestros horarios casi nunca coinciden, lo sabes.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo. Y cuando esté de guardia, volverás con Megan o le pediré al chófer de la empresa que te lleve a casa —propuso, y yo puse los ojos en blanco—. Por favor, pelirroja. Me sentiría mucho más tranquilo sabiendo que estás segura.

—Hablas así y luego te preguntas por qué me enamoré de ti.

Se rio y me atrajo por la cintura, envolviéndome en un abrazo en medio del parque. Nos quedamos allí, pegados el uno al otro, mientras Freddie revoloteaba alrededor de nuestras piernas como un perro guardián feliz y torpe.

—Te amo, pelirroja. Te amo más de lo que jamás imaginé que sería posible amar a alguien.

Apoyé mi frente contra la suya, sintiendo los latidos de su corazón, tan tranquilos y seguros.

—Yo también te amo, mi eterno Doctor Depravado. Y ahora siento que puedo empezar de nuevo, siempre que tú estés a mi lado.

Su sonrisa se ensanchó y mi corazón se serenó.

—Para siempre.

CAPÍTULO 50
LIAM WALKER

Me desperté antes de que sonara el despertador, como siempre. Ya no era por ansiedad ni por insomnio. Era una costumbre que me había enseñado el hospital, o quizá la ansiedad disfrazada de rutina. Pero últimamente abrir los ojos y ver a Chloe dormida a mi lado, con el cabello esparcido sobre la almohada y la respiración tranquila, era el mejor calmante que podía tener.

Refunfuñó cuando me levanté de la cama y se arropó un poco más con la manta.

—Vuelve aquí... —murmuró con la voz arrastrada por el sueño.

Sonreí, me incliné y le dejé un beso en los labios.

—Dentro de un rato. Solo voy a salir a correr con Freddie.

Freddie apareció en la puerta del dormitorio moviendo la cola, como si supiera que ya era la hora. Fuimos hasta el parque y corrimos durante una hora. Después preparé el desayuno y le dejé una nota sobre la encimera a Chloe, aunque sabía que me enviaría un mensaje en cuanto terminara de despertarse. Me habría encantado quedarme hasta que abriera los ojos de verdad, pero tenía que llegar temprano al hospital, y eso fue lo que hice.

Era extraño cómo algo tan familiar, tan mecánico, parecía diferente. Ya no era un lugar al que acudía para escapar de mi vida personal; ahora era una extensión de ella. Mi lugar en el mundo. Y estaba bien. Realmente bien.

Los pasillos, el sonido de los monitores, las consultas de los residentes, las cirugías programadas y las de urgencia. Todo formaba parte de mí y adoraba cada minuto de mi trabajo, aunque amara muchísimo más estar con mi pelirroja.

Aquella semana, la dirección tomaría por fin la decisión sobre quién ocuparía el cargo de jefe de cirugía: el doctor Smith o yo. Antes, eso me quitaba el sueño. Vivía obsesionado con esa meta, encadenaba guardias, cometía locuras hasta el punto de poner en

riesgo mi propia salud e incluso la de mis pacientes por no descansar como debía. De hecho, fue una de las razones que me impulsaron a acercarme a Chloe. Pero hoy ya no tenía el mismo peso.

Por supuesto, si conseguía el puesto, sería feliz. Sería un honor. Pero ¿la verdad? Ya me sentía en la cima. Tenía el respeto de mis compañeros, de mis pacientes y de los residentes. Y, más importante aún, tenía a Chloe. Era imposible imaginar un logro mayor que escucharla decirme que me ama, verla dormirse sobre mi pecho y confiarme su paz después de todo lo que había vivido.

Tal como había prometido, Pietro cumplió su palabra. John desapareció de la ecuación la misma semana en que hablamos. Nadie preguntó por él. Nadie lo buscó. Era como si lo hubieran borrado cuidadosamente del tablero.

Días después recibí una llamada del propio Pietro. Estaba saliendo de una microcirugía en la unidad vascular cuando un número desconocido apareció en la pantalla de mi móvil.

—Habla el doctor Walker —contesté con el tono neutro que solía utilizar.

—Dottore —respondió él, siempre con aquella voz educada y ligeramente sarcástica—. Solo quería decirle que su pequeño problema ya está resuelto. Sin rastros. Tal y como prometí.

—Lo imaginé cuando mi abogado me comentó que John simplemente desapareció de la cárcel sin dejar huellas, sin registros en las cámaras ni nada parecido —respondí mientras me apoyaba contra la pared de un pasillo vacío—. Gracias.

Le di las gracias, aunque me resultara extraño hacerlo. Pero, a mi entender, era lo mínimo.

—No tiene que agradecérmelo. Pero quiero recordarle nuestro acuerdo, ¿sí? Usted y su hermano ahora son asociados de la Cosa Nostra. Si alguno de mis hombres resulta herido... usted será el primer número de la lista. Y espero que su bisturí esté siempre bien afilado.

Aún no sabía muy bien qué pensar al respecto, pero cuando Bryan sugirió pedir ayuda a los Lucchese, ambos sabíamos lo que estaba en juego. Y no era como si eso nos convirtiera en mafiosos de la noche a la mañana. Sabíamos perfectamente dónde nos metíamos, aunque aquello chocara con nuestros principios.

Lo importante era que nuestra familia estaba a salvo, sin importar los medios que hubieran sido necesarios para lograrlo. Además, seguiría salvando vidas, porque era mi obligación hacerlo, estuviera o no de acuerdo con la índole o el carácter de la persona que tenía delante. Eso era lo que había jurado cuando obtuve mi licencia médica. En ningún lugar se especificaba que solo debíamos salvar a los buenos, sino a las personas.

La prueba más clara de ello fue aquella ocasión en el hospital en la que tuve que operar a un maldito pedófilo al que una de sus víctimas le había arrancado el pene de un mordisco y que, además, había sufrido una conmoción cerebral al caer al suelo.

Operé a aquel desgraciado con un odio que me consumía por dentro. Una parte de mí deseaba que muriera sobre la mesa de operaciones. Pero no ocurrió. Conseguí evitar que la conmoción empeorara y el urólogo logró reconstruir su vía urinaria. Al final sobrevivió gracias a los tratamientos preventivos que evitaron infecciones y complicaciones, aunque sin la monstruosidad que llevaba entre las piernas. Recibió exactamente lo que merecía y después regresó a la cárcel, donde debía permanecer.

Hasta donde yo sabía, la Cosa Nostra tampoco toleraba ese tipo de monstruosidades. Al menos eso era lo que Matteo Lucchese le había comentado a mi hermano cuando se ocupó de Jackson. Así que quizá nunca tendría que relacionarme con gente de esa clase, aunque fueran mafiosos.

Bryan, por su parte, solo iba a prestar uno de sus barcos a un conocido durante un año. Aún no sabía qué pensar sobre aquello, porque nunca quise que se comprometiera de esa manera, pero mi hermano era incluso más terco que yo y jamás habría permitido que cargara con todo aquello solo. Desde el momento en que contactó

con Matteo sabíamos cuáles eran los riesgos. Ningún mafioso hace favores gratis.

Recordé que todavía no había respondido a Pietro.

—Mi bisturí estará siempre listo, Pietro. Solo no me pida que haga desaparecer a nadie porque, salvo aquella única vez en la que se lo pedí, eso va en contra de mis principios y de mi juramento.

Se rio, un sonido seco y sin rastro de humor.

—Ah, dottore... tranquilo. Eso no será necesario. Aquí nos sobra gente con estómago para esas cosas. Usted solo tendrá que mantener los órganos internos funcionando.

La línea se cortó después de eso. Sin despedidas.

Volví a mis guardias con la mente más ligera, aunque seguía cargando con el peso moral de todo aquello. Sabía lo que costaba. Sabía que había cruzado una frontera que jamás imaginé atravesar y de la que quizá nunca saldría. Pero si era para proteger a Chloe, lo haría una y otra vez.

Y, sinceramente, tampoco era tan diferente de lo que ocurría en los negocios de Walker's Enterprises. La corrupción siempre había formado parte de mi vida. Bryan lidiaba con ella todos los días y fue precisamente una de las razones por las que nunca quise involucrarme en la empresa. Pero parecía que no siempre teníamos el control sobre lo que queríamos o dejábamos de querer. Aunque hubiera intentado escapar de ella, había terminado rodeado por lo mismo una vez más, solo que por motivos distintos.

Al final del día, cuando llegué a casa, encontré a mi mujer sonriendo al escuchar el ruido de la puerta. Una vez más, Freddie corrió hacia mí y la vi sentada en el sofá, con una manta sobre las piernas. Fue entonces cuando comprendí que no se trataba de lo correcto o lo incorrecto. Se trataba de a quién amas. Y hasta dónde estás dispuesto a llegar por esa persona.

Chloe era mi paz. Mi caos. Mi hogar. Y pensaba protegerla con todo lo que tenía. Y quizá, muy pronto, con un anillo en su dedo.



A finales de una mañana, recibí una llamada mientras revisaba informes postoperatorios en el sistema. La voz de Savannah, de Recursos Humanos, sonaba formal, aunque cargada de una ligera tensión.

—Dr. Walker, ¿podría pasar por la sala de reuniones de la dirección? El director Sloan está aquí con el Dr. Thomas y le gustaría verlo.

Cerré el portátil despacio, como si mis movimientos pudieran mantener mi corazón latiendo a un ritmo normal. Respiré hondo y caminé hasta allí con la sensación de que mis pasos resonaban por los pasillos como tambores amortiguados.

La puerta ya estaba entreabierta. Llamé suavemente.

—Puede pasar, Dr. Walker —dijo Thomas, el actual jefe de cirugía. Siempre cordial, pero demasiado observador. Savannah estaba a su lado con una tablet en las manos, y James Sloan, el director general del hospital, permanecía de pie junto a la ventana. Un hombre meticuloso y directo.

Tragué saliva.

—¿Me llamaban?

—Siéntese, por favor —dijo Sloan sin rodeos.

Esperé el «lamentablemente», el «hemos valorado todas las opciones», el «esta vez no ha sido posible». Había ensayado mil reacciones para una respuesta negativa porque, durante las últimas semanas, desde todo lo que había ocurrido con Chloe, mi prioridad había pasado a ser otra: ella. Por eso no esperaba una respuesta diferente.

Pero, en contra de cualquier escenario que hubiera imaginado, sonrió.

—Queremos felicitarlo. La dirección se ha reunido y, por decisión unánime, usted es el nuevo jefe del departamento de cirugía del Boston Trauma & Emergency Hospital.

Me quedé en silencio dos segundos. Tres. Cuatro. Era como si mi cerebro tardara en procesarlo, lo cual resultaba bastante irónico.

—¿Yo...? —repetí, más para mí que para ellos—. ¿Me han... elegido? —quise confirmar, porque mi mente parecía incapaz de comprenderlo.

—Así es —confirmó Thomas, tendiéndome la mano—. Se lo merece. Es el más preparado, el más estable bajo presión, y nos lo ha demostrado más veces de las que podría contar.

Le estreché la mano, después la de Sloan y la de Savannah. Les di las gracias. Sonreí. La formalidad de los minutos siguientes pasó volando, como si estuviera observándolo todo desde fuera.

Me explicaron que durante los próximos días trabajaría junto al Dr. Thomas para que pudiera transferirme todas sus responsabilidades. También tendría que reducir mi carga de cirugías y delegar parte de ellas en el Dr. Newton hasta dominar por completo mis nuevas funciones y poder asumir nuevamente más intervenciones, aunque, evidentemente, nunca tantas como hasta ahora.

No sabía muy bien cómo sentirme respecto a eso. Pasaría menos tiempo dentro de un quirófano, pero, aun así, me sentía profundamente realizado por haber alcanzado un puesto con el que siempre había soñado. Y más aún en un hospital de referencia como aquel.

En cuanto salí de la sala y entré en el ascensor vacío, la alegría me golpeó de lleno en el pecho. Se me escapó una risa suave. Lo había conseguido de verdad. Después de todo, lo había conseguido.

Y la primera persona que vino a mi mente fue ella.

Chloe.

La pelirroja más testaruda y maravillosa que había conocido jamás. La mujer que sostuvo mi mano y por la que rompí todas las

reglas. Y rompería muchas más si fuera necesario, sin la menor duda.

Saqué el móvil y le envié un mensaje:

Liam: ¿Estás en casa? Tengo una noticia que merece una cena.

Solo nosotros dos. Y después... si te encuentras bien... también podríamos celebrarlo de otras maneras.

Respondió enseguida:

Chloe: Si piensas volver a dejarme sin aliento, será mejor que vayas despacio, Dr. Walker. Todavía sigo recuperándome.

Sonreí ampliamente mientras apretaba el teléfono entre los dedos. Tal vez nuestra celebración aún no sería de la forma que yo deseaba. Todavía no con un anillo en su dedo, ni con toda la intensidad que mi cuerpo reclamaba. Pero sucedería, porque ella estaba viva y yo quería disfrutar cada segundo de eso a su lado.

Aún había una caja al fondo del cajón de mi armario. Pequeña. Azul marino. Con algo dentro que muy pronto le enseñaría.

Pero hoy, hoy era día de celebrar esta victoria. Mía, sí. Pero también nuestra, porque si había conseguido llegar hasta aquí, era gracias a ella, que me había obligado a poner los pies en la tierra, aunque al principio ni siquiera fuera consciente de ello.

Porque si hoy era el jefe de cirugía, era porque una mujer fuerte y valiente, incluso estando herida, me enseñó lo que realmente importa en la vida.

Y tenía la intención de recordarlo todos los días.

CHLOE DAVIS

El restaurante era uno de los más bonitos en los que había estado jamás. Las luces suaves se reflejaban en los espejos antiguos, el aroma del vino tinto y las hierbas finas flotaba en el aire, y la música clásica de fondo hacía que todo pareciera una escena de película. Yo llevaba un vestido azul marino, ajustado al cuerpo en la medida perfecta, y Liam vestía una impecable chaqueta negra que realzaba aún más el brillo de deseo en sus ojos cada vez

que se cruzaban con los míos. Estábamos allí para celebrar, y motivos no faltaban.

El nombramiento oficial de Liam como nuevo jefe de cirugía había sido anunciado aquella misma mañana, y lucía la sonrisa más orgullosa que le había visto jamás. Además, mi regreso al despacho había sido todo un acontecimiento. El día que volví, mis compañeros me recibieron con una fiesta sorpresa, globos, abrazos apretados, lágrimas sinceras y una tarta donde se leía: «¡Bienvenida de vuelta, nuestra guerrera!». Tuve que esforzarme para no llorar, porque, en el fondo, todo seguía pareciéndome un sueño.

Liam levantó su copa de vino y brindó conmigo.

—Por todo lo que hemos superado. Y por ti, pelirroja, que eres la parte más hermosa de esta nueva vida.

El calor me invadió las mejillas. Había una tensión flotando entre nosotros desde el momento en que pasó a recogerme por casa. Las miradas, los roces discretos de nuestras manos, la forma en que acariciaba disimuladamente mi muslo bajo la mesa.

—¿Vas a querer postre? —preguntó con una sonrisa ladeada, convencido de que la respuesta sería sí. Después de todo, él era el saludable de los dos, no yo.

Levantó una ceja al captar la intención detrás de la mirada cargada de malicia que le dediqué.

—Sí que quiero... —respondí, fijándome en sus labios—. Pero creo que no el que estás imaginando. —Incliné la cabeza con provocación—. De hecho, tenía uno muy específico en mente.

Aquella sonrisa torcida y traviesa apareció en su rostro.

Se mordió el labio inferior y soltó una risa ronca, cargada de deseo.

—Pelirroja... sabes que todavía no puedes excederte. ¿Lo recuerdas? Las costillas siguen sensibles. Aunque ganas no me faltan.

Me incliné hacia él y le susurré:

—Aun así... tenemos boca. Y puede permitirnos celebrar... de otras maneras. Creo que deberíamos hacerlo. Ahora.

El efecto fue inmediato. Liam levantó la mano hacia un camarero con un gesto repentino y dijo:

—La cuenta, por favor.

Intenté ocultar mi sonrisa satisfecha, pero fue imposible. Por suerte para nosotros, logró pagar rápidamente. Cuando salimos, el coche de seguridad que nos seguía mantuvo la distancia, algo que Liam había impuesto desde los últimos acontecimientos. Sin embargo, pronto me di cuenta de que no nos dirigíamos a mi casa. Crucé los brazos, desconfiada y envuelta en una ligera frustración.

—¿Adónde vamos?

—Deja de ser tan curiosa, pequeña diablilla. —Me lanzó una mirada sin borrar aquella sonrisa preciosa de su rostro y respiré hondo—. Solo confía en mí.

Crucé las piernas y el vestido subió un poco, solo para provocarlo. Él captó perfectamente mis intenciones y soltó una risa ronca que llenó mi pecho de expectación. Su mano descendió hasta mi muslo, avanzó por la abertura del vestido y encontró con facilidad el borde de mi ropa interior de encaje. Con una facilidad irritante, comprobó mi estado y sonrió con satisfacción.

—Tan sensible como siempre.

Pero, para mi absoluta frustración, retiró la mano y se llevó los dedos a los labios con una expresión de puro deleite.

Joder. Eso era increíblemente sensual.

Maldecí internamente que mis costillas siguieran doliendo porque, de lo contrario, habría sido yo quien le borrara aquella sonrisa arrogante de la cara. Sin embargo, por mucho que el deseo me consumiera, no estaba dispuesta a poner en riesgo mi recuperación ni a correr el riesgo de sufrir otro accidente.

Muchas gracias, pero paso.

Me obligué a prestar atención a mi alrededor, ya que, al parecer, mi excitación tendría que quedar aparcada durante unos

minutos. El corazón me latía con fuerza por la ansiedad. Hasta que, por fin, detuvo el coche frente a un lugar que nunca había visto antes.

CAPÍTULO 51
CHLOE DAVIS

—¿Esto es... un jardín botánico? —pregunté, maravillada.

—Puede ser —respondió con aquella sonrisa ladeada que siempre conseguía desarmarme.

El lugar estaba iluminado por pequeñas luces repartidas entre los árboles. Flores de todos los colores brotaban por todas partes: orquídeas, lirios, lavandas e hibiscos. El perfume flotaba en el aire como una invitación a la paz.

—Liam... esto es precioso. Esta es una gardenia. —Acaricié con delicadeza una flor blanca mientras avanzábamos por un larguísimo sendero coronado por un arco cubierto de una inmensa variedad de flores—. Se utiliza en perfumes y simboliza la pureza y el amor secreto. Y estas dalias... —inhalé su aroma mientras Liam caminaba a mi lado con una mano apoyada en mi cintura— significan gratitud. Son perfectas.

Él se limitaba a sonreír. Sus ojos brillaban al mirarme, como si me estuviera viendo por primera vez.

Recorrimos un pasillo cubierto de enredaderas floridas hasta que, al final, apareció una encantadora casa que parecía sacada de un cuento de hadas. O, mejor dicho, una mansión, con amplios ventanales y luces encendidas en el interior, como si nos estuviera esperando.

—¿Qué es esto, cariño?

Aquel brillo en sus ojos no desaparecía ni un instante.

—Lo vi hace unos días... y pensé que te gustaría.

Volví a mirar a mi alrededor, sintiendo algo diferente en el pecho. Una sonrisa enorme se dibujó en mis labios.

—Me encanta. Esto es un paraíso. Ni siquiera sabía que existía un lugar así.

Se acercó, me atrajo hacia él con ternura y me besó. Un beso cálido, lleno de dulzura y promesas. Cuando se apartó, apretó mi mano entre las suyas.

—Me alegro.

—¿Te alegra qué? —pregunté, confundida.

Antes de que pudiera responder, Freddie apareció corriendo desde el interior del jardín con un capullo de rosa entre los dientes.

Entrecerré los ojos, desconcertada, como si necesitara confirmar que aquello era real.

—¿Cómo que...? —Solté una risa incrédula mientras tomaba la rosa de su boca—. ¿Freddie? ¿Cómo has...? —Miré a Liam y su sonrisa no hizo más que ampliarse; se limitó a encogerse de hombros. Bajé la vista hacia el capullo de rosa roja que sostenía en la mano—. Sabes que odio que me regalen flores, ¿verdad? ¿Y aun así decides regalarme una?

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada contagiosa que terminó haciéndonos reír a los dos.

—Qué predecible eres... —Puse los ojos en blanco—. Pero antes de que la tires a la basura, échale un vistazo a la rosa, cariño —dijo, conteniendo la risa.

Intrigada, abrí el pequeño sobre sujeto al tallo. Dentro había una única palabra escrita con su firme caligrafía:

Pelirroja.

Fruncí el ceño, todavía riéndome, sin entender nada.

—Por favor, todavía no la tires. Cada una tendrá una pista importante.

Cuando estaba a punto de preguntarle de qué otras pistas hablaba, vi a Hannah acercarse con otra rosa.

—¡Hannah! —sonreí abrazando a la pequeña en cuanto llegó hasta nosotros.

—¡Esta es para ti, tita!

Abrí la tarjeta:

Hermosa.

Andrew apareció después con otra rosa:

Me harías.

Cada rosa contenía una palabra y cada una era entregada por una persona importante en nuestra vida. Después llegaron:

Mel: Te gustaría.

Bryan: Al hombre más.

Mi madre, Charlotte: Feliz del mundo.

Megan: Si te casas.

Sr. Davis: Conmigo.

Elisabeth: ¿Quieres?

Cuando abrí la última tarjeta, la que me entregaba el señor Walker, mi corazón se disparó. Mis ojos se llenaron de lágrimas y mis manos temblaron mientras sostenía aquel ramo que ahora pesaba tanto en mis brazos como en mi corazón. Entonces vi a Liam arrodillarse mientras sacaba de su bolsillo una pequeña caja de terciopelo negro.

—Hermosa... ¿quieres hacerme el hombre más feliz del mundo casándote conmigo para que, oficialmente, sea solo tu Doctor Depravado?

Las lágrimas cayeron antes de que pudiera responder. Aunque tenía unas ganas inmensas de lanzarme a sus brazos, mis costillas seguían protestando.

—¡S-sí! —grité entre risas y lágrimas—. ¡SÍ!

El jardín estalló en aplausos, silbidos y vítores. Él colocó el anillo con delicadeza en el dedo anular de mi mano derecha. Después se puso en pie, sostuvo mi rostro entre sus manos y me besó con intensidad, amor y devoción, mientras las lágrimas seguían cayendo por mis mejillas, incapaces de contener la pasión arrolladora y la inesperada felicidad que aquel hombre maravilloso me hacía sentir. Nuestros amigos y familiares gritaban, aplaudían y

celebraban a nuestro alrededor, convirtiendo aquel momento en algo todavía más perfecto.

Estaba viviendo el mejor momento de mi vida. El mejor momento de mi historia de amor. Y, por fin... era la protagonista de mi propio cuento de hadas.



Después de los brindis, entre risas, abrazos y conversaciones cargadas de emoción por mi parte, todavía abrumada por toda la sorpresa que mi prometido había preparado para mí, todos comenzaron a despedirse.

Hannah bostezaba mientras Mel la llevaba de la mano, con Bryan caminando justo detrás. Andrew iba al lado de su abuelo mientras Freddie los seguía, orgulloso de su participación especial, sin importarle lo más mínimo que yo fuera su dueña y me quedara allí. La verdad era que hacía tiempo que sentía que Freddie tenía dos familias, y ya no sabía muy bien qué pensar al respecto.

Uno a uno, todos se marcharon hasta que solo quedamos nosotros dos bajo las suaves luces del jardín, que ahora parecía aún más encantado.

Liam me ofreció el brazo con una sonrisa llena de adoración.

—¿Vamos?

Asentí, todavía algo aturdida por todo lo ocurrido. Con el anillo en el dedo y el corazón ligero por todas las emociones de aquella noche. Todo parecía un auténtico cuento de hadas después de la catástrofe de las últimas semanas. Como dicen, después de la tormenta siempre vuelve a salir el sol, y eso era exactamente lo que parecía estar sucediendo por fin en mi vida.

Caminamos hasta la casa y no pude evitar sentir curiosidad cuando entramos. No sabía si estaba permitido acceder, pero

imaginé que formaba parte del recinto y que quizá se utilizaba para eventos, algo que Liam debía de haber alquilado para la ocasión.

Al abrir la puerta, me recibió un suave aroma a lavanda y madera nueva. El interior era amplio, decorado en tonos claros y con enormes ventanales por los que se colaba la luz de la luna. Todavía no había muchos muebles; solo lo esencial: un sofá acogedor, una mesa de comedor rústica con dos sillas y algunas cajas aún cerradas en las esquinas. Aun así, el lugar rebosaba calidez.

Liam me condujo al piso superior y, cuando abrió la puerta del dormitorio principal, me encontré con un auténtico refugio. La habitación era espaciosa, con las paredes pintadas en suaves tonos arena y crema que transmitían calma y confort. Una enorme cama matrimonial dominaba el centro de la estancia, ya preparada con sábanas blancas, suaves y perfectamente estiradas. La tela parecía invitar al descanso... o a cosas mucho más interesantes.

Miré por encima del hombro y descubrí la sonrisa burlona de mi prometido, como si supiera exactamente hacia dónde se dirigían mis pensamientos poco inocentes.

Bajo nuestros pies había una alfombra de lana clara, tan suave como una nube, que hacía el ambiente todavía más acogedor. Pero lo que realmente me dejó sin aliento fue la estancia anexa a la izquierda del dormitorio. La puerta entreabierta dejaba entrever un baño espectacular. Mis ojos brillaron de curiosidad y caminé hacia allí tirando de Liam de la mano.

El baño parecía sacado de una revista de decoración: enorme, con paredes de mármol claro y detalles en dorado cepillado que reflejaban delicadamente la luz de los apliques. En el centro destacaba una bañera redonda de hidromasaje integrada en una plataforma de madera clara, rodeada de velas aromáticas aún sin estrenar, como si estuvieran esperando el momento perfecto para ser encendidas. Sobre ella colgaba una lámpara moderna y elegante desde el techo abovedado, proyectando pequeños destellos brillantes sobre las paredes.

Había dos lavabos con grandes espejos retroiluminados, estanterías empotradas con toallas mullidas perfectamente dobladas y, a un lado, una amplia ducha con mampara de cristal transparente equipada con chorros orientables y una suave iluminación ambiental. En una esquina, una chaise longue tapizada completaba aquel ambiente digno de un spa.

—Dios mío... esto parece un spa de verdad —murmuré, completamente fascinada.

Liam sonrió con orgullo, pero no dijo nada. Poco después salí del baño y me dirigí hacia las puertas que daban al balcón. Al abrirlas, una brisa fresca me acarició la piel. Debajo de nosotros se extendía el mismo jardín donde todo había ocurrido. Las luces doradas seguían brillando entre los árboles y las flores se mecían suavemente con el viento. La luna llena flotaba sobre nuestras cabezas como si fuera testigo de nuestra historia.

—Esto es... precioso —susurré, incapaz de apartar la vista del paisaje.

Liam se acercó por detrás, rodeó mi cintura con los brazos, pegó su cuerpo al mío y dejó un beso en mi cuello. Sentí un escalofrío recorrerme por completo.

—Tanto como tú.

Sonreí al notar cómo se me encendían las mejillas. Me giré ligeramente para mirarlo y lo abracé, todavía embriagada por todo lo que había sucedido aquella noche.

—¿Esta casa está en venta?

Vaciló mientras me observaba con aquel brillo travieso en los ojos.

—Sería un lugar maravilloso para vivir, ¿sabes? Despertar con estas vistas, con esta tranquilidad...

—No está en venta —respondió con naturalidad.

Sentí una pequeña punzada de decepción. Aquella casa parecía... nuestra. Por un instante, algo se encogió en mi pecho.

Pero había algo en su expresión que me hizo prestarle más atención y una alarma se encendió en mi mente.

—Entonces... ¿cómo es que estamos aquí dentro? —pregunté con suspicacia, separando apenas nuestros rostros.

Su sonrisa se amplió poco a poco, cargada de ternura y segundas intenciones. Se acercó más y habló con voz baja y seductora:

—Porque la compré. —Me quedé inmóvil, con el corazón atrapado en la garganta—. Si quieres, podemos venir a vivir aquí, preciosa. Empezar nuestra vida juntos en esta casa. Pero... si no quieres...

No le permití terminar la frase.

Acorté la distancia entre nosotros y lo besé con toda la fuerza de mi amor. Un beso lleno de emoción, entrega y una felicidad tan inmensa que apenas cabía dentro de mí. Era la certeza de que mi corazón por fin tenía un hogar, y no era aquella casa. Era él.

Cuando nos separamos, la mirada de mi doctor ardía con un deseo cálido y amoroso. Sus manos me envolvieron con delicadeza, como si cada parte de mí fuera sagrada. Me condujo hasta la cama y me acostó despacio.

Allí, bajo la luz de la luna que entraba por el balcón, me desnudó con calma, con devoción. Cada prenda que retiraba era una reverencia a lo que sentíamos y cada caricia, una promesa silenciosa de todo lo que deseaba hacerme. Después de deshacerse también de su ropa, mientras yo lo observaba fascinada, se acercó y acomodó su cuerpo sobre el mío sin dejar caer su peso.

—Lo eres todo para mí, preciosa —murmuró contra mi piel entre besos que trazaban un camino desde mi vientre hasta mis muslos.

Sus labios encontraron los míos una vez más. El calor se extendía entre nosotros y mi cuerpo reaccionaba como si no existiera dolor alguno, solo deseo. Me adoró con su boca como si cada centímetro de mi piel fuera un regalo.

Volvió a dejar un reguero de besos sobre mi cuerpo mientras descendía hacia el lugar que más ansiaba sentir su atención.

Como de costumbre, Liam rompió mis bragas con facilidad y lanzó el trozo de tela a un lado. Acercó la nariz a mi sexo empapado e inhaló el aroma de mi excitación.

—Qué bien hueles...

El primer roce de su lengua hizo que todo mi cuerpo cobrara vida. Como si todo el tiempo que habíamos pasado separados se concentrara ahora en aquel gesto de devoción. Era lento, atento, sin prisas, como si yo fuera algo sagrado. Cada movimiento arrancaba de mí un nuevo sonido, un nuevo suspiro.

En un momento dado, mis caderas se movieron por puro instinto, embriagadas por todas las sensaciones que me provocaba y por el placer creciente que se acumulaba en mi vientre. Pero él me sujetó con firmeza y delicadeza, controlando el ritmo para asegurarse de que no sintiera dolor. Solo placer.

Me llevó al borde del abismo con la misma maestría de siempre. Después regresó a mis labios y, como si necesitara más, llevé la mano hasta su erección y empecé a acariciarlo de arriba abajo. Liam gemía, embriagado por las sensaciones, y yo terminé diciendo lo que llevaba deseando decir desde que estábamos en el restaurante.

—Ya han pasado seis semanas —le recordé algo que ambos sabíamos, aunque él jamás me había presionado.

—¿Hay alguien contando los días? —bromeó contra mis labios mientras yo seguía acariciándolo y sentía la humedad en la punta de su miembro.

—¡Por supuesto! —Aquella sonrisa ladeada volvió a aparecer en su rostro—. Lo quiero, amor.

Percibí cómo vacilaba, como si estuviera librando una batalla entre la razón y el deseo.

—No lo sé... Quizá sería mejor hacernos una revisión antes para asegurarnos.

Tomé su rostro entre mis manos y lo miré fijamente a los ojos.

—Yo. Estoy. Bien —recalqué—. Pero si te hace sentir más tranquilo, puedes ir despacio y, cuando el próximo examen lo confirme, volveremos a la normalidad.

Lo meditó durante unos segundos y, cuando soltó el aire de los pulmones, estuve a punto de lanzar un grito de celebración.

—Si te duele, prométeme que me lo dirás —pidió.

—Claro que sí —mentí, porque sabía que, aunque la fractura ya no corría peligro, todavía dolía y tardaría meses en dejar de hacerlo. Pero también sabía que sería un dolor soportable; de lo contrario, jamás me habría puesto en aquella situación.

Atraje su rostro hacia el mío para impedir que las dudas lo hicieran cambiar de opinión. Luego llevé la mano hasta su erección endurecida y la guié hacia mi intimidad. Liam entró en mí despacio, con un cuidado casi exagerado.

En el instante en que lo sentí dentro de mí no hubo dolor. Solo la sensación de haber vuelto por fin a casa. Se movía con cautela, temeroso de hacerme daño y, aunque deseaba que aumentara la intensidad, no se lo pedí. Sabía que no sería prudente. Aun así, cada embestida fue profunda, intensa y certera. Todo era demasiado perfecto: el lugar, nuestra casa, la pedida de mano, las puertas abiertas del balcón, la luz de la luna entrando en nuestra habitación... No tardé en alcanzar otro clímax junto a Liam, que, después de llevarme al suyo, se dejó arrastrar también por el placer.

Después se tumbó a mi lado, con los ojos clavados en los míos y la respiración todavía acelerada. Me rodeó con sus brazos y me atrajo contra su pecho.

—Quería que nuestra primera noche aquí fuera así —dijo mientras acariciaba mi cabello—. Quería que este lugar comenzara con amor.

—Y así ha sido —respondí con la voz cargada de emoción—. Mi prometido.

Su sonrisa se amplió. Tomó mi mano, aquella donde brillaba el anillo de compromiso, depositó un beso sobre él y luego otro en mis labios.

—Mi prometida —dijo con deleite—. Nunca imaginé que me gustaría tanto pronunciar esas palabras.

—Quién iba a decir que acabaría casándome con el Doctor Depravado. Alguien a quien odiaba y a quien ahora amo con todas mis fuerzas.

Soltó una carcajada y besó mi sien.

—Aquello era amor disfrazado. La única que no lo sabía eras tú.

Lo pensé durante unos segundos y tuve que darle la razón.

—No me sorprendería en absoluto.

Cerré los ojos allí, tumbada sobre el pecho del hombre de mis sueños, en la casa que había elegido pensando en mí, bajo la luna que era testigo del comienzo de nuestro para siempre, y comprendí que no necesitaba nada más. Ya tenía todo lo que deseaba.

A él.

EPÍLOGO
LIAM WALKER

Hacía dos años que ella dijo sí.

Dos años desde que mi pelirroja aceptó casarse conmigo en aquel jardín iluminado por las estrellas, con rosas entregadas por las personas más importantes de nuestras vidas. Dos meses después, oficializamos nuestra unión exactamente como la habíamos imaginado: una boda íntima, discreta y llena de significado en cada detalle. Solo nuestra familia, los amigos más cercanos y las personas que habían formado parte de nuestra historia. Fue todo lo que soñamos y mucho más.

Miraba a la mujer que era mi esposa y todavía me sorprendía descubrir que podía amarla un poco más cada día. Chloe seguía siendo mi pelirroja impulsiva, testaruda, inteligente, hermosa... y absolutamente mía.

El puesto de jefe de cirugía se convirtió en algo más que un logro. Era un honor. Una responsabilidad. Claro que a menudo echaba de menos el quirófano, aquella descarga de adrenalina, aquel silencio cargado de concentración... pero liderar, enseñar y guiar también era una forma de salvar vidas. Y siempre que tenía la oportunidad, seguía involucrándome en las cirugías más complejas. Solo para no olvidar de dónde venía.

Chloe también brillaba en su carrera. Todo le iba de maravilla; sus ideas seguían revolucionando el entorno donde trabajaba y había recuperado aquel brillo en los ojos de quien ama lo que hace. Y aunque no despidió a Paul —algo que al principio me molestó un poco—, él terminó entendiendo que no tenía ninguna oportunidad. No solo dio un paso atrás, sino que empezó a acercarse a Megan. Se hicieron muy amigos. O quizá algo más, quién sabe... La verdad era que ya no representaba ninguna amenaza. Y eso me bastaba.

Andrew terminó quedándose con Freddie, tal como llevaba tanto tiempo pidiendo. Aunque ya tenía el labrador color crema que

Bryan le había regalado, era Freddie quien hacía que sus ojos se iluminaran. Y, por supuesto, no pudimos negarnos. La felicidad de aquel niño junto a su «mejor amigo para siempre» era incuestionable y, aunque echábamos de menos a Freddie en nuestro día a día, sabíamos que habíamos tomado la decisión correcta.

La casa estuvo más silenciosa durante un tiempo, pero no por mucho. En el cumpleaños de Chloe le regalé dos cachorros de golden retriever, un macho y una hembra. Como nos mudamos a una enorme mansión en cuanto nos casamos, con un jardín inmenso para correr y jugar, aquello fue perfecto para ellos. Y aun así, cada vez que Freddie me veía, corría hacia mí y se aferraba a mis piernas como si nunca se hubiera marchado. Hay cosas que ni siquiera el tiempo consigue cambiar.

Charlotte seguía insistiendo con la idea de tener un nieto, con esa dulzura impaciente tan propia de ella. La situación empeoró después de la ruptura entre Megan y Chris, que seguía en prisión, aunque había conseguido una reducción de condena por buena conducta.

Sin embargo, por mucho que adoráramos a nuestros sobrinos, seguíamos sin cambiar de opinión respecto a tener hijos. Los dos llevábamos una vida demasiado intensa y nuestros horarios seguían siendo una locura. No quería traer un niño al mundo para no poder dedicarle la atención que merecía, y sabía que eso terminaría frustrando a Chloe. Y yo jamás permitiría algo así. Por eso, al menos por ahora, disfrutábamos de nuestra vida en pareja con intensidad, complicidad, placer y muchos viajes.

Nuestra vida se volvió ligera. Frenética y llena de responsabilidades, sí. Pero ligera. Llena de pasión. Repleta de risas. Con una rutina de amor y deseo que parecía una luna de miel permanente.

Recuerdo una tarde cualquiera que terminó convirtiéndose en un recuerdo inolvidable.

Llegué a casa después de un largo día en el hospital, dispuesto a quitarme la chaqueta y disfrutar de un poco de silencio, pero me

recibió algo mucho mejor. La voz de Chloe resonaba por toda la casa mientras cantaba a pleno pulmón «Love Story», de Taylor Swift, saltando y bailando igual que en el videoclip de la cantante, que ya me había obligado a ver varios cientos de veces.

La puerta estaba entreabierta y me quedé observándola durante unos segundos. Giraba por el salón con un cepillo de pelo a modo de micrófono, descalza, con unos shorts vaqueros y una camiseta blanca anudada a la cintura. El moño alto dejaba escapar mechones pelirrojos alrededor de su rostro. Era el caos más hermoso y fascinante de mi mundo.

Entré sin hacer ruido y me acerqué. Cuando me vio, abrió mucho los ojos, como si la hubiera pillado in fraganti, pero enseguida sonrió y eso bastó para hacer desaparecer todo mi cansancio.

—I talked to your dad, go pick out a white dress... —cantaba.

Y yo me uní a ella. Empecé a cantar también, completamente desafinado y sin la menor vergüenza. Chloe soltó una carcajada sorprendida y, cuando me acerqué, la tomé por la cintura y la hice bailar conmigo en mitad del salón.

Giramos, reímos y dimos vueltas como dos adolescentes. La música seguía sonando fuerte, pero nuestras risas sonaban aún más alto. Y cuando la canción terminó y ella respiraba agitadamente contra mí, la miré con ese sentimiento que desbordaba mi pecho todos los días.

—¿Ves todo lo que hace un hombre enamorado? —susurré, apoyando mi frente contra la suya—. Hasta aprende canciones que jamás imaginó que cantaría.

Ella sonrió con aquellos ojos brillantes y me besó con suavidad, como si estuviera sellando algo valioso.

—Te amo.

—Para siempre —respondí sin vacilar.

—Para siempre —repitió.

Y eso era todo. No necesitábamos grandes gestos. No necesitábamos promesas extravagantes ni declaraciones grandilocuentes. Bastaba con ser nosotros. Bastaba con este amor que seguía creciendo incluso en los días más normales, entre bailes improvisados en el salón y risas sobre cojines desordenados.

En cuanto a Pietro... debo admitir que, desde nuestro acuerdo, fue sorprendentemente discreto. Fueron pocas las ocasiones en las que tuve que intervenir. Y Bryan, para alivio de todos, cumplió su parte durante un año y salió de aquello sin consecuencias. Después de facilitar uno de sus barcos para algunas exportaciones, imagino que las ganancias compensaron, porque terminó vendiendo uno de nuestros buques a Matteo Lucchese, que ahora lo utilizaba para sus propios negocios.

Eso me tranquilizaba, y solo esperaba no tener que volver a involucrar a mi hermano en nada relacionado con ellos. También esperaba que mi contacto con aquella gente fuera cada vez menor con el paso de los años. Después de todo, quién sabe... quizá alguno decidiera convertirse en neurocirujano y dejara de necesitar mis servicios.

En ese momento acabábamos de aterrizar en Dubái con el jet privado del conglomerado Walker's. Habíamos decidido escaparnos una vez más. Una semana de vacaciones solo para nosotros. Sol, mar y arena dorada. Un nuevo destino para nuestra colección de recuerdos y besos robados, algo que se había convertido en una costumbre, ya fuera durante un puente, una semana libre o nuestras vacaciones programadas.

Observé a mi hermosa pelirroja correr delante de mí por la playa privada del resort donde nos alojábamos. Su cabello volaba con el viento y sus pies descalzos dejaban huellas sobre la arena dorada. Yo la perseguía, igual que hice en la boda de su hermana, cuando también huía de mí con aquella misma risa libre y contagiosa.

Esta vez tropezó a propósito y yo me lancé con ella mientras caíamos sobre la arena entre carcajadas.

—¿El Doctor Depravado ya quiere jugar? —provocó, con los ojos brillando de picardía.

Rozé mis labios contra los suyos y susurré:

—Doctor Depravado, siempre a tu servicio.

Ella rio, me tomó de la nuca y nos besamos con la misma intensidad de siempre. O quizá más. Porque ahora, además de todo lo demás, teníamos la tranquilidad de saber que este amor no era pasajero. Era para siempre.

Y con cada nuevo atardecer, como el que se extendía frente a nosotros en aquel instante, tenía más certeza de ello.

Antes fui un completo Doctor Depravado. Ahora era un hombre completamente rendido a esta mujer extraordinaria que me miraba con amor y devoción.

Ella era mi paraíso particular. Mi hogar. Mi pelirroja. Mi vida.

BONUS
PIETRO LUCCHESE

El sabor del café seguía en mi boca cuando recibí la llamada.

Estaba en casa, en Nueva York, sentado en el sofá del salón con Luca dormido sobre mi pecho después de otra de esas madrugadas intensas en las que solo los brazos de su padre parecían calmarlo. Genie descansaba en el dormitorio, agotada. El sonido de su respiración era todo lo que quería escuchar hasta el final de la semana. Nada más. Un poco de paz. Un poco de silencio.

Pero siempre era cuando bajábamos la guardia cuando la mierda terminaba desbordándose.

John.

No le había bastado con que lo expulsaran de la vida de Chloe como a un perro sarnoso. Tenía que seguir ladrando desde la cárcel. Corrían rumores de que hablaba más de la cuenta. Comentaba cosas que no debía. Insinuaba que aún guardaba secretos. Que todavía podía causar problemas.

Problemas que acabaron llegando hasta mí después de que Matteo me llamara para pedirme que interviniera. Según él, podríamos obtener algunos beneficios gracias a aquel maledetto con los hermanos Walker.

Respiré hondo y observé el rostro sereno de mi hijo sobre mi pecho. Era por él por quien no podía permitirme dejar cabos sueltos. Cuando Genie despertó, solo necesitó mirarme a los ojos para comprenderlo.

—Volveré en unos días, mi bambola —le prometí, acariciándole el rostro con ternura y devoción—. Solo tengo que resolver un asunto y, cuando regrese, nos iremos a Sicilia.

Max, mi sottocapo, ya me esperaba en el aparcamiento de la prisión con aquella mirada de depredador que solo él sabía exhibir. Fría. Precisa. Él también sabía lo que John merecía. Y ya lo tenía todo preparado, pero quise estar presente antes de regresar a Nueva York.

Entramos con credenciales falsificadas y los bolsillos llenos de favores cobrados. No era la primera vez. Tampoco sería la última. El ala estaba aislada. Sin cámaras. Sin testigos. Solo el eco del corredor nos acompañó hasta la celda de aislamiento donde John había sido obligado a permanecer después de una pelea que habíamos provocado el día anterior.

John estaba tumbado cuando se abrió la puerta. Tardó un segundo en comprender lo que ocurría. Después se incorporó con aquella sonrisa arrogante que me revolvía el estómago.

—Vaya, vaya... si no es el mismísimo jefe de la Cosa Nostra en persona.

No me sorprendió que supiera quién era. Conocía a algunos miembros de la banda del Bronx y, aunque sabía que yo no estaba realmente implicado con ellos, había aprovechado esos contactos para asustar al imbécil de su hermano. Eso solo aumentó el desprecio que sentía por aquel *maledetto*. Había sido un egoísta de mierda al involucrar al pobre chico, y si no pensaba deshacerme también de él era únicamente porque Liam había cambiado de opinión y decidió darle una segunda oportunidad.

Si hubiera sido a mi bambola a quien hubieran apuntado con un arma, arrepentido o no, aquel desgraciado ya estaría ardiendo en el infierno.

Pero, al parecer, el doctor guardaba menos resentimiento que yo.

—¿A qué debo el honor? —preguntó el farsante con ironía.

—En realidad, deberías sentirte honrado. Vas a morir a manos del capo de los Estados Unidos.

Sus ojos se abrieron de golpe y la arrogancia desapareció por un instante.

—Gracias a tu propia boca —respondí con calma—, porque nunca supiste cuándo mantenerla cerrada.

Se rio. Aquella risa falsa y desafiante demostraba que seguía creyendo que todo aquello era una fantasía.

Max cerró la puerta tras nosotros. Dejó caer una sierra de alambre al suelo con un tintineo que sonó como una sentencia.

—Esperad... no podéis estar hablando en serio.

Por primera vez, su voz tembló.

Me acerqué despacio. Me quité la chaqueta para no mancharla. Después me puse los guantes negros de cuero con la misma calma que había aprendido en los callejones de Palermo cuando era demasiado joven para entender que la venganza debía planearse como una partida de ajedrez.

—Hablaste de la mujer equivocada, John. Y tienes una larga lista de pecados que pagar.

Max lo inmovilizó mientras yo comenzaba.

Un dedo cada vez.

El primero cedió rápido bajo el alicate. El segundo tardó más. Para el tercero ya estaba llorando. Al llegar al cuarto, gritaba detrás de la mordaza improvisada con tela empapada en coñac.

—Esto es por el beso forzado. Esto es por la apuesta. Esto es por lo que te atreviste a decir en la boda. Y esto...

Cuando terminé con sus diez dedos, le hice una señal a Max. Él entendió de inmediato lo que quería. Bajó de un tirón sus pantalones y su ropa interior. John abrió los ojos, aterrado al comprender mis intenciones.

Puse los ojos en blanco por tener que tocar aquello, pero siempre hacíamos lo mismo con los violadores. Y aunque John no había consumado el acto, lo había intentado.

Tomé un alicate y un pequeño bisturí. Quería prolongar su sufrimiento.

—Esto es por el intento de violación contra Chloe.

John gritaba desesperado como el cobarde que siempre había sido. Max lo lanzó al suelo y descargó varias patadas brutales sobre su cuerpo, las costillas y el estómago con la puntera de acero de sus botas.

—Qué curioso. Ahora no pareces tan valiente como cuando estabas con ella, ¿verdad? —se burló Max antes de escupirle en la cara.

Después vertió agua con sal sobre las heridas. La piel de John temblaba. Su respiración se quebraba. Murmuraba palabras inconexas mientras se retorcía en el suelo. Y yo no sentí ni una pizca de compasión por aquel *maledetto*.

Me arrodillé frente a él y le levanté la cabeza del suelo mientras perdía sangre a borbotones.

—Ponle una dosis de adrenalina para prolongar su muerte —ordené, y mi amigo obedeció sin vacilar—. ¿Sabes qué es lo peor, John? Que ni siquiera estoy enfadado. Solo quiero volver a casa. Con mi hijo. Con mi mujer. Pensar que tú tenías todo eso y ahora estás aquí, agonizando, porque eso es exactamente lo que va a ocurrir. Sus ojos rebosaban miedo y desesperación, pero la mordaza le impedía decir una sola palabra. —Me marcharé de aquí y te dejaré morir poco a poco, y nadie vendrá a ayudarte porque soborné a los guardias y mirarán hacia otro lado. Y cuando exhales tu último aliento, te enterrarán de cualquier manera. Sin un funeral digno. Sin una despedida de tus hijos. Todo porque fuiste tan estúpido que lo perdiste todo por obsesionarte con la mujer de otro. Y yo he tenido que venir aquí a desperdiciar mi valioso tiempo con una basura que debería haber muerto hace años.

Saqué del bolsillo una daga de hoja fina. El escudo de mi familia brillaba en el mango. Era la misma hoja con la que mi padre me enseñó que el honor nunca se negocia.

—Los traidores mueren como gusanos —susurré mientras le daba dos bofetadas a modo de despedida—. Adiós, gusano.

Realicé un corte limpio. Preciso. Pero lento. Lo suficiente para que sintiera cada segundo mientras grababa sobre su pecho las

letras CN.

Cosa Nostra.

Quería que recordara quién lo había matado incluso en los últimos instantes de su vida. Y quería que el mensaje llegara a cualquiera que conociera en el Bronx. Porque estaba seguro de que lo entenderían. Y dejarían de ser un problema para los Walker.



Salimos de la celda con el mismo silencio con el que habíamos entrado. Los guardias sabían qué debían decir. Sabían a quién protegían.

En el informe aparecería como un suicidio.

La verdad era que aquello había sido justicia.

Ya en el coche, Max me ofreció un puro.

—¿Sigues pensando viajar a Sicilia este fin de semana? —preguntó.

—Ahora más que nunca.

Llamé a Genie por videollamada. Solo quería escuchar su voz. Ver aquellos ojos verdes capaces de calmarme el alma. Y contemplar, aunque fuera dormido, a mi pequeño Luca.

Misión cumplida.

Fin del camino para John.

Y vuelta a casa.

Al único lugar donde realmente estaba mi corazón.

ILUSTRACIÓN



OTRAS OBRAS

¿Ya conoces la historia de Bryan Walker?

Si aún no la has leído, aquí te dejo el primer capítulo de esta novela imprescindible, donde descubrirás cómo empezó todo.

Ya disponible en Amazon.

PRÓLOGO – EL SECRETO MÁS HERMOSO DEL CEO

MEL ROBINSON

Me encontraba en un completo aprieto.

¿Cómo pude boicotearme de semejante manera? O, mejor dicho, conocía muy bien la respuesta, solo que a veces la olvidaba cuando me veía hipnotizada por aquellos ojos color almendra que parecían consumirme.

¿Por qué tenía que ser tan guapo?

Respiré, frustrada por mi devastadora situación, y di otro largo sorbo de mi bebida; el mareo delataba el inicio de mi embriaguez mientras observaba la manera libertina en que Bryan le hablaba al oído a Kim, mi amiga. ¿Y sabes qué era lo peor de todo? El idiota aún me miraba como si supiera lo idiota que yo era y que estaría allí, deseándolo, aunque supiera que él pertenecía a otra.

A veces me odiaba a mí misma por ser tan idiota.

Tal vez fuera el momento de parar e irme a casa. ¿Liam me llevaría a casa? Creo que no; al fin y al cabo, era su cumpleaños y no sería justo que el anfitrión se marchara antes de su fiesta debido a su novia antisocial.

Volví el rostro y busqué a mi novio entre la multitud de jóvenes que se encontraban dispersos por la mansión de los Walker.

Me levanté, algo patosa; me bajé el vestido negro y corto, todavía incómoda por haber aceptado ponerme ese minivestido, porque mi amiga prácticamente me obligó a ello.

Necesitas estar buenísima, es el cumpleaños de tu novio y a Liam le va a encantar. Confía en mí.

Fue lo que hice en el frustrado intento de mejorar mi relación con el hermano de aquel por quien mi corazón insistía en desbocarse: Bryan.

Ah, todavía no te había contado esa parte. Exactamente: Bryan, el novio de Kimberly, no era ni más ni menos que el hermano gemelo de mi novio, Liam. Este era el momento en que me preguntarías: entonces, ¿por qué demonios salía con uno y miraba al otro, siendo idénticos? Pues sí, eran gemelos idénticos. Y la respuesta sería: no lo sabía, joder.

Tal vez tenga debilidad por los idiotas arrogantes que tenían el ego más grande que aquellos bíceps que me costaba rodear con mis manos pequeñas.

Me odiaba cada día más por la situación en la que me había metido; sentía como si usara a Liam para suplir la ausencia de quien de verdad quería a mi lado. Aunque no fue de esa manera como empezó todo, parecía cada vez más difícil resolverlo mientras la bola de nieve no hacía más que crecer.

Seguí caminando por el inmenso jardín en busca de alguien que pudiera darme alguna pista de dónde se había metido mi dignísimo novio para poder despedirme e irme, antes de perder lo que me quedaba de dignidad y cometer alguna metedura de pata, porque no sería yo si no lo hiciera.

Yo, Mel, no combinaba bien con la bebida; cada vez que bebía, siempre acababa ocurriendo alguna atrocidad y no quería correr ese riesgo en ese momento.

Hablé con algunas chicas del equipo de atletismo, que era el único deporte que practicaba en el instituto, y fue una buena distracción. Pero en cuanto volvió el novio de Chloe y me di cuenta de que sobraba, les dije a los dos:

—Voy a volver a buscar a Liam.

—Creo que lo vi entrar en el salón de juegos —comentó John al besar el cuello de Chloe.

Asentí, me giré y seguí mi camino hacia el salón de juegos, al otro lado del jardín. Pasó un camarero con una bandeja repleta de vasos de plástico rojos; cogí uno y me lo llevé a los labios, sin importarme mezclar las bebidas, al fin y al cabo, ya me iba. ¿Qué era lo peor que podía pasar?

Caminaba con las piernas enredadas mientras el malestar empezaba a incomodarme, pero no le presté la debida atención. Tenía un objetivo en mente: darle un beso delicioso a mi novio buenorro, porque sí, no cabía duda al respecto, y después le diría que tenía que irme, porque, después de emborracharme, eso sería lo ideal. No tenía nada que ver con el cruce de miradas que Bryan insistía en mantener conmigo a cada instante.

Vi su silueta a lo lejos, de espaldas a mí, mientras hablaba por teléfono; intenté recomponerme y parecer sensual, no la borracha que era en aquel momento. Me pasé la mano por el pelo largo recogido en una coleta alta, me olí el aliento y comprobé que no me olía mal. Respiré hondo; entré con cuidado para no delatarme. Ya era patosa por naturaleza; con tacones me convertía en un completo desastre, pero, con mucho esfuerzo, conseguí no hacer el ridículo durante la noche.

Dejé el vaso de plástico sobre la mesa de billar, sonreí con malicia al fijarme en su camiseta negra ajustada al cuerpo y en cómo sus vaqueros de lavado oscuro le sentaban a la perfección; me mordí el labio inferior al observar su trasero firme y tuve unas ganas inmensas de darle un apretón. Contuve la risa, pues no debía seguir por ese camino.

En cuanto me acerqué, percibí aquel perfume que siempre me dejaba embriagada y me extrañó porque no era el que Liam solía usar, pero no le di importancia. Me puse de puntillas, porque nuestra diferencia de estatura superaba los quince centímetros. Aunque todavía hablaba por teléfono, no me importó taparle los ojos con las manos para sorprenderlo.

—Tengo que colgar, tío. ¡Hasta luego!

Esa voz...

Empecé a pensar en lo que había pasado por alto; sin embargo, sentí sus manos sujetando las mías, que le tapaban los ojos, y noté su sonrisa en mi palma; el corazón me galopó dentro de la caja torácica.

En cuanto se volvió de frente hacia mí, su sonrisa se agrandó aún más: una mezcla de malicia y satisfacción; parecía gustarle lo que veía y eso no hizo más que alimentar mi ego y mi determinación.

—Todavía no te he felicitado —admití al morderme el labio inferior.

Su sonrisa no se despegó de sus labios, pero una ceja se le arqueó; parecía intrigado.

—¡Puedes hacerlo ahora! —comentó con voz ronca.

Esa voz...

Le rodeé el cuello con las manos; mi novio se humedeció los suaves labios y acorté el espacio que había entre nosotros cuando inclinó la cabeza hacia mí.

Nuestros labios se encontraron y sentí que el pecho me fallaba un latido en cuanto nos tocamos. No sabía explicarlo, pero aquel beso parecía todo aquello que amé una vez y que nunca más pensé volver a sentir.

Su lengua pidió paso entre mis labios y se lo permití en el mismo instante, ansiosa por más. Mi respiración parecía enrarecida mientras nuestras lenguas se batían en una lucha insana, repleta de deseos ocultos que parecían haber aflorado con el mísero contacto.

Pero eso debía de ser la bebida hablando por mí, ¿verdad? ¡Seguro! Reprimí mis pensamientos, sintiéndome mal por acordarme de quien no debía en un momento como aquel.

Todo parecía conocido y, al mismo tiempo, distinto. Su tacto en mi cintura era más firme, más fuerte, como si me apretara con un deseo insano. Llevé las manos a su pelo y las deslicé entre sus mechones suaves; atraje su boca más cerca, por si eso aún era posible.

De repente, oí a Kim llamar a gritos a Bryan y eso hizo que el cuerpo de mi novio se pusiera rígido; aun a regañadientes, pusimos fin al mejor beso que habíamos tenido jamás. Porque el mejor beso que había tenido, por desgracia, no fue con Liam y, tal vez, por eso

me sentí tan confundida por las sensaciones que despertó en mí en ese instante.

Nuestros ojos quedaron clavados el uno en el otro en cuanto me aparté, como si nada más a nuestro alrededor importara y, cuando los pasos de mi amiga se acercaron, Liam dio un paso atrás y, por un mísero instante, tuve la impresión de haber visto en sus ojos oscuros lo mismo que solía sentir por quien jamás debería sentirla: ¡añoranza!

Vi que tragó saliva y entrecerré los ojos, todavía confundida por todo lo que había sentido segundos antes y por la manera en que actuaba de repente.

Se aclaró la garganta al mirar hacia abajo; parecía cortado cuando oímos la voz de mi amiga romper el silencio.

—Por fin te encontré, Bry...

—¿Bry? —pregunté, confundida y en voz baja, al mirar hacia Liam, que no la corrigió.

Sus ojos castaños se encontraron con los míos y en ellos vi la misma confusión que me embargaba segundos antes. Pensé en cuestionar la manera en que lo llamó, pero mi amiga volvió a cortar el silencio entre nosotros.

—¿Qué estáis haciendo aquí, solos? —preguntó, intrigada, al mirarnos de uno a otro.

El corazón me galopaba por los nervios al comprender lo que acababa de suceder.

Dicen que el amor y el odio caminan lado a lado, y yo, mejor que nadie, podía confirmarlo, porque mi odio por todo lo que me hizo pasar era tan grande como ese sentimiento devastador que me volvía loca día tras día, incluso con todas las atrocidades que ya me había hecho.

Venid a conocer la historia de cómo empezó todo y de cómo Bryan se convirtió en mi peor pesadilla, en todos los sentidos.



El secreto más hermoso del CEO ya está disponible en Amazon.

¡HAZ CLIC AQUÍ!

Si te apetece descubrir todas mis otras novelas, no pierdas tiempo y visita mi página de autora en Amazon a través del enlace que encontrarás a continuación.

Sígueme para recibir todas las novedades sobre mis próximos lanzamientos y acceder a todas mis historias disponibles para leer.

ENLACE A MI PÁGINA DE AMAZON

¡HOLA, LECTORA!

Me hace muchísima ilusión que hayas llegado hasta aquí. Espero que te hayas enamorado de esta pareja tanto como yo, y que hayas sufrido, suspirado y sonreído con esta historia igual que me ocurrió a mí mientras la escribía.

También me gustaría aprovechar esta oportunidad para pedirte un pequeño favor. Tu opinión es muy importante para mí y para mi crecimiento como autora. Además, tu valoración puede ayudar a que nuevos lectores descubran esta historia.

Déjame una reseña, comparte tu opinión (¡me encantará leer lo que te ha parecido!) y recomienda el libro a tus amigas para que podáis sufrir y enamoraros juntas.

Gracias de corazón por acompañarme en esta aventura. ❤️

Puedes seguirme en mis redes sociales. Estaré encantada de leerte y responderte.

¡Un beso enorme y hasta nuestros próximos dramas literarios!

Karen Trujillo

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias, en primer lugar y como siempre, a Dios.

A mi marido, a mis hijos y a mis padres, por apoyarme siempre y creer en mí.

A mi maravilloso equipo, que nunca me abandona.

A mi asistente y mano derecha, Hyllana, por ayudarme una vez más en todo para que este lanzamiento, aunque no siempre haya sido fácil, pudiera salir adelante.

A mis queridas lectoras beta, por volver a tenderme la mano y acompañarme en este viaje. Y también a Isabelle, que me ayudó muchísimo con la lectura crítica y cuidando la interacción dentro del grupo.

Muchas gracias también a Camila, por ayudarme con la corrección de esta novela.

A Janete y Paloma, que siempre están dispuestas a dar a conocer mi trabajo para que vosotros, los lectores, podáis descubrir esta nueva historia.

A Lari, que hizo un trabajo increíble con la portada. ¡Me encantó!

A mi querida Dani Nascimento, que me ayudó muchísimo, incluso en vísperas del lanzamiento, con los vídeos de promoción y con toda la gestión de la publicidad. Eres increíble y te estaré inmensamente agradecida.

Y a mis queridas Karenzetes. No tengo palabras para agradeceros que sigáis acompañándome en todas mis ideas descabelladas. Todo esto es para vosotras. Recibir vuestro cariño, vuestros mensajes, vuestras emociones y ver cuánto os enamoráis de mis parejas literarias es lo que me impulsa a seguir adelante incluso en los momentos difíciles. ¡Os quiero muchísimo!

Este lanzamiento ha sido posible gracias a todas vosotras.

Un beso enorme y hasta nuestro próximo drama literario. ❤️‍🩹

Karen Trujillo

---

[1] Soy un pequeño profesor.